JACQUES PIRENNE

HISTORIA UNIVERSAL

LAS GRANDES CORRIENTES DE LA HISTORIA

VOLUMEN I

Desde los orígenes al Islam

Jaques Pirenne nace en 1891 en Gante, Bélgica, hijo del también historiador Henri Pirenne, y muere en 1972 en Hierges, en su país natal. Fue instructor del príncipe Leopoldo y después rey de Bélgica Leopoldo III, cuya vida compleja acompaña y defiende, ya que este desafortunado rey ejerce durante la invasión nazi después de 1940, desquiciando a este pequeño pero importante país.

Asombra su Historia Universal y sus grandes corrientes por su enfoque original, mas, y seguramente este es su estigma, no se vincula con los enfoques de moda de la época que era la marxista. Pirenne hijo perfeccionó el sistema paterno y lo desarrolló aplicándolo a toda la historia de la humanidad, creando un hilo conductor que le permitió detectar unas corrientes dentro el acontecer del hombre durante los últimos 20 mil años. Con precisión Pirenne analiza la prehistoria del planeta y determina grandes acontecimientos y los interpreta desde la razón económica y su influencia en la concepción de sociedad. Con Pirenne sucede lo mismo que con el historiador universal Durant ya que las culturas quedan emparentadas desde la religión, las ideas y la tecnología dejando al descubierto una continuidad y hermandad asombrosas.

Dentro de la historia que sucede a partir de la invención de la escritura, Pirenne logra explicar la articulación entre las culturas griega y europea con sus rivales periféricos, además de la china o la musulmana. Peca Pirenne en asomarse en su obra hasta la actualidad, perdiendo la sensibilidad que es reemplazada por cierta parcialidad política, comprensible por su vida como belga que vivió dos guerras mundiales, donde su país fue convertido en campo de batalla de las potencias vecinas, reduciendo lo cultural de su análisis a una historia política.

Seguramente por esa imposibilidad de ser vinculado a una escuela dominante y usado en el debate político tan álgido que se dio en la segunda mitad del siglo xx, este autor fue descartado y solo el empeño de las editoriales españolas, que habían traducido esta historia universal en más de 5 reimpresiones profusamente ilustradas, fue que este gran autor no quedó reducido a una atracción exclusiva para sus paisanos.

Jacques Pirenne

Desde los orígenes al Islam

(Siglos XXX A. J. al VI D. J.)

Las grandes corrientes de la historia 1

ePub r1.0
Titivillus 08.07.2021

Título original: *Les grands courants de l'histoire universelle*
Jacques Pirenne, 1947
Traducción: Julio López Oliván & José Pla & Manuel Tamayo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Desde los orígenes al Islam

Prólogo

El ciclo antiguo
Primera parte. La era continental
Capítulo primero. La formación de los grandes Estados desde los orígenes hasta el siglo XX A. J., y las primeras invasiones arias del siglo XX al XVI A. J.
1. Los orígenes
Las tradiciones antiguas
Del nomadismo a la civilización sedentaria
Formación de la aldea y del régimen señorial
Los nomos egipcios
2. Las primeras culturas
El delta del Nilo
La cuenca del Indo
El delta del Éufrates y el Tigris
3. Grandeza y decadencia del Imperio Antiguo egipcio
La monarquía centralizada del Bajo Egipto
La teología solar
El rito osiríaco
La monarquía feudal en el Alto Egipto
La monarquía unificada
Período liberal
La evolución absolutista
Formación de una oligarquía
La oligarquía desmiembra la monarquía
Egipto se desliza hacia el feudalismo
La crisis feudal en el Bajo Egipto
4. La monarquía babilónica
Las ciudades sumerias
La cosmogonía de Nipur
La evolución monárquica e igualitaria
El imperio de Sargón
La monarquía sumeria
La monarquía babilónica de Hamurabi
El código de Hamurabi
5. Las rutas comerciales
Las vías del tráfico en el cuarto milenio
La expansión náutica en el tercer milenio

6. Feudalismo y reconstitución monárquica en Egipto
La reagrupación feudal y el fin de la economía cerrada
La expansión económica y la centralización monárquica
7. Primeras invasiones arias y destrucción de los grandes estados
Las invasiones arias
Ruina del imperio babilónico
La talasocracia cretense
Invasión de los hicsos en Egipto
El imperio de los hicsos
Los arios en la India
Capítulo segundo. Organización de la vida internacional entre los siglos XVI al IX A. J.
1. El Nuevo Imperio egipcio
Caída de los hicsos
La restauración monárquica en Egipto y el sincretismo religioso
El conflicto entre el clero y el poder real
El imperio bajo Tutmosis
2. La hegemonía egipcia
La estructura política y económica
El imperialismo egipcio practica una política de hegemonía pacífica
La monarquía absoluta
El universalismo amarniano
Ruptura del equilibrio internacional y apogeo hitita
3. Período de equilibrio internacional
Crisis de la hegemonía egipcia y política social de Horemheb
El condominio hititoegipcio
La política estatista en Egipto
Asiria rompe el equilibrio internacional
La talasocracia aquea
4. Invasión de los Pueblos del Mar y ruina de los grandes estados
Las invasiones dorias y el éxodo de los Pueblos del Mar
El Imperio hitita se desmorona
Egipto pierde su imperio
Llegada de los filisteos y hebreos a Palestina, y de los etruscos y sículos a Italia
Egipto se feudaliza
Decadencia de Babilonia y retroceso de la expansión asiria
5. Los fenicios descubren el mundo occidental
Feudalismo y ciudades mercantiles
Jerusalén, metrópoli comercial bajo Salomón
Expansión marítima de los fenicios en occidente
Capítulo tercero. Los imperios continentales y la atracción del mar (Del siglo IX al VI A. J.)
1. El Imperio asirio
La conquista por el terror
Explotación económica de los pueblos conquistados

2. Expansión griega y comienzos de una economía marítima intercontinental
Desarrollo de la cultura mediterránea
La cosmogonía griega y la epopeya homérica se crean en la Eólida
Desarrollo de las civilizaciones urbana y marítima en Jonia y el mar Egeo
3. La atracción del mar
Evolución democrática de las ciudades egipcias
Egipto, provincia asiria
El asia menor se orienta hacia el mar
Egipto, orientado hacia el mar, recobra su independencia
4. La ruina del Imperio asirio
El renacimiento saíta en Egipto
Derrumbamiento del Imperio asirio
5. El Imperio neobabilónico y el nuevo equilibrio internacional
Reparto del Imperio asirio
El Imperio medo y Zoroastro
Egipto bajo la dinastía saíta
El Imperio neobabilónico
El reino de Lidia
Preparación del duelo entre las economías continental y marítima
6. Grecia y Egipto en los siglos VII y VI
Evolución democrática de las ciudades griegas
Reformas democráticas de Amasis y relaciones entre Egipto y Grecia
Formación de la civilización mediterránea
Capitulo cuarto. El Imperio persa inicia la era de la economía universal (Del siglo VI al V a. J.)
1. La formación del Imperio persa
La conquista
Egipto y Grecia frente a Persia
2. Grecia antes de las guerras médicas
Luchas políticas y sociales
Esparta
Atenas
3. Fundación del imperio de Darío
La teoría del imperio universal
Las instituciones imperiales
Política económica y social
4. El Imperio persa frente al Asia
La expansión del imperio hacia la India y China
La India en el siglo VI A. J.
El budismo
Relaciones económicas de la India con el occidente
China
El imperio patrimonial de los Cheu
Lao-Tsé y Confucio
La evolución monárquica

5. El Imperio persa frente a Europa. Las guerras médicas
La campaña de Escitia
Sublevación de las ciudades jónicas
Primera guerra médica
La crisis del Imperio persa bajo el reinado de Jerjes
Hegemonía marítima y espiritual de Atenas
El Imperio persa es rechazado hacia el continente
Capitulo quinto. El predominio de la economía marítima y la formación de la cultura helenística (Del siglo V al IV A. J.)
1. El imperio marítimo de Atenas
La liga de Delos
Pericles y la democracia ateniense
La política imperialista de Atenas
2. Disgregación política de Oriente
El Imperio persa después de Jerjes
Guerra del Peloponeso y participación de Persia
Reconstitución de la independencia egipcia y hundimiento político de Grecia
Derrumbamiento político de Egipto
3. Importancia creciente del Occidente en la economía internacional
El imperio de Cartago
Los imperios de Siracusa y de Tarento
4. Comienzos de Roma
Orígenes de Roma
La tiranía etrusca
El período aristocrático
La evolución democrática
La política liberal hace de Roma el centro de un estado republicano
5. El individualismo, en Egipto y Grecia, prepara la civilización helenística
Contingencias políticas, económicas y sociales
El problema moral y religioso
El pensamiento griego en los siglos V y IV
Platón
Segunda parte. El mar frente al continente
Capitulo sexto. El imperio de Alejandro y la formación de las grandes monarquías (Del siglo IV al II A. J.)
1. Filipo de Macedonia realiza la unidad de Grecia
Macedonia
Unificación de Grecia
2. El imperio de Alejandro
Unión de Grecia y Egipto
Conquista del Imperio persa
Organización del Imperio
Orientación de la economía universal hacia el mar
La política del cosmopolitismo imperial
La filosofía realista de Aristóteles

3. Las monarquías helenísticas
Desmembración del imperio
Egipto torna a su tradición histórica
Macedonia intenta en vano incorporarse a Grecia
Las ligas Etolia y aquea
Seleuco trata de reconstituir el Imperio persa
4. Los grandes estados monárquicos de la India y China
Atracción del Mediterráneo sobre la India
Constitución del imperio mauria
Las rutas del Asia Central
La evolución monárquica de China
Filosofía realista de Mencio
El imperio de los Chin
Capitulo séptimo. Guerras de hegemonía marítima (Del siglo III al II a. J.)
1. Constitución del poderío romano
La economía internacional
El progreso económico precipita la evolución democrática
Conquista de Tarento
2. La doble hegemonía marítima de Egipto y Roma
Estructura de la economía universal
La economía mediterránea
Lucha por la hegemonía marítima
Guerras de Siria y hegemonía marítima de Egipto en el Mediterráneo Oriental
Primera guerra púnica y hegemonía marítima de Roma en el Mediterráneo
Formación de coaliciones: Egipto-Roma-Pérgamo contra Asia-Macedonia-Cartago
3. La evolución económica y social del siglo III
La evolución económica internacional
Política urbana de los seléucidas
Crisis social en el mundo helénico
Política de neutralidad de las ciudades marítimas
Liberalismo económico de Rodas
Socialismo de estado en Pérgamo
Política económica de Egipto
Política imperial de Roma
4. La civilización helenística
La cultura adquiere carácter universalista
Zenón y el estoicismo
Libertad de pensamiento y desarrollo científico
Capitulo octavo. Triunfo de Roma (Del siglo II al I A. J.)
1. Roma conquista la hegemonía marítima
Tensión política después de la primera guerra púnica
Antíoco III aspira a la hegemonía con la reconstitución de un imperio continental
Roma propende a la hegemonía con la conquista del mar. Segunda guerra púnica
Intervención de roma para defender a los griegos y a Egipto contra Macedonia
La hegemonía marítima de Roma triunfa sobre el imperio continental de Antíoco III

2. El imperialismo romano y la decadencia de los estados orientales
Evolución política internacional
El imperialismo romano
Advenimiento del capitalismo en Roma
Anexión de Macedonia
Decadencia de Rodas
Hundimiento del reino seléucida
3. Crisis egipcia: Del estatismo autárquico al protectorado romano
Centralización estatista
Pérdida del imperio y sus consecuencias económicas
El clero forma una nobleza privilegiada
La política fiscal lleva a la autarquía económica
La dinastía se divorcia de la nación
La política de opresión social
La economía dirigida destruye la libertad individual
El estatismo destruye el poder monárquico en provecho de una oligarquía
Capitulo noveno. Las grandes crisis romanas (Del siglo II al I A. J.)
1. Del capitalismo a la demagogia
Explotación del oriente por el capitalismo romano
Crisis social en Grecia
La crisis social en Roma
Guerra de Mitrídates y crisis de las instituciones republicanas
2. De la demagogia a la dictadura
Mario y Sila
Pompeyo dotado de plenos poderes
El primer triunvirato: Pompeyo, César y Craso
3. De la dictadura al Imperio. César intenta implantar la monarquía
El senado romano contra la política de los triunviros
César conquista la Galia
Craso es vencido por los partos
La lucha entre Pompeyo y César
César aspira a la monarquía
4. Antonio y Octavio: monarquía helénica contra dictadura romana
El triunvirato cesáreo
Egipto vuelve a entrar en escena
Triunfo de Octavio
5. Roma, capital intelectual
Apogeo cultural de Roma
Capitulo décimo. Dominio de la economía universal en Asia y hegemonía de la China (Del siglo III al II a. J.)
1. La India, centro de la economía mundial
Grandeza y decadencia del Imperio mauria
El budismo conquista Asia
La economía de la India se orienta hacia el mar y el occidente
2. El reino parto y los reinos helénicos del Asia Central

El reino parto de los arsácidas
Carácter continental de la civilización parta
El reino griego de la Bactriana
Civilización grecobudista de los reinos griegos del Asia
3. El advenimiento del Imperio chino
Comercio internacional
Los Chin organizan la monarquía
La monarquía liberal bajo los Han
Política de expansión económica y territorial
Fin de los reinos griegos del Asia
El imperio evoluciona hacia el estatismo
Crisis del estatismo
Capitulo undécimo. El Imperio romano hasta la crisis del siglo III D. J.
1. La reacción nacionalista y aristocrática bajo Augusto (27 A. J. - 14 D. J.)
Augusto funda el imperio
Política de reacción aristocrática y nacionalista
Apogeo de la cultura romana
Fin del capitalismo financiero y dualidad económica del imperio
La influencia helenística
2. Conflicto entre los principios monárquico y oligárquico, bajo los Césares y los Flavios (14-96 D. J.)
Oposición del senado durante el reinado de Tiberio
Ruptura entre el senado y el emperador, bajo Calígula
Política liberal y monárquica de Claudio
Absolutismo de Nerón
Situación económica y social
Movimiento místico. Persecución de los cristianos y abolición del pensamiento
Crisis del poder
Los Flavios intentan instaurar una monarquía de derecho divino
3. Romanización de Occidente
La romanización de la Galia
La romanización de España
La romanización de la isla de Bretaña
La romanización en Europa Central
Romanización de África
4. El imperio universal y liberal bajo los Antoninos (96-192)
Tentativa de imperio constitucional por Nerva
Política monárquica de los Antoninos
La política liberal y democrática
El renacimiento intelectual
Las necesidades fiscales dan nacimiento al capitalismo de estado
Roma pierde la dirección de la economía imperial
Trajano inaugura una política de equilibrio económico
Adriano adopta una política pacifista
Regresión del liberalismo durante el reinado de Marco Aurelio

La crisis fiscal en tiempos de Cómodo
5. Del imperio liberal a la anarquía (193-235)
El absolutismo autoritario durante el reinado de los Severos
Abolición del principio democrático
El estatismo igualitario
El individuo, ahogado por el estatismo
Ulpiano intenta establecer la monarquía constitucional
Fin de la sociedad individualista
6. De la anarquía al imperio autoritario (235-305)
La anarquía
Absolutismo militar de aureliano
Reorganización estatista del imperio por Diocleciano
Capitulo duodécimo. El imperio cristiano y las invasiones germánicas (Siglos IV y V)
1. Jesús y los orígenes del cristianismo
Orígenes judaicos
Jesús
La propagación del cristianismo y el sincretismo cristiano
Evolución del paganismo
Período de la organización eclesiástica
El neoplatonismo. Plotino
2. Constantino y el triunfo de la Iglesia
La monarquía hereditaria
El cristianismo, religión del Estado
La iglesia elabora un nuevo derecho público
Los comienzos del derecho canónico
Los sucesores de Constantino y la reacción pagana de Juliano
3. El imperio totalitario
La dinastía valentiniana
El ejército se desnacionaliza
El estatismo burocrático
La iglesia en el Estado
4. Ruptura del imperio entre el Occidente continental y el Oriente marítimo
La economía estatal
La economía dirigida engendra la coacción social
El imperio de occidente evoluciona hacia el régimen señorial
Resistencia de oriente a la influencia del Estado
El florecimiento comercial restablece la economía monetaria
Regresión del individualismo
5. Las invasiones germánicas
Ruptura entre oriente y occidente
Los bárbaros, en el imperio
Afianzamiento del poder en oriente
El imperio pierde el dominio del mar
Hundimiento del imperio de occidente
Ruptura política del imperio y cismas religiosos

Capitulo decimotercero.
1. Los germanos en el Imperio (Siglos V al VII)[*]
Adaptación de los germanos a las instituciones romanas
Estado social de los germanos no romanizados
La monarquía franca
El África vándala
2. Justiniano reconquista el Mediterráneo[*]
Situación del oriente en el siglo V y decadencia de Egipto
La reacción nacional en Siria
Palestina
La reconstitución del poder en el imperio de oriente como reacción contra el estatismo
Los conflictos religiosos
Justiniano reconquista el imperio
Justiniano intenta reconstituir la unidad religiosa del imperio
El código civil
Abandono de la fórmula autoritaria
El mercantilismo económico
Florecimiento intelectual y artístico
La crisis posterior a Justiniano
Reinstauración del imperio por Heraclio
3. En Occidente, la Iglesia sucede al Imperio
La iglesia extiende su autoridad temporal
El monacato
Misión cultural de la Iglesia
Capitulo decimocuarto.
1. Asia, hasta la crisis del siglo III. El Imperio de los Han y el Imperio sacio[*].
Repercusiones de la economía universal
Reformas sociales de Wuang-Mang en china
Crisis del imperio y restauración de los Han
Primeras invasiones de los hunos
Invasión de los sacios en Bactriana y la India
El imperio sacio
2. Crisis del Imperio chino, en el siglo III, e invasión de los hunos[*]
La crisis interior
China, invadida por los hunos
Desmembración del Imperio
La realeza de Yamato en el Japón
3. El Imperio sasánida y la caída del Imperio sacio[*]
El reino parto
Advenimiento de los sasánidas
Política imperial de los sasánidas
Destrucción del Imperio sacio
Renacimiento indostánico bajo la dinastía gupta
4. Restauración del Imperio chino[*]

Desmembración de China
Invasiones de los hunos en el Asia central
Caída de la dinastía gupta y crisis persa
Reforma política en Persia
Persia, aliada con los turcos, derrota a los hunos heftalitas
Guerra por las rutas económicas entre Persia y Constantinopla
Feudalización de la India
Reconstitución del Imperio chino
Reformas de la dinastía de los Suei
Apogeo del Imperio chino bajo los Tang
Gran reforma de la propiedad
Expansión de la civilización china en el Japón
Reforma monárquica de los Yamato
5. Final de la era de los imperios
La era de los imperios
Crisis de los imperios
El mundo se fracciona, deslizándose hacia un régimen señorial
China, único imperio superviviente

Sobre el autor

Notas

PRÓLOGO

La Historia es, en esencia, continuidad y solidaridad; continuidad que se desarrolla, sin que los hombres puedan evitarlo, de generación en generación, y que, por consiguiente, enlaza nuestro tiempo con las épocas más remotas; solidaridad también, pues así como en una sociedad la vida de cada hombre está determinada por la de todos los demás, en la comunidad de las naciones, la historia de cada una de ellas, sin que la protagonista se dé siquiera cuenta, evoluciona en función de la de todos los pueblos del Universo.

La palabra de Jesucristo, o la de Buda, que solo pudieron escuchar algunos millares de judíos o de indios, ¿no ha conmovido al mundo entero? Y el descubrimiento de la máquina de vapor, en Inglaterra, ¿no ha cambiado el destino de todos los países? Lo que resulta patente en casos tan insignes, no es menos cierto respecto a cuantas circunstancias modifican el pensamiento o las condiciones de vida de un pueblo determinado; su influjo se extiende a todo el mundo del mismo modo que las ondas sonoras, una vez emitidas, se difunden por la atmósfera entera.

Precisamente porque la humanidad se da inconscientemente cuenta de esta interdependencia que liga, en el tiempo y el espacio, a todos los hombres que viven y han vivido, es por lo que, en las grandes épocas de crisis o apogeo, aparecen las historias universales.

La primera escrita en la Antigüedad fue la de Heródoto, en el siglo V A. J., pues no otra cosa sino una verdadera historia universal es aquella investigación de las costumbres y la vida de todos los pueblos, civilizados o bárbaros, entonces conocidos por los griegos, constituyendo uno de los más grandiosos y desinteresados intentos de aproximación entre los hombres, en la época misma en que Darío concebía, por vez primera, la reunión de todos los pueblos en un imperio universal no sometido a hegemonía alguna, nacional o étnica.

Más tarde, al final de las guerras que durante dos siglos envolvieron a los reinos helenísticos que ambicionaban el señorío de los mares —sin más resultado que su propia ruina en beneficio de Roma—, Polibio (207-125 A. J.) trazó un amplio cuadro de los hechos históricos cuyo desenlace fue la victoria romana. Con magnífica objetividad, Polibio investiga las causas que enlazan unos acontecimientos con otros, procura penetrar el sentido de la evolución de los distintos estados y ciudades, y sienta las bases de una verdadera ciencia histórica al poner de relieve, en cierto modo, las leyes por las que se rigen las comunidades humanas.

El advenimiento del Imperio romano marca en la historia de la Humanidad el logro de esa irresistible tendencia que impulsa a las sociedades a ensanchar sus cuadros. Los contemporáneos de aquel acontecimiento, hasta ahora único en la Historia, comprendieron toda su grandeza, esforzándose en estudiar sus orígenes, diversos o comunes, para mejor comprender aquella cultura que se imponía a todos. Por tal razón abundan las historias universales en el siglo que precedió y en el que

siguió al nacimiento de Jesucristo. Se trata de las obras de Diodoro (nacido el año 90 A. J.), de Nicolás de Damasco (nacido el año 64 A. J.) y de Estrabón, bajo el reinado de Tiberio, las tres en griego, y en latín la de Trogo Pompeyo, aparecida en la época de Augusto.

Después, el equilibrio universal establecido les pareció a los hombres una cosa natural; el Imperio eclipsó el pasado y los historiadores ya solo se preocuparon de la historia romana.

Pero las grandes crisis al término de las cuales triunfó el cristianismo y se anunció la decadencia del Imperio, cuya existencia se había creído eterna, indujeron de nuevo a los hombres a volverse hacia el pasado para pedir a la Historia la explicación del hecho cristiano. En aquella época, el misticismo había destruido el espíritu científico. El sacerdote aquitano Sulpicio Severo (365-425), e incluso aquel gran espíritu que fue el sacerdote español Paulo Orosio (417), al escribir sus historias universales, ya no trataban de comprender su tiempo mediante el estudio de los orígenes y la evolución cuyo resultado era —como había hecho Polibio—, sino de encontrar la prueba y la justificación de la ideología cristiana. Y el Islam, lo mismo que el cristianismo, en la *Historia del Mundo*, escrita por el persa Kelbi (819), se dio también una base sólida fundada en su propia visión de la Historia universal.

Después de Paulo Orosio, la Historia tuvo para los cristianos ese carácter apologético del que Bossuet será, en el siglo XVII, el más significado representante. Pero ¿no es impresionante el hecho de que, en el momento mismo en que el mundo grecorromano se internaba por la nueva ruta abierta por la palabra de Cristo, haya querido revisar todas sus convicciones y enlazar su fe, a ejemplo de San Agustín en su *Ciudad de Dios*, con el conjunto de los hechos históricos, para situarla dentro de la continuidad humana, que en lo sucesivo se consideraría determinada por la voluntad divina?

A partir de aquel instante, la Historia deja de ser una ciencia hasta que, en el siglo XVI, lean Bodin, por el estudio comparado de las instituciones, le devuelve el sentido de la evolución y de la interdependencia de los pueblos. En el siglo XVII, con Bossuet, se orienta hacia una concepción universalista, en relación con el carácter clásico de la Literatura, que encontraría su plena expresión en el admirable *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1756-68), donde Voltaire intenta una vasta síntesis de la historia del Universo, desde el siglo IX al XVII. Condorcet, en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, se propone a su vez establecer la ley del desarrollo de las sociedades, cuyos progresos relaciona con los de la ciencia. Pero la obra histórica más trascendental del siglo XVIII es, sin duda, la *Ciencia nueva*, del napolitano Vico, que intentó deducir de la evolución de los pueblos las primeras nociones de una filosofía de la Historia, que tan honda influencia había de ejercer sobre el sistema filosófico de Augusto Comte.

Parecía que la Historia iba a empeñarse en reanudar los numerosos lazos que unen a unas civilizaciones con otras, y a extraer el profundo sentido de las grandes

corrientes políticas, sociales y morales que habían determinado la vida de los hombres, de los pueblos y del conjunto todo de la Humanidad.

Mas, en el siglo XIX, adoptó una nueva orientación. Desde el siglo XVI, la formación de los estados nacionales impulsaba cada vez más a los historiadores al estudio de la historia nacional. La erudición, al convertir la Historia en una ciencia técnica, contribuyó a fragmentarla en especialidades estancas. Por otra parte, la Europa moderna ejercía sobre el mundo una hegemonía tan indiscutible, que podía desinteresarse —con la sola excepción del trabajo de algunos especialistas— de cuanto no fuese ella misma. El XIX fue, sin embargo, el gran siglo de la Historia; en él penetró esta por nuevas rutas, se percató de la importancia del factor económico, escrutó los problemas religiosos y filosóficos. Lo universal continuó siendo la lejana meta hacia la cual tendía. Fue entonces cuando Alemania, tardía en el concierto de las potencias europeas, elaboró, a la llamada de Fichte, la teoría del nacionalismo que conquistó sus universidades. Tomando ejemplo en Sybel y Treitschke, los historiadores alemanes hiciéronse los apóstoles de la hegemonía prusiana. Y desde entonces, a medida que, bajo la influencia de Hegel, el nacionalismo fue penetrando en los países occidentales, la Historia, consciente o inconscientemente, se puso cada día más al servicio de la política. Por eso ha podido decirse a veces que exacerbaba los odios que, por desgracia, animan a unos pueblos contra otros. Y lo cierto es que, al orientarse en su esencia hacia la apología de sus respectivas patrias, los historiadores «nacionalistas» terminaron por no preocuparse en comprender a los demás pueblos y razas, por desdeñar o ignorar las culturas extranjeras. Bajo el influjo de la Escuela alemana, atenta por natural instinto a su pasado propio, los medievalistas —con excepción de Fustel de Coulanges, el más ilustre de su tiempo— han buscado en las invasiones germánicas el origen de todos los rasgos característicos de la Historia europea, rompiendo así la noción de la continuidad histórica entre nuestra civilización y las antiguas.

En los últimos tiempos, las concepciones nacionalistas o políticas han venido imponiéndose cada vez más a la Historia, y la Ciencia ha puesto en acción un inmenso aparato de erudición para proceder, en muchos casos, a una deformación metódica y científica de las realidades históricas. Se han llegado a escribir grandes tratados para demostrar teorías políticas preconcebidas: la Ciencia se puso así al servicio del error.

Bien es verdad que la mayoría de los verdaderos historiadores han escapado al contagio. Pero, al adoptar la síntesis cada vez más un tono de apología o propaganda política, se llegó a la tesis, muy difundida, de que la Ciencia debía desprenderse de las ideas generales para consagrarse esencialmente a los problemas de análisis.

Sin embargo, en oposición con las teorías nacionalistas, en la segunda mitad del siglo XIX comenzó a dibujarse netamente un movimiento que había de acentuarse en gran medida, después de la guerra de 1914-18, hacia la preparación de la Historia universal. Viose aparecer, sobre todo en este último cuarto de siglo, una serie de

grandes colecciones consagradas a la historia del Mundo, entre las cuales debe ocupar lugar preferente la dirigida por Gustavo Glotz. La crisis desencadenada por la citada guerra ha devuelto a la Humanidad plena conciencia de la solidaridad que le viene impuesta. Y así aparece la necesidad de revisar nuestras concepciones históricas confrontando nuestra propia cultura con la de otras razas y otros tiempos. Wells y Jorga han escrito historias universales.

La noción de la evolución ha cobrado, además, una importancia nueva. Vico y Augusto Comte ya la aplicaron a la Historia. Bergson mostró toda su importancia en la génesis del pensamiento, y Einstein, al introducirla en las ciencias físicas, la cuarteó hasta sus cimientos.

La Ciencia, que desde el siglo XVI se ha aplicado a la descripción del mundo, trata hogaño de franquear una nueva etapa, estudiándolo en su devenir.

Pero el estudio del devenir no puede conducir a conclusiones científicas, sobre todo cuando se trata de ciencias morales, más que por la comparación. La Historia, para cobrar el valor de ciencia de la sociedad humana, debe también estar capacitada para hacer comparaciones, y no podrá estarlo si no tiende a hacerse cada vez más universal.

Los trabajos especiales que hasta el presente se han efectuado hacen posible el ensayo de una síntesis general. Si yo he intentado realizarla, es porque he creído que no era inútil, en un momento en que todos los valores están sometidos a revisión, conectar con la historia de los tiempos modernos la de la Antigüedad, en cuyo transcurso se plantearon repetidamente los mismos problemas que hoy exigen de nuevo solución.

Sin duda, las circunstancias en que estos se presentaban hace tres mil o dos mil años no son ya las de hoy día; la técnica ha transformado profundamente el mundo. Creo, empero, que el aspecto humano de los problemas ha cambiado mucho menos de lo que a primera vista parece.

En realidad, aunque el hombre, gracias a la Ciencia, ha logrado hacerse dueño del mundo y lo ha transformado todo a su alrededor, él mismo, en lo hondo de sus instintos, no ha cambiado. Ahora bien, el objetivo propio de la investigación histórica es el conocimiento de las relaciones que determinan la vida social de los hombres. El estudio de la Historia de la Antigüedad, lo mismo que el de los tiempos modernos, a través de los ciclos de evolución cuyos orígenes, apogeo y decadencia podemos examinar es, pues, el estudio del hombre mismo y de la sociedad humana. Y resulta doloroso comprobar que si bien la Ciencia ha progresado, el valor moral del hombre, pese al esfuerzo bimilenario del cristianismo, no ha aumentado.

En el siglo XIX llegó a creerse en la perennidad del progreso, habiéndose imaginado entonces los hombres que ya no volverían a verse las matanzas de poblaciones vencidas, el exterminio de una raza por otra sin más motivo que un odio étnico, semejante al que divide a perros y gatos; que la deportación de poblaciones en masa, la esclavitud de pueblos vencidos, el incendio y saqueo de ciudades, la tortura

y, frente a tantos dramas, la indiferencia de los que no resultan afectados, eran cosas desaparecidas para siempre. Y, sin embargo, hemos vuelto a tales métodos de guerra. ¿Nos acerca menos a la barbarie el hecho de que sean practicados científicamente?

De las horas que estamos viviendo debemos deducir que el progreso no es, ni mucho menos, continuo, y que la civilización es bastante frágil. Ante el abismo de angustia en que ha caído la humanidad, ¿no necesitamos recogernos y hacer examen de conciencia? Y para ello lo mejor, en mi opinión, es seguir a través de la Historia universal, seis veces milenaria, la larga aventura humana.

Solo la Historia universal, en efecto, al confrontar las culturas de todos los tiempos y de todas las razas, puede hacer surgir una especie de filosofía de la Historia y llevarnos al mismo tiempo a conclusiones sociológicas, científicas y morales. Solo ella, al revelarnos que ni nuestro país, ni nuestra raza, ni nuestra época, han realizado una civilización enteramente superior a cuanto fue concebido antes de ella, es capaz de aniquilar los prejuicios de religión, de raza y de lengua, de ideologías políticas, sociales o místicas, que no han cesado de impulsar a los hombres a vanas matanzas y de envilecer, por el odio, todas las ideas, incluso las más nobles, incluso aquellas cuyo único y exclusivo fin era el triunfo de la tolerancia y el amor.

La Historia universal, a mayor abundamiento, al desplegar ante nosotros los grandes ciclos de la evolución humana, es la única capaz de hacernos comprender en qué momento de dicha evolución nos encontramos hoy. Y este es, a mi entender, el problema esencial. Pues del conocimiento de las necesidades y las posibilidades de nuestro tiempo es de donde dependerá la valía de la paz futura.

¿Es posible deducir del pasado datos para el porvenir? Yo creo que sí. La Historia es, sin duda, compleja. La humanidad no constituye un todo homogéneo. Tan pronto se divide en grupos desconocidos, extraños u hostiles que evolucionan aisladamente, como se armoniza en un magnífico equilibrio.

Los períodos ascendentes de la civilización son aquellos que ensanchan los cuadros de la comunidad humana, creando una solidaridad material y moral entre un número cada vez mayor de pueblos, rompiendo las barreras que la incomprensión, el fanatismo, o simplemente la imposibilidad de comunicarse entre sí, han levantado entre los hombres. La meta histórica a la que tienden instintivamente todas las fuerzas activas es la agrupación universal en un equilibrio estable y pacífico, tal como estuvo a punto de realizarse en los últimos tiempos de la Edad Antigua, en aquel periodo que yo he creído poder llamar «la Era de los Imperios».

Los períodos de decadencia son aquellos en que las grandes comunidades se disgregan, en que la sociedad, cual cuerpo muerto, se descompone y disuelve. ¿Hay que deducir que la Humanidad va arrastrada por leyes contra las cuales no le es posible reaccionar? No lo creo. El determinismo y el materialismo histórico han contribuido, desde luego, a desarrollar ese horrendo cinismo, bautizado en nuestros

días con el nombre de realismo, que nos ha hecho perder todo sentido de los valores morales, para no creer más que en la necesidad de un orden material. Sin embargo, estoy convencido de que, si bien es preciso apartarse del determinismo, no por ello hay que dar en creer que las sociedades humanas pueden ser modeladas según planos elaborados por teorizantes que pretenden ofrecer al mundo un estatuto definitivo y perfecto.

El estudio de la Historia universal establece, sin lugar posible a dudas, que la evolución de las sociedades, como la de los individuos, obedece a leyes en virtud de las cuales una forma social determinada acompaña a cierto tipo económico, o que fija relaciones constantes entre las transformaciones del derecho público y las del derecho privado. En otros términos, existe entre los diversos aspectos de una sociedad, un equilibrio que no puede romperse sin someterla a crisis violentas. De igual modo hay, en la evolución de los pueblos, etapas que se suceden necesariamente por proceder unas de otras. Existen, pues, reacciones sociales del mismo modo que hay reacciones químicas. El problema todo radica en saber si tales reacciones son inmutables, o si la intervención del genio humano puede modificarlas. No me parece dudosa la respuesta. Una reacción social depende de elementos fisiológicos, económicos, sociales y morales coincidentes; al cambiar uno de estos elementos, la reacción experimenta inmediatamente la influencia. Sobre algunos de ellos, nada o muy poco podemos. No nos es dado, por ejemplo, impedir que los hombres se vean obligados a ciertas necesidades físicas que, al dominar su existencia, dominan consecuentemente sus instintos, lo que explica la inmutabilidad de la naturaleza humana. Pero es factible transformar las condiciones económicas de la vida con inventos técnicos; hacer desaparecer las deficiencias sociales mediante leyes que organicen mejor el reparto de la riqueza; crear en el corazón de la gente sentimientos más elevados, dotándola de un ideal moral.

La enseñanza que podemos deducir de la Historia consiste, precisamente, en darnos cuenta de cuáles son los elementos que parecen inmutables en la evolución humana, por ser inherentes a la naturaleza misma de los hombres, y en qué medula puede obrar la acción individual sobre la sociedad. Las sociedades deben, pues, admitir la necesidad de ciertas leyes evolutivas, del mismo modo que cada uno de nosotros aceptamos el ajustar nuestra vida a nuestra edad. No hemos de imaginarnos que por extender a pueblos, cuyo grado de evolución es diferente, instituciones análogas, se puede llegar a darles una misma civilización. Vano sería, por ejemplo, querer introducir la democracia parlamentaria en un pueblo en pleno régimen feudal. Las instituciones, en verdad, no son sino el reflejo de un grado de evolución determinado. Un cambio social no puede realizarse o mantenerse mientras no vaya acompañado de un cambio paralelo en las concepciones morales.

Pero admitir que las sociedades están dominadas por el momento de su evolución, no es negar que se pueda actuar sobre el nivel de su cultura. El esquema social de una sociedad no es la expresión de su civilización, es solo su soporte. Lo que hace la obra

de arte no es el marco, sea de roble, de ébano o de madera dorada, sino el lienzo que encierra. Lo mismo pasa con las sociedades: lo esencial en ellas no es su aspecto, sino la concepción humana que las informa. Idéntica forma social puede realizar un ideal de justicia o constituir un instrumento de opresión, favorecer la floración de un gran ímpetu intelectual y artístico, o esquilmar, por el contrario, todas las fuerzas espirituales en provecho de meras consideraciones materiales.

La cuestión social es, sin duda, cosa esencial; mas lo que debe dominarla, so pena de paralizar todo progreso, es el cuidado de respetar la personalidad humana, dando a cada hombre las mayores garantías posibles de seguridad, de dignidad y de bienestar, pues si es cierto que la civilización es ante todo moral, hemos de admitir que su objetivo es acrecentar el valor individual del hombre, no convertirlo en hormiga de un hormiguero.

Estas breves reflexiones servirán para explicar al lector la manera cómo he concebido esta obra. He tratado de seguir, a través de los siglos y entre todos los pueblos, la evolución de las condiciones económicas y sociales que constituyen la base de las sociedades, e intentado demostrar cómo proceden de ellas el derecho, así como las instituciones públicas y privadas. He procurado, al mismo tiempo, seguir la acción ejercida en el desarrollo de los pueblos por las ideas religiosas, morales, filosóficas y científicas, que fueron la obra de grandes individualidades, cuya influencia ha transformado a la masa humana en Humanidad.

Acaso, al seguir el drama de la Historia, quede uno dolorosamente impresionado por las flaquezas, crueldades y vilezas de que siempre aparece acompañado y uno se sienta tentado a creer, a primera vista, en la futilidad de los esfuerzos humanos al contemplar la ruina sucesiva de las más ínclitas civilizaciones.

Ciertamente, hay que decidirse a aceptar tal y como es un mundo donde la Muerte es la inseparable compañera de la Vida. Pero si nos resignamos a admitir que el plano sobre el cual se ejerce la actividad de los hombres es el de la brutalidad que por todas partes, en torno nuestro, se manifiesta en la naturaleza, y cuya superación constituye el objetivo preciso de la civilización, me parece difícil no sentirse arrebatado de admiración, de confianza y de entusiasmo ante la eximia labor creadora que los seres humanos, en el lapso de algunos milenios, han logrado realizar. No atendiendo a menudo, desde luego, más que a sus intereses, lanzáronse a la conquista de mares y continentes, entraron en contacto unos con otros, establecieron un sistema de trueques que ha introducido en la vida ese refinamiento y esa variedad cuyos productos son el arte y el pensamiento. En plena lucha brutal de los instintos, ha llegado a formarse la conciencia individual, apareciendo con ella la caridad y la noción de la solidaridad humana. Sobre fundamentos tales han florecido las grandes religiones de Egipto, de Persia, de la India, el ideal moral de los estoicos y, por último, el cristianismo.

¿No es un espectáculo admirable el de los hombres, liberándose progresivamente de su inicial barbarie y desenvolviéndose hasta concebir el infinito, la divinidad, descubriendo las leyes que rigen los mundos y la materia, y logrando, sin que ninguna necesidad los impulse a ello, expresar en inmortales obras de arte el ansia de ideal que instintivamente ensancha el corazón humano y que es la principal, si no la única, fuente de la civilización?

Así, la visión que de la Historia se desprende es, a pesar de todo, optimista, pues nos enseña que, si bien los imperios, construidos por evoluciones seculares —a pesar de que se juzgan creadores suyos los estadistas y guerreros—, se han desmoronado, sin embargo las ideas, una vez formuladas, no se han perdido. A través de los altibajos de la Historia se ha ido acumulando paulatinamente un inmenso tesoro de valores morales, habiendo contribuido a su formación todas las razas y las generaciones todas. Ha ocurrido que determinadas épocas lo han dejado sin explotar; mas no por eso ha dejado de existir, y las generaciones siguientes han vuelto a encontrarlo. Pues la grandeza de los valores espirituales radica en que, una vez descubiertos, subsisten por sí mismos, prontos siempre a irradiar su luz para los hombres de buena voluntad que acudan a ellos.

JACQUES PIRENNE

EL CICLO ANTIGUO

PRIMERA PARTE

LA ERA CONTINENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

La formación de los grandes Estados desde los orígenes hasta el siglo XX A. J., y las primeras invasiones arias del siglo XX al XVI A. J.

1. Los orígenes

LAS TRADICIONES ANTIGUAS

En las tres cuencas, la del Nilo, la del Éufrates y el Tigris, y la del Indo, es donde la civilización aparece, en el cuarto milenio antes de Jesucristo, bajo formas más ampliamente desarrolladas. Conoce esa civilización la agricultura, la vida urbana, el comercio, la navegación marítima y la escritura. Lo cual quiere decir que, ya por aquella época, es sumamente remota y el resultado de una evolución de varios miles de años.

Los pueblos orientales más antiguamente civilizados conservaban la tradición de una historia que se perdía en la noche de los tiempos. Pero solamente Babilonia y China atribuían una duración determinada a aquellas épocas míticas lejanas. Cuenta Berosio[1] que, tras un período de anarquía de 1 680 000 años, aparecieron los primeros grupos sociales, los cuales fueron evolucionando lentamente durante 432 000 años, antes del diluvio sumerio[2], que marca ya el comienzo de una era histórica propiamente dicha.

La tradición china es más interesante todavía en el sentido de que intenta seguir las grandes etapas del mundo y de la civilización: en el origen fue la creación, que hizo aparecer el cielo, la tierra y los seres; la vida comenzó bajo el reino de las «familias augustas del cielo», para pasar en seguida al de las «familias augustas de la tierra» antes de conocer, por último, el advenimiento de las «familias augustas de los hombres». Luego de este período mítico, calculado en 594 000 años, la Humanidad debió de entrar en vías de civilización, empleando centenares de siglos en aprender a construir chozas y en inventar primero el fuego y luego la rueda. Hacia el siglo XLV A. J., los hombres debieron de practicar la cría del ganado, aprender a contar, establecer un calendario y organizar los casamientos; en el siglo XXXII, aparecerían el cultivo de los cereales, la medicina y se celebrarían los primeros mercados; en el XXVI, la escritura, la aritmética, la astronomía, el uso de carros y embarcaciones, la edificación de casas y palacios, el tejido de la seda y, en suma, todo lo que llamamos civilización.

Estas tradiciones prueban un conocimiento de la historia humana y nociones científicas mucho más profundas que las de la Biblia, la cual no hace datar la creación del mundo más que de 1696 años antes del diluvio sumerio, lo que se explica por la tardía llegada del pueblo hebreo a la civilización sedentaria.

Tales mitos históricos van acompañados, entre los sumerios, de recuerdos muy lejanos: «La especie humana, cuando fue creada, no conocía ni el pan para comer, ni los vestidos para cubrirse. La gente andaba arrastrándose por el suelo, comía la hierba con la boca, como los carneros, y bebía el agua de los charcos».

La Odisea evoca la edad de las cavernas cuando dice que «viven en las cumbres de los altos montes, dentro de las excavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se entrometen los unos con los otros» (cap. IX, 115).

DEL NOMADISMO A LA CIVILIZACIÓN SEDENTARIA

En cuanto a los egipcios, se acordaban de que, antes de asentarse en el valle del Nilo, habían llevado una vida nómada, la cual debió de ser muy semejante a la edad de los patriarcas descrita en la Biblia. Cuando andaban trashumantes por las altas mesetas, hoy desiertas, los futuros habitantes de Egipto, procedentes de África, de Asia y de Europa, que formaron en el valle del Nilo una extraordinaria amalgama de razas[3], tenían ideas religiosas como las que hallamos en todos los pueblos del antiguo Oriente; veneraban las fuerzas de la naturaleza, sometidas todas a una gran Diosa Madre, imagen de la fecundidad. En suma, lo que los hombres adoraron en un principio fue, pura y simplemente, la Vida[4].

Poco a poco, sin que podamos precisar cómo ni cuándo, concibieron junto a la vida que a su alrededor se manifestaba, un principio vital. Y esta nueva concepción vino a traducirse, en el plano religioso, en la creencia en un dios varón, dios fecundante que aparece, primero, como subordinado a la Diosa Madre, pero que, gradualmente, fue ocupando el lugar predominante como deidad creadora. Esta etapa en la evolución, debió de ser franqueada en el momento de la estabilización de las poblaciones nómadas en el valle del Nilo. La estabilización dio nacimiento a las aldeas, haciendo aparecer el matrimonio patriarcal, institución que encuentra su correlativo en las ideas religiosas: el culto de la Diosa Madre fue sustituido por el de una pareja de dioses, el dios Cielo y la diosa Tierra[5], símbolo del mundo primigenio, a la que pronto se le adjudicó un hijo, representante del mundo creado.

La noción del gran dios creador, el dios Cielo, fue común, tanto a los arios —es el Diaus de los indomitanos, el Zeus de los griegos y el Júpiter de los latinos— como a los mogoles y a los pueblos de la estepa asiática.

El régimen de la aldea y la familia patriarcal tiene por base la agricultura, y la agricultura hace surgir un culto, también común a todos los pueblos del Oriente antiguo, fuera cual fuese su raza: el culto agrario. Ofrecido al dios de la vegetación,

que nace en la primavera, para morir en otoño y resucitar a la primavera siguiente, había de concretarse en Egipto en torno al culto de Osiris.

Osiris no es el gran dios creador: no es sino la representación del principio de la fecundidad en el mundo vegetal. Fue, pues, considerado, de manera natural, como hijo del Cielo y de la Tierra.

El período de estabilización es la gran etapa en la vida de los pueblos. Los nómadas representan un tipo de sociedad que, una vez realizada la cohesión de la tribu en torno a los jefes de clan —entre los cuales, cuando la necesidad lo exige, se nombra un «rey» militar—, ya no evoluciona más, porque las condiciones de la vida son inmutables. Los nómadas descritos en los textos egipcios veinte siglos antes de Jesucristo, son exactamente análogos a aquellas hordas devastadoras que arios, mogoles, turcos o semitas debían extender con tanta frecuencia por los países sedentarios. La estabilización, por el contrario, al introducir las nociones de territorio, de la propiedad privada del suelo, de la solidaridad creada por la vecindad, que poco a poco predomina sobre la de la sangre, de la familia en fin, hace progresar rápidamente la civilización.

Esta es la razón por la cual los egipcios atribuían a Osiris, dios de la vegetación, el invento, no solo de los cultivos, sino también, al mismo tiempo, del matrimonio, de la moral y de las leyes.

Si todos los pueblos han conocido el culto agrario, no todos lo han concebido del mismo modo. Y raros son los que, como los egipcios, hicieron de él, desde un principio, un culto con preocupaciones morales. Osiris, que dio a los hombres la civilización, es el dios del bien. Es, al mismo tiempo, el dios de la vida y de la muerte. Muerto, es confiado a la tierra —su símbolo es el grano— y, al revivir la vegetación primaveral, resucita. Pero también el hombre fallecido es inhumado, entregado a la Tierra Madre, de quien nació Osiris. Integrado en ese gran todo que es la Tierra, debe seguir sus leyes, y lo mismo que las plantas, lo mismo que Osiris, resucitará también.

La idea de la resurrección, tal vez haya sido concebida al principio bajo el aspecto de la metempsícosis, no renaciendo el muerto necesariamente en su forma primitiva. Pero a medida que Osiris fue convirtiéndose más especialmente en dios de los muertos, estos quedaron asimilados a él; los difuntos debían, en consecuencia, como Osiris, resucitar con su personalidad propia. Bajo la condición, sin embargo, de poder ser parangonados a él. Y como Osiris es el dios del bien, la resurrección quedaba, pues, reservada a los hombres que, en el curso de su vida terrena, hubieran practicado el bien. De este modo, el culto agrario vino a transformarse, entre los egipcios, en una religión que asigna a la vida un sentido eterno: la resurrección en el mundo presidido por el dios Osiris.

La estabilización ha formado comunidades instaladas en territorios limitados. Nace el grupo político, simbolizado por una enseña —los emblemas egipcios— y protegido

por la gran Diosa Madre o por otro dios local, pues el culto de las fuerzas naturales envuelve a los hombres en manifestaciones divinas. La vida social no tiene, en su origen, otra sanción que la del culto. Todo grupo es, por consiguiente, religioso. Por eso la estabilización fracciona el culto en tantos aspectos diversos como comunidades sociales, es decir, políticas, hay. El jefe de la comunidad, el rey, es un sacerdote sin otro poder que el derivado de la divinidad. Esta divinidad local es, generalmente, la Diosa Madre. Pero, venerada bajo su aspecto local, viene a dar a luz una cantidad de diosas que, paulatinamente, cobraron personalidades distintas[6]. Nace el culto egipcio del «nomo»[7], en un todo semejante a lo que será, 3000 años más tarde, el culto de la ciudad en Grecia.

FORMACIÓN DE LA ALDEA Y DEL RÉGIMEN SEÑORIAL

LOS NOMOS EGIPCIOS

Los nomos egipcios agrupáronse o entablaron luchas unos con otros, dando origen, de grado o por fuerza, a confederaciones, que fueron los primeros estados políticos auténticos.

Estas ligas, al principio agrarias, se basaban en una jerarquía social, por la cual el poseedor de la tierra lo era también del que la trabajaba.

El grupo nómada conoció ya las diferencias sociales; los jefes de familia constituían una nobleza, los vencidos formaban una clientela semiservil. La fijación al suelo y la noción de pertenencia territorial de ella resultante hicieron de la nobleza una clase de propietarios. Y así el grupo se dividió, no solo en nobles o libres y clientes, sino también en ricos y pobres, transformándose los ricos poseedores de más tierras, de modo natural, en señores, entre los cuales los había más o menos poderosos, que se jerarquizaron y combatieron para imponerse los unos a los otros, coligándose bajo la autoridad de los más fuertes. De este modo fue constituyéndose progresivamente un sistema de dominio que, en el plano político, adoptó la forma de feudalismo señorial. Semejante evolución resulta absolutamente general. La encontramos en el antiguo Oriente, en la India y en China, y, bajo esta misma forma, entre los siglos V y XII después de Jesucristo, aparecerá la primera organización política y social entre los germanos de allende el Rin.

2. Las primeras culturas

EL DELTA DEL NILO

En los deltas del Nilo y de Mesopotamia, como en el valle del Indo, el mar y los ríos ejercieron, en el cuarto milenio, una benéfica atracción sobre las poblaciones agrícolas. Las vías acuáticas favorecieron los cambios, creando mercados. A lo largo del mar se desarrolló la pesca, luego el cabotaje, la piratería y el comercio.

Desde los tiempos más remotos, Egipto mantiene relaciones, por el mar, con la costa siria. Le falta la madera, y los sirios tienen interés en explotar sus espléndidos bosques de pinos y cedros; los egipcios poseen trigo en demasía; el comercio internacional aparece entonces. La navegación crea una clase social nueva: marinos y comerciantes; las aglomeraciones de pescadores transfórmanse en villas mercantiles. En el delta del Nilo, Metelis, el primer puerto orientado hacia el Asia, logra la supremacía en la antigua confederación terrestre constituida en la frontera líbica. Fórmanse ciudades en los principales brazos del Nilo: Mendes, Busiris, Atribis, Sais, Bubastis, Hermópolis, Letópolis, Buto y otras muchas más. El contacto con el mar multiplica la actividad interior. El cultivo se desarrolla para abastecer a la navegación de fletes de tornaviaje, y, a su sombra, se intensifica la industria. Se crea una burguesía que vive de los cambios y a la que impulsa el espíritu de aventuras. Asiéntanse colonias a lo largo del Nilo; las expediciones partidas del Delta remontan el río, en busca de oro, hasta Nubia.

Cuchillo de pedernal con mango de marfil de la época predinástica, hallado en Jebel-el-Arak.
El relieve del mango representa a los egipcios del delta del Nilo remontando el curso del río con sus naves.

En el paraje donde se reúnen los brazos del Nilo, aparece un mercado importante: Letópolis. Y como las transacciones resultan imposibles si no están sancionadas por el culto, los mercaderes de todas las ciudades fundan allí santuarios. Así nace, frente a Letópolis, Heliópolis, la ciudad santa de Egipto, donde todos los cultos se encuentran y amalgaman. Se forma un clero que, combinando los cultos nacionales, pone la base de una teología; y como el culto es la sanción del derecho, surge, paralelamente a la costumbre religiosa, una costumbre jurídica.

En las ciudades donde domina la antigua nobleza territorial, se prepara el conflicto con la nueva burguesía. La nobleza se agrupa en torno al culto de la ciudad; la burguesía, formada por elementos heterogéneos, practica el culto agrario, culto universal que, en contacto con el agrario osiríaco, está ya penetrado de elementos asiáticos. Pues el comercio, al desarrollar los cambios entre pueblos diferentes, impulsa a la constitución de un culto internacional que, naturalmente, habrá de ser el agrario, pues este culto agrario es el que todos los pueblos conocen.

Al romperse el equilibrio entre la potencia económica o numérica de los antiguos nobles y la de los burgueses, una revolución social se opera, la más antigua de cuantas nos son conocidas: es la que triunfó en Busiris, en el Delta. La aristocracia hubo de dar paso a la nueva clase mercantil; el culto local fue sustituido por el de Osiris y apareció una nueva realeza, como reacción contra el antiguo poder aristocrático, fundada en el culto popular y universal de Osiris. La transformación social provocada en Busiris propagose a través de todas las ciudades del Bajo Egipto. En todas partes triunfó la realeza del tipo osiríaco. Se codificaron los usos urbanos. Y, en Heliópolis, la teología reconoció a Osiris como dios real, legitimando así el nuevo poder monárquico constituido.

Entre las principales ciudades, centro cada cual de una federación, se entabló la lucha por la hegemonía. Después de haberla ejercido Busiris, la ejercieron sucesivamente las ciudades de Letópolis, Sais, Hermópolis y Buto. Pero, cada vez, la monarquía creada por la fuerza se hacía reconocer en Heliópolis. Heliópolis se convirtió así en la ciudad guardiana de la legitimidad del poder, implantándose la costumbre de que todos los reyes fuesen a ella para hacerse consagrar. En Busiris, la realeza había tomado en un principio la forma electiva. Pero, al fortalecerse, se hizo hereditaria. En las ciudades, continuando la evolución democrática, el poder real fue reemplazado por el de magistrados elegidos: los «Diez hombres». Al alcanzar Buto la hegemonía, ya no había en todo el Delta más que un rey: la monarquía quedaba creada.

LA CUENCA DEL INDO

Mientras la civilización urbana se desarrollaba en el Bajo Egipto, el delta y el valle inferior del Indo se cubrían de ciudades que, hacia 3400 A. J., habían alcanzado tal florecimiento, con sus casas de varios pisos, sus baños públicos y su alcantarillado, que, por aquella época, ya debían de representar el apogeo de una evolución económica y social muy antigua.

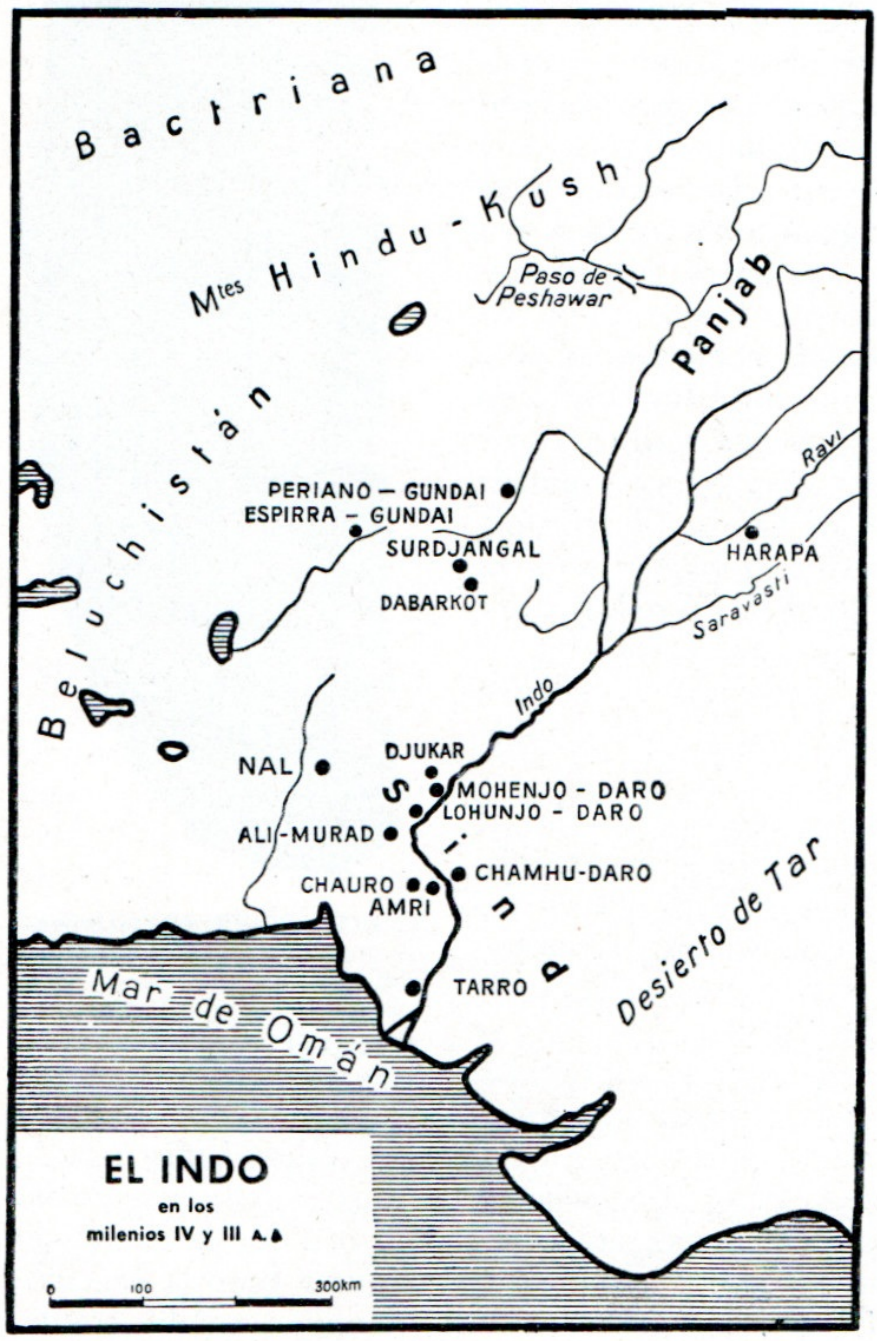
La civilización urbana había conquistado la cuenca del Indo hasta el interior del Panjab, donde se elevaba la gran ciudad mercantil de Harapa.

Parece que entre esas ciudades hubo —como en Egipto— pugnas por la hegemonía, la cual, remontando siempre el valle, pasó de Amri a Mohenjo-Daro, y por último, a Harapa. En el curso del tercer milenio, se produjeron en el Panjab invasiones mogólicas, procedentes del Este. Y sin duda la gran civilización urbana debida a los dravidianos cayó en la decadencia, por lo menos en el Panjab, pues su centro fue trasladado a Chamhu-Daro, en el valle bajo. Las cuencas del Indo y del Saravasti representan un área civilizadora mucho más vasta que la del valle del Nilo y la Mesopotamia. Alcanzó su apogeo unos 2900 años antes de Jesucristo, extendiéndose ampliamente por la costa del Beluchistán. Y preciso es admitir que por aquella remota época ya había conquistado, en la costa de Malabar, la cuenca del Narbada, en cuya desembocadura tan grande expansión habían de lograr los centros

económicos de Barigaza (Baroch), y de Supara (el Ofir de la Biblia, al norte de Bombay).

Acaso por su amplitud y el nivel de su vida urbana, sea la civilización de la India la más vieja de cuantas nos son conocidas. Confina desde luego con la del antiguo Egipto. El culto está dominado en ella por una Diosa Madre y un dios fecundador, cuya representación tricéfala anuncia ya al dios Siva, así como por una deidad agraria cuyos emblemas son el falo y el árbol sagrado, lo mismo que en Egipto. La escritura jeroglífica es ya de frecuente uso, y se mantienen relaciones constantes con el extranjero.

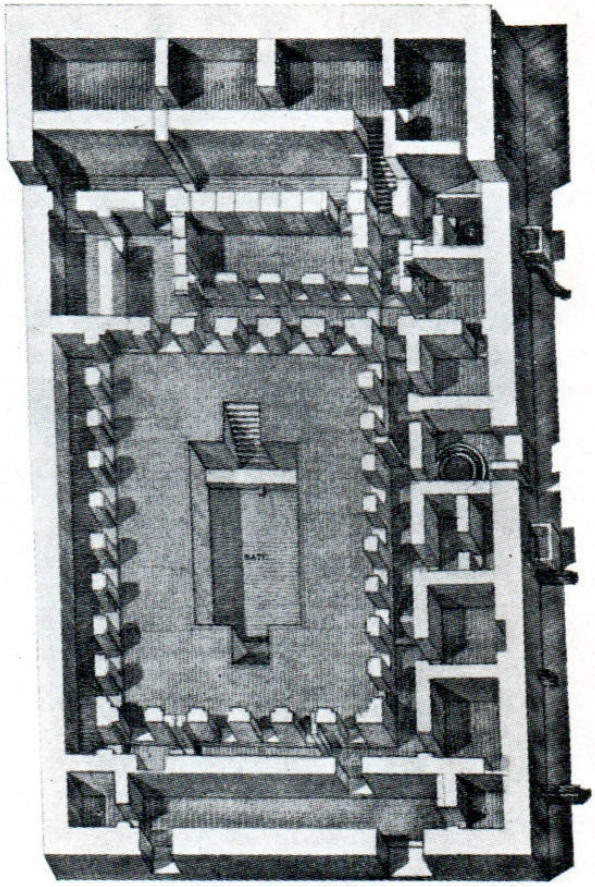
Las ciudades del Indo parecen más avanzadas, más antiguas por tanto, que las del delta mesopotámico. Tal vez nacieran estas de su contacto; la tradición cuenta, en efecto, que la civilización la trajo al país de Sumer un hombre-pez surgido del golfo Pérsico. Existen, por otra parte, entre la cultura del Indo y la de Sumer relaciones ciertas, posiblemente, incluso, hasta similitudes entre ambas razas.



La sociedad dravidiana del Indo debió probablemente su rápida ascensión al hecho de haberse orientado, a la vez, hacia el mar y hacia la tierra firme; importaba hierro de Rajputana, amazonita de Cachemira y jade del Turquestán oriental, lo cual prueba que, con anterioridad al siglo XXX antes de Jesucristo, las rutas de caravanas se internaban profundamente en el Asia Central.

Las gentes del delta mesopotámico recuerdan, por su formación, a las del delta del Nilo. Parecen haber

llegado de la meseta iraniana a medida que los aluviones crearon tierras habitables.



Establecimiento de baños de Mohenjo-Daro.
Reconstrucción según sir John Marshall.

EL DELTA DEL ÉUFRATES Y EL TIGRIS

Es la misma inmigración que, desde el Irán, alcanzó, a través de la región de Carquemis, en el Éufrates, la costa mediterránea, apareciendo en Ugarit, Siria.

Otra inmigración, esta semita, remontó los valles del Éufrates y Tigris, procedente del Oeste; por eso Accad estaba poblada por la misma raza semítica que ocupó casi toda Siria, y que era muy diferente, por su origen étnico y su idioma, de los sumerios.

Los sumerios del delta fueron los primeros en estabilizarse, tanto por causa de la fertilidad del suelo como por la proximidad del mar. Los primeros progresos de la civilización, la agricultura, el trabajo del pedernal, del metal y de la greda les llegaron de la tierra. Pero las ciudades solo surgieron a partir del momento en que los trueques les impulsaron a aventurarse por el mar.

Tanto desde el punto de vista religioso como social, la civilización de los sumerios recuerda las de Egipto y el Indo. Sus ideas religiosas estaban concentradas en el culto a una Diosa Madre, cuyo tipo es Ishtar, y a un gran dios creador que, en la época urbana, había de tomar el nombre de Shamash, el aspecto solar. Este culto se fraccionó en religiones locales consagradas a familias de divinidades que, a pesar de su común origen, acabaron por diferenciarse las unas de las otras.

La civilización urbana desenvolviose, en Sumer, en el curso del cuarto milenio, al contacto directo con el Indo. Fue en el litoral donde apareció la primera ciudad, Eridú, orientada hacia el mar, fenómeno idéntico al que había engendrado la formación de Metelis, en Egipto. Después nacieron Ur, en la desembocadura del Éufrates, y en los brazos confundidos de ambos ríos, Larsa, Uruk, Surupak, Lagash, Batibirra-Ki y Unna. Entre estas ciudades se entablaron luchas por la hegemonía. Después de Eridú, alcanzó la preponderancia la ciudad industrial de Batibirra-Ki, cuya prosperidad tenía por origen la explotación del cobre. Sin duda, por razón de su actividad fabril y del artesanado que concentró, fue su burguesía la primera en operar la revolución social que, como en Busiris, en Egipto, trajo consigo un nuevo régimen

urbano, simbolizado por el triunfo del dios agrario Dumuci, quien, como su correlativo egipcio Osiris, había de trocarse en dios real.

El florecimiento del país de Sumer quedó bruscamente paralizado por la gran catástrofe del diluvio, catástrofe que aniquiló todas las ciudades del delta entre los siglos XXXV y XXX. Mas la evolución había de reanudarse inmediatamente, para lograr su apogeo en el tercer milenio.

3. Grandeza y decadencia del Imperio Antiguo egipcio

LA MONARQUÍA CENTRALIZADA DEL BAJO EGIPTO

En el curso del cuarto milenio, el delta egipcio forma un reino unificado bajo la dinastía de Buto. El primer estado monárquico centralizado iba a constituirse allí bajo una forma, política y religiosa al mismo tiempo, que debía ser la base del derecho público del cual vivió, durante más de treinta y cinco siglos, la monarquía egipcia. Esta fue, por su continuidad, la más grandiosa de todas las realizaciones de la historia humana.

En todo el ámbito del reino de Buto, ya no quedan vestigios de organización feudal o señorial. El monarca asume todos los poderes, que ejerce a través de un gobierno central presidido por un canciller. El funcionarismo suple a la antigua nobleza hereditaria; se le han quitado a la aristocracia de nacimiento los cargos sociales para ponerlos en manos de agentes retribuidos; se ha borrado la jerarquía social, pero se ha introducido el fisco alimentado por el impuesto sobre la renta. La desaparición de la nobleza ha traído consigo el advenimiento de un régimen individualista; en este punto, la solidaridad familiar se disgrega; la cultura intelectual se desarrolla; fíjase la escritura, nacida en forma de pictografía primitiva; los bienes se hacen cada vez más enajenables; el estado civil, el catastro «del oro y de los campos» son organizados por el Estado; queda establecido el calendario; el sistema decimal se generaliza. En resumen, la sociedad se perfecciona; el arte, la técnica y el derecho se desenvuelven.

LA TEOLOGÍA SOLAR

Al mismo tiempo que el poder se centraliza, la religión evoluciona hacia un monoteísmo panteísta. La elaboración de una teoría del poder va pareja con el establecimiento de una teología solar. Ello fue una de las empresas más altas, no solamente del pensamiento egipcio, sino del pensamiento humano. Debía marcar con su sello toda la historia de Egipto y ejercer sobre la filosofía griega y la moral judía una influencia innegable y profunda.

Del culto de las fuerzas naturales, de la Diosa Madre y del dios creador, combinado con el culto agrario, se desprende un sistema coordinado y una admirable

alzada de vuelo idealista.

En el principio fue el caos (Nun), donde el espíritu del mundo (Atum) yacía difuso e inconsciente. La materia y el espíritu no han sido creados; fueron en todo tiempo. La creación no es sino la conciencia que el espíritu del orbe tuvo de sí mismo, desgajándose así de la materia y dando a luz al ser puramente espiritual, simbolizado en el sol: Ra. El gran dios creador, Atum-Ra está, pues, formado por dos personas distintas; Atum, el espíritu del mundo, al desprenderse, da nacimiento a Ra; Atum y Ra resultan así un solo dios: el espíritu del mundo y su conciencia creadora.

Paleta de maquillaje del rey Narmer de Hieracompolis, en la que se representa la toma de Metelis por el rey del Alto Egipto. Primera dinastía. Schiefer. Musco de El Cairo.

Consciente de sí mismo el espíritu, en efecto, se hace creador. La creación del mundo es la conciencia separándose del caos, la luz apartándose de las tinieblas. Ra, conciencia del mundo, lo concibe. Y, al concebirlo, lo crea. El mundo creado no es más que la materialización del pensamiento divino. La genealogía de los dioses simboliza la evolución de la materia al pasar del caos a la «forma».

Todo cuanto existe «ha salido de los ojos y de la boca» de Ra; lo que equivale a decir que los seres surgieron del caos inicial a medida que Ra los vio, es decir, los fue concibiendo y los nombró, o sea, quiso que fueran. Sobre esta concepción teológica, desde el Imperio Antiguo, los sacerdotes de Menfis elaboraron una teoría de la voluntad cuyo texto ha llegado hasta nosotros.

Así aparecieron, emanados unos de otros, los elementos: el aire y el fuego, los dioses Chu y Tefnet; la tierra y el cielo, el dios Geb y la diosa Nut, a quienes el aire, Chu, mantiene separados.

Pero desde que los elementos existieron, es decir, desde que el concepto divino se hubo concretado en forma material, el bien y el mal aparecieron, opuestos el uno al otro en lucha constante. El bien, el dios Osiris, es la vida, la fecundidad, la sabiduría; el mal, el dios Set, es la muerte, la esterilidad y la injusticia.

La obra de la creación, una vez desprendidos los elementos, fue completada por realizaciones sucesivas de las que proceden todos los seres; primeramente los dioses, quienes, como los astros, son espíritus puros, es decir, conceptos —tal Maat, la justicia, hija de Ra—; después los seres vivos, a cuya cabeza están los hombres; y

finalmente las cosas, dotadas de personalidad, de «forma», que les da la conciencia divina, sin cesar creadora, puesto que, por el mero hecho de su existencia, el pensamiento de Ra no cesa de concebir y, por consiguiente, de crear.

El peso del alma, viñeta del *Libro de los muertos*.

Así, para el egipcio, las verdaderas realidades son los conceptos; las cosas sensibles no son sino realizaciones imperfectas y pasajeras del pensamiento divino. El mundo, proyección material de la sabiduría y la voluntad del gran principio creador, identificado con el dios solar Ra, es por su esencia lo más perfecto posible. El bien, la sabiduría y la vida se confunden. El idealismo egipcio desemboca, por tanto, en una visión optimista del mundo.

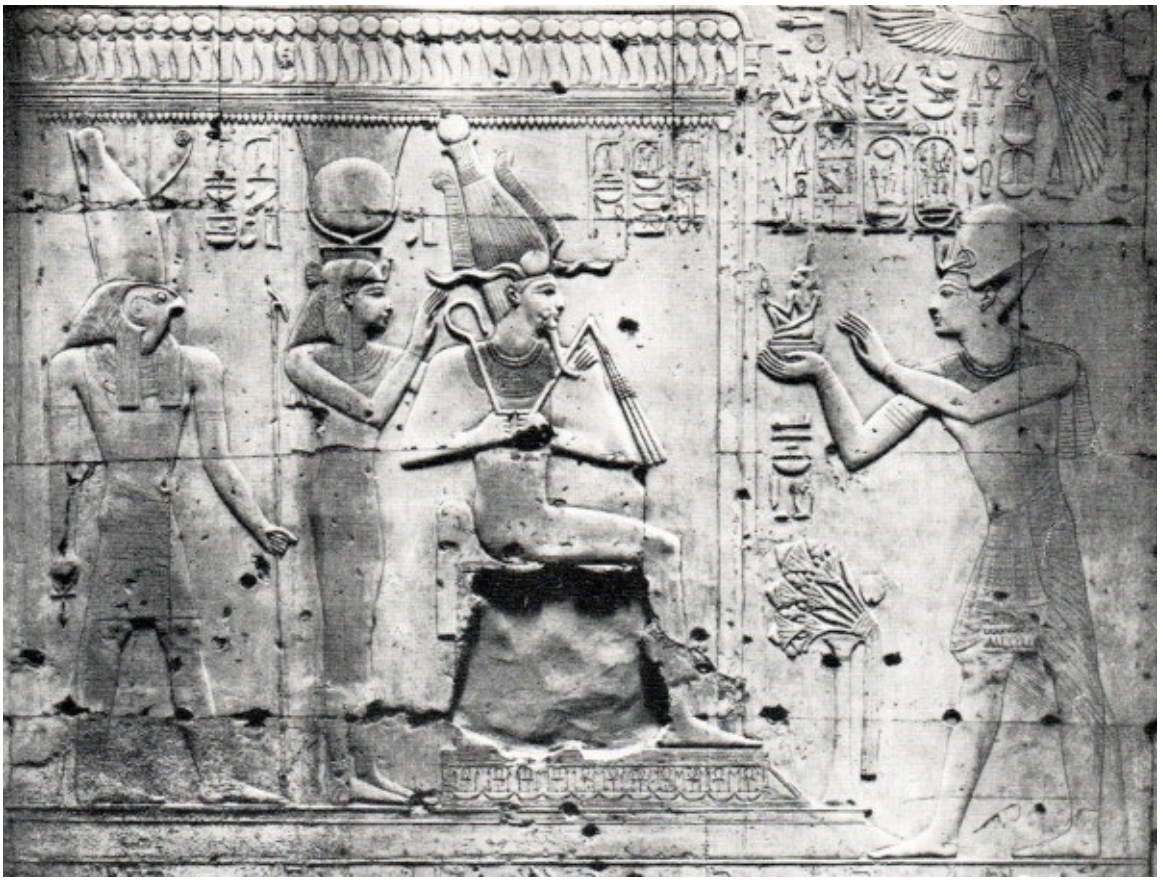
Sin duda, el mal existe. Débese precisamente al hecho de que la materia sea finita. En Ra se concilian los contrarios, «el ser y el no ser», el pasado y el porvenir; es lo absoluto. Los seres sensibles, por el contrario, son materiales y, por consiguiente, finitos. En ellos la vida pugna contra la muerte, es decir, la sabiduría, contra la injusticia; el bien, contra el mal; la forma, contra el caos; el porvenir, contra el pasado. La conciencia divina crea la materia, pero la materia tiende a la nada. Y si el mundo subsiste, es precisamente porque la conciencia que lo informa no cesa de recrearlo.

Cada ser, partícula del todo, implica a la vez materia (*ket*) y espíritu (*ka*), y de la unión de estos dos elementos nace la forma, la individualidad del ser, su alma (*ba*). El hombre, microcosmos del universo, está constituido por materia perecedera y espíritu inmortal, pero estos elementos solo se hallan reunidos momentáneamente; su unión, realizada por la conciencia divina, da nacimiento al alma individual. El alma tiene su origen en la voluntad divina; su fin es retornar al espíritu absoluto del que procede, que es Ra, despojándose de la impureza original de la materia y de la mancha que en todo hombre deja el pecado.

Puesto que el espíritu divino mora en cada ser bajo la forma del *ka*, el hombre, para granjearse la sabiduría, para practicar el bien, debe volverse hacia el gran dios Ra. La sabiduría y la moral emanan de Ra, y es él quien nos las inculca, es decir, nos las revela.

Todo egipcio, para ganar la vida eterna, ha de vivir, pues, según la voluntad de Ra. El rey debe hacer triunfar la voluntad del *ka* divino que está en él, procurando el reino de la justicia —tal es la justificación de su absolutismo—, así como cada hombre debe cumplir la voluntad divina, practicando la caridad, la cual se expresa en las obras de misericordia grabadas en las tumbas, treinta siglos antes de Jesucristo: «Di de comer al hambriento, di de beber al sediento, vestí al desnudo, ayudé a atravesar el Nilo al que no tenía barca, enterré al que no tenía hijos».

Después de esta vida, el alma del rey, lo mismo que la del más humilde de sus súbditos, será juzgada en el tribunal de los dioses, presidido por la Justicia, en presencia del universo entero, representado por el dios Tierra y la diosa Cielo. Si el alma es considerada pura, perdurará eternamente, es decir, su personalidad, espiritualizada, subsistirá en la gloria de lo absoluto divino; si se ha dejado corromper por la materia impura, desaparecerá.



Rito del culto osiríaco: Satos I ofrece una imagen de Osiris a la diosa de la Justicia, Maat. Relieve del templo de Abidos. XIX dinastía. Hacia 1300 A. J.

Las concepciones morales de Egipto se hallan fundamentalmente orientadas hacia el más allá que se alcanza por la práctica del bien. Solo la conciencia individual

puede salvar a los seres humanos, revelándoles los valores universales que la divina sabiduría ha inculcado en el manantial de toda vida.

EL RITO OSIRÍACO

Esta lucha del bien contra el mal, que debe granjear al hombre la vida eterna, se halla simbolizada en el rito osiríaco, que había de ser en el transcurso de los siglos el gran fermento de espiritualismo para los pueblos orientales y griego. A Osiris, el bien, lo mató su hermano Set, el mal. Pero Isis, esposa de Osiris, la diosa del Amor, lo resucitó; y entonces, en un gran éxtasis, Osiris apeló al dios Ra que lo enlazó, quedando unidas sus dos almas. El bien, desde entonces, se confundió con el eterno principio de la creación. La muerte del dios aseguraba la victoria definitiva del bien en el mundo creado.

El drama del combate entre el bien y el mal se renueva constantemente; el bien, practicado por los hombres imperfectos, sucumbe necesariamente ante el mal; solo el amor, impulsando al hombre hacia la divinidad, es capaz de reconfortarlo en sus flaquezas; por el amor, el hombre alcanza la fe que, uniendo su alma a la divinidad, prepara su vida eterna.

Así, el culto agrario, consagrado únicamente en un principio a la fecundidad, se alza hasta el misticismo más elevado que, paulatinamente, había de informar los «misterios», destinados a preparar en el mundo culto, tres mil años más tarde, el advenimiento del cristianismo.

Como se ve, la teología egipcia no solamente ordenó una religión, sino una visión general del mundo que abarcaba, en un mismo todo, la idea de la divinidad, la moral y la teoría del poder. Egipto no había de abandonar ya nunca esta concepción unitaria. Tal es el secreto de la admirable síntesis de su civilización.

LA MONARQUÍA FEUDAL EN EL ALTO EGIPTO

Mientras la civilización urbana se desarrollaba en el Delta, el Alto Egipto, agrícola y feudal, se agrupaba en torno de los príncipes de Ombos. Debían estos su situación preponderante al mercado de oro nubio, que era patrimonio suyo. Las colonias fundadas por las ciudades norteñas llevaron el comercio al valle, entrando en conflicto con los señores feudales. Y en Coptos, donde la ruta caravanera del mar Rojo al Nilo había creado el principal mercado del Alto Egipto, se instaló una monarquía, sostenida por las colonias mercantiles en reacción contra los señores feudales del Sur. Pronto trasladada a Neken y apoyada por los reyes de Buto, unificó el Alto Egipto bajo el signo de la institución monárquica.

Como los reyes de Buto, los feudales de Neken hicieron confirmar su poder en Heliópolis, donde iban a consagrarse. La ciudad de Heliópolis llegó a ser así árbitro indiscutido del país entero.

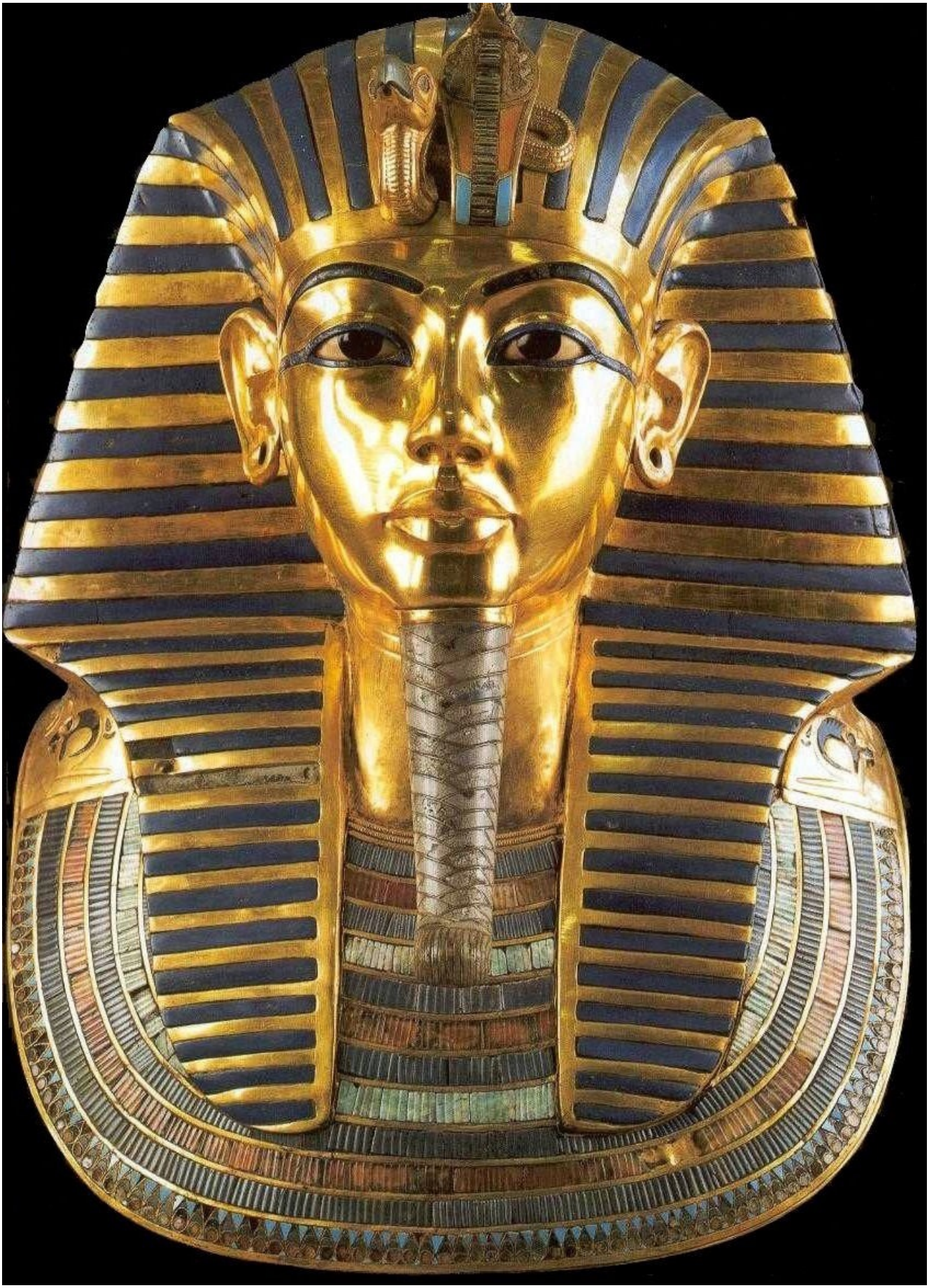
Con la monarquía, el Sur entra en la civilización. El rey, para reducir el poder de los feudales, se rodea de diez grandes vasallos a través de los cuales domina todo el país, crea una hueste real y organiza un esbozo de administración rudimentaria, presidida por un canciller.

Entretanto, en el Norte, las ciudades se oponen a la política de centralización real, y el reino de Buto se hunde en el curso de esa lucha contra las grandes urbes, celosas de su autonomía. La caída de la monarquía abre la frontera asiática a las invasiones de los nómadas. Los reyezuelos del Sur intervienen entonces, conquistando, unas tras otras, todas las ricas ciudades del Delta que, divididas entre sí, no supieron formar un bloque para defenderse. Así, hacia 3500, Menes reunió «la corona roja» del Norte y «la corona blanca» del Sur; Egipto quedaba unificado.

LA MONARQUÍA UNIFICADA

Unificado Egipto, terminaba la misión de la ciudad santa de Heliópolis. Con su papel de árbitro, había preparado un poder legítimo, gradualmente ensanchado hasta subyugar a Egipto entero, el cual entra, desde entonces, en una nueva era de su historia: la de la monarquía absoluta. Esta es la época que se ha convenido en llamar el Imperio Antiguo.

Durante cinco siglos, las dos primeras dinastías iban a unificar las instituciones monárquicas, destruyendo el feudalismo en el Sur y la autonomía de las ciudades en el Norte. Pero Egipto, unido territorialmente por los reyes feudales del Sur, debía serlo también jurídica, política y económicamente, por la extensión a todo el país de las instituciones centralizadas, el derecho privado individualista y la ordenación económica del Delta.



Mascarilla de oro de Tutankamón. Nuevo Imperio Egipcio.

La monarquía montó una teoría del poder que, aunque desprendiéndose de la consagración, encontraba su justificación en el carácter sagrado que hereditariamente

se iba trasmitiendo en la dinastía. El gobierno central se desenvolvió a base del funcionarismo, y el rey implantó el absolutismo haciendo desaparecer todo poder hereditario, excepto el suyo, y así suprimió toda distinción entre las antiguas clases sociales para no dejar en pie, ante sí, más que súbditos iguales en derechos.

PERÍODO LIBERAL

La monarquía alcanzó su apogeo bajo el poder de la tercera dinastía (2990-2900). El canciller es el más alto personaje del Estado.

El antiguo consejo feudal de diez grandes vasallos del Sur se transforma en un verdadero consejo de ministros que preside los grandes departamentos de la administración central: la cancillería, la hacienda, el registro, la administración de patrimonios, las obras públicas, el servicio de irrigación, el culto y la intendencia militar. Todos estos departamentos cuentan con dependencias en las cuarenta y dos provincias del país, colocadas bajo la autoridad de gobernadores. Los funcionarios, nombrados por decreto real, son remunerados y quedan sometidos a un riguroso escalafón, que debe comenzar por el peldaño más bajo. El impuesto, calculado sobre la renta territorial, se establece por el catastro y las declaraciones a que vienen obligados los contribuyentes; el Estado organiza también el registro civil y el archivo de actas. La justicia queda confiada a tribunales de notables bajo la férula de los gobernadores provinciales; durante la quinta dinastía (2750-2600), puede

apelarse contra sus decisiones ante el «Tribunal Supremo de seis cámaras» de Menfis, cuyos miembros son ministros y jueces de carrera. El procedimiento es completamente escrito; cada tribunal tiene un escribano cuyos archivos están confiados, lo mismo que el registro civil, a magistrados especiales. Cosa notable que indica una civilización muy desarrollada: el derecho penal es poco severo. Durante los mil años que dura el Imperio Antiguo, no hay noticia de ningún relato ni representación de la pena de muerte.

Los tribunales, lo mismo que la administración, aplican la ley promulgada por el rey y elaborada por él con la ayuda de consejeros privados, que constituyen un verdadero consejo legislativo.

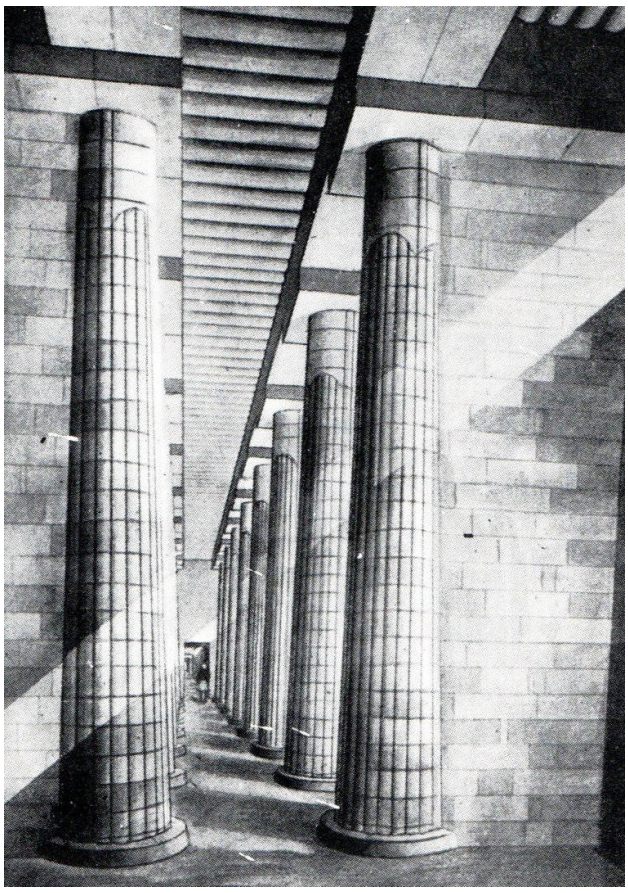
Frente a él, todos los egipcios son iguales en derecho. No hay entre ellos ni nobles, ni esclavos. Ninguna otra forma de esclavitud particular existe, tampoco, en el Egipto de aquella época. Solo el Estado utiliza los prisioneros de guerra como esclavos públicos en las canteras y los dominios de la Corona; pero la mano de obra, normalmente, es libre.

A este derecho público igualitario corresponde un derecho privado individualista. La familia, rigurosamente monógama —solo el rey tiene varias esposas legítimas—, descansa sobre la igualdad jurídica de los cónyuges. No existen ni potestad marital ni patria potestad; el derecho del Imperio Antiguo no conoce ni el privilegio del mayorazgo ni el de varonía; el testamento es libre, y las reglas de herencia son las mismas para hijos e hijas.

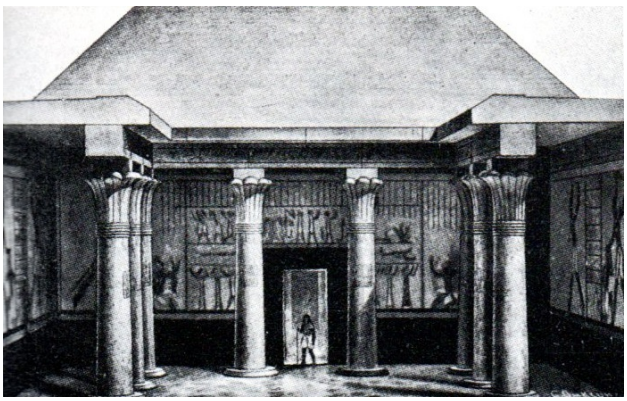
La propiedad privada, así mueble como inmueble, es inalienable, y el régimen no cesa de fraccionarla. Domina la pequeña propiedad; las grandes heredades escasean y no rebasan el centenar de hectáreas. Los arrendamientos, hechos por un año —las crecidas del Nilo no imponen la rotación de cultivos—, quedan registrados, así como, igualmente, los contratos de trabajo con los obreros.

La agricultura, muy desarrollada, asegura la existencia de una población de varios millones de almas. Pero la actividad de las ciudades juega también, en la economía del país, un papel considerable. Las grandes urbes del Delta cuentan con varias decenas de millares de habitantes, entregados al comercio y a la industria; entre la burguesía, donde se codean ricos armadores y modestos artesanos, conciudadanos todos, la fortuna se adquiere y se pierde pronto; el comercio está orientado hacia el mar; la exportación del trigo y de artículos manufacturados proporciona fletes de regreso a los barcos que importan maderas y materias primas procedentes de Siria. Hacia Biblos, el gran centro internacional donde los negociantes egipcios se encuentran con los mercaderes sumerios, así como también hacia el interior del país, el comercio está en manos de particulares. El rey, sin embargo, practica una economía estatal con ciertos países lejanos. La administración de Obras Públicas y la de Hacienda organizan, de consuno, el envío de expediciones por el mar Rojo hacia las tierras del Ponto y el litoral de los somalíes y de Arabia, donde Egipto adquiría, según parece, los productos africanos y los procedentes de la India. En Nubia, el monarca

hace una política colonial; allá van las caravanas en busca de ébano, marfil y oro. En el Sinaí, las minas de cobre y turquesas constituyen un monopolio del Estado. Para garantizar la seguridad del país, el Ejército, formado por reclutas y dividido en unidades tácticas bajo el mando de oficiales profesionales —los generales son casi siempre hijos o parientes del rey—, está acantonado en las ciudadelas fronterizas. La intendencia y los parques son administrados por la «Casa de armas». Las zonas fronterizas, que protegen el país hacia los desiertos, están, también, bajo el mando de generales.



Propileos de Sacara, construidos durante el reinado de Zoser.
Reconstrucción de J. Laner.



Patio del templo sepulcral del rey Sahure, en Abusir. Quinta dinastía. Hacia 2700 A. J.
Reconstrucción según Capart.

Desde la tercera dinastía, el florecimiento cultural y artístico fue tan notable como el del derecho y la economía; el recinto sagrado de Sacara, el más antiguo conjunto arquitectónico que nos ha transmitido el pasado, es una de las realizaciones más bellas de toda la Antigüedad; con él se inicia el período de apogeo artístico que gozó Egipto bajo el Imperio Antiguo.

LA EVOLUCIÓN ABSOLUTISTA

La monarquía, arrastrada por la centralización del poder, evoluciona hacia el absolutismo. Frente al rey, solo un poder independiente subsiste: el clero, potencia muy considerable por el hecho de que la monarquía encontraba su justificación en el origen divino. Los reyes de la cuarta dinastía (2900-2750) la dominaron mediante una profunda reforma religiosa y dinástica a la vez. Impulsando audazmente la doble evolución monoteística y absolutista, Keops reunió todos los cultos en torno al del dios Ra, de quien se proclamó, al mismo tiempo, vástago y encarnación, y, quebrantando la resistencia del cuerpo sacerdotal, lo sometió a la férula real. Semejante concentración de poder estuvo acompañada de una transformación en los principios del derecho

público. Embutida en la armazón administrativa por ella misma creada, la monarquía tenía que consentir el integrarse en la administración o romper el dominio de esta, superponiéndole un gobierno exclusivamente sometido a la voluntad real. Tal fue la obra de los faraones de la cuarta dinastía. El canciller, que hasta entonces era un simple funcionario, fue reemplazado por un «visir justicia mayor», elegido fuera de los cuadros administrativos y que en lo sucesivo había de ser instrumento de la potestad personal del monarca.

Identificado con Ra, el faraón organizó un culto personal, que se transformó en culto oficial del Estado. Constituyose un clero real y el culto del rey-dios, asimilado a la gran divinidad solar, quedó establecido en todos los templos. El palacio se convirtió en santuario, cediendo la administración la preferencia al personal de la corte. Y así, de modo natural, el clero real cobró una posición predominante y privilegiada en el Estado.

Sin embargo, la oposición de los sacerdotes de los antiguos cultos no cejaba; a consecuencia de acaecimientos ignorados, terminó por triunfar y, bajo la quinta dinastía (2750-2600), se volvió a la tradición religiosa. La teología solar viose constreñida a adaptarse a todos los arcaísmos que la dificultaban, y los textos grabados en las pirámides de la quinta dinastía marcan el retorno a la fe de antaño.

FORMACIÓN DE UNA OLIGARQUÍA

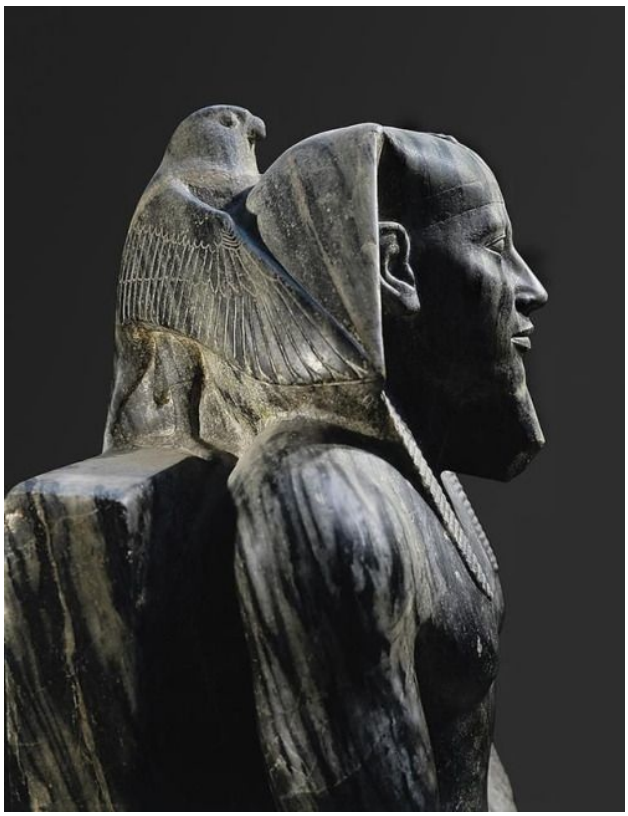
La quinta dinastía, que parece haber debido el trono al apoyo del clero, señala una orientación francamente clerical. La monarquía adopta la forma de teocracia. El clero real, convertido en base del absolutismo, se transforma en oligarquía privilegiada. Los cargos sacerdotales que ejerce, remunerados con rentas o beneficios de tierras, se hacen hereditarios; las mismas familias desempeñan diversos puestos sacerdotales y, acumulando prebendas, van constituyendo poco a poco una clase de grandes terratenientes. Los templos consagrados al culto real aparecen colmados de donativos, cada vez más importantes, procedentes del mismo patrimonio de la Corona.

Por otra parte, el absolutismo, al crear cargos reales al margen de las normas del aparato administrativo, favorece el acaparamiento de las más altas funciones por las familias de la flamante nobleza sacerdotal. El poder personal del rey, reforzado por consejeros privados superpuestos a la burocracia, pasa en realidad a manos de esta. Y el rey siente bien pronto la presión mucho más agobiante de esta oligarquía que otrora la del engranaje administrativo. El visirato queda acaparado por algunas familias. Los visires dan el gobierno de los nomos a sus hijos, quienes, saltando los eslabones del antiguo escalafón jerárquico, falsean por completo el aparato administrativo.

Lo mismo que los cargos religiosos, todos los altos puestos de la administración estatal muestran también tendencia a hacerse hereditarios.

Dueña del culto y del poder, la oligarquía obtiene la exención de impuestos. Las ceremonias funerarias instituidas para celebrar el culto de los reyes fallecidos, y después de ellas los templos, logran privilegios de inmunidad fiscal que, dilatándose, acaban por implicar una delegación de todos los derechos de regalía sobre sus dominios. Y así, los templos, cuyas tierras no cesan de acrecentarse en detrimento del Tesoro, se convierten en estados dentro del Estado.

La delegación por el rey de sus poderes constituye, en el derecho público de aquel tiempo, una noción nueva. Al final de la quinta dinastía, esta noción se traslada al plano administrativo, haciendo aparecer el «beneficio función»: el rey concede a ciertos grandes sacerdotes, e incluso a un general triunfante en Palestina, la misión de ejercer, a título hereditario, el gobierno de algunas provincias del Alto Egipto. A partir de ese momento, toda la armazón administrativa creada por la monarquía para evitar el poder hereditario de la nobleza, está amenazada. La evolución del derecho va a cambiar de rumbo. Hasta la cuarta dinastía, la monarquía había venido centralizando siempre, cada vez más, todos los poderes en sus manos, hasta formular el principio del absolutismo; el absolutismo solo ha podido mantenerse por medio de agentes reales; pero estos, transformados en oligarquía, por el hecho mismo de quedar fuera del marco administrativo del Estado, se truecan en una nueva nobleza que llegará a desmembrar la propia soberanía.



Busto del Rey Kefren. Estatua de diorita de Gizé. Quinta dinastía.
Museo de El Cairo.

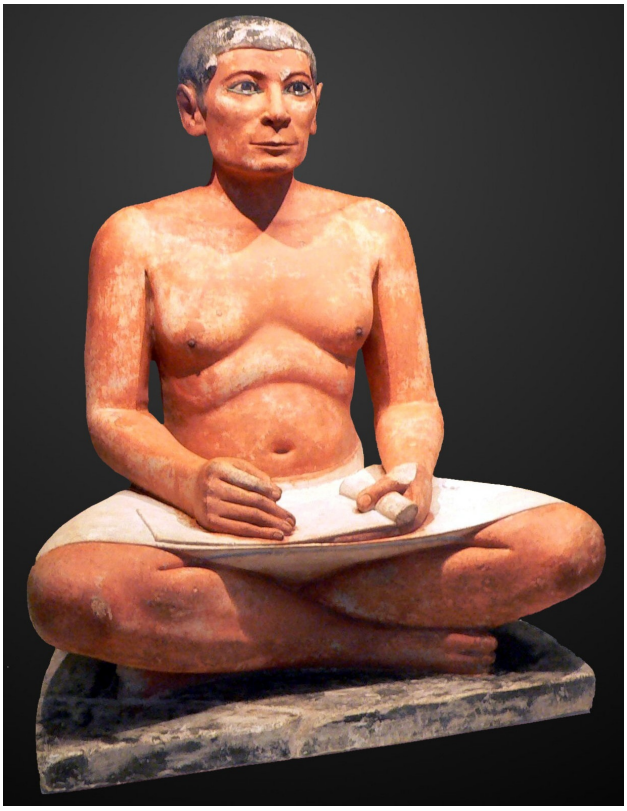
Gizé. La gran esfinge y las pirámides. Cuarta dinastía. Hacia 2800-2700 A. J.

Al mismo tiempo, esta nobleza, cada vez más ampliamente dotada de beneficios, se convierte en una clase de grandes terratenientes libres de impuestos, y que, en virtud de la inmunidad, disponen de la jurisdicción real sobre los ocupantes de sus heredades. De propietarios, transfórmanse así en señores. Ya no toman renteros sino a largo plazo; el arrendamiento, antes anual, se hace de por vida, luego por dos vidas, llegando a ser tenencia hereditaria. Se crea entonces entre el propietario del suelo y sus ocupantes un lazo jerárquico hereditario que, destruyendo la antigua igualdad jurídica, funda un sistema de clases sociales; la población queda en lo sucesivo compuesta por nobles privilegiados, por renteros que, dependiendo de su señor a perpetuidad, se van convirtiendo en siervos, y por hombres libres que, fuera de los dominios señoriales, continúan viviendo independientes. Mas como los nobles disfrutan de la inmunidad fiscal, todo el peso de los impuestos recae sobre los pequeños poseedores. Endeudados, arruinados, no tienen más remedio que vender sus tierras a los grandes propietarios, a menos que estos —detentadores al mismo tiempo de los altos puestos estatales— no los constriñan a cedérselos. De este modo, la pequeña propiedad se deshace rápidamente.

Esta evolución social repercute en el derecho privado. La tierra se hace base del estatuto personal. La transmisión de cargos sacerdotales, de funciones y beneficios, engendra un nuevo sistema hereditario, basado en el derecho de primogenitura. Las familias nobles se agrupan solidariamente en torno a su patrimonio, bajo la autoridad del jefe de familia. El individualismo cede ante la nueva solidaridad.

Tan poderosa se ha hecho la oligarquía noble que, al extinguirse la quinta dinastía, es ella la que da, según parece, la nueva familia reinante. La sexta dinastía (2600-2475) aportará el triunfo definitivo de la nobleza sobre la monarquía.

El advenimiento del rey Teti acarrea una honda reforma en el estatuto público del país; el principio feudal sustituye, en cuanto al gobierno de las provincias meridionales, al principio funcionarista. Unos tras otros, los nomos son traspasados por decreto a oficiales hereditarios, que toman el título de príncipes, ejercen el poder soberano en virtud de la investidura que el rey les da, y ya no quedan ligados a su autoridad más que por un juramento de fidelidad. En las provincias, transformadas en principios autónomos, el principio feudal se extiende a los cargos territoriales, al comienzo, y a los administrativos, después. El príncipe transmite en feudo hereditario, a sus parientes o a «vasallos», las funciones que le incumben. El sistema feudal va reemplazando así, paulatinamente, al sistema administrativo.



Escultura de un escriba sentado, que representa un funcionario del Imperio Antiguo.
Piedra caliza de Sacara.

LA OLIGARQUÍA DESMIEMBRA LA MONARQUÍA

El ejército mismo se feudaliza; cada templo inmune, cada príncipe, hace levas en su ámbito. El rey, para juntar tropas, ha de convocar a los príncipes y grandes dignatarios religiosos. Aún conserva, sin embargo, autoridad más directa en el Bajo Egipto, donde la existencia de ciudades impide la feudalización de la comarca. Sigue también siendo dueño de Nubia, de donde saca tropas mercenarias y los recursos provenientes de las minas de oro y de los tributos pagados por los cabecillas nubios. Para afirmar esta posesión, confía la custodia de Elefantina, provincia fronteriza de Nubia, a generales mercenarios. Pero estos, a su vez, también van a feudalizarse, transformándose en príncipes de Elefantina. Y entonces, el rey ha perdido todo el poder en el Alto Egipto.

Al mismo tiempo, se le escapa el gobierno. Para resistir el desmembramiento de su soberanía, los reyes Teti y Pepi I reúnen en manos de sus visires, que procuran elegir fuera de la nobleza territorial, todos los poderes del Estado. Esta concentración, por otra parte, se hace necesaria por el hecho de que, habiendo sido acaparadas por los príncipes las fuentes del fisco, el rey no puede hacer frente a los cuantiosos gastos de la administración. Conserva todavía, empero, los impuestos que vienen del Bajo Egipto y gracias a los cuales la monarquía logra mantenerse frente a los feudales.

Mas los visires, transformados en verdaderos alcaides de palacio, ponen al rey bajo tutela, aprovechando su poderío para organizarse, ellos también, en gobiernos territoriales hereditarios. Acaparado desde entonces el visirato por la oligarquía feudal, no le queda al rey otro remedio que ligar su suerte a la de los feudales más poderosos, casándose, como hizo Pepi I, con las hijas de aquellos. Pero los príncipes aliados de la familia real aprovechan su situación para hacerse atribuir el gobierno hereditario de los nomos del Bajo Egipto. Y así, los príncipes de Tinis, al comienzo, y los de Coptos, después, desplazaron de hecho al rey, reduciéndole a la categoría de una autoridad ficticia.

EGIPTO SE DESLIZA HACIA EL FEUDALISMO

Convertidos en hereditarios, los principados se separan del rey. Los príncipes ya no pronuncian la justicia en su nombre, sino en nombre del dios local, cuyos sacerdotes son al mismo tiempo. Pues el fraccionamiento del poder real ha ido acompañado del fraccionamiento religioso. El sincretismo religioso se había ido afirmando al mismo tiempo que la centralización monárquica. Todos los dioses locales habían quedado reunidos, por la teología solar, en un sistema dominado por el dios único Ra. Pero la tendencia monoteísta que se había fortalecido bajo la cuarta dinastía, al mismo tiempo que el absolutismo real, retrocede a medida que la oligarquía se desarrolla. La teocracia, bajo la quinta dinastía, reintegra a los cultos locales, convertidos en patrimonios de los grandes dignatarios eclesiásticos, su importancia de antaño. Y la desintegración feudal induce a cada príncipe a afirmar su independencia frente al rey, ligando el origen de su propio poder, no a la investidura real, sino a la voluntad del dios de su nomo. Dislócase la teoría del poder real, los príncipes lo invocan en provecho suyo, y los dioses locales se transforman, en los nomos, en fuentes del poder principesco, del mismo modo que Ra es la fuente del poder real; el culto se fracciona simultáneamente con la soberanía.

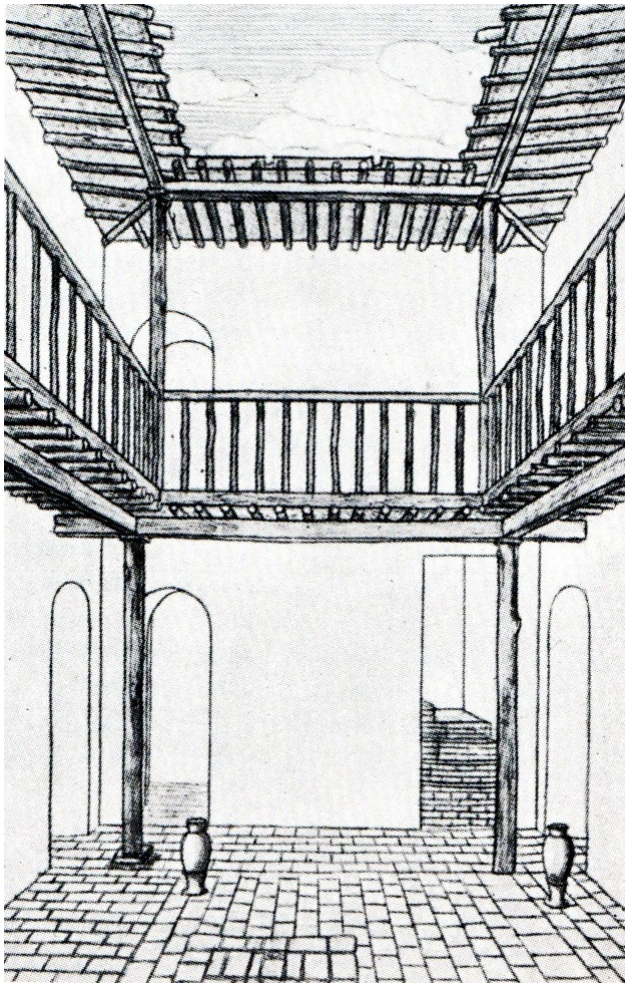
Y ello en grado tal que, bajo la sexta dinastía, se reconstituye un régimen que había existido en el Alto Egipto antes de la unificación del país, es decir, hacía mil años; este régimen está caracterizado, desde el punto de vista político, por el fraccionamiento entre príncipes soberanos; desde el punto de vista social, por el sistema señorial y la existencia de clases hereditarias; desde el punto de vista económico, por la economía cerrada según la cual cada dominio se organiza para bastarse a sí mismo, y desde el punto de vista del derecho privado, por el principio de la solidaridad del grupo y de la familia en sustitución del individualismo del derecho clásico de la monarquía.

LA CRISIS FEUDAL EN EL BAJO EGIPTO

La formación de una nobleza hereditaria y la implantación del régimen señorial, que fue su consecuencia, provocaron en el Bajo Egipto una grave crisis económica. En efecto, el régimen

patrimonial, por su tendencia a la economía cerrada, amortigua notablemente los cambios. Ahora bien, la economía de las ciudades del Delta está basada en la exportación del trigo. La economía cerrada, al disminuir las posibilidades de compra del trigo, priva a la economía urbana de su principal flete de regreso. Por otra parte, el desmoronamiento del poder real ha traído consigo la feudalización del Ejército, haciendo desaparecer la seguridad en otro tiempo reinante. Las rayas fronterizas han sido franqueadas por los nómadas; el bandidaje se ha extendido; todo son trabas para el comercio interno. La crisis económica provoca en las urbes el paro y la miseria. Ya no se navega hacia Biblos. No llegan de Siria las materias primas. Las ciudades, ahogadas por el régimen señorial que las oprime, no pueden vivir. Y la crisis económica degenera en crisis social. Estalla un formidable levantamiento popular en todas las poblaciones, incluso en Menfis, la capital. Los nobles y los ricos son asesinados, se destruyen las oficinas del catastro y el depósito de los títulos de propiedad, y el populacho arranca de su palacio al anciano rey Pepi II, que cuenta noventa y cinco años. Los nobles huyen de todo el Delta. El régimen señorial queda extirpado y los siervos recobran la libertad.

Las ciudades, volviendo a la autonomía de que habían gozado antes de la unificación nacional, se transforman en repúblicas independientes bajo la autoridad de magistrados, los «diez hombres», probablemente elegidos por aquellos artesanos y negociantes que, al margen del Egipto señorial, habían seguido constituyendo una población libre, dedicada al comercio y a la industria.



Vivienda en Ur.
Reconstrucción de A. Withburn, según Woolley.

Así, al cabo de mil años de evolución monárquica, Egipto recae en el desmembramiento feudal. El Alto Egipto se divide en principados autónomos; en el Bajo Egipto, las ciudades libres dominan las tierras llanas. La monarquía, sin embargo, no ha desaparecido. Pero el rey, convertido en el primero de los príncipes, ya no es más que el símbolo de una soberanía, la cual, de hecho, se halla repartida entre una cuarentena de estados, feudales en el Sur, urbanos en el Norte. Se abre un período de inseguridad y de profunda decadencia. Las guerras feudales van a arrojar a los príncipes unos contra otros; el Alto Egipto señorial va a segregarse del Norte, para limitarse a una vida exclusivamente agrícola.

Las ciudades se orientarán, como antaño, hacia el mar, para vivir su propia vida independiente.

El primer ciclo de la evolución egipcia queda cerrado.

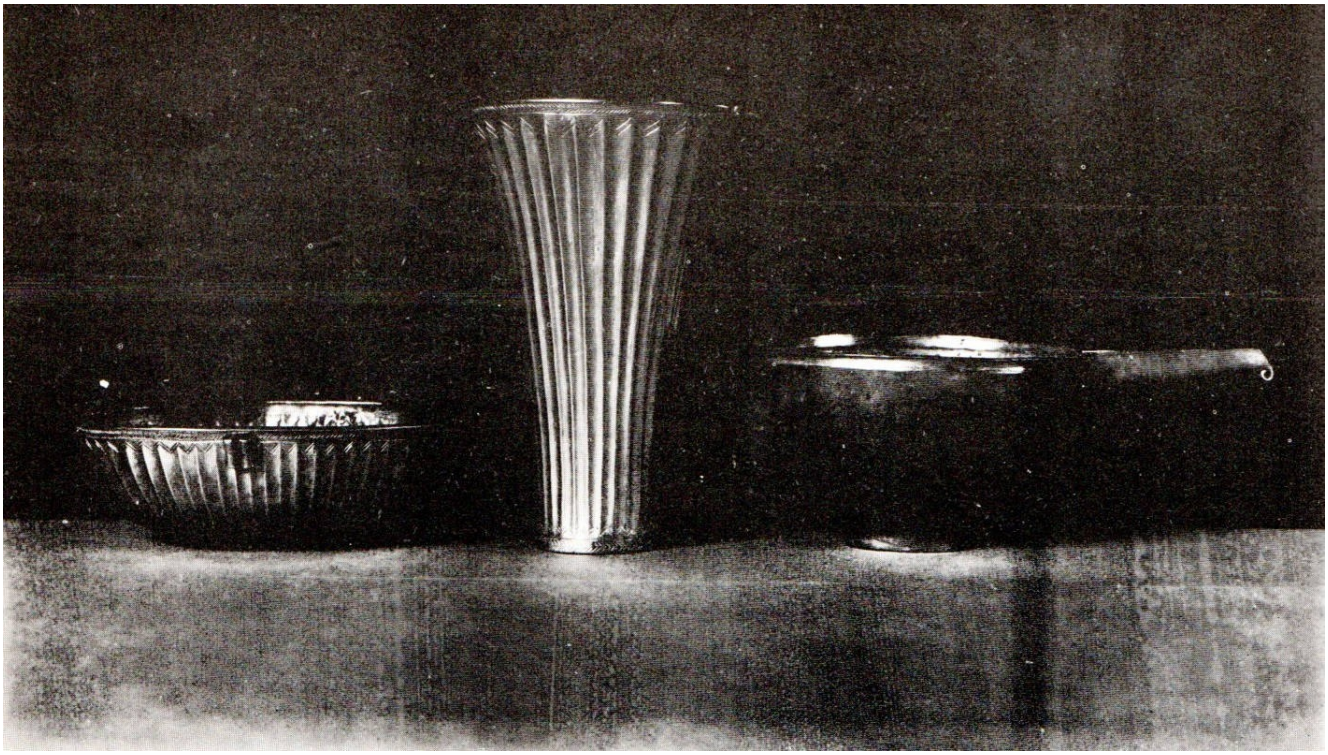
4. La monarquía babilónica

LAS CIUDADES SUMERIAS

En el momento mismo en que Egipto se unificaba bajo un solo cetro, las ciudades de Sumer, en pleno florecimiento, eran destruidas por el diluvio que devastó el delta del Tigris y del Éufrates.

Mas la vida no tardó en resurgir. Y desde antes del siglo XXX, las antiguas ciudades, resucitadas, habían reanudado ya su actividad económica y marítima. Debían alcanzar, entre los años 3000 y 2000 antes de Jesucristo, un período de magnífica prosperidad, aunque perturbado por las luchas que Uruk, Ur y Lagash no cesaban de entablar por la hegemonía. Ur, en la aurora del tercer milenio, es un gran mercado internacional: en él se concentran el betún de Subartú, el cobre del Cáucaso, la plata de Cilicia, el oro de Elam y de Capadocia, el bronce de Siria, la piedra calcárea del valle superior del Éufrates, la diorita de Magan, sobre el golfo Pérsico, el alabastro de las mesetas iranianas y el lapislázuli del Asia Central; y a través de Siria —donde se proporciona la madera de cedro— trafica con Egipto. Ur aparece entonces como plataforma del comercio procedente de la India, a través del Irán y el golfo Pérsico; del Asia Central, por las rutas de caravanas; del Cáucaso, por el Tigris; del Asia Menor, por el Éufrates; de Egipto, por Siria, y de Arabia, por las pistas del desierto. Sus productos manufacturados —que abren las vías a sus usos jurídicos— remontan hasta el mar Caspio, se venden en el mercado creado en Susa, y se exportan de Biblos hacia Egipto.

Los negociantes de las villas de Sumer fundan colonias a lo largo de los ríos: en Asur, sobre el Tigris; en Agadé, sobre el Éufrates, y, más tarde, en Mari, en Babilonia. Se internan hasta Capadocia, donde, en el siglo XXIII antes de Jesucristo, surgen verdaderas «comunas» mercantiles, asentadas al pie de los burgos feudales, que obtienen de los príncipes, mediante el pago de un impuesto sobre las telas importadas, el derecho a traficar libremente, a administrarse por sí mismas y a vivir según sus peculiares costumbres. Agrupados en gremios, que son, a la vez, cámaras de comercio y tribunales, los mercaderes de las varias ciudades se apoyan mutuamente y mantienen constante contacto con las metrópolis sumerias.



Utensilios de oro procedentes del cementerio real de Ur. Museo de la Universidad, Filadelfia.

En estas, que viven bajo la autoridad de los reyes locales, la clase dominante está representada por los clérigos y los nobles terratenientes. Pero la burguesía va adquiriendo una importancia cada vez mayor; en torno al soberano se crea una administración financiera y judicial.

Al mismo tiempo, las relaciones internacionales entre las ciudades se organizan alrededor de la ciudad santa de Nipur, que, situada en el centro del delta, juega el papel adjudicado en Egipto a Heliópolis antes de la unificación monárquica del país. El poder del rey hegemónico, después de impuesto a los reyes locales, es legitimado en Nipur por la consagración que le confiere Enlil, el dios de esta ciudad. El clero de Nipur, ciudad investida de una verdadera misión arbitral entre las demás ciudades, echa las bases del derecho internacional. Desde el siglo XXIX antes de Jesucristo, los pactos concertados entre los soberanos sumerios, bajo la sanción del dios Enlil, contienen las fórmulas diplomáticas que habrán de repetirse, exactamente, hasta el siglo XIII antes de Jesucristo, en cuantos tratados sean concertados por los babilonios, hititas y egipcios.

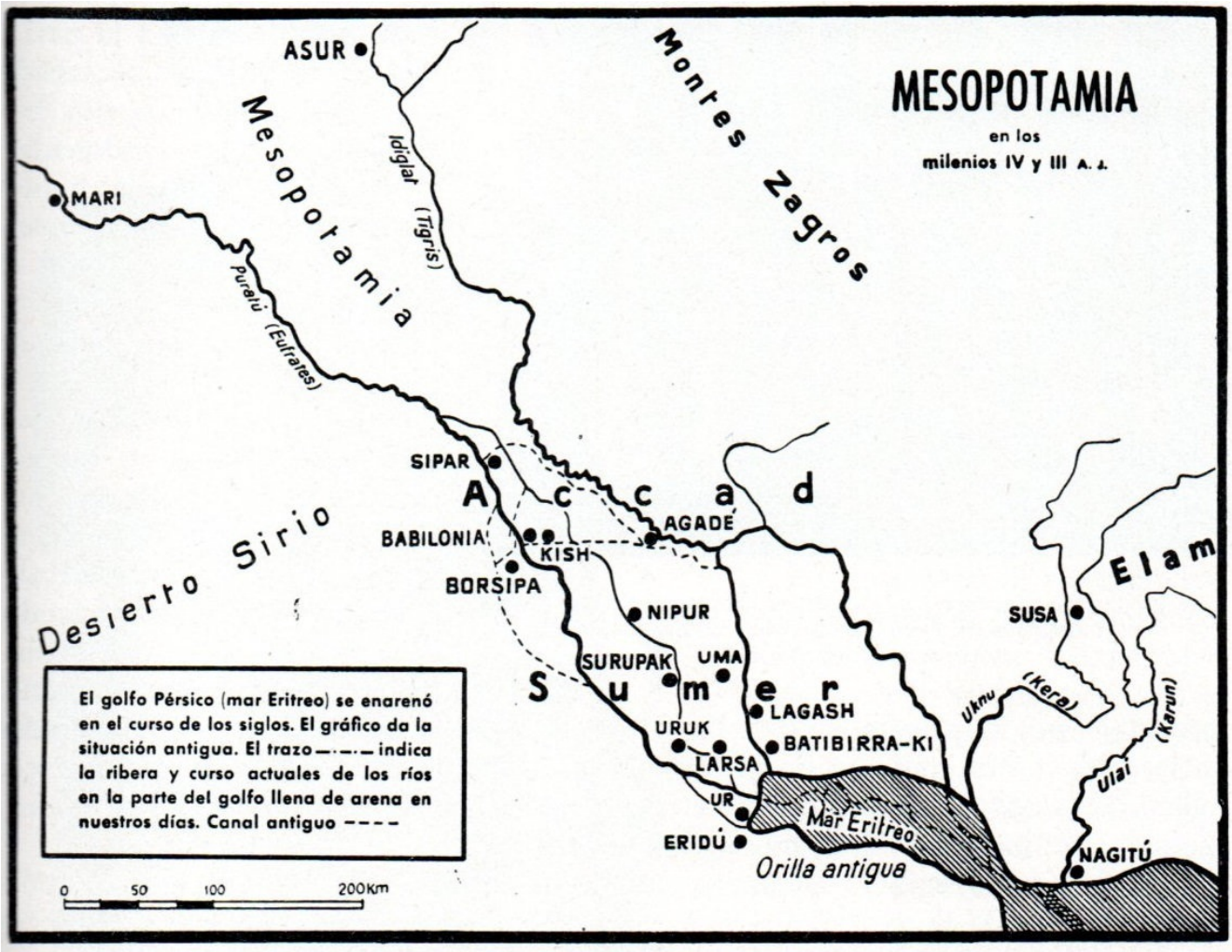
LA COSMOGONÍA DE NIPUR

El desarrollo del primer derecho internacional, que hizo posible las relaciones, tanto económicas como políticas, entre las ciudades, se halla en estrecha relación con el establecimiento, en Nipur, de una cosmogonía que vino a agrupar en un mismo sistema a los dioses locales de todas las ciudades sumerias. Del mismo modo que sucede en Egipto, la centralización política en Sumer resulta también paralela al sincretismo religioso.

Al principio, los dioses locales hallábanse desconectados entre sí; pero bajo la influencia de coyunturas políticas, surgidas de las necesidades económicas, entablaron parentesco. La supremacía de Ur hizo que su dios-luna Sin se convirtiese en padre del dios Shamash, señor de Larsa, e Ishtar, la antigua Diosa Madre, en divinidad tutelar de Uruk.

Tales maridajes, sancionados en Nipur, terminaron por formar una cosmogonía.

El mundo, según ella, ha surgido de un inicial caos líquido, constituido por dos elementos: uno varón y creador, Apsú, príncipe de la vida y, por ende, del bien; y el otro hembra, Tiamat, materia de que están formadas las criaturas, origen de las cosas creadas y, por consiguiente, limitadas, o sea, del mal. La unión de estos dos elementos constituye el Mundo, simbolizado por el dios-cielo Anshar y la diosa-tierra Kishar. Este mundo, nacido del bien y del mal, reposa sobre el océano Apsú, principio creador que no cesa de renovarlo.



La creación queda así realizada. Y el mundo creado, materia informada por el principio vital, va a desarrollarse por evolución propia, dando a luz una jerarquía de seres escalonada desde los dioses hasta la simple criatura material. Esta creación se hace, como en Egipto, bajo la forma de generación. De Anshar y Kishar nacieron tres dioses varones: Anú, el rey del cielo; Enlil, el de la tierra, y Ea, el rey del océano

primigenio. Luego aparecieron los astros, espíritus puros: el sol, Shamash; la luna, Sin, y los planetas, entre los cuales Ishtar, o Venus, debía ocupar lugar predominante.

Estela triunfal en conmemoración de una campaña guerrera del rey Naramsin de Accad, en los montes Zagros.
Asperón de Susa. 2700 A. J.

La Creación toda obedece a los tres grandes dioses del cielo, de la tierra y del mar. Anú es el dios supremo; Ea, el creador de los hombres, y Enlil —el dios de Nipur— es dueño de los humanos y dispensador del poder; él fue quien, para castigar al mundo por su impiedad, desencadenó el diluvio.

Esta cosmogonía, que coloca a los elementos antes que los dioses, está basada en la idea precientífica de la evolución: «Cuando el dios Anú hubo creado el cielo, cuando el cielo hubo creado a la tierra, cuando la tierra hubo creado los ríos, cuando los ríos hubieron creado las hondonadas, cuando las hondonadas hubieron creado los cenagales, cuando el cenagal hubo creado el gusano», entonces apareció la vida por encima de la faz de la tierra.

Así, pues, mientras que Egipto concebía el mundo como realización de la conciencia divina, haciendo de las ideas puras las primeras realidades, Sumer lo consideraba como producto de una evolución inherente a la materia, informada por el principio vital. Bajo los símbolos de las cosmogonías elaboradas en las influyentes ciudades de Heliópolis y Nipur, destácanse así, antes del tercer milenio, los dos sistemas sobre los cuales ya no habría de cesar de dividirse el pensamiento humano: el idealismo y el materialismo.

El idealismo egipcio asignaba, como fin supremo de la existencia, la búsqueda de Dios y el retorno del alma a la divinidad de donde había emanado, lo cual le condujo a hacer de la moral, considerada como revelación divina, el principio regulador de la vida, tanto social como individual. El materialismo sumerio concibe la muerte como acabamiento de la conciencia humana, como reintegración al caos material; colocando el objetivo de la existencia terrena en las satisfacciones sensibles, se mantuvo fuera de las preocupaciones éticas y enteramente orientado hacia fines prácticos y hacia beneficios materiales, para cuyo alcance debía cimentar, desde el tercer milenio, las bases de todos los principios del derecho comercial que Occidente había de heredar un día.

LA EVOLUCIÓN MONÁRQUICA E IGUALITARIA

El desarrollo del comercio y de la fortuna mobiliaria provocó entre la burguesía y las clases privilegiadas conflictos sociales que, hacia 2600 antes de Jesucristo, llevaron a la gran reforma democrática de Urukagina, rey de Lagash. Quedaron anulados los privilegios de clase y, bajo la jurisdicción real que sustituyó a la del clero, se aplicó un derecho igual para todos los hombres libres. Estableciose una primera codificación, y al triunfo del individualismo jurídico correspondió el advenimiento de un sistema económico liberal que permitía a los extranjeros traficar en la ciudad con igual título que los ciudadanos.

Los forcejeos hegemónicos entre las urbes dieron origen, en el siglo XXVII, a una primera unificación de Mesopotamia, bajo el poder de Sargón, rey feudal de Accad, comarca situada al norte de Sumer, donde imperaba el régimen señorial. Pero, unificada por un rey feudal, Mesopotamia debía verse atraída por la vida económica urbana de Sumer, fenómeno parecido al de Egipto unificado por los reyes feudales de Neken.

Agadé, donde reinaba Sargón, se hizo ciudad mercantil y centro de una política de gran expansión económica, tomada directamente de las ciudades sumerias, pero realizada en escala mucho más vasta a causa de la potencialidad de la nueva monarquía. Pronto tendió a la conquista de las rutas y de los mercados de que medraban las ciudades sumerias.

Fueron ocupadas las grandes vías del comercio hacia Subartú y Amurrú, en el norte mesopotámico. La influencia sumeria se afirmó en Susa, centro caravanero en la ruta de la India, extendiéndose a Siria y hasta la isla de Chipre. La expansión política de Mesopotamia, rumbo a las costas del Mediterráneo, determinó la campaña del faraón Pepi I, en Palestina, siendo el primer choque entre Egipto, entonces decadente, y los reyes de Mesopotamia por la posesión de la costa siria, la cual habría de ser, a través de toda la historia de la Antigüedad, la clave de la supremacía económica y, por tanto, de la hegemonía política.

EL IMPERIO DE SARGÓN LA MONARQUÍA SUMERIA

El imperio creado por Sargón resultó efímero. Una invasión de gutitas, venidos de Levante, lo arruinó, imponiendo a las ciudades sumerias la soberanía de una dinastía de príncipes bárbaros.

Retrato del rey Gudea. Diorita hallada en Tello Lagash, hacia 2600 A. J. París, Museo del Louvre.

Las invasiones constantes a que se vio expuesta, constituyen uno de los elementos esenciales de la historia de Mesopotamia. El valle del Nilo no fue jamás ruta de invasión; Egipto pudo, pues, desarrollar su civilización, libre de las continuas guerras en que, por el contrario, se vieron envueltas las poblaciones mesopotámicas. El Tigris y el Éufrates, grandes vías de paso, son rutas naturales del comercio, pero también de emigraciones de pueblos y de invasiones armadas. Los sumerios y los babilonios fueron, pues, al mismo tiempo, comerciantes y guerreros; su realismo, su crueldad y su carencia de sentido moral se explican por la posición geográfica del suelo donde vivieron.

Las invasiones gutitas destruyeron el Estado monárquico de Agadé, mas no las tareas económicas de las villas sumerias, que conocieron entonces, pese al señorío, desde luego lejano, de Gutio, su etapa de apogeo.

En Ur, Uruk y Lagash se desarrollan las instituciones financieras y administrativas. Del siglo XXVI al XXV, la población aumenta a ojos vistas: en el estado de Lagash, el número de habitantes pasa de 36 000 a 216 000. El rey Gudea introduce un sistema duodecimal de pesos y medidas, correspondiente a la división del círculo en 360 grados, y el calendario de doce meses de 30 días. La arquitectura y el arte cobran un alto vuelo. El derecho adquiere un carácter netamente individualista y liberal, aunque sin alcanzar, como en Egipto, el estatuto monogámico de la familia ni la emancipación completa de la mujer.

En este momento es cuando se hunde el Imperio Antiguo en Egipto. No existe, pues, hacia el siglo XXV, ningún gran estado monárquico. Pero mientras la evolución de Egipto lo arrastra irremediablemente a la decadencia feudal, la de Sumer, en pleno progreso, prepara un régimen monárquico centralizado. La tercera dinastía de Ur (2328-2220), después de haber librado al país del señorío de los gutitas, aborda una amplia política de centralización, el país es sistemáticamente valorizado por los

regadíos, y el derecho, rompiendo el marco de la ciudad, de lenguas y de razas, es a la vez uniformado por los sumerios y por los semitas, que acuden cada vez en mayor número a fijarse en Sumer. En las ciudades, los gobernadores reales reemplazan a los príncipes locales. Créase un gobierno central con sus departamentos de Hacienda, de Agricultura y de Obras Públicas. Los impuestos se unifican, se construyen caminos y, como el Éufrates comienza a enarenarse, se abre un gran canal desde la ciudad al mar.

Estandarte incrustado procedente de Ur.
Museo Británico, Londres.

El rey Shulgi promulga, para el conjunto de su reino, un código que marca un estado muy avanzado del Derecho civil y mercantil; la orden de pago, el depósito bancario, el crédito y la responsabilidad, aparecen en él en pleno uso. Pero el Derecho penal permanece cruel y brutal; la protección de los bienes priva sobre la de las personas, y la servidumbre por deudas se aplica con rigor, incluso sobre la mujer y la prole del deudor. El rey, sin embargo, trata de suprimirla mediante la organización de un crédito estatal.

Se fundan escuelas de escribas en todos los templos; el procedimiento judicial, la contabilidad mercantil y los contratos revelan un grado de cultura muy elevado, que confirma, al propio tiempo, la actividad literaria, orientada principalmente hacia los temas históricos y religiosos.

La civilización, a pesar de las incesantes tentativas de invasión de los amorreos del Oeste y los elamitas del Este, remonta los ríos; Mari llega a ser una poderosa ciudad cuyos reyes mantienen correspondencia diplomática con todos los soberanos contemporáneos, y Babilonia ya se yergue, frente a ella, como una importante rival.

Pero las ciudades sumerias se ven amenazadas por un enemigo invencible: el constante encenagamiento del delta. La costa del mar sigue alejándose, y los ríos se pierden en el légamo acumulado en sus brazos. Con férrea voluntad, las ciudades luchan abriendo canales para conservar el acceso al mar.

La Naturaleza, no obstante, pudo más, y la decadencia llegó a pesar de todo. Esto había de aprovechar a Babilonia, cuyo rey, Hamurabi (2003-1961 A. J.), reconstituyó la unidad mesopotámica.

LA MONARQUÍA BABILÓNICA DE HAMURABI

Otra vez fue el país de Accad donde, a pesar de la importancia de una ciudad como Babilonia, prevalecía el sistema patrimonial, el que se impuso a Sumer.

Pero, lo mismo que en Egipto bajo las dos primeras dinastías, y anteriormente en Mesopotamia bajo Sargón, la monarquía, brotada del régimen territorial, iba a verse arrastrada por la civilización urbana.

La empresa de Hamurabi consistió, en efecto, en unificar bajo la autoridad monárquica a las ciudades sumerias y al Accad señorial. Acabó la evolución del poder hacia el absolutismo, librándolo de la tutela de la ciudad santa de Nipur; el dios de Babilonia, Marduk, divinidad de origen ario, fue asimilado al dios supremo y reemplazó, como dios real, a Enlil, de Nipur. Babilonia se convirtió en centro religioso del reino, y la teología, antes tomada enteramente de Sumer, quedó adaptada a la nueva concepción monárquica. La centralización real, avanzando pareja, aquí también, con una evolución cada vez más sincrética del culto, justificó la omnipotencia monárquica haciéndola descender directamente de los dioses. Acaso bajo la influencia de la teoría egipcia, presentose al rey como instrumento de la justicia divina, introduciendo así la monarquía la primera preocupación moral en la religión. En aquel momento planteose a los teólogos el problema del bien y del mal, pero aquella tentativa de fundar una ética sobre el sentimiento religioso no tuvo eco. El culto continuó siendo solamente el medio de conciliarse con los dioses y de llegar al conocimiento de las leyes que rigen el mundo. Pues al sentimiento místico y moral que constituye en Egipto el fundamento de las concepciones religiosas, corresponde en Babilonia un verdadero instinto científico y realista. Los sumerios, primero, y los babilonios, después, conciben el universo como surgido de la evolución de la materia. La divinidad no es sino la fuerza que informa esta evolución, y los dioses, lo mismo que los hombres, obedecen, pues, a las leyes del universo. Para la teología egipcia, Ra, el dios creador, es la conciencia del mundo; para la teología babilónica, Apsú, su principio vital, es la ley. El universo todo es uno; todas sus manifestaciones son armónicas y conexas. Si logramos comprender sus movimientos, podremos penetrar igualmente en el secreto de nuestra propia vida. Ahora bien, estos movimientos nos los revelan los astros. Para los babilonios, los astros no son mundos, sino dioses. La Astrología, estudiando el curso de las luminarias celestes, trata de deducir las leyes a que obedecen sus giros, con el fin de presagiar, gracias a la interdependencia existente entre todos los seres, la suerte futura de los hombres y sus empresas[8].

Fue esta interdependencia de los seres la que llevó a los babilonios a admitir que la existencia de cada hombre estaba determinada por un espíritu adjunto, y tal noción,

trasplantada al dominio de la mística, haría nacer un día la idea del ángel de la guarda.

El rey, que recibe su poder del dios creador Marduk, es el representante de la autoridad y de la ley entre los hombres. La ley del monarca es, pues, la expresión de la ley universal; la autoridad real es, a la vez, divina y bienhechora.

Y lo fue en efecto. Hamurabi realizó una obra inmensa de unificación. El accadio llegó a ser la única lengua oficial del Estado, y entonces quedaron establecidos los primeros diccionarios sumerioaccadios. El país fue dividido en distritos bajo la férula de gobernadores reales; todos los poderes hereditarios desaparecieron, en la parte señorial del país, ante el funcionarismo; la jurisdicción real sustituyó a los tribunales de los templos en Accad y a los urbanos en Sumer; el procedimiento fue unificado, emprendiéndose una gran obra de codificación que desembocó en la publicación del célebre Código de costumbres de Hamurabi. Contiene este las codificaciones anteriormente hechas por los sumerios y la costumbre de Accad, apenas desgajada del régimen patrimonial que la legislación monárquica intentó hacer desaparecer.

Una de las tablas de piedra del Código de Hamurabi.

En el patrimonio de la Corona, especialmente, se suprimió la servidumbre, reemplazándola por un sistema de explotación directa emprendida con ayuda de capitalistas que tomaban las tierras en arriendo. Esta emancipación social de la clase rural fue acompañada con la propagación, en el país señorial de Accad, de las instituciones individualistas sumerias, las cuales se difundieron, al mismo tiempo, por el influjo espontáneo del comercio y por la sistemática política de unificación practicada por la monarquía.

EL CÓDIGO DE HAMURABI

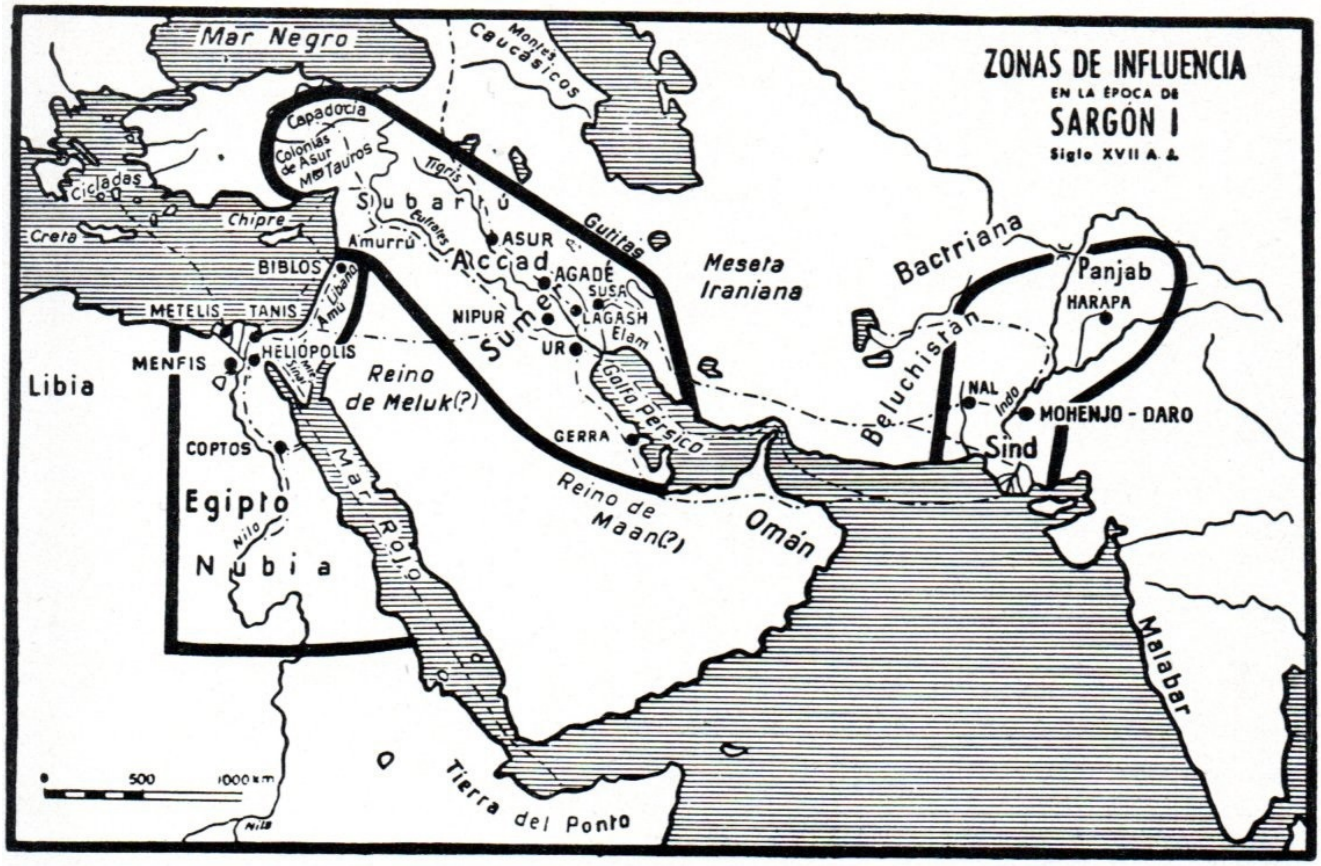
El código fue una de las realizaciones esenciales de la política monárquica de Hamurabi. En efecto, dotaba con él a todos sus estados de un mismo derecho contractual que pronto habría de

llegar a ser costumbre internacional en el comercio de toda el Asia Anterior. Con él, el derecho babilónico, llevado por los mercaderes, penetró hasta Siria, alcanzando en aquel momento un nivel tal alto, que ya no habría de ser superado hasta mediados del siglo VII antes de Jesucristo.

En él quedan fijados todos los contratos; la venta, divisa o indivisa, al contado o a plazos, condicionada o no, adquiere —no todavía en el código, pero sí en la práctica — una ductilidad que la adapta a la gran extensión alcanzada por los cambios. El préstamo, la prenda, la caución y la anticresis, que permitiendo comprometer la renta de la tierra anuncia ya nuestra noción, entonces aún desconocida[9], de la hipoteca, amplían continuamente el crédito, base del comercio.

Se facilita el préstamo gracias a la facultad, concedida al deudor, de liberarse mediante una dación en pago; el Estado, para impedir la usura, impone el registro de los contratos de préstamos; la tasa del interés baja a 33 por 100, y en las transacciones comerciales al 20 por 100, pero el Estado otorga cantidades en préstamo al 12,5 por 100. La cláusula de reembolso al portador hace aparecer la letra a la orden. La sociedad mercantil, nacida de los contratos de préstamo, de mandato o depósito, adopta una forma de asociación o comandita. El depósito irregular crea la banca, y la cuenta corriente combinada con el mandato introduce el uso del cheque, el cual, endosado a tercera persona, da origen a la letra de cambio.

Extiéndese la noción de responsabilidad hasta introducir el principio de que todo acto perjudicial da derecho a reparación y compromete a los mismos poderes públicos, los cuales tienen la obligación de reparar los daños causados por acciones delictivas que ellos no han sabido evitar o reprimir. Esta legislación, que al movilizar la propiedad impulsa los negocios, va acompañada de disposiciones sociales. El contrato de trabajo está regulado por una ley que fija la responsabilidad recíproca del patrono y del empleado; para todos los oficios hay previsto un salario mínimo; todos los contratistas, industriales o agrícolas, vienen obligados a conceder a sus asalariados tres días de licencia pagada por mes; el aprendizaje, el flete de barcos y los honorarios de médicos y arquitectos son objeto de disposiciones legales, sancionadas por un derecho penal cuyo arcaísmo pasma si pensamos en la perfección de las nociones jurídicas que se propone proteger.



Y por último, los templos, que al valorizar los inmensos tesoros de su pertenencia, hacen oficio de bancos, se ven obligados por el rey a otorgar préstamos gratuitos a los deudores insolventes, para permitirles escapar a la servidumbre por deudas, y a los enfermos, cuyos familiares quedan dispensados del reembolso de las cantidades debidas en caso de fallecimiento.

Esta obra jurídica de Hamurabi fue la máxima aportación de Babilonia a la civilización. Habría de sobrevivir a su ruina y constituir la base de toda la evolución del Derecho hasta el Imperio romano.

5. Las rutas comerciales

LAS VÍAS DEL TRÁFICO EN EL CUARTO MILENIO

El valle del Nilo, Mesopotamia y la cuenca del Indo debieron su rápido desarrollo cultural a la actividad económica. Y esta se hallaba determinada, fundamentalmente, por el comercio internacional. Las rutas mercantiles aparecen, pues, como factores capitales del progreso desde los primeros siglos de la civilización.

Mesopotamia fue el centro económico del mundo antiguo, por haber constituido la gran ruta del Asia Anterior y de Egipto hacia la India.

El Éufrates enlazaba el golfo Pérsico con el Tauro, y el Tigris con la región de Mosul, de donde venía el betún, y con Armenia. También por el Éufrates, desde

Sumer y Babilonia, se alcanzaba el puerto de Biblos, en la costa siria.

De Biblos se iba a Egipto, ora por el camino costero, ora por mar, y a la isla de Chipre, riquísima por sus yacimientos de cobre.

Biblos, antepuerto de Asia, vino a ser por este hecho un centro económico internacional de primera importancia, del cual trataron de apoderarse primero Egipto, bajo la quinta dinastía, y después Mesopotamia desde el reinado de Sargón, en Agadé. La importancia de Biblos era tanto más considerable cuanto que no solo representaba una etapa sobre la ruta del Nilo al Indo, sino un gran mercado de los metales del Tauro y de las maderas del Líbano.

Desde Mesopotamia, dos rutas llevaban a la India: una, terrestre, por Elam y el Beluchistán, y marítima la otra, por el golfo Pérsico. Susa, en la ruta caravanera, se convirtió en un importante centro ya desde antes del reinado de Sargón (hacia 2600). En aquellos tiempos, todo el golfo Pérsico quedaba bajo el dominio de las flotas de Sumer, habiéndose visto obligados los pueblos de las costas de la Arabia oriental a aceptar el protectorado de esta potencia.

Desde Egipto, otra vía de capital importancia la constituía el mar Rojo, Bajo el Imperio Antiguo, el faraón había establecido allí un verdadero monopolio. Las expediciones reales visitaban regularmente el litoral arábigo, en los aledaños de Aden y de Somalia. Por aquella época, los sumerios mantenían relación con los reinos árabes que, según parece, existían ya en la Arabia meridional; conocían también un reino de Meluk, que acaso pueda identificarse con el de los amalecitas.

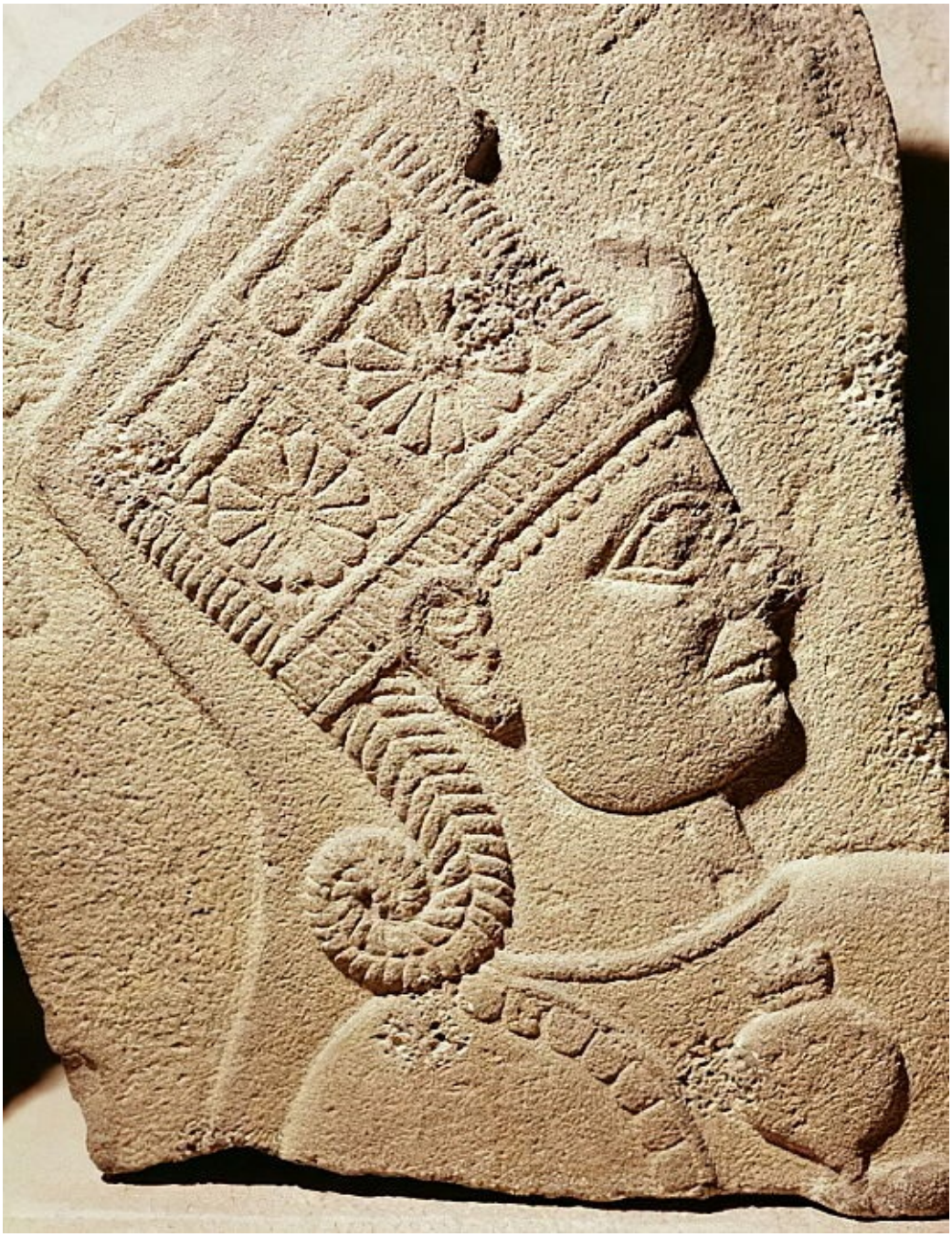
El reino de Maan se mantuvo con gran prosperidad durante toda aquella época, merced a la circunstancia de constituir una etapa fundamental del comercio entre la India y Egipto; se efectuaba este tráfico por medio del cabotaje y, sobre todo, por la ruta terrestre que bordeaba el litoral de Arabia hasta el golfo Pérsico, donde la costa de Omán, desde los tiempos de Sargón, era frecuentada por los mercaderes sumerios y, probablemente, también por los indios.

Entre Egipto y el país de Sumer, la vía de Biblos resultaba así doblada por la que, a través del golfo Pérsico y Arabia, conducía al Ponto y al mar Rojo. También es más que probable estuviera en uso la ruta que, por Magedo, en Palestina, alcanzaba, al Oeste, Egipto, y por el Sur, la costa oriental de Arabia.

Finalmente, desde la cuenca de Indo, una vía muy importante se internaba, por Pechawar, hacia el oasis del Asia central. De más allá, nada sabemos.

Desde el cuarto milenio, la vida económica internacional nos demuestra haber ejercido un influjo determinante sobre el desarrollo de la civilización. Basta echar una ojeada a las grandes rutas que toma para cerciorarse de que esta vida económica fue esencialmente continental. La navegación aparece, sin duda, como elemento importante del progreso; los mares y los ríos determinan, al mismo tiempo que el cambio de productos, las áreas en que la civilización se desarrolla y se extiende. Pero toda la navegación está orientada hacia el grupo continental, integrado por Egipto, el Asia Anterior y la India occidental, cuyas costas se limita a bordear.

Aparte de las tres grandes cuencas y de las vías que en ellas desembocan, no hay todavía verdadera civilización. En Capadocia y Elam, las poblaciones viven bajo un régimen feudoseñorial. En la Siria del Sur aún se encuentran en la etapa de la organización de tribus. Mientras tanto, entre Siria y Mesopotamia vagan pueblos nómadas, como los hebreos de la era patriarcal.



Cabeza de soberano hitita. Relieve del segundo milenio A. J., hallado en Carquemis.

LA EXPANSIÓN NÁUTICA EN EL TERCER MILENIO

Hasta por el año 3000 antes de Jesucristo, la isla de Creta había sido feudal y agrícola, sin contacto, al parecer, con las costas de Egipto y Siria. En los albores del tercer milenio fue colonizada por un pueblo oriundo del mar y cuyo origen exacto es desconocido. Parece ser que llegó por el mar Rojo. Sea

como fuere, nos encontramos en aquel momento en presencia de un gran movimiento de expansión marítima que habría de continuarse hasta el siglo XXVI, según parece, con el asentamiento en la costa fenicia de elementos extranjeros, en los cuales Charles Autran ha visto, a mi entender con justeza, a drávidas oriundos de la costa occidental de la India.

Este gran movimiento marítimo se explica por un conjunto de circunstancias.

Desde tiempos de Sargón, el golfo Pérsico, dominado por sus flotas, debió de conocer la hegemonía marítima de Sumer en detrimento de la navegación india.

Soldados egipcios. Talla en madera. Hacia 2000 A. J.
Museo de El Cairo.

Ahora bien, fue por la misma época cuando el desplazamiento del curso de los grandes afluentes del Indo provocó la decadencia del Panjab. Esta debió de hacer sufrir a las poblaciones marítimas del Indo, y por repercusión a las de Malabar, una crisis que pudo inducirlas a buscar otra vía hacia Occidente. La decadencia del Imperio Antiguo egipcio les dejaba el camino libre en el mar Rojo. La costa siria les era conocida, al menos por las relaciones que, desde hacía siglos, mantenían con los sumerios. El eclipse del Imperio Antiguo, también por esa parte, abría posibilidades de establecimiento. De este modo hay que explicar, probablemente, aquel fenómeno histórico de capital trascendencia que fue la expansión marítima por el Mediterráneo occidental.

Desde el siglo XXV esta expansión había hecho de Creta un gran centro económico. Puertos como Palaicastro y Zacro, y ciudades industriales como Gurnia, enriquecida por la metalurgia, constituyeron nuevos centros de atracción, etapas entre el continente oriental y la Europa ignota. Los navegantes cretenses avanzaron hacia el norte de Grecia en busca del estaño que, de Sajonia y Bohemia, era trasladado hasta allí por el Danubio. Y Cnoso, orientada hacia el Norte, comenzó a irradiar una economía marítima e intercontinental. La mezcla de razas y culturas —procedentes de la India, de Egipto y de Siria—, coincidente con el nuevo desarrollo económico,

debía preparar una de las civilizaciones más brillantes y prósperas que había de conocer la Antigüedad, mientras que, sobre la costa siria, un rosario de puertos recientemente creados, Tiro, Sidón y Arvad, en permanente contacto con Creta, arrebataría a Biblos su antigua hegemonía naval y daría a la navegación mediterránea una importancia que jamás había alcanzado.

6. Feudalismo y reconstitución monárquica en Egipto

LA REAGRUPACIÓN FEUDAL Y EL FIN DE LA ECONOMÍA CERRADA

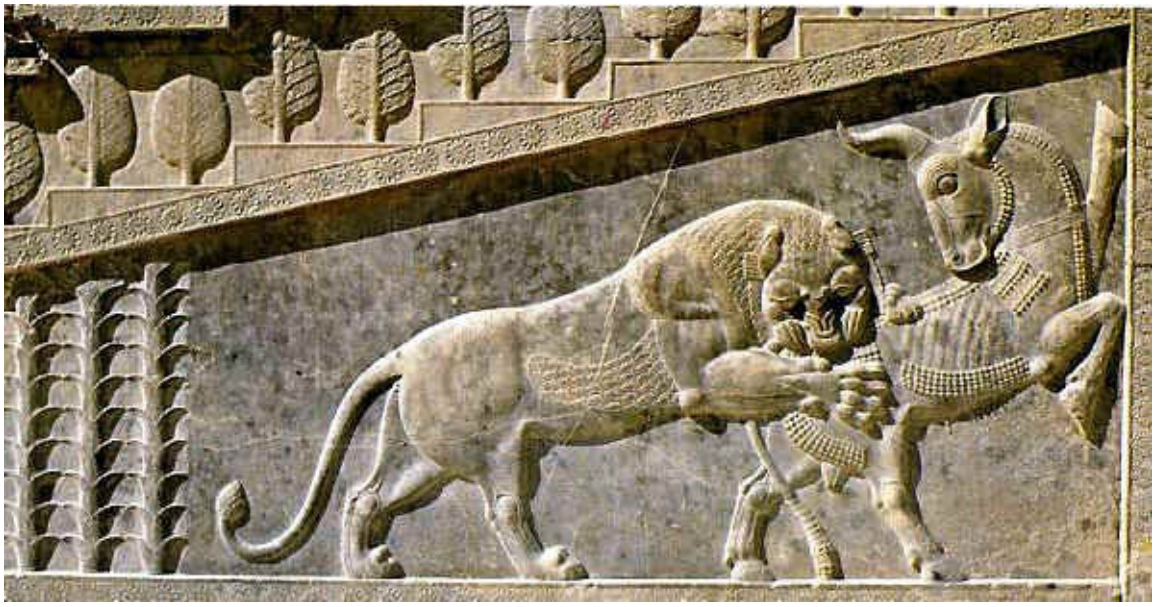
En la época del auge babilónico, Egipto, después de cinco siglos de letargo feudal, entra en un período de reconstitución monárquica. En el curso de aquella larga etapa de fraccionamiento y de constantes guerras entre príncipes y ciudades libres, bajo el señorío nominal de los reyes de Heracleópolis, que no eran sino los soberanos egipcios más preeminentes, el poder se fue reconstituyendo lentamente en el interior de los principados locales. En el Alto Egipto, en el pequeño estado de Tebas, los príncipes, verdaderos señores feudales terratenientes, constituyen una potencia militar que emprende, como antaño la de los reyes de Neken, la conquista del país. Hacia 2160, llegaron a imponerse a todos los príncipes del Alto Egipto y entraron en pugna con los reyes de Heracleópolis. Y, al cabo de un siglo, son ya dueños de todo el país. Las ciudades del Bajo Egipto, que se vieron forzadas a acatar su autoridad, les proporcionan un repentino acrecentamiento de su poderío gracias a los recursos económicos que de ellas extraen. Mientras tanto, la seguridad de que goza el país por la unidad monárquica, a todo lo largo del Nilo, da al comercio tal ímpetu que, rompiendo la economía cerrada del sistema feudal, prepara su desaparición y, al mismo tiempo, el advenimiento de una época de revalorización de la monarquía.

Los reyes de Tebas, dueños de todo el país, se esfuerzan en seguida por reconstituir un gobierno central. Junto a su corte feudal aparece un consejo privado, en el cual entran negociantes y burgueses que se convierten muy pronto en los más eficaces agentes de su política centralizadora y económica. El derecho del Imperio Antiguo, precariamente conservado en las ciudades mercantiles, sirve de base a la reconstitución de la administración real. Y la monarquía, llevada por los intereses económicos de las poblaciones urbanas, retorna a la política expansionista practicada por los faraones del Imperio Antiguo. Las expediciones reales, surcando el mar Rojo, vuelven a tomar las rutas de Arabia. En este comercio estatal, el rey encuentra los recursos necesarios para restablecer una administración de empleados; a la antigua nobleza terrateniente y belicosa va a oponerse una nueva aristocracia burocrática con preponderancia en el Estado.

La restauración comercial, la formación de una clase de funcionarios y el contacto entre las poblaciones urbanas y agrícolas, sacuden al país en un movimiento de

emancipación que, primeramente, se manifiesta en el misticismo del culto osiríaco. La igualdad de los hombres ante el dios de la vida eterna empuja a todas las clases sociales hacia una piedad que se expresa en las grandes peregrinaciones de Abidos, donde se levanta el famoso santuario de Osiris. Y los reyes tebanos, retrotrayéndose a las fórmulas monárquicas empleadas dos mil años antes por los reyes de Busiris, van a tratar de agrupar al pueblo en torno suyo, en una misma oleada de lealtad, asociando la monarquía con el misticismo osiríaco.

La nobleza administrativa, en cuyo seno reclutan los reyes a los visires, cargo restablecido, se hará tan poderosa e influyente que, hacia el año 2000, cuando se extinga la XI dinastía, será el descendiente de un visir, y no un príncipe feudal, el fundador de la XII dinastía egipcia.



El león persa ataca al toro asirio. Detalle de la escalinata de Persépolis.

LA EXPANSIÓN ECONÓMICA Y LA CENTRALIZACIÓN MONÁRQUICA

Entonces es cuando ejerce su reinado Hamurabi, Egipto, orientado económicamente hacia Babilonia, experimenta con certeza su influencia. La valorización del Fayún, ahora una gran propiedad real, mediante una hábil irrigación de la comarca y la introducción de procedimientos de explotación directa que rompen con la vetusta organización patrimonial, parece claramente inspirada en los métodos babilónicos. Los favores concedidos por el rey al comercio particular, que se desarrolla hacia Biblos y Creta, integran cada vez más a las ciudades egipcias en la corriente de la economía internacional. Pero al mismo tiempo, la Corona, reanudando la colonización de Nubia, se proporciona oro, marfil y ébano, mientras sus flotas hacen rumbo a Arabia en busca de productos orientales. La potencia que dan a la monarquía los recursos procedentes del tráfico estatal, así como la explotación de su magnífico patrimonio, parejamente con el apoyo encontrado en las ciudades, no permite la resistencia del feudalismo. El rey, consolidando su señorío feudal dentro del reino, impone su autoridad a vasallos y

subvasallos, dispone de sus feudos, los somete a su jurisdicción, establece impuestos reales y llega, incluso, a reclutar tropas en principados que antes fueron soberanos.

Ceja el feudalismo, el comercio florece y el derecho individualista, que ha sobrevivido en las ciudades, se extiende, alcanza a la clase de funcionarios, disloca el sistema señorial y relaja la jerarquía social. El arte, vitalizado por el individualismo renaciente, goza de una magnífica floración directamente inspirada, lo mismo que el derecho, por la antigüedad clásica del viejo Imperio egipcio. De este modo se anuncia un nuevo período de monarquía centralizada.

7. Primeras invasiones arias y destrucción de los grandes estados

LAS INVASIONES ARIAS

La prosperidad de Babilonia, que había dominado durante el siglo XXI, había de ser brutalmente destruida por la primera gran invasión que se abatiese sobre el Asia Anterior.

Oriundos de las estepas rusas y asiáticas, pueblos de civilización primitiva, pero ya evolucionada, provistos de armas de hierro y caballos —que los orientales no conocían—, avanzaron hacia el Sur, invadiendo Grecia, pasando el estrecho del Helesponto, franqueando el Cáucaso y deslizándose al este del mar Caspio.

En Asia Menor, los hititas se instalaron en Capadocia, donde constituyendo una casta militar se integraron en los cuadros feudales ya existentes, y adoptaron como suyos los santuarios de Nerik, Zipalanda y Arina. Los aqueos asentáronse a su vez en Grecia y a lo largo de la costa del Asia Menor. Al norte de Mesopotamia, los mitanos y los hosritas extendiéronse por Armenia y las regiones de los montes Zagros. Al Este, los medos y los persas, rama desgajada de la gente escita, ocuparon la altiplanicie iraniana. Y en el Turquestán, otros pueblos arios —los tocarios— se instalaron en el oasis que, siglos más tarde, había de alcanzar una importancia tan grande en la vida económica internacional.

Los pueblos arios entran en la Historia y, con ellos, también la raza helénica, emparentada con la de los ilirios, que se asentaban entonces por todo el sudeste de Europa, desde el mar Adriático al Danubio.

RUINA DEL IMPERIO BABILÓNICO

Esta gran inmigración de pueblos, atraídos por la riqueza del Asia occidental, había de tener hondas repercusiones en el curso de la historia. Los kasitas, que vivían trashumantes por las mesetas iranianas, empujados por los invasores, bajaron a Mesopotamia. Allí, en un principio, fueron completamente derrotados por el ejército babilónico; mas Babilonia fue incapaz de impedir sus infiltraciones pacíficas por los valles del Tigris y del Éufrates, donde se asentaron y desorganizaron la

administración imperial y sustituyeron la propiedad privada por un rudimentario sistema de propiedad tribal, aunque dejando subsistir, como islotes de civilización, los grandes patrimonios de los templos, los cuales, aislados en la barbarie, rápidamente se transformaron en señoríos encerrados en sí mismos. Al Oeste, bajo la presión de hititas y mitanos, los amorreos nómadas invadieron el valle central del Éufrates, mientras que el país de Sumer se veía anegado por poblaciones muy primitivas cuyo recuerdo ha conservado la Historia con el nombre de «pueblos navegantes».

La importante vía mercantil que seguía los cursos de los ríos Éufrates y Tigris quedaba cortada. Babilonia, cuyo Imperio se desmoronaba, sufrió una terrible crisis económica, pronto agravada por las algaras de los jinetes hititas que, en 1806 antes de Jesucristo, la hicieron víctima de un espantoso saqueo. Sesenta años después, instalose en el solio de Babilonia (1746 A. J.) una dinastía de bárbaros kasitas. Las ciudades sumerias cayeron en total decadencia. Del Imperio de Hamurabi, hundido, habitado por gentes apenas salidas del régimen de vida nómada, no quedaba en pie más que una ciudad. Babilonia, la cual, sin renunciar por eso a su quehacer económico, que iba a reconstruir lentamente, dejó de ser cabeza de un imperio. No fue ya más que una gran urbe mercantil, aislada en medio de un mundo barbarizado, y petrificada dentro de una economía tribal o señorial.

Vasija micénica de estilo cretense.

LA TALASOCRACIA CRETENSE

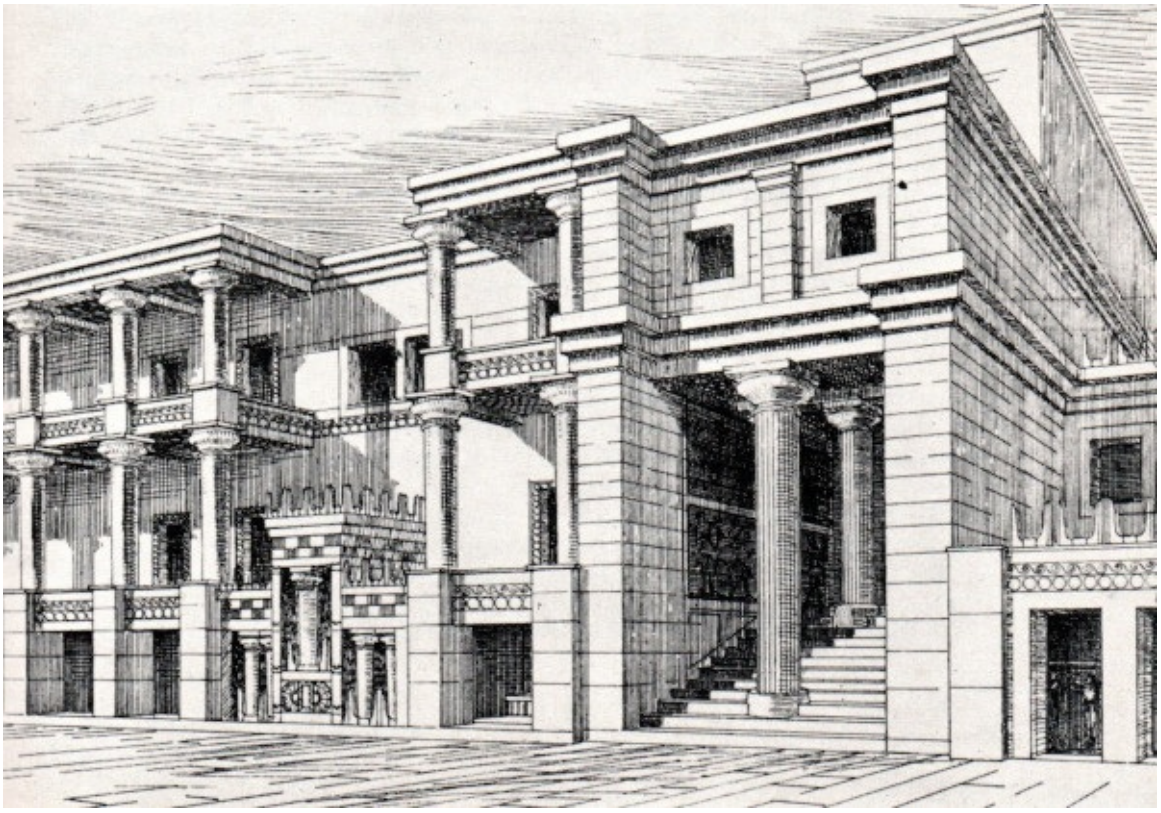
Al igual que Babilonia, Siria soportaba con esfuerzo el rebote de las invasiones. No solamente la ruta del Éufrates estaba cortada, sino que una amalgama de poblaciones arias y semitas refluía hacia el Sur, desorganizando a su paso toda vida económica. La desaparición de los núcleos mercantiles sumerios en Capadocia, de las factorías cretenses en la costa del Asia Menor y la decadencia de los puertos fenicios y de Biblos, hacían por otra parte sentir a la navegación mediterránea una crisis que debía repercutir duramente en Creta. Y así estalló una revolución social muy semejante a la producida en las ciudades del Bajo Egipto a fines del Imperio Antiguo; lo que subsistía en Creta del

régimen feudal quedó barrido (1750 A. J.). Así, mientras por toda el Asia Anterior se extendía lentamente una decadencia que por doquier restablecía el régimen señorial o el nomadismo, en Creta, por el contrario, la consecuencia de las invasiones arias fue la destrucción definitiva de los últimos vestigios del feudalismo. La evolución económica resultante y la crisis de la navegación siria, permitieron a los cretenses apoderarse de la supremacía marítima. Apoyándose en Egipto, único país que seguía fuera del alcance de las invasiones, se lanzaron a la conquista del mar para constituir una verdadera talasocracia orientada al mismo tiempo que hacia el Asia, hacia Europa. Cnoso iba a experimentar un enorme desarrollo y se convertiría, al mismo tiempo que en foco brillante de arte y civilización, en capital de un reino dotado de las instituciones más sabias y en cuyas ciudades había de formarse, gracias al comercio, una burguesía acaudalada y culta.

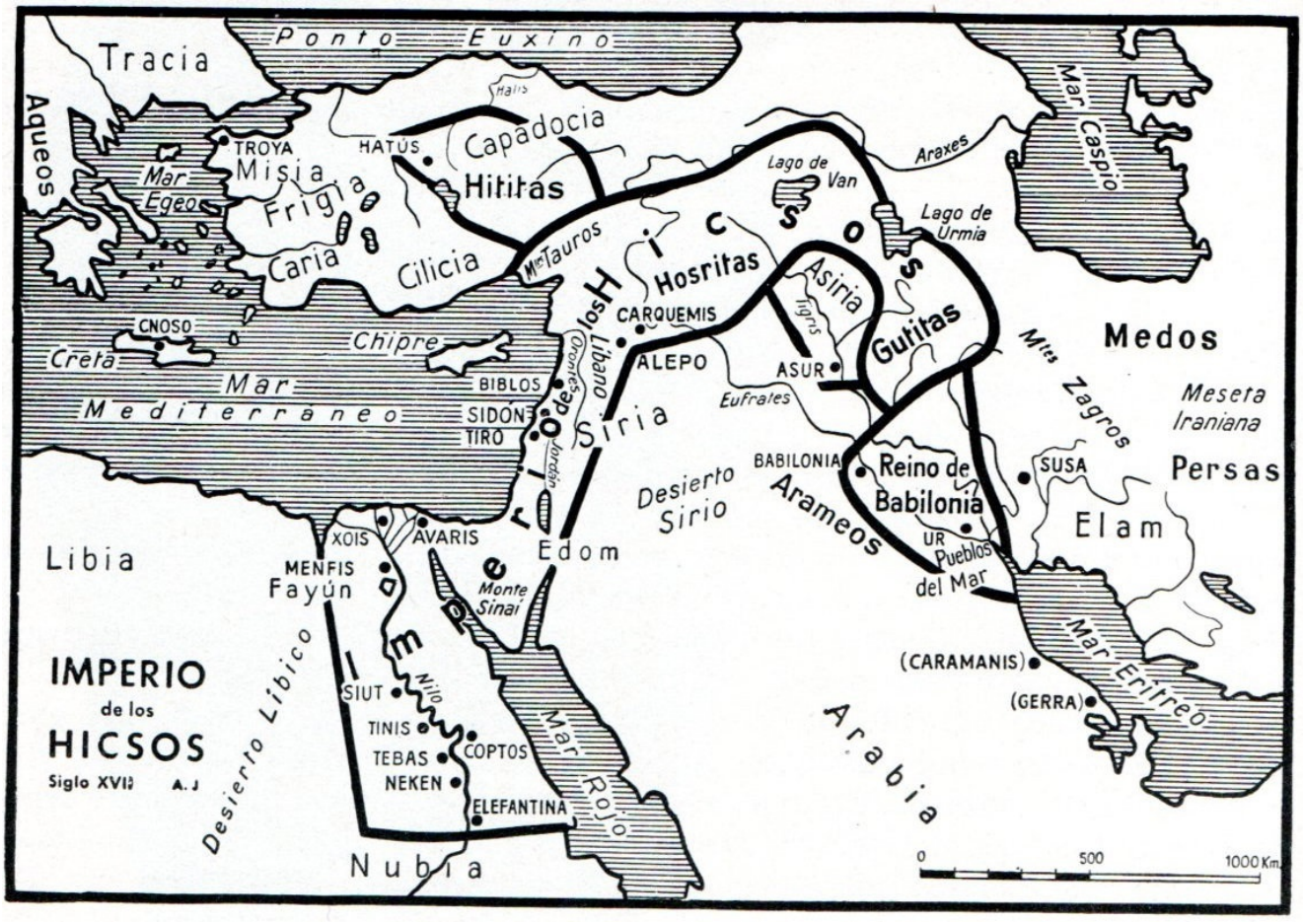
Por todo el contorno del mar Egeo se abrirían factorías cretenses. En el Peloponeso, las ciudades de Micenas, Tirinto, Argos y Pilos, enclavadas en tierras dominadas por el feudalismo aqueo, se convertirían en verdaderas urbes marítimas. Por el litoral del Asia Menor, en Corfú y en Sicilia, las colonias mercantiles llevarían la civilización de Creta. Frente a la economía continental, quedaban así echados los cimientos de una nueva economía orientada hacia el mar.

INVASIÓN DE LOS HICSOS EN EGIPTO

Durante cerca de tres siglos, las inmigraciones arias se habían extendido por Asia sin desbordar Egipto, entonces en plena restauración monárquica. Solidario de la vida económica internacional, no podía, sin embargo, escapar a las repercusiones de la crisis política, económica y social en que lentamente se hundía la civilización que quince siglos habían edificado en el Asia Anterior. El tráfico con el continente estaba completamente paralizado. Sin duda, las relaciones con Creta y las expediciones que continuaban por el mar Rojo mantenían cierta actividad económica en el país. Pero la crisis se extendía a pesar de ello, y frente a las grandes ciudades mercantiles en decadencia, la nobleza terrateniente recobra preponderante influjo. En la frontera oriental del Delta, los nómadas, a quienes el movimiento inmigratorio general empujaba hacia el Sur, ejercían una presión cada vez mayor.



Ala occidental del palacio del rey Minos, en Cnoso. Hacia 1450 A. J.
Reconstrucción de F. G. Newton.



Hacia el año 1800 antes de Jesucristo, Egipto no tuvo más remedio que abrir sus puertas a las tribus ganaderas. Aquel fue el instante en que los judíos, con Jacob,

quedaron aposentados, por la linde oriental del Delta, en comarcas semidesiertas que el faraón entregaba, para su colonización, a los refugiados admitidos.

Pero el peligro no venía solamente de afuera. La crisis económica de Siria atacaba las ciudades del Delta cada vez con más dureza; paralizada la exportación, el trigo se depreciaba; la miseria se extendía por los campos; la población rural abandonaba las tierras para buscar medios de vida en las urbes; la pequeña propiedad, que se había mantenido en el norte de Egipto gracias a la actividad urbana, iba desapareciendo ante el régimen señorial cuya influencia recomenzaba a extenderse. La nobleza, reforzada con ello, reaccionaba contra el poder real, provocando conflictos interiores que disminuían la capacidad de resistencia del país frente a una amenaza cada vez más apremiante. En 1710, Egipto, agotado, cedió; la invasión se desbordó por el Delta y una multitud de gentes de raza diversa, bajo una aristocracia militar, aria según se cree, arrojose al saqueo de sus riquezas. Por vez primera, desde el reino de Menes, el valle del Nilo padeció el mazazo de las invasiones de los pueblos bárbaros.

EL IMPERIO DE LOS HICSOS

La invasión de Egipto por los hicsos marca el punto culminante de su expansión. Eran estas gentes, según parece, mitanos que, habiéndose impuesto como señores feudales entre Capadocia y el mar Caspio y en Siria, formaron, después de la conquista de Egipto, un gran imperio bajo la soberanía de reyes radicados en Avaris[10]. Y así se mantendrían durante más de un siglo. El pueblo mitano se había fijado al norte del Éufrates; Avaris no fue más que el centro político del Imperio. Egipto y Siria, reducidos a la categoría de pueblos tributarios, bajo la tutela de una aristocracia castrense, absorbieron paulatinamente a sus vencedores. En Avaris, los reyes hicsos se egiptizaron. Su señorío, empero, mantuvo a Egipto fraccionado; una dinastía feudal reinaba en Tebas y otra en Xois, en el Bajo Egipto, ambas vasallas de Avaris. Bajo la autoridad de los feudales hicsos, la paz volvió, sin embargo, y con ella comenzó a medrar el comercio. Las ciudades fenicias, Babilonia, y las grandes urbes del delta del Nilo, recobraron poco a poco su prosperidad. Los invasores quedaban fundidos en los pueblos de civilización superior que dominaban. Consigo habían traído a sus dioses, especialmente el dios Cielo, que se manifestaba por el rayo y la tormenta y se confundía con Baal, en Siria, y con Set[11], en Egipto, e iba a integrarse paulatinamente en las formas superiores de los cultos asiáticos y egipcios. En Egipto y en Siria, los hicsos abandonaron su lengua por las de sus vasallos, adaptándose a sus costumbres. Y poco a poco, fue resquebrajándose la armazón militar que se había tendido sobre el Asia Anterior. Finalmente, se desmoronó en 1850, cuando la monarquía egipcia restaurada rechazó la soberanía de los reyes de Avaris, apoderándose de su capital. El Imperio hicso ya no fue más que un marco político; la destrucción de la dinastía que constituía su razón de ser, lo hizo desaparecer bruscamente.

En el momento en que el Imperio hicso, descompuesto en el Asia occidental, se reducía al Estado mitano, llamado por otra parte a jugar un papel histórico de primer orden, el deslizamiento de los pueblos arios que había continuado con lentitud hacia el Sur por las mesetas iranianas alcanzó la India y, en el siglo XVI, penetró en el valle del Indo.

Los difuntos ofrecen dones a sus dioses favoritos. Sarcófago egipcio.

LOS ARIOS EN LA INDIA

La infiltración aria operose allí lentamente. Tribus arias, menos civilizadas que las que habían entrado en contacto con las grandes civilizaciones orientales, pasaron durante siglos por los puertos del Hindu-Kush con sus rebaños. Hacia 1500 antes de Jesucristo, había terminado su inmigración. La gran civilización que Sind y Panjab habían conocido en los tiempos de Mohenjo-Daro y Harapa, sufría, desde hacía varios siglos, una irremediable degeneración, paralela a la de las ciudades sumerias. Los arios acabaron con ella, exterminando a la población drávida. La cuenca del Indo ya no había de jugar ningún papel económico durante mil años.

Del Indo, los arios pasaron al valle del Ganges, donde se sobrepusieron a las gentes autóctonas, creando, para dominarlas, el sistema de castas que constantemente seguiría desarrollándose. En la India, lo mismo que en el Asia Anterior, los arios formaron una aristocracia de vencedores. El núcleo de su cultura radicó en el alto valle del Ganges, y allí, en torno al reino de Kurú, quedó emplazada una civilización enteramente terrateniente y feudal, sin relación con el exterior. La costa de Malabar y el centro de la India no habían de experimentar las infiltraciones arias hasta mucho más tarde, cuando ya se hubieran sentado los cimientos de una gran civilización. Entretanto, conservaron una actividad económica completamente separada de la India septentrional.

Panjab estaba destinado a convertirse en centro de la cultura aria en la India. El culto de Diaus, aportado por los arios, confundiose allí poco a poco con el de la gran divinidad Varuna, que lo ve todo, que recompensa y castiga. Al roce de las ideas precarias, la religión védica iba a constituirse en torno a la creencia de una vida futura; fue allí donde, entre los años 1000 y 800 antes de Jesucristo, habían de ser escritas en forma definitiva las compilaciones sagradas de los Vedas, que han hecho llegar hasta nosotros, mezcladas con ideas arias, los ecos de las creencias religiosas de los drávidas, cuya alta civilización se había desenvuelto, en el Indo, entre el cuarto y segundo milenios antes de Jesucristo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Organización de la vida internacional entre los siglos XVI al IX A. J.

1. El Nuevo Imperio egipcio

CAÍDA DE LOS HICSOS

La invasión de los hicsos, aunque destruyó la unidad monárquica, no había detenido su evolución social. Los reyes de Avaris no habían hecho otra cosa sino imponer al país una tutela política. En el Bajo Egipto, la paz había alentado la vida económica de las ciudades, que encontraron en la navegación cretense una nueva fuente de prosperidad, y en el Alto Egipto, a pesar de la soberanía de los hicsos, que artificialmente mantenían un marco feudal, la monarquía había reanudado su vieja política centralizadora. Tan pronto como se sintió lo bastante poderosa, repudió el tributo a los reyes de Avaris y emprendió la lucha contra ellos.

Mas los señores feudales temían el resurgimiento del poder monárquico, que debía señalar su propia decadencia. Aliáronse, en contra del faraón egipcio, con el rey extranjero, y cuando Amosis I se hubo apoderado de Avaris, en 1580 antes de Jesucristo, tuvo que volverse contra sus propios vasallos para reconquistar su reino. Los señores feudales, vencidos, hubieron de soportar la confiscación de sus bienes por felonía, en virtud del derecho feudal, y la monarquía se encontró bruscamente restablecida en su unidad por la fuerza de las armas.

La caída de Avaris provocó el hundimiento de la armazón política del Imperio de los hicsos. Amosis I, dueño de Egipto, conquistó sin dificultad Siria, llevando la frontera del Imperio egipcio hasta el Alto Éufrates. Por el Sur, Nubia quedó anexionada. Egipto no solamente quedaba reconstituido, sino que se encontraba a la cabeza de un soberbio imperio. Su hegemonía, a partir de entonces, iba a afianzarse por toda el Asia Anterior. La incorporación de los territorios del Bajo Egipto a la monarquía tebana le aportaba los recursos que habían de permitirle emprender una verdadera política imperialista. El hundimiento del Imperio de los hicsos, replegados al reino de Mitania, ofrecía a Siria y Babilonia grandes posibilidades económicas. Y Creta se vio envuelta en aquel renacimiento del comercio internacional cuyo centro parecía ser, esta vez, Egipto.

El retorno de Egipto a la unidad monárquica vino acompañado del renacimiento del derecho público del Imperio Antiguo. La teoría monárquica del derecho divino recobró su anterior prestigio, y el rey, considerado como hijo de Amón, el antiguo

LA RESTAURACIÓN MONÁRQUICA EN EGIPTO Y EL SINCRETISMO RELIGIOSO

dios feudal de Tebas, en lo sucesivo asimilado al dios solar Ra, restableció su absolutismo a base del rito. Así, en tanto que el rey absorbía todos los poderes de los antiguos príncipes feudales, Amón-Ra recobraba el rango de gran dios, agrupando en torno suyo a todos los dioses locales en un sistema renovado de la teología heliopolitana. Pero si Ra había sido el centro de este sistema, los sacerdotes menfitas habían elaborado su teología en torno del dios Pta; a fin de amalgamar el culto, fraccionado en el curso del período feudal en una sola entidad, la teología tebana asimiló a Amón y, al mismo tiempo, a Pta y a Ra. Formaron estos dioses en lo sucesivo una trinidad: Pta-Amón-Ra, o sea el cuerpo, el espíritu y la conciencia del Mundo, «tres dioses en un solo dios».

El templo de Kon-Ombo, al Sur de Tebas[*].

Una vez más, la centralización política iba acompañada de la centralización religiosa. Sin embargo, el rey de Tebas no debía renunciar a la estrecha unión que la monarquía feudal había establecido entre su poder y el culto místico consagrado a Osiris, el dios de los muertos y del bien, cuyo valimiento dominaba la devoción popular. La teología tebana se esforzó por combinar el culto panteísta del gran dios creador y el culto místico del dios salvador[1]. Osiris quedó asimilado al dios supremo, representado por la trinidad Pta-Amón-Ra. El principio creador se confundió con el del bien, evolucionando desde entonces la teología hacia el dualismo. Frente al dios creador, inseparable del bien, apareció una divinidad destructora, principio del mal: el áspid Apofis.

La idea osiríaca, conforme a la cual el dios salvador muere y resucita, extendiose al mismo Ra, que fue concebido como siendo aniquilado todos los días por Apofis,

para resucitar en seguida gracias a su propia potencia. El curso del sol, que le hace aparecer durante el día y desaparecer por la noche, fue considerado como símbolo de la vida creadora y de la muerte del dios; Ra, resucitando todas las mañanas al despuntar el sol, adoptó de Osiris su naturaleza de salvador. Y prevaleciendo en lo sucesivo el misticismo sobre la metafísica, el dios se aproxima a los hombres[2].

La religión egipcia penetró más profundamente en la vida íntima de cada cual. La oración y el amor del dios ocuparon un lugar mucho más considerable en el rito, la moral tomó un carácter más netamente religioso: no responder al mal con el mal, repudiar la violencia, no causar padecimientos, confiar en la divina misericordia, fueron sus cánones esenciales, y surgió la fórmula «quien llora será salvado», inculcando en la religión esa preferencia del dios por los humildes que había de afianzarse siglos después en el Cristianismo.

El misticismo religioso favorecía en el plano social la evolución democrática, que sostenía, por otra parte, la política monárquica hostil a los privilegios; el derecho natural, que debía triunfar en el plano político un siglo más tarde, preparábase con la idea de la igualdad de los mortales ante la divinidad.

Bajo los reinados de Amenofis I, Tutmosis I y Tutmosis II (1557-1505 A. J.), el poder central y el funcionarismo se reconstituyen; en Tebas, Menfis y Heliópolis se crean tribunales de justicia y el ejército se organiza a base obligatoria. En el plano social, el régimen señorial acaba por disolverse, desaparece la servidumbre, y la nobleza, aunque subsistiendo como clase primera del Estado, pierde sus privilegios: la igualdad jurídica queda instaurada. La economía patrimonial da paso a la economía mercantil, reapareciendo la movilidad de los bienes; ello implica la dislocación del patrimonio familiar y, en consecuencia, la de la misma solidaridad de familia. Triunfa, lo mismo que quince siglos antes, el derecho individualista.

Pero, al mismo tiempo que el poder monárquico, crece el del clero guardián del culto, que es la base de su constitución. Y se anuncia el conflicto entre los dos poderes, pues el rey aspira al absolutismo total y el gran pontífice de Amón pretende mantener su tutela sobre la monarquía de derecho divino, que procura transformar en teocracia.

La regencia de la reina Hatsepsú, a la muerte de Tutmosis II (1505 A. J.), brindó nueva ocasión a la ascendencia sacerdotal. El gran pontífice de Amón, investido de suprema autoridad sobre todos los cultos y todo el clero de Egipto, recibió al mismo tiempo el cargo de visir, es decir, el jefe del gobierno y justicia mayor. Karnak, residencia del gran pontífice, vino a ser una especie de Vaticano para Egipto. Quedaba afirmada la supremacía del poder espiritual en el Estado.

Mas el clero, entregado a su afán teocrático, descuidó el Imperio. Y las ciudades de Siria y los príncipes de Palestina y de Amurrú aprovecharon la coyuntura para sacudir la tutela egipcia. Cuando Tutmosis III ascendió al trono, Siria estaba perdida; había que empezar a reconstruir el Imperio.

Tutmosis III, que reinó de 1484 a 1450, fue el máximo caudillo militar de la Historia egipcia. Fue, a la par, una gran figura política. Una serie de campañas, conducidas con el designio de captarse la buena voluntad del país conquistado, reintegró Siria a Egipto. Constituía ese país, con sus tres o cuatro millones de habitantes, sus seiscientos kilómetros de costa y sus ciento diez estados autónomos —ciudades mercantiles y feudos agrícolas—, una de las regiones más ricas del mundo, representando para Egipto —que por sí solo contaba con seis millones de almas— un inmenso acrecentamiento de poderío y riqueza.

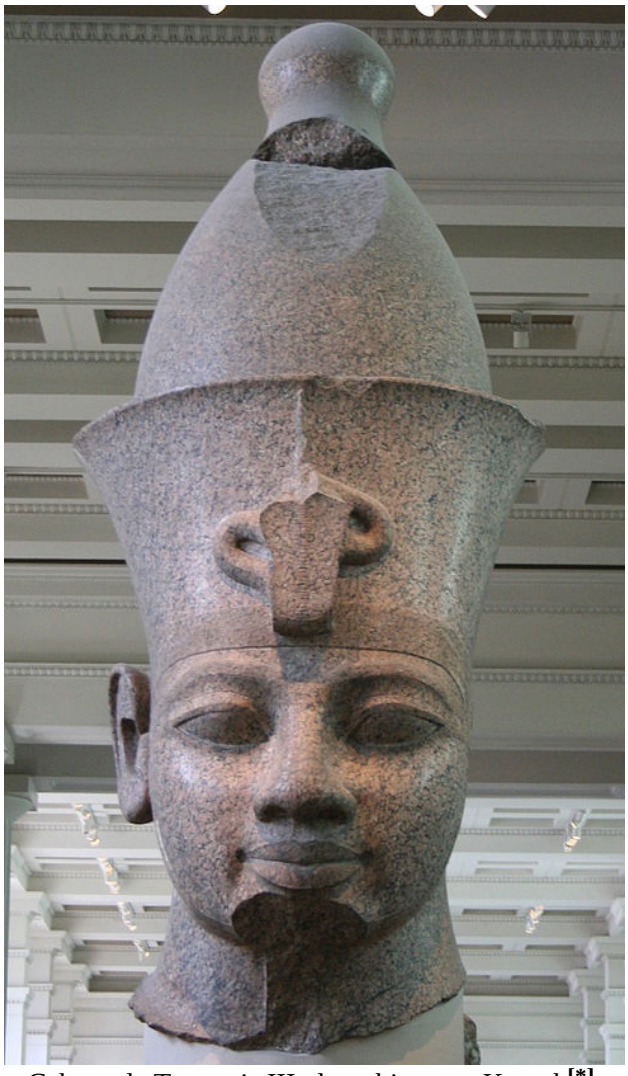
Era lo esencial de Siria la actividad económica de todas sus ciudades; repúblicas urbanas, como Tunip o Irkata, principados dominados por la burguesía, como Biblos, Tiro, Sidón y Arvad, poseían flotas importantes y eran los mercados del comercio internacional entre el Mediterráneo, Egipto y Babilonia. Indiscutiblemente, fue la influencia de Babilonia la que prevaleció.

Babilonia era entonces, no un imperio sino solo una metrópoli mercantil y financiera, y lazo de unión entre el Asia Anterior y la India. De esta suerte, si Egipto dominaba políticamente Siria, era allí el babilonio la lengua comercial, como el

EL CONFLICTO ENTRE EL CLERO Y EL PODER REAL

EL IMPERIO BAJO TUTMOSIS

derecho babilónico era el que presidía las transacciones. Fue, pues, lo económico, y no lo político, lo que determinó la orientación cultural.



Cabeza de Tutmosis III, descubierta en Karnak[*].

La constitución del Imperio, fundado por la conquista, quedó legitimada por una teoría política basada en el culto: el dios Amón ha creado el mundo y es señor de todos los hombres; ahora bien, el faraón de Egipto es la encarnación de Amón; ejerce, pues, por su naturaleza divina, la soberanía universal; rebelarse contra él es rebelarse contra el propio creador.

Bajo la autoridad suprema del faraón a quien Amón ha confiado la misión de reinar sobre todos los hombres, los estados incorporados al Imperio conservan sus instituciones particulares y su autonomía interna. El rey los representa con relación al extranjero y arbitra los pleitos que puedan surgir entre ellos. Los súbditos del Imperio

no están sometidos, como los egipcios, al impuesto sobre la renta, pero cada estado paga un tributo global. En los lugares estratégicos hay instaladas guarniciones egipcias. Se adopta el babilonio, y no el egipcio, como idioma imperial para el «servicio de los países extranjeros». Los hijos de los príncipes vasallos reciben educación con los vástagos de sangre real, en la propia corte de Egipto.

Esfinge con la cabeza de Tutmosis III. Siglo XV A. J.
Museo de El Cairo.

Nubia no fue administrada según los mismos principios, sino organizada bajo la autoridad de un virrey omnipotente como colonia de explotación. Rodeado de una burocracia egipcia y teniendo a sus órdenes una hueste indígena mandada por oficialidad egipcia, el virrey atiende especialmente al laboreo de las minas de oro y a la percepción de rentas en especie impuestas a los jefes nubios. Nubia no es, como Siria, una provincia; es una colonia imperial.

La teoría de la soberanía universal no impele a los faraones a desplegar una política de acrecentamiento territorial. Lo que buscan es la hegemonía económica. Una vez ocupados los puertos sirios, detienen la conquista esforzándose por afianzar el *statu quo* internacional. Practican en seguida una política de paz, consolidando su posición mediante un sistema de alianzas y pactos que va a hacer entrar al mundo oriental en un período de organización internacional.

León. Escultura hitita procedente de Carquemis.

La potencia militar a su disposición y los recursos considerables que le valía su Imperio, hacían desigual la lucha entre Tutmosis III y el partido sacerdotal. Por otra parte, empero, la base religiosa de la teoría imperial aseguraba al culto una posición cada vez más influyente en el Imperio. Hubo de establecerse un equilibrio entre el poder del rey y el del clero. El pontífice de Amón conservó la dirección general de los ritos egipcios, agrupados en una verdadera «iglesia», cuyos dogmas habían de ser fijados en Tebas en obras oficiales de teología, pero fue apartado de la administración civil, rigurosamente centralizada en manos de funcionarios laicos que solo dependían del monarca. La monarquía descansó, a partir de entonces, sobre dos pilares: el culto, bajo la autoridad del gran sacerdote de Amón, a quien el rey no cesaba de colmar de espléndidas donaciones, y el gobierno civil, bajo la férula del visir, reunidos ambos bajo la omnipotencia del faraón, de cuya suprema autoridad dependían tanto el nombramiento del pontífice como el del visir. Dueña de un admirable imperio que le aseguraba el dominio de todas las rutas del comercio del Asia Anterior, y apoyada en un sistema interior sabiamente ponderado, la monarquía egipcia iba a conocer, durante la época de los reinados de Amenofis II, de Tutmosis IV y de Amenofis III (1450-1370 A. J.), un período de indiscutida hegemonía.

2. La hegemonía egipcia

LA ESTRUCTURA POLÍTICA Y ECONÓMICA

En el siglo XV antes de Jesucristo ya se había organizado un nuevo equilibrio político. No quedaba del antiguo Imperio de los hicsos más que un estado ario, Mitania, que extendiéndose por el norte del Éufrates y el Tigris constaba de dos partes distintas: Mitania, propiamente dicha, en la Alta Mesopotamia, y Hurria, al este del Tigris. Se trata de una monarquía agraria y feudal, pero que domina las rutas comerciales de Babilonia hacia el Tauro y el Mediterráneo. La plaza de Carquemis, donde se unen estas rutas, es su clave. Mitania domina también la vía del Tigris al Cáucaso.

El dios sirio Baal. Cabeza de la estatua de bronce hallada en Ugarit (Ras Schamra), del siglo XV A. J.

En Asia Menor, en la altiplanicie de Capadocia, el feudalismo hitita, después de agruparse cabe las ciudades santas de Arina, Neric y Cipalandia, se ha unificado en monarquía feudal bajo el señorío del príncipe de Hatús. El rey, en un principio, era elegido por sus pares, pero hizo la monarquía hereditaria en el siglo XVII. Hacia 1450 A. J., el feudalismo termina por desaparecer en beneficio de la monarquía. El régimen señorial cede su puesto al trabajo libre; solo los templos perseveran en una organización patrimonial arcaica. Fuera de sus dominios, el código hitita, publicado en el siglo XV, ya no conoce la servidumbre. Ocurre en la evolución hitita el mismo doble fenómeno que pudimos comprobar en Egipto y Mesopotamia: la centralización real, o sea, la supresión de privilegios de clase, y la emancipación social, es decir, la desaparición de la solidaridad de grupos en favor del derecho personal; ambos se desarrollan paralelamente.

En las costas del Asia Menor, la vida económica y la navegación progresan en seguida. Troya, en el Helesponto, sede de un gran mercado internacional merced a los portazgos que percibe y a su industria, cobra gran importancia. En Mileto, Éfeso y Caria, radican colonias egeas. Y en Cilicia, de la cual hacen los pasos del Tauro una de las puertas del Asia Anterior, también se deja sentir la llamada del mar.

En el Norte, sobre el mar Negro, la navegación se aventura rumbo a los yacimientos ferruginosos del Tauro y los auríferos de la Cólquida.

Se abren rutas a través de la Capadocia que enlazan el mar Negro, Troya y Éfeso a Hatús, la capital hitita, y, ampliando la economía mercantil, favorecen a la vez la decadencia del régimen señorial.

Babilonia, para asegurar sus vías de comunicación, restablece su autoridad sobre los cauces de los dos ríos hasta el golfo Pérsico. Pero ya no preside, como en el siglo XX, un gran estado monárquico centralizado. Es una monarquía semifeudal donde las antiguas ciudades sumerias, arruinadas por el encenagamiento del delta, están dominadas por ricos santuarios. Babilonia, sin embargo, conserva su estructura

urbana, su derecho individual y sus instituciones reales; y la paz, al favorecer comercialmente toda la cuenca mesopotámica, vivifica la actividad, haciendo que el derecho babilónico extienda cada vez su influencia y la del tipo de sociedad que representa.

En el Tigris, entre Babilonia y Mitania, se ha formado el reino asirio en torno a la ciudad de Asur. Los gutitas, después de haber invadido el país, han terminado por establecerse en él. Pero el revuelo producido por las grandes invasiones arias casi ha borrado la civilización Sumeria, que allí se había introducido en el siglo XXI y estaba representada por la ciudad de Asur. Como capital de Asiria, es esta todavía una urbe mercantil donde domina la burguesía y donde el derecho babilónico, aunque decadente, subsiste; pero forma un islote en medio de un país esencialmente feudal, en poder de nobles militares, cuyas tierras patrimoniales se hallan ocupadas por siervos. En suma, los únicos grandes centros continentales de civilización y actividad son: Egipto, el litoral sirio y Babilonia.

Egipto es el principal hogar artístico, intelectual y político.

Pero frente al continente asiático, donde florece el progreso por las costas del mar y a lo largo de los ríos caudalosos, el Mediterráneo ha venido cobrando una importancia cada vez más considerable.

Creta es una poderosa talasocracia. Allí ejerce su dominio una burguesía urbana, enriquecida por el tráfico marítimo y la industria. Hacia el año 1450, una revolución hace desaparecer los últimos vestigios de feudalismo que aún perduraban en el interior y las turbas incendian los castillos. Es la época de la gran prosperidad de Cnoso, bajo la dinastía de Minos. Su cultura, aunque profundamente influida por Egipto, conserva toda su originalidad; la vida es refinada, el lujo se halla extendido incluso entre la burguesía y el arte produce obras magníficas, destacando especialmente por su elegancia la pintura al fresco. Las embarcaciones cretenses extienden el progreso por el litoral de Grecia. Fórmase una civilización egea que se impone a las ciudades aqueas, y surge una burguesía mercantil en la que, paulatinamente, se va fundiendo la pequeña nobleza agraria. Ya los aqueos de Tesalia tratan de penetrar en el mar Negro, que Troya pretende cerrarles. La leyenda de Jasón, en busca del «vellocino de oro», envuelve el recuerdo de sus correrías hacia las minas de oro de la Cólquida.

La isla de Chipre, merced a sus ricos yacimientos cupríferos y a la explotación de la resina de sus extensas pinedas, se transforma también en potencia naval y económica, dividida en pequeños reinos.

Toda esta vida del mar se dirige ya hacia el Oeste. Se abre el Adriático a la navegación cretense y el Danubio es conocido como vía de penetración hacia la Europa Central, de donde procede el estaño cuyo gran mercado es Creta.

Pero el polo de atracción del comercio marítimo es Egipto. Los puertos del Delta se hallan en permanente contacto con Biblos y las ensenadas fenicias, que forman parte del Imperio. Para centralizar el comercio cretense, los reyes de la XVIII dinastía

construyen, en el solar actual de Alejandría, el gran puerto de Faros, especialmente reservado para dicho comercio.

Los chipriotas conciertan tratados con los faraones, en virtud de los cuales sus productos quedan exentos de todos los derechos de aduana.

Numerosos comerciantes sirios, egeos y chipriotas se instalan en Egipto, donde el derecho internacional privado, que se desarrolla con el comercio, les da plena libertad económica, protegiéndoles en sus personas y en sus bienes.

Hacia el Mediterráneo, todas las transacciones mercantiles pasan a la iniciativa privada. Pero en punto a Oriente, el Estado interviene; el puerto de Coseir, en el mar Rojo, queda unido a Coptos, en el Nilo, por una ruta de caravanas, y por los lagos Mensalés se abre un canal que enlaza el mar Rojo con la ciudad de Bubastis, sobre la ribera del Nilo; se abre el istmo de Suez y Menfis recibe las naves procedentes de Arabia y de Fenicia.

Hacia las tierras del Ponto, de donde proceden el oro, el ébano y las especias, parten periódicamente naves fletadas por el Estado y escoltadas por navíos de guerra. Por la costa arábiga, los navegantes continúan sin duda sus expediciones a la India. El Indo, en verdad, ya no juega ningún papel económico. Pero la invasión aria no ha penetrado más allá de las cuencas del Indo y del Ganges, y la riqueza inmensa de la India encuentra sus abras de exportación en la costa malabar y probablemente también en los puertos del Sur.

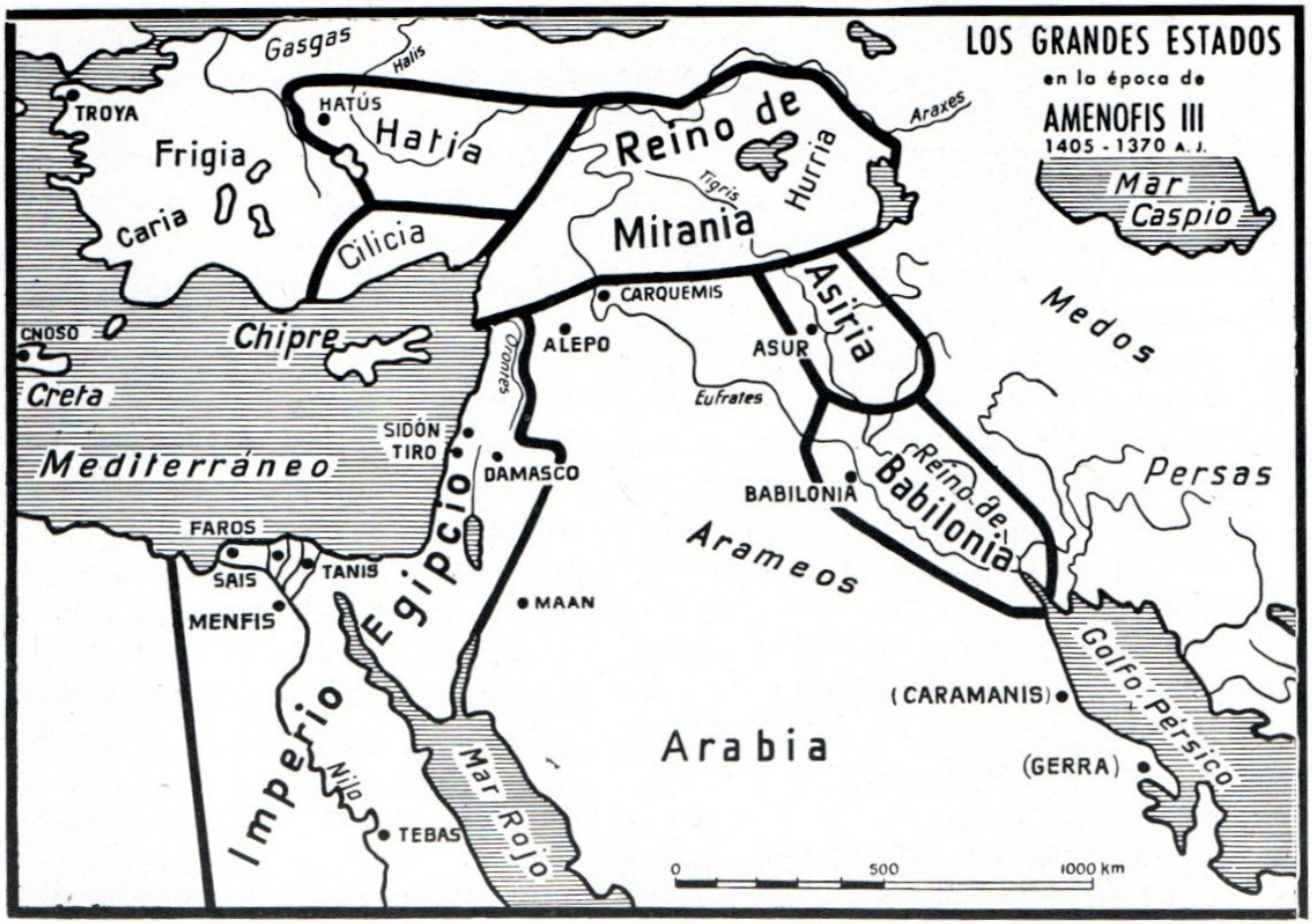
En los aledaños del golfo Pérsico, el enarenamiento del delta mesopotámico ha paralizado el tráfico marítimo; pero la ruta de caravanas, que por Susa y el Beluchistán se interna en la India, sigue siendo frecuentada. No podría concebirse la inmensa importancia de Babilonia sin el *hinterland* económico de la India y el Asia Central. Si Babilonia llegó a ser el máximo centro internacional del comercio y las finanzas, ello se debió, sin duda, a su situación geográfica, que la hizo punto de unión del Asia Anterior, de la India y del Asia Central.

Por haber sido las más importantes encrucijadas del comercio internacional, Egipto, Babilonia y Creta fueron también los centros más activos de la civilización. Los canjes y el contacto con los extranjeros desarrollaron allí una sociedad de tipo individualista, en cuyo seno alcanzaron extraordinario vuelo los valores intelectuales, morales y artísticos.

EL IMPERIALISMO EGIPCIO PRACTICA UNA POLÍTICA DE HEGEMONÍA PACÍFICA

La política de Egipto, llegada al apogeo de su poder, consiste en lo sucesivo en asegurar la paz, el *statu quo*. Dispone del Ejército más fuerte de la época y de la Hacienda más próspera; mas para mantener su posición hegemónica ha de conservar sus grandes relaciones comerciales, porque, mucho más que las minas de oro de Nubia, es el comercio lo que le proporciona sus vastas reservas de metales preciosos con el rendimiento de las aduanas y del impuesto sobre la renta. Egipto practica, pues, una política

mercantil y dispone de una balanza comercial ampliamente favorable. Sus industrias de arte, los tejidos de tela fina, sus exportaciones de papiro, de especias, de marfil, de ébano, de productos medicinales, de afeites y perfumes, y sobre todo de trigo, le garantizan un amplio margen de beneficios cuyo rendimiento procura elevar al máximo. El liberalismo, base de su economía, le impulsa a mantener la paz y la prosperidad en aquel pequeño mundo; su política toda oriéntase a tal finalidad.



La guerra deja de ir acompañada de incendios, carnicerías y saqueos. Cuando es indispensable una campaña contra un vasallo o una ciudad rebelde en Siria, se deja a salvo la ciudad ganada; solo a algunas personas se prende o se ejecuta, y la contribución de guerra no sobrepasa nunca los gastos de la campaña. Únicamente cuando la contienda se libra con pueblos bárbaros —como en Nubia—, la hueste egipcia recurre a veces a métodos de terror.

En las relaciones entre estados, la diplomacia sustituye cada vez más a la guerra.

El imperio de Tutmosis III, englobando toda Siria, confinaba al Norte con el reino mitano, única potencia militar de aquellos tiempos que podía medirse con Egipto. Y encontraba en él un enemigo irreductible. Mitania debía forzosamente disputarle, en efecto, la Siria norteña, su único acceso al mar.

Pero Egipto y Mitania veíanse igualmente amagados por la creciente potencia de los reyes hititas, que desde Capadocia iban extendiendo progresivamente su autoridad

sobre el Asia Menor. Y por otra parte, vecino de los hititas, al Oeste, el reino mitano veía desarrollarse en su frontera oriental el poder asirio.

Tutmosis III, cual gran político, en lugar de aprovecharse de la situación, se percató de que la destrucción de la potencia mitana, al dejar al descubierto el Imperio egipcio por el Norte, lo arrastraría a nuevas guerras. Resolvió, pues, estrechar sus relaciones con Mitana, cediéndole la parte septentrional de la costa. La frontera egipcia fue retrotraída al Orontes, y desde entonces nada debía ya separar a los dos reinos. Hechos comunes sus intereses, a la guerra sucedió una política de alianza que había de permitirles, uniendo sus fuerzas, asegurar el *statu quo* con la paz y el mantenimiento de un equilibrio internacional igualmente favorable para ambos. Era esta una concepción nueva. El faraón, sin renunciar explícitamente a la teoría monárquica que le impulsaba a pretender la soberanía universal, entraba de hecho en el camino del reconocimiento de la existencia de múltiples estados soberanos con igualdad de derechos. Semejante actitud en el ámbito internacional repercutió en la política interna de Egipto.

Hasta Tutmosis III, todos los faraones se habían desposado solamente con princesas egipcias por cuyas venas corría sangre divina.

Tal costumbre fue entonces alterada y desde Tutmosis IV, para corroborar los tratados de alianza o amistad que seguirían concertando con otras potencias, los faraones recurrirían a casamientos políticos. Así, vemos como Tutmosis V tomaría por esposa a una princesa mitana, Amenofis III a una fenicia, y Amenofis IV a otra mitana. Contraerían desposorios, además, con princesas babilónicas y cilicias.

Ya no habría de ser posible, a partir de entonces, el admitir la teoría del clero que pretendía imponer su hegemonía a la monarquía al considerar que la sangre divina de los reyes, transmitida por las reinas, era el único fundamento de su legitimidad. Amenofis III, dueño del más potente imperio de su tiempo, repudió esta tutela al formular la nueva teoría de la teogamia. El rey, por el solo hecho del poder que ejerce, aparece como divinidad encarnada. Cuando concibe a su heredero, es el propio Amón quien da la vida al futuro rey. El clero ya no es, pues, guardián de la cualidad divina de los soberanos; estos la reciben directamente de Amón, por cuya voluntad ejercen el poder supremo y cuyo espíritu —el *ka*— reside en todo soberano. Tal poder encuentra así su justificación en sí mismo y la monarquía entra en la fase del absolutismo.

En el plano interno, la política absolutista del rey va a proponerse la supresión del dominio que ejercen sobre el Estado los magnates eclesiásticos y nobiliarios, los cuales, sin poseer privilegio alguno, se arrogaban de hecho la gerencia de los asuntos. La prosperidad extiende la pequeña propiedad y triunfa el derecho individualista. De acuerdo con las ideas del rito, que concibe a todos los hombres como iguales con respecto a la divinidad, el rey introduce la clase popular en la vida legal y designa para los más altos cargos a hombres nuevos. La valía personal reemplaza al prestigio

de cuna. Al mismo tiempo, los cambios económicos ocasionan la formación de grandes fortunas mobiliarias, dando al derecho contractual un desarrollo inmenso. Y el derecho privado, volviendo a la norma clásica del Imperio Antiguo, sanciona la igualdad civil de los egipcios. El arte alza magníficamente el vuelo: La vida social se refina, extendiendo entre la burguesía opulenta las costumbres mundanas y la elegancia. Las ciudades se pueblan con admirables monumentos arquitectónicos, de estilo protodórico o lotiforme. Es aquella la época en que se erige el grandioso templo de Luxor. La ciencia y la literatura, grandemente honradas, se enseñan en las numerosas escuelas donde se codean todas las clases de la sociedad. El Estado posee centros de enseñanza superior para la exclusiva preparación de sus futuros funcionarios. Tutmosis III funda además, en Karnak, el primer jardín botánico.

LA MONARQUÍA ABSOLUTA

Cabeza de proporciones gigantescas de Amenofis III. Siglo XIV A. J.
Museo Británico. Londres.

Mascarilla de yeso del rey Amenofis IV, de El Amarna.
Museo del Estado. Berlín.

Pero las relaciones internacionales han introducido en Egipto la esclavitud. Los prisioneros traídos antaño de las conquistas para ser destinados al servicio del Estado, y entregados sobre todo a los templos, han sido también cedidos a particulares; los mercaderes sirios recorren el país vendiendo esclavos, en su mayoría mujeres sirias. La esclavitud, no obstante, sigue teniendo muy poca importancia. Los talleres industriales no emplean más que mano de obra libre y los esclavos solo se encuentran como domésticos en las moradas y en las fincas agrícolas. Únicamente el Estado y los templos hacen gran uso de ellos, instalándolos en sus patrimonios. Los más desventurados son los que trabajan en las minas de cobre y en las canteras.

En el plano internacional, el absolutismo permite a la monarquía practicar una política netamente hegemónica. Egipto es la gran potencia financiera de la época. Merced a los empréstitos que continuamente otorga a los reyes de Babilonia, Asiria y

Mitania, se asegura, con respecto a ellos, una posición dominante que mantienen sus constantes relaciones diplomáticas. No es el egipcio, sin embargo, sino el babilonio, el que, por el hecho de ser el lenguaje internacional de los negocios, hase convertido también en idioma internacional de la diplomacia. En la correspondencia de las cancillerías, prevalece un protocolo diplomático universalmente admitido. Embajadores amparados por la inmunidad diplomática no cesan de circular entre las grandes capitales, apareciendo Tebas, en el conjunto, como centro de la diplomacia. El desarrollo del derecho de gentes estimula el del internacional privado. Entre los países ligados por pactos de amistad —y estos se conciertan entre todas las potencias — interviene un estatuto jurídico que protege recíprocamente la propiedad de sus súbditos. Los bienes dejados por un negociante de aceite oriundo de Chipre, fallecido en Egipto cuando remontaba el Nilo en su embarcación, quedan inventariados por la contaduría egipcia y son remitidos a Chipre por vía diplomática. Los extranjeros pueden desposarse legalmente con egipcias. En las ciudades de Egipto hay sirios que son banqueros o armadores, conservando su nacionalidad de origen, aunque sean súbditos del Imperio. Igualmente se encuentran egeos propietarios de importantes casas comerciales.

Este movimiento internacional origina una profunda transformación de las doctrinas políticas y religiosas. El poder monárquico, desde su fundación, se viene justificando por su origen divino. La concepción panteísta de la divinidad concibe el mundo como enteramente informado por el espíritu divino. Reside este en todos los seres con personalidad, tanto en el Nilo, en Egipto, en una montaña, en una planta o en un animal, como en los hombres, aunque en grado diverso. Es en la persona del rey donde Amón, el gran dios creador simbolizado por el Sol, se manifiesta con toda su plenitud. El rey es depositario de la sabiduría, de la potencia de Amón. Pero el inmenso prestigio que este irradia sobre la realeza solo existe para los devotos de Amón. Ahora bien, el Imperio egipcio se extiende a Siria, donde la población venera como gran dios creador a Shamash, divinidad solar babilónica. Así, con objeto de justificar su poder sobre los sirios, Amenofis III, asimilándose a Amón, se presenta en Siria como encarnación del dios Shamash.

para pasar del plano nacional al universal.

Se afianza esta nueva teoría con la gran reforma de Amenofis IV. Y aquel fue uno de los momentos más patéticos en la evolución de la conciencia humana.

Llevando hasta sus últimas consecuencias la concepción imperial, el faraón Amenofis IV va a establecer ahora la monarquía universal sobre un culto igualmente universal.

Espíritu profundamente místico, imbuido de ideas humanitarias que se han formado en la concepción religiosa de la igualdad de los hombres ante Dios, se desprende por completo del plano nacional. Él mismo, por otra parte, egipcio de nacimiento por sus antepasados paternos, ario por su madre y semita por su abuela, representa en su sola persona a todas las razas del Imperio. Concibe el mundo como una entidad sometida a un solo dios, el cual, desde luego, ha creado las razas y las naciones, pero de quien todos los hombres son criaturas con igual título. Liberándose del simbolismo y de los arcaísmos que agobiaban la religión egipcia, proclama el monoteísmo absoluto, hacia el cual venía aquella inclinándose. Y de este modo realiza la revolución religiosa más trascendental que jamás intentó soberano alguno: abolió los cultos de todos los dioses para reemplazarlos por el del único dios, Atón, creador del mundo, que él representa entre los hombres. Atón no es, por otra parte, un dios nuevo; es el dios supremo, tal como lo había concebido la cosmogonía solar, pero reducido a su sola cualidad de creador. Representado por el disco solar que dispensa a los mortales, con sus rayos, la vida y la justicia, queda liberado de toda mitología y de todo simbolismo; es un espíritu puro. El culto que se le rinde en las grandes ceremonias públicas no tiene ya nada que ver con la anterior idolatría, sino que es esencialmente un simple acto de fe, esperanza y amor.

EL UNIVERSALISMO AMARNIANO

Cabeza de la reina Nofretete.
Museo Egipcio, Turín.

Dios es bueno. La vida por él creada es también buena. En la tierra, la divinidad creadora está representada por la pareja; el amor conyugal es el símbolo del amor divino y el camino que a él conduce. No es el temor, sino el amor, el amor a la divinidad, lo que debe inspirar y guiar a los humanos.

la justicia, queda liberado de toda mitología y de todo simbolismo; es un espíritu puro. El culto que se le rinde en las grandes ceremonias públicas no tiene ya nada que ver con la anterior idolatría, sino que es esencialmente un simple acto de fe, esperanza y amor.

Dios es bueno. La vida por él creada es también buena. En la tierra, la divinidad creadora está representada por la pareja; el amor conyugal es el símbolo del amor divino y el camino que a él conduce. No es el temor, sino el amor, el amor a la divinidad, lo que debe inspirar y guiar a los humanos.

Y como Dios ama a todos los hombres con idéntico amor, no pueden existir diferencias entre ellos. El palacio, como la administración, abren de par en par sus puertas a los hombres de toda condición y a los extranjeros. Solo el mérito personal, el amor divino y la lealtad al rey actúan como normas de conducta.

Para que reine entre los hombres el amor que la divinidad les enseña, el rey Amenofis IV quiere asegurar la paz. A toda costa habrá de mantenerla pese a las amenazas que apuntan al Imperio. Cuenta con Atón, y no con las armas, para inspirar a sus súbditos y al mundo entero su absolutismo tutelar. Rompiendo con la tradición faraónica, no busca la gloria en la grandeza, sino en la felicidad que dispensará a sus pueblos, mostrándoles el camino de la justicia y de la verdad.

Esta nueva tendencia repercute en todos los terrenos; en el plano social, con la construcción de ciudades modelo y con una rápida elevación del nivel de vida de las gentes del pueblo; en el plano de las relaciones mundanas, por la intimidad, la sencillez, las aspiración a la comodidad, a la franqueza y a la libertad de relaciones entre los sexos; en el terreno artístico, por un realismo que procura expresar la verdad de la vida, pero de una vida dominada únicamente por los valores morales.

La bella y suntuosa capital de El Amarna, centro de la vida diplomática y mundana donde venían a acumularse las riquezas del Imperio, y en la cual el refinamiento de las costumbres se aunaba con una sencillez llena de encanto y buen gusto, fue la expresión material de aquel apogeo luminoso, aunque desgraciadamente efímero, de la civilización egipcia.

RUPTURA DEL EQUILIBRIO INTERNACIONAL Y APOGEO HITITA

Efímero porque, mientras Amenofis IV soñaba con erigir un Estado y una religión universales, el Imperio egipcio se veía arrastrado a una crisis exterior gravísima. Ello debido a que la monarquía hitita, bajo el reinado de Supiluliuma (1380 A. J.), se había convertido en un poderoso Estado militar. Barrido definitivamente el feudalismo, la unidad monárquica permitió al rey acometer una política de centralismo y expansión. Simultáneamente por las armas y la diplomacia, el rey hitita había agrupado bajo su señorío a todos los pequeños países del Asia Menor, a los aqueos, frigios y licios de la costa occidental, a los gasgas, aún poco desarrollados culturalmente, de las riberas del Ponto, y a los cilicios que ocupaban la costa meridional. Una serie de tratados había establecido,

Así edificada una sólida potencia política y militar, Hatia había reclamado su puesto en la vida internacional, procurando ante todo asegurarse una salida al mar por la Siria septentrional y una vía de acceso hacia Mesopotamia, reivindicando Alepo. Tanto Alepo como la Siria del Norte, fueron centros vitales cuya posesión fue, en todo tiempo, una de las constantes de la política de los estados anteasiáticos. El reino de Mitania, al ocupar el uno y la otra, le cortaba a Hatia sus dos principales rutas de tráfico: hacia Mesopotamia la de Alepo, y la de Siria hacia Egipto. El conflicto, pues, entre Mitania y Hatia era fatal. Atacada por Supiluliuma en las postrimerías del reinado de Amenofis III, Mitania se desmoronó. Pasaba por ser una gran potencia militar. Su brusca destrucción por el Ejército hitita, antes de que Egipto hubiese podido siquiera socorrerla, trastornó el equilibrio internacional. Victorioso, Supiluliuma se había asentado en Alepo, ocupando Siria hasta el Orontes, con lo que dominaba el acceso de Mitania al mar y se hacía vecino fronterizo del Imperio egipcio.

Ídolos fenicios en bronce.
Museo del Louvre. París.

Amenofis III, que a toda costa quería evitar un gran conflicto internacional, no intervino en apoyo de su aliado mitano. Inclinándose ante el hecho consumado, había reconocido a Hatia la posesión de la Siria del Norte, y el prestigio internacional de Egipto había quedado con ello hondamente resquebrajado. Pronto hubo de sentir las repercusiones de tal situación. Su ineficacia había alentado a Hatia a dirigir contra él una verdadera guerra diplomática con el designio de dislocar el Imperio antes de asaltarlo. Y Amenofis III no tuvo más solución, a pesar de sus vehementes deseos de paz, que salir de la neutralidad hasta entonces observada para retornar a la alianza con el maltrecho reino de Mitania.

Y en aquel momento de crisis internacional fue cuando Amenofis IV subió al trono. Quiso, a toda costa, salvar la paz. Por medio de la diplomacia trató de aislar a Hatia sin romper, no obstante, con ella, pero solo consiguió aislarse él mismo. Mientras Egipto negociaba con las potencias, Hatia actuaba. Mezclándose en las discordias intestinas de Mitania, logró dividirla en grandes querellas dinásticas que pronto enfrentaron a Hurria contra Mitania propiamente dicha, provocando la ruptura del reino en dos estados enemigos.

Asiria, aprovechando la ocasión, se alió con Hurria contra Mitania, la cual atacada de pronto en sus fronteras occidentales por los hititas, fue completamente

Hatia sin romper, no obstante, con ella, pero solo consiguió aislarse él mismo. Mientras Egipto negociaba con las potencias, Hatia actuaba. Mezclándose en las discordias intestinas de Mitania, logró dividirla en grandes querellas dinásticas que pronto enfrentaron a Hurria contra Mitania propiamente dicha, provocando la ruptura del reino en dos estados enemigos.

Asiria, aprovechando la ocasión, se alió con Hurria contra Mitania, la cual atacada de pronto en sus fronteras occidentales por los hititas, fue completamente conquistada y dividida en dos protectorados, uno hitita y el otro asirio. El Imperio egipcio, confinado en su neutralidad, ya no tenía aliados y su situación resultaba gravísima, pues Siria, demasiado alejada de las bases egipcias, no podía ser defendida eficazmente sin apoyo de aliados en el Norte. Amenofis IV, para restablecer el equilibrio de fuerzas, se volvió hacia Asiria, que acababa de surgir como potencia militar y, concediéndole empréstitos, obtuvo su alianza. Se renovaron los tratados de amistad con Babilonia y Chipre, pero el Imperio egipcio, socavado por la propaganda hitita, se descomponía. Entre los feudatarios sirios estallaron rebeliones sostenidas por el rey hitita, y las opulentas ciudades de la costa, amagadas por las correrías depredatorias de aquellos príncipes rapaces a quienes la fuerza militar egipcia no conseguía mantener a raya, apelaban en vano a la ayuda del faraón. El prestigio de Egipto se cuarteaba y las provincias se separaban en el momento mismo en que Amenofis IV montaba un plan de imperio universal sobre la idea de la colaboración y la paz. En las postrimerías de su reinado tuvo que decidirse a la acción. Las huestes egipcias acababan de intervenir en Palestina, bajo las órdenes del general Horemheb, cuando el rey murió.

El gran templo de Hathor en Abu Simbel, obra de Ramsés II y la reina Nefertari.

que el Ejército. Su jefe, el general Horemheb, disponía de hecho de todo el poder. Y fue entronizado por el clero en 1339.

CRISIS DE LA HEGEMONÍA EGIPCIA Y POLÍTICA SOCIAL DE HOREMHEB

Pero Horemheb, elevado al trono como instrumento de la reacción, había de verse impedido por la evolución del tiempo. El culto de Amón y su clero recobraron su antigua potencia, pero en el plano exterior y en el aspecto social Horemheb reanudó la política de Amenofis IV. Marcose su reinado por el triunfo de las ideas del derecho natural, traducido en una política de amplias reformas sociales. A fin de amparar a los contribuyentes contra el fisco, instituyó un consejo de Estado, vetó la confiscación de instrumentos de trabajo y de cosechas necesarias para la subsistencia de los labriegos, introdujo la presunción de buena fe a favor del deudor insolvente, y ordenó un reparto mensual de víveres a cuantos indigentes lo solicitasen, pues decía: «Mi Majestad legisla para hacer prosperar a los habitantes». Instituyó la igualdad civil hasta el punto que, a falta de descendencia directa, Horemheb adoptó como heredero del trono a un soldado semiasiático que había escalado los más altos puestos en el Ejército: Ramsés I, el cual inauguró una dinastía militar cuya política habría de ser autoritaria, imperial y democrática.

El faraón Ramsés I (1320-1318 A. J.) y sus sucesores Seti I (1318-1298) y Ramsés II (1298-1232), se asignaron como principal objetivo la restauración del Imperio. Seti I organizó el Ejército más poderoso de que jamás dispuso Egipto, acometiendo después la lucha contra la monarquía hitita; el objetivo era la posesión de Siria, ya que de ello había de depender la hegemonía política. La pugna se prolongó hasta 1278, sin que ninguna de las dos potencias lograse vencer a su adversario.

En tanto que Egipto y Hatia se desangraban en guerras indecisas, Asiria completaba la evolución que del feudalismo la conducía a la monarquía militar. Mitania, maltrecha, quedó anexionada a su Imperio, cuya frontera, adelantada hasta el Éufrates, limitaba con Egipto y Hada.

La paz entre las dos potencias, amenazadas ambas por Siria, se imponía. Y en 1278 antes de Jesucristo, bajo el cetro de Ramsés II, las negociaciones entabladas por iniciativa de Hatia condujeron a un acuerdo hititoegipcio que vino a marcar en la política internacional una nueva era.

EL CONDOMINIO HITITOEGIPCIO

En virtud de este acuerdo, el primer gran pacto internacional de la Historia, las dos grandes potencias renunciaban a la política de hegemonía y concertaban una estrecha alianza para garantizar mutuamente la integridad de su Imperio, fijando el Orontes como raya de separación. El tratado de 1278 estableció en realidad una hegemonía conjunta de Egipto y de Hatia que debía dar, al Asia Anterior, cincuenta años de paz.

EL CONDOMINIO HITITOEGIPCIO

En virtud de este acuerdo, el primer gran pacto internacional de la Historia, las dos grandes potencias renunciaban a la política de hegemonía y concertaban una estrecha alianza para garantizar mutuamente la integridad de su Imperio, fijando el Orontes como raya de separación. El tratado de 1278 estableció en realidad una hegemonía conjunta de Egipto y de Hatia que debía dar, al Asia Anterior, cincuenta años de paz.

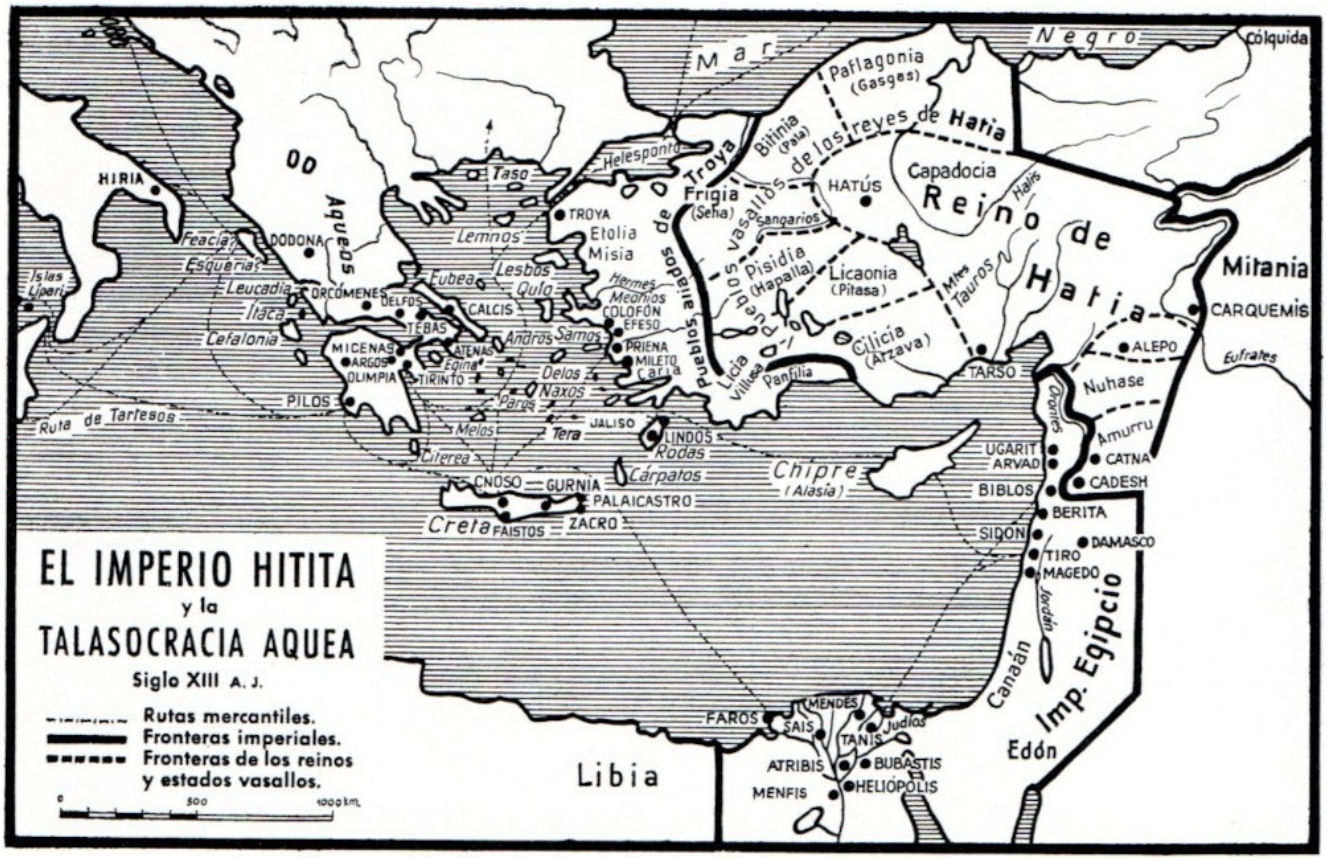
LA POLÍTICA ESTATISTA EN EGIPTO

Durante este medio siglo de tranquilidad, Egipto logró alcanzar una prosperidad inmensa y gozó de un indiscutido y sólido prestigio internacional.

La monarquía absoluta, continuando la política social de Horemheb, transformó poco a poco las concepciones del derecho natural en teoría estatista. El Estado interviene, cada vez más, en la organización social, fija las condiciones del trabajo, promulga leyes relativas a la higiene pública, crea jurisdicciones confiadas a los obreros para estatuir sobre conflictos de trabajo y exime de impuestos las casas de los trabajadores. El pueblo vive con gran desahogo y hasta el rey busca la popularidad de la clase artesana. El país entero se enriquece; se desarrolla la pequeña propiedad. La burguesía acumula fortunas considerables invertidas en negocios del comercio marítimo internacional. La banca, en manos de los sirios, toma gran incremento. Tebas, la capital religiosa, y el puerto de Tanis, adonde Ramsés ha trasladado la capital del Imperio, son las dos ciudades más opulentas del mundo.

El Estado, sin embargo, ocupa un puesto cada vez mayor en el seno de esta sociedad individualista. El funcionarismo lo invade todo, el papeleo reina por doquier y el fisco se hace fundamento esencial de la pesada máquina administrativa. Y a medida que medra el estatismo, el poder monárquico debe tornarse absoluto para hacerle frente. Como en la época del Imperio Antiguo, el absolutismo procura justificarse por el culto y se deifica al rey. Pero, ligando su suerte a la del rito, el absolutismo real fortalece como consecuencia al clero. Seti I y Ramsés II, en el curso de las grandes guerras contra los hititas, colmaron los templos con enormes donaciones de tierras y cautivos a fin de mantener intacta la cohesión del país bajo la férula religiosa. Los templos se convirtieron así en poderosos terratenientes, y en sus patrimonios, lo mismo que en los del Estado, trabajan decenas de millares de cautivos de guerra y de extranjeros antes asentados en el país. Se organiza una economía patrimonial basada en la mano de obra servil. Esta es la época en que se obliga a los judíos a las duras faenas de la fabricación de ladrillos para las grandes construcciones erigidas en Tanis por Ramsés II. Los templos de Tebas poseen 236 000 hectáreas de terreno y 80 000 esclavos extranjeros. Estos no son, por otra parte, simples «instrumentos animados», como más tarde lo serían los esclavos griegos y romanos, sino que gozan de un estatuto jurídico y pueden casarse legalmente.

Interior del Gran Templo de Abu Simbel, en el Valle de los Reyes.



La economía patrimonial servil aparece como un cuerpo extraño dentro del régimen de economía liberal que impera en el país.

Por otra parte, la potencia del clero le permite arrancar al rey privilegios que lo transforman en nobleza. Ya bajo Seti I se otorga la inmunidad a los grandes patrimonios donados por el rey a los templos de Nubia. Pronto serán cedidas al templo de Amón las minas de oro. Bajo el reinado de Ramsés II, el clero obtiene jurisdicción especial y aparece en Tebas, al lado de la corte real, una corte sacerdotal. Las familias de los sacerdotes reciben las más altas funciones civiles del Estado. La inmunidad pasa de Nubia a Egipto, y los templos se transforman en estados dentro del Estado. Organízanse entonces según el sistema feudal: la población que ocupa sus tierras se fija en ellas y queda sometida a su jurisdicción, que abandona el procedimiento civil para recurrir a la sentencia de los oráculos.

El sistema administrativo, sujeto a una oligarquía, queda por completo falseado. El orden sacerdotal se erige, frente al rey, en verdadero poder, y a medida que este aumenta, el de la Corona mengua. La recluta en los dominios inmunes ya no es posible en vista de los privilegios que tienen; por otra parte, la población, que ya desde el reinado de Amenofis III ha gozado de un largo período de paz, detesta el servicio de las armas. Ramsés II se ve, pues, obligado a recurrir al principio del ejército profesional, constituido por soldados premiados, por hechos de guerra, con feudos territoriales exentos de gravámenes fiscales, por lo que pronto se llegará así a crear una clase privilegiada.

La igualdad jurídica existente desaparece, y la sociedad, al igual que aconteció a fines del Imperio Antiguo, se jerarquiza. La solidaridad del Estado, antes

representada por el rey, se fracciona en diversas comunidades aisladas: clero, oligarquía administrativa, Ejército. Y el individualismo cede así ante el principio jerárquico.

Todo el edificio político y social de la monarquía se agrieta. El absolutismo es ya solo una ficción, pero la fachada subsiste. El Imperio vive de la riqueza adquirida y de las rentas que obtiene de las provincias. La cultura está en su apogeo. En este tiempo fue cuando se construyó en Karnak la famosa sala hipóstila, el monumento más grande del mundo en la Antigüedad. Nadie se da cuenta entonces de la terrible crisis que se avecina.

Estatua en granito negro del faraón Ramsés II.
Museo Egipcio. Turín.

Al finalizar el reinado de Ramsés II, Egipto está cruzado por dos corrientes contradictorias. Una, que marca el auge del individualismo y va acompañada de un estatismo esterilizador; la otra, que solamente comienza a manifestarse, es patrimonial y oligárquica y prepara la destrucción del Estado centralizado y la constitución de grupos sociales que, subordinados al mandato de una nobleza hereditaria, estrangularán la civilización individualista.

El pensamiento religioso padece también una doble tendencia: espiritualista, en el sentido de que tiende a un monoteísmo cada vez más depurado, y mística, por la importancia creciente que da a las prácticas del culto, pero —y este es el logro estable de la cultura egipcia— el sistema moral sigue siendo unánimemente acatado.

ASIRIA ROMPE EL EQUILIBRIO INTERNACIONAL

Desde el acuerdo hititoegipcio (1278 A. J.), Egipto, socavado por el estatismo y por la grave crisis que debilita el poder, está condenado a la decadencia. Por el contrario, Hatia y Asiria, estados monárquicos en plena formación, surgen como potencias de porvenir. Y de ahí la lucha que se prepara entre ellas por la hegemonía en el Asia Anterior. Babilonia, orientada exclusivamente hacia sus intereses comerciales, practica una política de paz y procura, con su diplomacia, entorpecer el

desenvolvimiento de Asiria para impedir que se apodere de la importante vía de comunicación entre el Éufrates y el Mediterráneo.

Ramsés II había asistido impasible a la victoria pronto conseguida por Asiria sobre Hatia. Ella trastornó, sin embargo, el equilibrio internacional, para cuyo mantenimiento se había establecido el condominio hititoegipcio. Pero la situación interna le obligó a mantenerse en una neutralidad que todo el resto de las naciones interpretó como lo que era: una claudicación.

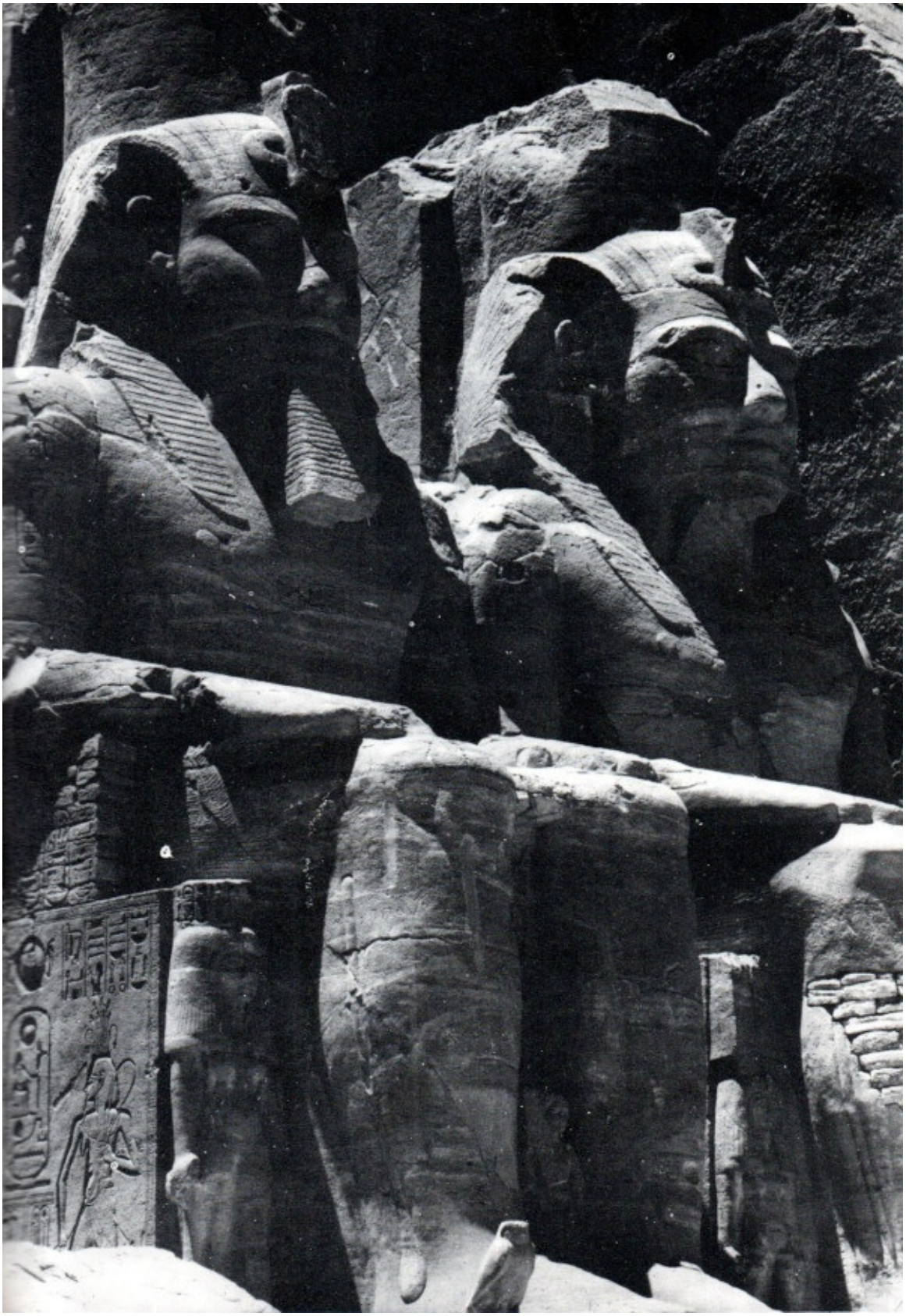
Desde entonces, ya fue imposible poner a raya la hegemonía asiria. Mitania entera pasó bajo la influencia de Asur, y Babilonia, con tal de conservar la libertad de las vías mercantiles, aceptó el señorío asirio.

LA TALASOCRACIA AQUEA

Mientras Asiria, estado esencialmente continental y tardíamente llegado al concierto de las naciones, preparaba su hegemonía sobre el Asia Anterior, una nueva potencia se afirmaba por todo el ámbito del Mediterráneo oriental: la de los aqueos.

Las colonias creadas en Grecia por Creta habían producido, en torno a Argos, una floración de ciudades marítimas agrupadas en una federación monárquica. Micenas, en los albores del siglo XV antes de Jesucristo, ejercía en el seno de esa federación una hegemonía indiscutible. Poniéndose en cabeza de las fuerzas navales aqueas, había asaltado súbitamente a Cnoso, de la que era feudataria, arrasándola totalmente cuando se hallaba en plena prosperidad.

Micenas, desde entonces, había sustituido a Cnoso como centro de la talasocracia egea, lanzándose el mundo aqueo a una vasta política de expansión. Troya, sin embargo, le cerraba el paso hacia el mar Negro. Por eso se organizó contra ella una gran coalición de fuerzas aqueas, y Troya, en respuesta, agrupó a todos los pueblos de las costas occidentales del Asia Menor y del Helesponto, que compartían su mismo interés en impedir el acceso al mar Negro de la navegación aquea. Aprovechando la guerra en que la potencia militar hitita iba a ser destruida por Asiria, la coalición aquea lanzó contra Troya todas sus fuerzas navales, y tras un largo sitio, la aniquiló completamente. El Helesponto y el mar Negro quedaban abiertos a los navegantes aqueos. Volviéndose entonces hacia el Sur, trataron estos de apoderarse de la supremacía marítima en todo el Mediterráneo oriental, y lograron fundar colonias suyas en el puerto sirio de Ugarit y en el litoral de Libia.



Colosos de Ramsés II, en Abu Simbel.

4. Invasión de los Pueblos del Mar y ruina de los grandes estados

LAS INVASIONES DORIAS Y EL ÉXODO DE LOS PUEBLOS DEL MAR

Entretanto, el deslizamiento de las poblaciones arias, provocador de la gran oleada de invasiones del siglo XX, se había reproducido en el curso del XIII. Infiltraciones dorias, procedentes de Illiria, penetraron en Grecia y, por el Helesponto, en Asia Menor. Con anterioridad a la guerra de Troya, algunos grupos dóricos habían llegado hasta Pilos.

A fines del siglo XIII, todo el pueblo dorio emigró hacia Grecia, provocando una invasión espantosa. Organizados en régimen de feudalismo guerrero, los dorios lo arrasaron todo a su paso. Solamente el Ática y la isla de Eubea consiguieron rechazar la marea que irrumpió hasta el Peloponeso, donde las grandes ciudades quedaron aniquiladas. De Grecia, los dorios pasaron a Creta, prosiguiendo su obra destructora, y pasando por Rodas trataron de internarse en el Asia Menor, donde los carios, sostenidos por los hititas, los detuvieron.

Otras bandas arias franquearon el Helesponto, bajando hacia el Sur a lo largo de las costas y aniquilando a las poblaciones de Misia, Lidia y Frigia, que se vieron obligadas a huir en masa.

En pocos años, hundiose toda la talasocracia egea. Los aqueos del Peloponeso se hicieron a la mar en sus flotas y emigraron, unos hacia el Ática y Eubea, y otros camino de las nuevas colonias que recientemente habían establecido en Libia, donde se les unieron las poblaciones marítimas fugitivas del Asia Menor.

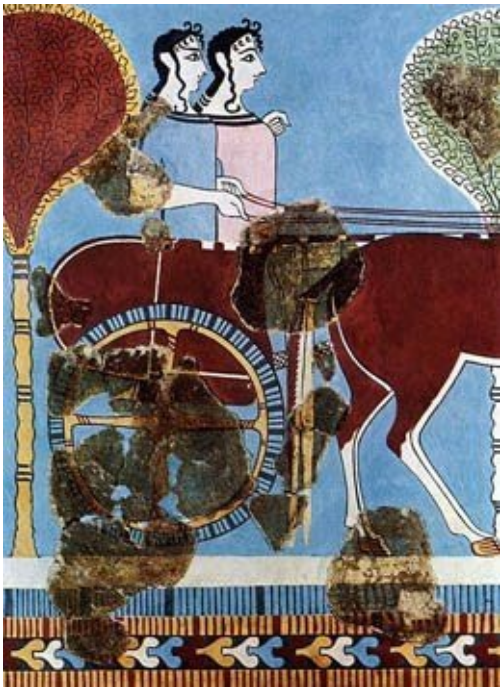
EL IMPERIO HITITA SE DESMORONA

Ante la nueva irrupción aria, no se movieron ni los reyes hititas Tutalia IV y Arnuanda II, ni el egipcio Ramsés II. El Imperio hitita del Asia Menor, sin embargo, se deshacía; unos tras otros, los estados vasallos que lo rodeaban en las costas del Mediodía y de Poniente se rendían ante el invasor. Las incursiones de los arios, al destruir las cosechas, amenazaban con el hambre a la población hitita. Merneptah, que en 1232 había sucedido a Ramsés II, socorrió a su aliado enviándole trigo, lo que prueba que la flota egipcia conservaba el dominio del mar. No trató esta, sin embargo, de oponerse a la inmigración egea, que no cesaba de traer a Libia aqueos de Grecia, etruscos oriundos de la isla de Lesbos, sículos de Pisidia y sardos y licios del Asia Menor y de las islas. Otros emigrantes de las mismas regiones se instalaron en Siria y Palestina, países con los cuales mantenían relaciones desde hacía siglos, o se infiltraron en el reino hitita. Asaltado el Norte por los arios, el Sur por los egeos en repliegue, y amenazado por la rebelión de los pueblos feudatarios que hacían causa común con sus enemigos, el Imperio hitita se descompuso.

EGIPTO PIERDE SU IMPERIO

A la vez, se preparaba por Libia una invasión de Egipto. Encuadrando tribus libias, los aqueos, etruscos, sículos y

sardos hacen irrupción en el Delta en 1227, siendo rechazados por el ejército egipcio; pero Merneptah, comprendiendo el peligro que se cernía sobre Siria, volviose seguidamente hacia el Asia y reconquistando Palestina dio al valle del Nilo el baluarte natural que lo protege.



Fresco de Tirinto representando a un carro de caballos.
Reconstrucción según Bossert.

Cercado de enemigos en Libia, en Siria y por el mar, Egipto quedó bruscamente aislado del mundo, y replegose entonces sobre sí mismo en un arranque de nacionalismo que, de modo natural, tomó un matiz religioso. El terrible peligro que amenazaba estrangularlo, a la vez, por el Este y el Oeste estaba conjurado; pero las relaciones económicas habían quedado paralizadas, resultando de ello una grave crisis económica que asestó un formidable golpe al poder monárquico. Los recursos procedentes del Imperio no podían llegar y, en las ciudades, los impuestos nada rendían. El rey, incapaz de librarse de las exigencias fiscales, se veía obligado a acceder ante las reclamaciones del clero, que deseaba nuevos privilegios, y el resultado fue la conversión de los templos en verdaderos feudos. La crisis fiscal, provocada por la económica, precipitaba el desmembramiento feudal del país. Y la paralización de la vida mercantil impulsaba lógicamente a la instauración, dentro de los patrimonios sagrados, de un sistema económico cerrado, de conformidad con los principios del régimen señorial que ya estaba en vías de constitución desde el reinado de Ramsés II.

La debilidad del poder real hacía imposible mantener en la obediencia a las poblaciones extranjeras y a la gran masa de cautivos asentados en el patrimonio de la Corona. Cuando la invasión libia, habían estallado insurrecciones en todo el país entre las gentes subyugadas y, para suprimir este riesgo interno, Merneptah arrojolas fuera de sus fronteras. Probablemente, fue en aquella época cuando las tribus israelitas abandonaron Egipto.

En el torbellino de estas crisis múltiples, la población rural de Egipto se agrupaba espontáneamente en torno a las potencias sociales más altas para su defensa: los templos y los grandes terratenientes. Por otra parte, las invasiones libias, rechazadas al principio, no cesaban de reproducirse, sumiendo al país en la anarquía. Las ciudades, en sus recintos amurallados, resistían el ininterrumpido ataque y se convertían en centros de atracción en el Bajo Egipto, como los templos en el Egipto Alto. Sus flotas protegían las costas. El Delta se fraccionaba bajo su autoridad.

En medio de estos desórdenes, con su secuela de escombros y matanzas, la religión seguía siendo la única fuerza moral intacta y el clero obtenía en consecuencia un predominio indiscutible. Tras los míseros reinados de los sucesores de Merneptah, que duraron treinta años, la poderosa clase sacerdotal elevó al trono a Ramsés III (1198-1166 A. J.), soberano que había de dar a la monarquía un postrer período de esplendor.

Colosos de Ramsés II, en Abu Simbel.

LLEGADA DE LOS FILISTEOS Y HEBREOS A PALESTINA, Y DE LOS ETRUSCOS Y SÍCULOS A ITALIA

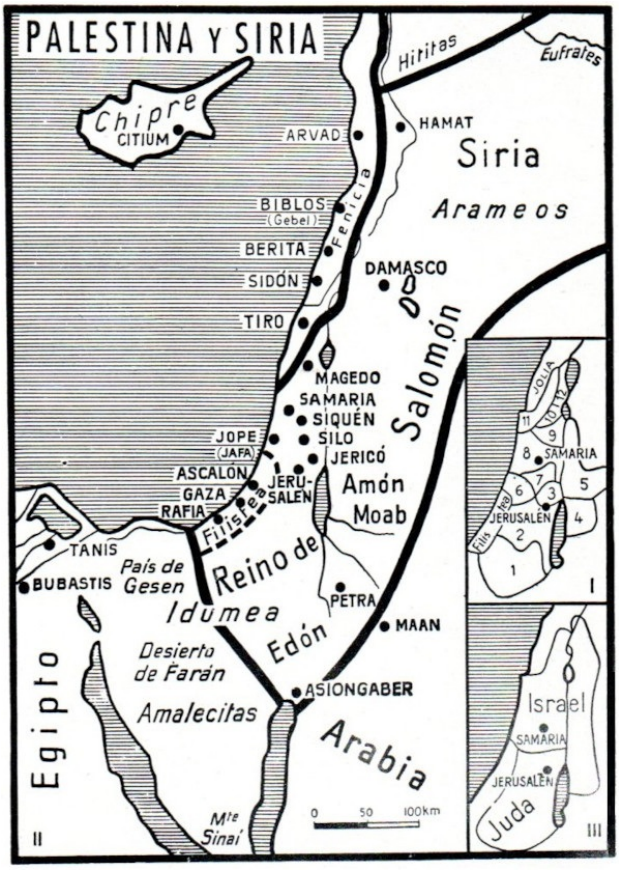
Fuera de Egipto, las invasiones alcanzaban entonces pleno apogeo. Los filisteos, procedentes de Caria y de Creta, aparecían en Siria y formaban en el país de Alepo el centro de una coalición de aqueos, cretenses, carios, lidios, misios y cilicios (sículos, etruscos y sardos), organizando sistemáticamente la inmigración por mar y tierra y preparando, en unión de los aqueos y asiáticos refugiados en Libia, un gran movimiento de invasión contra Egipto. Chipre, importante base naval, había caído en poder de los emigrantes, que allí concentraban sus escuadras. Egipto iba a ser atacado por tierra, desde Siria y Libia, y por mar.

Pero gracias a la resistencia de las ciudades del Delta, la flota egipcia se había mantenido intacta. Las escuadras aquea y egea, coaligadas, quedaron destruidas en una gran batalla naval librada en la desembocadura oriental del Nilo, y las huestes de Ramsés III desbarataron, junto a la frontera siria, a los ejércitos invasores, que hubieron de replegarse a sus puntos de partida. Los filisteos, no obstante, se mantuvieron en las costas de Palestina —a las que dieron su nombre— y allí habían de encontrarlos, años más tarde, los hebreos.

Después de andar errantes por el desierto durante cuarenta años, los hebreos penetraron en Palestina en los comienzos del siglo XII, según parece. En el transcurso de su éxodo habíanse coaligado estrechamente en torno al culto monoteísta de Jehová, dios nacional, el cual, sin embargo, no había hecho desaparecer enteramente los cultos anteriores y peculiares de cada tribu.

El asentamiento de los judíos en las montañas de Palestina —los filisteos y los cananeos les habían impedido fijarse en la tierra baja— rompió la unidad que en el desierto los había juntado y dispersáronse en aldeas, que se agruparon por aquel entonces en doce tribus territoriales. Esta época corresponde al período de los jueces. Más de un siglo emplearían en adquirir un rudimento de organización política bajo jefes de tribu elegidos, en reconocer la propiedad territorial y en librarse poco a poco de la primitiva solidaridad de grupo, reemplazándola por un régimen familiar en cuyo seno la personalidad individual, bajo la influencia del derecho hitita, comenzaría a destacarse.

En el instante en que la monarquía ramésida se desmorona en Egipto, el pueblo hebreo entra en una nueva fase de su historia. Las tribus, tras varias tentativas de federación, uniéronse al fin para bregar juntas contra los cananeos y los filisteos. A todos los agrupó la federación bajo un jefe elegido, que al principio fue el gran sacerdote Samuel (1075-1045). Se repite el mismo fenómeno de la concentración nacional a la sombra de un culto común, atribuyendo a Silo, donde se conservaba el Arca del Señor, el papel de ciudad santa. Pero con Saúl (1044-1020), la monarquía se apartó del culto, y con David (1029-974), cobró un carácter militar, haciéndose hereditaria; el régimen monárquico estaba creado. Jerusalén, conquistada a los cananeos, se convirtió en residencia real; y más tarde, trasladada allí el Arca Santa, dicha ciudad quedó erigida en capital nacional del pueblo hebreo, que a partir de entonces tomó estado en la vida política internacional.



I. Las doce tribus de Israel. 1, Simeón.— 2, Judá.— 3, Benjamín.— 4, Rubén.— 5, Gad.— 6, Dan.— 7, Efraín.— 8, Manasés.— 9, Isacar.— 10, Zabulón.— 11, Aser.— 12, Neftalí.
II. El reino de Salomón.
III. Los reinos de Judá e Israel después de Salomón.

Mientras filisteos y hebreos se asentaban en Palestina, los etruscos y sículos, renunciando a encontrar nueva sede en tierras sirias, se hicieron otra vez a la mar, alejándose definitivamente de las costas del Asia Menor, donde momentáneamente se habían instalado, para buscar rumbo a Poniente nueva patria. Los etruscos —en fecha imprecisa— emigraron hacia la Italia central, donde fundaron las primeras ciudades e introdujeron la civilización egea; los sículos ganaron el sur de la península, para desplazarse más tarde a la isla de Sicilia.

En cuanto a los hititas, de estos no subsistieron más que algunos minúsculos estados feudales en el norte de Siria, donde implantaron su derecho que influyó muy profundamente sobre los hebreos en los comienzos de su evolución. Sobre las ruinas del antiguo Imperio hitita, se fundaron en Asia Menor, por Occidente, dos reinos feudales, Frigia y Misia, que habrían de juntarse, tres siglos después, para constituir el de Lidia.

Detalle de un fresco etrusco. Tumba de los Leopardos, en Tarquinia.

EGIPTO SE FEUDALIZA

Las invasiones e inmigraciones que durante casi una cincuentena de años habían venido asolando los países del Mediterráneo oriental, transformaron hondamente la situación internacional.

Egipto, si bien pudo defenderse contra los invasores, había perdido todo su imperio y rápidamente evolucionaba hacia una inevitable decadencia feudoseñorial. Los aqueos, sardos y libios, cuyas violentas incursiones habían sido rechazadas, en lo sucesivo infiltráronse pacíficamente por el próspero Delta, donde el rey les autorizó a instalarse, convirtiéndolos en mercenarios que venían obligados a defender fielmente a Egipto contra las tentativas de invasión procedentes de Siria y Nubia. Restablecida la paz, se reanudó la vida económica y los puertos del Delta se reanimaron. Y gracias a los recursos aportados por las ciudades, la monarquía egipcia pudo mantenerse todavía durante un siglo. Tanis siguió siendo la capital. El gran puerto del Delta, muy decaído sin duda después de Ramsés II, continuaba, no obstante, manteniendo importantes vínculos comerciales con las ciudades fenicias. Por lo que atañe al Alto Egipto, aunque continuaba sometido a la férula real, iba pasando cada vez más, de hecho, bajo la autoridad de los templos, que constituían un verdadero feudalismo sacerdotal y teocrático, dominado por el gran pontífice de Amón, instalado en la ciudad santa de Karnak. Amenazado en su poder por la oligarquía cada vez más potente, Ramsés III se rodeó de una guardia y de altos magnates elegidos entre sus mercenarios extranjeros. La monarquía se desligó de la nación que, por su parte, se dividió en dos estados muy distintos el uno del otro: el Alto Egipto, patrimonial y replegado en una economía señorial autárquica, y el Bajo Egipto, dominado por las ciudades mercantiles y orientado hacia el mar. En cuanto a los territorios de Nubia, su virrey los transformó, en provecho propio, en un principado independiente.

La monarquía ramésida ya no es, desde aquel entonces, más que una supervivencia arcaica, y Tebas, la vetusta y gloriosa capital, se despuebla, arruinada,

en medio de grandes perturbaciones sociales. La población obrera que durante los siglos prósperos se había asentado en ella, atraviesa una agudísima crisis y el Estado, agobiado por dificultades fiscales endémicas, ya no puede ni pagar los salarios a los peones y artesanos de la necrópolis real. Estallan amplias huelgas, los trabajadores bajan a la ciudad para arrancar al visir, que pronto cede, los jornales devengados y por todas partes la anarquía levanta cabeza. La burguesía mercantil abandona Tebas y se refugia en Tanis.

Al margen de la antigua nobleza patrimonial y eclesiástica, la clase pudiente ya no está representada más que por los funcionarios y, principalmente, los escribas de la Hacienda. La miseria propaga el cohecho y desmoraliza a los encargados de administrar la justicia, que se dejan sobornar, y la clase obrera, víctima del hambre y la miseria por la crisis de trabajo, se lanza al bandidaje para poder subsistir.

El templo hipogeo de Gerf Husein.

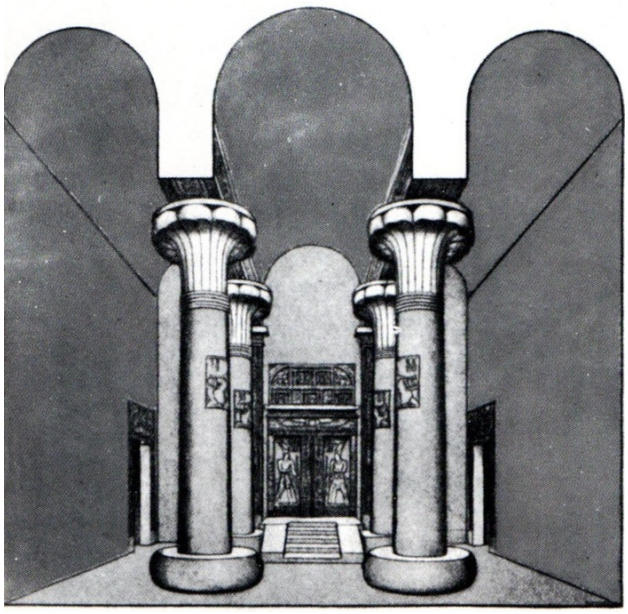
En el Delta, aunque las ciudades conservan cierta prosperidad económica, el poder real se relaja cada vez más. Los cabecillas mercenarios, aqueos o libios, se hacen con los cargos de gobernador y presumen de príncipes locales. Hacia 1100, una sublevación en la ciudad de Tanis obliga al rey Ramsés XI a huir hacia Tebas y acogerse al amparo del gran sacerdote de Amón, Herihor, que desempeña desde entonces el papel de verdadero gobernador de palacio, antes de erigirse rey en 1085.

Estos sucesos hacen que Egipto se fraccione hundiéndose en el feudalismo, a la zaga de una evolución social paralela a aquella que ya había conocido en las postrimerías del Imperio Antiguo.

Ha concluido un segundo ciclo de la evolución que, en quince siglos, lo ha hecho pasar del feudalismo, a través de una etapa de reconstrucción monárquica, a la monarquía unitaria, para desmembrarse, tras un período absolutista, en un nuevo feudalismo. Evolucionando sobre sí mismo, ha repetido, entre 2500 y 1000 antes de Jesucristo, las etapas políticas, económicas y sociales que había vivido desde los albores del cuarto milenio hasta 2500.

DECADENCIA DE BABILONIA Y RETROCESO DE LA EXPANSIÓN ASIRIA

Por repercusión, las emigraciones de los Pueblos del Mar habían provocado grandes movimientos entre las tribus arameas, establecidas en Siria y Mesopotamia. La invasión de los valles del Éufrates y del Tigris y la inseguridad en las rutas comerciales, habían causado una profunda crisis económica y social en toda Mesopotamia. En Babilonia, la dinastía kasita que allí reinaba desde hacía casi seis siglos, se extinguió, siendo reemplazada por reyezuelos de Susa, procedentes de las mesetas del Elam (1170), a los que habían de suceder (1038) príncipes semibárbaros oriundos de los Pueblos del Mar —es decir, de Sumer, que había sido invadido por nómadas en busca de tierra— los cuales, a su vez, habían de ser suplantados nuevamente por los elamitas (996).

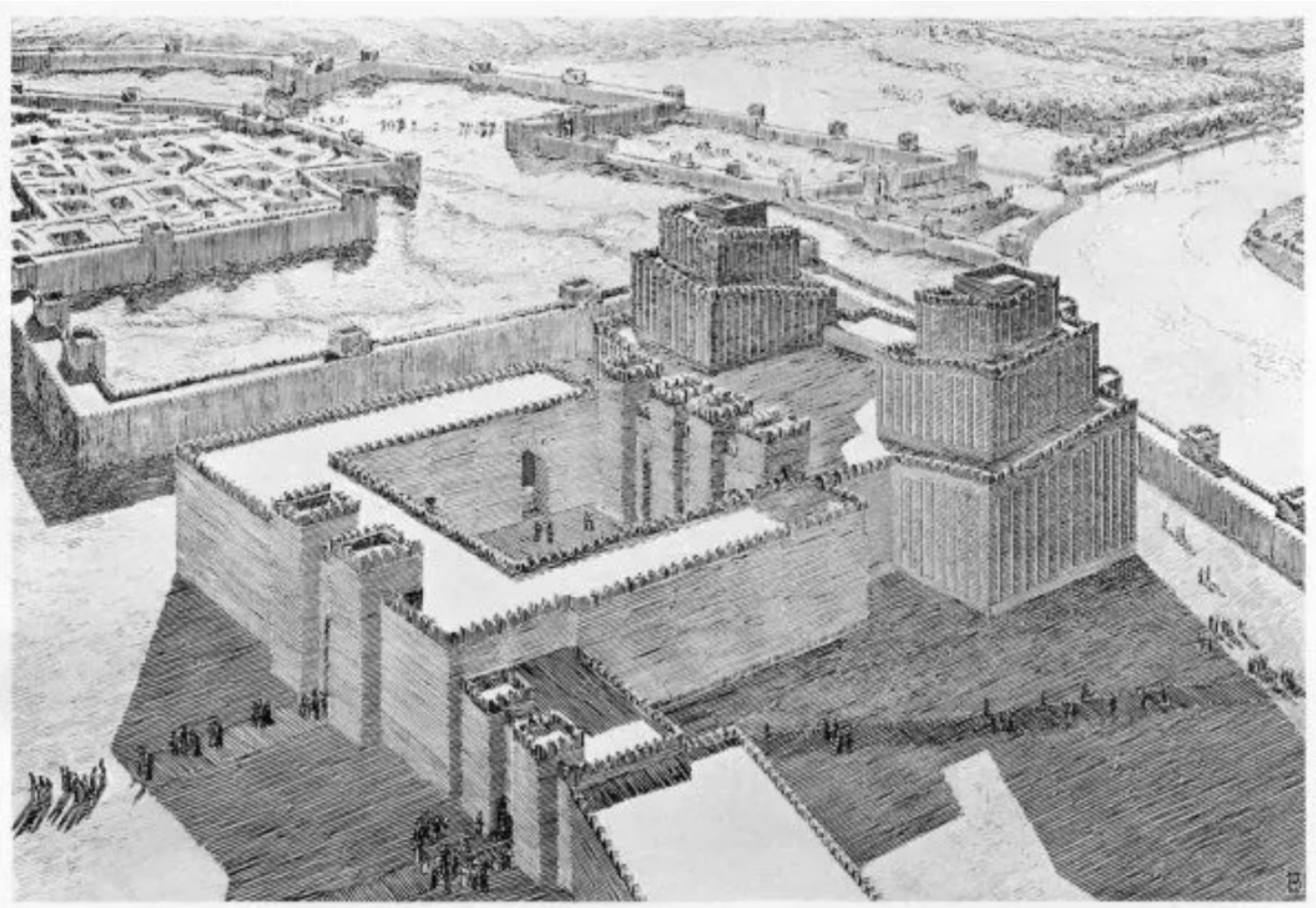


Corte en sección de la sala del trono del palacio de Ramsés III, en Medinet-Habu. XX dinastía.
Reconstrucción según F. Oppeln-Bronikowski.

En torno a Babilonia, los templos, sin embargo, seguían siendo respetados por los invasores. De modo natural, convirtiéronse en centros de atracción y transformáronse en principados señoriales, en virtud de un fenómeno similar al que devolvía, por la misma época, a Egipto y la Capadocia hitita al régimen patrimonial de economía cerrada y estructura social servil. Estos grandes patrimonios religiosos obtuvieron de los reyes babilónicos privilegios de inmunidad, y el país se fraccionó en pequeños principados señoriales o eclesiásticos. En Sumer, las antiguas ciudades, antaño tan ricas y poderosas, estaban sumidas en una completa decadencia desde que las arenas habían cegado los brazos del delta, aislándolas del mar. Ya no eran sino urbes sacerdotales, sobre las cuales ejercía el alto clero una verdadera autoridad principesca. Solo Babilonia, con su considerable población burguesa, conservaba las instituciones ciudadanas. Aislada en un mundo feudalizado, esforzose por reconquistar, bajo Nabucodonosor I (1146-1123), el señorío de la gran arteria mercantil del Alto Éufrates, pero militarmente inepta para conservar la posesión de tierras lejanas, acabó por replegarse sobre sí misma. Durante tres centurias había de

permanecer como verdadero islote del derecho individualista, a pesar de los desórdenes dinásticos de los príncipes arameos y elamitas, semibárbaros que, atraídos por las riquezas, acabaron por imponerse. En medio de las rapiñas de los arameos, de las depredaciones de los asirios y del yugo de las dinastías extranjeras, que para conservar en lo posible la paz hubo de soportar, la burguesía babilónica perseveró en su tráfico mercantil. Ayudada por los puertos fenicios del litoral sirio, así como por las caravanas que llegaban de las riberas mediterráneas, continuó siendo el gran mercado donde se juntaban los negociantes occidentales con los que, por las rutas terrestres, procedían de Arabia, de la India o del Asia Central.

En cuanto a Asiria, después de haber llevado sus armas hasta Arvad, en la costa siria, bajo Teglat Falazar I (1116-1090), no se atrevió a enfrentarse con el poderío de las ciudades fenicias y se retiró a sus límites naturales, donde había de mantenerse a la defensiva hasta los albores del siglo IX antes de Jesucristo.



Templo de Anú-Adad, en Asur.
Reconstrucción de W. Andrae.

5. Los fenicios descubren el mundo occidental

El período que sigue a las invasiones de los Pueblos del Mar marca la segunda decadencia de los grandes estados. Por todas partes las monarquías ceden su puesto a los regímenes feudales y la vida internacional, que tan alto nivel había alcanzado en

los siglos XV al VIII (A. J.), vuelve a caer en una profunda confusión. Y la cultura sufre un rápido descenso en todos los órdenes, semejante al que habrá de conocer el Occidente después de la ruina del Imperio romano.

FEUDALISMO Y CIUDADES MERCANTILES

Entretanto, la vida económica internacional, aunque menguada, no ha desaparecido. Reducida, se ha concentrado en metrópolis que viven, en lo sucesivo, de sus propios recursos: Babilonia, las ciudades fenicias, Alepo, Damasco y las urbes del delta egipcio. Son estos los únicos centros de actividad intelectual y artística, porque solo ellos han conservado, por una parte, el contacto con el extranjero y, por otra, el derecho individualista que permite el desenvolvimiento de la personalidad humana. El derecho clásico del Imperio egipcio se mantiene en las ciudades del Delta, como el código de Hamurabi en Babilonia. En las urbes que no viven más que del comercio, el derecho internacional privado asegura a los extranjeros un estatuto sumamente favorable.

Pero fuera de las ciudades, en el estancado marjal del feudalismo que se ha extendido por casi toda el Asia Anterior, la guerra es permanente e impera la más completa inseguridad, arruinando el comercio continental. Mesopotamia, infestada de arameos, es abandonada por los comerciantes que antes la atravesaban en tránsito. Y la actividad económica toma, en cuanto le es posible, las rutas del mar. El tráfico con la India se aparta de Babilonia para seguir los caminos de Arabia y del mar Rojo. En Arabia, los pequeños reinos costeros se convierten en importantes puntos de tránsito, mientras que entre el mar Rojo y el Jordán, las numerosas aldeas edomitas se desarrollan rápidamente.

JERUSALÉN, METRÓPOLI COMERCIAL BAJO SALOMÓN

La ruta del Jordán, que enlaza Tiro con el mar Rojo, está dominada por Jerusalén, convertida desde tiempos de David en capital del pueblo hebreo. Salomón (973-936 A. J.) se dispone a aprovechar este desplazamiento de la vida internacional mercantil para desarrollar una vasta política económica. Se apodera de las villas edomitas y, dueño ya del acceso al mar Rojo, pacta una alianza con la poderosa ciudad de Tiro, en trance de convertirse en el puerto más importante de la costa siria. El dominio de la ruta de la India y los portazgos que percibe, proporcionan a Salomón beneficios inmensos. Decadente la monarquía egipcia, ya no envía hacia el Ponto las naves que, en la época imperial, partían periódicamente para transportar los productos de Arabia. Jerusalén ocupa, en el mar Rojo, el puesto del decaído Egipto, y Salomón hace construir, por los tirios, un puerto en Asiongaber, y en sus dársenas una flota tripulada por marinos fenicios. Cada tres años, estas naves partían hacia las tierras de Arabia para ponerse en contacto con el comercio indio. El tráfico de Jerusalén, en la época salomónica, es fundamentalmente un monopolio del Estado. Las expediciones marítimas son asunto del rey, no de particulares. Pero las

mercancías que traen a Jerusalén hacen afluir a esta ciudad numerosos comerciantes extranjeros. Y bruscamente, el pueblo de campesinos que entonces formaban los hebreos resulta tener por capital a una de las ciudades comerciales más importantes y agitadas del Oriente.

Salomón, aliado al rey Hiram, de Tiro, se acerca también a Tanis, el gran puerto egipcio, desposándose con la hija del faraón Psusenes. Pero Jerusalén se erige necesariamente en competidora de las ciudades del delta egipcio, por razón de los portazgos que impone al tráfico de Arabia.

La pugna entre Palestina y Egipto por el dominio del comercio del mar Rojo anunciábase, pues, como fatal en el momento en que la muerte del rey Salomón provoca la escisión de Israel. Las tribus norteñas, sometidas a la influencia de profetas que temían los contactos con el extranjero, se separan por motivos religiosos; únicamente Jerusalén y la Judea, enriquecidas por el comercio y donde se estaba formando una burguesía, permanecieron fieles a la dinastía de David.

Figurilla de cerámica púnica.

Por aquel entonces, en Egipto acababa de entronizarse una nueva dinastía. En 950, Chechonc, cabecilla de los mercenarios libios asentados en el Delta, se había hecho coronar rey, fijando su capital en Bubastis. Completamente egiptizado, se dedica a continuar la política tradicional del país, y sostenido por las ciudades que pretenden recobrar la supremacía en el mar Rojo, marcha sobre Palestina, debilitada por la guerra civil. Después de conquistar la ciudad de Jerusalén, se apodera del tesoro salomónico e impone su protectorado al reino de Judá.

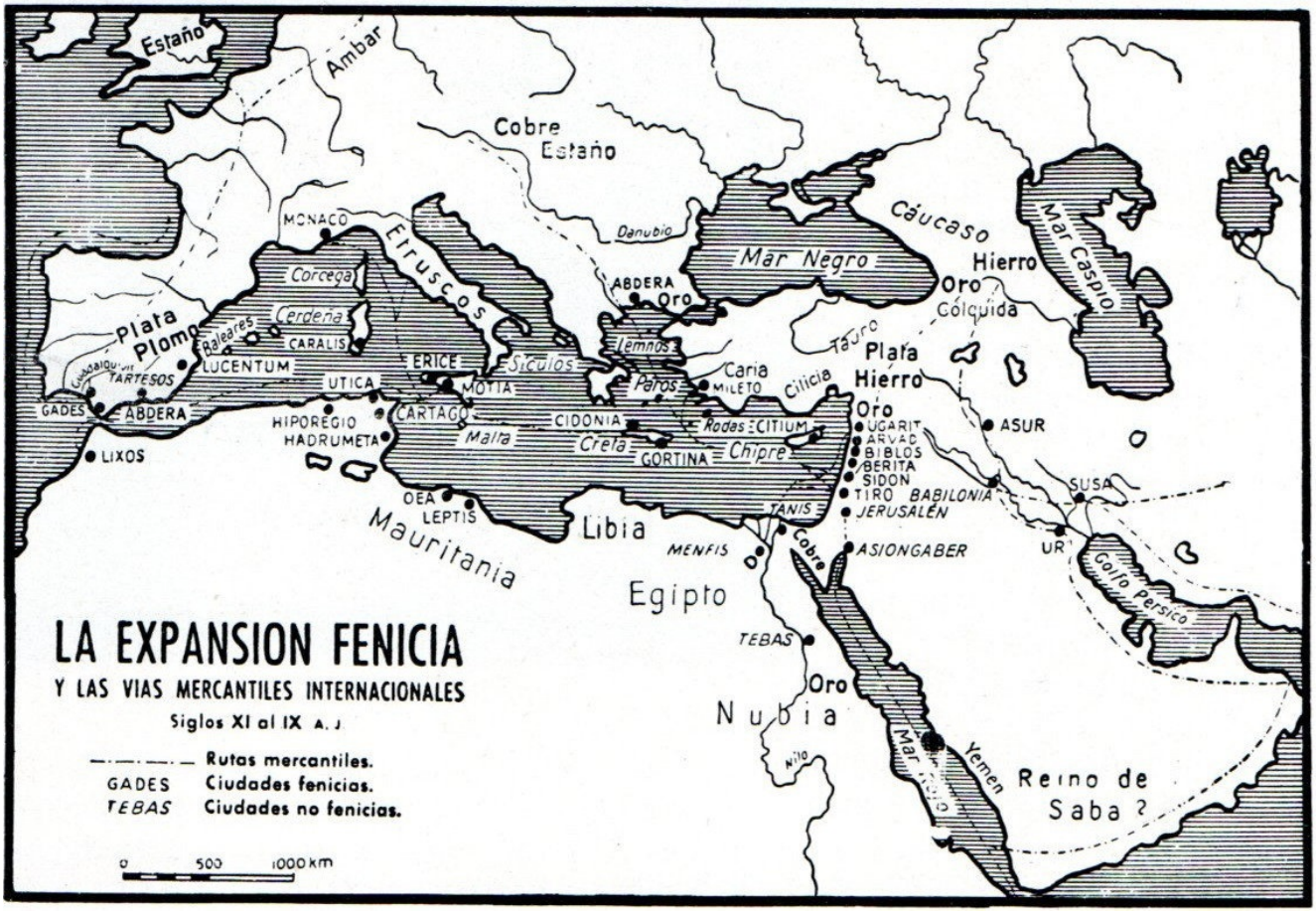
Al punto, las ciudades fenicias, que dos centurias antes se habían liberado de su yugo, se aproximan de nuevo al rey de Egipto, ya que este tiene en sus manos la ruta del mar Rojo, y le pagan un tributo para asegurarse la libertad comercial. Egipto llega así a dominar, otra vez, el tráfico arábigo, y los monarcas libios de Bubastis acumulan caudales inmensos. En el Delta manifiéstase un verdadero renacimiento económico, y para abastecer de fletes de retorno a la exportación egipcia, entorpecida por el sistema de economía cerrada reinante en el Alto Egipto, Chechonc ocupa el vasto oasis líbico, importante centro productor de trigo.

La flota egipcia, sin embargo, no era ya lo que en otro tiempo había sido. Los armadores de Tiro y de Sidón explotaban la mayor parte del tráfico marítimo del Delta. La ruina total de la talasocracia aquea había librado, por otra parte, a los fenicios de sus más temibles adversarios. El mar Egeo, en verdad, estaba casi cerrado

EXPANSIÓN MARÍTIMA DE

a la navegación a causa de los piratas carios y cilicios que lo infestaban, por falta de una potencia que garantizase la seguridad. Pero la navegación fenicia encontraba compensación en las nuevas relaciones establecidas con los etruscos y sículos asentados en Italia. Y como el tráfico continental, cuyas avanzadas eran las villas fenicias, había disminuido mucho como consecuencia de la feudalización de los estados del Asia Anterior, los navegantes y mercaderes fenicios buscaron por Poniente mercados nuevos. Tiro y Sidón consiguieron la supremacía en Chipre, Cilicia y Creta, ocuparon Malta y fundaron factorías en Sicilia y en Mileto. En seguida se aventuraron por el Mediterráneo occidental. Hacia el año 1000, alcanzaron Gibraltar, franquearon el estrecho y crearon un establecimiento en Gades (Cádiz), desde donde entablaron relaciones con el reino de Tartesos, que ocupaba la cuenca del Guadalquivir. Su población pacífica y laboriosa se aplicaba a la explotación de minas de plata, cobre y plomo, y mantenía relaciones, a través de España y Francia, con Inglaterra, de donde le llegaba el estaño, y con la península de Escandinavia, que la proveía de ámbar.

LOS FENICIOS EN OCCIDENTE



Avanzando aún más, los navegantes tirios fundaron una factoría en Lixos, sobre la costa marroquí, donde tomaron contacto con las poblaciones indígenas. Un mundo nuevo, inmenso, de ilimitadas posibilidades, había sido descubierto al Oeste en menos de un siglo. Las ciudades fenicias se convertían en el gran mercado de minerales de plata, cobre y estaño de todo el Mediterráneo, traficaban con esclavos apresados en las costas, y exportaban hacia los países nuevos los productos manufacturados de Egipto y especias de la India.

Tanta fue la abundancia de plata, una vez descubierta Tartesos, que la relación entre este metal y el oro, que era en Egipto de 1 a 2, bajó de 1 a 13. Este considerable tráfico de las villas fenicias estaba en manos tanto de sus reyes como de los ciudadanos. En Biblos, el rey Zikarbal era hombre de negocios que llevaba una rigurosa contabilidad de todas sus ventas.

Sarcófago del rey Ahiram, de Biblos. 1200 A. J.
Museo de Beirut.

Estas ciudades «donde los mercaderes —dice la Biblia— son más opulentos que los reyes» estaban gobernadas por oligarquías de armadores y mercaderes, entre los

cuales, cuando no en el seno del clero, era elegido el rey. La enorme prosperidad alcanzada en el siglo X produjo movimientos sociales que, en Tiro, llegaron a sustituir al rey por magistrados anuales, los sufetas. La república de Tiro cobró aires de verdadero imperio marítimo. En 814 creó la colonia de Cartago, que en menos de una centuria había de dominar la navegación del Mediterráneo occidental. Todas las factorías fundadas en la costa africana, en Sicilia, en Cerdeña y en España, quedaron agrupadas en torno a la metrópoli, a la que remitían diezmos derivados de todas las transacciones comerciales. Potencia marítima y comercial, Tiro se convirtió así en una gran potencia financiera.

Para conservar la hegemonía del mar y los beneficios de su expansión mercantil, las ciudades fenicias inauguraron una política de monopolio que ninguna otra potencia estaba en condiciones de disputarle.

El descubrimiento del Occidente por los fenicios, en el siglo XI antes de Jesucristo, abre en la historia de la Antigüedad una era nueva, lo mismo que el descubrimiento de América por los españoles, a fines del siglo XV después de Jesucristo, había de marcar en la historia de Europa el comienzo de la Edad Moderna.

CAPÍTULO TERCERO

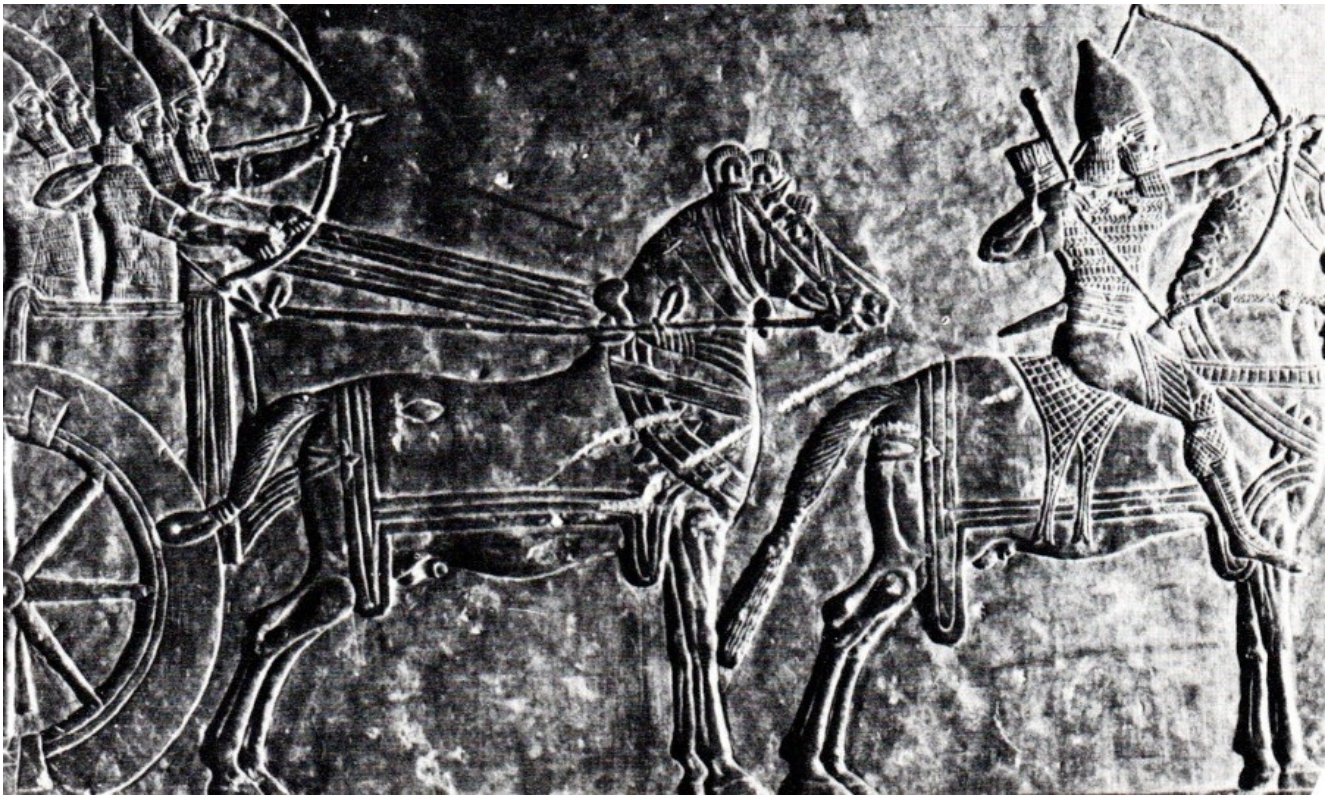
Los imperios continentales y la atracción del mar (Del siglo IX al VI A. J.)

1. El Imperio asirio

LA CONQUISTA POR EL TERROR

Del siglo XII al IX, la Asiria feudal, cuya razón de ser era la guerra, no cesó de realizar incursiones más allá de sus fronteras. A comienzos del siglo IX, habiendo logrado dar la monarquía mayor cohesión al país, las incursiones se transformaron en conquistas y Asiria volvió a asumir la función de gran potencia militar que había desempeñado antes de la invasión de los Pueblos del Mar. Bajo Adadnarari II (911-891), Asiria impuso su soberanía a Babilonia, y Asurbanipal II (884-859) llegó hasta el Mediterráneo y sometió bajo su protectorado a las ciudades fenicias.

El inmenso estado fundado por Asiria, a cuya potencia militar no había pueblo capaz de resistir, no era un imperio como lo habían sido los de Egipto o Babilonia. Su única finalidad era el pillaje. Para Asiria, la guerra no era un medio, sino un fin. Guerreaba lo mismo que Babilonia comerciaba. La guerra, en la gran época de desarrollo del derecho internacional, del siglo XV al XII antes de Jesucristo, había sido sometida a normas precisas que reducían notablemente sus terribles efectos.

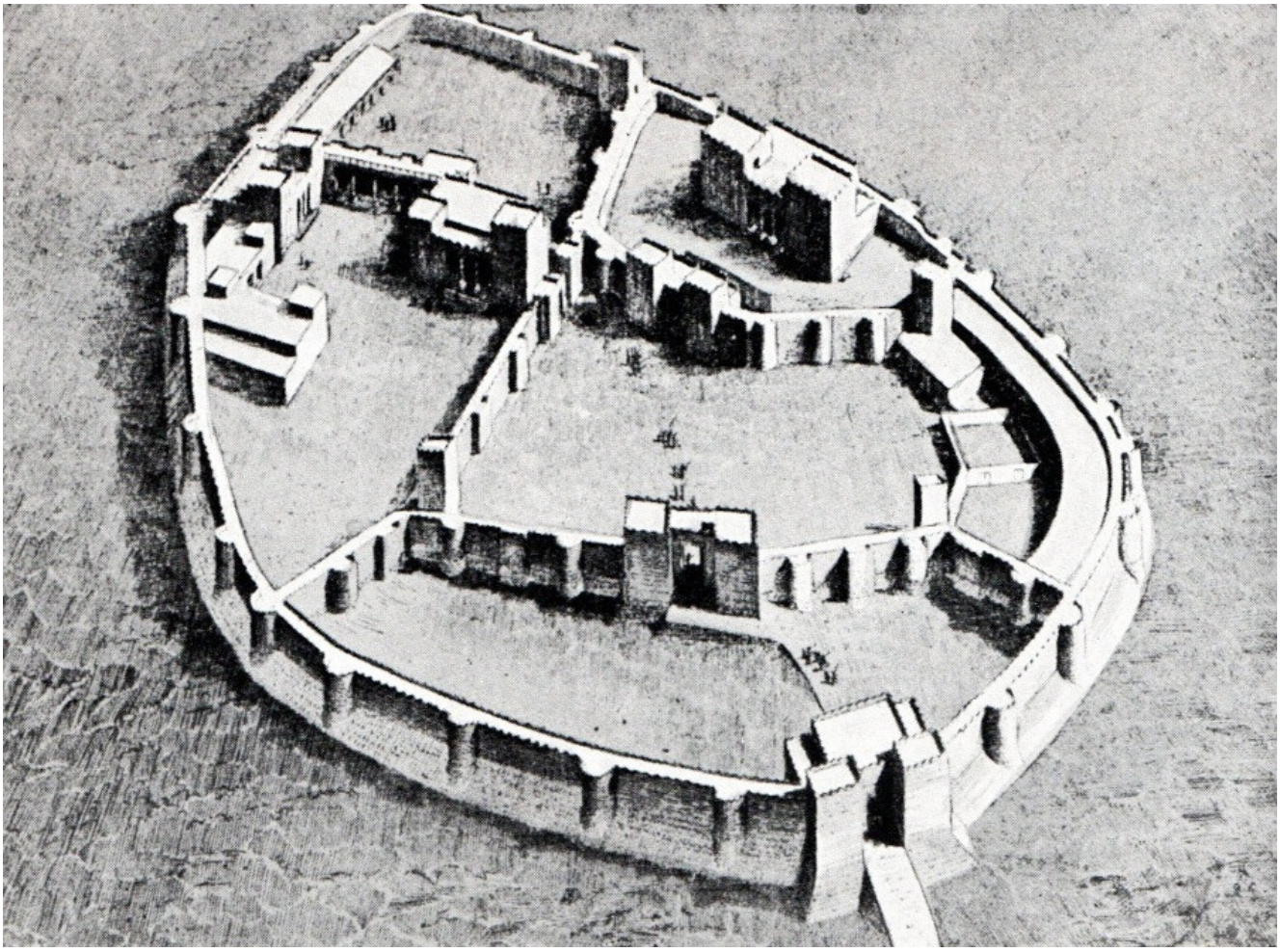


Relieve asirio procedente del palacio de Asurbanipal, en Nínive.
Museo del Louvre.

Después del reinado del egipcio Tutmosis III, las ciudades conquistadas no eran arrasadas ni tampoco exterminados los vencidos; el saqueo había sido sustituido por una contribución de guerra. Es cierto, sin embargo, que en el curso de las terribles luchas entre Egipto y Hatia se habían vuelto a emplear los procedimientos más brutales, y con la desaparición de la hegemonía egipcia y las desastrosas invasiones de los Pueblos del Mar se restableció el uso de las antiguas prácticas de exterminio y esclavitud de las poblaciones civiles.

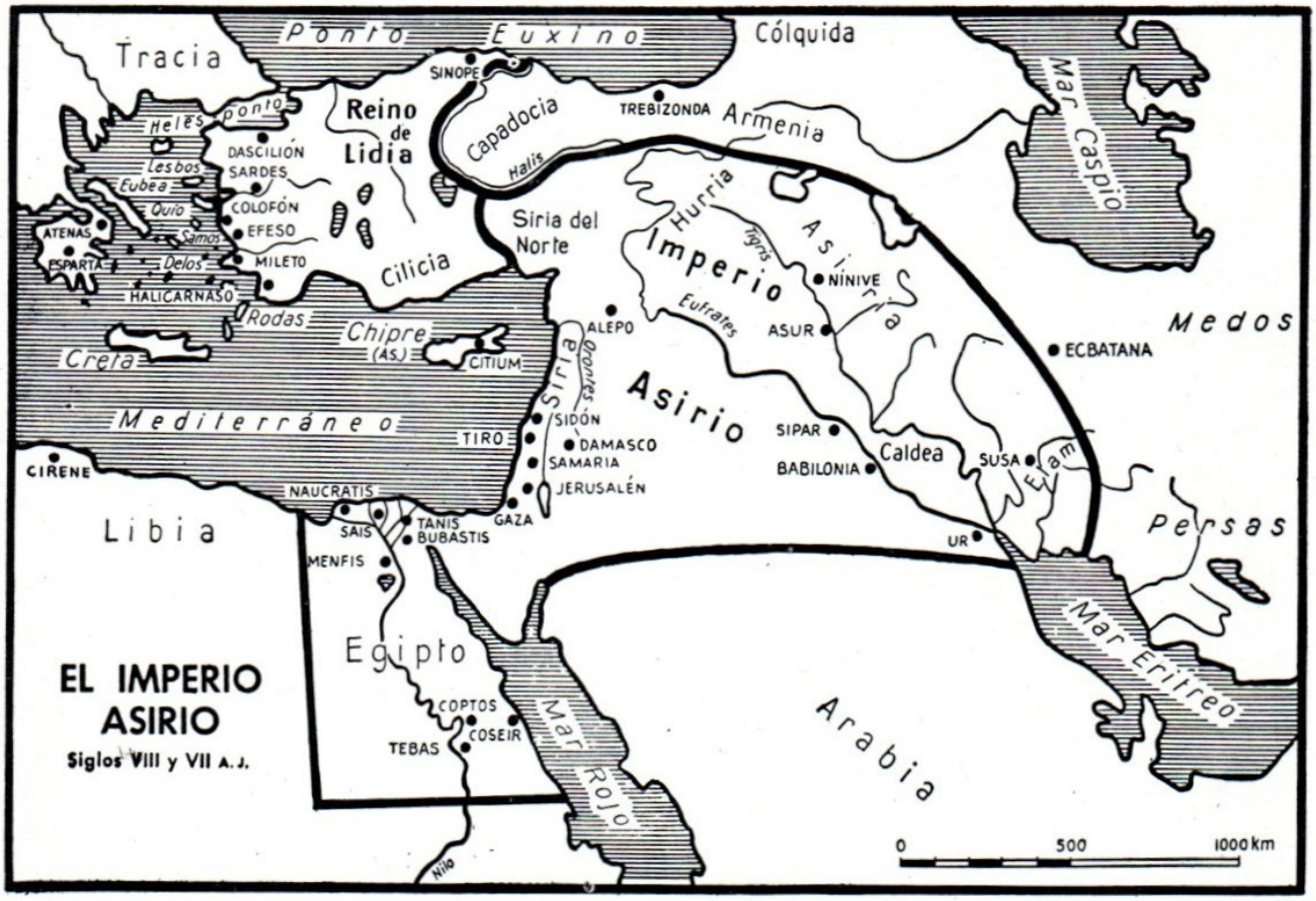
El período de decadencia que del siglo XII al IX había sumido al Asia Anterior en el feudalismo, suprimió el uso de las relaciones diplomáticas en forma continuada. Era preciso restablecer todo para poder reanudar, como antaño, las relaciones jurídicas entre los pueblos.

Los reyes de Asiria, para edificar su imperio, en lugar de esforzarse en lograr esta vuelta a las normas pacíficas, aplicaron el principio de la guerra total. La declaración de guerra, costumbre que había subsistido siempre, fue suprimida, tratando así de obtener las ventajas del ataque imprevisto. Al amparo de las relaciones diplomáticas, hubo de organizarse un espionaje sistemático en los países codiciados. El terror llegó a constituir un medio de conquista: los soberanos que resistían, perdían la vida; las poblaciones eran exterminadas; los prisioneros morían después de padecer los más horrorosos suplicios, y colonias asirias sustituían a los pueblos destruidos, cuyos supervivientes eran deportados a lejanas regiones.



Vista de conjunto de la ciudad amurallada de Sendschirli.

Reconstrucción según Luschan.



El Ejército empleaba la técnica más moderna, hallándose dotado de ingeniería y de un poderoso armamento ofensivo y defensivo.

Todas las riquezas de los países conquistados fueron dirigidas hacia Nínive, que, muy rápidamente, llegó a convertirse en la ciudad más opulenta del mundo.

EXPLOTACIÓN ECONÓMICA DE LOS PUEBLOS CONQUISTADOS

Dueño de toda el Asia Anterior, Sargón II (722-705) organizó el Imperio. Durante su reinado, la explotación de los países anexionados sustituyó al pillaje; pero el terror fue mantenido como principio de gobierno. En 722, la capital del reino de Israel, Samada, que siguiendo el ejemplo de Damasco se había convertido en centro de las caravanas, fue conquistada y destruida, y sus habitantes, deportados, fueron sustituidos por babilonios, árabes e hititas. Estos trasplantes de poblaciones se practicaban metódicamente con el fin de quebrantar la resistencia de los pueblos sojuzgados. Los reyes locales que se sometían sin defensa, eran mantenidos como vasallos de Nínive; los demás, eran ejecutados y sustituidos por gobernadores asirios y sus estados pasaban bajo el dominio de Asiria. En Carquemis, la ciudad clave del Éufrates, una colonia asiria ocupó el lugar de la población deportada, y los reyes de Chipre permanecieron como vasallos. Toda la costa siria, excepto Tiro, quedó unificada en un solo estado vasallo bajo la autoridad del rey de Sidón. En Mesopotamia y Capadocia, se establecieron gobernadores. El prestigio y la riqueza de Babilonia le valieron un trato especial: Sargón tomó allí el título de rey.

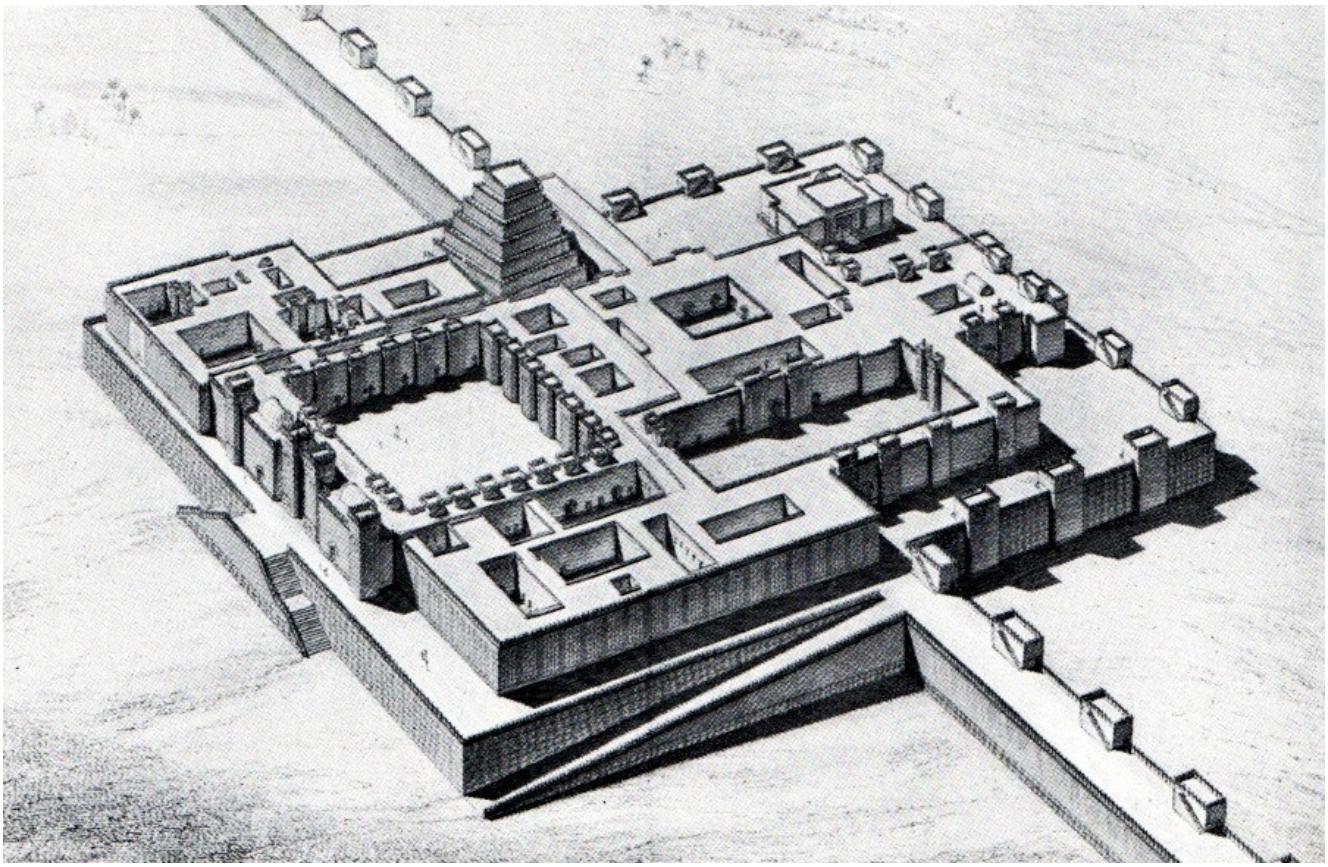
Así domeñada, comenzó una intensa explotación económica del Asia Anterior. Se construyeron canales y pantanos para intensificar los cultivos y se organizaron mercados para promover el intercambio comercial interior. En el golfo Pérsico se dio incremento a la navegación, lanzándose una flota construida y tripulada por fenicios y chipriotas. Se emprendieron grandes obras públicas en todo el Imperio y, a medida que esta política económica daba sus frutos, eran reducidos los impuestos a que estaban sometidos todos los países del Imperio.

En Nínive, convertida en gran capital imperial, se crearon, jardines botánicos y parques zoológicos. Una vasta biblioteca cobijó todas las obras babilónicas reunidas por Sargón. El palacio real fue construido con arreglo a los cánones del estilo babilónico. La administración, igualmente, fue confiada a escribas babilónicos y Sargón adoptó, por último, el calendario, el sistema de pesas y medidas, la ciencia y el derecho de Babilonia.

De este modo, en un siglo se fundó y organizó un inmenso imperio territorial concebido en forma enteramente nueva. Nínive, su centro, no constituía su razón de ser; era la residencia imperial, mas no el foco de su cultura ni de su economía. Dueña del imperio, Asiria había sido el instrumento de la conquista. El Ejército continuaba siendo la institución esencial gracias a la cual Nínive explotaba las provincias, haciendo converger hacia ella todas sus riquezas. Pero el imperio no correspondía a una necesidad económica: la misión de Asiria no era regularizar, normalizar la vida

económica y política internacionales, sino imprimirles un carácter artificial que permitiera a Nínive sacar todo el provecho.

En Asiria, el rey era un soberano feudal que venía obligado a asociar su poder al de los grandes señores, bajo cuyas órdenes se hallaba el Ejército. Mas en los países conquistados, era un monarca absoluto. Su poder, instaurado por las armas, no conocía límites, se superponía a los pueblos para los cuales seguía siendo extranjero y no se justificaba ni por una lenta evolución social ni por teorías religiosas. Fue la primera aparición del «capricho real», sin contacto alguno con la cultura de los pueblos avasallados.



Palacio de Sargón II, en Korsabad.
Reconstrucción de Thomas y Chipiez, según Perrot-Chipiez: *Histoire de l'art dans l'Antiquité*.

El centro del Imperio no era, pues, Asiria, sino el rey. Su poder no tenía más que una base y una justificación: la fuerza, es decir, el Ejército asirio. El rey, para tenerlo en sus manos, se veía obligado a hacer una política de explotación en favor de los feudales asirios, para los cuales el Imperio no tenía más finalidad que la de facilitarles botín, ya en forma de pillaje, ya en forma regular y legal. El Imperio no podía, pues, ser otra cosa, sino una estructura militar y política, y para imponerlo era preciso destruir todas las resistencias nacionalistas rompiendo, mediante la deportación y la destrucción de los cultos locales, la unidad y la conciencia nacionales de las poblaciones de los países conquistados.

Sin embargo, Sargón intentó dar al imperio una unidad económica que lo hiciera viable y que concibió como organizada en torno al eje golfo Pérsico-Mesopotamia-Siria, es decir, como unidad política esencialmente continental.

Pero esta economía no podía sostenerse por sí misma. Su prosperidad dependía, por una parte, de los intercambios mercantiles con la India y, por otra, de sus relaciones con el mundo occidental, que no obedecían a la autoridad de los reyes de Nínive.

Ante la política imperial iniciada por Sargón se alzaba un doble obstáculo. Un obstáculo moral: el Imperio, con el rey como único centro, no hubiera podido constituirse más que apoyado en un sentimiento de lealtad hacia la persona misma del soberano; pero el régimen de fuerza basado en el terror, impuesto por la necesidad de dar satisfacción a los feudales asirios creaba, por el contrario, una resistencia general contra la dinastía conquistadora. Un obstáculo material: solo la unidad económica hubiera podido crear una solidaridad de intereses entre los pueblos conquistados; pero el Asia Anterior no formaba un conjunto económico completo; aislarla en la economía continental era arruinarla. La riqueza le llegaba del mar, pero el mar estaba fuera del alcance del Imperio.

2. Expansión griega y comienzos de una economía marítima intercontinental

DESARROLLO DE LA CULTURA MEDITERRÁNEA

En el momento en que el Imperio asirio unificaba el Asia Anterior por la conquista, el Mediterráneo cobraba una importancia económica y cultural creciente.

A partir del siglo XII, pasada la ola de las invasiones, se restableció el contacto, en las costas del Asia Menor, entre las poblaciones asiáticas y los aqueos que en infiltración continua llegaban a la Eólida y a la futura Jonia.

LA COSMOGONÍA GRIEGA Y LA EPOPEYA HOMÉRICA SE CREAN EN LA EÓLIDA

Entre el siglo XII y el siglo VIII se crea en la Eólida, en la antigua Tróade, una cultura semiaquea, semiasiática, que se refleja en la mitología

griega. Constituida sobre un fondo de ideas cretenses, preñada de influencias egipcias, que los aqueos llevaron consigo, asimiló en Asia Menor las ideas frigias y lidias, nacidas ellas mismas bajo la acción determinante de la cosmogonía babilónica. Afrodita, diosa madre de Cnoso, se confunde con la Artemisa asiática, análoga a la babilónica Ishtar; Zeus, de origen cretense, dios fecundante convertido en dios solar, se asemeja al Apolo troyano; Temis, la diosa de la Justicia, es hija de Urano, el dios del Cielo de los griegos, como Maat, en Egipto, es hija de Ra, y Atlas sostiene «el vasto cielo, de pie, con su cabeza y sus brazos infatigables», separándolo de la Tierra, su esposa, como en Egipto Chu, el dios del Aire, mantiene a la diosa Cielo separada de su esposo el dios Tierra.

Guerrero de Sargón II. Relieve en alabastro de Korsabad.
Museo del Louvre. París.

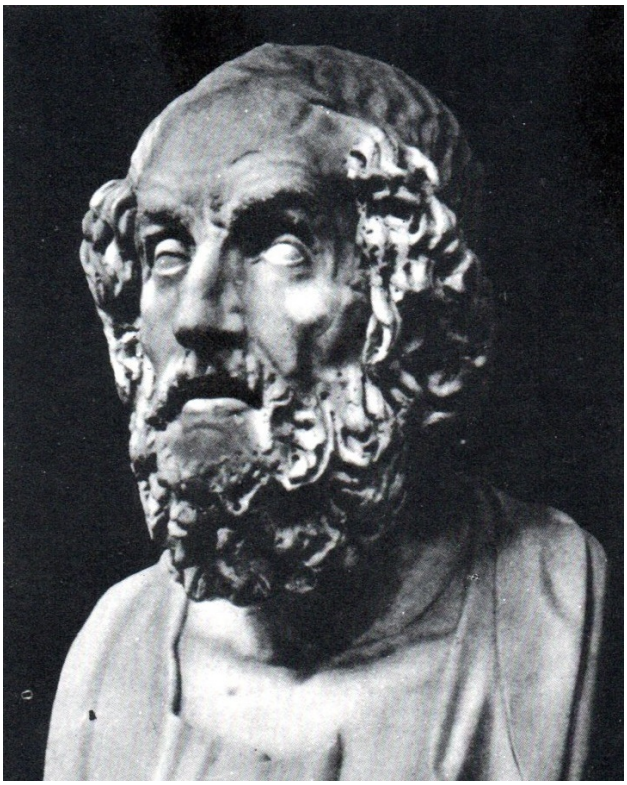
Con estos elementos procedentes de todas partes, se forma una teología griega que recuerda mucho a la de la religión sumeriobabilónica. Lo mismo que en la cosmogonía Sumeria, Anshar, el Cielo, y Kishar, la Tierra, procrean una trinidad de dioses masculinos (Anú, rey del Cielo; Enlil, de la Tierra; Ea, del Océano), en la mitología griega, Urano, el Cielo, y Gea, la Tierra, engendran a Cronos, el Tiempo, padre de Zeus, rey del Cielo; Poseidón, rey del Océano, y Hades, dios del Mundo subterráneo. La única diferencia con la tradición babilónica es que la Tierra, en el sistema griego, constituye un patrimonio común de los tres dioses.

Lo mismo que su cosmogonía, la gran epopeya nacional helena, la epopeya homérica, tomó su forma clásica en la Eólida, por la confusión, en una sola obra, de las antiguas tradiciones aqueas y troyanas. De este contacto surgió un concepto completamente nuevo de la literatura. La evocación de la vida alcanza, en la *Ilíada* y en la *Odisea*, una riqueza, un encanto y un sabor artístico que ni los babilonios ni los egipcios lograron expresar nunca en el curso de su esplendorosa cultura. Homero pinta con palabras como el egipcio con el pincel o el buril. El arte literario nace, o por lo menos aparece ante nosotros por primera vez, en estas dos inmortales obras maestras relacionadas seguramente con una literatura anterior, aquea o cretense, completamente perdida. La epopeya homérica no es, en efecto, un hecho aislado. Se desarrolla paralelamente a una producción de himnos llamados «homéricos», que escritos bajo la influencia de Asia en loor de las grandes diosas Madres, pertenecen a la misma tradición que los himnos babilónicos y que los magníficos poemas escritos en Egipto para cantar al dios solar.

DESARROLLO DE LAS CIVILIZACIONES URBANA Y MARÍTIMA EN JONIA Y EL MAR EGEO

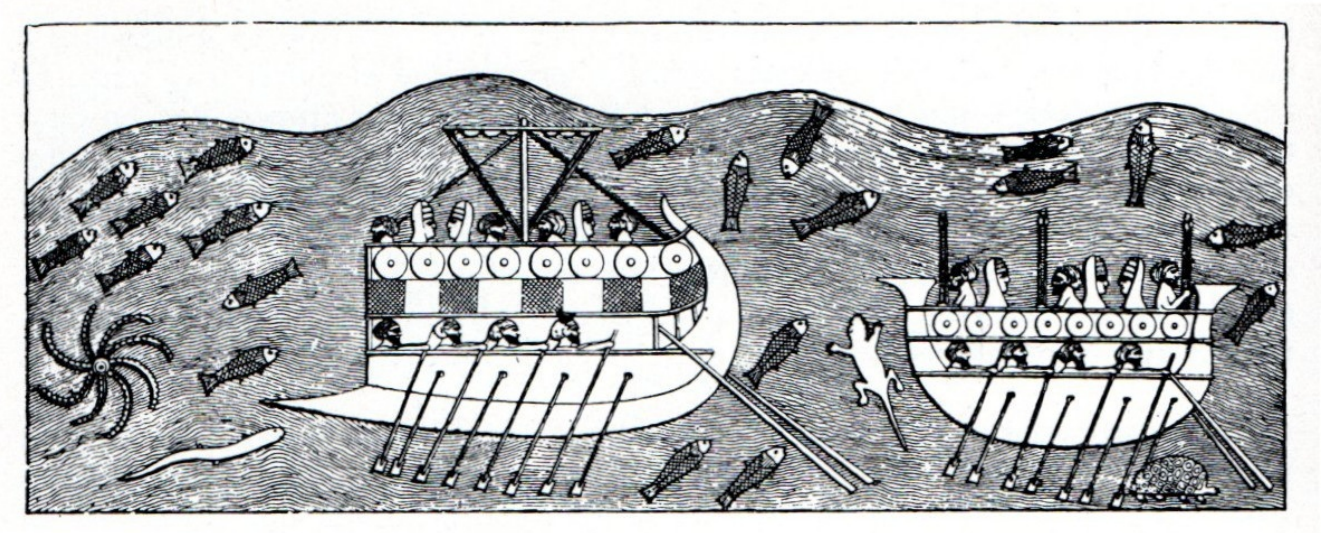
Al mismo tiempo que aparecían en la Eólida la religión y la literatura griegas, producto de un sincretismo aqueo-asiático, la inmigración jónica, que no cesaba de afluir del Ática y de Eubea hacia los antiguos centros cretenses y micénicos del Asia Menor, reanimaba, alrededor del siglo x, la antigua civilización urbana y marítima que, en otros tiempos, había conocido el mar Egeo. Creáronse ciudades habitadas por

carios, fenicios y aqueos, donde no tardaron mucho en verse dominados por la aristocracia jónica.


Herma del poeta griego Homero.

Mileto, Priene, Éfeso, Samos, Colofón, Teos, Clazomena y Eretria se constituyeron en una federación jónica que, a partir del siglo IX, volvió a asumir el papel que antes habían desempeñado los cretenses. Jonios y carios no tardaron en ejercer el señorío en el mar Egeo y en el mar Negro. Paralelamente a tal florecimiento de la navegación, renació la vida económica en Asia Menor, favorecida por la paz que mantenía el Imperio asirio. Mileto, de donde parte el camino que a través de Lidia y Capadocia alcanza el Éufrates, llegó a ser una metrópoli comercial. Su marina dominó el mar Negro donde, desde el siglo VIII, poseía noventa factorías, entre ellas Sinope y Trebizonda, célebres ambas, la primera como urbe de armadores y la segunda como el más importante depósito de hierro del Cáucaso. Colonos milesios fundaron en la península de Crimea las ciudades de Quersoneso (Sebastopol), Teodosia y Panticapea (Kertch), y en la desembocadura de los grandes ríos rusos, Olbia (Odesa) y Tanais (Azof), de donde se exportaba el trigo de Escitia y el pescado seco.

Mileto se desarrolló como el gran puerto del Asia Menor en el siglo VIII, mientras Éfeso era el centro financiero. Lo mismo que en Babilonia, el templo —dedicado a Afrodita— hizo oficio de Banco y los banqueros efesios, formados en la tradición babilónica, llegaron a ser tan poderosos que desempeñaron en la vida internacional de su tiempo un papel político de la mayor importancia.



Barcos fenicios según un relieve de Kujundschik.
Layard: *Monuments of Nineveh.*

Eubea, que poseía importantes minas de cobre, atrajo hacia sí la navegación milesia. Asumiendo la función que en otros tiempos desempeñara Creta, Eubea llegó a ser un importantísimo mercado de metales, tratando de hacerse con el monopolio de las minas de hierro de Tracia, donde adquiría también oro, plata, resina, madera, vino y trigo. Calcis, la ciudad principal de Eubea —llamada así por el nombre del bronce, fuente de su prosperidad— fundó en la costa de Tracia una serie de colonias que se hicieron con todo el tráfico.

El comercio del bronce orientó a Eubea hacia el Occidente, de donde venía el estaño. Eretria instaló en Corfú una factoría para dominar el mar Adriático y entró en relaciones con las ciudades del sur de Italia, estableciendo contacto también con los etruscos.

A partir de entonces, se creó una gran ruta marítima de Mileto hacia Italia y Sicilia, por la isla de Eubea. Dio nacimiento a Corinto, Megara, Sicione y Egina. Allí se estableció una industria de exportación de quincallería y cerámica.

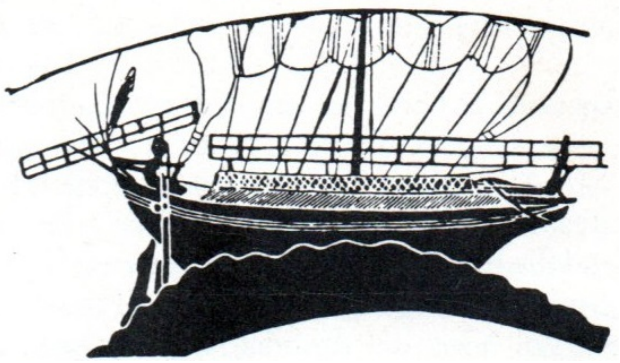
Corinto, orientada a Poniente, lanzándose a su vez a la colonización, fundó Siracusa en 743. En la Italia del Sur, Síbaris, Crotona y Metaponto, fundadas por los aqueos emigrados de Grecia, forman una liga para ejercer el dominio económico en la Magna Grecia. Y a partir del siglo VII, la navegación griega se convierte en rival de la de Cartago en el Mediterráneo central.

Mileto, de manera natural, reanudó relaciones con las ciudades del delta egipcio. Instaló una factoría en la desembocadura occidental del Nilo, donde los griegos iban a establecerse como corredores de Sais, que estaba a punto de convertirse en uno de los principales puertos de Egipto.

Mileto llegó a ser uno de los puntos esenciales del comercio internacional. Tres rutas de importancia capital se juntaban allí: se llegaba al mar Negro por el Helesponto; a Egipto, por Rodas y Chipre, y a Occidente, por Eubea y Corinto.

Los pueblos partícipes de este gran movimiento marítimo —egipcios, fenicios, etruscos, jonios, aqueos y carios— evolucionaban paralelamente bajo el influjo de

condiciones económicas análogas. Sus civilizaciones se interpenetraron de manera completamente natural. Sus religiones agrarias estuvieron sometidas a la influencia dominante del culto osiríaco, y las relaciones marítimas que los unían, sin llegar, es cierto, a ser siempre amistosas (una rivalidad constante existió entre griegos y fenicios), les llevaron a practicar las mismas costumbres comerciales.

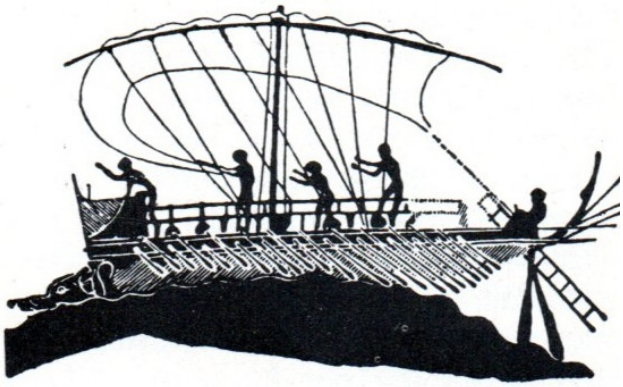


Navío de guerra griego.
Dibujo tomado de un jarro griego.

La clase mercantil adquiría, con la acumulación de cuantiosas riquezas mobiliarias, una importancia considerable. En Éfeso, la familia de los banqueros Melas había de tener una intervención importantísima en la historia del Asia Menor, concediendo a los reyes de Lidia los créditos necesarios para su política monárquica. En Mileto, los armadores lanzaron una nueva forma de moneda, poniendo en circulación lingotes de plata marcados con sus nombres.

A partir del siglo IX, se desarrollan de este modo dos movimientos económicos, políticos y sociales abiertamente opuestos: en el continente, los asirios formaban un gran imperio basado en el absolutismo y la potencia militar; en todas las costas del Mediterráneo oriental y central, por el contrario, varias ciudades autónomas, orientadas esencialmente hacia el comercio, iban creando una sociedad urbana en cuyo seno una sorda fermentación social hacía ya prever su evolución democrática.

El Imperio asirio unificaba políticamente el continente sin crear, sin embargo, una cultura. El comercio internacional, en cambio, creaba alrededor del mar una unidad de civilización en medio de un fraccionamiento político.



Barco mercante griego.
Dibujo tomado de un jarro griego.

Hasta el siglo XI, la economía antigua había estado sometida al influjo de las relaciones continentales. Mesopotamia era el centro; las grandes capitales, Babilonia, Menfis, Tebas, Nínive y Hatus, eran ciudades continentales. La navegación tenía por objeto unir entre sí las costas de un mismo continente. En el siglo XV, la talasocracia cretense introdujo al mar Egeo en la economía oriental y, desde entonces, el mar había adquirido una importancia cada vez mayor en la vida mercantil internacional. Egipto, atraído por el mar, creó el puerto de Faros para recibir en él a los cretenses; más tarde, Ramsés II hizo de la ciudad marítima de Tamis la capital de su imperio. La invasión de los Pueblos del Mar paralizó bruscamente esta expansión naval, pero volvió a desarrollarse, con mayor incremento, en el siglo XI, cuando los fenicios se lanzaron al descubrimiento

del Occidente. Estos, seguidos poco después por los griegos, crearon una economía marítima enteramente nueva, uniendo así a dos mundos que poco antes se ignoraban.

A partir de entonces, el mar, en lugar de constituir el límite del mundo conocido, vino a ser su centro de atracción. En la historia del Mundo Antiguo se inicia una fase nueva.

3. La atracción del mar

EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DE LAS CIUDADES EGIPCIAS

El renacimiento económico provocado por el desarrollo de las navegaciones fenicia y griega, se tradujo en el plano social por una evolución democrática que se manifestó primeramente en Egipto. Desde hacía aproximadamente tres siglos, el feudalismo, principesco y castrense en el Delta, sacerdotal en el Sur, había ido fraccionando progresivamente el país. El Alto Egipto yacía en una especie de letargo, lejos del mundo, en un régimen señorial de economía cerrada que había, esclavizado a la población en las propiedades de los templos. En Nubia, la clerecía de Amón organizó una monarquía teocrática en la cual el rey, gran sacerdote designado por el clero de Napata, no era más que un instrumento en sus manos.

En el Delta, después de los reyes libios, la monarquía perdió todo su poder. El país se dividió en principados prácticamente independientes. En ellos, exceptuadas las ciudades que conservaban su actividad y organización social autónomas, una pequeña nobleza territorial, surgida del antiguo ejército mercenario, vivía como una aristocracia militar, dividida constantemente por guerras locales. Estos feudales y estos caballeros eran descendientes de los aqueos, asiatas y libios que se habían instalado en Egipto al producirse las invasiones de los Pueblos del Mar. Tenemos noticias de sus hazañas guerreras por las epopeyas militares que, redactadas en lengua egipcia en el siglo X, revelan un curioso parentesco con la *Ilíada*, asimismo epopeya aquea.

La tutela feudal ejercida en las ciudades del Delta, así como el régimen señorial imperante tanto en los pequeños feudos militares como en los patrimonios religiosos y en los arrabales de las ciudades marítimas y comerciales, ponía trabas a la actividad económica de las burguesías urbanas integradas por comerciantes y artesanos libres.

En los siglos IX y VIII, el desarrollo del comercio y la difusión del dinero, al aumentar el coste de la vida, sin que los agricultores, sujetos por el régimen de tenencias a perpetuidad, pudieran aumentar sus ingresos, hizo que estos se vieran obligados a contraer deudas, y como el tipo de interés de los préstamos era del 120 por 100, quedaron reducidos poco a poco a la servidumbre. La pequeña propiedad iba disminuyendo, absorbida por las grandes fincas sacerdotales, y las ciudades, al igual que en las postrimerías del Imperio Antiguo, atenazadas por un régimen incompatible

con las transacciones comerciales que constituían su vida, se hallaban en peligro de perecer.

La crisis económica y social que se produjo, provocó una reacción de la población urbana contra las clases privilegiadas, el clero y la nobleza agraria.

El movimiento se inició en Sais, donde la factoría milesia, creada en la desembocadura del Nilo, había hecho florecer el comercio marítimo.

En 730 surge un soberano, Tefnekht, que se pone al frente del partido de las ciudades. Su sucesor Bocoris emprende, en 720, una política democrática antifeudal y antiseñorial, preludio de la que un siglo después desarrollarán los tiranos griegos.

Soplan vientos de libertad sobre el Delta. Bocoris anula las deudas no sancionadas por contrato escrito, libera las propiedades hipotecadas y a las personas sometidas a esclavitud por deudas, suprime el apremio con privación de libertad y proclama el *habeas corpus*. La población rural se emancipa de este modo del yugo servil de los templos.

Desarrollo de los alfabetos fenicio, hebreo y griego.

la concesión de tierras a perpetuidad.

Esta honda reforma social, iniciación del renacimiento del derecho individualista, va acompañada por una política claramente hostil a los privilegios feudales y favorable a una agrupación del Delta bajo una misma autoridad monárquica.

El clero amoniano reaccionó inmediatamente. De Nubia, modelo de la más perfecta teocracia, salió el ejército del rey Sabaka (716-701), para sofocar la revolución democrática de las ciudades. Estas no podían oponer a las tropas nubias, semibárbaras pero bien encuadradas, del rey de Napata, más que milicias burguesas. Sais sucumbió, y Bocoris pereció en la hoguera. Sabaka, descendiente de antiguos mercenarios libios, elevado al trono de Nubia por los sacerdotes de Amón, reconstituyó de golpe, en su provecho, la unidad del poder faraónico.

Dueño de Egipto, Sabaka, olvidando el origen de su poder, se dejó arrastrar por la política de las ciudades, que se impusieron por su riqueza. Entre el clero tebano, representante del feudalismo señorial, y las ciudades mercantiles liberales y antifeudales, el rey no vaciló: se apoyó en las ciudades, instaló su capital en la ciudad marítima de Tanis, antigua residencia de Ramsés II, y gracias a los recursos financieros que sacó del Delta pudo desarrollar una política monárquica inspirada totalmente en los intereses económicos de las poblaciones urbanas.

La prosperidad comercial de Egipto se halla en función de sus relaciones con el Asia Anterior y con la India, cuya clave son los puertos sirios. Estos se hallaban entonces incorporados al Imperio asirio. Sabaka entabló, pues, relaciones amistosas con Sargón II. Pero, no dándose cuenta de la desproporción de fuerzas que existía entre Egipto y Asiria, se dejó arrastrar a una política hostil hacia Nínive, sosteniendo contra Senaquerib la sublevación del rey de Jerusalén, Ezequías (727-699). Aun contando con el apoyo de la poderosa ciudad de Tiro y del rey de Sidón, Jerusalén sucumbió y tuvo que pagar una enorme contribución de guerra. El rey de Sidón fue ejecutado, y deportados todos los habitantes de la opulenta metropoli. Tiro no tardó en adherirse, ofreciendo a Senaquerib la ayuda de su flota.

Egipto, aislado de repente, se vio obligado a hacer frente al poderoso ejército asirio, precisamente en el momento en que sufría una grave crisis interna. Sabaka, para restablecer la unidad monárquica, emprendió no sin audacia una política cuya finalidad era nada menos que la supresión de los feudos militares. Por ello, cuando frente al peligro llamó a sus vasallos y caballería, estos le negaron ayuda, contando con la derrota de Egipto para restablecer sus privilegios feudales. Pero las milicias urbanas acudieron a su llamamiento, y un ejército improvisado de artesanos y burgueses fue el que contuvo y después rechazó, en la frontera del Delta, la invasión asiria.

Egipto no estaba, sin embargo, en condiciones de medir sus armas con el poderío militar del rey de Nínive. En 671, Asar Hadón lo invadió. El faraón Taharca, abandonado por los feudales que se unieron en seguida al invasor, huyó hacia Tebas, y todo el Bajo Egipto quedó integrado en el Imperio asirio.

burgueses fue el que contuvo y después rechazó, en la frontera del Delta, la invasión asiria.

Egipto no estaba, sin embargo, en condiciones de medir sus armas con el poderío militar del rey de Nínive. En 671, Asar Hadón lo invadió. El faraón Taharca, abandonado por los feudales que se unieron en seguida al invasor, huyó hacia Tebas, y todo el Bajo Egipto quedó integrado en el Imperio asirio.

Estatuilla de la reina Karomana.
Museo del Louvre. París.

EGIPTO, PROVINCIA ASIRIA

La política de terror practicada por Nínive y las ventajas que, por otra parte, reportaba la colaboración, proporcionaban al rey de Asiria no solo vasallos, sino clientes. En Egipto, los feudales se agruparon fielmente en torno suyo. Las ciudades, cuya actividad, lejos de verse dificultada por su anexión al Imperio, hallaba facilidades de desarrollo, renunciaron a la resistencia y aceptaron, como Tiro lo había hecho antes, una colaboración que, en fin de cuentas, resultaba favorable a sus negocios.

Así ocurrió que cuando el rey Taharca, después de levantar un ejército en Nubia, quiso reconquistar el país (669), las ciudades le cerraron las puertas y los feudales se unieron para combatirle. Sin embargo, la tardanza con que Asiria respondió a su ofensiva, incitó a los príncipes locales a proponer al faraón una alianza a condición de que consintiera en un fraccionamiento de Egipto bajo la soberanía de aquellos. Pero la llegada de Asurbanipal, cuyo ejército llegó hasta Tebas remontando el Nilo, no permitió la realización de estos planes. Decidido a vencer la resistencia de Egipto, siguió una política que, al destruir su prestigio, su culto y sus tradiciones, esperaba acabaría por desnacionalizarlo. Las ciudades fueron rebautizadas con nombres asirios; se explotaron hábilmente las

Estatuilla de la reina Karomana.
Museo del Louvre. París.

le planteaba un nuevo problema: el de sus relaciones en el Mediterráneo, del que dependía cada vez más íntimamente la vida económica del Asia Anterior.

EL ASIA MENOR SE ORIENTA HACIA EL MAR

Al convertirse Egipto en provincia asiria, se constituyó una nueva potencia económica en Asia Menor. El desarrollo de la navegación griega en el mar Egeo y en el mar Negro había dado a las rutas de Éfeso y Sinope a Babilonia, que venían a juntarse en Sardes, una importancia extraordinaria en la economía internacional.

Sardes, capital del reino lidio, constituida sobre las ruinas del antiguo Estado hitita, ocupaba desde el reinado de Giges (687) un puesto muy importante en el comercio de tránsito. La rápida prosperidad de la ciudad de Sardes en tiempos de Giges, recuerda la de Jerusalén bajo Salomón. Creada por el tráfico internacional, se apoyaba en una clase mercantil cosmopolita y miraba a un tiempo al mar y a Babilonia. Los reyes de Sardes no aspiraban a la alianza de los príncipes feudales del Asia Menor, sino a la de la poderosa familia de los Melas, banqueros de Éfeso, con la cual se unieron varias veces por matrimonio. Su política se preocupaba menos de adquirir territorios que de imponer su protectorado a los puertos jónicos y de entrar en relaciones con el mundo griego. Los fastuosos donativos que con tal propósito hicieron al santuario de Delfos han dejado memoria.

En aquel momento, la clase mercantil de Mileto, que hacia 650 se hace dueña del poder de la ciudad, representa, como la burguesía financiera de Éfeso, una verdadera potencia. Mileto es la puerta grande de Asia, hacia la cual converge la navegación griega cuya importancia aumenta sin cesar. La isla de Naxos, donde se forma el alfabeto griego; la isla de Rodas y Corinto, escalas del comercio asiático hacia el Occidente; Siracusa, donde se desarrolla un centro industrial importante, y Síbaris, depósito de Mileto en el Mediterráneo central, del que Pesto es el antepuerto hacia Etruria, llegan a ser grandes centros comerciales.

Pero las rivalidades económicas los dividen. Mileto aspira a dominar los Dardanelos; Corinto, el estrecho de Mesina; Cartago, por su parte, pretende reservarse el Occidente y Sicilia, y los fenicios disputan Chipre a los marinos griegos. Pero la expansión fenicia tropieza con la dominación asiria. Sidón, que se ha vuelto a sublevar, acaba de ser destruida por Asar Hadón (667), mientras los griegos fundan nuevas colonias en todas las costas.

Para todo este mundo marítimo, el Cáucaso, la Tracia y su *hinterland* europeo, Italia, Sicilia, España, y los países del estaño, con los cuales está en relación, ofrecen una importancia tan grande como Asia y Babilonia.

reservarse el Occidente y Sicilia, y los fenicios disputan Chipre a los marinos griegos. Pero la expansión fenicia tropieza con la dominación asiria. Sidón, que se ha vuelto a sublevar, acaba de ser destruida por Asar Hadón (667), mientras los griegos fundan nuevas colonias en todas las costas.

Para todo este mundo marítimo, el Cáucaso, la Tracia y su *hinterland* europeo, Italia, Sicilia, España, y los países del estaño, con los cuales está en relación, ofrecen una importancia tan grande como Asia y Babilonia.

La navegación fenicia, y sobre todo la navegación griega, atraen cada vez más a Sardes y a las ciudades del Delta hacia la economía mediterránea. Y mientras Fenicia sigue siendo ante todo el antepuerto de Babilonia, Egipto se convierte en el gran pasadizo del Occidente hacia la Arabia y, a través de esta, hacia la India, y Sardes en el mercado donde confluyen el Oriente y el Occidente.

Relieve de Sargón II. Korsabad.

La atracción del mar tiende a desplazar el eje de la vida económica de Mesopotamia hacia el Mediterráneo. La economía marítima se opone a la economía

continental. Y en los países que, como Lidia y Egipto, se hallan sometidos a su doble influencia, puede observarse que los elementos agrarios y feudales se orientan hacia Asiria, mientras que la población urbana y mercantil siente una resuelta inclinación hacia el mar y por el mundo griego.

EGIPTO, ORIENTADO HACIA EL MAR, RECOBRA SU INDEPENDENCIA

Mientras el mundo civilizado se extendía por el mar hacia Occidente, los movimientos de los pueblos nómadas de la gran estepa europea y asiática iban a socavar de nuevo las bases del equilibrio internacional.

Las invasiones dorias que en el siglo XIII cayeron sobre Grecia, no fueron sino repercusión de un extraordinario alud de cimerios, pueblo ario que procedente de Hungría se desplazaba hacia la vasta llanura rusa. Desde entonces se instaló allí; pero entre 750 y 700, los escitas, seguidos de los sármatas, que formaban una rama de la raza iraniana, comenzaron a desplazarse del Turquestán ruso hacia el Oeste, rechazando a los cimerios que cayeron sobre la Tracia. Sus hordas franquearon el Helesponto, incendiaron Sardes y llegaron hasta los muros de Mileto, devastando a su paso las factorías que los milesios habían fundado en torno al mar Negro. Para poder arrojarlos, Giges, obligado a solicitar la protección asiria, se vio constreñido a aceptar la soberanía de Nínive.

Precisamente en aquel momento, Psamético, uno de los principales señores feudales egipcios a quien Asurbanipal había hecho rey de Sais por ver en él un dócil instrumento de su política, ganado por los intereses de la gran ciudad mercantil, se volvía hacia el mar tratando de liberarse de la tutela asiria.

Entre los reyes de Sardes y Sais, cuyos intereses eran paralelos, se formó una estrecha alianza. Unos y otros, en efecto, realizan una amplia política de desarrollo económico apoyada en la burguesía urbana, y chocan con los mismos enemigos: los príncipes feudales y el rey de Asiria.

Giges envió a Psamético oro y mercenarios reclutados en Jonia y Caria, que le permitieron vencer fácilmente a los otros feudales del Delta y expulsar las guarniciones asirias instaladas en Egipto. Y el feudalismo, que no era más que un arcaísmo artificialmente mantenido por los soberanos de Nínive para impedir que se volviera a formar contra ellos la unidad egipcia, se derrumbó por completo, permitiendo una rápida reconstrucción monárquica llevada a cabo enérgicamente por la dinastía saíta (655).

Paralizada por las luchas dinásticas, que habían aprovechado las provincias sometidas, del Elam al Sinaí, para unirse en un formidable levantamiento, Asiria resultaba incapaz de reaccionar. Simultáneamente, Ardis, en Sardes (652-615), y Psamético I, en Sais (655-609), pudieron desarrollar libremente una política monárquica independiente que les permitió realizar, al primero, la unidad de un poderoso reino de Lidia, conquistando Frigia y Caria, y al segundo, la de Egipto, domeñando al feudalismo sacerdotal del Sur, que no tardó en disgregarse.

La finalidad perseguida por la política de los reyes de Sais consistía en devolver a Egipto el protectorado sobre Siria y los puertos fenicios, a fin de poder dominar simultáneamente el tráfico de la India por el mar Rojo, y de Babilonia por las rutas de caravanas.

Carro de combate con guerreros lidios. Relieve esculpido hacia 530-520 A. J. Según Th. L. Shear. Sardes.

La política de los reyes de Sardes se proponía conseguir el dominio de las ciudades de Jonia y del Helesponto, para después apoderarse del comercio griego al Asia y países del mar Negro.

La alianza de Egipto con Lidia empujó al Imperio asirio hacia el continente. La independencia de Egipto le privaba del señorío de la ruta marítima de la India; y la de Lidia le restaba toda posibilidad de imponerse a la economía griega. No conservaba, como acceso al Mediterráneo, más que Fenicia. Pero la destrucción de Sidón por Asar Hadón y el protectorado impuesto a Tiro, rompieron los lazos que unían las colonias fenicias con su metrópoli y Cartago se convirtió en el centro de un imperio marítimo independiente. Reducidas a un papel puramente continental, las ciudades fenicias de Siria iban a perder, en provecho de la navegación griega, el dominio de las rutas del mar.

4. La ruina del Imperio asirio

EL RENACIMIENTO SAÍTA EN EGIPTO

El advenimiento de la dinastía saíta en Egipto (655) constituye un decisivo cambio de rumbo en la historia del Oriente Antiguo: Egipto se aparta de la política continental para unirse definitivamente a la economía marítima.

En el interior, los faraones saítas son esencialmente reyes del Delta. La antigua tradición faraónica se quiebra. Se inicia una política monárquica enteramente nueva, orientada por completo hacia el desarrollo económico del país y que se apoya no ya en el clero, sino en la burguesía urbana. Tebas, la antigua ciudad santa, pierde su importancia. El gran sacerdote de Amón, ya suprimido por el rey nubio Sabaka por considerarse él mismo como gran sacerdote de Amón en Napata, no es restablecido, sino sustituido por una virgen, la «divina adoradora de Amón», asistida por un segundo sacerdote que administra el culto. Menfis vuelve a ser la metrópoli religiosa de Egipto, como en el Imperio

Antiguo. La desaparición del régimen señorial, que las reformas de los reyes saítas acaban por suprimir, resta por completo a los templos del Alto Egipto su influencia social. Por el contrario, los templos del Bajo Egipto, que no son grandes terratenientes pero poseen inmensas cantidades de metales preciosos, se ven atraídos por la evolución mercantil del país y, como los templos de Babilonia y Éfeso, valorizan los tesoros y desempeñan funciones bancarias, emitiendo lingotes de plata contrastada que llevan sus marcas, lo mismo que los armadores de Mileto. Egipto, enteramente dominado por el Delta, se lanza una vez más al sistema capitalista.

A este resurgimiento económico corresponde una política monárquica centralizada. Se reorganiza el Estado según los principios del derecho antiguo, que renace tanto en la esfera pública como en la privada. El funcionarismo, el impuesto sobre la renta, el registro y el catastro vuelven a aparecer. El individualismo alcanza un grado desconocido hasta entonces; la mujer vuelve a tener una personalidad absolutamente igual a la del hombre, y la poligamia, que durante la época feudal se había extendido entre las clases elevadas, se abandona por una monogamia rigurosa, sancionada por el divorcio, que la mujer puede obtener por las mismas razones que el marido. El matrimonio, hasta entonces acto religioso, es ahora un contrato civil. El derecho contractual, influido por los principios babilónicos, adquiere un nuevo desarrollo.

La igualdad jurídica borra los últimos vestigios del derecho señorial. El clero pierde sus privilegios y queda suprimida la inmunidad de los templos. Pero este magnífico renacimiento de la Antigüedad clásica de Egipto, que se traduce en el arte y en la ciencia como en el derecho, no da al país la cohesión lograda en los tiempos del Antiguo y del Nuevo Imperio. El equilibrio entonces existente entre las clases rurales y urbanas queda roto en provecho de estas últimas, porque Egipto, en lugar de ser centro de un sistema jurídico y económico, no es más que un elemento —capital, es cierto— de la economía internacional. Toda su política va encaminada a conseguir el dominio de la ruta del Occidente hacia la India, y a llegar a ser punto de unión y soldadura de las economías mediterránea y oriental. Por ello aspira a la hegemonía marítima. Semejante política económica suponía, necesariamente, un fuerte poderío militar, pero la burguesía comerciante de las ciudades y los artesanos no quieren el servicio obligatorio de las armas. Al igual que Cartago, las ciudades egipcias prefieren contratar mercenarios. Ese sería, más tarde, el punto débil de la monarquía saíta.

DERRUMBAMIENTO DEL IMPERIO ASIRIO

Al principio, no se advirtió esta debilidad porque el Imperio asirio se hundía. Habíase constituido por la fuerza y mantenido gracias a su ejército nacional. Pero su extensión le obligó a levantar huestes en las provincias. A partir de entonces, no podía ya imponerse, como lo había hecho cuando los feudales asirios eran ellos mismos los guardianes del Imperio, para aprovecharse de su explotación.

Por otra parte, el régimen de «capricho real», convirtiendo a la monarquía en un bien patrimonial, lo había expuesto a continuas crisis dinásticas, que a partir de la muerte de Sargón II son endémicas.

La pérdida de Egipto fue el golpe de gracia para el Imperio. Sargón lo había concebido en torno al eje golfo Pérsico-Mediterráneo, y sin Egipto este plan no era realizable y el Imperio comenzaba a desmoronarse. No cesaban las revueltas y Asurbanipal, para reprimirlas, arrasó Babilonia (648) y Susa (640); pero, al destruir esas ciudades, destruyó al mismo tiempo su propio Imperio.

En medio de estos disturbios internos, las emigraciones de escitas que habían llegado hasta los límites septentrionales del Imperio, se lanzaron de pronto, como un torrente, a través del Asia Anterior. Luego de asolar Siria y asestar un terrible golpe a las ciudades fenicias, fueron detenidas por el oro de los reyes saitas en las fronteras de Egipto. En 626, a la muerte de Asurbanipal, el Imperio asirio se halla en plena decadencia. Nabopolasar se proclama rey de Babilonia (626-605). Psamético irrumpe en Siria, todavía convulsa de resultas de la invasión escita, y lleva la frontera de Egipto hasta el Éufrates. Queda destruido el poder militar de Asiria, y desde aquel momento el Imperio, que privado de su fuerza no representaba nada, se derrumba.

Pero Psamético, para conservar la recién conquistada Siria, había de impedir a toda costa que Babilonia asumiera el puesto de Asiria. Invirtiendo, pues, sus alianzas, acudió en socorro de Nínive, con el fin de mantenerla como contrapeso al creciente poderío de Babilonia. A la coalición egipcioasiria, Nabopolasar respondió concertando una alianza con el rey de la Media, Ciaxares, quien en la meseta iraniana estaba constituyendo una poderosa monarquía feudal y militar.

Ruinas occidentales de Babilonia.

En 612, Nínive sucumbió ante los ejércitos babilónico y medo coaligados. Su destrucción, proseguida con encarnizamiento, fue saludada en el Oriente entero por un inmenso grito de júbilo y liberación, cuyo eco nos ha conservado la Biblia. Psamético, para cerrar el camino de Siria a Babilonia, se unió a los restos del ejército asirio de Asurubalit, pero no pudo salvarla del aplastamiento (609).

La importancia de Asiria había terminado para siempre. Después del inmenso esfuerzo realizado para crear, por medio de la fuerza militar, un imperio que no había de ser más que terreno de explotación en provecho del pueblo asirio, volvió a

hundirse, agotada y odiada por todos. Del inmenso edificio artificialmente construido a base del terror, no quedaba nada. Asiria, en el porvenir, volvería a representar su oscuro papel de pequeño país sometido a la soberanía de Babilonia.

5. El Imperio neobabilónico y el nuevo equilibrio internacional

REPARTO DEL IMPERIO ASIRIO

La caída del Imperio asirio creó bruscamente una situación completamente nueva. Por todas partes estallaron revueltas y, sin embargo, de la unidad impuesta al Asia Anterior por Asiria subsistía una solidaridad económica entre los pueblos de la que no podían sustraerse.

Nabopolasar y Ciaxares se repartieron las zonas del imperio que tenían en su poder o a su merced. Babilonia obtuvo Mesopotamia, excepto el alto curso del Tigris, y los países arameos toda el Asia Anterior como zona de influencia.

Los medos se reservaron para sí los inmensos territorios que se extienden del golfo Pérsico hasta el mar Caspio y el lago de Van, así como el Alto Tigris. No les correspondió más que una sola ciudad, Susa, la capital del Elam, pero con ella en su poder dominaban la ruta de las caravanas a la India. Babilonia, al abandonar Susa, cometió una grave equivocación política, ya que no solamente entregaba a los medos el señorío del comercio de la India, sino que dejándoles posesionarse de punto tan importante en las rutas del tráfico internacional, los obligaba de modo inevitable a desarrollar una política económica que forzosamente había de rivalizar con la suya. Por otra parte, si Babilonia obtenía el Asia Anterior tenía que atraérsela, toda vez que Psamético I había ocupado toda Siria hasta el Alto Éufrates y cortaba de esta manera a Mesopotamia del Mediterráneo, al igual que los medos la separaban a su vez de la India.

Sin embargo, Babilonia, por la alianza que la unía con el Imperio de los medos, no debía temer de él ninguna amenaza inmediata. Además, los medos no parecían pretender una expansión hacia el Oeste. Procedentes de las estepas donde los escitas, sus hermanos de raza, vivían todavía como nómadas, practicaban una civilización meramente de tierra adentro, a la cual ofrecían posibilidades ilimitadas de expansión hacia el Este en los grandiosos espacios del Asia Central.

EL IMPERIO MEDO Y ZOROASTRO

Los medos, instalados en el siglo XX A. J. en las mesetas del Irán, evolucionaron lentamente. Pasando del régimen tribal a un sistema de pueblos, se fueron agrupando poco a poco en federaciones sometidas a la autoridad de jueces, para unirse en el siglo VII bajo la monarquía de un rey electo que no tardó en convertirse en hereditario.

La dinastía meda instaló su capital fortificada en Ecbatana, imponiendo su soberanía a las tribus aristocráticas persas, semisedentarias y seminómadas. Pero la ininterrumpida guerra contra los reyes de Nínive la determinó a organizar un ejército con arreglo al modelo asirio, y su victoria sobre Nínive, al convertirla en gran potencia, asentó la monarquía sobre bases sólidas. El poder de la aristocracia disminuía, y las aspiraciones del pueblo hacia una igualdad política mayor hallaban expresión en las ideas místicas de Zoroastro, triunfantes en aquel momento. Zoroastro no fundó una religión nueva, lo que hizo fue introducir un sistema moral en el mazdeísmo profesado por los iranianos y que se dirigía esencialmente a un gran dios Cielo, a una diosa Madre y a un dios creador. Zoroastro enseñaba que el mundo se halla dominado por la lucha del creador Ormuz, principio del bien, contra Ariman[1], espíritu de la destrucción y del mal. Los hombres intervendrán un día en esa lucha y, defensores del bien, ganarán la vida eterna en el paraíso de Ormuz. El mundo actual es solo transitorio. Terminará por su disolución, que señalará la victoria definitiva del bien sobre el mal, del espíritu sobre la materia, de la vida sobre la muerte. Llegado el momento del triunfo definitivo del bien, aparecerá un salvador, nacido de Zoroastro, que anunciará la venida de su reino. Entonces es cuando se producirá el fin del mundo, y todos los hombres resucitarán con sus cuerpos y tendrá lugar un grandioso juicio final, en el cual el creador Ormuz separará los buenos de los malos y comenzará la era feliz de la vida eterna.

Cabeza de un rey de Sais. Escultura en piedra verde, XXVI dinastía.
Museo del Estado. Berlín.

Al espiritualismo egipcio iba a corresponder en Asia, en el futuro, el espiritualismo iraniano, que tan grande acción había de ejercer en el desarrollo del pensamiento humano.

Entre aquellos medopersas, ignorantes por completo de lo que eran transacciones económicas, y Babilonia, cuya política se basaba en principios esencialmente comerciales, no parecía que pudiera producirse conflicto alguno.

Por el contrario, iniciose inmediatamente la guerra contra Egipto para conquistar Siria, puerta natural de Mesopotamia en el Mediterráneo. En 605, Nabucodonosor arrojaba al rey Necao fuera de Asia, instalándose en la costa fenicia. En 586, después de la revuelta de Jerusalén dirigida por Sedecías, con apoyo de Egipto,

Nabucodonosor se anexionó el reino de Judea y, siguiendo los procedimientos asirios, desterró una parte de la población a Mesopotamia, donde esta consiguió labrarse un próspero bienestar e iniciarse en los negocios. Necao se resignó a la pérdida de Siria y Palestina, pero incapaz con sus reducidos ejércitos mercenarios de vencer a Babilonia por tierra, emprendió una política de hegemonía marítima, exigiendo de Egipto un inmenso esfuerzo, que este aceptó a fin de crear una poderosa marina de guerra.

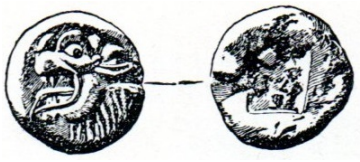
No pudiendo mantenerse en Siria, Necao decidió hacerse dueño del camino de la India, restableciendo, entre el mar Rojo y el Nilo, el canal que ya en otros tiempos había existido, pero concebido ahora como vía fluvial de gran anchura.

Inmediatamente dieron comienzo los trabajos, que quedaron terminados durante el reinado de Darío. Al mismo tiempo, Necao se lanzaba a descubrir nuevos mercados. Los fenicios y los griegos se habían creado imperios marítimos en el Mediterráneo y en el mar Negro. Necao envió una flota fenicia para llevar a cabo la conquista del África ignota, realizando el periplo completo. Saliendo por el mar Rojo, regresó a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Esta gran expedición, que reveló al mundo civilizado todo el perímetro del continente africano, no tuvo, sin embargo, ninguna consecuencia económica. La dinastía saíta se desvió hacia el Mediterráneo central, y bajo Apries trató, en vano, de apoderarse de Cirene. La expansión comercial de los saítas, concebida dentro el marco de una economía liberal, iba acompañada de una política democrática en el terreno social, y pacifista en la esfera internacional. Todo daba a entender, pues, que entonces se iniciaría una larga era de paz y prosperidad en el mundo oriental.

El rey Ahura Mazda.
Relieve de la colección Brunner. Nueva York.

EGIPTO BAJO LA DINASTÍA SAÍTA

continental.



Moneda lidia.
Museo Británico. Londres.

EL IMPERIO NEOBABILÓNICO

Su política, como la de los reyes de Sais y de Sardes, estaba determinada por razones financieras. Lo económico predominaba sobre lo político en las relaciones internacionales.

Lo que distingue la política babilónica de las de Egipto y Lidia es que, en lugar de estar orientada hacia el mar, es esencialmente continental. El dominio de las rutas marítimas lleva a Egipto a construir una poderosa flota de guerra. La posesión de las rutas del tráfico continental que unen Siria al mar Rojo, al Cáucaso y al golfo Pérsico, impone a Babilonia, por el contrario, la necesidad de ser una potencia militar. Babilonia, para garantizar a sus caravanas la seguridad y la libertad comercial, tuvo que conservar los territorios del Asia Anterior. Su política tenía que ser, pues, territorial, no por razones de imperialismo político, sino por la necesidad de mantener su expansión económica.

Para conservar su autoridad sobre los territorios dispares que se había anexionado, Babilonia se vio forzada a recurrir, lo mismo que anteriormente lo hiciera Nínive, al sistema del terror y a la deportación; pero la orientación general de su política fue, no obstante, pacífica y liberal.

En Babilonia, todo el comercio era obra de la iniciativa particular; no hubo ni monopolios ni socialismo estatal. Su riqueza dependía de los comerciantes, financieros, sociedades comerciales y de los súbditos del Imperio, que a este respecto se hallaban todos sometidos al derecho babilónico. Un judío deportado podía ser arrendatario de las contribuciones, como podía serlo un babilonio. El derecho babilónico se extendió, en estas condiciones, por toda el Asia Anterior; fue adoptado íntegramente por las ciudades fenicias, siguió a los mercaderes babilónicos a Lidia, y reguló en todas partes las operaciones de la alta finanza internacional. El liberalismo económico de Babilonia favoreció la prosperidad mercantil de Siria, que a su vez influyó en el derecho babilónico, haciéndolo evolucionar hacia un individualismo y una flexibilidad cada vez mayores. La caución, la noción de solidaridad, los preceptos sobre el crédito y la asociación comercial alcanzaron una perfección que no habría de ser superada hasta el siglo XIX de nuestra era. Babilonia, centro económico y financiero del continente, hacia el cual se dirigía el comercio venido de la India, por el Este; del Mediterráneo, por el Oeste, y del Cáucaso, por el Norte, no tardó en llegar a ser la ciudad más suntuosa del mundo. Se desarrolló un cosmopolitismo siriobabilónico, acabaron de desaparecer los particularismos nacionales, y el arameo, dialecto sirio, llegó a ser una verdadera lengua internacional hablada en toda el Asia Anterior.

La prosperidad de Babilonia fue causa directa de la de Sardes. Su expansión e influencia contribuyeron a que llegara a ser uno de los mercados más importantes de

dialecto sirio, llegó a ser una verdadera lengua internacional hablada en toda el Asia Anterior.

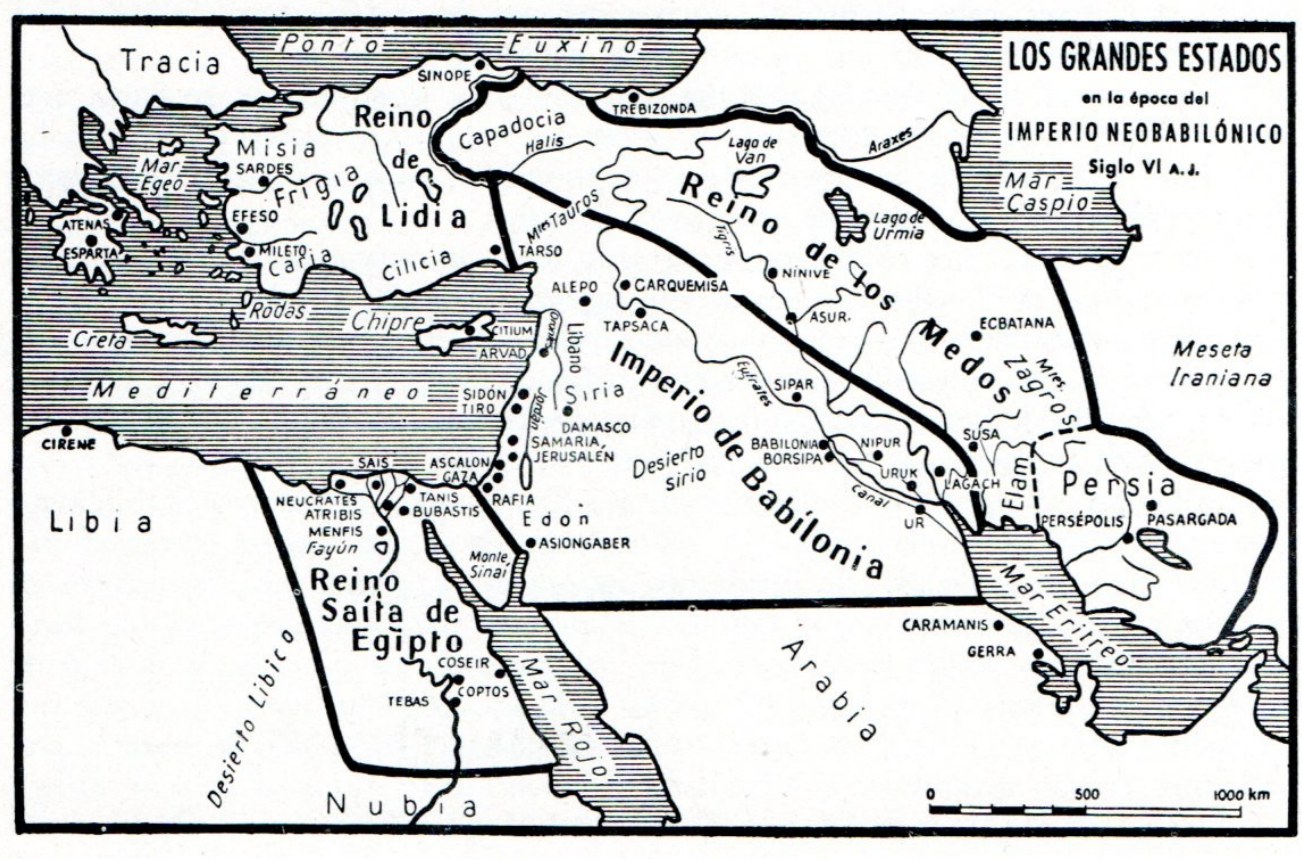
EL REINO DE LIDIA

La prosperidad de Babilonia fue causa directa de la de Sardes. Su expansión e influencia contribuyeron a que llegara a ser uno de los mercados más importantes de aquel tiempo. Allí, como resultado de la presencia de comerciantes babilónicos, lidios y jonios, vinieron a unirse las civilizaciones mediterránea y asiática.

Los reyes de Sardes, a partir de Giges, disputaban a los puertos fenicios el tráfico entre Asia y el Occidente. No podían adueñarse de ellos más que dominando los puertos jónicos. Podían, desde luego, contar con la alianza de Éfeso, donde dominaba una oligarquía financiera enteramente orientada hacia el Asia; pero Mileto, que había fundado un gran imperio marítimo en el mar Negro y cuyos intereses radicaban tanto en Síbaris como en Sardes, les resistía.

La opulencia de Sardes y de las ciudades jónicas era, sin embargo, solidaria y dependía, a la vez, de Babilonia y de la navegación griega.

Sardes, lugar de tránsito, desarrollaba, lo mismo que Babilonia, una política librecambista y liberal. La burguesía mercantil dominaba la política real. En la ciudad y en la corte, un partido griego disputaba la influencia al partido nacional, que, apoyado en la antigua aristocracia lidia, trataba de reaccionar contra la corriente cosmopolita y democrática. Sardes había llegado a ser tan necesaria para la prosperidad babilónica como Babilonia lo era para el desarrollo comercial de Sardes.



Babilonia y sus estados. Y sin embargo, Babilonia no parece haberse dado exacta cuenta de la importancia vital que para ella tenía el Asia Menor. Absorbida por la única preocupación de favorecer los negocios comerciales, trataba de mantener la paz a toda costa, lo que le hizo cometer la imprudencia de dejar al Imperio medo extenderse hacia el Oeste, ocupar el Asia Menor hasta el Halis, frontera del reino de Lidia, y poner pie en el mar Negro, sin ninguna reacción por su parte. La atracción del mar tenía necesariamente que despertar en este inmenso imperio, cuyos límites llegaban hasta el golfo Pérsico, el mar Caspio y el mar Negro, y la guerra para conseguir la posesión del gran puerto griego de Sinope, muy próximo al Halis, no tardó en estallar entre Ciaxares y el rey de Lidia, Aliate, quien, más perspicaz que Nabucodonosor, se daba cuenta del peligro que representaba la presencia de los medos en las orillas del Ponto. Nabucodonosor, que mantenía relaciones amistosas con Lidia y Media, se interpuso y con su diplomacia logró que el conflicto terminara con un arbitraje confiado a un babilonio y a un ciliciano. Salvose la paz sin que Babilonia tuviera que rectificar su política de neutralidad. Pero esta, equivalente a una abstención, acarrearía, veinticinco años más tarde, su ruina definitiva.

El león de Babilonia.

PREPARACIÓN DEL DUELO ENTRE LAS ECONOMÍAS CONTINENTAL Y MARÍTIMA

Si la prosperidad de Sardes estaba condicionada a la de Babilonia, no ocurría lo mismo con la de Egipto. Desde que Babilonia se apoderó de Siria, la economía egipcia se había separado abiertamente de la del continente, y así como Sardes debía su riqueza a las funciones de intermediaria entre el Asia Anterior y el Mediterráneo, Egipto tendía igualmente a convertirse en el gran centro de tránsito entre el Mediterráneo y la India. Los intereses de Egipto llegaron a ser, de este modo, rivales de los de Babilonia. Se iniciaba una lucha fatal —que duraría hasta el advenimiento del Imperio romano— entre las dos rutas, la terrestre y la marítima, que enlazaban el Occidente con la India. La primera estaba representada por Babilonia, y la segunda

Si la prosperidad de Sardes estaba condicionada a la de Babilonia, no ocurría lo mismo con la de Egipto. Desde que Babilonia se apoderó de Siria, la economía egipcia se había separado abiertamente de la del continente, y así como Sardes debía su riqueza a las funciones de intermediaria entre el Asia Anterior y el Mediterráneo, Egipto tendía igualmente a convertirse en el gran centro de tránsito entre el Mediterráneo y la India. Los intereses de Egipto llegaron a ser, de este modo, rivales de los de Babilonia. Se iniciaba una lucha fatal —que duraría hasta el advenimiento del Imperio romano— entre las dos rutas, la terrestre y la marítima, que enlazaban el Occidente con la India. La primera estaba representada por Babilonia, y la segunda por Egipto.

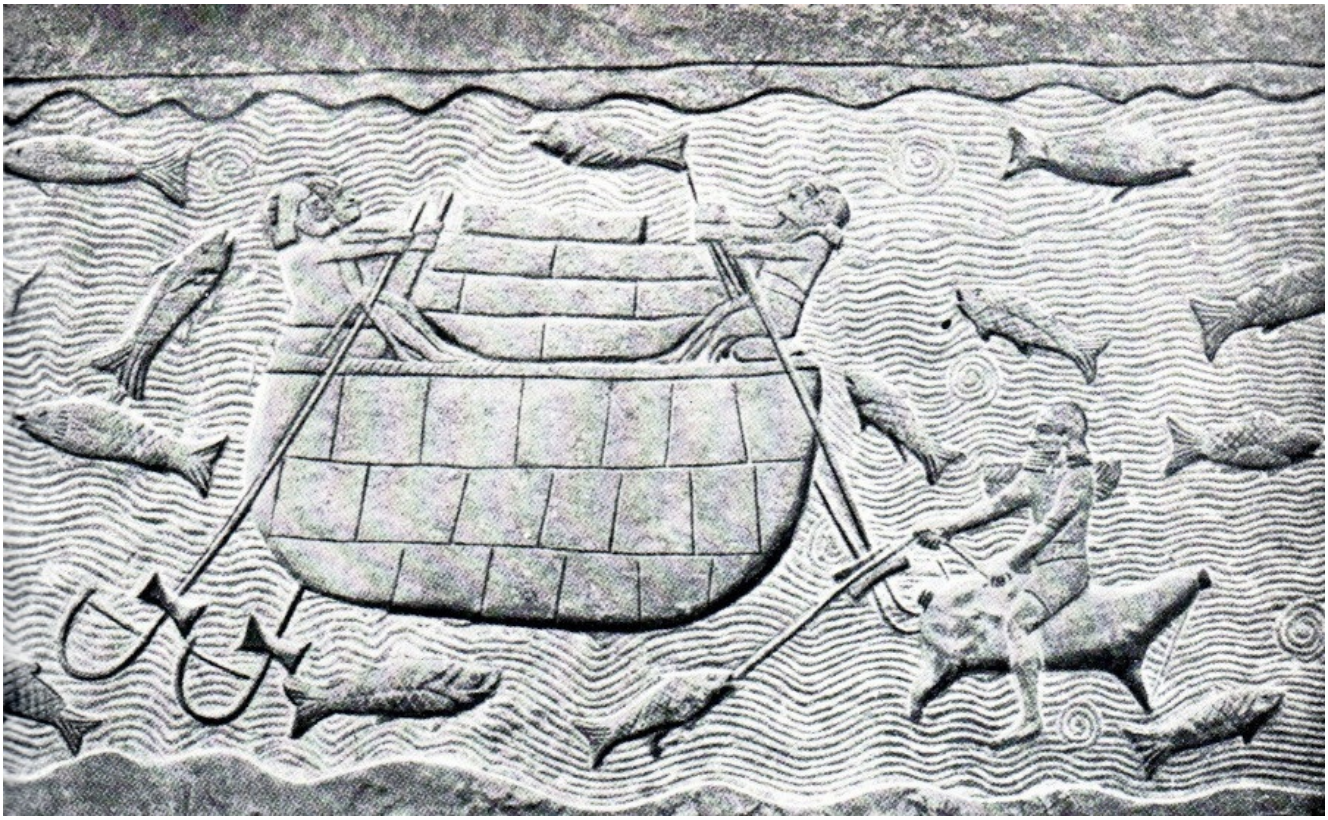
6. Grecia y Egipto en los siglos VII y VI

EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DE LAS CIUDADES GRIEGAS

El Imperio babilónico es territorial, unificado; el individualismo se desarrolla en él encuadrado por un absolutismo igualitario.

Los pueblos marítimos del Mediterráneo oriental viven, por el contrario, bajo un régimen urbano, descentralizado, y se ven influidos por un movimiento democrático. Este se manifiesta primeramente en Egipto, por las reformas de Bocoris, hacia 715, y más tarde en Sardes, donde bajo el reinado de Giges la burguesía rica logra la hegemonía. En Mileto, la familia real de los Neleidas tiene que entregar el mando a la poderosa corporación de los armadores. En Éfeso, es la oligarquía financiera, dominada por la familia de los Melas, la que asume la dirección de los asuntos. En Jonia, Colofón, Samos, la Magna Grecia, Síbaris y en las ciudades del Ponto, son también las oligarquías de burgueses ricos las que gobiernan.

En Grecia, donde la aristocracia jónica había mantenido hasta el siglo VII un sistema señorial en contraposición con el desarrollo urbano, un movimiento popular lleva al poder a tiranos que destruyen las grandes propiedades y derrocan el gobierno de la nobleza. En 670, en Sicione, Ortágoras excluye a la aristocracia de la ciudad, emancipa a los terrazgueros y suprime la distinción de clases. En Corinto, Cipselos, en 567, expropia las fincas de los nobles, que transforma en pueblos dotados de una organización municipal, inicia una política comercial y democrática y promulga leyes contra la ociosidad. Periandro emprende, en 627, importantes obras públicas para acabar con el paro, dota a la ciudad de agua potable y construye un puerto. En Megara, en 640, Teagenes confisca las grandes propiedades y las distribuye al pueblo.



Barca egipcia. Relieve del Palacio Sanherbic, en Kujundschik.
Museo Británico. Londres.

En la Magna Grecia, en las colonias nuevas donde no existe nobleza, las ciudades encomiendan a los legisladores la preparación de constituciones.

En 663, Zaleucos introduce en Locres la igualdad del derecho civil y entrega el gobierno a una oligarquía plutocrática. Treinta años más tarde, Charondas, en Catania, da el poder a la asamblea del pueblo, sustituye la jurisdicción de clase por la popular y destruye la solidaridad familiar. En Atenas, el código de Dracón termina, en 621, con los privilegios de la nobleza, y Solón, en 594, inspirándose en el código de Bocoris, a quien había conocido en Egipto cuando viajaba vendiendo aceite, instaura la democracia moderada y la igualdad civil; suprime la prisión por deudas; libera a los sometidos a servidumbre por igual motivo; devuelve a sus antiguos propietarios las tierras que les habían confiscado los acreedores, y acaba con el régimen aristocrático. La base de la jerarquía social la constituye la riqueza y no el nacimiento. La dirección de los asuntos públicos pasa a la oligarquía de ricos, únicos que pueden ocupar los cargos de arconte y tesorero. Pero todos los atenienses participan en el gobierno, eligiendo en la asamblea del pueblo los cien candidatos entre los cuales son seleccionados los nueve arcontes, constituyendo los tribunales populares y escogiendo los miembros del consejo de los Cuatrocientos que, con el areópago formado por ex arcontes, ejercen el poder soberano.

Así aparece el principio de la representación popular por asambleas elegidas —aplicado por primera vez en Quío, Jonia—, que constituye una innovación esencial en la historia del derecho público.

nacimiento. La dirección de los asuntos públicos pasa a la oligarquía de ricos, únicos que pueden ocupar los cargos de arconte y tesorero. Pero todos los atenienses participan en el gobierno, eligiendo en la asamblea del pueblo los cien candidatos entre los cuales son seleccionados los nueve arcontes, constituyendo los tribunales populares y escogiendo los miembros del consejo de los Cuatrocientos que, con el areópago formado por ex arcontes, ejercen el poder soberano.

Así aparece el principio de la representación popular por asambleas elegidas —aplicado por primera vez en Quío, Jonia—, que constituye una innovación esencial en la historia del derecho público.

La constitución de Solón, promulgada en momentos de violentas luchas sociales, no satisfizo a nadie. El partido aristocrático le reprochaba haber puesto el gobierno de la ciudad en manos del pueblo, y el partido popular le atacaba por no haber expropiado las tierras pertenecientes a la nobleza. El conflicto social, apaciguado por algún tiempo, se agudizó en términos de mayor violencia, hasta que Pisístrato, en 561, encumbrado al poder por un alzamiento, instauró en Atenas una tiranía que había de terminar con el triunfo de la democracia, orientando definitivamente la ciudad hacia el comercio marítimo.

En todas las costas del Mediterráneo oriental, Egipto, Lidia, Jonia, Grecia, la Magna Grecia y Sicilia, simultáneamente con el desarrollo económico, tenía lugar un gran movimiento de emancipación social.

Pero mientras que en Egipto las reformas son obra del rey, apoyado por la opinión pública de las urbes, en las ciudades griegas autónomas son obra del partido democrático, que lucha por conquistar el poder.

Las ciudades de Egipto representan el más alto grado de civilización, lo cual explica la influencia que sobre el mundo griego ejercieron las reformas llevadas a cabo en Sais por Bocoris. Entre las ciudades griegas, las más ricas, más cultas y las mayores son, con mucho, las ciudades jónicas del Asia Menor. No se debe olvidar que el fideicomiso existía en Mileto cuando el testamento no estaba aún en uso en Atenas, y que Éfeso era un centro bancario internacional de bastante importancia para hacer empréstitos al rey de Lidia, cuando aún las ciudades de la Grecia propiamente dicha ignoraban los más elementales rudimentos de la banca.

Pero, más adelantada en Egipto y Jonia que en Grecia, la civilización que se desarrolla en los siglos VII y VI en todas las costas del Mediterráneo oriental posee caracteres comunes que crean entre Egipto, Lidia, Grecia y las ciudades fenicias relaciones intelectuales, religiosas y morales, así como también económicas. A tal extremo, que los grandes santuarios asiáticos de Dídimo, en Mileto, de Clarión, en Colofón, del Artemisión, en Éfeso, e igualmente el santuario griego de Delfos y el templo egipcio de Buto, gozan de universal prestigio en todos esos pueblos marítimos.

Asimismo, en todos ellos el culto agrario adquiere forma semejante. Desde la época del Imperio Antiguo, el culto osiríaco, nacido en Egipto, se combina con el culto de Adonis, en la costa siria, hasta tal punto que llega a confundirse con él.

Los misterios que penetran en Grecia como consecuencia del orfismo y de los cuales había de ser Eleusis el más célebre santuario, reciben también la influencia directa de las ideas osiríacas. La cosmogonía griega contiene elementos babilónicos, cretenses y egipcios. La epopeya homérica representa un fondo de tradiciones aqueas y troyanas entremezcladas. La idea de la inmortalidad del alma, de la redención del mundo por la muerte de un dios —Osiris, Anubis o Dionisos— y la creencia en una moral de la que depende el destino de los hombres en un mundo ultraterreno, representan la mayor aportación del pensamiento egipcio al griego. Anima la corriente mística que acompaña por doquier al movimiento democrático y prepara, seis siglos antes de nacer Jesús, el advenimiento del Cristianismo.

REFORMAS DEMOCRÁTICAS DE AMASIS Y RELACIONES ENTRE EGIPTO Y GRECIA

La evolución comercial, democrática y cosmopolita sumió a Egipto en honda crisis. El clero, gran latifundista y aferrado a la tradición, defiende sus privilegios que la población urbana combate. Al mismo tiempo, se difunde en Egipto un sentimiento de hostilidad contra los griegos que penetran por todas partes para rivalizar con los egipcios, incluso en sus propias ciudades. El rey Apries, apoyado en sus mercenarios griegos, resiste a las reivindicaciones sociales de la población urbana. Las milicias egipcias, enviadas para conquistar Cirene, se levantan contra él, y Amasis, general salido del pueblo, es proclamado rey por las tropas, siendo Apries asesinado más

directa de las ideas osiríacas. La cosmogonía griega contiene elementos babilónicos, cretenses y egipcios. La epopeya homérica representa un fondo de tradiciones aqueas y troyanas entremezcladas. La idea de la inmortalidad del alma, de la redención del mundo por la muerte de un dios —Osiris, Anubis o Dionisos— y la creencia en una moral de la que depende el destino de los hombres en un mundo ultraterreno, representan la mayor aportación del pensamiento egipcio al griego. Anima la corriente mística que acompaña por doquier al movimiento democrático y prepara, seis siglos antes de nacer Jesús, el advenimiento del Cristianismo.

REFORMAS DEMOCRÁTICAS DE AMASIS Y RELACIONES ENTRE EGIPTO Y GRECIA

La evolución comercial, democrática y cosmopolita sumió a Egipto en honda crisis. El clero, gran latifundista y aferrado a la tradición, defiende sus privilegios que la población urbana combate. Al mismo tiempo, se difunde en Egipto un sentimiento de hostilidad contra los griegos que penetran por todas partes para rivalizar con los egipcios, incluso en sus propias ciudades. El rey Apries, apoyado en sus mercenarios griegos, resiste a las reivindicaciones sociales de la población urbana. Las milicias egipcias, enviadas para conquistar Cirene, se levantan contra él, y Amasis, general salido del pueblo, es proclamado rey por las tropas, siendo Apries asesinado más tarde por la muchedumbre en una revuelta popular. Va a dar comienzo una era de grandes reformas sociales.

Bajo el reinado de Amasis (568-525), Egipto conoció una enorme prosperidad. Este rey, entronizado por la revolución, fue gran reformador y hábil político. El primer problema que requería solución era el de las relaciones entre griegos y egipcios, y Amasis reunió a todos los griegos en la ciudad de Naucratis, cerca del puerto de Faros, ciudad fundada antaño por los egeos y en la que los milesios habían instalado ya una factoría. Los griegos, entre los cuales dominaban los jonios, obtuvieron el derecho de gobernarse con arreglo a sus instituciones nacionales, aunque continuaron pagando el impuesto al faraón. Naucratis se convirtió rápidamente en uno de los principales puertos del Mediterráneo, y los griegos pusiéronse en relación con el comercio de Arabia y de la India. Naucratis, ciudad griega de negocios y diversiones, situada en pleno Egipto, fue uno de los más importantes puntos de contacto entre las dos grandes civilizaciones mediterráneas. A través de Naucratis, Amasis integraba Egipto en la economía griega. Por otra parte, se mostraba amigo de los griegos; enviaba estatuas suyas a Esparta y Rodas; contraía matrimonio con una princesa helénica de Cirene, y ponía pie en Chipre, donde se erigía en protector de los reyezuelos griegos contra las colonias fenicias, sus rivales. Al final de su reinado, intentó conseguir la hegemonía marítima entrando en alianza con el tirano Polícrates, de Samos, que disponía de una de las más poderosas flotas de entonces. Pero, al mismo tiempo, se unía en estrecha alianza con Creso, recién

El teatro de Delfos, al pie del monte Parnaso.

Como Amasis disponía del gran puerto griego de Naucratis, Creso incorporó a su reino, manteniendo su autonomía, a las ciudades jónicas. Ambos soberanos ofrendaban en Delfos fastuosos presentes.

Entre Grecia y las cortes de Sais y Sardes, las relaciones son constantes. El célebre filósofo de Mileto, Tales, entra como ingeniero militar al servicio de Creso, que también atrae a su corte al sabio filósofo Bias, paga una pensión a Esopo, encarga joyas a Teodoro de Samos, cubre de oro a Alcmeón de Atenas, socorre a Milcíades, apresado por los indígenas del Ponto, contrae empréstitos con los banqueros de Éfeso, e inicia la acuñación de moneda real, operación que va ser imitada por todas las ciudades griegas.

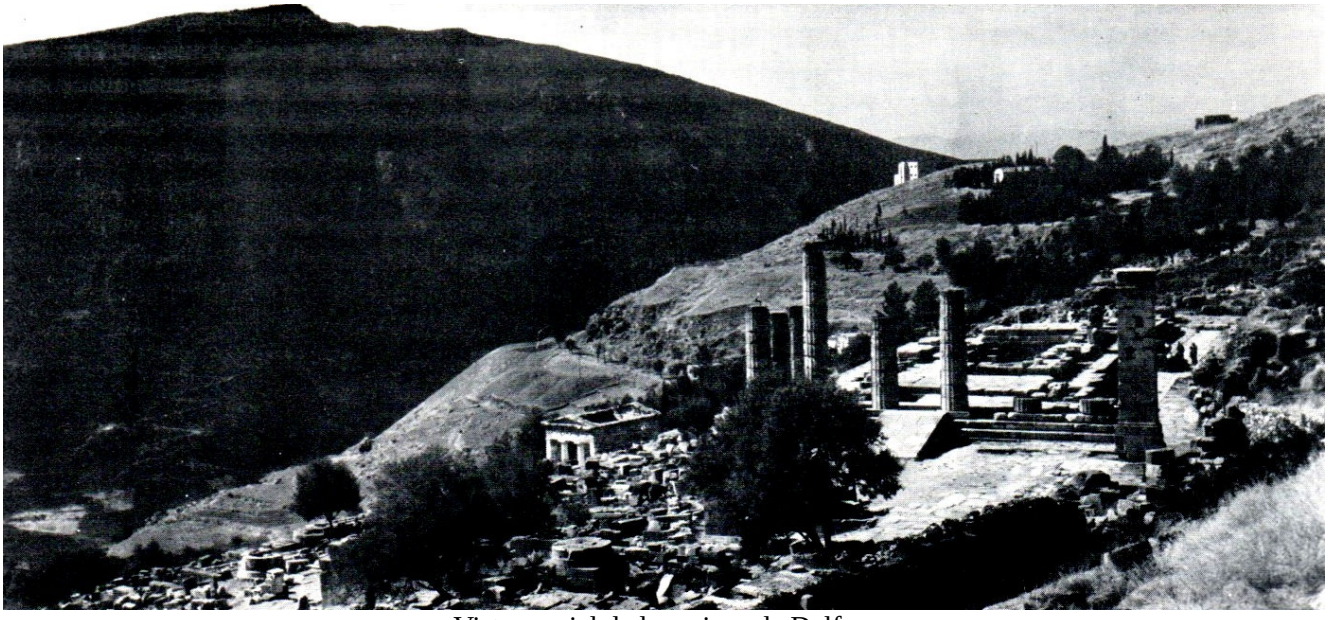
Las relaciones entre Egipto y los griegos no son menos intensas. Solón, Tales y Pitágoras realizan viajes de estudio a Egipto. Los griegos hacen el aprendizaje de los negocios internacionales tanto en Naucratis como en Sardes, y mercenarios, mercaderes o marinos pueden ver de cerca las grandes reformas democráticas que Amasis lleva a cabo en aquel momento.

Amasis, encumbrado al trono por la revolución, fue más bien un tirano de tipo griego que un faraón. Su reinado inaugura un régimen nuevo en la historia de Egipto. Trasplantando al terreno nacional las teorías políticas de las ciudades griegas, Amasis reúne una asamblea de notables entre los cuales no figura, cosa paradójica en Egipto, ningún sacerdote. Con la colaboración de la asamblea, lleva a cabo una verdadera

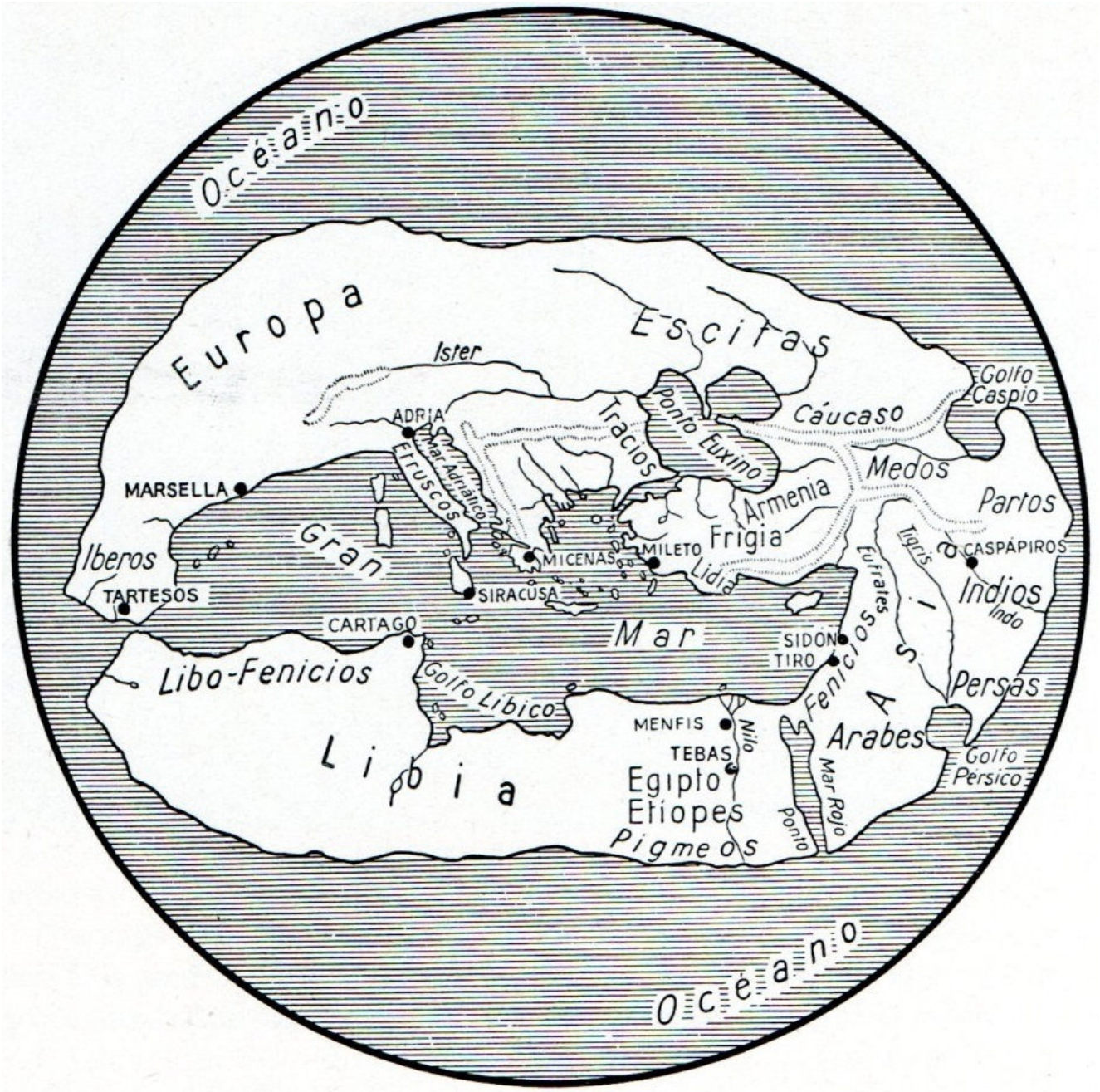
reúne una asamblea de notables entre los cuales no figura, cosa paradójica en Egipto, ningún sacerdote. Con la colaboración de la asamblea, lleva a cabo una verdadera transformación de las instituciones egipcias. Se suprimen los privilegios del clero; los templos pasan a depender de la administración real, y quedan abolidos los últimos vestigios del régimen señorial que aún subsistían en el Alto Egipto. Todos los censos que los templos percibían del pueblo, semejantes al diezmo, son abolidos, y los ingresos procedentes de las propiedades religiosas se dedican al Estado, el cual crea, en cambio, un presupuesto para culto.

Esta reforma, que puede compararse por su amplitud y sus principios a la realizada en 1789 por la Asamblea Nacional francesa, va acompañada de una reorganización fiscal; el catastro, restablecido, constituye la base del impuesto, evaluado, en lo sucesivo, exclusivamente en dinero y calculado con arreglo a la renta del contribuyente.

Al movilizar la propiedad, las reformas de Amasis dieron por resultado un aumento en la economía capitalista. Los templos, cuyos bienes son administrados por el Estado, organizan dentro de sus dominios talleres industriales que trabajan para el comercio. El arrendamiento se extiende por todas partes, sustituyendo a la tenencia, y a causa de la incesante puja de los arrendamientos, determinada por el alza del valor en los productos agrícolas, la tierra es objeto de especulaciones comerciales. El individualismo, que se manifiesta en el derecho privado, favorece el desarrollo de los negocios. La economía liberal triunfa, y con ella el trabajo libre, ya que contrariamente a lo acaecido en Grecia, donde la mano de obra individual está integrada en su mayor parte por esclavos, en Egipto se recluta exclusivamente en la población libre. Ni el propio Estado utiliza ya esclavos; la política pacifista de los reyes saítas no proporciona prisioneros de guerra.



Vista parcial de las ruinas de Delfos.



El mundo, tal como lo concebía Hecateo, hacia el año 500 A. J., era un disco plano dividido en tres partes: Europa, Asia y Libia, emergiendo del océano primigenio.

En Grecia, el desarrollo de la democracia social va acompañado del triunfo de la democracia política. En Egipto, por el contrario, coincide con el incremento del poderío monárquico. Las ciudades terminan por perder su autonomía, pero la igualdad social triunfa en todo el país. En Grecia, todas las ciudades democráticas viven de la explotación de un numeroso proletariado servil; en Egipto, no existen esclavos. Las ciudades griegas no reconocen derechos sino a sus ciudadanos. Al pasar de una ciudad a otra, el griego se convierte en extranjero, sin capacidad para poseer bienes inmuebles; en todo Egipto no hay sino egipcios iguales en derechos. En Grecia, cada ciudad es un pequeño estado agrupado muy íntimamente en torno a un culto estrictamente local; en Egipto, la religión une a todos los habitantes en una misma fe mística y en el respeto a una misma moral.

FORMACIÓN DE LA CIVILIZACIÓN MEDITERRÁNEA

Egipto, en pleno renacimiento artístico y espiritual, ejerció en la época saíta una influencia considerable sobre el pensamiento griego, cuya cuna fueron las grandes ciudades jónicas, tan estrechamente unidas a las ciudades del Delta.

A partir del siglo VII, el progreso económico y social de las poblaciones griegas del Asia Menor va seguido de un movimiento intelectual extraordinario. En la esfera religiosa, la antigua tradición, representada por los himnos homéricos, toma un carácter nuevo. Bajo la influencia del misticismo osiríaco se desarrolla la literatura órfica, que acompaña la migración triunfal en Grecia de los grandes dioses jonios Apolo y Deméter, cuyos santuarios clásicos serán Delfos y Eleusis. Hesiodo intenta realizar el sincretismo de las diferentes cosmogonías y dar así a la teogonía griega su forma definitiva, presentando la génesis, según la tradición oriental, como concretada en una genealogía de los dioses.

Estatua de un sacerdote. Pizarra verde. Alrededor de 400 A. J.
Museo del Estado. Berlín.

El gran desarrollo adquirido por los cultos de misterio difunde el arte musical frigio, dando un magnífico impulso a la poesía coral en Jonia y en la Magna Grecia.

La amenaza de las invasiones cimerias y la lucha de las ciudades jónicas contra Giges dan origen a los poemas políticos de Calino de Éfeso y de Mimnermo de Colofón; mientras que la vida rica y fácil, impregnada de la voluptuosa molicie asiática debida a la prosperidad económica en las urbes comerciales, da origen al arte y a la poesía amatoria que cantan las odas de Mimnermo, Alceo de Mitilene y Safo de Lesbos.

Pero, junto a la clase pudiente, el pueblo se agita y las luchas sociales degeneran en guerra civil. Arquíloco de Paros insulta a los aristócratas con sus yambos satíricos, mientras Mimnermo y Alceo fulminan su odio contra la democracia y Denófanes ridiculiza a los jóvenes afeminados de la clase rica que se pavonean con afeites y modales de mujer. Toda la vida ardorosa de Grecia parece condensarse en una inspiración poética enteramente nueva.

Mas por interesante que sea, el movimiento literario jónico palidece ante la majestad con que repentinamente se desenvuelve en el siglo VII el pensamiento humano en la filosofía jónica, que se inicia en Sardes y Naucratis, en la civilización milenaria de la antigüedad oriental.

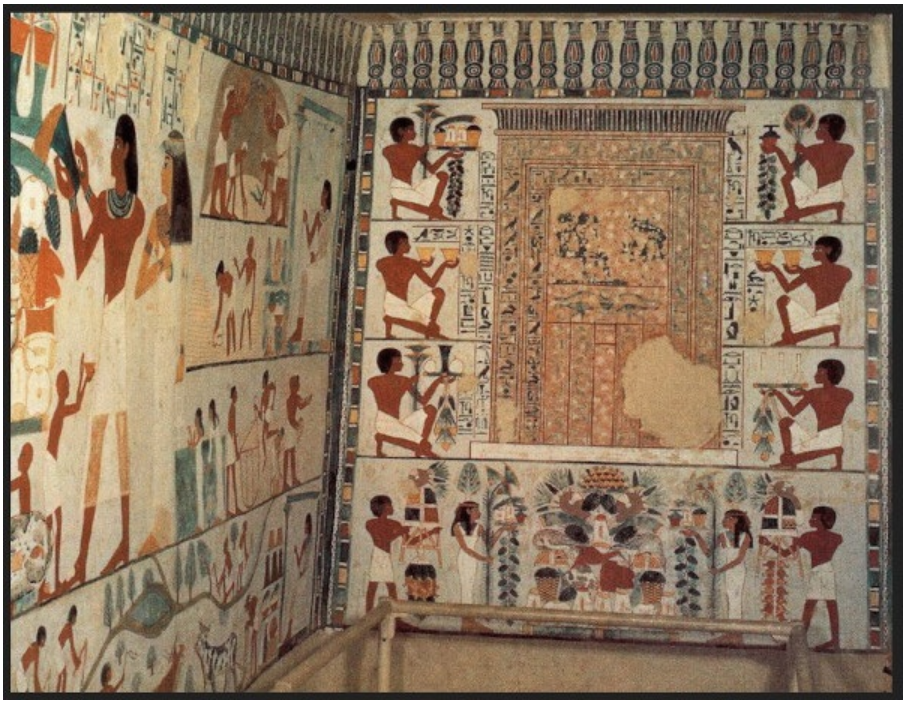
Adquiere su impulso en Mileto al florecer el individualismo entre las luchas sociales y económicas, donde aparecen a la vez la riqueza material y un extraordinario desarrollo de la personalidad humana.

La escuela jónica, fundada por Tales, perspicaz hombre de negocios y espíritu enciclopédico, hubo de iniciar a Grecia en los pensamientos egipcio y asiático, permitiéndole de esta suerte asimilar los resultados adquiridos por treinta siglos de civilización oriental.

El pensamiento de Tales se inspira directamente en la cosmogonía solar de Egipto, de la cual toma la noción del universo formado de espíritu y materia, pero trasponiéndola de la esfera religiosa a la filosófica y física.

El panteísmo de Anaximandro, que se eleva hasta formular una moral estrictamente vinculada a la teología amoniana, le lleva a sacar del caos primero, concebido por las religiones orientales, la noción del infinito en que ve el principio de todas las cosas, y a sustituir la idea de la creación perpetua del mundo por la divinidad, por la del movimiento eterno y la evolución de la materia, inspirada en el evolucionismo babilónico. Y Anaximeno no hace sino adaptar a la filosofía la idea del Ka egipcio, cuando escribe: «Nuestra alma, por ser aire, es en cada uno de nosotros un principio de unión; igualmente el hálito, o el aire, contiene el mundo en su conjunto».

Al mismo tiempo que las teorías teológicas, los milesios toman de Caldea y de Egipto sus ideas científicas, astronómicas y matemáticas.



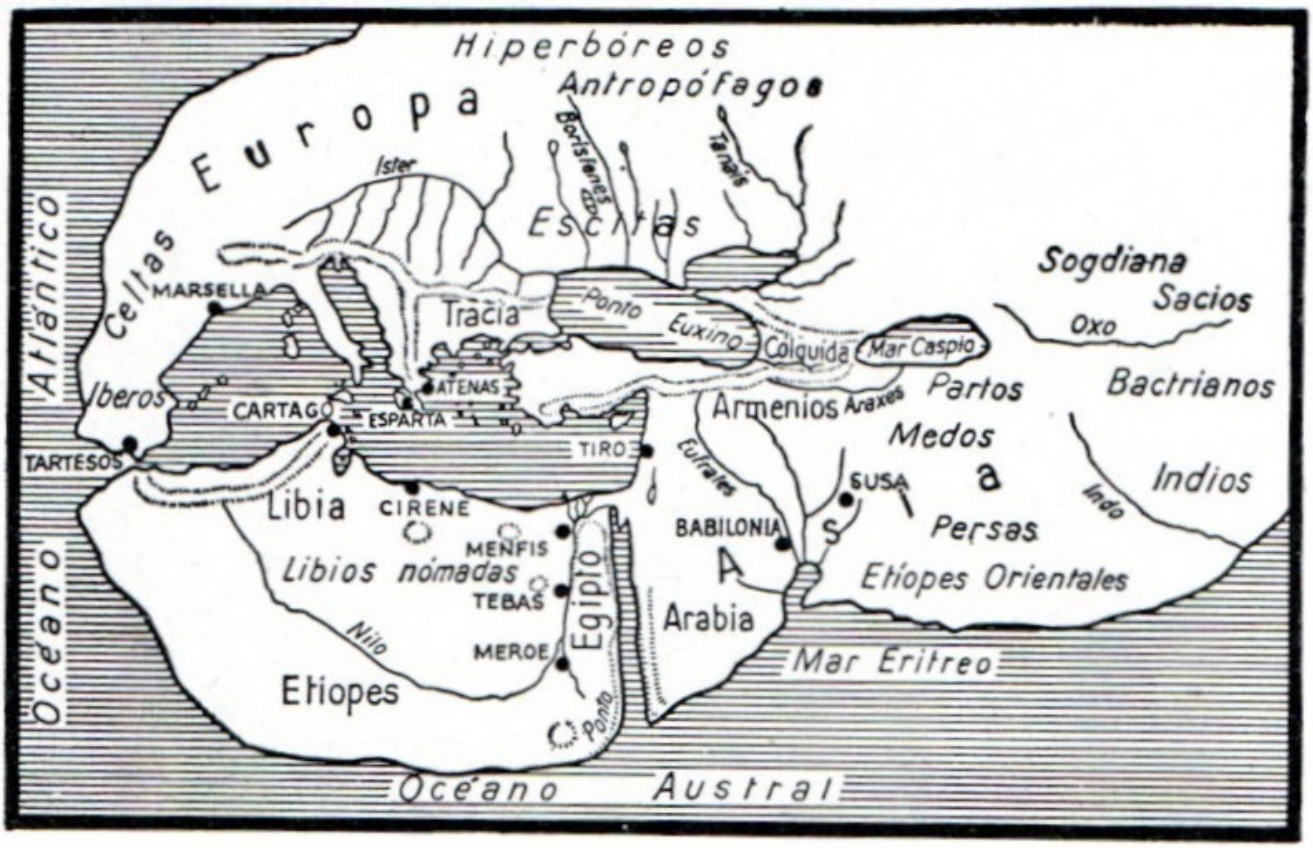
Frescos de la tumba de Nakht, en Tebas.

Pitágoras de Samos introdujo en Grecia teorías místicas sobre la vida del más allá, directamente inspiradas en el *Libro de los muertos*; Jenófanes de Colofón, fundador de la escuela espiritualista de Elea, al expresar la noción de un dios único, concebido en forma de espíritu puro, no hace sino parafrasear célebres himnos solares escritos en Egipto en la época del Imperio Nuevo. Heráclito de Éfeso abandona, es cierto, la idea de la creación cuando escribe: «Este mundo, que es igual para todos, no ha sido hecho por ningún dios ni por ningún hombre, sino que ha sido siempre, es, y será siempre, un fuego eternamente vivo que se enciende con mesura»; pero más próximo al pensamiento egipcio de lo que cree,

coincide con él haciendo de la identidad de los contrarios el principio mismo del mundo, como los egipcios lo reunían en lo absoluto de la divinidad. La religión de Egipto fecunda tanto el pensamiento griego como su arte; el estilo protodórico, que reaparece en tiempos de la monarquía saíta, inspira directamente, en la misma época, los estilos jónico y dórico, que constituyen la base de toda la arquitectura griega.

Estatua de mujer, procedente de la Acrópolis.
Museo de la Acrópolis. Atenas.

Mas Grecia, nutrida de la antigua cultura religiosa, científica y artística del Oriente, vuelve a considerarla para deducir una visión del mundo enteramente nueva. Comparando entre sí las conclusiones a que habían llegado el pensamiento egipcio y el babilónico, creó Grecia la lógica, de la cual salieron a un mismo tiempo la filosofía y el método científico que habían de sustituir a la teología y al empirismo de las civilizaciones arcaicas. El extraordinario talento literario de los griegos, su nueva noción de la medida, que introdujeron en el arte menos rústico y más realista por ellos concebido, aportaron a la civilización una forma de pensamiento hasta entonces desconocida: el racionalismo. Misticismo egipcio y racionalismo griego serán en lo sucesivo los dos polos entre los cuales va a evolucionar esta nueva civilización surgida de las relaciones establecidas a través del mar entre el Oriente, Egipto y Grecia: la cultura mediterránea.



Heródoto, hacia 750 A. J., abandona la tesis de Hecateo, que consideraba al mundo como un disco envuelto por el océano. Para el gran historiador griego, la forma y la extensión de los continentes son desconocidas.

Es muy significativo, por otra parte, observar que los griegos, desde el siglo VI, se dieron cuenta de la continuidad y la unidad de las civilizaciones que habían servido de fundamento a la suya. Para poderlas estudiar, Hecateo de Mileto, impresionado por lo que divide, pero también por aquello que une a los pueblos, creó la crítica histórica, en la que hubo de inspirarse en adelante la brillante escuela de historiadores y geógrafos de Jonia. El filósofo Anaximandro publicó el primer tratado de Geografía; Scilax de Carianda, que había de ser almirante de la flota persa en la India, publicó una *Descripción de la Tierra*; Cadmos de Mileto estudió los orígenes de su ciudad. Pero Hecateo fue superior a todos ellos. Como geógrafo, y al regreso de sus viajes a Persia, Egipto y España, compuso su *Viaje alrededor del Mundo*; como historiador, se esforzó en sus *Genealogías* por establecer concordancias entre la historia de Jonia y la de Egipto.

La civilización oriental atraía tanto a los griegos que los sucesores de Hecateo, Carón de Lampsaco, Xantos de Lidia y Dionisio de Mileto, se limitaron en sus obras a la historia de Oriente, hasta el día en que Heródoto, nacido hacia 485 en Halicarnaso, integró a Grecia en la magnífica visión del mundo hasta entonces conocido, que presentó en su gran trabajo histórico concebido, probablemente sin que él mismo se diera cuenta, como un verdadero ensayo de historia universal.

CAPÍTULO CUARTO

El Imperio persa inicia la era de la economía universal (Del siglo VI al V A. J.)

1. La formación del Imperio persa

LA CONQUISTA

En el siglo VI, la evolución que se produce en el mundo oriental crea una estrecha interdependencia entre todos los pueblos. Los grandes acontecimientos, cualquiera que sea el lugar en que se producen, tienen una inmediata repercusión internacional.

El Imperio medo, envuelto al Este y al Norte por el imperio de Babilonia y extendido desde la India hasta Lidia, no tiene, como Egipto, una base nacional, ni como Babilonia o Lidia, una base económica: es una amalgama feudal. No tiene otro vínculo que su dinastía, la cual en las relaciones internacionales ha llegado a adquirir una posición de gran importancia. La extensión de su territorio; su disciplinado ejército; las rutas del mar Negro a la India, que domina; sus inmensas posibilidades, hacen del país, gracias a su masa, una especie de árbitro internacional.

Ahora bien, este inmenso imperio depende del pequeño Estado medopersa, que atraviesa, en el siglo VI, una grave crisis interna producida por la rebelión de los señores feudales persas contra la política monárquica de su soberano medo. Ciro, después de haber logrado la unidad monárquica de la Persia feudal en 555, rechazó la soberanía del rey de Ecbatana. Nabunahid, a la sazón rey de Babilonia, esperando conseguir de este modo la ruptura del Imperio medo, sostuvo a Ciro contra su soberano Astiajes, y aquel, en vez de librarse de su tutela, lo sustituyó. La dinastía persa de los aqueménidas reemplazó a la dinastía meda (549), pero el imperio se mantuvo intacto.

La llamada cabeza de Rampih. Mármol.
Museo del Louvre. París.

Nabunahid, temiendo el conflicto, no se movió. Por el contrario, Creso, rey de Sardes, que esperaba aprovecharse de sus querellas dinásticas para arrojar a los medopersas del Asia Menor, se erigió en

defensor de Astiajes, su aliado, y franqueó el Halis, solicitando la ayuda de Egipto, de Babilonia y también de Esparta, que ya comenzaba a manifestarse como la potencia militar griega más importante. Ni Babilonia, ni Esparta respondieron al llamamiento. Únicamente Amasis, comprendiendo el grave peligro que representaba el Imperio persa, envió por mar un ejército para secundar a Creso, pero llegó demasiado tarde. La célebre caballería lidia fue derrotada por los meharistas persas. Creso corrió a encerrarse en Sardes, que fue tomada (546). Las ciudades de Jonia, divididas entre sí y hostiles a Creso, cuyo protectorado soportaban impacientes, se negaron a prestarle apoyo. Después de sucumbir una tras otra ante el ejército persa, Ciro logra paralizar a Mileto, la más poderosa de todas, mediante la firma de un tratado de amistad.

Ánfora ática del estilo mixto de la segunda mitad del siglo VI A. J.

Ciro, magnánimo, perdonó a Creso y le hizo donación de un patrimonio en Media. Durante su reinado, Creso había sostenido en las ciudades jónicas al partido democrático; Ciro, por el contrario, apoyándose en la oligarquía, estableció tiranos, quienes no pudiendo mantenerse más que con su apoyo fueron dóciles instrumentos de su poder personal.

En unos meses de campaña, se transformó el equilibrio político del mundo. El bloque Egipto-Lidia-Grecia, entonces en formación, quedó roto. Persia, dueña de toda el Asia Menor, se había convertido en un Estado marítimo.

Sin embargo, Ciro no llevó adelante sus conquistas hacia el Mediterráneo, sino que volviéndose hacia el Este, extendió su dominación hasta el Indo y el Yaxartes, en cuyas orillas fundó la ciudad de Cirópolis, punto de partida de la ruta que, a través de los grandes oasis del Asia Central, penetraba en China (545-539). Nabunahid había presenciado inactivo esta amenazadora expansión del Imperio persa, dueño en lo sucesivo de todo el tráfico continental del Asia Menor, del mar Negro y del Cáucaso hacia Mesopotamia, del Asia Central y China hacia Occidente, y de la India hacia el Éufrates.

Babilonia quedó entonces a merced de Ciro. Entró este allí casi sin combatir en 539, envió a Nabunahid a gobernar la satrapía de Carmana y nombró rey de Babilonia a su propio hijo, Cambises.

Las ciudades fenicias no tuvieron más remedio que someterse. En el espacio de siete años, toda Asia, del Mediterráneo al Turquestán, fue ocupada casi sin guerra.

EGIPTO Y GRECIA FRENTE A PERSIA

Frente al Imperio persa tan solo subsistían los estados marítimos: Egipto y las ciudades griegas. Grecia se hallaba en aquel momento en plena evolución, y Jonia, la parte más rica y culta del mundo griego, estaba en manos de los persas. Pero la Grecia de Europa se desarrolla rápidamente. En 561, algunos años después de la revolución democrática que elevó a Amasis al trono de Egipto, y el año mismo en que Creso ceñía la corona de Sardes, Pisístrato, al frente de una fracción popular, instauraba la tiranía en Atenas y remataba la evolución democrática fomentando la pequeña propiedad con la creación de un crédito agrícola. Atenas, a partir de entonces, se torna definitivamente hacia el mar. La conquista de Jonia por Ciro, al provocar una gran inmigración de jonios hacia Atenas, originó una brusca prosperidad, mientras que el destierro de Pitágoras y de Jenófanes, que pasaron de Jonia a la Magna Grecia, cambia el meridiano del pensamiento griego.

En 535, la tiranía democrática se establece en Naxos, con Ligdamis, y en Samos, con Polícrates, e inmediatamente los tiranos de Atenas, Naxos y Samos, que siguen la misma política social y económica, conciertan una alianza.

Bajo el firme y enérgico impulso de Polícrates, antiguo mercader de paños, Samos no tarda en llegar a ser gran potencia naval. Amasis, para poder resistir la amenaza persa, comprendió que necesitaba crear un frente marítimo y, al aliarse con Polícrates, dio a sus flotas reunidas la hegemonía naval.

Arrojado del continente, Egipto forma bloque con Grecia. Se preparaba el duelo entre el mar y la tierra.

Asia, sin embargo, aceptaba la conquista persa. Pero el absolutismo de Ciro no se parecía en nada al absolutismo asirio. Conquistada sin violencia, Asia se abandonaba dichosa de gozar la paz bajo una autoridad inflexible, pero liberal. Las poblaciones deportadas en otros tiempos por Nínive o Babilonia retornaban a su patria. A los judíos les era devuelta Palestina (549) y Ciro les hacía importantes donativos para la reconstrucción de su templo. Las estatuas de los dioses, arrebatadas anteriormente a los pueblos vencidos, les eran reintegradas con muestras del mayor respeto. Ciro aparecía como libertador tras las dominaciones asiria y babilónica.

Frente al continente unificado, Grecia se deshacía en luchas intestinas. Las ciudades no cesaban de combatir entre sí, desgarrándose al mismo tiempo en terribles conflictos sociales. En cuanto a Egipto, confiado en la fuerza de su flota, descuidaba la organización de un ejército de tierra atendiendo casi exclusivamente a su reconstrucción social, que despertaba, por lo demás, en un amplio sector del país —el clero y las clases aristocráticas—, una oposición sorda.

Persia, antes de lanzarse a la guerra, se preparó por medio de una acción diplomática. Ciro, para ganarse el partido aristocrático de Egipto, contrajo matrimonio con la hija de Apries. Y con su benevolencia hacia las ciudades jónicas, trató de apartar de Amasis a sus mercenarios jonios y carios.

En 529, Cambises sucedió a Ciro. En 526, su diplomacia triunfaba, logrando que Polícrates abandonara la alianza con Amasis y le prestase colaboración con su flota. A partir de aquel momento, Egipto estaba perdido. Sin ejército nacional, políticamente dividido hasta en las más altas esferas gubernamentales, el país se hundiría en cuanto se produjera el primer choque con el ejército persa. La muerte de Amasis fue la ocasión que esperaba Cambises para invadir el Delta. Ante el ataque y la secreta labor de desmoralización llevada a cabo por agentes del enemigo, Egipto se disgregó. Fanés, que mandaba el ejército mercenario, traicionó al rey Psamético III, provocando la derrota del ejército egipcio en Pelusa. En seguida, Udjahorresent, almirante jefe de la flota, negoció y ofreció su colaboración al enemigo. Sin embargo, el rey defendiose en Menfis; pero la ciudad fue tomada al asalto (525) y, a pesar de las terribles crueldades y depredaciones ordenadas por Cambises, el país se entregó inerme. Este rey nombró al almirante a cuya debilidad debía tan rápida victoria, canciller del país conquistado. Egipto, vencido y avasallado cuando se hallaba en la cumbre de su prosperidad, se hundió, moralmente, dividido y traicionado por sus jefes, excepto el rey.

Trono etrusco de bronce, reconstrucción.

2. Grecia antes de las guerras médicas

LUCHAS POLÍTICAS Y SOCIALES

En el momento en que sucumbe Egipto, conquistado por Persia, el mundo griego, único que todavía no se halla sometido a su imperio, está en plena efervescencia.

En la Magna Grecia, la liga aquea —Síbaris, Locres y Crotona—, que constituía una verdadera potencia, se deshace en luchas intestinas. El partido democrático triunfa en Síbaris, entonces la más rica de las urbes griegas de Occidente, mientras que en Crotona, donde las asociaciones religiosas fundadas por Pitágoras preconizan un régimen dirigido por un grupo moralmente selecto, domina la aristocracia. Tales divergencias políticas suscitan una rivalidad económica implacable. Crotona aspira en realidad a arrebatar a Síbaris el

señorío de la ruta que, por Pesto, le asegura el monopolio del comercio con los etruscos. En 510, Síbaris, vencida, fue completamente arrasada. La confederación aquea se había suicidado. Tarento, gobernada por el partido aristocrático, comenzó a ejercer la hegemonía en la Magna Grecia. Pero la democracia triunfante no iba a tardar en asumir el poder en Tarento (473), derrocando en Crotona al gobierno de los pitagóricos, que el populacho exterminó quemándolos en el mismo convento donde estaban organizados en comunidad religiosa.

Sicilia, Siracusa, Agrigento, Leontinoi y Megara-Hiblaya, presas de terribles crisis sociales, se combatían además entre sí. En Megara-Hiblaya (608), y en Agrigento (570), la plebe había alzado al poder a tiranos que habían adquirido la traza de jefes militares en razón a la lucha que las ciudades griegas sostenían contra la doble hostilidad de Cartago y los etruscos. Esta misma lucha se imponía en Marsella, la poderosa ciudad fundada en el siglo VI por los jonios que habían ido en busca de la plata española, y que había llegado a ser centro de una rica talasocracia dominante en toda la costa de Provenza y el curso del Ródano. Cartago, que pretendía reservarse el tráfico con España, cuya costa ocupaba, y los etruscos, instalados en Córcega y Cerdeña, se unieron contra ella en 535. Pero lejos de agruparse contra este doble cerco, las ciudades griegas sentían tan feroz hostilidad entre sí y se hallaban tan exclusivamente preocupadas por sus intereses económicos, que las conquistas de las ciudades de Jonia por Persia, en 546, habían pasado inadvertidas, pues no habían suspendido el tráfico con el Asia Menor.

A fines del siglo VI, la evolución social de Sicilia se precipitaba simultáneamente con un incremento de prosperidad económica. El régimen de tiranías populares se extendía y pasaba a Gela Himera (Regio). La democracia, presta a luchar, triunfaba en todas las ciudades griegas del Mediterráneo central.

Ruinas del templo E, en Selinunte (Sicilia).

En la Grecia continental, Corinto, Megara y Sicione, por el contrario, habían rebasado ya en aquel momento la crisis dictatorial. Regímenes democráticos templados, dominados por una oligarquía de hombres de negocios, sustituyeron a los tiranos. Solamente Egina, nunca conocedora del régimen tiránico, ya que por haber sido fundada sobre una roca estéril no tuvo aristocracia territorial y pudo llevar a cabo la evolución social sin encontrar resistencias, vivió bajo un gobierno francamente democrático, representante de los pequeños productores que constituían su poderío industrial. La industria en Grecia, nacida a resultas del contacto con el comercio, es un fenómeno reciente. Por su rápido desarrollo, carece de mano de obra. Los navegantes griegos son aventureros que venden, pero también se dedican eventualmente al pillaje. Comercian en vino, trigo, aceite, metales, paños, quincallería y alfarería, pero además trafican en esclavos capturados en Tracia y Escitia. Quío es el principal mercado donde se provee la industria griega. En Egina, un gran número de esclavos, tal vez cien mil, trabajan en los talleres.

Ello constituye una novedad en la organización económica. El Oriente no había conocido la esclavitud industrial. En Egipto, Fenicia y Sardes, los jornaleros eran hombres libres, como probablemente en Jonia. El Oriente conoció la esclavitud agrícola, esclavizó pueblos sujetándolos a la tierra y utilizó esclavos domésticos, pero no empleó esclavos industriales en gran número. Es una innovación introducida por los griegos. El servilismo industrial, instrumento del capitalismo, nació de la navegación griega y fenicia.

Atenas, en el momento en que Cambises se apodera de Menfis, vive sometida a los hijos de Pisístrato: Hipias e Hiparco. Han abandonado estos la política de su padre y, remedando a los tiranos que Ciro ha puesto al frente de las ciudades griegas de Jonia, tratan de transformarse en soberanos, desligándose así del partido democrático. Tampoco la aristocracia está con ellos. Amenazada por el partido de los demócratas en el que militan, la burguesía mercantil y el proletariado van a tratar de organizar su defensa trabando alianza, fuera de Atenas, con la clase de terratenientes que domina en el Peloponeso, representada especialmente por Esparta. La lucha de partidos rebasa entonces los límites de la ciudad; los intereses de clase, sobre todo en el partido aristocrático, van a predominar sobre los de la comunidad nacional. De ciudad a ciudad se establecen inteligencias entre demócratas o aristócratas. Esparta, cuya constitución la erige en campeón de los gobiernos oligárquicos, atrae hacia sí a todos los elementos que luchan contra la democracia. Para poder comprender la perturbación que se produjo en aquel momento en la Grecia continental, importa darse exacta cuenta de lo que Esparta significa.

ESPARTA

Esparta tiene como origen la invasión doria, la cual, después de destruir la civilización micénica, crea en el Peloponeso varias colonias que se transformaron en aristocracias prediales. En las costas, en Corinto, Sicione, Megara y Argos, dichas aristocracias fueron absorbidas o destruidas como

consecuencia de la evolución social determinada por el renacimiento de la navegación. Pero en Esparta, grupo de pueblos aislados del mar, la aristocracia doria se mantiene y aun incluso extiende su dominio sobre Mesenia, ocupada por antiguas poblaciones aqueas. Al relacionarse con ellas, y bajo la influencia del comercio exterior que penetra en el Peloponeso, Esparta, sin embargo, evoluciona. Reunida en una ciudad bajo dos dinastías, una doria y otra aquea, cuenta con su asamblea de ciudadanos, formada por los terratenientes, y su gerusia, especie de senado del que forman parte los nobles principales. A comienzos del siglo VI, Esparta cobra el carácter de un Estado agrario y castrense, y Sardes y Egipto buscan su alianza.

Templo de Poseidón, en Pesto. Hacia 460 A. J.

Hacia el año 550, se produce en Esparta una vivísima reacción aristocrática dirigida por Quilón.

Los 25 000 espartanos —de quienes dependían 100 000 ilotas, campesinos sometidos a servidumbre, y 250 000 periecos y mesemos, que no poseían derechos políticos, pero gozaban de completa libertad económica y social— se hallaban bajo la amenaza de ser dominados por sus propios súbditos. Quilón, con el propósito de salvar la hegemonía de su clase, iba a detener el desarrollo de Esparta. Continuar aumentando las conquistas era acabar con el predominio de la minoría doria; Esparta cesaría, pues, de acrecentar su territorio. Permitir el desarrollo económico de la ciudad era ahogar a la aristocracia en una burguesía mercantil y rica, con la cual se vería fatalmente obligada a compartir el poder; para conservarlo, la aristocracia espartana, terrateniente y militar, se consagraría única y exclusivamente al ejercicio de las armas.

En los sucesivo, el Estado espartano adquiere el carácter de una comunidad militar. Todos los ciudadanos, dotados de una propiedad inalienable, cultivada por siervos ilotas, hállanse compelidos a servir exclusivamente al Estado. De los siete a los veinte años, reciben una educación social uniforme en campamentos juveniles, donde no se atiende a su formación intelectual o moral, sino únicamente militar y deportiva. Se les inculcará la noción de que el individuo, con independencia del grupo, para nada cuenta; únicamente existe el Estado, es decir, la comunidad de los espartanos que constituyen la clase dominante. La conciencia individual queda sustituida por la obediencia pasiva a la ley no escrita. De los veinte a los sesenta años, el espartano queda adscrito a una compañía militar y se mantiene en perpetua situación de movilizado. Con objeto de asegurar la continuidad estatal, está obligado a contraer matrimonio; mas para impedir la existencia en el Estado de ciudadanos enfermizos, a los niños nacidos en malas condiciones se les da muerte. Y como no pueden existir en Esparta ciudadanos pobres, el patrimonio, inalienable, conserva siempre su carácter de indivisible, transmitiéndose según un riguroso derecho de primogenitura. Si el hijo de un ciudadano no cuenta con medios necesarios para vivir, se le expulsa del cuerpo cívico y pasa a formar parte de la clase de los periecos. Los ilotas son siempre siervos, pero los periecos, aun privados de derechos políticos, gozan de derechos civiles y pueden dedicarse a todas las actividades económicas necesarias para la vida de la ciudad; entre ellos llega a constituirse una verdadera burguesía. El Estado espartano se compone, pues, de diversas clases de habitantes, pero solamente los ciudadanos, todos propietarios y militares, lo gobiernan. Solo ellos forman la asamblea que representa el cuerpo cívico del Estado y que ejerce, en derecho, la soberanía. Sin embargo, de hecho esta pertenece a la gerusia, senado del que forman parte, además de los dos reyes, veintiocho miembros con prerrogativas para elegir ellos mismos a los de nuevo ingreso y proponer a la asamblea la candidatura de los cinco éforos anuales, encargados del poder ejecutivo. Los dos reyes son también los jefes del Ejército, los éforos administran el Estado y los gerontes forman una oligarquía cerrada que gobierna y constituye el tribunal supremo de justicia.

Quilón quiso que los espartanos fueran «iguales» y para ello les concedió una extensión de tierra cívica equivalente. Pero de hecho, algunos —los que habían de constituir la oligarquía de los gerontes— poseían inmensas propiedades en Mesenia; y si los espartanos no podían dedicarse al comercio ni poseer metales preciosos, con el fin de conservar una sencillez de costumbres propia del soldado, sus mujeres tenían propiedades a su nombre, y los templos de Aquea llegaron a rebosar de riquezas que los gobernantes de Esparta habían ganado en la guerra y con el tráfico clandestino de la plata.

Esparta es exactamente lo contrario de una ciudad mercantil, ya que constituye una aristocracia agraria estancada en su evolución, porque aspira a seguir siendo una oligarquía privilegiada con el fin de mantener bajo su dominio, sin prostituirse con su

contacto, a las poblaciones sobre las cuales reina. Esparta no logrará unificar en torno suyo a Grecia, porque para ello sería menester que extendiera —como habrá de hacerlo Roma— el derecho de ciudadanía, ni tampoco podrá mantener un régimen territorial basado en la jerarquía social porque, de hecho, si no de derecho, su clase dominante se dejará absorber por la organización económica de Grecia con ánimo de enriquecerse.

Así, pues, Esparta representa la oligarquía de una raza de invasores que pretende mantener su dominación por la fuerza. Su sólida y bien cimentada estructura militar le garantizó durante dos siglos una verdadera potencia, permitiéndole cobijar bajo su autoridad a la liga del Peloponeso, instrumento de su hegemonía sobre la Grecia continental.

Torso de un guerrero espartano. Alrededor de 480 A. J.
Museo Nacional. Atenas.

ATENAS

La honda reforma de Quilón atrajo a Esparta al partido aristocrático ateniense. Hostil a la política monárquica de Hipias, tanto como a la del partido democrático, requirió el auxilio del ejército espartano, que se apoderó de Atenas. Hipias huyó a la corte de Persia, instaurándose en la ciudad un régimen democrático. Abolida la constitución de Solón, un tribunal compuesto de trescientos aristócratas instauró un régimen de terror pronto derrocado por la insurrección del pueblo. Los demócratas se adueñaron del poder y Clístenes (508), su jefe, dotó a Atenas de una constitución que consagró el triunfo de la democracia. El Ática fue dividida en cien demos, especie de municipios, dotados cada uno de ellos de una asamblea, un demarca electo, presupuesto propio y personal encargado de velar por el establecimiento del catastro y del registro civil. Los cien demos territoriales hallábanse agrupados en diez tribus administrativas, compuestas a su vez por demos urbanos, rurales y marítimos, a fin de reunir en cada uno elementos pertenecientes a las diferentes clases sociales y a todas las profesiones. Cada tribu debía formar un regimiento. Atenas estaría gobernada por diez arcontes[1], insaculados entre cuarenta candidatos de la

primera clase, elegidos en las asambleas de los demos. El antiguo consejo de los Cuatrocientos, creado por Solón, se transformó en el consejo de los Quinientos, formado por cincuenta miembros de cada tribu, elegidos también por suerte entre los candidatos electos en los demos. El consejo estaba dividido en diez secciones que se reunían, sucesivamente en permanencia, para despachar los asuntos corrientes. La designación del presidente del consejo, que era jefe del Estado, se hacía diariamente por sorteo.

Inmediato al consejo de los Quinientos, subsistía, como tribunal supremo guardián de la Constitución, el areópago formado por los ex arcontes.

La gestión de las finanzas se hallaba confiada a diez recaudadores generales y a diez tesoreros, elegidos, como los arcontes, en la primera clase del censo.

A la asamblea del pueblo, la eclesia, que hasta entonces había desempeñado funciones de muy poca importancia, se le otorgaron facultades muy amplias: inspeccionaba la gestión de los magistrados; deliberaba sobre la paz y la guerra, y discutía y votaba las leyes que habían sido previamente elaboradas por el consejo.

En esta constitución, los arcontes y el areópago representaban a la clase rica, y la eclesia y el consejo de los Quinientos a toda la población. Subsistía un último privilegio en favor del gran capital, pero ya se presentía la lucha del pueblo contra la burguesía rica para arrebatárselo.

Esparta y Atenas representan, pues, los dos polos opuestos de la vida política griega. Después de hacer causa común momentáneamente contra Persia, rivalizaron para ejercer la hegemonía, acabando por destruirse ambas en una lucha sin piedad.

3. Fundación del imperio de Darío

LA TEORÍA DEL IMPERIO UNIVERSAL

Lo mismo que el asirio, el Imperio persa es una inmensa amalgama instituida por un rey feudal que se transforma en soberano absoluto en el país conquistado.

La política persa se diferencia esencialmente de la seguida por Asiria en su época; la explotación del imperio en provecho del pueblo domeñado es sustituida por la idea de una gran comunidad imperial. Pero al proceder de este modo, ha separado necesariamente al rey del feudalismo persa, el cual a la muerte de Cambises se sublevó contra la política monárquica elevando al trono a uno de sus representantes, al aqueménida Darío I (521-486).

Instrumento de una reacción feudal, Darío, absorbido por su imperio, había de ser su genial organizador. Los señores persas continuaron figurando en su consejo ocupando los puestos de sátrapas de las provincias y conservando sus privilegios, mientras se transformaban en una simple nobleza real. No podían evitar que el rey elegido por ellos se convirtiese, gracias al poder recibido del Imperio, en soberano absoluto cuya política iba encaminada a la creación de un Estado universal.

El Imperio persa fue el más vasto que jamás llegó a formarse. Comprendía al Asia, del Mediterráneo al Yaxartes y al Hindu-Kush. Bastaron a Darío algunos años para darle unidad. Un imperio tan diverso solo podía tener por base un poder monárquico, y Darío, llevado al trono como rey feudal, se transformó en emperador hereditario, pretendiendo que su poder emanaba de la voluntad de los dioses. En Persia, invocó a Ormuz; en Babilonia, a Marduk; en Egipto, a Amón. No era, pues, un conquistador que se imponía por la fuerza, sino el legítimo poseedor de la soberanía otorgada por los dioses. En aquellas partes del imperio donde no existía ninguna doctrina dinástica, trató de introducir, con la ayuda de los magos persas, una religión monárquica y, al mismo tiempo, de tendencias universales. Los grandes templos de Éfeso, Sardes y Pesinonte fueron dotados de un clero persa que introdujo, con las ideas mazdeístas, la moral de Zoroastro o Zaratustra, yendo a parar, por la idea del más allá en que aquella se fundaba, a los cultos de misterios entonces tan en boga en todos los países mediterráneos. Los templos no debían ser únicamente centros religiosos y políticos, sino también económicos; el rey de Persia, depositando en ellos considerables cantidades de oro, permitió desarrollar la actividad bancaria que venían ejerciendo desde el siglo VII, adquiriendo así un enorme ascendiente en detrimento de los santuarios extraños al culto de los aqueménidas, como el célebre de Dídimo, en Mileto, el cual vio decaer simultáneamente su prestigio religioso y su potencia económica.

Necrópolis de Takhte-Djemchid, cerca de Persépolis. Tumba aqueménida. Está coronada por la representación del dios Ormuz.

Rey por la voluntad divina, Darío no fue como los reyes asirios un déspota cuyo absolutismo solo dependía de sus dioses nacionales. Mandatario de las divinidades de

todos sus súbditos, era responsable ante ellas. Así, tomó de los faraones egipcios y de los reyes de Babilonia la noción del poder monárquico identificado con la justicia. Se constituyó en protector de todos los súbditos, de las distintas regiones del Imperio, así como en representante del orden y custodio del bien de todos ellos.

LAS INSTITUCIONES IMPERIALES

Soberano universal, Darío se rodeó de un consejo en el cual, al lado de los señores feudales persas, fueron llamados a participar griegos, judíos, babilonios y egipcios. Lo mismo que los consejeros, también sus colaboradores —arquitectos, ingenieros, médicos, generales y almirantes— fueron escogidos en los distintos pueblos que formaban el Imperio. Escribas babilónicos organizaron la administración financiera y la cancillería. El iraniano, que no se escribía, fue adaptado a la grafía cuneiforme. El babilonio y el arameo eran, conjuntamente con el iraniano, los idiomas oficiales del Imperio. En todas las satrapías, los decretos reales eran bilingües; estaban redactados en la lengua del país y en una de las oficiales. Se crearon escuelas de escribas en las tres capitales de Susa, Babilonia y Ecbatana, y en la sede del gobierno de cada satrapía.

El Imperio quedó dividido en veinte satrapías, establecidas no según las antiguas fronteras nacionales, sino concebidas como unidades culturales o económicas. El Asia Menor comprendía cuatro satrapías, mientras que Egipto y Cirene fueron agrupadas en una sola; Mesopotamia, lo mismo que Siria, fue enteramente unificada.

En cada satrapía instalose un virrey; junto a él, un canciller dirigía la policía y un general mandaba el ejército. Estos altos funcionarios, independientes entre sí, recibían órdenes del rey. Agentes reales observaban su gestión, y aquel, teniendo en cuenta sus informes, decidía sin escuchar la defensa de los sátrapas acusados.

Cada sátrapa gobernaba superponiéndose a las instituciones locales. Ni en Egipto, ni en Babilonia, se efectuó cambio alguno en la administración. Únicamente fueron sustituidos algunos gobernadores locales por iranianos. Con respecto al rey, la misión del sátrapa consistía en representarle y en percibir el tributo. Este, fijado de manera uniforme para todo el Imperio en el 10 por 100 de renta territorial, se pagaba en metal precioso. Semejante base del impuesto real favorecía a la burguesía urbana, puesto que los beneficios mercantiles no se tenían en cuenta para el cálculo del tributo. Por otra parte, ofrecía la ventaja de proporcionar ingresos seguros y regulares que permitieron a los reyes de Persia evitar las crisis fiscales y acumular inmensas reservas metálicas. Alejandro halló un tesoro en Susa de 180 000 talentos de plata[2].

La contribución territorial hacía de las regiones agrícolas de Levante la base del Imperio. Aportaban, en efecto, un censo anual de 3320 talentos, mientras que Egipto, Siria y el Asia Menor no proporcionaban, en total, más que 2810 talentos y Mesopotamia 1000. Solo el Indo, región aurífera incorporada por Darío a su imperio, pagaba un tributo no calculado sobre la renta territorial; su parte, entregada en polvo de oro, representaba la crecida suma de 4071 talentos.

El censo pagado por las satrapías se invertía en cubrir los gastos imperiales de la corte, Ejército y obras públicas, principalmente en la construcción de carreteras, según el tipo creado por los reyes de Sardes. Era arteria vital del Imperio la ruta Susa-Sardes, de 2400 kilómetros, que los correos del rey cubrían en ocho días.

POLÍTICA ECONÓMICA Y SOCIAL

La organización fiscal se completó con una política monetaria, y Darío mandó acuñaran dáricos de oro de 8,41 g, primeras monedas con efigie real, y dracmas de plata que en lo sucesivo fueron las únicas de curso en todo el Imperio. Esta enorme obra, la unidad monetaria en todo el Asia Anterior, fue completada mediante la unificación del sistema de pesas y medidas con arreglo al patrón babilónico. El comercio y la banca recibieron un impulso considerable. El capitalismo floreció tanto que un comerciante lidio llegó a poseer, en dinero líquido, dos mil talentos de plata[3] y cuatro millones de dáricos de oro. El crédito se desarrolló extraordinariamente, descendiendo los intereses del dinero al 12 por 100[4].

El portal de Jerjes en Persépolis, capital de la Antigua Persia.

Al mismo tiempo que sus reformas imperiales, Darío siguió en los diferentes países donde reinaba una política conforme a sus particulares tradiciones. En Egipto, acentuó el carácter laico de la política saíta; los templos quedaron sometidos a la administración civil y sus rentas fueron entregadas al Tesoro; el matrimonio era un contrato civil más que un acto religioso.

En cambio, en la cuestión social, apoyado en el partido conservador, reaccionó contra la tendencia democrática de las reformas de Amasis. Ciertas medidas consideradas como excesivamente radicales, fueron derogadas, como, por ejemplo, las becas para los jóvenes carentes de recursos necesarios para asistir a la escuela de Medicina de Sais.

Persépolis: ruinas del palacio de Jerjes.

al régimen de intercambios.

Las grandes puertas del palacio de Darío, en Persépolis.

Necao había emprendido la construcción de un gran canal marítimo a través del istmo de Suez. Darío lo terminó, siendo la obra magna de su reinado. Al poner el Mediterráneo en comunicación directa con el de las Indias, por el mar Rojo, Darío perseguía un gran designio: amalgamar en un mismo sistema económico a Egipto, Mesopotamia y la India, unidas por primera vez en un solo y único Estado.

4. El Imperio persa frente al Asia

LA EXPANSIÓN DEL IMPERIO HACIA LA INDIA Y CHINA

La anexión de la cuenca del Indo al Imperio persa fue un acontecimiento histórico de suma importancia. La política económica de Darío tiende muy marcadamente a establecer un enlace entre la economía del Mediterráneo y la del Asia Central y extremo oriental. Ya Ciro, al crear Cirópolis, sobre el Yaxartes, se había orientado hacia las rutas de caravanas que, por él Asia Central, alcanzaban la China. Darío, instalado sobre el Indo, emprendió inmediatamente una política destinada a englobar la India en la economía imperial persa.

LA INDIA EN EL SIGLO VI A. J.

Desde hacía muchos siglos, en todo caso desde la invasión aria, la cuenca del Indo experimentaba una gran decadencia. La civilización aria se había desarrollado en la cuenca del Ganges en forma de una sociedad feudal que, tras larga evolución, alcanzó en la época de Darío la forma monárquica. Bordeaban el río ciudades creadas por el comercio; la burguesía, organizada en corporaciones mercantiles, mostraba gran espíritu de iniciativa y había logrado tal prosperidad que se igualaba, en importancia, a la de los terratenientes.

Las caravanas salían con regularidad hacia la costa occidental, yendo al gran puerto dravidiano de Baroch, orientado a Occidente. En el golfo de Bengala, otro puerto, Tanralipti, ponía al país del Ganges en relación con la India meridional, Ceilán, Indochina y el archipiélago malayo.

LA INDIA EN EL SIGLO VI A. J.

Desde hacía muchos siglos, en todo caso desde la invasión aria, la cuenca del Indo experimentaba una gran decadencia. La civilización aria se había desarrollado en la cuenca del Ganges en forma de una sociedad feudal que, tras larga evolución, alcanzó en la época de Darío la forma monárquica. Bordeaban el río ciudades creadas por el comercio; la burguesía, organizada en corporaciones mercantiles, mostraba gran espíritu de iniciativa y había logrado tal prosperidad que se igualaba, en importancia, a la de los terratenientes.

Las caravanas salían con regularidad hacia la costa occidental, yendo al gran puerto dravidiano de Baroch, orientado a Occidente. En el golfo de Bengala, otro puerto, Tanralipti, ponía al país del Ganges en relación con la India meridional, Ceilán, Indochina y el archipiélago malayo.

La cuenca del Ganges no solo era un importante centro económico, sino que también desarrollábase en ella un movimiento religioso y moral que había de tener una trascendental influencia en la historia de Asia.

EL BUDISMO

El culto a Vishnú, simbolizado primeramente por el falo —como el de Osiris—, se había ido transformando poco a poco en un misticismo orientado hacia la busca del bien, naciendo de él un concepto del ascetismo. Aparecieron órdenes religiosas mendicantes que, por la contemplación interior, trataban de acercarse al gran dios Brahma, dueño y señor de todo lo creado. Lo mismo que en Egipto, el dios creador era concebido como un espíritu puro que se objetiva en la creación. La esencia del hombre es, pues, espiritual; la salvación consiste en tener conciencia de pertenecer al Gran Todo, que es el mismo dios. Semejante visión panteística e idealista del mundo, que tanto recuerda la teología solar elaborada en Menfis, se diferencia de ella profundamente, sin embargo, por la acción ejercida sobre sus fieles. En Egipto, el panteísmo espiritualista, considerando las cosas sensibles como realizaciones materiales del pensamiento divino, desemboca en una visión optimista del mundo que impulsa a los hombres a la acción. En la India, por el contrario, al asimilar el espíritu al bien y la materia al mal, el brahamanismo desprecia la vida terrenal y busca el bienestar supremo en el nirvana, que al separar al hombre del mundo lo integra en el dios. Esta tendencia tomó cuerpo hacia el año 750 antes de Jesucristo, en el djainismo que para librarse del mal predicaba una penitencia que llegaba hasta la muerte por consunción.

Buda (560-483), en vida durante la época de Darío, fue uno de esos aspirantes al nirvana. Predicó el ascetismo y la indiferencia por los bienes terrenales, y a quienes no se sentían capaces de tal renuncia, les aconsejaba ejercitar la bondad, la modestia y la indulgencia. Para profesar lo primero, creáronse monasterios para hombres y mujeres donde se practicaba la pasividad total predicada por Buda.

Portadores de ofrendas. Paneles de la escalinata real de Persépolis.

La India ofrecía así este doble aspecto contradictorio: por una parte, era un pueblo donde el comercio había adquirido un desarrollo extraordinario y, al mismo tiempo, en contraste con aquel progreso material, el misticismo conducía a la clase más selecta del mismo hacia un nihilismo absoluto.

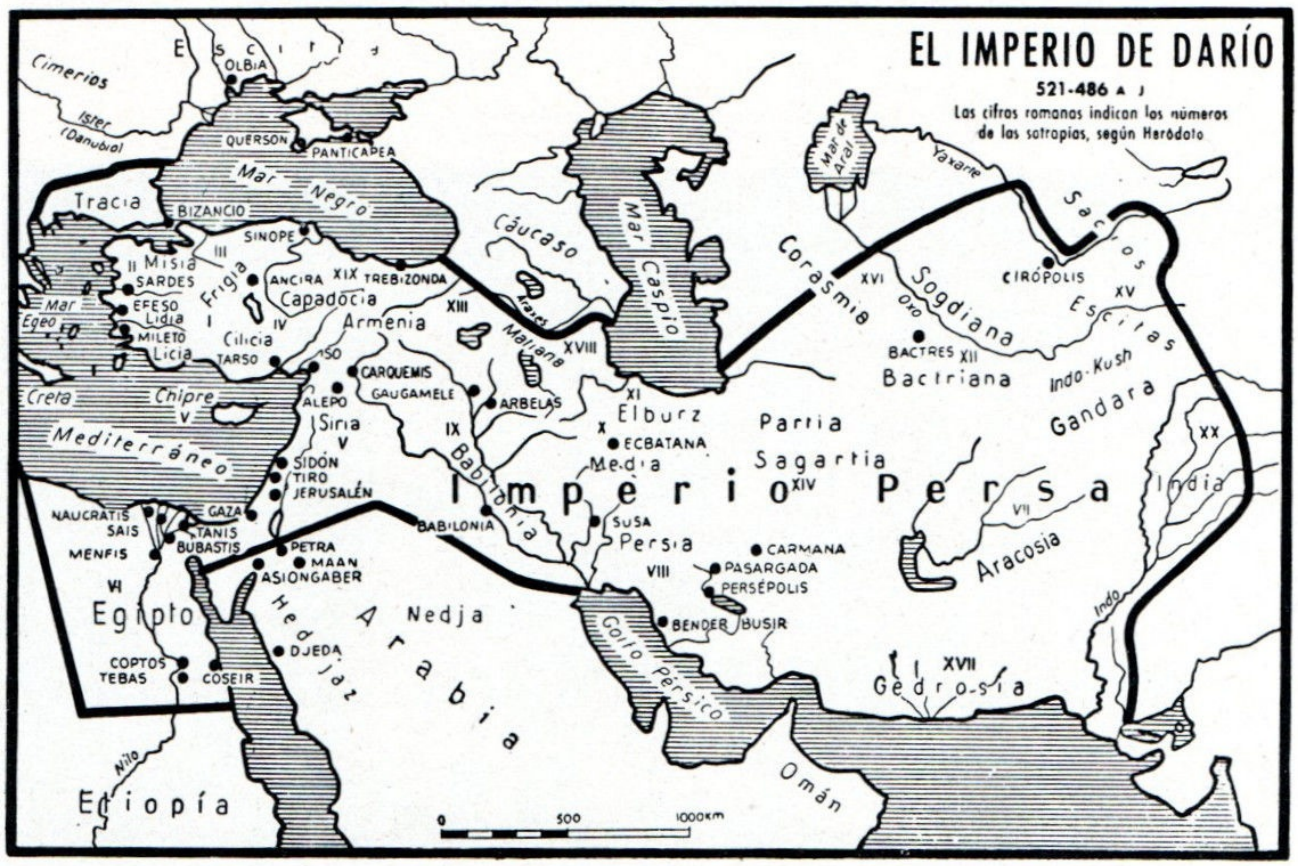
RELACIONES ECONÓMICAS DE LA INDIA CON EL OCCIDENTE

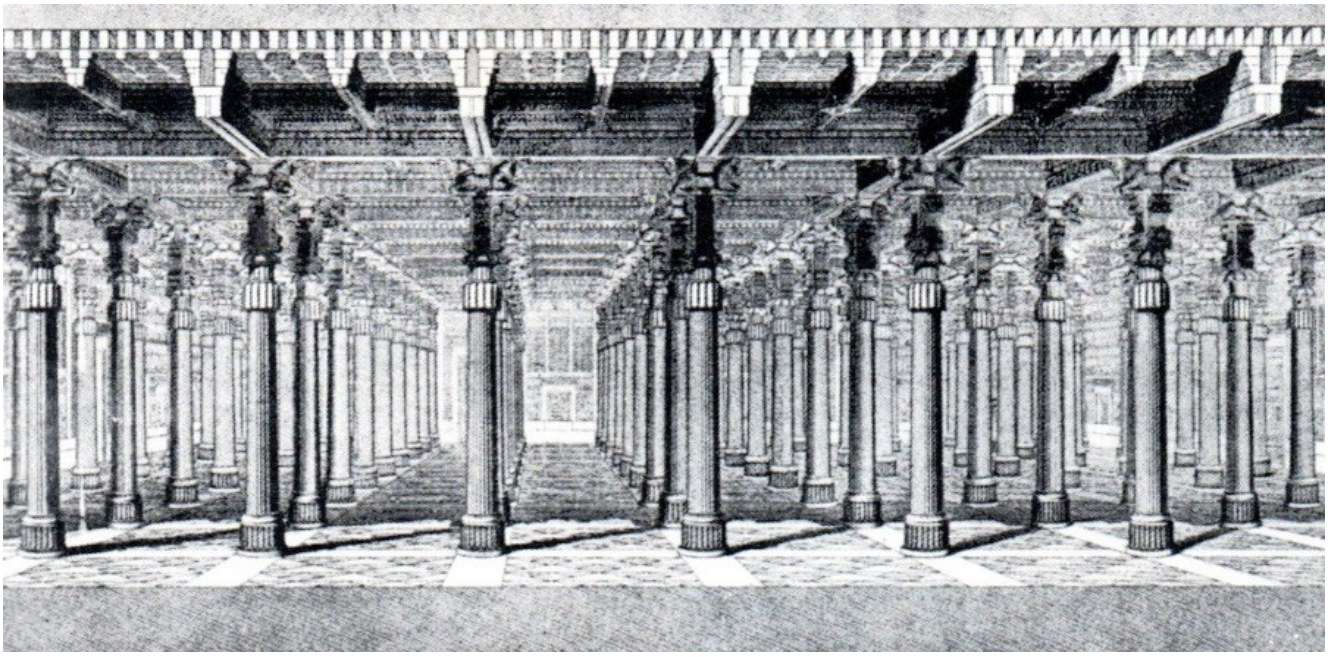
Darío, dueño de la India, trató de reanudar la vida económica. La decadencia en el Panjab era tan grande que la navegación por el Indo había desaparecido. Darío envió al almirante griego Escillax para que averiguase a qué mar conducía. Fundó un puerto en su desembocadura, lanzó una flota en el golfo Pérsico y la envió a Egipto navegando a lo largo de las costas árabes, por el mar Rojo. Después de treinta meses de navegación, Escillax llegó a su destino y fue recibido por Darío, que se había trasladado a Egipto para esperarle. La llegada de la flota india determinó al Gran Rey a organizar la terminación de un canal de cuarenta y cinco metros de anchura que debía atravesar el istmo de Suez.

Cuando este se inauguró, una flota del Mediterráneo salió en presencia del rey hacia Persia, por el camino de la India.

La apertura del canal de Suez había de tener en la historia del Asia Anterior y de Egipto una influencia decisiva. En adelante, Mesopotamia ya no podía ser la gran vía del Occidente hacia la India. El mar destronaba a la tierra. Egipto iba a desempeñar las funciones que, hasta entonces, habían dado inmensa prosperidad a Babilonia y se convertiría en lazo de unión del Occidente con Oriente. Dos siglos bastarían para realizar esta profunda revolución en la estructura económica del mundo, cuyas más

importantes consecuencias serían la decadencia de Mesopotamia y el advenimiento del Imperio romano.





La sala de las cien columnas, en el palacio real de Persépolis. Reconstrucción según Perrot-Chipiez.

La India quedaba unida a la vida económica de Occidente por el canal de Suez, y Cirópolis significaría también el mismo polo de atracción para China, que hasta entonces había vivido sin ningún contacto directo con el mundo del Asia Anterior e iba acercándose paulatinamente a la economía occidental.

CHINA

Mientras que en el tercer milenio Egipto y Mesopotamia alcanzan el apogeo del primer período de su historia, en la llanura del Huang-Ho aparecen los primeros elementos de la civilización china. En el segundo milenio, remonta el valle del Wei, hacia el Oeste, gana el Changtung, al Este, y progresa al Sur hacia el Huai-Ho. En el siglo XII aparece la escritura todavía en forma arcaica. En aquel entonces, la civilización de China, aún totalmente continental, ha logrado ya un alto nivel del que es testimonio la belleza de sus obras de arte en bronce. La monarquía señorial, establecida lentamente, se centraliza, desarrollándose una fastuosa vida de corte. Comienzan a establecerse relaciones comerciales con el Oeste y se crea una ruta caravanera a través de los grandes oasis habitados por la población aria de los tokarianos, al parecer emparentados con los iranianos.

EL IMPERIO PATRIMONIAL DE LOS CHEU

Durante este período, China es un país eminentemente agrícola. No posee centros urbanos modernos y el mar no desempeña ningún papel en su economía. Su religión, que todavía admite la práctica de sacrificios humanos en los funerales, desconoce toda preocupación moral, y los dioses intervienen en las contingencias de la vida de los hombres por medio de oráculos.

La monarquía china representa, pues, en el siglo XII, una sociedad mucho menos evolucionada que las de Egipto, Sumer y del Indo en el cuarto milenio. La célula social está constituida por el señorío territorial hereditario, y la población es toda ella sierva de la gleba, pero existe ya, en cada patrimonio señorial, por lo menos en la cuenca del Huang-Ho, un gobierno compuesto por un magnate de culto y ritos, que organiza la enseñanza y fija los trabajos agrícolas con arreglo a un calendario astrológico; un jefe del ejército, cuya recluta se lleva a cabo de hogar en hogar; un jefe de justicia, que persigue los delincuentes, y otro de la industria, encargado de la dirección del artesanado y de las bellas artes.

En esta sociedad, organizada sobre una base agraria y aristocrática, se desarrolla una moral fundada en las «cinco relaciones sociales»: de soberano a súbdito, de padre a hijo, de esposo a esposa, entre amigos, y de jóvenes a ancianos.

Durante siglos enteros, bajo la dinastía de los Cheu, China vivió en aquel equilibrio social debido a la organización patrimonial, mosaico de señoríos, bajo la autoridad de un rey que servía de vínculo al vasto territorio. Mas, poco a poco, hubo de formarse en torno a los príncipes una clase culta, cuyo poderío fue en aumento. Las guerras locales dieron origen a federaciones entre señoríos. Formáronse principados soberanos por encima de los antiguos señoríos patrimoniales, y el vasto imperio se desmembró durante el siglo VII, antes de Jesucristo, en una sociedad feudal constantemente desgarrada por cruentas luchas interiores.

Al mismo tiempo se esbozaba un movimiento social cuya finalidad era la emancipación de los siervos. Muchos señores perecieron asesinados por sus criados. La evolución social y política se precipitaba.

En el siglo VI aparecen verdaderos reinos feudales y los estados más poderosos absorben a los demás. Entre esos estados, el de Tsin, feudo constituido en el siglo IX en beneficio de un palatino, llega a ser el más importante. Hállase situado al este de China, en el país donde van a parar las rutas de caravanas procedentes del centro del Asia y de la India. El desierto ejerce en la vasta China la misma función que el mar en Egipto.

A comienzos del siglo VI, China entra en un nuevo período de su historia que se distingue por un gran desarrollo intelectual y moral. Dos grandes filósofos, Lao-Tsé (nacido en 604) y Kung-Fu-Tsé (Confucio, nacido en 552) dejan en su época huella definitiva de su pensamiento. Lao-Tsé, el Platón chino, formula una filosofía idealista que ve la verdadera realidad en las ideas puras. Nada existe fuera de los conceptos. El mundo material no es, pues, más que una ilusión de los sentidos, y la sabiduría consiste en no obrar, puesto que solo el pensamiento es libre. De la doctrina de Lao-Tsé —que se aproxima al brahmanismo— surge el misticismo que tan hondamente ha influido en la historia de China, preparando el fervor reservado al budismo.

Como en todas las grandes religiones antiguas, la doctrina explicada por Lao-Tsé es panteísta; la finalidad del hombre es llegar a fundirse en la divinidad, el Gran Todo, por medio del pensamiento.

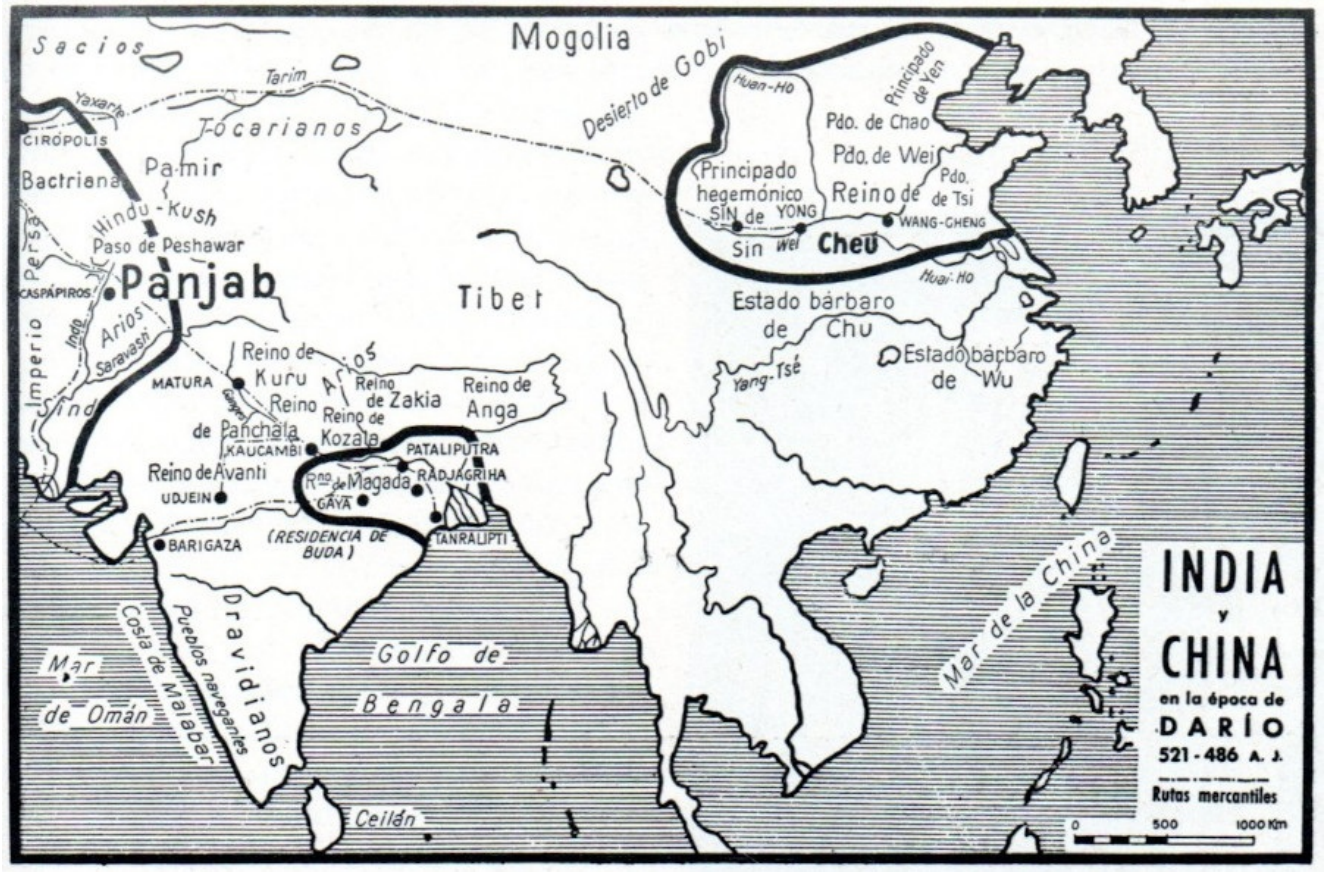
LAO-TSÉ Y CONFUCIO

En contraposición a la doctrina idealista —pero pesimista, como la de Buda— de Lao-Tsé, Confucio enseña una moral basada en la realidad sensible, la cual, según dice, hay que utilizar como mejor se pueda. Su método es científico; su fin, la acción, la reforma de la civilización y la consecución de la felicidad general del pueblo. El señor debe transformar la sociedad con su ejemplo. El poder ha de apoyarse en el orden y la justicia. La moral de Confucio estaba llamada a ser el fundamento del orden político en China.

Estatua de Buda, en Matura. Siglo V A. J.

LA EVOLUCIÓN MONÁRQUICA

Estas dos corrientes filosóficas opuestas reflejan muy exactamente la crisis que China atraviesa durante el siglo VI. La fórmula monárquica se opone a la del feudalismo, tendiendo a la emancipación del pueblo oprimido mediante la destrucción del poder de los señores opulentos.



En el estado de Tsin se llevan a cabo grandes reformas: son prohibidos los sacrificios humanos, un impuesto sobre los cereales sustituye a los censos feudales —lo cual equivale a la liberación de los siervos—, y el sistema de pesos y medidas es, como en Persia, unificado. La economía cerrada que había conocido la época patrimonial, cede ante el comercio libre. Se multiplican las transacciones mercantiles y las relaciones con la India, por las rutas de caravanas, no cesan de incrementarse.

Cuando China se adentra por el camino de la evolución monárquica, de la emancipación individual y, simultáneamente, del acrecentamiento mercantil, Darío establece con ella las primeras relaciones comerciales. La economía internacional va a extenderse entonces por las inmensas regiones del Asia.

Los fenicios, en el siglo XI, habían abierto al Oeste el vasto espacio de la economía mediterránea. En el siglo VI, el continente asiático —India y China—

revela al Occidente posibilidades insospechadas. El Imperio persa, situado entre el Mediterráneo y Asia, aparece como posible centro de un imperio universal.

5. El Imperio persa frente a Europa. Las guerras médicas

LA CAMPAÑA DE ESCITIA

La organización de la economía imperial que se proponía Darío no podía ya concebirse sin el Mediterráneo. Cambises, para integrarlo en ella, había intentado emprender una expedición contra los cartagineses, pero fracasó. Respecto a Cartago, Darío desarrolló una política favorable a la alianza, pero antes de procurar imponerse al mundo griego se volvió hacia el Norte.

Los escitas, que formaban una rama de la raza iraniana, ocupaban las estepas del mar Negro, desde la Rusia Central hasta el Turquestán. Sedentarios y agricultores en las cuencas de los grandes ríos rusos, siguieron siendo nómadas en los parajes del Caspio y en la vasta estepa europea.

Busto de Tucídides.

Si Darío hubiera conquistado sus territorios, el imperio habría quedado al abrigo de los terribles saqueos y destrucciones que, a fines del siglo VII, originaron la caída de Nínive; se hubiera asegurado inmensas cantidades de trigo; dominado el mar Negro y las minas del Cáucaso, y hubiera sido también dueño de la ruta del estaño y del ámbar.

Para lograr la alianza de Cartago, Darío comenzó por desarrollar una política favorable a las ciudades fenicias, mas con ello causó perjuicios a los puertos jónicos.

Al extenderse por Europa, habría abierto a la economía de Jonia un campo ilimitado que las numerosas factorías griegas, establecidas en las costas septentrionales del mar Negro, habían comenzado ya a explotar remontando el curso de los ríos rusos.

Las ciudades jónicas participaron, pues, con entusiasmo en la campaña emprendida contra Escitia, pero aquel designio fracasó. Tal vez, sin embargo, no fue en vano, pues permitió a Darío crear la satrapía de la Tracia e imponer su protectorado a la Macedonia feudal, aunque las regiones danubianas y las costas septentrionales del mar Negro quedaban fuera de su alcance.

Las ciudades jónicas y las colonias griegas del mar Negro sufrieron un gran desencanto. Su situación era tanto más comprometida cuanto que la navegación fenicia no solamente les cerraba el acceso al Mediterráneo oriental, sino que la destrucción de Síbaris por Crotona, al privarlas de su mercado más importante en Occidente, provocó una grave crisis en su comercio de exportación. De tal estado de cosas se derivó un levantamiento en las urbes del Helesponto, secundado después por las de Jonia.

SUBLEVACIÓN DE LAS CIUDADES JÓNICAS

Vaso chino de bronce, de tiempos de la dinastía de los Cheu.
Museo Británico. Londres.

Celebrose un congreso en el que se decidió que la flota combinada de las ciudades jónicas se apoderaría de Bizancio, para dominar de este modo el mar Negro, y se haría dueña de la isla de Chipre, de donde serían expulsadas las colonias fenicias. Creose una moneda común para todas las ciudades jónicas. Únicamente Colofón y Éfeso, cuyos templos se hallaban sometidos a la influencia de los magos iranianos, se negaron a tomar parte en el levantamiento. Los tiranos establecidos por los reyes persas fueron expulsados, siendo restablecida la democracia. Se solicitó la ayuda de Atenas y de Esparta. Esta última, hostil a la democracia, hubo de negarla, y Atenas, donde Clístenes acababa de obtener el triunfo del partido popular, envió una flota y un fuerte contingente de tropas. Comenzaba la lucha contra el Imperio persa por el dominio de las rutas del mar, campaña que tomó al mismo tiempo carácter de cruzada democrática.

En el año 499, un ejército integrado por milesios y atenienses se apoderó de Sardes e incendió la ciudad.

Darío, en pos de una solución pacífica, permaneció impasible, pero al no lograrla, puso en movimiento su ejército en 494. Daban comienzo las guerras médicas.

PRIMERA GUERRA MÉDICA

La fuerza de las ciudades jónicas radicaba en el mar. Luego era en el mar donde había que vencerlas, y una gran flota persa de seiscientas naves egipcias, fenicias y chipriotas aniquiló los trescientos cincuenta barcos de la flota jonia. Mileto, que se había puesto al frente de la insurrección, quedó arrasada, siendo deportados sus habitantes a las orillas del Tigris (494).

Estatua en bronce del Poseidón de Artemisa. Alrededor del 460 A. J.

Mas no bastaba con vencer a Jonia; preciso era que, gracias a su actividad marítima, pudiese Persia conquistar el mar. Por tanto, o renunciaba a integrar en el Imperio persa la economía marítima cuyo elemento esencial estaba representado por las ciudades del Asia Menor, o debía ir a la conquista de Grecia. Esta disyuntiva se imponía con tanta más fuerza cuanto que, desde la apertura del canal de Suez, la riqueza de Egipto, principio fundamental de la economía del Imperio, no dependía tampoco de la prosperidad del Asia Anterior, sino principalmente de su intensísimo tráfico marítimo.

El Imperio persa debía resignarse, pues, a ser una nación continental y asiática, aceptando la pérdida o ruina de sus más ricas provincias —Jonia y Egipto—, o bien hacerse dueño del tráfico naval mediterráneo apoderándose de toda Grecia.

Darío trató primero de conseguir su objetivo pacíficamente, atrayéndose a Jonia y procurando una alianza con Cartago.

En 492, reunía en Sardes a los delegados de las ciudades jónicas para darles a conocer el nuevo estatuto. Se desechaba el sistema de tiranías impuesto por Ciro, restaurándose los gobiernos democráticos; todas las ciudades conservarían la

autonomía de su administración interna, así como el derecho de mantener entre sí y con el extranjero relaciones diplomáticas, pero se les prohibía hacerse la guerra, imponiéndoles Darío su arbitraje en cuantos conflictos pudieran surgir entre ellas. También elaboraría un nuevo catastro con el fin de calcular, sobre una base rigurosamente exacta, el módico tributo a que estarían sujetas.

Tan prudentes medidas, que restauraban a un tiempo la seguridad interna en las ciudades jónicas y les preservaban de la guerra, fueron tan bien acogidas que disociaron la estrecha alianza hasta entonces existente entre los partidos democráticos de las ciudades jónicas y el de Atenas. El bloque de las democracias quedaba deshecho.

Logrado este importante objetivo, le faltaba a Darío imponer su soberanía sobre la Grecia propiamente dicha. A ello se dedicó seguidamente, practicando una muy hábil diplomacia encaminada a dividir entre sí los estados griegos, muy aferrados a sus intereses particulares.

Corinto, potencia económica y marítima, no se preocupaba de las conquistas persas; sus intereses estaban en Occidente y la ruina de Mileto, su rival, favorecía su expansión. Argos, estado agrícola amenazado por el poder de Esparta, se mostraba dispuesto a encontrar en Persia un apoyo contra aquella. Egina no concebía otra política sino cualquiera que pudiera acarrear la caída de Atenas, aunque fuese apoyada por Darío, pues en ella veía la más peligrosa émula de su prosperidad comercial. Los señores feudales de Tesalia y de la Fócida estaban en continua guerra entre sí, y los tesalios miraban a Persia como aliada suya. Las pequeñas ciudades mostrábanse totalmente indiferentes por la política internacional y tan solo estaban preocupadas por sus intereses locales e inmediatos. Nada más Esparta, que aspiraba a ejercer la hegemonía territorial en Grecia, y Atenas, cuya ambición consistía en dominar el mar Egeo y el Helesponto, estaban firmemente resueltas a defenderse contra la dominación persa. Pero en el interior existía agitación. En Esparta, los dos reyes Demarato y Cleómenes, que preconizaban, el primero, una política principalmente aristocrática, y el segundo una política hegemónica, tenían sendos partidos, y Demarato, vencido, había huido a la corte de Darío. En Atenas, Hipias, arrojado del poder, se había refugiado también en la corte del Gran Rey, solicitando su apoyo.

En Grecia, Sicilia y el sur de Italia, agentes persas informábanse sobre las posibilidades de un desembarco y trataban, al mismo tiempo, de constituir un bando favorable a Darío. Los embajadores del rey habían logrado ya en todas partes garantías de sumisión, cuando Esparta y Atenas, negándose a reconocerles «la tierra y el agua» que reclamaban, concertaron una estrecha alianza para resistir al formidable ejército persa, hasta entonces invicto, que se lanzaba contra ellas. En 490, en los llanos de Maratón, mientras el partido oligárquico de Atenas se aprestaba a recobrar el poder entregando la ciudad al enemigo, el pequeño ejército de la democracia

ateniense aplastó a la poderosa máquina bélica del gran Imperio persa. El plan de Darío de formar un imperio universal era ya imposible.

LA CRISIS DEL IMPERIO PERSA BAJO EL REINADO DE JERJES

La derrota de Darío en Maratón tuvo, en todo el Imperio, una repercusión inmensa. A la muerte del rey (485), Egipto se sublevó, y Babilonia, que sufría una grave crisis económica a consecuencia de la desviación del tráfico por el canal de Suez y de la decadencia de la navegación fenicia, a la que ponía constantemente trabas la griega, se alzó también (483). Jerjes, para sofocar el levantamiento, entró a saco y realizó tales destrucciones que ya nunca recobró Babilonia su antiguo esplendor. Pero, al destruirla, restó aún más importancia a las vías continentales del comercio en provecho del tráfico marítimo y, por consiguiente, de Egipto. Tan inconcebible error había de tener para el Imperio persa fatales consecuencias. El Asia Anterior, frente a la economía marítima que dominaban Grecia y Egipto, iba a ser atraída, cada vez en mayor grado, por las vastas provincias feudales del Imperio, hacia el Asia Central, mientras que las ciudades fenicias, arrastradas en la decadencia de Babilonia, no podrían oponerse a la hegemonía marítima de las ciudades griegas.

Preparábase la lucha entre Grecia y el continente. Jerjes se erigió en defensor de Asia y trató de crear una solidaridad asiática contra Grecia, invocando una mística racial. Cuando Grecia destruyó a Troya, ¿no había provocado al Asia? Y el origen asiático de Pelops —a quien el Peloponeso debía su nombre— ¿no justificaba el dominio que Asia debía ejercer sobre Grecia? Para dar legitimidad a estos designios, Jerjes no invocaba, como antes lo hicieran los faraones, una teoría de la soberanía de origen divino, sino la solidaridad del continente asiático que, además, no existía. Semejante política asiática, que no concuerda con el universalismo profesado por Darío, va acompañada de un verdadero nacionalismo persa. Jerjes se afirma como rey persa, inspirado por Ormuz, y no por Marduk ni por Amón, y su consejo no es ya cosmopolita, sino persa. Los «no asiáticos» solo tendrán en el imperio un estatuto inferior de pueblos «sometidos». Y el rey, para justificar su guerra, anuncia que la sumisión de Grecia iniciará la de toda Europa al Asia.

Reúne una hueste imperial que marcha bajo el látigo y se compone, según Heródoto, de varios centenares de miles de hombres, entre los cuales figuran, como parte más selecta, veinticuatro mil persas, y una flota integrada por mil doscientas unidades, de la que forman parte escuadras fenicias, jónicas, egipcias y chipriotas. Jamás se había visto reunida una fuerza naval semejante.

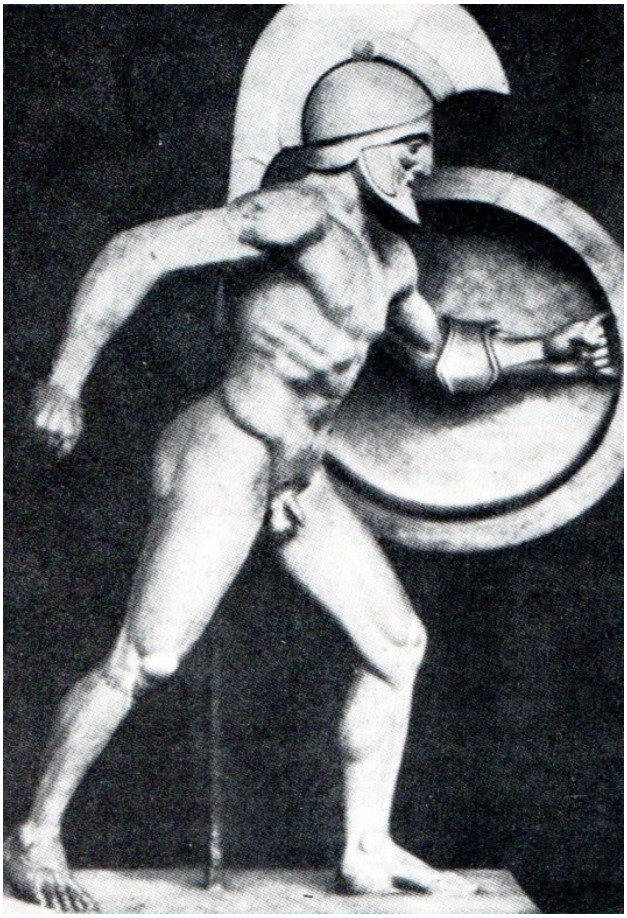
Al mismo tiempo que se apresta a atacar a la Grecia continental, Jerjes apela a la alianza de Cartago contra los griegos de Sicilia, los cuales se encuentran muy divididos entre sí. Las ciudades de Gela y Agrigento únense contra las de Selinonte y Siracusa, que no han vacilado en solicitar contra ellas el apoyo de Cartago. Pero en 482, Gelón, tirano de Gela, acaba de hacerse dueño de Siracusa. Gobierna Sicilia

como monarca, se hace adalid del helenismo y, contra la amenaza cartaginesa, reúne a todas las ciudades griegas.

En Grecia, Esparta y Atenas se ponen también en cabeza de un movimiento nacional, constituyendo la liga panhelénica que reúne treinta y cinco ciudades y opone al peligro persa 75 000 hombres y 378 navíos, de los cuales son atenienses por lo menos cien.

El mundo griego presenta un frente unido contra el ataque de Asia, que se dispone a cercarle por el Este y el Oeste.

Jerjes, luego de franquear en 480 las Termopilas y apoderarse de Atenas, fue vencido por Temístocles, jefe del partido democrático ateniense, en la gran batalla naval de Salamina, y poderosas fuerzas cartaginesas, mandadas por Amílcar, fueron completamente derrotadas por Gelón frente a Himera.



Guerrero con escudo y yelmo en actitud de combate. Estatua del frontón del templo de Egina. Gliptoteca de Munich.

Portal de Jerjes, en Persépolis.

Grecia, victoriosa en ambos frentes, pasó a la ofensiva. En 479 aplastó el ejército persa en Platea, y la flota ateniense deshizo el poderío naval de Jerjes en el cabo Micale. Definitivamente vencido en el mar, el Gran Rey perdió la Jonia, que volvió a ocupar su puesto en el mundo heleno.

HEGEMONÍA MARÍTIMA Y ESPIRITUAL DE ATENAS

Todas las ciudades marítimas griegas se agruparon en torno a la Atenas victoriosa que, en cabeza de la liga de Delos, fundada en 477, logró alcanzar una hegemonía naval indiscutible. Poco después, el partido democrático, triunfante con Pericles,

convertía a Atenas en el foco de donde irradiaba el gran movimiento de emancipación social que entonces agitaba a todos los países marítimos. Después de Jonia y de la Magna Grecia, Atenas se convierte en centro de la civilización griega. Calícrates e Ictinos construyeron el Partenón, y Mnesicles los Propileos. Con ellos, Fidias, rodeado de una magnífica escuela de escultores llegados de todas partes, y los pintores jonios, daban a Atenas un esplendor artístico incomparable.

Los más notables pensadores del mundo griego vinieron a establecerse en su recinto. Al romper el marco estrecho del pensamiento ateniense, limitado al culto y a los intereses locales, prepararon a la ciudad para la gran misión que le estaba reservada, tanto en el orden económico como en el cultural. No pudieron, sin embargo, evitarse algunas crisis. Anaxágoras, de Jonia, al profesar una filosofía de la Naturaleza que concebía al Sol como masa de materia incandescente y a la Luna como cuerpo material, hirió profundamente en sus creencias a los pequeños burgueses devotos, que formaban la mayor parte de la sociedad civil ateniense. Reaccionó esta condenándolo a muerte por haber negado la divinidad del Sol, pero la corriente acabó por arrastrarla. Heródoto, al dar a conocer en sus escritos las costumbres de todos los pueblos de su tiempo, tanto civilizados como bárbaros, terminó por abrirle las puertas del mundo.

Fue también en Atenas donde el arte dramático, gloria de la literatura clásica helena, alcanzó entonces su apogeo. Nacido de los coros dionisíacos introducidos en Corinto por Arión de Metimna, en la época de Periandro, el arte teatral encontró en Atenas su verdadera expresión cuando en el año 493 Frinicos hizo representar la toma de Mileto. Pero es solo con Esquilo con quien da ya verdaderamente comienzo la famosa tragedia clásica griega.

Verdad es que Esquilo, rancio aristócrata de Eleusis, apenas si lleva todavía a la escena otros dramas que los de tono religioso, pero ya solo sirven de sostén para el estudio de problemas morales; y con *Los persas*, obra en que se manifiesta la admiración del autor por el genio de Darío, brilla por primera vez en Atenas un pensamiento de carácter Verdaderamente universal.

Pocos años más tarde, Sófocles, hijo de un industrial que había asistido a los cursos de filosofía jónica, abandonaba la teología para consagrarse al estudio de la naturaleza humana, en tanto que Eurípides, representante de la burguesía intelectual y gran poeta trágico, había de revelarse como librepensador, preocupado, ante todo, del alcance de la verdad moral.

Frente a la civilización oriental, el pensamiento griego, en plena madurez, construye las bases de un mundo nuevo y echa los cimientos de la cultura occidental.

La victoria de Temístocles dio a Atenas el dominio del mar, agrupó en torno suyo a todas las fuerzas vivas de Grecia e hizo irrealizable para siempre el plan de un imperio universal persa. Reducido a la categoría de un estado inmenso, pero continental, Persia se cierra en un sistema político que conducirá a sus monarcas a

ejercer un poder cada vez más despótico. Prisionera de la tierra que no ceja de considerar como propiedad patrimonial suya, la dinastía aqueménida se va a enzarzar en interminables luchas familiares, mientras que el aislamiento de las provincias, replegadas en sí mismas, va a determinar la evolución del Imperio hacia el desmembramiento feudal. Desviada del mar, Persia, territorial, absolutista, atraída hacia el Este, se refugia y aísla en una economía continental; Mesopotamia, en otros tiempos gran arteria internacional, sustituida por la ruta marítima, se transforma lentamente en vía secundaria. Los aqueménidas acumulan en el suntuoso palacio de Persépolis los inmensos tesoros que les proporciona el impuesto territorial creado antaño por Darío, pero la actividad económica, al desplazarse más y más hacia las costas, desgaja una tras otra las provincias marítimas del Imperio para agruparlas en una economía nueva, determinada por Grecia y Egipto.

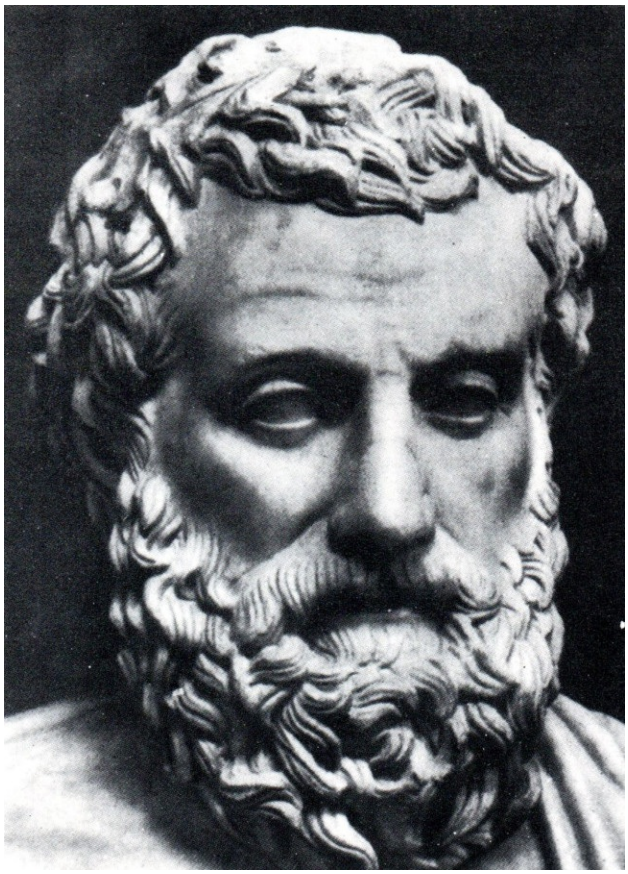
Dos economías se enfrentan: una continental y otra mediterránea, y a ellas corresponden dos fórmulas políticas y sociales opuestas: la primera, absolutista, patrimonial y aristocrática; la segunda, democrática, individualista y mercantil.

La oposición entre esas dos políticas no fue, sin duda, consciente. Jerjes no siguió obstinadamente una política continental. Arrojado del Mediterráneo, parece ser que pretendió buscar compensaciones en lejanos mares, ordenando un periplo del África que fracasó. En realidad, la política continental se impuso, porque la tierra y la fórmula aristocrática que llevaba consigo dominaban su imperio. La nobleza, naturalmente, adquirió en él una influencia preponderante y Jerjes fue asesinado, víctima de un movimiento provocado por la reacción de la aristocracia persa en contra de la política regia de centralización.

EL IMPERIO PERSA ES RECHAZADO HACIA EL CONTINENTE

La monarquía reconstituida por Artajerjes I (464-424) no habría ya de cesar en su lucha contra la disgregación feudal, causa determinante de su ruina.

Estatua en mármol de Sófocles.



El poeta trágico Esquilo.

CAPÍTULO QUINTO

El predominio de la economía marítima y la formación de la cultura helenística (Del siglo V al IV A. J.)

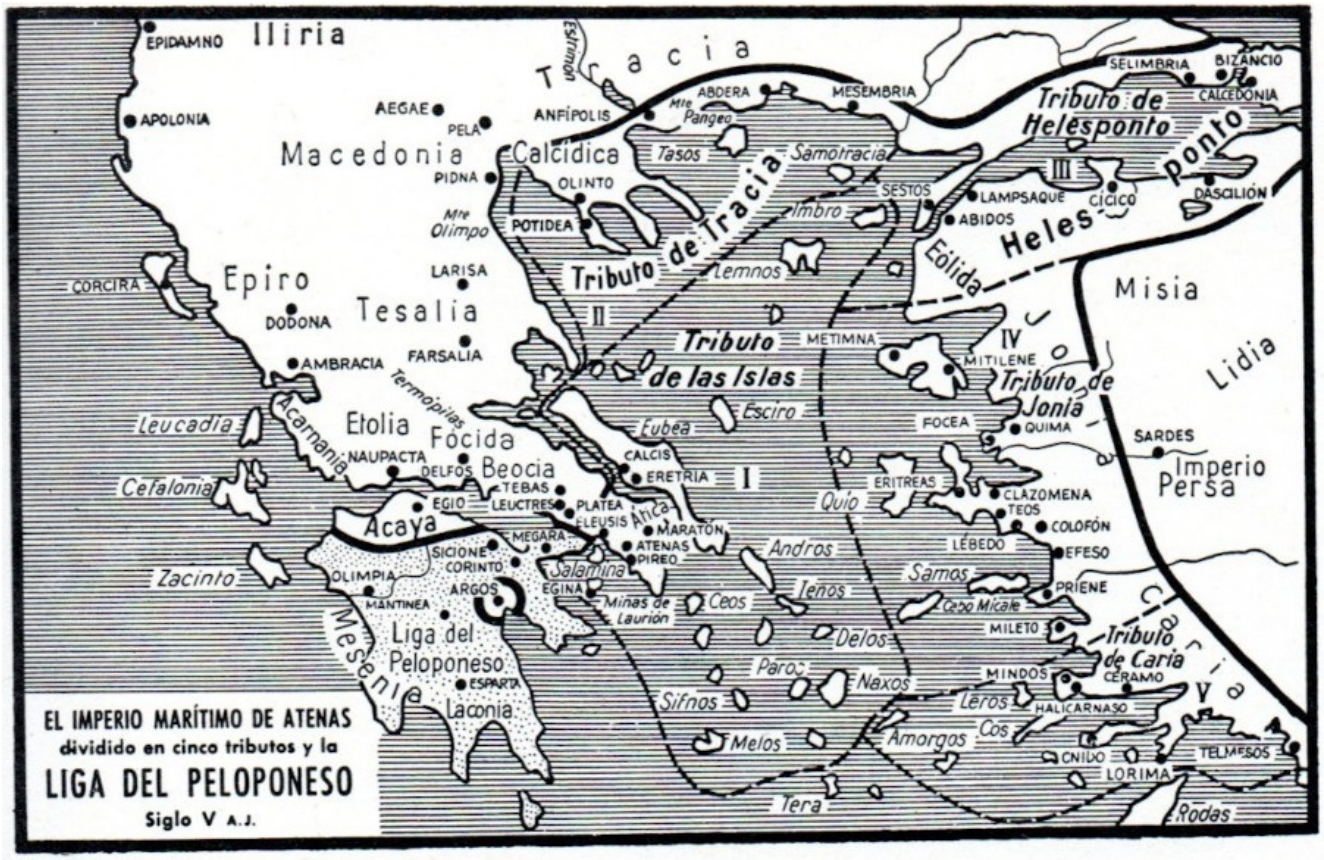
1. El imperio marítimo de Atenas

LA LIGA DE DELOS

Después de la victoria de Micale, Atenas vino a ser una gran potencia marítima y económica. Desarrollando una política puramente mercantil, hizo de El Pireo uno de los puertos más hermosos del Mediterráneo, abrió de par en par sus puertas a los extranjeros, eximiéndolos de impuestos, y se instaló sobre el Helesponto con la idea de ejercer la hegemonía comercial en el mar Negro.

En 477, la liga panhelénica creada contra Persia se desmembró. A partir de 476, Atenas reunió en su recinto un gran congreso de ciudades marítimas, del cual salió la liga de Delos, que no tardó en lograr la adhesión de 200 ciudades esparcidas por el Egeo y el mar Negro.

La liga, agrupada en torno al antiguo santuario de Delos, bajo la presidencia de Atenas, habíase constituido para organizar la defensa del mundo heleno contra Persia. El Consejo Federal, en cuyas decisiones intervenía cada ciudad con un voto, fijaba la participación de los aliados en los gastos de la flota —200 unidades con 40 000 tripulantes—, y arbitraba cuantos litigios surgiesen en el seno de la liga.



Centro de tan vasta federación marítima, Atenas se convirtió en un mercado internacional de suma importancia. Su población creció rápidamente; además de 47 000 ciudadanos que representaban 188 000 almas, pronto llegó a tener 30 000 metecos —extranjeros establecidos— y 200 000 esclavos. La fortuna mobiliaria se acrecentó tan rápidamente que, entre 490 y 431, pasó de 2000 a 25 000 talentos; el interés normal del dinero descendió al 12 por 100; la tierra, gracias al sistema hipotecario implantado por Atenas en aquel momento, se convirtió en un medio de crédito; la banca, en manos de extranjeros, adquirió gran potencialidad; se crearon grandes fortunas con la explotación de las minas de plata de Laurión, y se formó una clase capitalista cuya influencia en la ciudad pronto fue enorme.

Atenas conoció una época brillante de liberalismo económico: la teoría del «dejar hacer, dejar pasar» creó a los extranjeros, en materia de negocios, una situación igual a la de los ciudadanos, y la modicidad de los derechos de aduanas, nunca superiores al 2,5 por 100, atrajo hacia El Pireo un tráfico importantísimo.

PERICLES Y LA DEMOCRACIA ATENIENSE

Al mismo tiempo que triunfaban la libertad económica y el libre cambio, triunfaba también la democracia, gracias a la cual había de alcanzar Atenas su período de apogeo, bajo la sabia dirección de Pericles (462-429), a quien Tucídides atribuye esta hermosa definición: «El estado democrático debe esforzarse por servir al mayor número de ciudadanos; debe procurar la igualdad de todos ante la ley; debe conseguir que la libertad de los ciudadanos dimane de la libertad pública; debe acudir en

socorro del débil, y dar el primer puesto al mérito. El armonioso equilibrio entre el interés del Estado y el de los individuos que lo componen, garantiza el desenvolvimiento político, económico e intelectual de la ciudad, protegiendo al Estado contra el egoísmo individual, y al individuo, gracias a la Constitución, contra la arbitrariedad del Estado[1]».

El Estado, dentro del concepto democrático, descansa sobre un verdadero contrato social, «contrato común al cual todos los ciudadanos deben ajustarse[2]».

En todas partes, los partidos democráticos, no solo de las ciudades griegas, sino también en Egipto, miraban hacia Atenas, que se mostró como su protectora. En 464, después del asesinato de Jerjes, el partido nacional y democrático se sublevó en Egipto dirigiendo un llamamiento a Pericles, quien, sin vacilar, envió todas las fuerzas de la liga en su socorro. En 459, la flota ateniense, remontando el Nilo, arrojaba de Menfis a la guarnición persa y restablecía la independencia egipcia. Pero, aprovechándose de esta expedición lejana, Esparta, cuya aristocracia terrateniente miraba con hostilidad la potencia militar y económica de la democrática Atenas, se lanzó sobre su rival. Atenas tuvo que repatriar gran parte de su ejército. Venció a Esparta, pero la escuadra y los contingentes que había dejado en Egipto se vieron desbordados por el ejército persa enviado en auxilio de Egipto. Este volvió a ser dominado, mas la pérdida de casi la mitad de la flota colocó a la liga de Delos, y con ella a Atenas, al borde de la ruina.

LA POLÍTICA IMPERIALISTA DE ATENAS

Pericles salvó la situación centralizando la liga bajo la autoridad de Atenas y haciendo del sentimiento democrático, a falta de patriotismo griego, la trabazón de la alianza. Se impuso a todas las ciudades de la liga la Constitución democrática de Atenas y el Tesoro fue transportado a esta ciudad. El Consejo Federal quedó sustituido por la Asamblea del pueblo ateniense, y el poder arbitral de que disponía se transformó en una jurisdicción ejercida por los propios tribunales de Atenas, cuya competencia abarcaba no solo los conflictos de derecho público entre las ciudades, sino también las causas criminales y todos los litigios comerciales nacidos de contratos ajustados en Atenas. Esta reforma, que unificaba las instituciones democráticas, el derecho mercantil y el derecho penal, sobre la base de la igualdad absoluta entre los ciudadanos de Atenas y los aliados, convirtió a la liga en un verdadero estado bajo la hegemonía de Atenas. Los tratados de comercio, concertados en términos idénticos con todas las ciudades, le proporcionaron la libertad del mar y el libre cambio; la célebre «lechuza» ateniense —la moneda más apreciada en aquellos tiempos— se declaró obligatoria para toda la liga, reservándose Atenas el monopolio de acuñarla, con la única excepción de Éfeso, que conservó el derecho de batir moneda. Creose también un sistema uniforme de pesos y medidas.

A este esfuerzo para unir dentro de un conjunto legal la vida económica de las ciudades griegas, siguió una política de paz. En 499, Atenas ajustó con Artajerjes un

tratado por el cual a cambio de cederle Persia el mar Egeo, renunciaba a intervenir en Asia. En 446, otro acuerdo suscrito con Esparta repartía la hegemonía entre las dos ciudades: el Peloponeso para Esparta, y el mar para Atenas.

Procesión de las Grandes Panateneas, en el Partenón.

El Partenón de la Acrópolis de Atenas.

Esta última trató también de conseguir, bajo su hegemonía, un acuerdo general entre los griegos. En 446 convocó, con tal objeto, un congreso panhelénico, pero Esparta lo hizo fracasar. Entonces, se vio obligada a refugiarse en la liga marítima, que trató de unir estrechamente sobre la base del culto místico de Deméter y Dionisos, similar al culto egipcio consagrado a Isis y Osiris. Lo mismo que en Egipto, la democracia iba acompañada por un movimiento místico.

Sin embargo, la política ateniense debía malograrse por dos causas: una, radicada en ella misma; otra, en el exterior.

En sí misma, pues, aunque democrática, Atenas jamás fue liberal en la esfera política. Su estrecho nacionalismo la impidió siempre otorgar el derecho de ciudadanía a los extranjeros, aun a aquellos establecidos en Atenas desde varias generaciones y que por su actividad comercial, industrial y financiera contribuían a acrecentar su riqueza. La mayoría de la Asamblea del pueblo pertenecía a los terratenientes, artesanos y marinos, celosos de los privilegios que les valía su calidad de ciudadanos. Gran metrópoli internacional, dueña de un verdadero imperio marítimo, Atenas se hallaba dominada por un cuerpo electoral de pequeños burgueses, patriotas capaces de grandes impulsos, pero mezquinos y supersticiosos. Aclamaban estos la obra de Sófocles, pero condenaban a muerte a Anaxágoras —cuya vida salvó con gran dificultad Pericles— porque había enseñado que el Sol no era un dios. Entre la clase selecta —formada en gran parte por metecos, tanto entre intelectuales y artistas como entre hombres de negocios— y la clase popular, dueña de la eclesia, subsistió siempre un desacuerdo que no permitió a Atenas abandonar una política limitada a los intereses inmediatos de la ciudad.

El nacionalismo ciudadano no era, por otra parte, exclusivo de la democracia ateniense. Se manifestaba de manera más exagerada en Corinto, gobernada por una oligarquía de mercaderes, o en Esparta, aristocrática y patrimonial.

Estos nacionalismos emponzoñaban las rivalidades económicas y políticas y colocaban a los pequeños estados griegos unos frente a otros. Corinto dominaba el mar Adriático y aspiraba a la hegemonía de Occidente, como Atenas señoreaba los mares Egeo y Negro. Nunca fue posible el acuerdo entre las dos metrópolis. En cuanto a Esparta, cuya política de hegemonía territorial se hallaba amenazada por la influencia democrática ejercida por Atenas en Beocia, Lócrida y Fócida, debía seguir siendo obstinadamente su más implacable enemiga.

Entre Esparta, terrateniente y aristocrática, y Corinto, marítima y oligárquica, se pactó una alianza contra Atenas.

Así, en definitiva, el mundo griego se destruía a sí mismo. La hegemonía marítima no solo chocaba con la de la tierra, sino que en el mar mismo, la rivalidad entre Atenas y Corinto impedía a la economía griega encontrar un equilibrio estable. Atenas, sola, trató de unir a Grecia, pero queriendo imponer una supremacía que no podían aceptar ni Corinto ni las grandes ciudades occidentales como Siracusa y Tarento, su intento fracasó.

Obligado a renunciar a su política de unión hegemónica, Pericles adoptó una actitud francamente agresiva contra Corinto, y no pudiendo someterla a su tutela, pretendió hundirla reservando el libre cambio y la libertad comercial únicamente a los aliados de Atenas. Desde aquel momento, la guerra era inevitable. En 431, a consecuencia de haber sido cerrados los mercados de la Liga a los comerciantes de Megara, Corinto hizo causa común con ellos y dirigió un llamamiento a Esparta. La

guerra del Peloponeso, que destrozando en lucha fratricida a las ciudades helénicas inició la ruina de la hegemonía marítima de Grecia, dio entonces comienzo.

Los Propileos, que constituían la monumental entrada al recinto sagrado de la Acrópolis ateniense.
De Piccard, *L'Acropole*.

2. Disgregación política de Oriente

EL IMPERIO PERSA DESPUÉS DE JERJES

La pérdida de Jonia, los movimientos de insurrección en Egipto, después de la muerte de Jerjes, y la alianza egipcio-ateniense a que se llegó en 460, establecieron una separación cada vez más definida entre la parte continental del Imperio persa y sus provincias marítimas. Artajerjes restauró, es cierto, su poder en Egipto. Pero, si gracias al tratado concertado con Atenas en 449, Persia recobraba Egipto, la completa paz en lo sucesivo, al facilitar las relaciones comerciales de Egipto con el mundo griego, había de integrarla cada vez más en la economía mediterránea. Ahora bien, Egipto, desde la apertura del canal de Suez, había ido adquiriendo en las relaciones económicas entre Occidente y la India la situación preponderante que en otros tiempos ocupara Babilonia.

La paz de 449 señala, para Persia, el comienzo de su disgregación política. Rechazada hacia Asia, que domina la aristocracia terrateniente desde la ruina de Babilonia, va desmembrándose entre los sátrapas, quienes conforme a las ideas feudales de Persia se consideran como pares del rey y adoptan una actitud de creciente independencia. A la muerte de Artajerjes (424), los miembros de la familia

real, en medio de hondas desavenencias palaciegas, tratan de constituirse feudos principescos, creando en el Imperio una grave crisis de régimen.

Al paso que Persia se disgrega, Grecia se divide en dos campos hostiles. En 431, entre Esparta, dueña de la liga del Peloponeso, y Corinto, por una parte, y Atenas y su

Pórtico de las cariátides del Erecteón en la Acrópolis ateniense.
De Piccard, *L'Acropole*.

GUERRA DEL PELOPONESO Y PARTICIPACIÓN DE PERSIA

imperio marítimo, por otra, estalla la guerra. El pretexto esgrimido fue una rivalidad de intereses económicos entre Megara y Atenas, pero la marcha posterior de los acontecimientos iba a revelar rápidamente su verdadero sentido: la lucha entre dos potencias hegemónicas, una territorial y otra marítima; entre dos ideologías, una oligárquica y otra democrática; entre dos sistemas, uno, el de Esparta, favorable al fraccionamiento de Grecia en ciudades autónomas; otro, el de Atenas, que aspiraba a forjar la unidad de todo el mundo helénico bajo su hegemonía.

Atenas posee en tal momento prestigio y riqueza. Pero va a dividirse contra sí misma. En 429, la muerte de Pericles entrega el Estado a la lucha de partidos: los pequeños propietarios y los burgueses adinerados, dirigidos por Nicias, son partidarios de la paz; el pueblo bajo y los proveedores del Ejército, con Cleón al frente, desean la guerra. El partido belicista triunfa, y las reformas democráticas hacen gravitar las cargas financieras, originadas por la lucha, sobre la clase rica y sobre las ciudades de la liga. Diez años de guerra no dan otro resultado que el común

agotamiento de Esparta y Atenas. En 431, Nicias firma la paz que restablece el *statu quo* de 431, y dispone el recurso al arbitraje en caso de conflicto.

Pero la paz aviva la antigua rivalidad entre Corinto y Atenas, la cual, empujada por Alcibíades, cree llegado el momento de realizar una política de amplia hegemonía hasta el Mediterráneo central. Organizase una gran expedición militar que, al abatir el poder de Siracusa, produce un doble resultado: origina la ruina de Corinto y reúne la economía griega bajo la supremacía ateniense.

Tetradracma, moneda helénica de Leontinoi, Sicilia, con la cabeza de Apolo. Siglo V A. J.

Tras la victoria de Gelón sobre Amílcar (480), Siracusa vivió una época de prosperidad, y durante la tiranía militar de Hierón se pudo creer que iba a realizarse la unidad de Sicilia. Pero con posterioridad a 445, la isla se desmembró en varias ciudades, volviéndose a reanudar las luchas intestinas de las que Atenas esperaba sacar provecho.

Sin embargo, cuando Atenas manifestó su intención de intervenir en Sicilia, una asamblea en la que se hallaban representadas casi todas las ciudades sicilianas manifestó su firme voluntad de oponerse a las pretensiones de aquella (424), proclamando, como base de su política, el principio de «Sicilia para los sicilianos». Atenas no renunció. En 415, poniéndose de parte de Leontinoi y de Segesta, envió poderosas fuerzas contra Siracusa. Sobrevino un espantoso desastre (413), todo el ejército ateniense pereció, y Esparta aprovechó la coyuntura para darle en seguida el golpe de gracia. Atenas se salvó merced a las disensiones internas de sus adversarios. Las revueltas democráticas de Siracusa, después de su victoria, le impidieron continuar la guerra con eficacia. Y Esparta, al perder los recursos de Siracusa con que contaba, no vaciló en dirigirse a Persia, cuya capacidad financiera era inagotable, para obtener el dinero y los barcos de que carecía. En 412, solicitó la alianza del Gran Rey, entregándole, a cambio de subsidios, las ciudades jónicas aliadas de Atenas. El desastre de Sicilia había quebrantado al gobierno democrático de Atenas. Nombráronse diez comisarios con plenos poderes para determinar responsabilidades. El partido aristocrático, dirigido secretamente por Alcibíades, refugiado en la corte persa, luchaba contra la democracia, dando a entender que la abolición de las leyes de Solón y Pericles permitiría a Atenas obtener la alianza de Persia contra Esparta.

La guerra entre las ciudades griegas brindaba a la diplomacia persa la inesperada ocasión de volver a la política imperial. Jonia fue ocupada por guarniciones persas. La liga ateniense vacilaba. Atenas, ante el peligro, movilizó todas sus fuerzas pero el

partido aristocrático, aprovechando la ausencia de la mayor parte de los ciudadanos movilizados para servir en la flota, logró derrocar la democracia con un golpe de estado y confió el poder a un consejo oligárquico de 400 miembros, encargados de designar a su vez a 5000 ciudadanos activos; los demás atenienses, con ello, perdían sus derechos políticos (411). Ante semejante traición, la flota ateniense, que acababa de restablecer la democracia en Samos, estableció allí el cuartel general del partido democrático contra el gobierno oligárquico de Atenas. El consejo de los Cuatrocientos hizo un llamamiento a Esparta, mas esta fue vencida en el mar y, en 410, la democracia quedó reinstaurada en Atenas.

Esparta, confiada más que nunca en la alianza persa, construyó una flota con el oro de los aqueménidas y, en 405, derrotó a las escuadras atenienses en Aegospotamos. Atenas, bloqueada y hambrienta, capituló (404). El imperio de Atenas y la democracia se derrumbaron simultáneamente, y sobre las ruinas de su grandeza el partido aristocrático se adueñó del poder. El gobierno fue entregado a treinta tiranos y los tribunales a quinientos oligarcas. La reacción practicó una política de terror y deportaciones contra los demócratas y metecos, que fueron acosados y confiscados sus bienes, mientras que con el apoyo de Esparta, que acababa así de dominar a Atenas, se reducía a 3000 el número de ciudadanos autorizados a llevar armas. La aristocracia edificaba su triunfo sobre las ruinas de la patria. A la hegemonía de Atenas iba a suceder la de Esparta.

RECONSTITUCIÓN DE LA INDEPENDENCIA EGIPCIA Y HUNDIMIENTO POLÍTICO DE GRECIA

La capitulación de Atenas (404) proporcionó a Persia la hegemonía en el mar Egeo, mas tal éxito no pudo compensarla del desastre sufrido con la pérdida de Egipto. En 410, al mismo tiempo que la democracia se restablecía en Atenas, estalló un levantamiento en todo el Delta, cuyo resultado fue la coronación de Amirteo en Mendes, y en 404, Darío II, incapaz de lanzarse a una gran expedición contra Egipto, hubo de reconocer su independencia.

Todo el Mediterráneo oriental entra en un período de gran confusión política. En 403, los treinta tiranos son derrocados y se restablece la democracia. Esparta, en alianza con el rey de Persia y arrastrada a las luchas dinásticas que se producen a la muerte de Darío II (404), se ve obligada a participar en la guerra contra el rey Artajerjes II (404-358)[3]. Egipto reconstituye su poderío naval y trata de establecer nuevas relaciones con Grecia, contra Persia. Se vuelve hacia Esparta y no hacia Atenas, su aliada de siempre, esperando lograr de este modo el apoyo de Siracusa, que se ha mantenido en alianza con Esparta desde 415. A partir de entonces, se invierten las alianzas. La diplomacia persa, que ya no teme a Atenas, presta su apoyo contra Esparta, convertida en aliada de Egipto. Atenas entra a formar parte de una liga constituida por Corinto, su antigua rival, y ambas se unen a Tebas que, dueña de la Beoda, se apresta para disputar la hegemonía territorial a Esparta.

El Erecteón, en la Acrópolis de atenas, exponente de la cultura griega.

Atenas, en esta ocasión sostenida por el oro persa, destruye la flota espartana (394), y la victoria levanta una ola de entusiasmo. La democracia sueña con reconstituir el poderío ateniense y, achacando la causa de su pérdida al hecho de haber abandonado el ideal de la ciudad, se lanza a una política nacionalista.

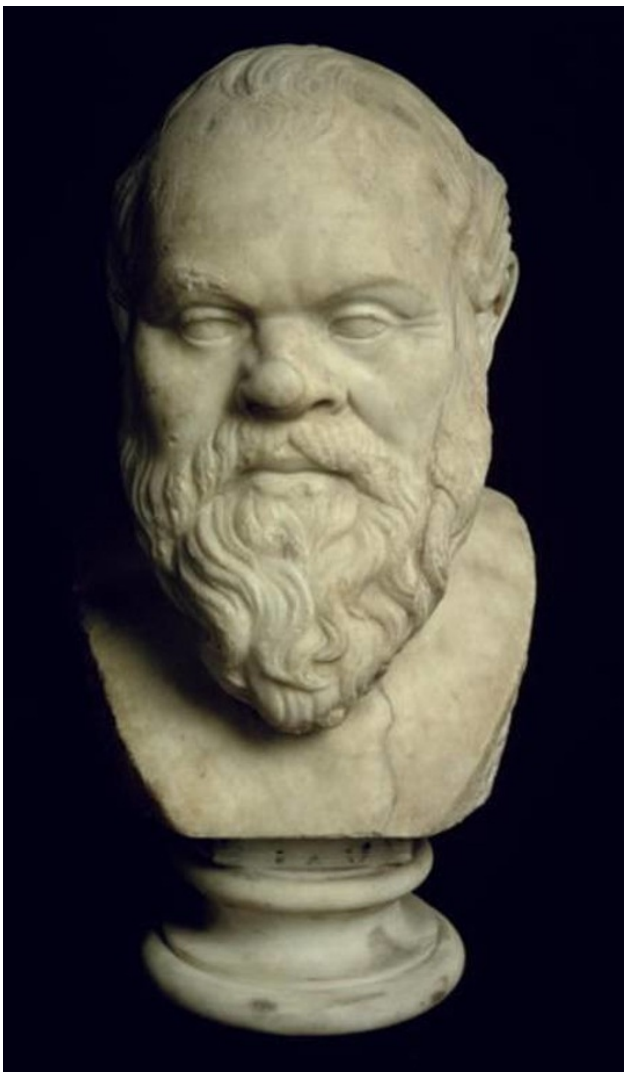
Atenas se halla en aquel momento en plena crisis, no solo política sino también moral. La filosofía milesia ha llegado a formular, con Leucipo y Demócrito, la teoría materialista del atomismo. El pensamiento científico se aparta del espíritu religioso representado por el culto de los misterios. Los sofistas vuelven a revisar los valores antes adquiridos, pero solo llegan a un escepticismo total. Entonces, Sócrates, hombre del pueblo, plantea el problema en su aspecto moral y lleva a Atenas la moral humanista triunfante en Egipto, que edificada sobre principios universales —dominio de sí mismo, conservación del justo medio, respeto ajeno— no cuadraba con las ideas cívicas atenienses, estrechamente limitadas al marco de la ciudad. La moral de Sócrates, surgida del derecho natural que coloca a todos los hombres, sean o no ciudadanos, en el mismo plano, y de la idea de la divinidad concebida como conciencia universal, fue considerada como un crimen por los nacionalistas atenienses, y la Asamblea del pueblo condenole a beber la cicuta (399).

La prosperidad económica de Atenas, impulsada por la economía internacional, entonces floreciente, se reanima rápidamente. La banca, la explotación de las minas, el armamento naval —en su mayor parte controlado por manos extranjeras— dan nacimiento a cuantiosas fortunas. Las ciudades de Corinto y Siracusa se convierten en

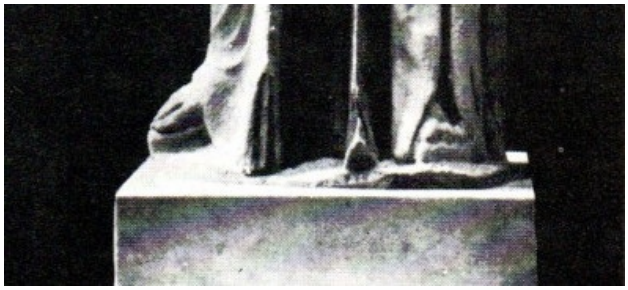
grandes centros industriales y Rodas llega a ser uno de los principales lugares de tránsito. Pero la economía internacional, que se impone en las ciudades griegas enriqueciéndolas, no es ya compatible con el espacio restringido de la ciudad. El nacionalismo de Atenas es un arcaísmo llamado a originar nuevas crisis.

Egipto, en plena prosperidad durante el reinado de Acoris (392-380), trata de incluir a Atenas y a la isla de Chipre en una alianza naval dirigida contra Persia. Atenas se adhiere, reconstituye su flota de guerra y prepara la restauración del Imperio.

Pero Esparta permanece alerta y quiere impedir a toda costa que Atenas forme un bloque marítimo griego. Para oponerse, convoca en 392 un congreso al que propone una paz general sobre la base de la autonomía de todas las ciudades. Fraccionando a Grecia, asegura su irremediable decadencia, pero, al mismo tiempo, ello implica la dominación de la liga del Peloponeso y la hegemonía de Esparta. Atenas no acepta. Esparta ofrece una vez más su alianza a Persia, prometiéndole, además de Jonia, las islas de Chipre y de Quío, a condición de que imponga a Grecia una paz perpetua sobre la base de la autonomía de las ciudades. La diplomacia persa triunfa. Incluso los griegos acaban por someterse a su protectorado. En 392, el sátrapa de Sardes convoca, en nombre del rey, a los embajadores griegos para proponerles el plan elaborado por Esparta, pero Atenas se niega a sancionar el abandono de Jonia a Persia. La corte de Susa evita la guerra, limitándose a recurrir a sanciones económicas y a bloquear los Estrechos (387), lo cual es causa de una grave crisis. Siracusa, aliada de Esparta y temerosa del renacimiento de Atenas, ofrece su colaboración para imponer «la paz del Rey». Ante la amenaza que se cierne y apremiados además por la crisis comercial resultante del cierre del mar Negro, los delegados de todas las ciudades griegas se reúnen en Sardes para escuchar al sátrapa, y este, en nombre del rey, les dicta una paz que fija su Estatuto (386). La diplomacia no se había expresado nunca en semejante tono. Persia sostenía la teoría de la soberanía universal. Las ciudades griegas se convertían en estados menores, y el instrumento de su decadencia era la autonomía que, reduciéndolas a la



Retrato de Sócrates. Copia romana en mármol.
Museo Nacional de Nápoles.



Palas Atenea. Estatua en mármol del siglo V A. J. hallada en Creta.

impotencia, las obligaba a aceptar la tutela del Gran Rey, bajo el cual se realizaba, por primera vez en la Historia, la unidad de Grecia.

Para volver a la gran política imperial de Darío, no le faltaba a Artajerjes II más que conquistar los territorios egipcios.

DERRUMBAMIENTO POLÍTICO DE EGIPTO

Egipto, recién recobrada su independencia, gozaba de enorme prosperidad económica, pero, lo mismo que Grecia, se hallaba minado por las luchas de partido, en las cuales la burguesía urbana y la oligarquía sacerdotal representaban los polos opuestos. Frente a la dinastía de Mendes, entronizada después de la revolución de las ciudades, el partido clerical opuso el gobernador de Sebenitos, Nectanebo. Se adueñó este del trono, fundando en 378 una nueva dinastía (378-360). Obligada a encontrar apoyo en el clero, la política real abandonó las normas laicas de los reyes saítas y del gobierno persa; devolvió a los templos la libre administración de sus bienes e hízoles magníficos donativos. Pero el clero quería más: aspiraba a volver a su situación de clase privilegiada. Envuelto en estas dificultades internas, Egipto no se ocupó de reconstituir su fuerza armada y en 373 fue invadido por un gran ejército persa, aunque la crecida del Nilo detuvo la invasión.

El fracaso de la campaña contra Egipto tuvo inmediatas repercusiones en Persia. En Frigia, en el Ponto, los sátrapas proclamáronse independientes y reanudando la política antes hecha por Creso, volvieron a la alianza con Atenas y con Egipto. La ruptura entre el continente y el mar se produjo porque la economía de Asia Menor, Grecia y Egipto habían llegado a ser estrechamente solidarias.

Por otra parte, Atenas, libre de la amenaza persa, proseguía brillantemente una nueva política imperial; en torno a su poderío naval reconstituido se agrupaban

setenta y cinco ciudades. Pero financieramente, ya no era capaz de sufragar los gastos exigidos por el sostenimiento de una gran flota militar. Desde la época de la liga de Delos, las condiciones económicas habían cambiado. La impotencia política del régimen ciudadano se mostraba inequívocamente. En el año 371, incapaz de resistir por más tiempo a Esparta, poseedora del oro persa, firmaba una paz que, en suma, venía a ser la restauración de «la paz del Rey» de 386. Todavía tuvo que luchar algunos años para mantener su poderío naval, con la ayuda de Siracusa, pero ya no estaba en condiciones de sostener tal esfuerzo militar. En definitiva, Atenas no contaba va como potencia política. Solo hubiera podido subsistir con el apoyo financiero de Egipto, pero Nectanebo cometió el grave error de no prestárselo, por hostilidad contra el partido democrático ateniense.

Después de la paz de 371, Egipto se encontraba solo frente a Persia. La política de Nectanebo había conducido a un fracaso total. No le quedaba más recurso que abdicar en favor de su hijo Teos, quien, febrilmente, se preparó para la guerra. Era necesario reconstituir con urgencia el ejército, mas el clero se negaba a todo sacrificio. El rey acudió a las ciudades, y restableciendo el servicio obligatorio armó 80 000 hombres y construyó una flota de 250 trirremes. Pero necesitaba aliados. Y siguiendo la política tradicional de Egipto, se tornó hacia Grecia.

Moneda helénica de Corinto, con la efigie de Palas Atenea. Hacia el año 440 A. J.
Gabinete de Numismática del Museo del Estado. Berlín.

Esta salía de una nueva guerra civil. Tebas, con la victoria de Leuctres (371), había destruido el poderío militar de Esparta pretendiendo, algunos años, la hegemonía. Para ir contra ella, Atenas se había acercado a Esparta y a Siracusa. Teos acudió a su alianza y logró la colaboración —como mercenario— de Agesilao, rey de Esparta, y de su ejército. El soberano de Esparta, en esta alianza se vio obligado a tener que actuar como simple *condottiero*.

Egipto, liberado poco tiempo antes, no disponía de reservas metálicas suficientes para hacer frente a un esfuerzo tan considerable. Creáronse nuevos impuestos sobre las viviendas y los productos manufacturados; los derechos de aduanas fueron aumentados hasta el 10 por 100 *ad valorem*; se decretó un empréstito forzoso que obligaba a todos los egipcios a entregar al Estado sus objetos de oro y plata, reembolsables por anualidades, y garantizado por el impuesto de capitalización. Es el primer empréstito de Estado conocido.

Los templos opusieron resistencia, pero el rey no la tuvo en cuenta y se incautó del 90 por 100 de las rentas de carácter sagrado.

Con los metales recogidos, acuñó moneda de plata en la que figuraba el papiro egipcio junto con la lechuza ateniense, símbolos de la alianza de Egipto y Grecia.

Para vencer a Persia, Teos había comprendido que era necesario cortar sus comunicaciones marítimas. Marchó contra Siria y ayudó financieramente al sublevado sátrapa de Armenia. Fenicia fue conquistada rápidamente, pero entonces el partido sacerdotal le traicionó proclamando rey a su sobrino Nectanebo II con la complicidad del rey de Esparta, Agesilao, quien, aunque general mercenario al servicio de Teos, continuaba siendo favorable al partido oligárquico representado en Egipto por el clero.

Para dar así satisfacción a la política reaccionaria social, el partido del clero acababa de herir mortalmente a Egipto, como cincuenta años antes la oligarquía espartana había sacrificado a Grecia.

Teos huyó a la corte de Persia. Nectanebo II (339-342), entronizado por el clero, le devolvió la administración de sus bienes, cediéndole además los derechos de aduanas y de manufacturas percibidos por el Estado en Naucratis. La población de las ciudades, obligada a soportar por sí sola los gastos de guerra, se sublevó. Privado de recursos, Nectanebo prefirió sacrificar su flota a que se encendiera de nuevo la guerra civil, y para aplacar a la opinión pública renunció al servicio obligatorio y volvió al ejército de mercenarios.

Egipto se abandonaba, cada vez más desarmado y minado por sus disensiones internas, frente a la amenaza persa.

Sin duda, Persia no era ya una potencia temible. El fin del reinado de Artajerjes II se distinguió por nuevos dramas palatinos e insubordinaciones de sátrapas. Pero no existía ningún otro estado capaz de hacerle frente. Grecia, desgarrada en una nueva lucha por la hegemonía entre Tebas y Esparta, solo podía guerrear con la ayuda del oro persa, que gracias a la contribución territorial continuaba afluyendo a Susa. Las inmensas satrapías feudales de la Persia oriental eran inagotable manantial de hombres y dinero. Artajerjes III, en el año 343, lo concentró contra Egipto, que traicionado por los representantes de la clase dirigente y por sus mercenarios griegos, se hundió.

Artajerjes III, dueño de Egipto, valiéndose de los mercenarios griegos del faraón, reconquistó fácilmente las satrapías sublevadas del Asia Menor. Nada, al parecer, se oponía ya a la realización del imperio universal.

3. Importancia creciente del Occidente en la economía internacional

EL IMPERIO DE CARTAGO

En tanto que Atenas, a la cabeza de la liga de Delos, dominaba la navegación en el mar Egeo, griegos y fenicios luchaban en el Mediterráneo central por la hegemonía. Cartago, fundada por Tiro hacia el año 800, había llegado a ser rápidamente una

poderosa metrópoli comercial. Pero su gran riqueza data solamente del siglo VI. En aquella época, la navegación de Tiro en Occidente decrece como consecuencia de la conquista de Fenicia por Persia, y Cartago recoge el beneficio del gran tráfico de plata y estaño que Tiro hacía en otros tiempos, por medio de su factoría de Gades, con Tartesos.

Desde el siglo VII, los griegos dominaban el estrecho de Mesina. En el siglo VI, Marsella había tratado de extender su imperio sobre el mar Tirreno, y para limitar su impulso, Cartago había pactado una alianza con los etruscos.

No eran estos grandes navegantes. Venidos a Italia de Licia, Asia Menor, habíanse instalado en Etruria, donde fundaron gran número de ciudades que no tardaron en agruparse en ligas. El puerto de Populonia las orientaba hacia el mar, pero su actividad era principalmente fabril. En el siglo VI, las ciudades etruscas gozaron de gran prosperidad gracias al comercio griego y cartaginés. Síbaris era el lugar donde se concentraban los productos milesios y etruscos. Le llegaban estos por Pesto, su antepuerto en el mar Tirreno. Desde el siglo VI, los etruscos habían alcanzado gran expansión territorial y económica. En el Norte, habíanse instalado en el valle del Po, y por el Sur, fundaron colonias hasta Capua y Salerno. La ruta que unía las ciudades etruscas del Norte con las del Sur franqueaba el Tíber por Roma, aldea creada en el siglo VII y en la cual se habían instalado momentáneamente los tiranos etruscos.

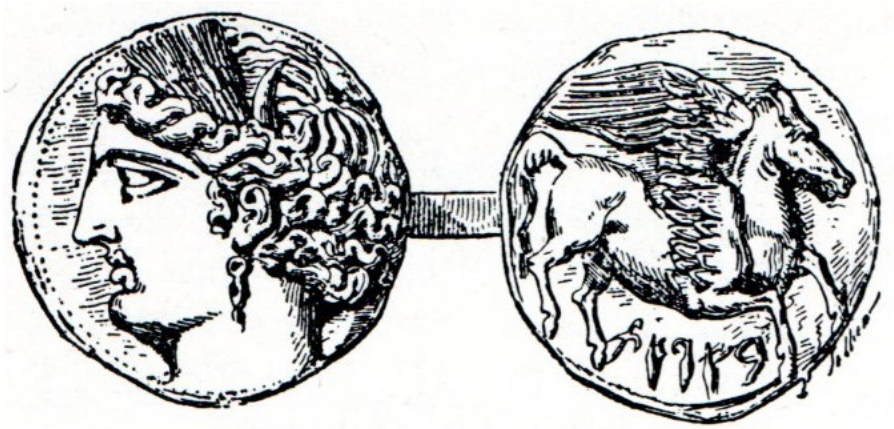
Los etruscos, cuya civilización había sido influida por la cretense, poseían una organización urbana muy adelantada y constituían un centro económico de importancia. A fines del siglo VI, su alianza con los cartagineses arrojó a los masaliotas de Córcega y Cerdeña, donde habían fundado factorías.

La protección concedida por los reyes persas a la navegación de Tiro dio por resultado, a principios del siglo V, una alianza entre el rey Darío I, que trataba de afianzarse en Occidente, y Cartago. Los griegos se encontraron cercados y, en 480, Sicilia fue atacada por el ejército cartaginés, al mando de Amílcar, al mismo tiempo que Atenas era objeto de un asalto por el ejército y la flota de Jerjes. Pero Amílcar había sufrido un desastre ante Himera y en 474 Siracusa había aplastado en Cumas a la flota combinada de Cartago y Etruria. A partir de entonces, Siracusa se convierte en gran potencia naval.

Sin embargo, en aquella época, Cartago era dueña de un magnífico imperio cuyas factorías cubrían todo el litoral mediterráneo occidental y, más allá de las Columnas de Hércules, las costas de España y Marruecos.

Los imperios marítimos de Atenas y Cartago fueron contemporáneos; pero mientras que en Atenas triunfaba la democracia, Cartago, como Tiro, fue una ciudad real dominada por la poderosa familia de los Magón, enriquecida con el comercio. Hacia 450, al mismo tiempo que Tiro, Cartago se había transformado en una república aristocrática y sus instituciones eran muy semejantes a las de las ciudades oligárquicas griegas. La asamblea, formada por burgueses propietarios, elegía a los

generales y magistrados supremos; el dinero jugaba un papel preponderante en las elecciones; el pueblo no gozaba de ningún derecho político; el senado —cuya forma de elección se ignora— representaba la oligarquía de los hombres de negocios; los altos magistrados eran elegidos entre los ciudadanos de mayor fortuna, y la justicia era administrada por cien jueces, designados entre los senadores. El gobierno, por tanto, pertenecía a la plutocracia, agrupada alrededor de algunas familias poderosas que se disputaban el poder. Como en las ciudades griegas, los esclavos eran numerosos y trabajaban en los talleres industriales, en las casas de comercio y en las oficinas del Estado.



Moneda de oro cartaginesa.

El advenimiento del régimen oligárquico en Cartago coincidió con el mayor desarrollo de su riqueza. A fin de asegurar su aprovisionamiento, Cartago se apoderó en aquella época de un vasto *hinterland*, en donde los ricos adquirieron grandes propiedades y en las cuales los indígenas estaban sometidos a servidumbre. Al mismo tiempo, trató de conseguir nuevos mercados. Necao y Darío habían dado el ejemplo de las grandes empresas marítimas. Hacia 450, Cartago envió, a su vez, expediciones exploradoras a través del Océano. Hacia el Sur, sus marinos exploraron las costas africanas hasta el golfo de Guinea e instalaron factorías en Marruecos y el Senegal, ocupando las islas Canarias; hacia el Norte, subieron hasta el canal de la Mancha para tratar de establecer relaciones directas con la Gran Bretaña, de donde procedía el estaño.

El imperio de Cartago había sido organizado de manera muy semejante al de Atenas. Las ciudades que lo integraban gozaban de autonomía, pero Cartago era la única que disponía de la flota de 200 trirremes y del ejército mercenario, a cuyo sostenimiento se atendía con el producto de los derechos de aduanas percibidos en todas las ciudades. Además, Cartago explotaba las minas de Cartagena como monopolio del Estado. Cartago y Gades gozaban de libertad comercial absoluta, pero, en las otras ciudades del Imperio, los armadores cartagineses poseían el monopolio de los transportes. Los extranjeros quedaban pura y simplemente excluidos. Cartago se reservaba la exclusiva de la navegación en toda la costa de África hasta las islas de Cerdeña, Córcega y Malta, en Cirene y en todos los puertos dé España, a excepción del de Gades, que estaba abierto a los griegos. La política de la Atenas democrática era liberal; la de la aristocrática Cartago estaba basada en el monopolio. A la rivalidad entre griegos y cartagineses venía a sumarse la lucha entre dos sistemas económicos opuestos.

Cartago poseía recursos muy superiores a los de Atenas y Siracusa, y sin embargo, no acuñó dinero hasta fines del siglo v. Sus primeras monedas fueron troqueladas para pagar a los mercenarios. Era el mismo sistema económico de Egipto. Los griegos fueron los verdaderos propagadores de la moneda en Occidente, como Darío lo fue en Oriente. Pero la economía monetaria fue mucho más considerable en Grecia que en Asia o en Egipto, donde solo desempeñó una función secundaria hasta la época de los Ptolomeos.

Desde 480, la pugna entre Cartago y Siracusa adquirió un carácter grave. Las dos metrópolis no cesarían ya de combatirse. En esta lucha, Cartago gozaba de una gran ventaja: mientras las ciudades griegas estaban en continua refriega entre sí, en el seno de las colonias fenicias no se produjo nunca el menor conflicto.

LOS IMPERIOS DE SIRACUSA Y DE TARENTO

El hundimiento del imperio de Atenas no significa el fin de la potencia naval griega, pero esta queda desplazada hacia el Oeste. Atenas había querido, imponiéndose a Sicilia, formar un imperio panhelénico, mas el resultado fue un desastre (413). Vencida Atenas, la victoria permitió al partido democrático de Siracusa acabar con la tiranía militar y apoderarse del gobierno. Cartago aprovechó la coyuntura para lanzarse sobre Sicilia y en 406, so capa de ayudar a Segesto, Aníbal destruyó Selinonte e Himera, anexionándose Agrigento. En el mismo momento en que la caída de Atenas deja en manos de Persia el poder sobre Grecia, Sicilia se halla bajo la grave amenaza de Cartago. Entonces, Dionisio, elegido general por el pueblo de Siracusa (406), restableció la tiranía y, después de aplastar al partido aristocrático, preparó la lucha contra Cartago creando una flota de 200 navíos y levantando un ejército mercenario de 50 000 hombres. Todos los medios fueron válidos para allegar los recursos necesarios: impuestos, aduanas, confiscación de bienes a los enemigos políticos, incautación de un 20 por 100 del capital y falsificación de moneda, la primera que registra la Historia.

Para presentar un frente único a Cartago, Dionisio unificó por la fuerza a Sicilia bajo su autoridad, decretando el exterminio de todos los mercaderes semitas. Su corte fastuosa atraía, en torno a Platón, a los poetas, filósofos e historiadores llegados de todo el mundo helénico.

Al igual que Sicilia, la Magna Grecia se concentraba en aquel momento en una confederación en derredor de la ciudad de Crotona (392).

En Grecia, por el contrario, Esparta, aliada de Siracusa, que le prestaba ayuda para imponer a Atenas «la paz del Rey» (386), seguía siendo la única potencia importante en aquel mosaico de ciudades autónomas.

Parecía como si el mundo griego tendiera hacia dos hegemonías: una marítima, la de Siracusa, y otra territorial, la de Esparta. A decir verdad, la hegemonía de Esparta no era sino una ilusión que ocultaba la decadencia de Grecia y su sumisión a Persia. Siracusa, en cambio, en plena prosperidad, extendía su imperio sobre la Magna

Grecia y se anexionaba Crotona (379), aunque Tarento trataba de frenar su expansión. Tarento se hallaba gobernada entonces por un tirano: el filósofo Arquitas, gran amigo de Platón, que había dotado a su ciudad de un ejército y una marina equipada, gracias a sus descubrimientos matemáticos, con una auténtica artillería de catapultas. El comercio, el arte y la enseñanza de la Filosofía tuvieron, bajo su gobierno humano y prudente, aquel extraordinario florecimiento que dio un segundo esplendor a la cultura griega.

Decadracma. Moneda griega de Siracusa de finales del siglo V. A. J.

Templo de Segesta.

Siracusa compartió con Tarento la hegemonía. Se reservó Sicilia con Regio, Locres y el estrecho de Mesina, abandonando a Tarento el resto de la Magna Grecia hasta Nápoles. Para proteger sus posesiones, los dos imperios griegos se unieron contra los bárbaros del interior.

Las dos grandes y poderosas ciudades marítimas tratan entonces de agrupar en torno suyo a todo el mundo griego.

En 371, Atenas ve fracasar su tentativa, en cierto momento triunfante, para reconstituir su imperio. De sus antiguas posesiones ya no conservaba más que el Helesponto. Dionisio se aproximó a ella (367), mientras que Tarento se unió estrechamente a Cirene, la única gran ciudad griega en la costa de África.

Parecía que la alianza de las tres grandes ciudades griegas —Siracusa, Tarento y Atenas— había de ejercer un indiscutible señorío en el Mediterráneo, cuando a la muerte de Dionisio comenzaron de nuevo las guerras civiles. En pocos años, las luchas entre el partido popular y el de terratenientes y hombres de negocios dieron en tierra con los imperios de Siracusa y Tarento, y los indígenas comenzaron a agitarse. Roma, interviniendo por vez primera en la política griega, entró en alianza con los samnitas contra Tarento, y los cartagineses desembarcaron en Sicilia. Agotada por la guerra civil, Siracusa solicitó auxilio a Corinto y esta le envió a Timoleón, que restableció la paz sobre las mismas bases. Cartago, que la atacó en aquel momento,

fue vencida (341). Timoleón había salvado el helenismo. Después de realizada su obra, se retiró al campo, a una propiedad que le había sido regalada por el pueblo.

El régimen de la democracia censataria, instaurado por Timoleón, no desapareció con él. La paz social se mantuvo, y de todas partes afluían los extranjeros a una Sicilia pacificada. Las ciudades arrasadas por Cartago fueron reconstruidas. Los últimos regímenes tiránicos desaparecieron. Fue ajustada la paz con Cartago (339), gozando Sicilia de una prosperidad inmensa. El sistema de gobierno por la mesocracia había de ejercer una enorme influencia en todo el Mediterráneo. Algunos años más tarde fue adoptado por Alejandro Magno y llegó a ser el régimen normal de las ciudades en la época helenística.

En aquel momento, la Grecia continental estaba políticamente en decadencia. Egipto, reconquistado por Persia, sufría un eclipse. Sicilia aparecía como verdadero centro de la vida económica griega.

Frente a Persia, solo quedaban en el mar dos potencias insumisas: la Sicilia griega y la talasocracia cartaginesa. El centro de la economía marítima habíase desplazado hacia Occidente. El Mediterráneo central iba a ser en lo sucesivo un elemento básico de la vida internacional en las esferas marítimas y económica, y no tardaría tampoco en serlo en la esfera política.

4. Comienzos de Roma

ORÍGENES DE ROMA

La expansión de los cartagineses, etruscos y griegos hizo entrar en el área de la vida internacional a la costa de África, Sicilia, la Magna Grecia, la Campania, Etruria, la Provenza y las costas occidental y meridional de España; pero la Italia central, que presentaba condiciones menos favorables para el desarrollo marítimo, continuó aún por algún tiempo viviendo al margen de la vida internacional, replegada en sí misma.

A partir de los siglos X y IX, los latinos se fueron instalando en el Lacio, donde hacia el siglo VII, un grupo de pueblos —albanos, sabinos, latinos—, todos de distinta raza, lengua y religión, constituidos por inmigrantes e indígenas, formaron una pequeña liga: la liga del Septimontium, o de las Siete Colinas. Representaba esta una agrupación agrícola, dominada por propietarios señoriales, bajo cuya autoridad patriarcal vivía un pueblo de clientes. Los señores se agruparon en curias y, más tarde, la confederación de estas dio nacimiento a una organización política bajo un consejo de ancianos, el Senado, que designó un rey.

La loba romana con los mellizos Rómulo y Remo.
Palacio del Conservatore. Roma.

LA TIRANÍA ETRUSCA

Desde el siglo VII, la influencia de los etruscos se dejó sentir en aquel pequeño Estado primitivo. Roma estaba situada en la ruta de Etruria con las ciudades griegas del Sur. Los etruscos, al extenderse hacia el Sur, entraron en Roma, construyeron un puente de madera y nombraron un tirano, Tarquino, hijo de un aristócrata emigrado de Corinto y de una etrusca. Tarquino introdujo en Roma las primeras instituciones ciudadanas, superpuso al culto antiguo de la diosa madre Ceres y del dios fecundante Júpiter, un culto nacional dedicado a la trinidad capitolina —Júpiter, Venus y Juno—. Pronto se inició un pequeño movimiento comercial para la explotación de salinas en la desembocadura del Tíber. A Tarquino le sucedió un rey, al parecer latino, Servio, que cercó el recinto de la ciudad con murallas. Apareció luego un nuevo tirano etrusco, descendiente de Tarquino, que gobernó imitando a los tiranos griegos, entonces en boga, emprendió grandes obras, acabó con el poderío señorial de los grandes propietarios y admitió en la filas del ejército a los pequeños propietarios liberados de la autoridad de los nobles.

EL PERÍODO ARISTOCRÁTICO

Hacia la época de la caída de Pisístrato en Atenas, Tarquino el Soberbio fue derrocado por una reacción aristocrática[4]. Entonces aparecieron, en la forma conocida, las *gentes*. Como las *gene* griegas, constituyen estas las familias de los antiguos señores territoriales, que desposeídos de los derechos soberanos que en otro tiempo ejercían sobre sus tierras —las diecisiete tribus rústicas— formaron una nobleza que confió el poder a dos cónsules elegidos en sus seno.

A partir de entonces, la sociedad romana dividiose en nobles y plebeyos. Los nobles vivían sometidos a un derecho patriarcal, tenían un culto de familia, consideraban sus bienes inalienables y practicaban la solidaridad familiar y la guerra privada. En sus tierras trabajaban colonos o clientes sometidos a su autoridad. Los plebeyos, pequeños propietarios que anteriormente dependían de ellos o acababan de llegar a la ciudad, eran ciudadanos, y desde la tiranía de Tarquino ejercían un derecho más individualista que los nobles, no conocían ni el patrimonio familiar inalienable, ni la solidaridad familiar, pero dependían de la justicia de aquellos quienes conservaban esta prerrogativa de su antigua autoridad como señores soberanos. En la ciudad, la plebe estaba agrupada en torno al rito agrario, simbolizado por la diosa madre Ceres; los nobles celebran el culto del dios del Cielo, Júpiter, que es el dios real, como Zeus en Grecia.

Aunque ciudadanos, los plebeyos no participaban en la vida política de la ciudad; agrupados bajo los tribunos, sus caudillos militares, alrededor del templo de Ceres hicieron de aquellos y los ediles, encargados de la custodia de aquel, sus jefes políticos, y bajo la protección de sus ediles dieron expresión a sus primeras reivindicaciones sociales.

Carentes de tierras, pues la nobleza disponía de casi todas las que circundaban la ciudad, se sublevaron, y ante la amenaza de emigrar se les concedieron parcelas tomadas del *ager publicus*[5] y fueron integrados en la vida pública del estado, reconociéndoseles el derecho de elegir por sí mismos sus tribunos y de reunirse legalmente bajo su presidencia.

El reparto de tierras a la plebe resolvía la difícil cuestión social; incorporada a la vida activa de la ciudad, no tardó en reclamar la codificación de las leyes bajo cuyo amparo vivía. Se constituyó una comisión de diez miembros, los *decemviri*, que, a semejanza de los *aesymnetas* de las ciudades griegas, quedó encargada de codificar el derecho. El resultado fue la Ley de las Doce Tablas (hacia 450), que presenta evidentes analogías con las primeras formas del derecho griego, correspondiendo a la ley de Dracón en el derecho ateniense. En ella se reconoce a nobles y plebeyos un derecho uniforme, que no es sino la costumbre plebeya. Declara a la tierra alienable, incluso en los casos de patrimonios de la nobleza; suprime la solidaridad familiar, no dejando más que la autoridad del *pater familias*, y sustituye la antigua guerra privada por un derecho penal que se aplica por un procedimiento arbitral, obligatorio para

todos los ciudadanos. La igualdad jurídica establecida entré los nobles y la plebe tenía que acabar, lenta pero naturalmente, con los privilegios de la nobleza. El régimen nobiliario, que subordinaba el estatuto político al nacimiento, fue sustituido por un sistema censatario: en lo sucesivo, los ciudadanos serían clasificados en jerarquías con arreglo a su fortuna. Roma seguía, paso a paso, aunque con un retraso de dos siglos, la evolución de Atenas.

El Ejército fue organizado sobre la base de las clases censatarias y dividido en centurias que, encuadradas en la organización política, reemplazaron paulatinamente el antiguo cuadro aristocrático de las asambleas de curias por el de las de centurias. En lo sucesivo, nobles y plebeyos quedaron mezclados en los mismos grupos políticos, pero la antítesis entre pobres y ricos comenzó a tener más importancia que la antes existente entre patricios y plebeyos.

En aquella época, Roma formaba con las demás ciudades latinas del Lacio una confederación religiosa semejante a las ya observadas, en el alborear de su historia, en los pueblos egipcio, sumerio, hitita y heleno.

Esta confederación hacía pequeñas guerras locales a los montañeses vecinos, los volscos y ecuos, y contra los etruscos, pero al mismo tiempo progresaba al contacto con estos últimos, iniciándose en ella la influencia griega.

En el siglo V, Roma conoció, en su evolución, un período de estancamiento. Fue la repercusión de la historia griega. La ruina de Síbaris en 510, y la derrota infligida por los siracusanos, cerca de Cumas, a la flota combinada de etruscos y cartagineses, en 474, provocaron, con la decadencia de las ciudades etruscas en el norte y de las griegas en el sur de Italia, un aislamiento de Roma.

Poco a poco, sin embargo, los mercaderes griegos fueron haciendo acto de presencia en el mercado del Aventino y, por la equivalencia establecida entonces de una manera natural entre el valor del ganado y el del cobre, comenzó a utilizarse como medio de pago el lingote metálico. Se infiltró en Roma una plebe extranjera que introdujo el primer artesanado especializado, formándose en torno a él un proletariado urbano. Fue en esta fase de su evolución

El Apolo de Veyes. Terracota etrusca del siglo VI A. J. Roma. Via Giulia.

cuando sucumbió Roma, hacia 382, ante una expedición de galos que, procedentes del valle del Danubio, había invadido el del Po, dirigiéndose hacia el Sur.

Aquella invasión tuvo influencia decisiva en la historia del Mediterráneo. El Po se vio definitivamente ocupado por los galos, y la expansión etrusca, que tal vez se hubiera impuesto a Roma, quedó atajada.

LA EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

En Roma misma, la invasión fue seguida de un período de anarquía y perturbación sociales. El gobierno fue confiado a funcionarios —tribunos militares—, cuyos cargos eran asequibles a los plebeyos. Y la crisis social trajo, en 366, una serie de reformas sociales que aligeraron las deudas, regularon el usufructo de las tierras del común, en forma que pudiera aprovechar más a los plebeyos, y distribuyeron el consulado entre el patriciado y la plebe. La cuestión social quedó resuelta una vez más fomentando la pequeña propiedad agraria. Y la plebe —la plebe rica, al menos— halló libre su acceso al poder. La reforma realizada por Roma después de la invasión de 382 corresponde, aunque en un plano de civilización menos elevado, a las mejoras introducidas en Atenas por Solón, en 594.

Escultura etrusca colocada sobre un sarcófago. Alrededor del año 500 A. J.

Esta evolución democrática se había impuesto a Roma por la necesidad de luchar contra los pueblos vecinos que amenazaban su independencia. Precisaba soldados y, por consiguiente, ciudadanos, y frente al peligro exterior el patriciado romano comprendió, con gran acierto, que solamente podía fortalecer la posición de Roma haciendo concesiones a la plebe.

Para consolidar su propia defensa, Roma apoderose definitivamente de la desembocadura del Tíber, donde ya Tarquino había construido los rudimentos de un puerto con una pequeña colonia romana. Y al asomarse al mar, Roma entraba en un nuevo período de su Historia.

Lo mismo que en Atenas, con Solón, la evolución democrática de Roma coincidió con el establecimiento de relaciones más constantes con el extranjero y su entrada en la vida internacional. Estabilizó su situación con tratados concertados con los ecuos, los samnitas y los etruscos. En 348 firma con Cartago un pacto de amistad por el que la metrópoli fenicia se compromete a no establecer factorías en el Lacio, dejándole Roma, a cambio, amplia libertad fuera de sus fronteras.

El dominio ejercido por Roma en la desembocadura del Tíber contribuyó al rápido crecimiento de su población, dándole una evidente supremacía sobre las demás ciudades de la confederación latina, a las que acabó por anexionarse después de tres años de victoriosas campañas guerreras (338-335).

LA POLÍTICA LIBERAL HACE DE ROMA EL CENTRO DE UN ESTADO REPUBLICANO

A partir de entonces, Roma se convierte en un estado territorial, y es en aquel momento de su historia cuando su evolución se diferencia de la que siguieron las ciudades griegas.

Esparta, al quedar transformada en estado territorial, había procurado mantener la supremacía de sus ciudadanos, convirtiéndolos en una nobleza militar y la única dotada de derechos políticos. De este modo, había detenido su evolución.

Roma, en cambio, cuando se hubo anexionado el Lacio, confirió individualmente a numerosos latinos el derecho romano de ciudadanía y renunció, en general, a los antiguos procedimientos de confiscación de tierras conquistadas, dejando a los propietarios latinos en posesión de sus bienes. Los nuevos ciudadanos latinos fueron agrupados en tribus, que se sumaron a las diecisiete tribus rústicas formadas antes por los propietarios nobles romanos, y a las cuatro tribus urbanas, entre las cuales estaba repartida la plebe de la ciudad: todas ellas constituyen así el marco de la Roma futura. Al dar a los latinos categoría de ciudadanos romanos y aceptar en su cuerpo cívico, con extraordinario liberalismo, a todos los extranjeros y aun a los libertos que vienen a aumentar la plebe, Roma cesa de ser simple ciudad y se convierte en un estado. Llevando a cabo lo que ninguna ciudad griega fue capaz de realizar, en lo sucesivo y al compás de sus conquistas, va extendiendo progresivamente a las poblaciones sometidas los derechos privados de sus propios ciudadanos e incluso sus privilegios políticos. Al ensanchar de tal modo los límites de la ciudad, fortalece su ejército que podrá continuar siendo reclutado únicamente con ciudadanos romanos.

Semejante noción liberal —totalmente nueva— de otorgamiento de derecho de ciudadanía a los habitantes de los territorios anexionados, permitió a Roma ser un verdadero estado sin tener que renunciar a sus instituciones republicanas. Era la única

de todas las democracias que conseguiría fundar un imperio territorial por haber tenido la prudencia de hacer suyos todos los pueblos conquistados, integrándolos en la República y tratándolos con política liberal.

A medida que la plebe aumentaba, Roma la iba asimilando por medio de reformas. Medio siglo después de la conquista del Lacio, llevó a cabo una gran transformación democrática. La asamblea de centurias, convertida en la verdadera asamblea política de la República, fue liberada de la tutela del Senado, obligado a ratificar previamente sus decisiones. El Senado, por otra parte, constituido por magistrados cesantes, perdía poco a poco su carácter aristocrático desde que la plebe había sido admitida al consulado. El pueblo se hacía soberano. Sin embargo, su acceso al poder solamente había de tener lugar en forma progresiva.

Es cierto que ricos y pobres formaban parte de las centurias, pero en las asambleas de estas se votaba por centuria y las clases ricas disponían de más de la mitad de ellas, mientras que el proletariado, no obligado por otra parte al servicio militar, estaba todo él inscrito en una sola[6]. Ningún romano quedaba privado de derechos políticos, pero solo los propietarios legislaban y elegían a los magistrados.

La plebe pobre, cuyo número no cesaba de aumentar, reivindicaba una participación cada vez más efectiva en el poder. En 337, Roma se la concedió, permitiéndole, reunida en *concilia plebis* (asambleas de la plebe), votar en los plebiscitos de carácter obligatorio para todos los ciudadanos. Por la misma época, con una reforma inspirada en Egipto y Atenas, la proclamación del *habeas corpus*, emprendía Roma una nueva política; y en 326, anticipándose con su liberalismo a todas las ciudades griegas, suprimía la esclavitud por deudas, iniciando así, como diría más tarde Cicerón, una nueva era de libertad para el pueblo.

Altar con relieves que representan escenas de la historia romana, hallado en Ostia.

de ciudadanos, se aprestaba a ocupar su puesto en la vida internacional.

5. El individualismo, en Egipto y Grecia, prepara la civilización helenística

Escultura que representa a Marte, hallada en Todi. Siglo IV A. J.
Museo Vaticano.

CONTINGENCIAS POLÍTICAS, ECONÓMICAS Y SOCIALES

La característica de la historia del Mediterráneo, desde las guerras médicas hasta Alejandro, es la de una civilización común, en virtud de un acercamiento entre Egipto y Grecia. Esa comunidad se manifiesta primero bajo el aspecto de una economía que une los países marítimos del Mediterráneo oriental y se va extendiendo continuamente hacia el Oeste. Existe una diferencia considerable entre la economía de los países marítimos del Oriente Anterior y la de Grecia. La primera se ha ido formando lentamente, merced a la explotación de los productos agrícolas, la creación de una industria surgida de las necesidades de los países mismos y fue obra de hombres libres. El comercio, nacido en un principio de las primeras necesidades, va creando paulatinamente el tráfico y la industria de exportación. Por el contrario, Grecia se ha ido desarrollando en una economía ya organizada, y se dedica —como antaño entre los bibliotas y fenicios— a la industria del transporte. Los griegos fueron sobre todo agentes de venta; la exportación solo se practicaba para proporcionar a los barcos fletes de retorno, y como carecían de mano de obra crearon una industria servil y la venta de esclavos llegó a ser empresa de gran rendimiento.

La economía griega era de intermediarios, siendo esta la causa de que la moneda tuviera un desarrollo mucho mayor en Grecia que en Egipto. Obsérvase un fenómeno

La economía griega era de intermediarios, siendo esta la causa de que la moneda tuviera un desarrollo mucho mayor en Grecia que en Egipto. Obsérvase un fenómeno semejante en Babilonia: si la banca tuvo gran florecimiento antes del siglo XX antes de Jesucristo, ello se debió a que el tráfico fue la base fundamental de la economía de Mesopotamia.

Por el contrario, en Egipto, donde la economía está basada en el cambio, la finanza y la moneda no desempeñan más que una función meramente contable, hasta el día en que, con la dinastía de los ptolomeos, Alejandría se convierte en el centro más frecuentado del tránsito internacional.

Pero, precisamente por el hecho de que su misión es la de simple intermediaria, la economía griega se hace complementaria de la economía egipcia. Desde la apertura del canal de Suez ambas son inseparables.

Por ello es tan esencialmente liberal. En Grecia, los derechos de aduanas no fueron nunca superiores a un 2,5 por 100. Egipto, liberal también en principio, grava sin embargo las importaciones griegas, para proteger su industria nacional, con un impuesto del 10 por 100 a comienzos del siglo IV.

La interdependencia de la economía mediterránea introdujo en todos los países marítimos, no solo en Grecia y en Egipto, sino asimismo en Asia Menor y en Siria, el mismo sistema social, caracterizado por el desarrollo de las ciudades y la burguesía urbana. Bien es verdad que, en este aspecto, las diferencias son también considerables. En Egipto, las ciudades son muy antiguas, ricas, bien construidas; ocupan su puesto en el estado monárquico; la vida política local, en las ciudades, tiene muy escasa importancia; la esclavitud no existe apenas en la población urbana. Por el contrario, tanto en Grecia como en Fenicia, las ciudades son autónomas y se hallan dominadas por su política local. Socialmente, lo que distingue a las ciudades griegas de las del Delta es la existencia de un gran proletariado servil.

El nacimiento de Venus. Trono Ludovisi, en Roma.

Mas, por muy diferentes que sean, todas estas ciudades siguen la misma evolución social, por la importancia que adquiere la burguesía rica y por los movimientos populares que de ello se derivan. Esta evolución se produce en Egipto en forma distinta que en Grecia. El pueblo egipcio, de muy antigua cultura, cortés, individualista, acostumbrado a la igualdad jurídica de los sexos, así como a la igualdad política de

muy raras en la historia de Egipto y solamente tienen lugar cuando se producen grandes crisis que ponen en riesgo la existencia misma de la economía urbana. Hubo, sin duda, en las grandes ciudades como Sais, Bubastis, Mendes y Tanis, agitaciones locales e incluso revueltas sociales, como la que encumbró a Amasis al poder. Pero en las ciudades griegas, de formación reciente, donde las cuestiones sociales se plantean como problemas nuevos —cuando ya están resueltos desde hace mucho tiempo en Egipto— las luchas sociales son endémicas y sangrientas. La democracia local, al dar al pueblo un poder que no puede equilibrar ninguna fuerza exterior a la ciudad, lo empuja a la demagogia. Las ciudades griegas no tienen la estabilidad social de las egipcias porque no están, como ellas, integradas en un gran estado. En Egipto, los problemas se plantean en el aspecto nacional; en Grecia, en el local. Pero griegos y egipcios se hallan dominados por la misma tendencia al individualismo.

En Grecia, la lucha se entabla en la esfera local, entre ricos y pobres. En Egipto hay ciertos síntomas de una pugna semejante, pero el conflicto rebasa los límites urbanos: se produce entre la población urbana y el clero, entre la concepción individualista y liberal de la vida social y económica, y la política aristocrática y patrimonial a la que siempre vuelven los templos. El conflicto observado en Grecia entre los elementos mercantiles y terratenientes, que halla su expresión en la guerra incesante entre Atenas y Esparta, existe también en Egipto, pero dentro del marco del Estado, entre las clases urbana y sacerdotal.

Por ello, a pesar de tan profundas divergencias, las líneas directivas de la evolución económica y social son iguales y se desarrollan en una atmósfera semejante de cosmopolitismo que se impone a los nacionalismos por muy cerrados que sean. Los egipcios son más caseros, se expatrían menos fácilmente que los griegos y fenicios. El hecho de que fueran los griegos comerciantes viajeros contribuyó a que su idioma se difundiese por doquier, llegando a ser, desde el siglo VI, una lengua internacional cuya penetración fue sobre todo notable en Egipto.

En el siglo IV, el individualismo desarrolla el capitalismo y la riqueza mobiliaria aumenta. La banca desempeña un papel cada vez más internacional e interviene en la política. El segundo imperio marítimo de Atenas fue más bien una empresa de banqueros y armadores que la realización de un plan político. Las asociaciones comerciales son frecuentes. Los intereses comunes acercan a los griegos y no solamente los económicos sino también los sociales. La clase pudiente y el proletariado tienen, cada cual, una política que rebasa sus límites ciudadanos. La democracia media continúa aferrada a la ciudad, pero a partir de Sócrates los intelectuales buscan una nueva fórmula. Ni desde el punto de vista económico, ni desde el social, la unidad es ya un marco suficiente. La complejidad de la economía, cada día más internacional, antepone los intereses de clase a las preocupaciones políticas. Tanto en Egipto como en Grecia, el sentimiento nacional se relaja, y este retroceso del patriotismo corre parejo con el advenimiento de nuevas nociones morales.

retroceso del patriotismo corre parejo con el advenimiento de nuevas nociones morales.

El centro de la sociedad es, cada vez más, el individuo, no la ciudad ni el grupo social. El individualismo triunfa con la aparición de las teorías del derecho natural; en la vida económica, con la economía liberal; en el arte, con el retrato.

EL PROBLEMA MORAL Y RELIGIOSO

En Egipto, la moral alcanza un alto grado de humanismo: es esencialmente individualista, por el respeto que otorga a la persona humana; es universalista, por el hecho mismo de considerar al hombre en sí, conocerse a sí mismo, dominarse, observar en todo la medida, practicar la caridad, la ayuda mutua, la cortesía. Es la moral egipcia la que Sócrates, inconscientemente sin duda, lleva a Grecia. Esta moral es religiosa. Desde hace treinta siglos, la religión egipcia viene estando orientada hacia el más allá. Tiende hacia un panteísmo monoteísta. Pero, al mismo tiempo, la democracia ha desarrollado el misticismo que se manifiesta tanto en la piedad individual como en las procesiones y ceremonias populares del culto. Los ritos locales, al dirigirse a los dioses y a sus símbolos, constituyen manifestaciones de amor a cuantos aspectos cobra la divinidad. No hay que ver en ello una zoolatría rudimentaria, ni una magia extraña a las ideas religiosas, sino un gran fervor piadoso. La magia propiamente dicha existió sin duda, pero fue rara en Egipto. En realidad, el culto adopta allí las formas más variadas; incluso llega no a dirigirse únicamente a los dioses, sino también a los sabios que mejor supieron acercarse a la divinidad; estos son los prolegómenos del culto a los santos.

Jóvenes en la palestra. Crátera griega del siglo VI A. J.
Museo del Estado. Berlín.

Al lado de las manifestaciones populares del culto, la devoción íntima, individual, conoció formas más elevadas.

Pero cualquiera que sea su forma expresiva, la devoción conduce a la idea de que la religión es dueña de la verdad. La moral, entonces, se halla cada vez más dominada por la religión. Puesto que la divinidad es la soberana justicia, la sabiduría consiste en entregarse a ella, en aceptar su voluntad, aunque a veces pueda parecer incomprensible. Todo depende de la divinidad, lo mismo el mal que el bien. Hay que abstenerse de juzgar al prójimo. Solo la divinidad puede hacerlo. Plantéase ya el problema de si existe una posibilidad de cohonestar la libertad individual con la omnipotencia divina.

La influencia religiosa de Egipto sobre los países mediterráneos fue enorme entre los siglos VI y IV. Entre los cultos solares que tienden al monoteísmo y los cultos agrarios concebidos con una visión mística orientada hacia el más allá, se manifiesta un sincretismo cada vez más marcado. En todas partes, como en Egipto, los cultos solares y agrarios revelan la misma tendencia a confundirse; solo los judíos quedaron

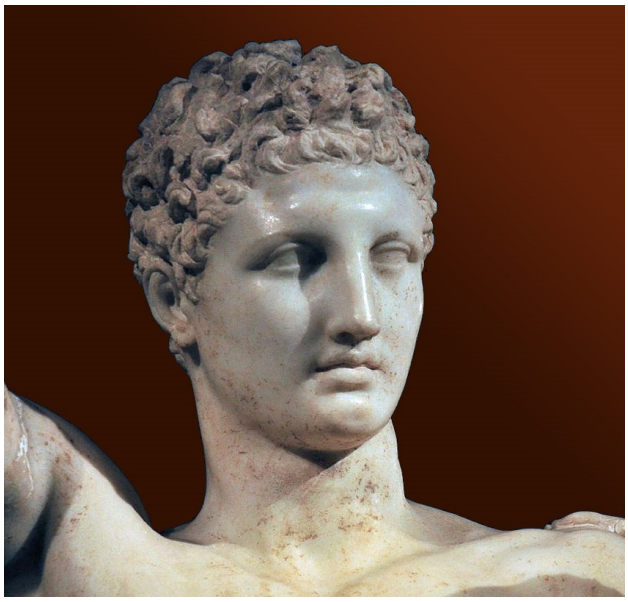
al margen de aquella evolución mística, a pesar de la indiscutible influencia que la literatura sapiencial egipcia ejerció en la sabiduría bíblica.

Pero los cultos se interpenetraron por doquier. Heródoto, en el siglo V, asimila ya todos los dioses griegos a los egipcios, de los cuales afirma que proceden. El culto de Osiris, confundido durante siglos en Siria con el de Adonis, se confunde también con el de Dionisos. Los misterios de Eleusis, igualmente orientados hacia la vida futura, quedan egiptizados y la iniciación que reciben los *mystes* o candidatos a la clerecía parece netamente inspirada en los ritos de la ordenación sacerdotal practicados en Egipto y cuya finalidad es «liberar» tanto el alma de los miembros del clero como la de todos los difuntos.

EL PENSAMIENTO GRIEGO EN LOS SIGLOS V Y IV

La filosofía griega, tan profundamente influida por Egipto y Oriente en su período jónico, mantúvose durante los siglos V y IV en estrecho contacto con el pensamiento egipcio. Los griegos no consideraron nunca a los griegos como bárbaros. Iban a Egipto para iniciarse en su religión y aprender sus ciencias. Pero mientras que la influencia egipcia es directa en las teorías científicas de los milenios, en el espiritualismo de Jenófanes y en el misticismo de Pitágoras, resulta solo indirecta en Heráclito y sus sucesores. Heráclito conserva la noción de la divinidad egipcia; en ella, lo absoluto reúne la armonía de los contrarios. Guarda también la doctrina según la cual las almas individuales no son sino parte del alma universal, pero abandona el plano religioso renunciando a las ideas del dios creador y de la supervivencia individual. En Empédocles, las concepciones egipcias y mazdeístas combínanse, pero nada es más extraño a Egipto que el pesimismo a que conducen esas ideas. Partiendo, como la teología egipcia, de la primacía de lo espiritual sobre lo material, va a parar en el pesimismo, pues en lugar de asimilar, como hacen los egipcios, el bien a la vida, toda vez que esta no es sino la realización del concepto divino, siguiendo una razonamiento análogo al de Buda y al de Lao-Tsé, llega a considerar la existencia como un mal.

Escena de un festín representada en un jarro griego.



Cabeza del Hermes de Praxiteles.

La influencia de Egipto, tan perceptible en Jonia, con la que mantenía estrechas relaciones económicas, apenas si se dejó sentir en la Magna Grecia, donde la actividad comercial se dirige principalmente hacia Cartago y Occidente. Al mismo tiempo que los filósofos griegos se alejan del pensamiento egipcio, oriéntanse hacia el materialismo. Parménides de Elea cae en él resueltamente. Anaxágoras, por el contrario, que es un jonio de Clazomena, si bien integra, al igual que Parménides, los elementos científicos en su filosofía, conserva la idea de la divinidad bajo la forma del *nous*, el espíritu del mundo, e incorpórase con ello a la teología egipcia, que concibe a Ra, el gran dios creador, como el Ka, es decir, como espíritu del universo creado.

Con Leucipo y Demócrito, el pensamiento griego se aparta cada vez más del idealismo egipcio y abandona el espiritualismo por el atomismo. La consecuencia fue una tendencia más concreta hacia el materialismo y el escepticismo de los sofistas de los cuales había de surgir el subjetivismo de Protágoras.

A partir de entonces, se abre un abismo entre la concepción religiosa de Egipto y la actitud filosófica de Grecia. La religión egipcia está segura de poseer la verdad. La filosofía, que aspira a su descubrimiento, acaba por negar la posibilidad de alcanzarla. Esta crisis del pensamiento griego, que se traduce en la tentativa de una revisión de valores emprendida por los sofistas, coincide con la crisis de la democracia hacia fines del siglo V. El papel en aquel momento desempeñado por los sofistas fue muy importante: estos hicieron triunfar la libertad de pensamientos, situando en el plano universal el examen de los problemas políticos y filosóficos. En ese mismo plano quiso Sócrates colocar la moral, y por consiguiente el derecho, lo que le acarreó su condena a muerte.

Los restos, tal como hoy se conservan, del templo de Apolo, en Corinto.

La libertad de espíritu, el sentido crítico y el universalismo de los sofistas encuéntranse bajo diversos aspectos, pero en forma igualmente característica en todas las formas del pensamiento griego.

Eurípides, en sus tragedias, que ofendieron al pueblo griego como las ideas socráticas, abandona el terreno nacionalista para considerar los problemas morales en su aspecto universal. Aristófanes, por el contrario, es en sus comedias[7] profundamente ateniense, aunque con una libertad que nada frena; fustiga a los hombres y a las instituciones de su tiempo, y si defiende la religión tradicional, lo hace de manera tal que no se sabe si la ridiculiza o habla sinceramente.

Tucídides, el gran historiador de la guerra del Peloponeso, aplica a la Historia igual método que Sócrates a la moral. Buscando los orígenes del pueblo griego, no reconoce valor alguno a las fábulas mitológicas y, al estudiar las causas lejanas de los hechos, escruta la sociedad como Sócrates trataba de conocer al hombre. El horizonte ateniense no cesa de dilatarse. Jenofonte escribe *La Ciropedia*, y Ctesias, que había sido médico en la corte de Susa, describe a sus lectores las regiones del Asia, cuyas relaciones económicas e intelectuales con Grecia son cada vez más íntimas. Éforo, como remate a esta actitud espiritual, compone una importante historia universal.

El universalismo, triunfante en Atenas entre las clases intelectuales, iba empero muy en vanguardia de la opinión de la masa popular. La condena de Sócrates, al poner de manifiesto el abismo que separaba las dos concepciones, prueba que el racionalismo de las clases cultas no era todavía capaz de influir en los sentimientos del pueblo, cada vez más afecto al misticismo.

Cabeza en bronce que se supone representa a Demócrito.
Museo Nacional. Nápoles.

PLATÓN

Había de ser Platón el llamado a aproximar los dos polos de la civilización griega: el racionalismo y el misticismo. A la muerte de Sócrates, todos sus discípulos abandonaron Atenas, y Platón marchose a Egipto. A su regreso, reunió en una misma síntesis las conclusiones del pensamiento religioso egipcio con las del racionalismo, e incluso con las del materialismo griego.

Tomando de la teología egipcia su metafísica idealista, que considera a la divinidad como conciencia del mundo y hace de sus ideas la verdadera realidad, Platón construyó la «teoría de las ideas», identificó a la divinidad con la sabiduría, el bien y la vida, e hizo de la bondad divina la transición entre la divinidad —realidad suprema— y el mundo creado donde se expresa.

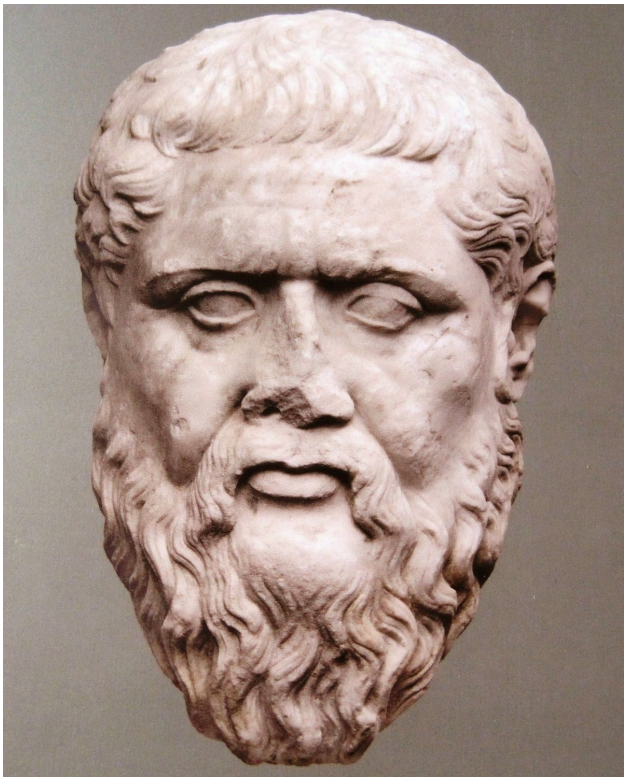
Otra vez se encuentra en el platonismo la teoría egipcia de la creación, según la cual la materia no ha sido creada, sino modelada por el pensamiento divino, y también la del alma, formada a un tiempo de inteligencia, emanación de la conciencia divina y de voluntad, elemento personal del ser humano. Al concebir la vida del más allá como retorno del alma a la divinidad, y la moral como práctica de la armonía, es

decir, de la justicia, Platón no hacía más que traducir en forma filosófica las ideas religiosas de Egipto.

Por eso, con ellas, alcanza su visión optimista del mundo, la única que permite conciliar la mística con la razón, es decir, con la ciencia y con la moral o sea con la acción. De ahí el gran influjo que habrán de ejercer en los siglos futuros.

Más a la mística egipcia, Platón, para explicar la naturaleza de la materia, adapta el atomismo de Leucipo y de Demócrito, reuniendo así en un mismo sistema la mística egipcia y el racionalismo griego.

Más que innovador, Platón aparece, pues, como sintetizador de todo el pensamiento griego. Al introducir en la filosofía griega la religión egipcia despojada de todo el fárrago arcaico que la cubría, la hizo inteligible al helenismo, y expresada en la admirable lengua griega con el arte y la poesía del maestro de Aristóteles se hacía universalmente asequible.


Cabeza de Platón. Propiedad particular.

Platón representa el fin de un mundo. En política, cara al pasado, ve la solución de la crisis en el sistema de la ciudad, reducida a proporciones todavía más limitadas y organizada sobre una base rígida, a la vez aristocrática y comunista, que recuerda las instituciones espartanas.

Aristócrata de tendencia conservadora, Platón, que nada tiene de realista, no se percata ni de la importancia de los factores económicos ni de la evolución de su tiempo. Entre su pensamiento filosófico, ampliamente abierto a las doctrinas universalistas, y sus ideas políticas y sociales rigurosamente nacionalistas e imbuidas de prejuicios arcaicos, existe una contradicción radical. Y es que Platón, aristócrata griego, sigue siendo socialmente un hombre del terruño. Mira al pasado y no al porvenir. Pero, espiritualmente emancipado por su formación filosófica y religiosa, fue el primero que llegó a reunir en un único sistema cuanto de más elevado habían concebido el pensamiento egipcio y el griego, anunciando así la civilización helenística, es decir, aquella civilización común que desde el siglo VI se venía preparando entre Egipto y Grecia.

Sus diversos orígenes habían de permitir al pensamiento griego, sintetizado y armonizado por Platón, la conquista del imperio que Alejandro iba pronto a fundar.

SEGUNDA PARTE

EL MAR FRENTE AL CONTINENTE

CAPÍTULO SEXTO

El imperio de Alejandro y la formación de las grandes monarquías (Del siglo IV al II A. J.)

1. Filipo de Macedonia realiza la unidad de Grecia

MACEDONIA

Después de las invasiones aqueas, Macedonia, país feudal replegado sobre sí mismo, evoluciona lentamente del régimen señorial al sistema de confederaciones locales, y en el siglo VIII entra en contacto con el mar. Corcira, colonia de Corinto, envía traficantes al Epiro. En el VII, Corinto instala una factoría en la isla de Leucadia y otra en Apolonia (Valona), y desde allí domina todo el comercio epirota, mientras que por Epidamno (Durazzo) se interna en Iliria. En Calcídica, en medio de las colonias fundadas por Calcis desde el siglo VIII, Corinto establece la importante factoría de Potidea. Por el Este y por el Sur, la influencia griega ya no dejará de hacerse sentir, en lo sucesivo, en Macedonia.

Darío, al imponerle su protectorado a fines del siglo V, la pone en contacto con Persia. Mas las guerras médicas orientan definitivamente a Macedonia hacia Grecia.

En el siglo V, el feudalismo se agrupa bajo la autoridad real. Pérdicas II asienta su capital en Aegae, en las montañas, buscando una salida al mar por el valle del Estrimón. En 436, Atenas, entonces en el apogeo de su poderío, envía allá la colonia de Anfípolis para abrirse camino hacia las minas del Pangeo. A su contacto, la monarquía macedónica se helenizará rápidamente. Hecha hereditaria, crea una hueste real y traslada su capital a Pela, en el valle. Arquelao, con griegos tomados a su servicio, sienta los cimientos de una administración central, construye calzadas, acuña moneda y organiza mercados locales, tierra adentro. Su corte adopta el aspecto de la de un tirano griego; Zeuxis la frecuenta y Eurípides viene a residir en ella, abandonando Atenas, donde es incomprendido.

La política real se hace antifeudal, orientándose netamente hacia Grecia y el mar. El monarca aspira a anexionarse Tesalia y Calcídica.

Bajo Filipo II (359-336), los feudales son al fin domeñados. La penetración económica griega ha hecho surgir en el país ciudades, no autónomas como las helenas, sino colocadas bajo la autoridad de gobernadores reales. Sostenidas por el rey, estas terminan por destruir la influencia política de la nobleza. Desaparece el sistema señorial y el país, en lo sucesivo, está formado por pequeños propietarios libres, nobles terratenientes que constituyen una sólida armazón social y militar, y ciudades donde se concentra la actividad económica. Gracias a la explotación de las

minas de plata de Disorón y las auríferas del Pangeo, el rey dispone de reservas metálicas que le permiten acuñar sus célebres «filipos», puestos en concordancia con las monedas persa y ateniense. Con tales recursos, organiza un ejército nacional, basado en la leva y equipado a la griega, y la corte de Pela se convierte en centro del pensamiento griego. Se llama a Aristóteles, hijo de un médico de Estagira, para que sea preceptor de Alejandro, el joven príncipe heredero.

Atenas, cuya segunda liga marítima acaba de disolverse, está a la sazón en plena decadencia y Filipo aprovecha la coyuntura para apoderarse de Anfípolis, liberándose así del señorío económico ateniense; invade Tesalia y, entrando en Calcídica, toma Potidea, entonces en poder de los atenienses, y arrasa la urbe. Caen en sus manos las minas que Atenas poseía en Tracia. Macedonia se convierte en un gran estado territorial instalado en el mar Egeo, y el Epiro, que tiene costas en el Adriático, se ve forzado a aceptar su soberanía. Su ejército le garantiza una indiscutible superioridad militar sobre Grecia, a quien Esparta ha logrado mantener dividida en ciudades autónomas. La suerte de Grecia, a partir de entonces, queda fijada. Su unidad va a ser realizada por el rey de Macedonia, como en otro tiempo los reyes de Neken habían impuesto la unidad de Egipto a las ciudades del Delta.

UNIFICACIÓN DE GRECIA

Frente al estado monárquico de Macedonia, transformado en reino griego, las ciudades helénicas están menos unidas que nunca. El partido plutocrático y los negociantes se vuelven hacia Macedonia; el bando democrático, en cambio, representa la independencia, el patriotismo. En Atenas tiene por jefe a Demóstenes, pero resulta incapaz de elevarse por encima de las aspiraciones locales de la ciudad. Presa de fórmulas arcaicas, su causa está perdida de antemano. Inútil es que Atenas cuente con la mayor flota que jamás tuviera —300 trirremes—, ya que, carente de dinero, no puede sostenerla.

Al lado de las ciudades, los estados territoriales cobran en Grecia más importancia. En Tesalia, Beocia y Fócida, el régimen feudal se desvanece, y Tebas se convierte en centro urbano. La difusión del derecho individualista por aquellas comarcas antes replegadas en sí mismas, ha extendido la posibilidad de practicar los negocios sin trabas, merced a la pequeña propiedad privada libre. El papel de las ciudades, antes oasis del derecho individualista creado por la necesidad económica, ha terminado. Grecia va a encontrarse englobada en el engranaje de estados monárquicos, tal y como existía desde hacía siglos en Oriente. En ese momento experimenta una evolución análoga en un todo a la que hemos observado durante el cuarto milenio, en la cuenca del Nilo y en Mesopotamia, cuando se produjo la unificación del país bajo la autoridad de los reyes de Babilonia en el siglo XXI A. J. En Grecia, lo mismo que en Egipto y Mesopotamia, es el estado territorial el que realiza la unidad del país, mientras que las ciudades van a aportarle la civilización. En aquel momento es cuando Filipo, con la toma de Potidea, entra en guerra con Atenas, la

derrota en la famosa batalla de Queronea (338), y se afianza como dueño indiscutible de Grecia.

No la domeñó, empero, sino que reuniendo a todos los griegos en una confederación bajo su presidencia, la liga panhelénica de Corinto reanudó la política antaño practicada por Darío respecto a las ciudades jónicas, y les impuso un estatuto que establecía entre los estados griegos una paz perpetua, obligándolos a recurrir al arbitraje de la liga en caso de conflicto y garantizando a todos la libertad de navegación y comercio. Todos los miembros de la liga estaban representados en su consejo por un número de delegados proporcional a sus contingentes militares. Este sistema trastornaba las antiguas hegemonías, pues daba la preponderancia a Tesalia. Las ciudades fueron agrupadas en distritos. A Esparta, que había rehusado adherirse a la liga, se la privó de territorio; en lo sucesivo, ya no fue más que una simple ciudad aislada y sin fuerza.

En el seno de la liga de Corinto, las ciudades, aunque conservaban la autonomía, perdieron su independencia. Filipo, interviniendo incluso en su vida interna, les prohibió imponer la pena de muerte o la confiscación de bienes por motivos políticos; actuó como protector de la propiedad contra las reivindicaciones populares, y favoreció el gobierno de la clase media que tan excelentes resultados había dado en ciudades de la Magna Grecia, tales como Siracusa y Tarento.

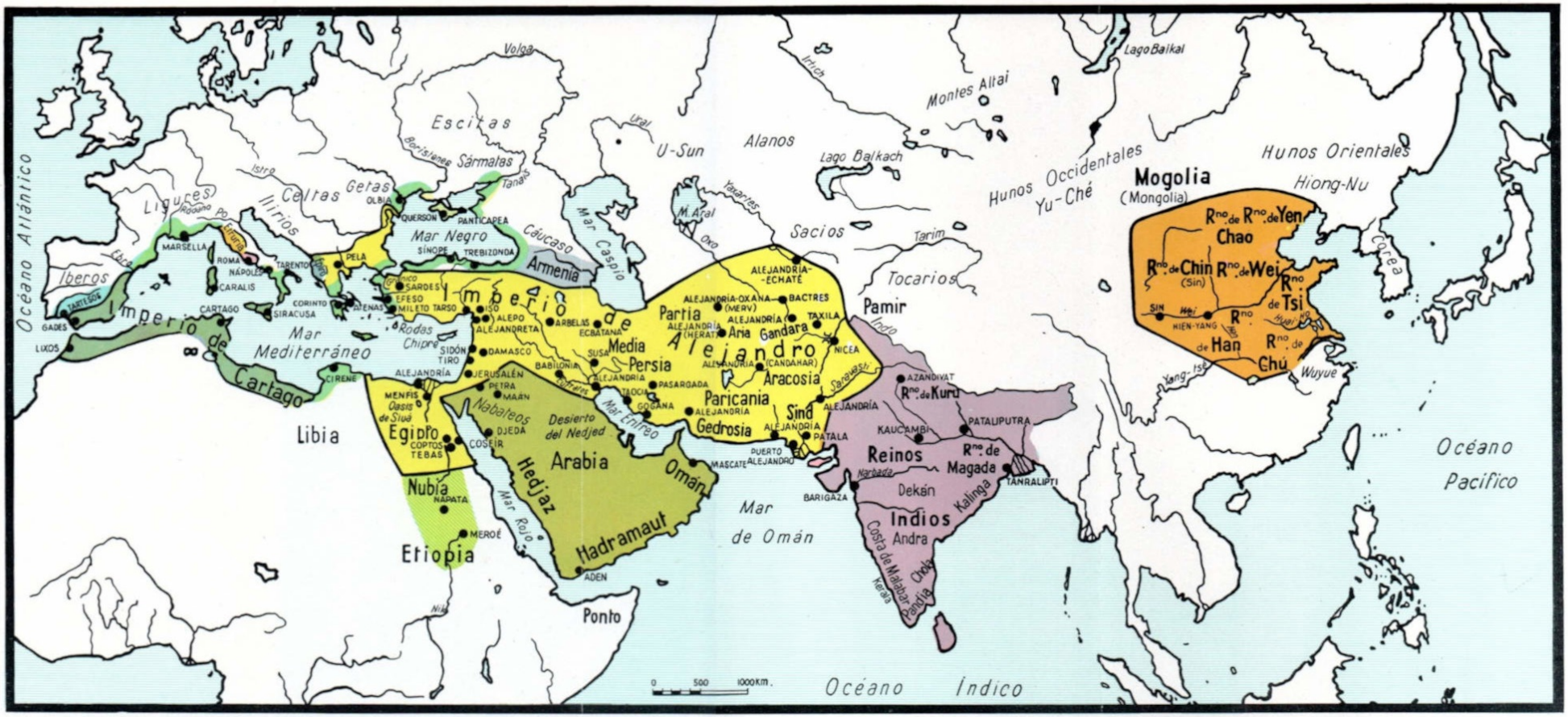
Mientras Macedonia unificaba a Grecia, las ciudades de la Magna Grecia, agrupadas bajo la hegemonía de Tarento, sentían sobre ellas la amenaza de Roma, aliada entonces de los samnitas. Tras la derrota de Atenas en Queronea, Tarento, comprendiendo que las urbes griegas ya no podían serle de ningún provecho, apeló contra los samnitas a Alejandro de Epiro, vasallo de Filipo de Macedonia, facilitándole naves para el transporte de sus tropas. Su ejército bajó a Italia y batió a los samnitas, pero, asumiendo en la Magna Grecia el papel que Filipo jugaba en Grecia, se impuso como presidente de la liga panhelénica (332). Pereció en combate con los brutios en 331. Tarento recobró entonces la preponderancia, pero la pugna con Roma aparecía ya como inevitable.

Dentro de Grecia, Filipo se afirmó en seguida como adalid del helenismo contra el Imperio persa. Y lo mismo que Jerjes, en su tiempo, había invocado la solidaridad de Asia contra Grecia, aquel se esforzó por agrupar en torno suyo a todo el mundo helénico para llevar a cabo una campaña en pro de la liberación de los griegos de Jonia. Desde 336, pasó al Asia Menor, donde al mando de mercenarios griegos luchó con Menón de Rodas y, derrotándole, se apoderó de Éfeso. Pero su gloria fue efímera: no tardó mucho en morir apuñalado.

El mundo en la época de Alejandro Magno

325 A. J

N.º 1



- Imperio de Alejandro
- Liga de Corinto
- Zonas dominadas por ciudades griegas
- Reino del Epiro
- Zona de influencia egipcia
- Armenia
- Imperio marítimo de Cartago
- Estado de Tartesos
- República de Roma (Lacio)
- Etruria
- Reinos indios
- Reinos y tribus árabes
- Reinos chinos constituidos en el antiguo Imperio señorial de los Chú

2. El imperio de Alejandro[*]

UNIÓN DE GRECIA Y EGIPTO

Cuando Alejandro ascendió al trono (336), el Oriente Antiguo acaba de disgregarse. En Grecia, el régimen de las ciudades ha fracasado. El Imperio persa se descompone en discordias dinásticas. Artajerjes III, después de haber pasado a cuchillo a casi todos los príncipes reales, cae a su vez asesinado (338). Igual suerte corre el usurpador que le sucede. Por fin, Darío III Codomano logra mantenerse en el poder (336); pero el Imperio, desgarrado por la atracción territorial del Este y por la voz del mar al Oeste, pierde toda su cohesión; guarda, no obstante, un sólido poderío gracias a los tesoros que le permite acumular en Susa el impuesto sobre la propiedad rústica y una sabia administración financiera. En cuanto a Egipto, descontento de la dura ocupación que los aqueménidas le hacen sufrir desde 341, aspira a la independencia sin cejar en sus intentos de recobrarla por sus propias fuerzas.

La muerte de Filipo parecía amenazar toda su obra, y Atenas, cuyos prohombres estaban influidos por la robusta personalidad de Demóstenes, y no pasaban de ser políticos locales, estuvo a punto de lanzarse a la guerra contra Alejandro, al lado de los persas. Mas este no les dio tiempo a ello y después de celebrar un sacrificio a los manes del primer héroe griego caído ante Troya, ganó una tras otra las victorias de Granica e Iso (334-333). Tan pronto como tuvo noticia de estos éxitos, el partido nacional egipcio envió una embajada brindándole su alianza.

Una vez conquistada el Asia Menor, los sátrapas fueron sustituidos por macedonios, pero las ciudades conservaron sus instituciones locales, rodeando a sus dioses de las mayores muestras de respeto; Alejandro hacía la guerra contra el rey de Persia, no contra el pueblo. Pronto las ciudades sirias abrieron sus puertas al ejército victorioso y solo Tiro, la antigua rival de los helenos, resistió encarnizadamente. Y fue arrasada. Aquellos de sus moradores que lograron escapar a la matanza fueron vendidos como esclavos, y el viejo odio de los griegos contra los tirios se satisfizo ferozmente. La ciudad filistea de Gaza, que había negado el paso a Alejandro, corrió la misma suerte. Egipto y Asia quedaban así abiertas a las huestes macedónicas, y Alejandro no dudó. Penetró en Egipto, donde fue aclamado como libertador, y con él quedó sellada la alianza que, desde Maratón, unía a los griegos con los egipcios del partido de la independencia. El «rey griego» se prosternó en Menfis ante el dios Apis, y se cubrió con la doble tiara egipcia (332).

Rey de los macedonios, y *hegemón* de los griegos, Alejandro no fue ni un instante, para Egipto, un conquistador, sino el legítimo sucesor de los faraones, el restaurador de su independencia, de la que Asia, después del Imperio asirio, aparecía como tradicional enemiga.

Tanto la noción de la monarquía universal, que desde hacía siglos inspiraba la política oriental, como la íntima solidaridad de los intereses griegos y egipcios, hacían perfectamente natural la unión, en las mismas manos, de la soberanía faraónica y la de «rey» de los griegos. Con Alejandro, reconocido como hijo de Amón en el oasis de Siuah, Egipto recobraba su legítimo soberano.

Alejandro, tras haber reconstituido la unidad del mundo helénico con la conquista de las ciudades jónicas, incorporadas seguidamente a la liga de Corinto, y después de haber reinstaurado, con la absorción de Siria, el Imperio egipcio con las fronteras que antaño le diera Tutmosis III, enlazó por vez primera bajo un mismo cetro a Grecia y Egipto. Antes de proseguir camino hacia el Asia, quiso trazar él mismo en la arena el emplazamiento de la ciudad de Alejandría, que iba a trasplantar a suelo egipcio el foco del mundo helenístico, exactamente en el mismo lugar donde los soberanos de la XVIII dinastía habían creado, para los egeos, el importante puerto de Faros.

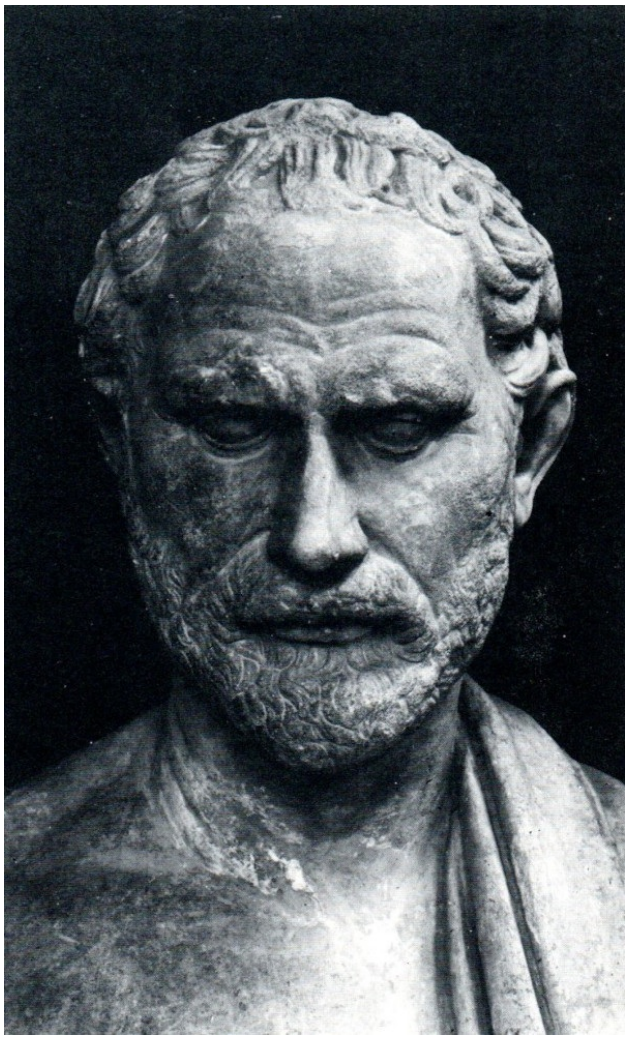
Una nueva era se abría en la historia de Egipto y de Grecia. Alejandro acababa de confiar a Egipto el señorío de todo el mar Mediterráneo y de fusionar aquellas civilizaciones —la griega y la egipcia— que, estrechamente unidas, habían de dar a luz a la cultura helenística.

De Egipto, Alejandro partió a la conquista del Imperio persa, que se derrumbó en la batalla de Arbelas cuando su inmenso pero abigarrado ejército fue derrotado por las falanges macedónicas (331). Alejandro, a su paso por Persépolis, prendió fuego al famoso palacio de los aqueménidas, y alcanzando Susa se apoderó de las inmensas reservas metálicas del Imperio. Darío III, fugitivo, fue entonces asesinado por sus propios cortesanos.

Un quinquenio de campañas llevó sus armas hasta el Yaxartes, al

Norte, y más allá del Indo, por el Este, y se aprestaba a internarse en la cuenca del Ganges para tocar el golfo de Bengala, rumbo al Lejano Oriente, cuando sus tropas se negaron a continuar el avance más lejos. Dos años después, al regresar a Babilonia, Alejandro fallecía (323).

CONQUISTA DEL IMPERIO PERSA



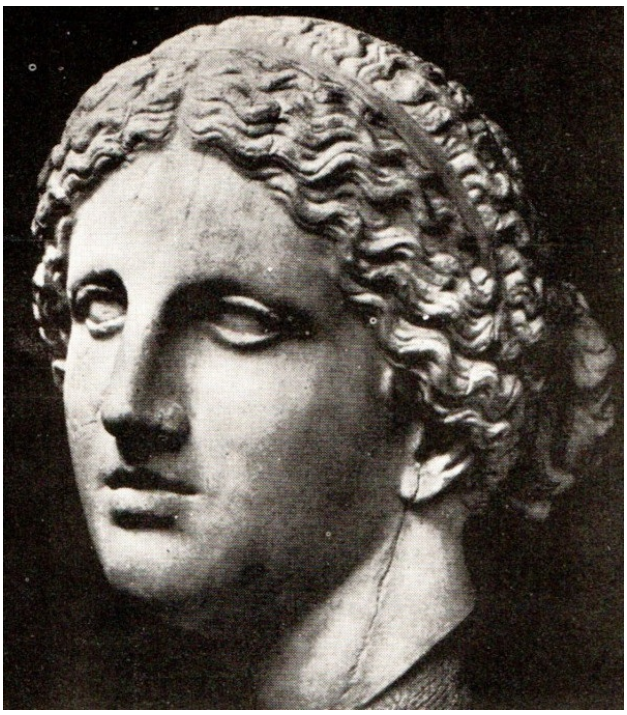
Demóstenes. Copia romana.

ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO

A medida que llevaba a cabo sus conquistas, Alejandro iba reorganizando el Imperio sin destruir el marco de las instituciones persas. Salvo en las regiones marítimas, mantuvo, en general, el sistema de las satrapías. Las ciudades griegas del Asia Menor fueron separadas de ella, para ser incorporadas a la liga de Corinto, y el Asia Menor, en razón de su importancia creciente, quedó dividida en siete provincias. También en Siria las ciudades marítimas fueron segregadas de las satrapías para reconstituir pequeños estados, aunque autónomos, colocados bajo la autoridad de gobernadores reales. Egipto dejó de ser una provincia y recobró su rango de monarquía soberana; Chipre conservó sus dinastías locales, lo mismo que bajo el régimen aqueménida; en todas las provincias continentales, los límites de las satrapías siguieron inalterables y, en la India, Cachemira y los estados del rey Poro, en el Indo, constituían reinos vasallos. Alejandro quería, sin duda alguna, conservarles una potencia autónoma suficiente para que fuesen, más tarde, eficaces instrumentos de sus planes de penetración hacia el golfo de Bengala y el Extremo Oriente.

Este inmenso imperio no era ya como el persa, un estado monárquico unificado, sino una federación de estados bajo un solo cetro. La propia persona de Alejandro representaba el lazo de unión entre el reino grecomacedonio, la monarquía egipcia, Persia y los reinos indios que conservaban sus instituciones peculiares. El gobierno central se reducía, en suma, a un consejo privado del rey, al que se adjuntaban un canciller y un visir.

Nada había cambiado, al parecer, en la estructura política y económica de las distintas partes del Imperio, a excepción de que la autoridad del rey de Persia era sustituida por la de Alejandro. En realidad, aquellos doce años de campañas acababan de transformar irremisiblemente el equilibrio del mundo oriental y mediterráneo. Los aqueménidas lo dominaban desde Susa, lejana capital continental, sita en el punto de encuentro entre la India y el Asia Anterior; Alejandro, adalid del mundo nuevo que se venía formando desde el siglo VI, fijó su capital en Alejandría. La hegemonía se desplazaba del continente al mar.



Cabeza de la Afrodita de Gnido.
Escultura hecha a imitación de una obra de Praxíteles.

ORIENTACIÓN DE LA ECONOMÍA UNIVERSAL HACIA EL MAR

Al reunir el Imperio persa, Egipto y el mundo griego en una sola entidad política, y al poner pie en la India y en el Asia Central, Alejandro iba a hacer posible la ordenación de una economía universal cuyo eje estaba en el Mediterráneo oriental, hacia la cual convergieran todas las grandes vías del tráfico. Ampliamente abierta hacia Occidente, comunicaba con Europa por los mares Egeo y Negro; el mar Rojo le aportaba los productos de África, Arabia y la India; y Siria la ligaba, por medio de las rutas caravaneras que se internaban por el Este, con el Asia Central y China.

Después de Darío, Alejandro fue el primero en concebir el plan genial de establecer la base de un imperio universal en las vías económicas internacionales, mediante su articulación en derredor de centros urbanos. En pocos años, fundáronse setenta Alejandrías: primero, la que había de ser árbitro económico del mundo, la Alejandría de Egipto, heredera de Faros; en la Siria septentrional, en el punto de llegada de la ruta del Alto Éufrates, Alejandreta; Alejandría del Tigris, en el golfo Pérsico; Puerto Alejandría, sobre el delta del Indo; Alejandría de los Paricanios, en el Beluchistán, junto a la ruta caravanera de Susa a la India; Alejandría del Indo, donde se encuentran los grandes afluentes del río, y en Asia Central, toda una serie de ciudades claves que habían de convertirse en grandes mercados: Herat, en Asia; Candahar, en Aracosia; Kodjend del Oxo, y otras dos Alejandrías, por fin, en la linde extrema del Imperio: Alejandría Oxana, en el camino de Pechawar, que dominaba los pasos del Hindu-Kush, y Alejandría Echaté, sobre el Yaxartes, que se orientaba hacia la lejana y vasta China.

Las grandes vías del Asia Central quedan desde entonces marcadas para el porvenir; una, proveniente de los pasos del Hindu-Kush, alcanza, por Candahar, el golfo Pérsico, y por Herat, las regiones del Caspio; otras dos enlazan China con Occidente: la meridional desemboca en Kodjend, y la norteña en Alejandría Echaté.

La arteria principal del imperio es, sin embargo, el vasto espacio del mar, en cuyas costas van a fundarse todos los grandes núcleos de población.

Las ciudades llamadas a servir de marco a este sistema no serán, como las griegas, estados independientes; serán villas reales, administrativamente autónomas, pero integradas en el imperio. Otras ciudadelas, al pie de las cuales se montarán mercados, completarán el sistema urbano imaginado por Alejandro como armazón del mundo nuevo.

Busto de Alejandro Magno.
Museo Capitolino, Roma.

El comercio que al circular por las arterias vitales del imperio lo vivificará, habrá de ser equilibrado por una agricultura floreciente, base de toda existencia económica estable. Por eso, Alejandro reanuda la política de valorización de la tierra, en otro tiempo practicada por los reyes de Babilonia, de Egipto y de Persia. La mejora de cultivos, el ordenamiento de los cursos fluviales, la apertura de canales y los riegos, serán desarrollados sistemáticamente por sus sucesores en todas las comarcas, sobre todo en Asia occidental. Semejante política hará desaparecer el aspecto feudal del agro. Desde Alejandro, en toda el Asia Anterior va a precipitarse la

evolución social que, desde el siglo VII, impulsa primero a Egipto y después a Grecia. Por doquier, el movimiento urbano hará surgir una burguesía mercantil individualista, declinando el régimen señorial ante la expansión del principio económico de cultivar para vender. Fundación de ciudades, rotura de la autarquía económica y emancipación de las masas campesinas, son las tendencias sociales del imperio construido por Alejandro con un plan orientado hacia el mar.

En vano habían intentado los aqueménidas conectar la economía marítima a su imperio continental y agrario. La política de Alejandro sustituye el continente, como eje de atracción, por el mar.

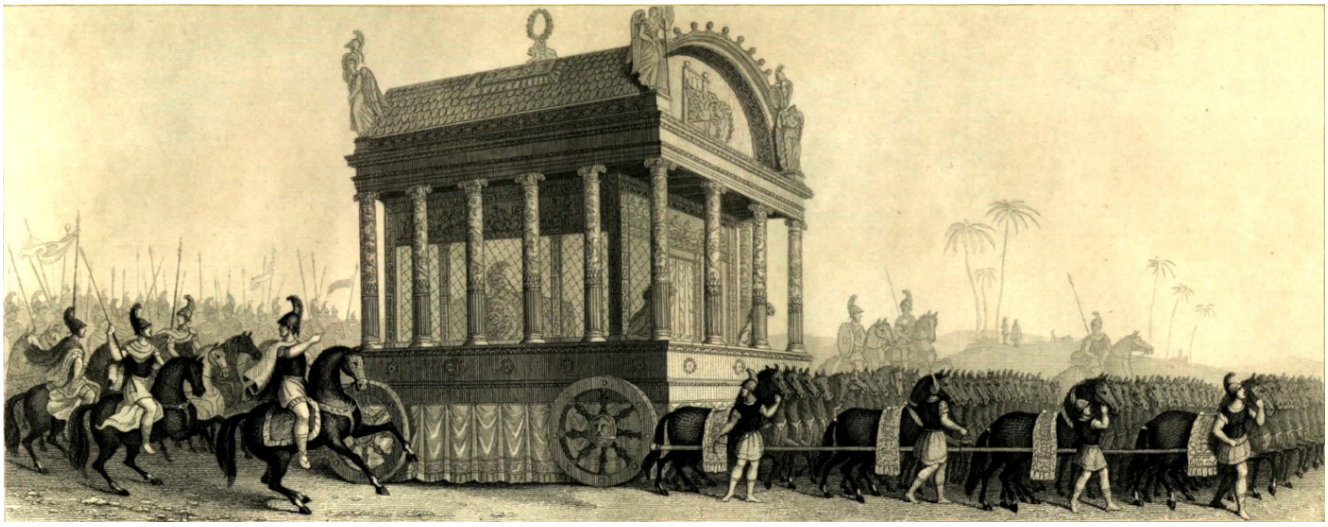
LA POLÍTICA DEL COSMOPOLITISMO IMPERIAL

Semejante agrupación del mundo en un mismo sistema económico va acompañada por una política de cosmopolitismo imperial. Filipo había comenzado sus conquistas erigiéndose en caudillo de los griegos. Alejandro, si bien actuando como instrumento del helenismo, se dejó seducir por Egipto y Oriente. Toda su política tendió a crear un «clima» nuevo mediante la destrucción de sentimientos nacionales, que a consecuencia de las empresas asirias, babilónicas y persas, ya se habían atenuado fuertemente en Asia. Por eso favoreció la mezcla de razas. Él mismo dio el ejemplo desposándose con Estátira, hija de Darío, y Parisatis, hija de Artajerjes III, emparentándose con la estirpe de los aqueménidas. Brindó recompensas a los milites macedonios que se casaran con mujeres asiáticas, y practicó una política de tolerancia religiosa y de respeto a las instituciones tradicionales. El comercio había hecho del griego la lengua internacional en Egipto y el Asia Menor, y Alejandro hizo de ella el idioma oficial del imperio. A la zaga de soldados, colonos y mercaderes griegos, iba a penetrar hasta el Asia Central. La lengua griega había de ser uno de los lazos que unieran a todas las partes del imperio, lazos que Alejandro quería que fueran, a la vez, íntimos y espontáneos. La compenetración económica debía ir acompañada por una compenetración moral que había de mostrarse bajo un doble aspecto: se vería extender sobre el mundo griego la teoría egipcia de la monarquía de derecho divino, mientras que las doctrinas filosóficas griegas propagaríanse rápidamente por todo el Oriente mediterráneo.

Monedas con el busto de Alejandro Magno.

Alejandro, bajo el palio de Egipto, quiso dar a su imperio universal, como fórmula del poder legítimo, la idea mística de la monarquía de origen divino. Hijo de Amón-Ra en Egipto, aspiró a ser también reconocido como rey-dios por los griegos y, a tal efecto, por un decreto firmado en Susa ordenó a todas las ciudades griegas que lo colocaran entre los dioses de sus panteones. Pero la monarquía alejandrina se adaptó

a los principios democráticos griegos y estos fueron aplicados en todas las nuevas ciudades que tuvieron gobiernos elegidos por la clase media. Así, se preparó la fusión de la monarquía de tipo oriental y la democracia griega, dentro de un mismo sistema político, cuya nueva fórmula señala el fin de la edad de las ciudades independientes y anuncia, al mismo tiempo, la expansión helénica. Hasta el siglo IV, Grecia no ejercía en su derredor, aparte la difusión dada a su idioma por el comercio, más que una acción restringida. Después de Alejandro, la cultura griega parte a la conquista del mundo aprestándose a convertirse, paralelamente al misticismo egipcio que se extiende cada vez más con la propagación del culto de los misterios, en el lazo ético que unirá los pueblos mediterráneos en una sola cultura.



Reconstrucción de la carroza mortuoria de Alejandro Magno.

Si el pensamiento griego está pronto a conquistar el mundo oriental, ello es, como hemos visto, porque ha nacido de él. Va a encontrar de nuevo allí sus propias ideas, pero libres de la rémora que las paralizaba. Grecia se apresta a romper la argolla de los prejuicios nacionales y el formulismo religioso que entorpecía y amenazaba de esterilidad al pensamiento oriental en su apogeo. De ello resultará un renacimiento intelectual que habrá de expresarse en la lengua griega, elevada a la categoría de lengua internacional de la filosofía y de la ciencia. En el momento mismo en que va a imponerse al mundo, el pensamiento griego entra también, por otra parte, en la nueva era inaugurada por Aristóteles.

LA FILOSOFÍA REALISTA DE ARISTÓTELES

lógica, cuyos principios establece anticipándose a todos los demás pensadores.

La metafísica de Aristóteles le conduce a una visión optimista del mundo. Monoteísta, asimila la divinidad a la perfección y, por ende, a lo absoluto. Dios no ha creado el mundo, pero es su inteligencia suprema, la finalidad; la materia tiende hacia él; la Naturaleza tiende, pues, al bien. Pero si la inteligencia, por ser divina, es inmortal, el hombre, forma momentánea en el universo, no puede tener personalidad inmortal. El objetivo de la inteligencia es conocer el universo eterno, y el medio de conocerlo es la ciencia. Aristóteles, enciclopédico, estudia todas las ciencias, dividiéndolas en ciencias teológicas —matemática, física, teología— que enseñan las primeras verdades; en ciencias prácticas —ética y política—, cuyo objeto es la utilidad, y en ciencias poéticas, que atienden a lo bello. La moral es la dicha que proporciona la virtud, y esta reside en el justo medio equidistante de los extremos. La política es la ciencia de la sociedad, ciencia esencialmente práctica, pues no hay régimen que en sí mismo sea bueno. Los regímenes deben variar según los pueblos y las épocas. El mejor es el que realiza la armonía. En su tiempo, Aristóteles descubre esta armonía en el gobierno de la clase media que corresponde al justo medio, y en la monarquía, imagen del gobierno del universo por Dios.

Platón coronó el pensamiento de la Grecia clásica. Con Aristóteles aparece el pensamiento realista de la época helenística; la ciencia se separa de la religión. En lo sucesivo, habrán de desarrollarse en planos diferentes el pensamiento científico y el pensamiento místico. El sistema realista de Aristóteles convenía perfectamente a su tiempo, cuando la economía dominaba las relaciones sociales y políticas, y su tesis, según la cual los regímenes políticos no tienen más que un valor relativo, venía a justificar la desaparición de las ciudades independientes y el advenimiento de las monarquías helénicas. Esquivando el materialismo y el escepticismo, su optimismo realista conduce a la acción y a la investigación científica.

Sarcófago que se supone corresponde a Alejandro Magno.

Sarcófago que se supone corresponde a Alejandro Magno.

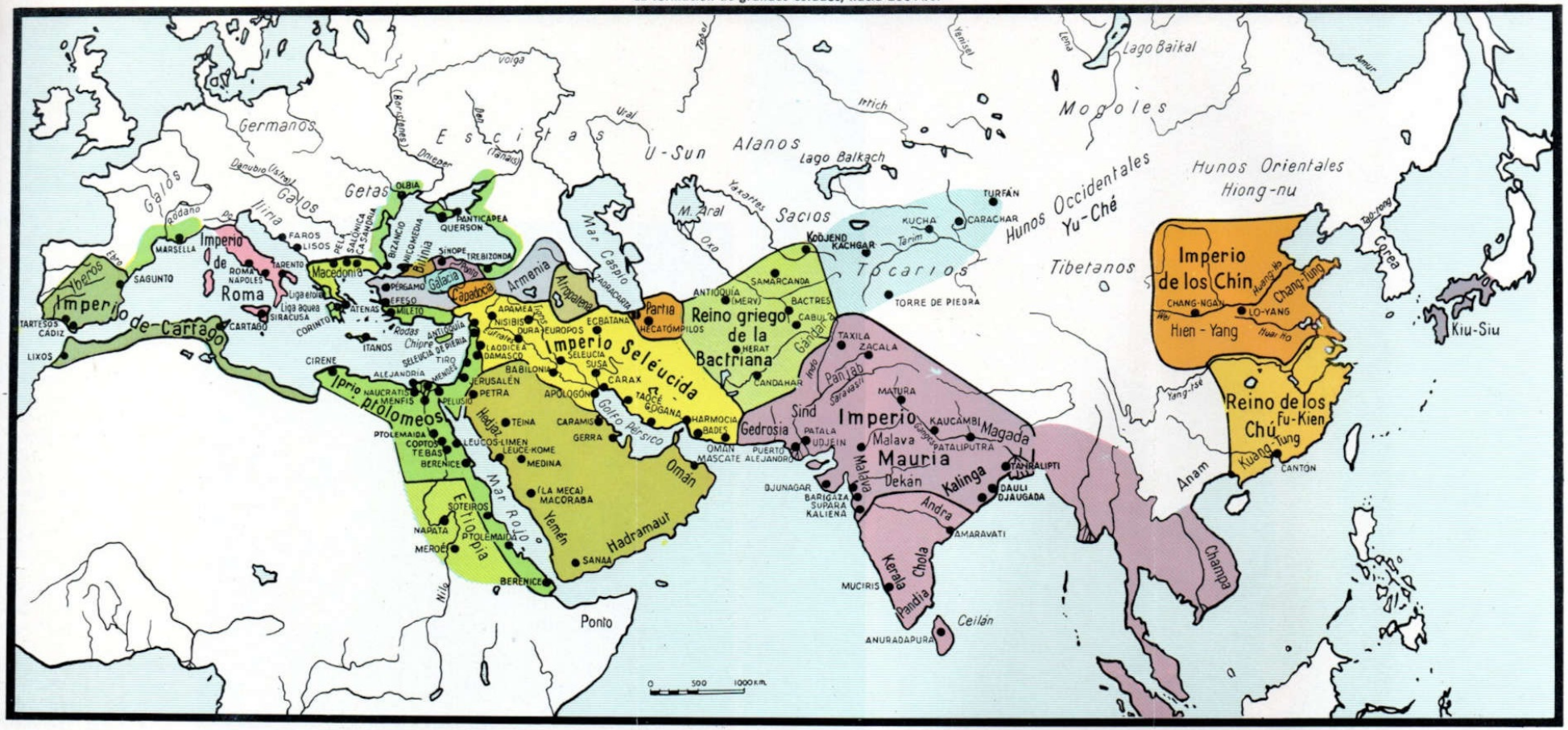
Batalla de Darío y Alejandro Magno. Mosaico de Pompeya.
Museo Nacional, Nápoles.

La filosofía aristotélica responde a la orientación intelectual y moral de la nueva era que da comienzo. Dotándolo de método científico, inspirándole fe en la razón, va a permitir al pensamiento humano, en los siglos III y II A. J., remontarse hasta el punto más alto que habrá de alcanzar antes del siglo XIX de nuestra era.

El mundo en la época Helenística

La formación de grandes estados, hacia 230 A. J.

N.º 2



- Imperio de los Ptolomeos
- Zona de influencia egipcia
- Imperio de los Seléucidas
- Armenia
- Reino de Macedonia
- Reino de Pérgamo
- » » Bitinia
- » del Ponto
- » de Capadocia
- Estado de los gálatas (invasores galos)

Estados constituídos por la desmembración del Imperio seléucida

- Reino de la Partia
- Reino de la Bactriana

Estados constituídos por la desmembración del Imperio seléucida

- Zonas dominadas por estados — ligas etolia y aquea — o ciudades de Grecia
- Imperio de la República romana
- Reinos y tribus árabes
- Estados indios o de influencia indostánica
- Reinos tocarios
- Imperio chino
- Reino de Chú
- Estados feudales del Japón
- Imperio de Cartago
- Reino de Atropatena
- Imperio indio de los maurias

3. Las monarquías helenísticas[*]

DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO

Alejandro no dejó heredero capaz de sucederle. Y su imperio era todavía menos sólido que el persa, el cual tenía una base: Persia y su dinastía. El único lazo que entre sí ligaba las inmensas conquistas de Alejandro era el poder monárquico. No existía, pues, otro medio de salvar el Imperio que salvar la dinastía fundada por Alejandro, conservándola para el vástago que Roxana, una de sus esposas, iba a dar a luz.

De este modo, los generales de Alejandro establecieron una regencia, confiada a Pérdicas, y dividieron el Imperio en vastos gobiernos bajo la autoridad de aquellos.

EGIPTO TORNA A SU TRADICIÓN HISTÓRICA

En Egipto, el general Ptolomeo se instaló como regente. Hizo enterrar a Alejandro en Alejandría, proclamándolo legítimo faraón de Egipto y declarando a Alejandría capital de su imperio. El país agrupose lealmente en torno a Ptolomeo. En Menfis, capital administrativa, el gobierno egipcio se mantuvo con las instituciones nacionales, mientras que Ptolomeo se asentó en Alejandría, que rápidamente se transformó en gran puerto y fastuosa residencia real. Hizo suya la política de los reyes saítas y preparó la hegemonía marítima de Egipto reconstituyendo su flota. Organizó un ejército mercenario reclutando a los griegos que, por todas partes, se presentaban voluntarios, desinteresose del Imperio y se confinó en una política estrictamente egipcia, orientada hacia la dominación de los núcleos económicos del Mediterráneo oriental. Y en pocos años, ocupó Cirene, en la costa africana, la isla de Chipre, y las ciudades de Delos, Tiro y Sidón.

En medio de las luchas desencadenadas entre los generales a partir de 321, se mantuvo al margen, no interviniendo más que cuando el interés de Egipto lo exigía, y buscando la alianza, tradicional para su patria, de las ciudades griegas, tanto de la Grecia continental como del Asia Menor y de Sicilia.

En 321, al caer asesinado Pérdicas, rechazó la regencia del Imperio. Y luego, hacia 310, Casandro, uno de los generales aspirantes al cetro, mandó matar a Roxana y a su hijo, y cuando el último bastardo (309) y la hermana de Alejandro (308) hubieron desaparecido misteriosamente, Ptolomeo, a falta de herederos legítimos, se coronó como faraón (305).

En 285, para afirmar su sucesión, asoció a su hijo al trono. La dinastía de los Lagidas, legitimada, reanudaba la política tradicional de Egipto.

El caso de Egipto, tornando a su tradición histórica gracias a su robusta cohesión nacional y moral, fue único en el curso de este período.

MACEDONIA INTENTA EN VANO INCORPORARSE A GRECIA

Después de varios repartos y guerras interminables, en el curso de las cuales las ciudades griegas cambiaron repetidas veces de dueño, estas intentan en vano recobrar su independencia y conocen constantes revoluciones internas que sucesivamente implantaron regímenes democráticos, aristocráticos, oligárquicos o tiránicos. Grecia y Macedonia quedaron, a la postre, en poder de la familia de los Antigónidas (277), poco después del terrible pánico que había provocado la tentativa de invasión de Grecia por los galos oriundos del Danubio (279). Cincuenta años de guerra no habían conseguido ni unificar el mundo griego del mar Egeo bajo un solo poder, ni integrar las ciudades helenas en el reino de Macedonia.

Atenas había perdido su prosperidad económica. Pero más que nunca, en compensación, representaba la capital intelectual de toda la Hélade, la ciudad universitaria por antonomasia.

Las viejas ciudades, obstinadas en sus querellas políticas, se deslizaban hacia una decadencia irremediable, a excepción de Corinto que continuaba siendo una plaza comercial. Pero otras ciudades surgían: Bizancio, Quío, Rodas. Las ciudades, por otra parte, ya no representaban la vida política del mundo griego. Un sentimiento nacional tomaba cuerpo, no en las ciudades, sino en las zonas rurales del país, donde la democracia había ido penetrando lentamente y se iban transformando, bajo la forma de ligas, en verdaderos estados territoriales: Etolia y Acaya.

LAS LIGAS ETOLIA Y AQUEA

Los griegos clásicos habían considerado a los etolios como pueblo bárbaro. Mas desde Filipo, Etolia dispone del puerto de Naupacta y su tráfico precipita la evolución que la lleva hacia la pequeña propiedad. Hacia 275, se da una Constitución democrática. El poder pertenece en ella a una asamblea a la que pueden asistir todos los ciudadanos y que se reúne dos veces al año para votar las leyes, revisadas por una junta de nomógrafos; elige un estratega que posee el poder ejecutivo asistido por un hiparca, un canciller, un agonoteta y siete magistrados financieros, elegidos todos. Junto al estratega, hay un sanedrín, al mismo tiempo consejo de Estado y alto tribunal de justicia, formado por un millar de delegados de las diversas regiones, representadas proporcionalmente según la importancia de los contingentes y contribuciones que aportan a la liga; la política extranjera está dirigida por una comisión permanente, elegida en el sanedrín y compuesta de treinta miembros.

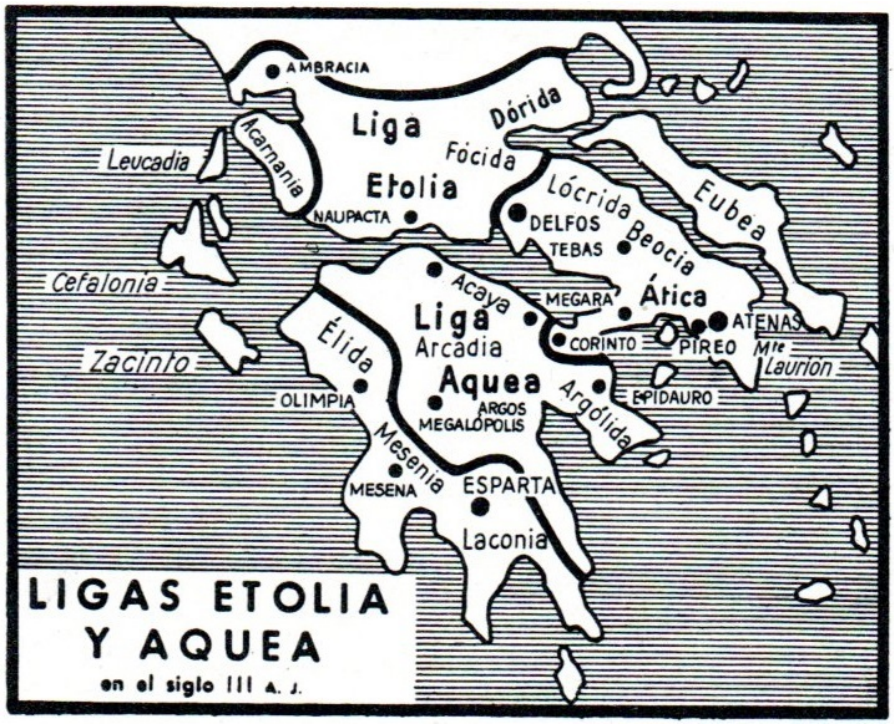
La liga aquea nace en el siglo V de una federación formada con base religiosa entre una docena de ciudades, y así llega a agrupar la Acaya, la Argólida y parte de la Arcadia. En 281, forman parte de ella sesenta estados representados por dos asambleas: el sínodo, constituido por varios millares de delegados, enviados por los estados en proporción a la cuantía de sus contribuciones, y la eclesia, abierta a todos los aqueos de más de treinta años. Las dos asambleas se repartían el poder legislativo.

El sínodo, que se reunía en la capital de Aigión, ocupábase de los asuntos corrientes. El poder ejecutivo incumbía a dos estrategas secundados por demiurgos, un canciller, un hiparca, un hipostratega y un tesorero. La liga se entromete en la autonomía de los estados para imponerles una unidad económica y un sistema único de monedas, pesos y medidas.

Más tarde, Megara, Corinto y Sicione se adhieren a la liga, formándose de este modo el verdadero estado democrático griego, que afianzará la independencia helénica frente a Macedonia y, más tarde, heroicamente cara a Roma.

Macedonia, tanto por su acceso al mar Adriático como a los Estrechos, pudo jugar en él un papel económico importante, pero la constante oposición de Grecia se lo impidió. Aunque bien gobernada por reyes que concebían la monarquía como una magistratura, viose a poco reducida a la categoría de estado secundario.

En 289, se le separó el Epiro; bajo Pirro —un verdadero griego— conoció un breve período de gloria, pero de alcance histórico considerable, por las repercusiones que había de tener en la política romana.



SELEUCO TRATA DE RECONSTITUIR EL IMPERIO PERSA

Frente al Egipto restaurado y a la Grecia anárquica, las contiendas entre los sucesores de Alejandro condujeron, de modo natural, a un intento de reconstitución del Imperio persa. Mas Seleuco I, que se aplicó a ello, tropezó con el mismo difícil problema que se les había presentado a los aqueménidas; decidir si el eje del imperio debería ser continental o marítimo.

En un principio, Seleuco, que se vio arrastrado por los continuos altibajos de la política continental, fijó su capital en Babilonia, foco de toda la actividad económica en el Asia Anterior, y emprendió el planeamiento, primero, y la acción después, para la reconquista de las provincias levantinas e indias del imperio alejandrino.

El resultado de su labor fue que las satrapías marítimas, solidarias de la economía mediterránea, se desgajaron. Una tras otra, las provincias costeras del mar Negro fueron declarándose independientes: Bitinia, desde 315, cayó en poder de un

cabecilla local que, asumiendo el título real en 297, fijó su capital en la ciudad de Nicomedia, fundada por él en el mar de Mármara; mediado el siglo III, Capadocia se hizo estado soberano, así como, poco después, el Ponto, dueño de las dos importantes abras de Sínope y Trebizonda.

Estos dos nuevos reinos no emparejaban con ninguna tradición anterior; habíanse formado al contacto con el mar. Toda la actividad económica permaneció en manos de las ciudades griegas, que en virtud del rudimentario estado social de las tierras bajas, conservaron sus funciones y por consiguiente su autonomía política.

Tazza Farnése sardónice con una alegoría egipcia de la fecundidad.
Siglo III A. J.
Museo Nacional. Nápoles.

El régimen de la ciudad, desvanecido en el mar Egeo, había aún de subsistir largo tiempo en el mar Negro. En la ribera norteña, Olbia en la desembocadura del Boristeno (Dnieper), Querson (Sebastopol), Teodosia y Panticapea (Kertsch) en Crimea, enclavadas en plena tierra escita, debían prevalecer durante varios siglos aún como repúblicas soberanas.

Las costas mediterráneas, jónicas y fenicias, fueron atraídas a la órbita de Egipto e incorporadas a su imperio, cuyo gran centro de tránsito se hizo Rodas, república aliada de los ptolomeos.

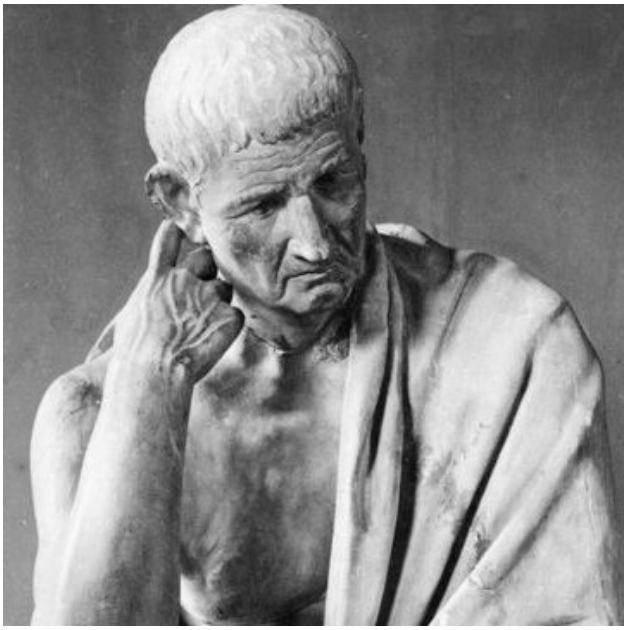
Así, tanto el imperio de los seléucidas, como el de los aqueménidas, se disolvieron desgarrados como estaban por la doble atracción del mar y de la tierra firme. Verdad es que las provincias continentales no tenían de común ni raza, ni lengua, ni tradición, ni culto. No formaban tampoco un conjunto económico. Solo el sentir monárquico pudo haberlas reunido, pero Seleuco no podía invocarlo, ya que el origen de su poder no era legítimo. El núcleo terrestre del imperio estaba condenado, pues, a una rápida desmembración. Armenia, que ya había desertado bajo los aqueménidas, sin que fuese reconquistada por Alejandro, se transformó en reino independiente. En Media, produjose una reacción nacionalista bajo el príncipe Atropatés; en el reino medo de Atropatenia (Azerbaidján), por él fundado, el

mazdeísmo conoció un renacimiento que había de ganar todo el Irán, haciéndolo impermeable al influjo griego.

Ptolomeo I.

Tocante a las satrapías levantinas sometidas al influjo de la India Seleuco, detenido por las fuerzas del rey Chandragupta que acababa de extender su poderío por las cuencas del Ganges y del Indo, renunció a subyugarlas. Gedrosia quedó anexionada a la India y, con ello, Seleuco perdía el dominio sobre la vía caravanera del Beluchistán. Tuvo, sin embargo, la prudencia de mejorar la situación concertando con el monarca indio una alianza. ¿Llegó a percatarse Seleuco de que el Imperio, aislado del mar, estaba condenado a la disolución? En todo caso, después de su fracaso en la India (305), se volvió hacia Occidente, afanoso de restablecer su autoridad en el Asia Menor y de extenderla a Grecia. Esto implicaba el trastorno total de su política. En 301, triunfó sobre Antígono, en Ipso, gracias a 500 elefantes que le había valido su alianza con Chandragupta. Entonces, habiendo conquistado la Siria septentrional, y con ella el acceso al Mediterráneo, inició una política francamente occidental. Abandonó Babilonia, fundó su capital en Antioquía, en aquella posición clave de la Siria del Norte que acababa de recuperar, y a fin de dar vida a la gran ruta continental de la India, despobló la antigua metrópoli para reemplazarla por Seleucia, sobre el Tigris, cuya población ascendió a 600 000 almas en cincuenta años.

La ruta Antioquía-Seleucia debía ser la arteria vital de su imperio, como la vía Sardes-Babilonia-Susa lo había sido del imperio de Darío. Pero en tiempos de este, Babilonia estaba en el centro y era una etapa hacia Susa y la India. Con Seleuco I, Seleucia era el punto de llegada y Antioquía era la que debía constituir el centro, lo cual suponía que Grecia era el otro extremo. Para cumplir esta política, vuelta hacia el Mediterráneo, por una parte, y al golfo Pérsico, por la otra, Seleuco I llegaba demasiado tarde. Ptolomeo ya se había instalado en la isla de Chipre, en Jonia y en Fenicia, reanudando los tradicionales lazos de la alianza egipcio-helénica. La política de hegemonía naval emprendida por Egipto se oponía a la constitución de un reino asiático orientado hacia el mar. Sus políticas económicas respectivas debían, pues, desencadenar la guerra entre los monarcas de Antioquía y los de Alejandría por la posesión del litoral sirio, de las islas helénicas y de las populosas ciudades jónicas.


Aristóteles.

Al disputárselo, lo que buscaban no eran territorios, sino el dominio de las vías económicas. Iba a entablarse el duelo por la posesión de las rutas de la India. Los seléucidas dominaban las vías terrestres por Mesopotamia, y los ptolomeos las marítimas por el mar Rojo. La victoria sería para quien pudiese asegurarse la posesión de Siria merced a la supremacía naval.

4. Los grandes estados monárquicos de la India y China[*]

La lucha por las rutas de la India, que domina toda la política de los reinos helénicos, se explica por la importancia creciente que, desde el siglo VI, había cobrado en la economía internacional el comercio de la India y el Lejano Oriente.

ATRACCIÓN DEL MEDITERRÁNEO SOBRE LA INDIA

Darío había alentado la navegación por el Indo al establecer relaciones marítimas entre el Sind y Egipto. Alejandro, al fundar centros urbanos sobre el delta del río y en el Panjab, había orientado la economía india hacia Occidente. Pero esta, en vez de remontarse rumbo a Mesopotamia, había tomado la vía marítima que la conectaba con el Mediterráneo por el mar Rojo.

Al morir Alejandro, la atracción del Mediterráneo sobre la India era tan fuerte que ya se manifestaba, de manera decisiva, incluso en la cuenca del Ganges.

Desde el siglo VI, el feudalismo ario había evolucionado allí rápidamente hacia el sistema monárquico. En 321, el año mismo en que estallaba la guerra entre los generales de Alejandro, el soberano feudal del reino gangético de Magada era derrocado por el caudillo Chandragupta, el cual fundó la dinastía de los maurias. Chandragupta, impelido por la gran pugna que por la supremacía acababa de desencadenarse en todo el Oriente, acometió en seguida una política imperialista orientada hacia el Indo.

CONSTITUCIÓN DEL IMPERIO MAURIA

El Panjab se encontraba en aquel momento inerme, debido a que el sátrapa Eudamos, que gobernaba toda la cuenca del Indo, después de haber hecho asesinar a Poro, mantenido por Alejandro como rey tributario, se había puesto al frente de un ejército, temido por sus elefantes, y acababa de dirigirse hacia Occidente para probar

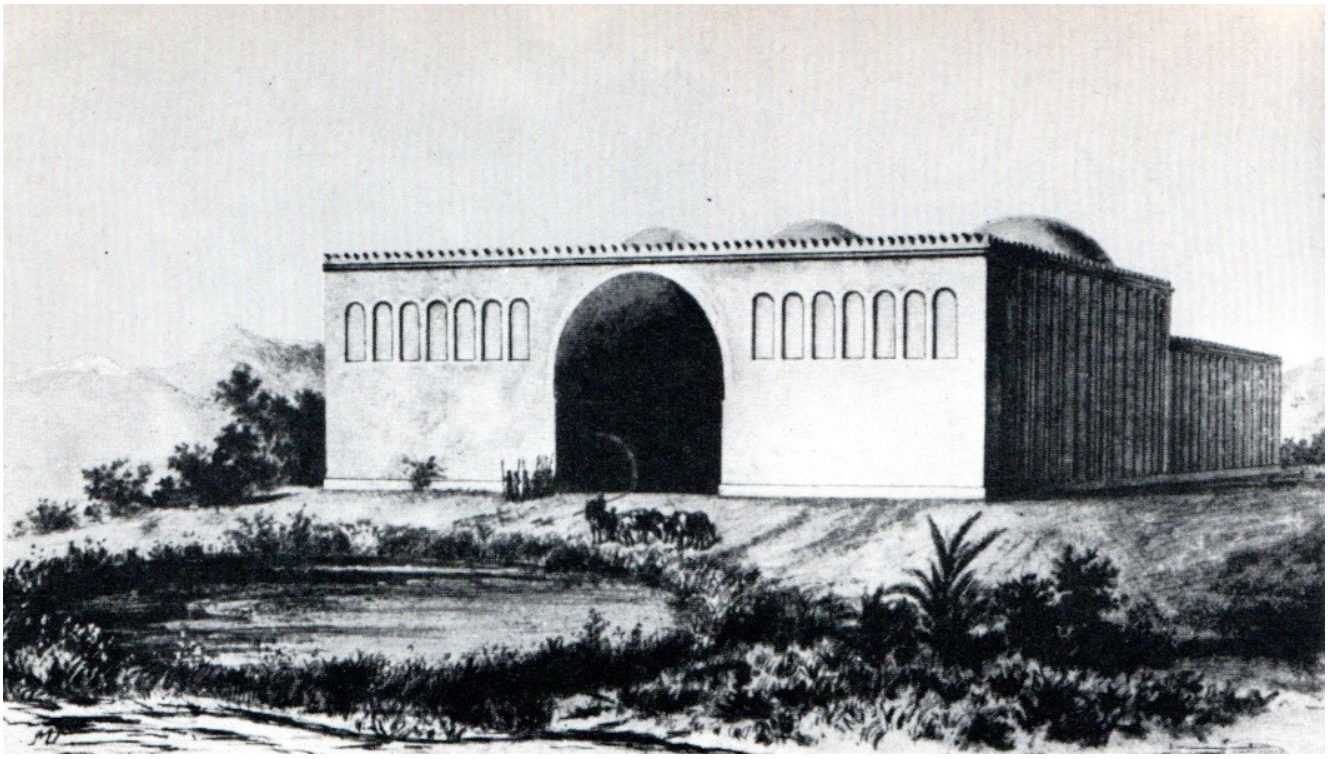
El Panjab se encontraba en aquel momento inerme, debido a que el sátrapa Eudamos, que gobernaba toda la cuenca del Indo, después de haber hecho asesinar a Poro, mantenido por Alejandro como rey tributario, se había puesto al frente de un ejército, temido por sus elefantes, y acababa de dirigirse hacia Occidente para probar su suerte en la guerra de los diadocos, o generales de Alejandro.

Chandragupta aprovechó la coyuntura para invadir las provincias macedónicas de Cabul, Panjab y del Sind, y de este modo se encontró dueño de un gran imperio indio que, abarcando las cuencas del Indo y del Ganges, abríase a la vez sobre dos mares, uno que le daba acceso a Poniente por Arabia y Egipto, y otro hacia la Insulindia. Por primera vez aparecía en la India un gran estado monárquico, absolutista y centralizado. Fundamentada sobre principios análogos a los triunfantes en los estados alejandrinos, la monarquía de los maurias se proclama de origen divino, y apoyándose en una administración jerarquizada, fundamentaba la política real en su misión justiciera.

En 305, Seleuco, que había recibido en el reparto toda la porción asiática del Imperio, procuró en vano apoderarse de las satrapías indias. Contenido por la resistencia de Chandragupta, hubo de renunciar a su designio para reanudar con él la alianza que parece haber sido confirmada con un matrimonio político. El rey mauria le cedió 500 elefantes, a cambio de que le reconociese la posesión de Gedrosia (Beluchistán). Al Imperio de la India le pertenecía toda la costa, desde el delta del Indo hasta el golfo Pérsico.

La Victoria de Samotracia. Escultura en mármol. Hacia 200 A. J. Museo del Louvre.

Convertíase, pues, en una de las grandes fuerzas internacionales de la época. Orientada hacia Poniente, la India iba a quedar integrada estrechamente en su economía. La vía marítima de Alejandría, por el mar Rojo, rumbo a los puertos del Indo y Malabar, se hizo el eje esencial de la vida económica. Durante dos siglos, ptolomeos y seléucidas no cesarían de hacerse la guerra para dominarla. Pataliputra, la capital gangética de Chandragupta, iba a emular en riqueza y boato a Alejandría; su palacio real, edificado según el modelo de Persépolis, había de ser uno de los centros diplomáticos más brillantes de la época helenística.



Fachada principal del palacio de Firuz-Abad.
Reconstrucción según Dieulafoy.

LAS RUTAS DEL ASIA CENTRAL

El gran papel que va a jugar la India a lo largo de siglos en la economía mediterránea, no lo debió solamente a sus riquezas propias, sin duda inmensas, sino especialmente al hecho de hallarse en relación directa con el Lejano Oriente.

Las rutas del Asia Central, cuyo extraordinario interés había comprendido Alejandro al fundar las ciudades caravaneras de Herat, Candahar y Kodjend, enlazan la China por el oasis norteño con las comarcas del mar Caspio y a través de estas con Siria, por el paso de Pechawar y el Beluchistán, alcanzan la India, y desde allí, el mar Rojo y Egipto. Ahora bien, estas rutas, en el siglo IV, adquieren una importancia creciente a causa del desarrollo de China.

LA EVOLUCIÓN MONÁRQUICA DE CHINA

Lo mismo que sucedió en la India, también en China durante el siglo IV se produjo el advenimiento del régimen monárquico centralizado. Tras una larga evolución patrimonial, merced a la cual el país gozó, durante siglos enteros, de gran equilibrio social, económico y político, acompañado por un brillante florecimiento intelectual y artístico, China entraba ahora en un nuevo período de su historia con la constitución de grupos feudales que habían destruido la autoridad de la dinastía feudal de los Cheu, reemplazándola por una serie de reinos que pugnaban entre sí y en cuyo seno se forjaba el régimen monárquico centralizado.

El período arcaico de China había encontrado en la filosofía idealista de Lao-Tsé —como la Antigüedad griega en el idealismo de Platón— la más elevada expresión de su pensamiento. Lao-Tsé representaba el pasado. Y habían de ser las doctrinas realistas de Confucio, revisadas en el siglo IV por Mencio, las que, cual el realismo aristotélico en el mundo heleno, sirvieran de base al período monárquico que en China se inauguraba.

FILOSOFÍA REALISTA DE MENCIO

Mencio (Meng-Tsé, nacido en 372) dio a la monarquía un sistema moral y jurídico nuevo, que siendo menos científico que el de Confucio, era más realista y más humano, y representaba exactamente la evolución política hacia la centralización del poder, y la evolución social hacia la emancipación individual que entonces se operaba en China. Los legistas cobran un influjo preponderante: son los protagonistas de la monarquía, los servidores de los príncipes. Y para hacerlos triunfar, montan una teoría jurídica que viene a transformar el realismo de Mencio en un oportunismo parejo al que, un día, habrá de preconizar Maquiavelo.

Los nobles, eliminados del gobierno, son sustituidos por letrados, dóciles instrumentos del manejo absolutista de los reyes, cuyo imperialismo se ejerce por medio de la guerra. Es en aquella época cuando la guerra adopta, en China, esos métodos de terror y exterminio que habrá de guardar a través de toda su historia, y que tan extrañamente contrastan con el humanitarismo y la alteza de miras que preconizan su filosofía moral y política.

Camafeo que representa a Ptolomeo Filadelfo y Arsínoe.
Museo del Ermitage. Leningrado.

Al mismo tiempo que las huestes de Alejandro se internaban por los vastos espacios del Asia Central, las de los reyes de Chin —el reino más occidental de la China— emprendían la tarea de subyugar a todo el antiguo Imperio de los Cheu.

EL IMPERIO DE LOS CHIN

Si el reinado de Chin se vio llamado a sellar la unidad monárquica de China, ello fue debido a que era el estado chino más avanzado económicamente y, por ende, el más opulento y fuerte. Su capital Hien-Yang, situada en el Huang-Ho, era el punto de llegada de la ruta de caravanas que unía a China con la India y Mesopotamia, y por allí con el Occidente. El idealismo brahmánico, del que había surgido la filosofía de Lao-Tsé, penetró en China por esta vía, cuya importancia aumentaba cada vez más como gran calzada del tráfico internacional. A la sazón, el mar de la China no ejercía atractivo alguno sobre Asia, porque en vez de ser vía abierta hacia otras tierras, era más que una frontera: era el confín del mundo. Por eso los países marítimos del sur de China, llamados un día a convertirse en foco de la más refinada cultura asiática, yacían entonces sumidos en un estado de semibarbarie.

Cerrada por el lado del mar, China se abría al exterior por el oasis del Asia Central, y las ciudades de Kodjend y Candahar eran, para ella, como puertos lejanos a los que la unían los desiertos y bajo cuyo influjo despertaba a la vida económica internacional.

La expansión de sus relaciones mercantiles hacia el Asia central y la India, en la época de Darío, ejerció sobre ella una acción decisiva, estando la monarquía china en el siglo IV asociada a la corriente que se manifiesta en el Asia occidental desde el siglo VI, y que hace entrar a China en la vía de la economía internacional.

En el siglo VI, el mundo asiático se sintió sacudido por un gran movimiento idealista. Entonces triunfó en Persia la religión de Zoroastro, apareció el budismo en el valle del Ganges y surgió la filosofía de Lao-Tsé en la China feudal de los Cheu. Fue de Persia de donde arrancó este movimiento, influido, sin duda, por las ideas morales egipcias propagadas por el Mediterráneo oriental.

En el siglo IV, fue también del Asia oriental de donde partió la corriente de imperialismo monárquico y realismo político que, atravesando el continente asiático, preside en la India la fundación del Imperio de los maurias, y en China la de la monarquía de los Chin.

Así entra el mundo en una nueva fase de su historia, fase que se caracteriza por un impetuoso desarrollo de la economía internacional y la constitución de grandes estados monárquicos.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Guerras de hegemonía marítima (Del siglo III al II A. J.)

1. Constitución del poderío romano

LA ECONOMÍA INTERNACIONAL

La economía internacional que en el siglo III se extiende ampliamente hacia Oriente, toma por otra parte una importancia creciente en el Mediterráneo central, ya que Tarento y Siracusa son entonces los más importantes centros del tráfico griego. Tarento mantiene el contacto con Roma, y Siracusa con Cartago.

Pero mientras Roma amplía sus conquistas territoriales y Cartago afianza su imperio marítimo, Tarento y Siracusa se debilitan en discordias internas.

Después del inteligente gobierno de Timoleón, Siracusa entra en un período anárquico engendrador de la tiranía de Agatocles, que se adueña del poder mediante la concesión al pueblo de la cancelación de deudas y el reparto de tierras. Apoyado en un movimiento democrático, de neto cariz revolucionario, logra unir toda Sicilia bajo su mando, e influido por la evolución contemporánea, asume el título de rey (306). Pero a su muerte, el efímero reino naufraga de nuevo en la anarquía y en las luchas partidistas.

En Italia, Tarento tiene bajo su dominio todo el sur del país. Roma se ensancha hacia la Campania y, para contenerla, Tarento establece una alianza con la ciudad helénica de Nápoles. Roma responde firmando con Cartago un tratado de amistad (306) que le adjudica Italia, y abandona Sicilia a los cartagineses como zona de influencia y expansión.

Roma, entonces, se orienta francamente hacia el mar. Construye una flota, pacta un tratado de comercio con Rodas (306) y se reparte con Tarento la costa italiana, que queda dividida en dos zonas de influencia separadas por el cabo Laciniano.

No mucho después, Nápoles se ve constreñida a acatar la autoridad de Roma (304), que le impone su política comercial y la obliga a crear, en su favor, una moneda de plata. Mercaderes griegos y sirios se instalan en Roma, donde la fortuna mobiliaria adquiere importancia creciente y, a partir de 312, se hace base del censo, admitiéndose en las primeras clases de la ciudadanía a los traficantes enriquecidos. Entretanto, el Senado, formado por magistrados ex mandatarios, pierde su antiguo carácter de asamblea patricia al lograr los plebeyos la facultad de aspirar también al consulado. Procedente a la vez del patriciado y de la plebe acaudalada, se forma una especie de nobleza nueva, los «senatoriales», que incluye a todas las familias que

hayan tenido miembros en el Senado y entre las cuales se nombrarán la mayoría de los magistrados.

Detalle tomado de un relieve grecobudista.

EL PROGRESO ECONÓMICO PRECIPITA LA EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Así, se ve progresar la democracia al mismo tiempo que la fortuna mobiliaria, y al quedar abierta a la plebe la puerta de todas las funciones, incluso la del pontificado (296), se establece el *procedimiento*, hasta entonces monopolio exclusivo de los pontífices patricios, comenzando de este modo a introducirse en Roma los primeros rudimentos de la ciencia del Derecho.

Al democratizarse, las instituciones entregan cada vez más la vida pública a la política de partidos, y las asambleas de comicios centuvirales, donde la clase rica predominaba, ceden el paso a las asambleas tribunicias, donde los ciudadanos votan agrupados en tribus. La evolución democrática ha cumplido su ciclo. El derecho al voto, determinado en un principio por la nobleza y después por la riqueza, no depende en los sucesivo más que del domicilio. La plebe, es verdad, solo dispone de cuatro tribus urbanas, pero en el campo se ha formado una plebe labriega, de modo que el movimiento democrático alcanza pronto a todas las tribus rústicas, antaño compuestas tan solo por propietarios patricios. Lo mismo que las asambleas centuvirales, las tribunicias se independizan del Senado al obtener que este ratifique de antemano sus decisiones, y la gobernación de Roma, desde entonces, depende de los partidos. El de la nobleza (*nobilitas*) es en realidad el de las gentes ricas, y a él se

opone el bando popular integrado por la plebe urbana; entre ambos, los pequeños propietarios constituyen una clase media sobre la cual se apuntala la *nobilitas* para resistir la presión popular. Esta coalición de propietarios mantendrá el poder de manera indiscutible hasta el siglo III, merced a su política resueltamente democrática. En los países conquistados, se constituyen colonias romanas formadas por plebeyos a los que se dota de tierras, transformándolos, gradualmente, en una pequeña burguesía campesina que da sólido armazón militar al Estado. En el Norte, estas colonias contienen a los galos instalados en la llanura del Po, que intentarán de nuevo, aunque infructuosamente, invadir Italia en 299; por el Sur, garantizan el mantenimiento de la autoridad romana sobre los territorios de la Campania y la Apulia.

Al propio tiempo que incrementa su territorio y el número de ciudadanos, Roma desarrolla sus instituciones administrativas: introduce la contribución, a la manera egipcia y griega, calculándose sobre la base de la fortuna global, y aparecen las primeras oficinas estatales, reclutándose su personal entre los esclavos y libertos, a menudo de origen helénico. Con ello se propaga la esclavitud y penetran las preocupaciones éticas en la política durante el gobierno del censor patricio demócrata Apio Claudio, como en Atenas con Solón.

Roma deja de ser una república rural para convertirse en un potente estado, ampliamente abierto a los influjos del exterior.

CONQUISTA DE TARENTO

Entonces entra en conflicto con Tarento, y al ejército de ciudadanos que Roma pone en pie, opone aquella mercenarios. Los espartanos que al comienzo enrola resultan poco seguros y, por segunda vez, se vuelve hacia el Epiro en demanda de ayuda a Pirro, cuyo ejército, reforzado con elefantes, triunfa sobre los romanos (280). Mas soñando con formar a su vez un imperio, Pirro pasa a Sicilia, y este grave error político levanta contra él a Roma y Cartago, obligándole a regresar al Epiro. Sabido es que, después de este fracaso, intentó conquistar Grecia, hallando la muerte en un combate sostenido en las calles de Argos.

La campaña de Pirro había de tener considerable trascendencia. Por vez primera, Roma había entrado en guerra con un estado helénico e iba a verse arrastrada en el torbellino de la política internacional. Pirro le había abierto el camino de la Magna Grecia, y no tardó en aprovecharlo y avanzar por él. Mas temiendo que Roma, si conquistaba las ciudades de la Magna Grecia, se convirtiera en peligrosa rival, Cartago trastocó las alianzas y uniose a Locres contra ella. Roma aceptó la lucha, se apoderó de Locres y, poco después, de Tarento (272). En 265, todo el territorio de Italia hasta el río Po era romano, y Tarento, elevada a la categoría de ciudad aliada de Roma, convertíase para esta en la gran base naval que la orientaba hacia Levante. Entre la República romana, convertida por la posesión de Tarento en potencia marítima, y la ciudad púnica de Cartago, resuelta a defender su hegemonía naval, era inevitable la guerra.

2. La doble hegemonía marítima de Egipto y Roma

ESTRUCTURA DE LA ECONOMÍA UNIVERSAL

En menos de cincuenta años, el equilibrio del mundo se alteró profundamente. En el antiguo Oriente, el mar triunfó sobre la tierra firme. Las grandes capitales de la Antigüedad eran continentales: Menfis, Tebas, Babilonia y Susa. Su misión ahora había terminado. En lo sucesivo, los grandes centros políticos estarán todos situados a lo largo de las costas: Alejandría, Antioquía, Cartago y Roma.

Y es que el eje de la vida económica del Oriente ya no es continental, sino marítimo. Atraviesa el Mediterráneo, gana la India por el canal de Suez y penetra en el mar Negro por los Estrechos. Alrededor de esta doble vía van a afirmarse ahora, como antes en torno a Mesopotamia, las hegemonías económicas y políticas. Por eso, en el momento en que Babilonia desaparece, surge Roma. El Asia Anterior deja de ser el centro del mundo civilizado y todos los intentos para agrupar en su derredor el Mediterráneo, el Asia Central y la India se ven frustrados. La expansión de la economía, a la vez hacia el Mediterráneo y el Extremo Oriente, determina un equilibrio nuevo. En el futuro, se hará sentir irresistiblemente una doble atracción: la del mar, de donde saldrá tres siglos más tarde el imperio mediterráneo de Roma, y la del continente asiático, dominado por la gran masa de China, que también como Roma va a crear entonces un gran imperio. Entre el imperio marítimo de Roma y el continental de China, ambos en trance de nacer, el Asia Anterior, antes punto de convergencia, se transforma en lugar de tránsito. De importancia esencial desde luego, ilustrado por el esplendor que adquirirá Seleucia, en el Tigris, en sustitución de Babilonia, pero solo de tránsito. Por otra parte, por muy frecuentada que sea la ruta continental mesopotámica que conduce, por un lado, a través del Beluchistán, hacia la India, y por otro, a través de las vías del Asia Central y las ciudades allí establecidas, rumbo a China, no puede rivalizar con la gran ruta del mar, cuya importancia no dejará de acrecentarse durante toda la época helenística. Esto es lo que explica la prodigiosa prosperidad de Alejandría y la India. Egipto resulta el punto de contacto entre el Occidente, donde se elabora la potencia romana, y el mundo asiático, y la India, a su vez, es el punto de contacto entre el Lejano Oriente, donde se está engendrando el Imperio chino, y el mundo occidental. Sobre este vastísimo espacio van a tener lugar los más importantes acontecimientos de la historia de los tres siglos que preceden a la era cristiana.

LA ECONOMÍA MEDITERRÁNEA

En torno al Mediterráneo se forma una nueva unidad económica al converger en él tres grandes rutas: la de la India, que lo enlaza con el Extremo Oriente; la del Ponto, que le abre las llanuras rusas y el Cáucaso, por una parte, y la región danubiana, por otra, y

finalmente la ruta que, a través de las Columnas de Hércules, da al Océano, donde se abre un mundo nuevo desde que los fenicios establecieron factorías por las costas atlánticas de África, los navegantes de Tartesos encontraron el camino de las islas Británicas, y Piteas de Marsella tocó, en 320, las costas escandinavas. Marsella, llave del Ródano, integra en la economía mediterránea los ricos territorios de la Galia, donde la influencia helénica comienza a ponerse de manifiesto merced a los galos asentados en la cuenca del Danubio. La Europa continental entra en la Historia.

LUCHA POR LA HEGEMONÍA MARÍTIMA

El siglo III marca el fin de la hegemonía marítima de las ciudades y el triunfo de la de los estados continentales. La potencia naval de las grandes ciudades griegas decae y la de Cartago se ve amenazada. La primera pasó a Egipto; la segunda es disputada por Roma, desde la conquista de Tarento. Esta doble tendencia a la hegemonía, egipcia al este y romana en el centro del Mediterráneo, es el hecho capital que explica las grandes contiendas de la tercera centuria.

GUERRAS DE SIRIA Y HEGEMONÍA MARÍTIMA DE EGIPTO EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

La hegemonía egipcia no pudo afianzarse sino por una serie de guerras contra el Imperio seléucida. La supremacía del mar dependía de la posesión de Jonia, de las islas egeas y de Siria, y para asegurársela, Ptolomeo I se instala en Tiro y en Sidón, adueñándose de las islas de Chipre y Delos. Prosiguiendo la política tradicional de Egipto, se capta la alianza de Grecia, representada entonces en el continente por los reyes macedónicos y en Sicilia por Agatocles de Siracusa. Los ptolomeos aspiran a la hegemonía marítima practicando una política orientada hacia la conjunción Egipto-Grecia.

Pero los reyes de Antioquía, cuya tendencia de imperio continental ha fracasado, están resueltos a disputarle la hegemonía económica. Y esta solo pueden conseguirla mediante el dominio del mar. Se entabla entonces una carrera para la construcción de poderosas flotas que habrán de decidir la victoria.

Tres guerras dieron a Egipto un triunfo indiscutible y las tres tuvieron por objeto la posesión del litoral oriental mediterráneo. La primera (279-271), entre Ptolomeo II (285-246) y Antíoco I (281-261), terminó con la victoria decisiva de Egipto, que ocupó Cilicia, Panfilia, las costas de Licia, Cnido y Halicarnaso, Mileto, las Cicladas, Samos e Itanos, entonces el mayor puerto de Creta, Arvad y las ciudades fenicias; a mayor abundamiento, Egipto, sólidamente instalado en Samotracia, domina el Estrecho. Todo el mundo helénico va en pos de él y su influjo se asienta tanto en Atenas como en Corinto. La navegación, desde entonces, afluye proa al canal de Suez y Alejandría se convierte en el puerto más floreciente del Mediterráneo y en foco de toda la actividad marítima.

Ahora bien, Roma, que a la sazón acaba de rechazar a Pirro de Italia, apréstase a tomar Tarento, pero quiso antes cubrirse por el lado de Egipto y, en 272, mandó una embajada romana a Alejandría para negociar un tratado de amistad con Ptolomeo II. La política egipcia de buena armonía con Grecia se extendía a Roma, y entre esta y Alejandría se inició una coalición.

Antíoco, rechazado del Mediterráneo, al que su imperio solo tocaba por Antioquía y la Siria del Norte, tornó a la política continental y fundó un templo en Babilonia y nuevas ciudades en Mesopotamia.

Incapaz de mantenerse en el norte del Asia Menor, cuya posesión había conservado hasta Mileto, viose obligado a admitir la disidencia del gobernador de Pérgamo y a reconocerle el título de rey (262). Pérgamo, desde entonces, iba a dominar el norte del mar Egeo, como Egipto dominaba el sur.

Pero la política de Antíoco I resultó fallida y su imperio, carente de unidad, se disgregó. El Asia Central se sentía cada vez más atraída hacia el Este. El movimiento nacionalista persa, desarrollado en torno a la religión de Zoroastro, se extendía desde Atropatena hacia el sur y el este. Allá por el año 250. Arsacés fundaba al sur del mar Caspio el reino de Partia, cuya capital, Zadracarta, en la orilla levantina del Caspio, quedaba francamente orientada hacia las rutas caravaneras del Asia Central.

Busto del rey Pirro del Epiro.
Museo Nacional. Nápoles.

A partir de entonces, Antioquía se vio separada de sus provincias de Bactriana y Sogdiana, que la ponían en contacto con el comercio continental de China y de la India, y el gobernador de Bactriana Diodoto I reunió las dos provincias bajo su mando e hizo de ellas un reino griego independiente.

Acosado hacia el mar, Antíoco II (261-246) hubo de reanudar la guerra para recobrar la costa siria. Aprovechando una revuelta de los mercenarios galos de Ptolomeo II, ganó ventajas que le permitieron obtener una paz favorable (253), luego confirmada por un tratado de amistad.

Egipto, dueño del mar, hubiera querido, como en otro tiempo Amenofis III, llevar a cabo una política pacifista y de statu quo. Entre Antioquía y Alejandría perfilose una alianza, sancionada con el matrimonio de Antíoco II con Berenice, hija de Ptolomeo II, que le trajo en dote la Jonia, de hecho ocupada por el rey de Pérgamo, las costas meridionales del Asia Menor, la Cilicia y Panfilia, a más de un aumento de sus estados por el litoral sirio.

Sobre estas bases, sin duda hubiera podido constituirse un equilibrio. Pero el asesinato de Antíoco II y de Berenice, a causa de intrigas palaciegas (246), encendió la guerra entre Ptolomeo III (246-221) y Seleuco II (246-223).

La tercera guerra de Siria resultó desastrosa para Seleuco II. Ptolomeo avanzó hasta el Tigris y aquel, aplastado, perdió Siria, incluso el gran puerto de Seleucia de Pieria, que él mismo había fundado, y todo el contorno meridional del Asia Menor hasta Éfeso; además, Egipto se adueñó del Quersoneso de Tracia, asegurándose así el dominio de la navegación por el mar Negro.

El gran altar de Júpiter, de Pérgamo.

Esta terrible derrota provocó en el Imperio seléucida una grave crisis interna. Seleuco II viose obligado a ceder el Asia Menor, del norte al Tauro, a su hermano Antíoco, el cual incapaz de defender sus estados, hubo de resignarse a su anexión por Atalo I, rey de Pérgamo, con el apoyo de la alianza egipcia. Pérgamo, dueña desde entonces de la orilla sur de los Estrechos frente a Egipto, que ocupaba la orilla opuesta, se convirtió en la gran potencia marítima griega y capital del helenismo, aunque gravitando, desde luego, en la esfera de influencia egipcia.

Ptolomeo, que poseyó en lo sucesivo una supremacía naval indiscutida, titulose «Señor del Mediterráneo y del Mar de la India», y sus monedas, que dominaban la vida económica internacional ostentaban el tridente, símbolo de la realeza del mar, y la corona radiante, emblema de la soberanía universal.

Egipto alcanzaba el apogeo de su potencia política y de su opulencia, y el emporio de Alejandría atraía hacia él a todas las fuerzas intelectuales de la época.

Mientras Egipto triunfaba en Asia, se engendraba el duelo entre Cartago y Roma, que dueña de Tarento propendía al dominio del Mediterráneo central. Pero este dependía

PRIMERA GUERRA PÚNICA Y HEGEMONÍA MARÍTIMA DE ROMA EN EL MEDITERRÁNEO

del estrecho de Mesina, codiciado también por Siracusa, que bajo el gobierno real de Hierón II disfrutaba de un nuevo período de esplendor. A su vez, Cartago, a la sazón omnipotente en el mar Tirreno, no estaba dispuesta a ceder su posición dominante y para afianzarla ocupó Mesina. Roma, evidentemente, no podía consentir que Cartago viniese así a mandar sobre toda la actividad de las costas italianas, y estalló, pues, la primera guerra púnica (264-241). Siracusa, que desde la toma de Tarento por Roma se había adherido a Cartago, apresurose a declarar su neutralidad, pero al mismo tiempo se comprometió a avituallar al ejército romano que, merced a este auxilio, pudo acometer la guerra en Sicilia por medio de navíos construidos en los astilleros de Tarento y de la Magna Grecia. Sus «quinquerremes» triunfaron en las batallas navales de Miles y de Ecnomo, más una derrota de la flota romana en 254 salvó a Cartago. Solo después de haber recuperado el señorío del mar, pudo Roma vencer a su temible rival (241). La guerra había costado a Roma 700 bajeles de combate, y 400 a Cartago.

Cartago, vencida, perdió Sicilia, y todas las ciudades griegas que habían hecho causa común con ella, salvo Siracusa, fueron anexionadas por Roma. Siracusa, entonces, se hizo su aliada.

La hegemonía marítima iba a hacer de Roma un imperio, y su primera etapa fue reducir Sicilia a la categoría de provincia.

Cartago, contrariamente, arrojada por la derrota a la guerra civil y presa de una sublevación de sus mercenarios, se vio forzada algunos años después a comprar la neutralidad de Roma mediante la cesión de Córcega y Cerdeña (237), las cuales a su vez constituyeron una nueva provincia romana. Y el mar Tirreno pasó de la hegemonía de Cartago a la de Roma.

Cartago, sin embargo, no cedía. Luego de restablecer la paz interior, procuró una compensación a sus pérdidas emprendiendo la conquista de España (237). Se anexionó Tartesos y sus ricas minas de plata, y Amílcar, para proteger sus conquistas, fundó en la costa la base naval de Cartagena (225). Roma apoyaba su poder sobre un gran estado territorial y Cartago iba a oponer España a este poderío continental de Italia.

Pero Marsella, antigua enemiga de Cartago, sintiéndose amenazada por la expansión púnica en sus posesiones de Provenza, apeló a Roma y concertó un pacto que marcaba el Ebro como linde de las zonas navegables, reservadas a Roma por el Norte y a Cartago por el Sur.

Esta paz, no obstante, solo era una ficción impuesta por las necesidades, y la guerra se desencadenó seguidamente en el plano económico; Roma emprendió a su vez contra Cartago una política marítima semejante a la que Cartago desplegaba en España.

El Mediterráneo, pues, encontrose repartido en tres hegemonías: la de Egipto al Este, Roma al centro, y Cartago al Oeste. Garantizadas por poderosas flotas de guerra, se apoyaba cada una de ellas en otros tres grandes estados territoriales: Egipto, Italia y España. Roma, ligada a Egipto por una política amistosa, aliada de Siracusa y dueña de las grandes ciudades griegas de Italia y Sicilia, propendió a adoptar, con respecto a la Grecia continental, una política de potencia tutelar.

Por su parte, las ricas colonias de Corinto en el Adriático, Epidamnio, Apolonia y Corcira, víctimas de los piratas ilirios, volviéronse hacia ella en demanda de auxilio, puesto que había sucedido a Tarento. Intervino una flota romana de doscientas embarcaciones, y a fin de asegurar la tranquilidad en el mar se creó en la costa de Dalmacia un nuevo estado vasallo de Roma, prohibiéndose a los navíos doblar el cabo de Alesia (225). La ciudad de Roma tomaba así, en el mar Adriático, la sucesión de Corinto, y el Mediterráneo oriental quedaba abierto a su influencia. Ahora bien, Roma era potencia aliada de Egipto, y Egipto lo era de Pérgamo. De esta manera, se prolongaba la antigua política de alianza egipciohelénica, es decir, de naciones marítimas contra el continente asiático.

Macedonia sufría la doble presión de Roma, asentada ya en la costa dálmata, y de Egipto, que ocupaba las riberas norteñas del Helesponto y atraía las ciudades griegas a su órbita; por eso, al verse expulsada del mar, se acercó a los seléucidas.

Entre Asia, Macedonia y Cartago se pergeñaba una coalición contra Egipto

FORMACIÓN DE COALICIONES: EGIPTO-ROMA-PÉRGAMO CONTRA ASIA-MACEDONIA-CARTAGO

Pérgamo y Roma, para arrancarles la hegemonía del mar, y columbrábase una conflagración mundial de la que indudablemente debía depender la suerte que el destino reservaba a la ciudad de Roma.

3. La evolución económica y social del siglo III

En el curso del siglo III, la economía cobra una importancia primordial en la evolución de la cultura. Gracias a la navegación y el comercio, el capitalismo se extiende, y dondequiera que se presente provoca un doble fenómeno social: el esplendor de la vida urbana y la emancipación de la población rural. Fórmanse grandes centros industriales en los cuales, exceptuado Egipto, se acumula la mano de obra servil y la riqueza mobiliaria se acrecienta al mismo tiempo que la circulación monetaria. La banca, manejada por poderosas asociaciones financieras, toma gran incremento y la abundancia de dinero facilita el crédito. El interés, que era del 12 por 100 en tiempos de Alejandro, desciende al 10 por 100 hacia 250, para caer al 6 por 100 hacia 200 antes de Jesucristo, salvo en Egipto, donde veremos al Estado mantener, en las operaciones de la banca nacional, el elevado tipo del 24 por 100 de interés.

Puerta en las ruinas de Pérgamo.

LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA INTERNACIONAL

La riqueza privada aumenta considerablemente. Las gentes acaudaladas invierten su dinero en fincas, constituyendo grandes patrimonios, fenómeno que se manifiesta igualmente en Italia, Grecia, Egipto y Asia. La gran propiedad capitalista hace retroceder a la pequeña propiedad libre, tanto, que mientras la servidumbre va desapareciendo en los países donde todavía existía, la pequeña propiedad cede el paso al capitalismo en las regiones más antiguamente desarrolladas, y los grandes terratenientes comienzan a asentar esclavos agrícolas en sus heredades.

Por otro lado, la circulación del numerario hace subir el coste de la vida, mientras que la afluencia de cautivos proporcionados por la guerra causa una competencia desastrosa al trabajo libre, provocando una constante baja de jornales. Así, al par que los propietarios se enriquecen rápidamente, la clase media se endeuda, hundiéndose progresivamente en el proletariado, cuya situación no cesa de empeorar. Para resistir,

los artesanos se agrupan en gremios, que a veces se unen, por ciudades, en confederaciones, y se presentan reivindicaciones sociales, sobre todo en las comarcas del Egeo, donde cunde una grave crisis a consecuencia del agotamiento de las minas de plata del Laurión y las auríferas del Pangeo, simultáneamente a la desaparición de la pequeña propiedad y la decadencia de las antiguas ciudades, que ya no pueden dar trabajo a sus habitantes. El pueblo se agita, reclama la abolición de deudas y el reparto de tierras y estallan varios movimientos sociales. También los esclavos se sublevan, lo que en los países griegos por su elevado número constituye un verdadero peligro social, mas sin embargo, esto no impide que aumenten sin cesar. Delos, centro principal de la trata de esclavos, adquiere verdadera opulencia.

Patio y pilón occidental del templo dedicado a Horus, en Edfú.

Divinidad femenina de la ciudad de Antioquía.
Copia en mármol de una obra del siglo III A. J. Museo Vaticano.

El tráfico internacional trae consigo la especialización en el trabajo. Se exportan el trigo de Alejandría, el cáñamo de Elida y Judea, las nueces del Ponto, los dátiles de Babilonia, los higos de Antioquía, la crin de Siria y Jonia, las pasas de Beirut, las ciruelas de Damasco y el algodón de Asiria. Alejandría es el gran mercado para los productos de la India y de Arabia, siendo las ciudades fenicias los antepuertos para las importaciones de China que llegan por Bactriana; Mileto, Éfeso, Esmirna y Priene, alimentados por las rutas procedentes de las más apartadas regiones del Asia, cobran inmenso esplendor industrial; en Cos se teje la seda, y los paños de Mileto entran en competencia con la industria siria; Alejandría fabrica tejidos y papel; Pérgamo, telas de lujo y pergamino; Tiro y Arvad, la púrpura. Medran de improviso los centros nuevos, y el agotamiento de la plata en el Ática y Tracia da a las minas de España un

valor de primer orden en la economía internacional; el cobre se agota en Eubea y Chipre; mientras tanto el Sinaí, reemplazándolas, proporciona con este metal una nueva fuente de riqueza para Egipto.

La especialización, favorecida por un tráfico marítimo que la técnica hace más veloz y regular, aporta una uniformidad de precios para las mercancías en toda la cuenca mediterránea.

La posesión de rutas internacionales para el comercio ha venido a ser una necesidad vital para los grandes estados. Egipto, con el canal de Suez, domina el camino de la India, que hace de aquel el país más opulento del Mediterráneo; Antioquía debe una buena parte de su riqueza a las rutas caravaneras que se internan en Asia hacia China y la India; Pérgamo, que tiene el Estrecho, prospera con el comercio del mar Negro y del Egeo; también Rodas debe al tráfico marítimo el ser un gran centro financiero; y gracias a su población en el Mediterráneo, Roma domina el gran comercio de la plata, el plomo y el estaño, cuyas minas posee Cartago en España.

Estas grandes corrientes económicas son las que constituyen el origen de todas las guerras habidas en el curso de los siglos III y II antes de Jesucristo y asimismo las que determinan la evolución social de todas las comarcas por donde cruzan.

Columnas del gran Templo de Edfú.

El desarrollo del comercio internacional crea una vida urbana de libertad, y el mérito de los seléucidas es haber comprendido —como Alejandro en su tiempo— la función que en la nueva economía estaba llamada a desempeñar la burguesía urbana. La gran

POLÍTICA URBANA DE LOS SELÉUCIDAS

obra de su política fue haber favorecido la formación de ciudades y la emancipación de la población rural. En toda el Asia Anterior, claramente orientada por el esfuerzo seléucida hacia la economía mercantil, se crearon ciudades nuevas que no fueron, como las egipcias, estrechamente ligadas a la administración central ni integradas a las provincias. La organización asiática, desigual y carente de unidad política y social, no lo hubiese consentido. Las ciudades nuevas de los seléucidas fueron concebidas como autónomas, pero sometidas al señorío del rey, y provistas de una asamblea de ciudadanos a la que incumbía la discusión de las leyes y la votación del presupuesto municipal, de magistrados elegidos y de un senado compuesto por los que habían desempeñado magistraturas anteriormente. Hallábanse presididas por un alcalde, nombrado por el rey entre los ciudadanos, y lo mismo que las ciudades griegas, poseían el derecho de burguesía, es decir, nacionalidad propia; eran libres de mantener relaciones diplomáticas con otras urbes para el trato de cuestiones de interés común, salvo en materia política y financiera, que seguirían bajo la tutela real, y se hizo de ellas los principales centros económicos y estratégicos del estado, así como focos de helenismo, sobre los cuales trataron los seléucidas de edificar la unidad de sus territorios.

Algunas de estas ciudades fueron plazas militares, otras, cabezas administrativas de partido, y las más importantes fueron las mercantiles fundadas a lo largo de las grandes pistas de tránsito, junto al mar o en las zonas mineras que el rey quería laborear. Las hubo que surgieron en las provincias puramente campesinas, para jugar el papel de mercados locales y servir de marco a la nueva división administrativa del país; muchos burgos quedaron transformados en ciudades; con la agrupación de aldeas se constituyeron ciudades nuevas, y hasta las aldeas fueron dotadas de magistrados que imponían gravámenes, administraban su ámbito y hacían justicia.

Cada ciudad convirtiose en centro de un territorio que ella administraba libremente, bajo reserva de permitir a las aldeas la decisión en sus asuntos internos. Provincias enteras del Imperio quedaron así divididas en ciudades, cuyo gobierno estaba confiado a los ciudadanos, es decir, a la burguesía poseyente.

Hubo que improvisar de la nada esta burguesía. Para poblar las ciudades, el rey dotaba a los agricultores —preferentemente macedonios o griegos, a veces sirios— de tierras tomadas al patrimonio de la Corona, no para que las ocupasen, sino para que las rentas de esas tierras, donde se asentaban campesinos libres, permitiese constituir una clase urbana propietaria, sobre la cual había de apoyarse la política monárquica. De tal suerte se formó Antioquía con 10 000 familias de agricultores, todas dotadas de tierras.

Tocante a las ciudades antiguas, o bien se transformaron en ciudades reales o se vieron rebasadas por su recientes émulas. Fue así como Babilonia, cuyo prestigio milenario pudo haber obstaculizado la nueva política, se vio definitivamente deshabitada para poblar la nueva metrópoli mesopotámica: Seleucia, sobre el Tigris.

Las vetustas urbes fenicias y sirias quedaron eclipsadas por la capital, Antioquía, el gran puerto de Seleucia de Pieria, Laodicea del Mar, Apamea, Seleucia del Tigris, Dura Europos y tantas otras; entre ellas, Tarso se convirtió en la ciudad universitaria de los seléucidas. Y si Mileto, Éfeso y Colofón conservaron su esplendor, fue una ciudad flamante, Pérgamo, la que, heredera al mismo tiempo de Troya y Sardes, se convirtió en la metrópoli del Asia Menor.

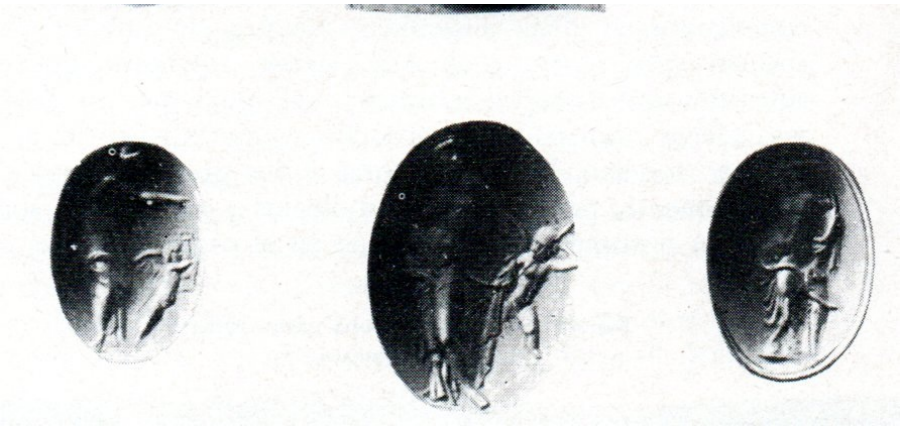
En armonía con los principios urbanísticos tomados a babilonios y griegos, las ciudades seléucidas fueron construidas según planes de conjunto, racionales y grandiosos a la vez, que en el siglo II de nuestra era habían de servir de modelo a las normas del urbanismo romano. En todo el mundo helénico, las villas cobraron nueva fisonomía al erigirse por doquier teatros y municipios suntuosos. El lujo y la comodidad en los alojamientos se propagaban ampliamente, y los capitalistas construían edificios de varios pisos para alquilarlos o venderlos.

Al mismo tiempo que surgían estas ciudades, el antiguo régimen señorial retrocedía en todas partes ante la democracia censataria. En sus patrimonios, los reyes suprimían los postreros vestigios de servidumbre y transformaban las tenencias a perpetuidad en contratos concertados según los preceptos del derecho griego.

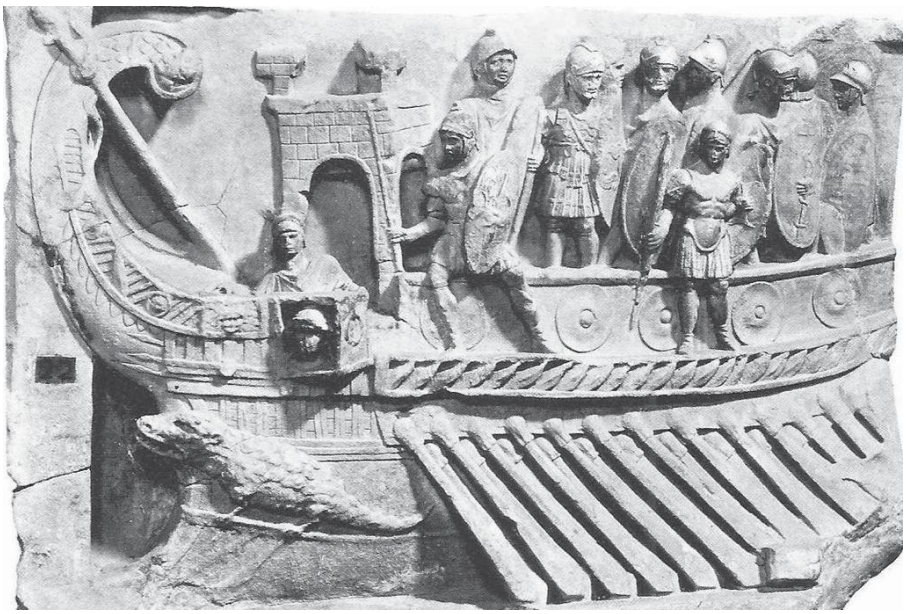
Los grandes dominios sacerdotales iban pasando progresivamente a la administración del Estado, quedando suprimido en ellos el arcaico régimen señorial; las aldeas de siervos se transformaban en municipalidades, y los burgos clericales eran convertidos en villas autónomas. No fue, sin embargo, una reforma revolucionaria, sino progresiva, y en Asia Menor, lo mismo que en Siria y Mesopotamia, subsistieron heredades enormes —al igual que en Jerusalén— que constituían verdaderos principados sacerdotales y que no habían de extinguirse sino bajo el Imperio romano. Pero la mayoría de los grandes templos, los de Éfeso y Colofón especialmente, perdieron sus privilegios y su estatuto social autónomo.

Tan profunda transformación en el orden social va acompañada de una gran corriente de uniformización del derecho. Aunque los

derechos nacionales no fueran abolidos, el resurgir mercantil difundió sin embargo por todas partes un mismo sistema contractual antiguamente ya en vigor en los centros económicos internacionales, bajo el influjo de Babilonia; la



Ejemplares de gemas o piedras labradas, tan características del arte helenístico.



Relieve que representa una galera romana.
Museo Vaticano.

regalía en forma de gabela sobre el terrazgo, tal como la había impuesto Darío, se generalizó; el registro de actas y el catastro fueron organizados en las ciudades siguiendo los procedimientos, sin duda imperfectos aún, que habían adoptado las urbes griegas bajo la influencia del derecho egipcio, y los matrimonios mixtos hicieron que se propagara la modalidad griega del contrato dotal.

En los patrimonios reales, solo la forma de arrendamiento griego estuvo en vigor; la hipoteca ateniense se hizo procedimiento normal de crédito, y la legislación real unificó las instituciones bancadas y comerciales.

CRISIS SOCIAL EN EL MUNDO HELÉNICO

Paralelamente, se llevará a cabo análoga evolución en el reino de Macedonia. La capital, Pela, lo mismo que las nuevas ciudades de Salónica y Casandrea, adoptó iguales instituciones que las seléucidas, y en las viejas urbes griegas, donde la vida política se iba extinguiendo y los partidos se convertían en agrupaciones de intereses de clase, la autoridad real íbase imponiendo cada vez más en materia financiera y judicial. Verdaderos tribunales, que estatuían según un procedimiento unificado, vinieron a reemplazar la jurisdicción popular y el derecho se hizo una ciencia cuyo eco nos aportan los *Estudios de Jurisprudencia*, de Teofrasto, que tan profunda influencia habían de ejercer sobre los juristas de Roma.

Pese a su decadencia económica, el movimiento intelectual mantenía su intensidad en las antiguas ciudades, y la cuestión de la enseñanza ocupaba, junto con la de abastos, el primer lugar en la política interior. Mileto organizó una enseñanza oficial y en numerosas ciudades se abrieron escuelas elementales, cuyos estudios se proseguían en gimnasios. Se crearon, también, escuelas para niñas. Era este uno de los aspectos de la emancipación individual que progresivamente se afirmaba, uno de cuyos rasgos característicos era la floración extraordinaria de asociaciones religiosas, funerarias, científicas y profesionales, donde se encontraban griegos y extranjeros, hombres libres y esclavos. Hasta clubs femeninos iban a aparecer en Atenas, a imitación de los de Alejandría, haciendo que la influencia de la mujer aumentase en todos los ámbitos sociales y ocupara puestos preeminentes en la política, la literatura, los deportes, y en el siglo I antes de Jesucristo la mujer llega incluso a desempeñar magistraturas urbanas.

Semejante emancipación iba acompañada de la difusión de nuevas ideas filosóficas y un alejamiento de las concepciones anticuadas. Zenón, negociante semita, crea en aquel entonces un nuevo ideal social que se acopla a la evolución económica de aquel tiempo y sueña, en su *República*, con un mundo igualitario e internacional donde ya no habría estados distintos y en el que la fraternidad reinara entre todos los hombres. Fue tan enorme su influencia que penetró en las clases cultas y las populares, sirviendo de palanca al partido democrático. La difusión de las ideas orientales transformaba, por otra parte, la antigua noción de la esclavitud, tal como la concebían los griegos, y se dejó de considerar a los esclavos como «herramientas animadas», aunque en las grandes empresas mineras los capitalistas continuasen explotándolos de manera horrenda.

Pero mientras la filosofía y el derecho borraban las diferencias jurídicas que separaban a los hombres, la distancia entre ricos y pobres se agrandaba continuamente. El pauperismo y el paro reinaban en las ciudades griegas de manera endémica, dando origen a una legislación social que concede subsidios a los parados e inválidos y constituye fondos de beneficencia mediante gravámenes a las grandes fortunas; además, los poderes públicos proceden a distribuciones gratuitas de trigo. Se propaga la concepción de una solidaridad humana que exige que la sociedad proporcione a todos el mínimo indispensable para vivir. Los filósofos y los escritores políticos reivindican, para los desheredados, el acceso a la riqueza y el pueblo pide, con amenazas, la cancelación de las deudas, así como también la distribución de tierras. Los intelectuales reclaman la liberación de los esclavos y la supresión de la propiedad privada. En la masa proletaria, estallan sublevaciones entre los esclavos. En Esparta, donde unas setecientas familias monopolizan la tierra, las perturbaciones son continuas. En 242, el rey Agis IV ensaya una reforma: cancela las deudas, levanta las hipotecas y reparte las tierras en 19 500 lotes, pero los aristócratas se alzan contra él. En toda Grecia, la ideología conservadora hace frente a la revolucionaria. La liga aquea, dominada por los pequeños propietarios, se erige en defensora de los

derechohabientes, con lo que únicamente sirve, sin darse cuenta, a los intereses de la clase capitalista, que destruye a la burguesía media. Y la liga interviene en Esparta; Agis es condenado a muerte y sus reformas son derogadas. En 237, Cleómenes intentó de nuevo crear una clase media y atenuar las desigualdades asaz flagrantes, dando el derecho de ciudadanía a los periecos, permitiendo a 6000 ilotas recobrar la libertad y distribuyendo 4000 parcelas de tierra. Mas de nuevo reaccionó el bando conservador; la liga se entrometió, anuló las leyes de Cleómenes y este hubo de darse a la fuga. Desde entonces, la agitación del proletariado ya no cejará en Esparta, y por doquier el partido de la reivindicación social adoptará tonos cada vez más revolucionarios.

POLÍTICA DE NEUTRALIDAD DE LAS CIUDADES MARÍTIMAS

En el torbellino de estas perturbaciones, la vida económica continúa, pero las guerras navales que tienen lugar a lo largo de las costas de Egipto y Asia la entorpecen seriamente. Ahora bien, las grandes ciudades griegas, galardón de estas guerras, se desinteresan íntegramente de la política internacional. Solamente les preocupan sus negocios, y si toman parte activa en los conflictos bélicos, ello es bien a pesar suyo; sus navíos mercantes son interceptados por las flotas que practican el corso y el bloqueo, y lo mismo en el mar como en los puertos, son apresados los bienes y personas de los traficantes.

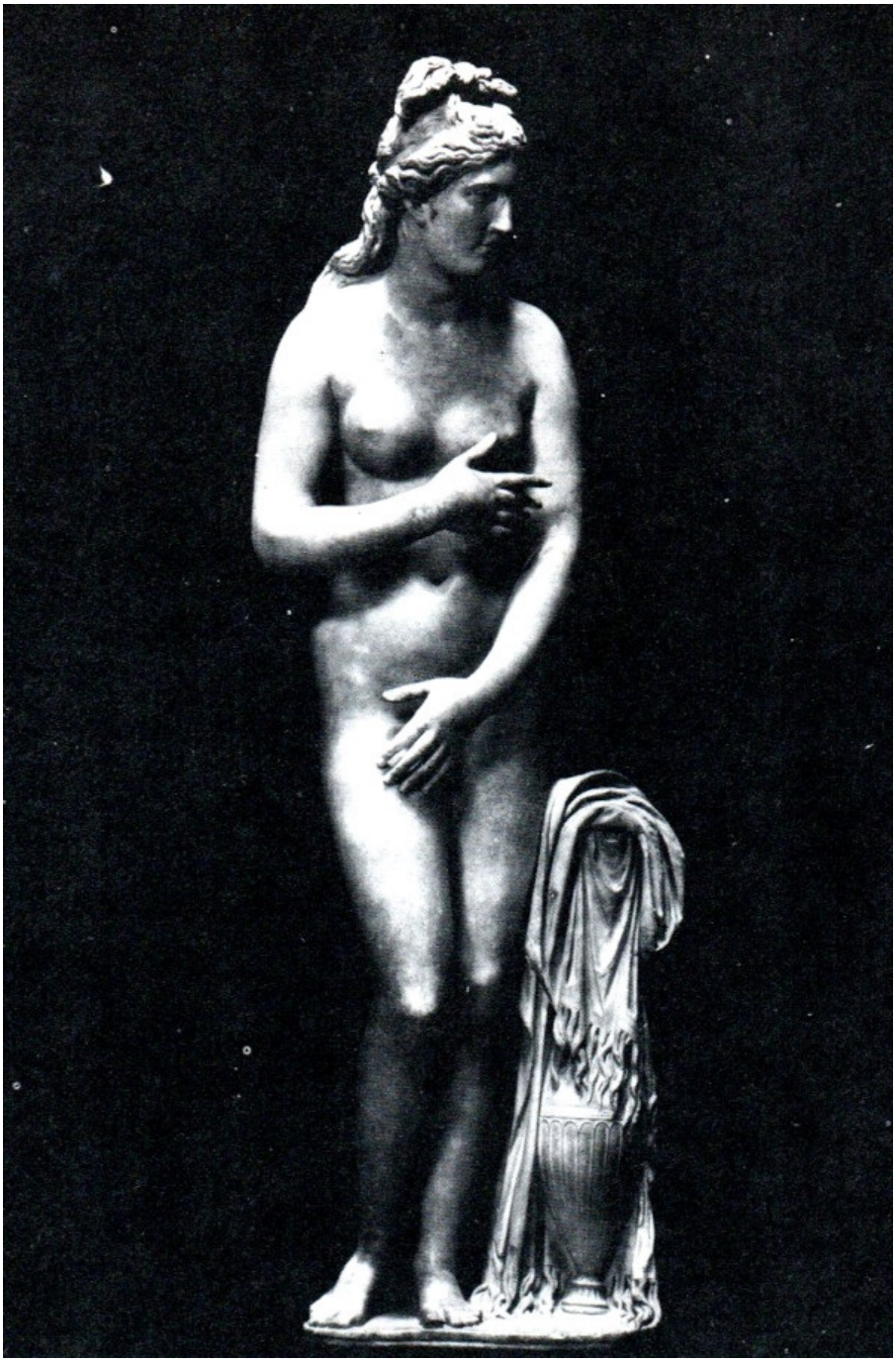
Capitel dórico de Lindos. Rodas.

Por eso las villas marítimas procuraron desligarse de los grandes estados —en los cuales, sin embargo, estaban muy a menudo integradas— haciendo que se les reconociera un estatuto de neutralidad. La primera de ellas fue Mileto, que en 245 logró obtener de las potencias la condición de ciudad «santa e inviolable», es decir, no beligerante, lo que puso a sus ciudadanos y bienes al amparo de las operaciones de guerra. Numerosas ciudades griegas, fenicias y sirias, obtuvieron después la misma neutralidad en el curso de los siglos III y II.

Pero las más importantes ciudades mercantiles trataron de evitar las guerras, o al menos eludir sus desastrosas consecuencias, conservando su autonomía económica y

política.

Rodas, obligada escala de todo el tráfico internacional, mercado de trigo y centro financiero, y Bizancio y Heraclea del Ponto, dueña de los Estrechos, consiguieron, gracias al poderío de sus flotas, mantenerse como ciudades independientes, así como las villas de la costa septentrional del mar Negro, cuya apartada situación en plenas tierras bárbaras las convertía a su vez en otros tantos estados autónomos.



Estatua de Afrodita.

LIBERALISMO ECONÓMICO DE RODAS

De todas las ciudades libres, Rodas era la más poderosa. Enriquecida por el tráfico, practica una política de libre cambio y de libertad del mar, lo que da la clave de su estrecha amistad con Bizancio, dueña del paso de los Estrechos. Gobernada por una oligarquía de comerciantes, armadores y banqueros, Rodas es capaz, merced a su flota, de desafiar a los grandes estados. Se afianza como émula de Alejandría y aprovechando las guerras de Siria procura acaparar el tráfago de las villas sirias, a las cuales hace Egipto una guerra comercial de tarifas, y cuando Alejandría grava con fuertes derechos de aduanas la importación siria, Rodas se declara puerto franco.

Y mientras la banca real de Alejandría mantiene el tipo de los réditos al 24 por 100, los banqueros rodenses, estableciendo una grave competencia con los de la ciudad egipcia, abren a los negociantes extensos créditos al 8 por 100.

Al par que gran núcleo económico y financiero, Rodas es también en la tercera centuria importantísimo centro intelectual, y su universidad rivaliza con las de Tarso y Alejandría. Sus juristas, al codificar el uso del derecho marítimo internacional, realizaron una de las obras más considerables que nos haya legado la Antigüedad. Tras haber dominado toda la época helenística, el derecho marítimo rodense habrá de ser admitido por Roma y confirmado por Justiniano, sobrevivirá a la ruina del Imperio romano, continuará siendo aplicado en Venecia, de donde pasará a las ciudades meridionales de Francia y Burdeos, y de allí a Brujas con los toneles de vino, para convertirse en el derecho de Damme, antes de ser adoptado por Colbert en su pragmática sobre la marina, mantenida en vigor hasta pleno siglo XX de nuestra era.

Preséntase la política de Rodas como diametralmente opuesta a la de Cartago, que se reservaba el monopolio de fletes entre las numerosas colonias de su imperio. Pero Cartago era precisamente un imperio y quería reservarse los grandes beneficios de las minas argentíferas que poseía en España, mientras que Rodas solo era punto de tránsito, sin tierra adentro, y dependiente del tráfico internacional.

SOCIALISMO DE ESTADO EN PÉRGAMO

Muy otra fue la política de Pérgamo. Capital de un reino que conoció, desde 262, una prosperidad inmensa en el lapso de las centurias tercera y segunda antes de Jesucristo, el reino de Pérgamo asumió, en la época helenística, el papel que Lidia había jugado bajo los reyes de Sardes en los siglos VII y VI. Fue un estado mercantil cuyas razones de ser eran el comercio y la industria; era el gran mercado internacional donde se juntaban las rutas de Mesopotamia, del mar Negro y del mar Egeo; era el pórtico de Asia hacia Europa. Como antes Lidia, Pérgamo se mantuvo estrechamente fiel a la amistad de Egipto, sobre la cual se apoya para escapar a las garras del imperio continental de los seléucidas y siente, pues, muy fuertemente la influencia egipcia. A diferencia de Rodas, que vive del tránsito, Pérgamo, como Alejandría, trata de asegurarse en su propio territorio los cargamentos de retorno. Sus monarcas practican, por ende, según los métodos capitalistas, la valorización sistemática del patrimonio de la Corona, al cual incorporan las vastas propiedades sacerdotales de los templos expropiados. Pero, contrariamente a Egipto, Pérgamo, ciudad griega, ejerce la explotación servil; las haciendas del Estado son confiadas a intendentes que emplean esclavos y jornaleros casi esclavizados; en los talleres estatales, toda la mano de obra es servil, y el pergamino —cuya fabricación inaugura Pérgamo cuando la política proteccionista de los ptolomeos encarece el precio del papiro— será un monopolio del Estado.

La riqueza afluye y Pérgamo, admirablemente construida, conviértese en una de las urbes más bellas del mundo helenístico. Su biblioteca solo cede en riqueza a la de Alejandría, y en ella la enseñanza está organizada por el Estado en tres grados. Sobre

la salud pública y la higiene urbana, se promulga una legislación atrevida. El individualismo se empareja con el estatismo.

POLÍTICA ECONÓMICA DE EGIPTO

En Egipto, el influjo de la corriente cosmopolita adopta una forma muy distinta. Su economía está dominada por el Delta, tierra de ciudades, donde la servidumbre desapareció totalmente desde el siglo V. Los objetivos que la política seléucida se había asignado en el Asia Anterior quedan cumplidamente realizados en Egipto, el cual es, con mucho, el estado más desarrollado de la época. Las relaciones entre egipcios y griegos, en intimidad creciente desde el período saíta, aportan a Egipto la lengua y, con ella, la cultura griega. Desde Alejandro, el griego no es solo el idioma oficial del imperio, sino de toda la administración interior, como en el reino seléucida.

El derecho helénico, bajo el cual continúan viviendo los griegos instalados en Egipto, no ejerce sin embargo mucha influencia en el derecho egipcio. Verdad es que los matrimonios mixtos entre griegos y egipcios, corrientes en el siglo III, hacen retroceder el individualismo egipcio, al introducir la tutela de mujeres que los ptolomeos, en esa centuria, imponen por decreto.

Pero sobre este sistema de la personalidad de derecho, se crea una costumbre nueva que obliga a introducir formas jurídicas simplificadas, entre las cuales figura el contrato de homologación, que sustituye a la venta, al alquiler y al préstamo, y que pasará al derecho romano en la época de Justiniano. Al mismo tiempo, la contabilidad egipcia inicia en el derecho comercial usos nuevos, por ejemplo la obligación del comerciante a probar sus créditos con la presentación de un libro mayor. La difusión de normas mercantiles no es sino un aspecto del cosmopolitismo económico que se traduce, de manera tan característica, en la importancia adquirida por los bancos. En todo el ámbito helénico, en Siria y en Roma, la banca está en manos de sociedades particulares. Pero en Egipto, donde la administración se halla rigurosamente centralizada, los ptolomeos la integran en las instituciones del Estado. Un banco real, instituido en Alejandría, dispone del monopolio de las operaciones bancarias en todo el país. Colocado bajo la vigilancia del departamento de Hacienda, arrendado a capitalistas, posee agencias incluso en localidades secundarias, siendo encargado por el Estado de la centralización de todas las operaciones de la Tesorería y de la revalorización de sus reservas metálicas, mediante préstamos al interés forzoso del 24 por 100. De ello resulta una vasta extensión de las posibilidades del crédito, pero la falta de ductilidad, que le viene del monopolio oficial, lo pondrá pronto en la imposibilidad de competir con la banca privada, que continuamente rebaja los tipos del rédito. En el siglo II, Alejandría se verá desbordada por Rodas, donde el interés desciende al 8 por 100, como centro de la finanza internacional.

Ello es debido a que la política económica de Egipto no ha sido establecida sobre

Escultura que representa una mujer con abanico y sombrero de paja. Estatuilla de terracota de Tanagra, del año 300 A. J. aproximadamente.
Museo del Estado. Berlín.

Busto en bronce del filósofo Zenón de Elea.
Museo Nacional. Nápoles.

iguales bases que la de los estados griegos, y especialmente Rodas. Egipto es una plataforma de importación y exportación, y el comercio se mantiene allí de la explotación de productos cultivados y fabricados en el país. Rodas, en cambio, vive del transporte de mercancías, del corretaje y de la finanza. Egipto vive de la venta de lo que él mismo produce o de cuanto importa de Nubia, Arabia y la India, y posee una agricultura e industria propias muy prósperas. Alejandría no es ciudad de armadores y banqueros, como Rodas, sino de mercaderes. La política de Egipto consistió siempre en asegurarse una balanza comercial favorable, y para eso hace falta que se produzca y se venda.

He aquí una de las razones que explican el hecho de que Egipto no haya dado a la economía monetaria un lugar tan preponderante como el ocupado en Grecia, en las ciudades de traficantes y armadores.

Los impuestos, y a veces los alquileres, se pagan allí en especie, al menos parcialmente, y el Estado acumula de este modo enormes reservas de trigo y materias primas que en otro tiempo utilizaba para remunerar a sus funcionarios y empleados; pero la difusión de la economía monetaria internacional le obliga, en el siglo III, a

liquidar sus existencias, es decir, a manufacturarlas y venderlas dentro o fuera del país. Los ptolomeos se transforman así en los más importantes negociantes en grano del mundo, y el patrimonio del Estado adquiere en la economía egipcia un papel industrial cada vez más importante.

Prosiguiendo la política de valorización emprendida ya por los reyes saítas, dedícanse a la mejora del rendimiento patrimonial; aclimatan los célebres borregos milesios, lo que les permite introducir la industria lanar; distribuyen a los renteros simientes seleccionadas, e inauguran en los talleres estatales, donde solo trabajan jornaleros libres, un sistema de primas a la producción.

Si a todo ello se añade que en Egipto las minas y canteras constituyeron siempre una regalía, se comprenderá con facilidad la transcedencia de los negocios que directamente incumbían al rey. Y sin embargo, la política comercial de los ptolomeos fue, en sus comienzos, francamente liberal, aspiraba a enriquecer al país con la prosperidad del tráfico y a adjudicar a Alejandría el papel de primer emporio del mundo. Las guerras acometidas contra los seléucidas no tienen más objeto que el asegurar al comercio egipcio el señorío de las rutas de la India y del tráfico egeo. En la tercera centuria, las relaciones comerciales con la India se mantenían por el mar Rojo, donde Berenice y Arsínoe se convierten, gracias al canal de Suez, en puertos importantes. La escuadra egipcia, anclada en Samotracia, se enseñorea del tráfico con el Ponto Euxino, y las ciudades fenicias, que forman parte del Imperio de los Ptolomeos, dominan el *hinterland* asiático.

Alejandría, abastecedora de especias y artículos de lujo y centro exportador de trigo, papiro, telas, cobre del Sinaí, oro, ébano y marfil de Arabia y Nubia, es la ciudad más rica del mundo. La estatera de oro ptolomeica juega en la economía mundial del siglo III el mismo papel que la libra esterlina en el siglo XIX de nuestra era.

La irradiación de Alejandría aumenta aún más gracias a la ciencia, de la que se convierte en foco principal. Misiones a la vez científicas y económicas parten para la India, Eritrea y Arabia a efectuar estudios, y el aprovechamiento de los monzones permite a los navegantes egipcios desarrollar regularmente sus tradicionales relaciones con la India.

Pero Egipto, aunque practica una política liberal, no es absolutamente librecambista. Quiere conservar su mercado propio a sus productos. Ahora bien, en el siglo III se encuentra ante un formidable problema planteado por el hecho de que ni la industria ni la agricultura emplean la mano de obra servil, y que en todo el mundo helénico, por el contrario, la esclavitud va tomando cada vez mayor auge, haciendo bajar los jornales. La industria egipcia se ve, pues, peligrosamente amenazada por la competencia extranjera, cuyo coste de producción es inferior al suyo, y notablemente por la importación de mercaderías que transportan los barcos fenicios y sirios. Por eso implanta contra ellos severas medidas aduaneras y desde mediados de la centuria tercera adopta claramente una política proteccionista. Los vinos sirios pagan del 33 ⅓

al 50 por 100 de impuestos de entrada *ad valorem*, las salazones el 25 y el aceite el 50. Es la primera vez que aparece la política de protección aduanera. Emprendida al comienzo para favorecer la producción nacional, resulta afectada, desde 259, por razones de orden fiscal. Los armamentos y la guerra originan pesados gastos y el Estado se ve obligado a aplicarse a la explotación de su patrimonio, intensificar su actividad fabril y emprender la senda de los monopolios, por lo pronto al estanco del aceite, substancia indispensable para la alimentación y el alumbrado, y cuya venta se reserva; trátase de un impuesto indirecto. Pero Egipto solo produce el aceite de sésamo, de calidad inferior; la importación de aceite de oliva es, pues, necesaria y se tolera, pero con un gravamen del 50 por 100 de su valor y sometida a contingente. Egipto va así resbalando por la pendiente del estatismo. Al principio no hay más monopolio que el del aceite, pero pronto seguirán los de la sal y el nitro. Sin duda, los derechos arancelarios solo abarcan ciertas mercancías, y las importaciones de Asia y la India parecen exceptuadas. La política económica de los ptolomeos no es, sin embargo, de libre cambio como la griega, sino que trátase de un mercantilismo encaminado a aumentar la producción nacional y a garantizar al país una balanza económica favorable. Ello explica el monopolio del banco de Estado y el elevado tipo de cambio; Egipto no se preocupa de atraer a los traficantes, banqueros o especuladores. Produce, importa y vende.

Estatuilla de terracota representando a la diosa Cibeles. Siglo III A. J.
Museo de la Universidad, Filadelfia.

En el siglo III y frente a Egipto, Roma, transformada ya en un vasto estado, tiene bajo su autoridad grandes urbes mercantiles y democráticas, como Nápoles, Tarento, las ciudades sicilianas y poblaciones territoriales, en los más varios grados de evolución. Ya no podía soñar con integrar todas sus conquistas, lisa y llanamente, en el estado romano; se hubiera visto anegada. La República, después de la anexión de Sicilia, Córcega y Cerdeña, se transforma en un imperio que abarca territorios con diversos estatutos jurídicos; el territorio romano, dividido en 35 tribus de ciudadanos, se extiende por la Italia central, de Caere a Cumes, en el mar Tirreno, y de Pésaro a Adria, en el Adriático. Es un estado nacional, cuyo centro es Roma y cuyos

habitantes todos viven al amparo de igual derecho privado, poseyendo, si se instalan en Roma, los mismo derechos públicos. El resto de Italia forma el territorio aliado, que hállase repartido en «colonias latinas» cuya Constitución es idéntica a la de Roma —sus habitantes viven bajo el derecho romano, aunque no son ciudadanos—, y en ciudades aliadas o federadas, con estatutos varios, que no forman parte del Estado romano. Y finalmente, las dos provincias Sicilia y Córcega-Cerdeña, que se hallan bajo el gobierno de magistrados, anualmente designados en Roma e investidos del poder de virreyes. Es la primera vez que una república aplica en sus provincias una política semejante a la de las monarquías.

Yelmo helenístico con adorno de relieve.
Museo del Estado. Berlín.

POLÍTICA IMPERIAL DE ROMA

Escultura que representa a Porcia y Catón.
Vaticano. Roma.

Pero, aun fuera del territorio nacional, Roma practica con suprema habilidad una política de asimilación. Por todo el país se asientan colonias de ciudadanos romanos que forman parte del estado nacional. Algunas poblaciones quedan integradas en el Estado y obtienen el derecho de ciudadanía. Además, Roma concede por doquier la ciudadanía romana, individualmente, a personalidades de la clase dirigente y a magistrados locales de los países, conquistados. La democracia romana se proyecta así hacia el exterior y merced a una gradación que confiere primero la menor, y después la gran naturalización, va asimilando progresivamente las poblaciones sometidas, practicando al mismo tiempo un liberalismo que los griegos jamás conocieron y que, hacia 200 antes de Jesucristo, el soberano Filipo V de Macedonia les presentó inútilmente como ejemplo.

No obstante, planteose el problema de las relaciones entre los ciudadanos romanos y los peregrinos —extranjeros— que quedaban fuera de la ley romana. La anexión de Sicilia, convertida en provincia en 241, ponía en manos de la República una de las comarcas más ricas y cultas del mundo helénico. De modo natural, los peregrinos, sobre todo los griegos que vinieron a instalarse en Roma, ocuparon en esta un lugar de creciente importancia en todos los ámbitos de la vida económica. Y Roma se vio impelida, por las ciudades griegas conquistadas, a la esfera de la economía internacional. Ya la anexión de Nápoles la había llevado a acuñar una

moneda de plata, mientras que, para sus negocios con Iliria, se limitaba a emitir tejos de bronce estampillados. La toma de Tarento y sus victorias sobre Cartago la convierten en gran potencia naval. Invadiéronla el comercio y el capital, y muchos senadores invirtieron sus caudales en negocios navieros, lo que hizo surgiera rápidamente una burguesía mercantil, salpicada de peregrinos, en cuyo seno los esclavos extranjeros, libertos y admitidos a la ciudadanía, representaban el elemento romano cada vez en mayor número. Como en tiempos de Pericles, en Atenas, el comercio estaba sobre todo en manos de los no ciudadanos, entre los cuales ocupaban lugar preeminente los helenizados. Ahora bien, las transacciones entre romanos y peregrinos habían de crear necesariamente relaciones jurídicas que el derecho romano, todavía muy arcaico, no preveía. Roma no dudó, y con un liberalismo que recuerda el de los reyes saítas al autorizar a los griegos a establecer sus propios tribunales en Naucratis, otorgó a los extranjeros un estatuto legal. Desde 366, se había privado en Roma a los cónsules del ejercicio de la justicia, para confiárselo a un magistrado especial: el pretor. En 241, el año mismo en que Sicilia pasó a ser provincia, instituyose un cargo de pretor llamado «peregrino», a quien incumbía hacer justicia en aquellos litigios en que los peregrinos resultaban implicados, sin que tuviera la obligación de aplicar el derecho romano, y sí de inspirarse en sus derechos nacionales, originándose de este modo con asombrosa rapidez un procedimiento que, por repercusión, iba a adaptar el derecho romano a las necesidades nuevas, orientándolo hacia una liberación cada vez mayor del individuo.

La mujer quedó libertada de la autoridad marital, hasta serle posible en el siglo II divorciarse; el matrimonio, como en Grecia y Egipto, se hizo un simple contrato civil, y la patria potestad, siempre tan tenaz en Roma, comenzó a restringirse. El derecho contractual se suavizó, permitiendo una movilidad cada vez mayor de los bienes muebles y raíces. Se implantaron los usos corrientes en el derecho comercial internacional, y aparecieron los bancos y las sociedades mercantiles. Y al mismo tiempo, se reveló a los romanos la cultura helénica. El griego Livio Andrónico, traído cautivo de Tarento, aportó las obras de Homero, que él tradujo al latín (240), y escribió las primeras tragedias en esta lengua; el campanio Nevio dio a la escena comedias políticas inspiradas en Aristófanes (235). Los aires de afuera, venidos de Alejandría, donde la universidad fundada por Ptolomeo I se había convertido en foco del helenismo, abrieron brecha en el espíritu nacionalista romano. Tomaron auge las ideas éticas y las religiones orientales, y Roma resultó finalmente conquistada por la gran sacudida cosmopolita que atravesaba el mundo grecoriental.

4. La civilización helenística

Al mismo tiempo que el carácter internacional de la vida económica transformaba profundamente las doctrinas sociales, se iba creando un nuevo clima intelectual. El

cosmopolitismo y las nociones del derecho natural diluían los antiguos nacionalismos y en todos los países mediterráneos el pensamiento filosófico, la ciencia y la literatura, expresados en la misma lengua internacional, el griego, tomaban carácter universal. La civilización aparecía como un valor común a todos los hombres, y las religiones mismas cedían ante este gran movimiento de sincretismo. Y fue en Alejandría donde encontró su hogar más adecuado. Esta gran urbe internacional estaba abierta a todos los cultos, y todos los dioses agrarios, Osiris, Adonis, Dionisos, Atis, Tamuz, y los dioses solares todos, Amón-Ra, Samash, Zeus, atraían la devoción de las muchedumbres, que los asimilaban todos. En el siglo III, dos teólogos, el griego Timoteo de Eleusis y el egipcio Manetón, hicieron un intento doctrinal de síntesis, uniendo a todos los dioses solares y agrarios en el culto único del dios magno Sarapis, a la vez creador y salvador.

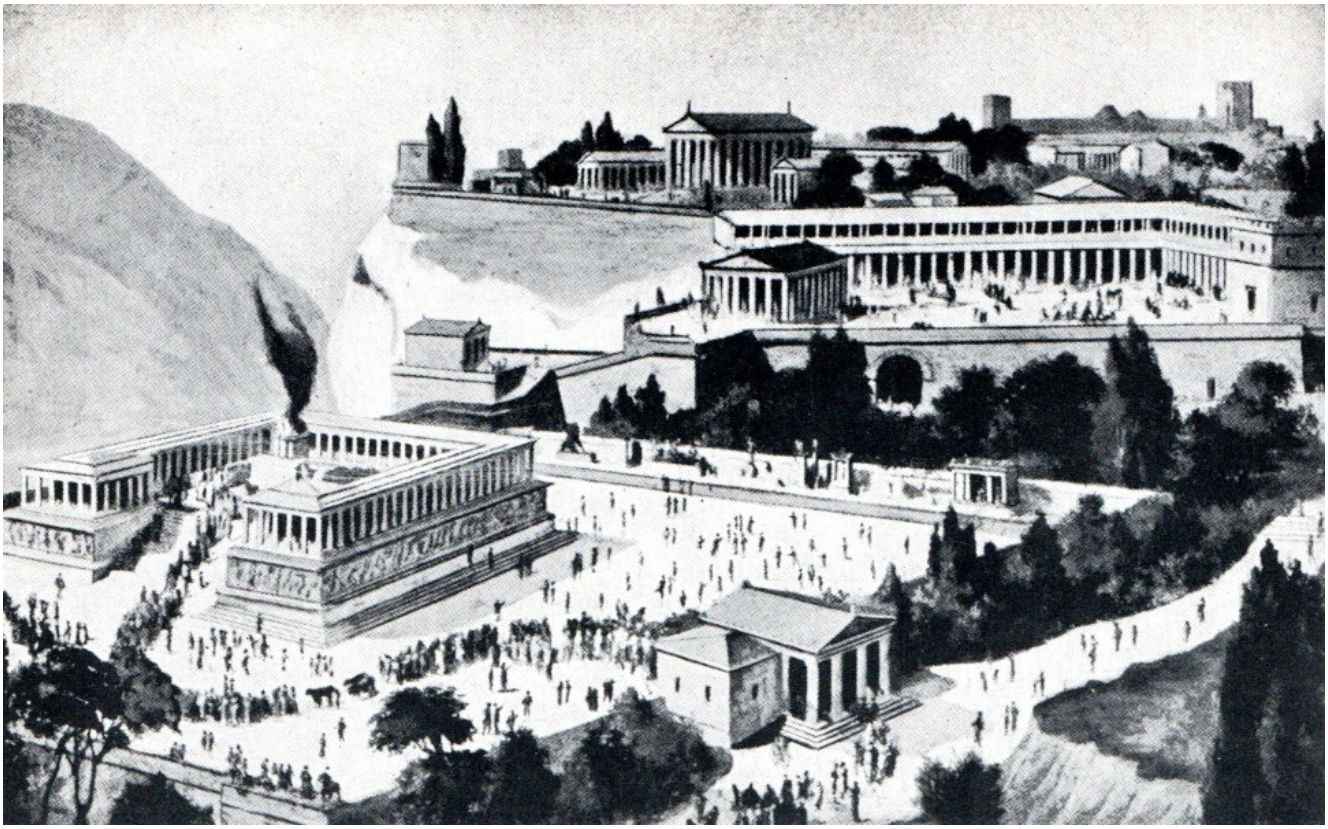
LA CULTURA ADQUIERE CARÁCTER UNIVERSALISTA

Esencialmente concebido como sincretismo del dios creador Amón-Ra y del dios redentor, muerto y resucitado por los hombres, Sarapis fue, según la tradición egipcia, un dios trino. Pero el carácter trinitario de la divinidad se había modificado considerablemente desde que el Imperio Nuevo egipcio llegó a concebirlo bajo la forma de Pta-Amón-Ra, cuerpo, espíritu y conciencia del mundo. El nuevo trío Amón-Ra-Osiris, que se manifiesta en Sarapis, no implica ya la noción de «cuerpo» del Universo, sino que une el espiritualismo solar al misticismo del culto osiríaco. Sarapis ya no es la imagen del Universo, sino que representa, en divinidad única, el creador del mundo, su conciencia, y el salvador de la humanidad.

Junto al culto de Sarapis, adquiere cada vez mayor importancia el de Isis, la esposa de Osiris, que preside los misterios isíacos. Sincretizando en sí a todos las antiguas diosas Madres, se convierte en divinidad panteística del amor, de la abundancia, de la verdad y la sabiduría: la divinidad del perpetuo socorro. Y cosa curiosa: pierde su misión de esposa de Osiris, para ser adorada bajo el doble aspecto de diosa reina y madre de Horus, el dios niño, milagrosamente nacido de Isis después de la muerte de su padre Osiris, y vencedor del mal. La misión redentora se transmite de Osiris a su vástago Horus, el hijo del dios, cuya debilidad, al triunfar del mal, ha salvado a los hombres. El culto de Sarapis, simbolizado en Menfis por el buey Apis, había de propagarse de manera inaudita, y bajo el aspecto solar llegaría a ser adoptado como culto oficial del Imperio romano.

ZENÓN Y EL ESTOICISMO

La religión de los cultos misteriosos se desprendía de la filosofía, que no ocupaba ya, desde luego, como en la Grecia clásica, lugar primordial en las preocupaciones intelectuales. Desde Aristóteles, las especulaciones metafísicas habían pasado a segundo término y todos cuantos sistemas contradictorios fueron preconizados por las escuelas idealista y materialista habían desembocado en el escepticismo.



Vista general de la Acrópolis de Pérgamo.
Reconstrucción según Thiersch.

Frente a un hondo sentimiento religioso, cada vez más inclinado al misticismo y a la fe, Epicuro profesaba el materialismo más absoluto y proponía una moral basada en la búsqueda de una felicidad, hecha de placeres moderados y cuerdos, al abrigo de la ambición y de excesivos deseos. De esta manera, el escepticismo encontraba su desenlace en un pesimismo resignado.

Fue el semita Zenón de Citio († 260), negociante arruinado de Chipre, quien devolvió al pensamiento griego la confianza en sus posibilidades. Puesto que la filosofía había quebrado, Zenón, proponía recurrir a la ciencia, no una ciencia especulativa y teórica, sino una ciencia viva aplicada a la exploración práctica; y a base de la investigación de la verdad científica, edificó una ética. Concibiendo a la divinidad, al modo de los egipcios, como conciencia del mundo, Zenón toma de la teología heliopolitana su magnífico y fecundo optimismo. Imaginando el alma cual partícula de la divinidad que, después de la muerte, vuelve a integrarse en ella, niega la inmortalidad individual y no aguarda, pues, más recompensa para la virtud que el goce puro de practicar el bien; el hombre alcanzará su máximo perfeccionamiento moral consagrándose a la ciencia, ya que esta es la ley del mundo, llevado por la conciencia divina hacia un continuo progreso.

Aparte del culto, la doctrina estoica, religión de la minoría intelectual, respondía también, al sintetizarla, a todas las tendencias de la época. Aunque realista, se mantenía adherida al espiritualismo al afirmar su fe en un monoteísmo panteísta. Representando al alma como destello de la divinidad, proclamaba la igualdad de los hombres, al mismo tiempo que la estrecha solidaridad que los unía; hacíase adalid de

las ideas del derecho natural y, por tanto, de la democracia que anhelaba construir, basándola conjuntamente sobre el respeto de la persona humana y una estrecha solidaridad social, en nombre de la cual abogaba por un amplio programa de reformas humanitarias.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO Y DESARROLLO CIENTÍFICO

De este modo, la filosofía estoica asocia al movimiento democrático una extraordinaria difusión de la cultura. Fúndanse grandes bibliotecas en Alejandría —que llega a poseer 700 000 volúmenes— Antioquía, Pérgamo, Rodas y Esmirna. Junto a su palacio, crean los Ptolomeos el Museo donde sabios subvencionados por las arcas reales se dedican a indagaciones científicas, y todos los soberanos se rodean de sabios e historiadores. Varios, tales como Ptolomeo I y Pirro, publican sus memorias.

Atenas sigue siendo centro de las escuelas filosóficas donde se enseñan los grandes sistemas: el platonismo, en la Academia; el aristotelismo, en el Liceo; el estoicismo, en el Pórtico, y el epicureismo en el Jardín de Epicuro, que atraen numerosos estudiantes oriundos de todos los países. Tarso es la principal ciudad universitaria de Asia. En Alejandría se inaugura una escuela de Medicina, muy pronto ilustre, y los cursos profesados por Euclides fijan allí el centro de los estudios matemáticos.

Entre todos los países hay intercambios científicos permanentes, favorecidos por una libertad de conciencia como ya no se volverá a conocer hasta el siglo XIX de nuestra era. A pesar del triunfo del misticismo, el pensamiento puede expresarse en todo Oriente sin la menor cortapisa política o religiosa, salvo en Jerusalén, donde el clero pretende imponer, so pena de muerte, su doctrina oficial.

La literatura griega, al hacerse internacional, se ha transformado profundamente. Los escritores y el público se apartan de los temas que son tradicionales y de la tragedia clásica. Triunfa con Menandro la comedia costumbrista; los poemas didácticos, las obras de imaginación y las visiones pintorescas —*Pastorales* de Teócrito, verbigracia— conocen enorme boga, y el estudio de la personalidad humana, que hace del retrato el género artístico a la moda, se traduce en la literatura por los *Caracteres*, de Teofrasto. El público dispensa a las novelas una entusiasta acogida. El *Roman d'Alexandre* había de extenderse de la India a las Galias. Se escribe sobre todos los asuntos: gastronomía, cría del ganado, jardinería, sin que falten las obras frívolas sobre la vida alegre y las crónicas escandalosas sobre todos los hombres del día. El público acude a las conferencias y conciertos, interesándose por las publicaciones científicas, que aumentan sin cesar. Desde Aristóteles, la Historia entra, con la erudición, en una nueva vía: Dicearca perfila una historia de la civilización griega; publícanse historias del arte, de la poesía, de las ciencias; la filología y la gramática son objeto de trabajos eruditos, y las ciencias propiamente dichas alcanzan gran esplendor. El babilonio Kidinú de Sipar calcula la duración del

año en 365 días, 5 horas, 41 minutos y 16 segundos[1]. Aristarco de Samos descubre que la Tierra y los planetas giran alrededor del Sol, mientras que este, como las estrellas fijas, permanece inmóvil; su sistema, cierto es, será condenado por Hiparco y Ptolomeo, que imponen la concepción geocéntrica, conservada hasta Copérnico. Dicearca traza un mapa del mundo: Eratóstenes de Cirene calcula la circunferencia terrestre y la evalúa en la cifra casi exacta de 39 668 kilómetros, estudia las mareas, afirma que Europa, Asia y África forman una isla, y enseña que se podría llegar a la India partiendo de España hacia el Oeste. Euclides publica los ocho libros de geometría; Arquímedes de Siracusa formula las primeras leyes de la mecánica y, poco después, Apolonio de Perga, en la corte de Pérgamo, descubre la trigonometría. Y Alejandría, poniendo en práctica Los descubrimientos de la ciencia, construye en la isla de Faros un fanal de 120 metros de altura, provisto de espejos cóncavos.

La Medicina adopta un carácter netamente científico; distínguense los nervios motores de los sensoriales; la circulación arterial es estudiada gracias a la disección de cadáveres, e incluso, según se cree, por medio de la vivisección que pudo haber sido autorizada en Alejandría, durante el siglo III, en los condenados a muerte. La Zoología, y las ciencias naturales todas, adquieren igual desarrollo. Únicamente, a pesar de la teoría atómica enunciada por Demócrito, la Química y la Física, a falta de los instrumentos precisos, apenas si progresan después de Arquímedes.

Relieve con una escena de la época helenística.

En Egipto, en Asia, en Grecia, por doquier, una misma tendencia domina las artes imponiéndose al pensamiento: la del individualismo triunfante que, borrando a los pueblos helenizados los prejuicios de raza, de nacionalidad, de lengua y de religión, los apresta, a despecho de las guerras desencadenadas por los imperialismos económico y político, a cobijarse bajo una misma civilización fundada sobre dos ideas esenciales: la del respeto a la conciencia individual y la del valor universal de la razón y de las concepciones morales. Ambas encontraron en el siglo II su más alta expresión en la obra del griego Polibio, el máximo historiador de la Antigüedad, quien, despojado de toda clase de

prejuicios nacionales, prevé la evolución histórica del conjunto de los pueblos helenizados como conducente a un imperio universal cuyo centro y conclusión, según él, había de ser Roma.

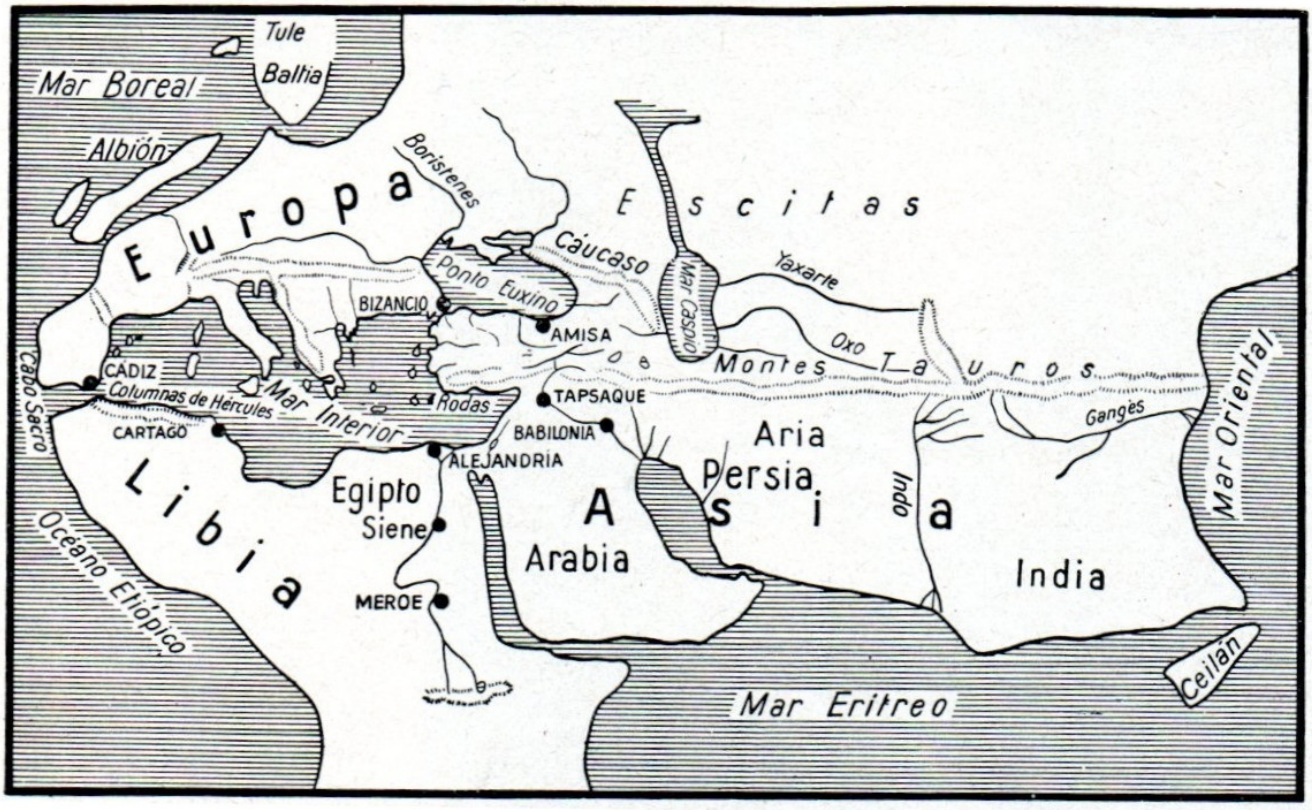
CAPÍTULO OCTAVO

Triunfo de Roma (Del siglo II al I A. J.)

1. Roma conquista la hegemonía marítima

TENSIÓN POLÍTICA DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA PÚNICA

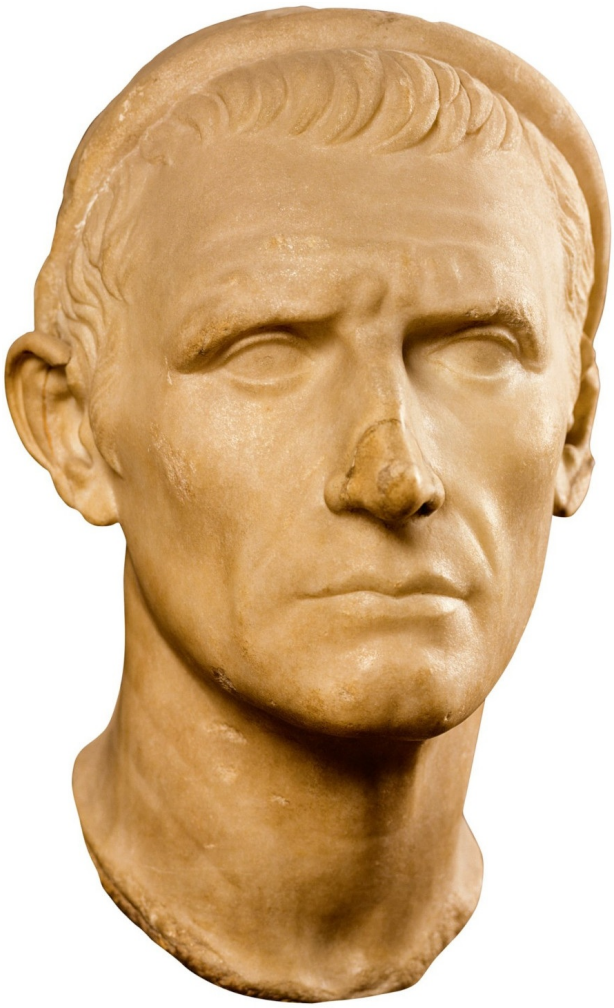
El período que se inicia al término de la primera guerra púnica está marcado por una doble política de hegemonía. Antíoco III (223-187), rey de Asia —el reino de los Seléucidas jamás tuvo nombre, se le designa como el de sus reyes, llamándolos monarcas de Siria o de Asia—, aprovechando la época de decadencia por que atraviesa la dinastía de los Maurias, que se manifiesta en la India después del gran reinado de Azoca (233), va a realizar un supremo esfuerzo militar para reconstituir su imperio. Y la república de Roma, por otra parte, que ha adquirido una posición marítima predominante en la parte central del Mediterráneo con su victoria sobre Cartago, se apresta a apoderarse definitivamente del señorío del mar en Occidente.



El Mundo, según Eratóstenes de Cirene. Hacia 220 A. J.
Eratóstenes eleva la Geografía a la categoría de ciencia. Para él, la Tierra es un globo que flota en el centro del Universo. Fue el primero que empleó meridianos y paralelos y dividió su mapamundi en grados de latitud.

ANTÍOCO III ASPIRA A LA HEGEMONÍA CON LA RECONSTITUCIÓN DE UN IMPERIO CONTINENTAL

Favorecido por la guerra recién recomenzada entre Roma y Cartago (220), y por la crisis interna que atravesaba Egipto en los albores del reinado de Ptolomeo IV (221), Antíoco III quiso asestar un gran golpe a Egipto que, de haberse logrado, le habría asegurado simultáneamente el dominio de Siria y del mar Rojo. Mas cuando se hubo apoderado de las posesiones egipcias en Siria se vio detenido en Rafia (217). Renunciando entonces a su proyecto, se volvió contra el continente y entre 212 y 204, con un poderoso ejército de 100 000 infantes y 20 000 caballos, emprendió una serie de campañas en Asia Central, incorporando a su imperio la Armenia, la Partia y la Bactriana. En 206, intentó reconquistar el Panjab y fracasó, mas concertó con los príncipes del Indo un tratado de alianza que le valió enormes ventajas económicas y un buen número de elefantes para la guerra.



Busto del rey Antioco III de Siria.
Museo del Louvre. París.

Estos triunfos permitieron a Antíoco retornar a sus planes de hegemonía económica y naval, pues dueño de las regiones del Oxo, dominaba el importante tráfico caravanero del Asia Central. Pero la llave del comercio marítimo quedaba en Egipto, aunque su posición se resintiese de la pérdida de Siria. Para arrebatar a Egipto su supremacía marítima, Antíoco III decidió expulsarle del mar Egeo, en donde se hallaba sólidamente asentado merced a su alianza con Pérgamo.

Fue allí donde la alianza concertada con Filipo V de Macedonia debía cobrar todo su valor. Amagado en la costa adriática por Roma y arrojado del mar Egeo por la amistad de Egipto y Pérgamo, Filipo había ligado su suerte a la del reino seléucida, al Este, e intimado con Cartago, al Oeste. A la hegemonía de Egipto en Oriente, y de Roma en la parte central del Mediterráneo, la coalición Asia-Macedonia-Cartago opuso un plan que debía asegurarse el predominio en Asia Anterior y en el Mediterráneo oriental, al Asia seléucida; en el Egeo y el Adriático, a Macedonia, y en el Mediterráneo central y occidental, a Cartago. Para realizar su designio, Filipo V había aplicado todos sus recursos a la construcción de una gran fuerza naval. La conjunción de las flotas fenicia y macedónica se preparaba contra las escuadras armadas de

Egipto y Pérgamo, mientras que, para la lucha venidera, ambas diplomacias esforzábanse por atraer hacia sí a Rodas y Bizancio, las dos grandes potencias navales griegas, una de las cuales guardaba el acceso de Siria hacia el Egeo, y la otra los Estrechos.

ROMA PROPENDE A LA HEGEMONÍA CON LA CONQUISTA DEL MAR. SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Al par que estos grandes acontecimientos se plasmaban en Levante, Roma se apercibía a la contienda decisiva contra Cartago. Pero le era necesario primeramente alejar la amenaza de invasión que una coalición de galos cisalpinos con tribus belgas, venida de allende los Alpes, hacía sentir su peso sobre Italia.

Roma tomó la delantera conquistando el valle del Po (225) y, apoyada sobre la frontera alpina que la cubría por la parte del continente europeo, se volvió resueltamente hacia el mar porque aspiraba, sobre todo, a conquistar España y sus ricas minas de plata. Para ello, había concentrado en Pisa y Lilibea dos ejércitos de invasión que la flota estaba preparada a transportar. Pretexto: la defensa de los derechos de Marsella, amenazados desde España por Cartago.

Con objeto de paralizar a Cartago. Roma erigiose en defensora de los intereses griegos en Sicilia y apeló en el Mediterráneo central a la alianza de Siracusa. Frente a Roma, cuya barbarie denunciaba, Aníbal asumió el papel de adalid de la civilización helénica y acometió una intensa política de propaganda, sostenida por el historiador griego Sosilo y un séquito de sicilianos que se habían agrupado en torno suyo.

La guerra se preparaba con una campaña ideológica.

Cuando Cartago ocupó Sagunto en España, conforme al tratado del Ebro, Roma rompió las hostilidades (219). Mas la diplomacia cartaginesa había ganado un valioso aliado en los galos. Amenazada por el Norte, Roma se vio obligada a emplear en la defensa de su frontera septentrional las huestes destinadas a la invasión de España, mientras el ejército de Aníbal se adelantaba hacia Italia a marchas forzadas, atravesaba los Alpes, se unía a los galos sublevados y aplastaba a las legiones romanas en las batallas del lago Trasimeno y Cannas (216). Las derrotas de Roma originaron la defección de Siracusa, que a la muerte de Hierón II (215) se pasó al campo cartaginés. Y Aníbal, dando la mano por encima del Adriático a Macedonia, concertó con Filipo V una alianza militar dirigida contra Roma.

Al tiempo, empero, que Aníbal invadía Italia, Antíoco III había puesto en marcha sus tropas contra Egipto. El año 217 registró, casi simultáneamente, las dos grandes batallas de Trasimeno, en Italia, y de Rafia, en la frontera egipcia, en las que Antíoco III, menos afortunado que Aníbal, no logró romper la resistencia de Ptolomeo IV, cuyos ejércitos acababan de ser reorganizados con la incorporación de egipcios en vez de los mercenarios griegos. Egipto no vio hollado su suelo por los invasores, pero el combate de Rafia, aunque favorable, le había ocasionado demasiadas pérdidas para que pudiera pensar en explotar la victoria.

Busto del rey Filipo V de Macedonia, en un tetradracma ático.
Museo del Estado. Berlín.

La resistencia triunfal de Egipto no podía, pues, aportar mejora alguna al trance casi desesperado de Roma, que militarmente aislada ante la coalición de Cartago, apoyada por Siracusa, con Macedonia, y aliada de Antíoco III, entonces en la cúspide de su grandeza, irguiose en un magnífico esfuerzo, y renunciando a la pugna de partidos que la desgarraban, entregó plenos poderes al dictador Fabio Máximo, pidiendo a todos los ciudadanos que aportasen, a modo de préstamo, todo el oro, plata y bronce que poseyeran. La intervención de una pequeña potencia griega, la liga etolia, llegó a tiempo, en el crítico momento, para impedir el desembarco en Italia del ejército macedónico que Aníbal esperaba para intentar contra Roma una acción decisiva.

Temerosa de la victoria de Filipo V, que le hubiera entregado Grecia, la liga etolia uniose estrechamente con Roma y Pérgamo. Los dos conflictos, el de Roma contra Cartago y el de Asia y Macedonia contra Egipto y Pérgamo, se combinaron entonces en una guerra general que fue decidida por la liga etolia, que paralizó a los ejércitos de Filipo reteniéndolos en Grecia. Gracias a ese respiro, el pueblo romano, fundido en un mismo ímpetu nacional, triunfó. Aníbal fue arrojado de Italia; una ofensiva contra Sicilia provocó la caída de Siracusa (211), y los ejércitos y escuadras romanas apoderáronse de Cartagena (209), y en seguida de Cádiz (206).

Trastornado el equilibrio de fuerzas, Filipo V, en lucha con la liga etolia, pidió la paz (205), y creyendo lograr una ventaja cometió el error de repartirse con Roma el estado marítimo de Iliria[1]. Así se instaló en Faros —al norte de la actual Albania—, desde donde podía dominar el mar Adriático. Cartago, vencida, hubo de abandonar la pelea (202), ceder España y sus minas a Roma, entregar su flota y asumir el pago de los gastos ocasionados por la guerra.

Desde entonces, Roma imperó sola a todo lo largo del Mediterráneo, desde las Columnas de Hércules hasta las costas macedónicas del Adriático. Su magnífico esfuerzo la había convertido en la mayor potencia naval y militar de su tiempo.

En la misma época en que se hundía Cartago, un niño, Ptolomeo V, ascendía al trono de Egipto (203). Creyendo a Roma exhausta por su larga lucha contra Cartago, Antíoco III concluyó un acuerdo para el reparto del Imperio egipcio con Filipo V, y este, estimándose seguro por parte de Roma en virtud del tratado recién firmado, se adueñó de la orilla septentrional del Helesponto, que seguía siendo de Egipto (202), que no reaccionó; pero Bizancio y Pérgamo, amenazados de verse aplastados entre

INTERVENCIÓN DE ROMA PARA DEFENDER A LOS GRIEGOS Y A EGIPTO

Macedonia y Asia, y Rodas, que dominaba los Estrechos, se levantaron contra Filipo, apelando a Roma, que con su flota irrumpió en los Estrechos, y mandó un ultimátum que imponía a Filipo el respeto a la libertad de los griegos y la integridad de las posesiones egipcias. La liga aquea —a la que se habían adherido Corinto, Megara y Sicione— pactó con Roma para defender la libertad de los mares. Las legiones romanas, desembarcadas en Grecia, batieron a los macedonios en Cinocéfalos, Tesalia (196), y Filipo V, vencido, hubo de pagar a Roma una indemnización de 1000 talentos y entregarle su flota.

Después de aquel resonante triunfo, en que acababa de jugar el papel de guardián de la independencia griega y amparo de Egipto, Roma evacuó Grecia sin reclamar anexión territorial alguna. Le bastaba con haber destruido, después de la de Cartago, la flota macedónica.

Moneda de plata con el busto de Hierón II de Siracusa.
Museo del Estado. Berlín.

El mar, solo surcado por los barcos griegos y egipcios, aliados de Roma, se ensanchaba en lo sucesivo ante ella.

Roma había impuesto al Oriente su hegemonía marítima.

LA HEGEMONÍA MARÍTIMA DE ROMA TRIUNFA SOBRE EL IMPERIO CONTINENTAL DE ANTÍOCO III

No quedaba frente a Roma más que una potencia hostil, la de Antíoco, que acababa de dar cima a la reconstitución de un gran imperio continental extendido hasta la India y la Bactriana, además de poseer todas las costas levantinas del Mediterráneo, de Tracia a Palestina, con excepción de las posesiones de Pérgamo y Rodas. Pero había cometido la irreparable torpeza de no intervenir contra Roma, cuando la conflagración con Macedonia, y ahora se encontraba

CONTRA MACEDONIA

solo para soportar todo el peso del inevitable conflicto. El último acto del gran duelo, antes empeñado con las guerras médicas, iba a tener lugar entre el continente asiático, representado por el monarca de Antioquía, y el mar, cuyo detentador esta vez era Roma.

La posesión de los Estrechos, que había provocado la guerra entre Roma y Macedonia, también había de desencadenar la lucha entre Roma y Antíoco III. Dueño del golfo Pérsico y de Siria, en aguas del mar Rojo, Antíoco debía apoderarse de Pérgamo y Bizancio para rematar la conquista de las costas de su imperio y dominar el mar Negro. En 197, ocupaba Éfeso, antepuerto de Pérgamo, y en 196 se instalaba en el Helesponto, mientras que, presagiando la guerra, Aníbal, pronto a tomar otra vez las armas contra Roma, se refugiaba en su corte. Roma no podía abandonar los Estrechos y Pérgamo a Antíoco sin comprometer su hegemonía marítima, y como ya lo hiciera con Filipo V, conminó a Antíoco para que evacuara los territorios recién ocupados y respetase la integridad de las posesiones egipcias, así como la libertad de los griegos. Conocida su negativa, estalló el conflicto y Grecia fue de nuevo teatro de operaciones.

Busto en bronce de Escipión el Africano.
Museo Nacional. Nápoles.

Separados por sus querellas sociales, los griegos dividieron su favor entre los beligerantes, cuya diplomacia supo sacar partido de la situación. Roma, al mismo tiempo que la libertad de los mares, proclamaba su intención de defender los intereses de las clases acomodadas y mercantiles; Pérgamo, Bizancio, Rodas, y la liga aquea, dominada a la sazón por Corinto, se volvieron hacia ella. Antíoco III, al contrario, sostenía el partido popular. La liga etolia, en la que los demócratas acababan de triunfar, y, por todo el país, el bando de las reformas sociales se unió al rey de Asia, de quien ingenuamente esperaban el apoyo para el logro de sus aspiraciones revolucionarias.

De este modo, la gran lucha por la hegemonía, que oponía la tierra al mar, tomaba en Grecia el aspecto de una guerra civil.

Triunfó Roma y la paz de Apamea (188) le entregó la flota de Antíoco; Pérgamo obtuvo todo el litoral del Asia Menor, a excepción de la Caria del Sur y Licia, que pasaron a Rodas. Fuera del reino de Pérgamo, todas las ciudades griegas de Asia

lograron el reconocimiento de su libertad. Antíoco no conservó a orillas del mar más que la costa siria y Roma le impuso un enorme tributo de guerra, pero también esta vez renunció a anexiones territoriales. Le bastaba con haber arrojado al rey de Asia lejos del mar, donde la hegemonía romana, en lo sucesivo, se afianzaría sin rival.

Egipto y las ciudades griegas entraban en la esfera de influencia de Roma, que asumía la misión de protectora y árbitro de todos los estados mediterráneos.

2. El imperialismo romano y la decadencia de los estados orientales

EVOLUCIÓN POLÍTICA INTERNACIONAL

Entre Roma y los grandes estados orientales, la lucha ya ha dejado de ser posible. Todas las fuerzas actúan en favor de Roma, y el comercio internacional, al agrupar a todos los pueblos costeros del Mediterráneo oriental en una misma economía mediterránea, encauza todas las fuerzas vivas hacia Roma, que tras la victoria de Apamea domina indiscutiblemente las rutas marítimas, y con su ejército nacional dispone de una potencia militar a la que ningún estado puede oponerse. Y la democracia romana, en pleno desarrollo, posee, lo mismo que las ciudades griegas en el siglo v, una fuerza expansiva que contrasta de manera sorprendente con los síntomas de disolución de los antiguos estados orientales. En efecto, el helenismo que converge hacia el mar, es decir, hacia Roma, disgrega el Asia e incluso Egipto, a pesar de su recia tradición nacional. El reino de los Seléucidas está dominado en sus provincias marítimas por el helenismo, cuya acción se extiende hasta el Éufrates; en los viejos países del Irán, por el contrario, la atracción del mazdeísmo iraniano se enfrenta directamente contra la influencia griega, y en cuanto a las antiguas provincias orientales del Imperio, aisladas por las regiones costeras de la Partia, se hallan irremisiblemente perdidas, a pesar de los influjos helénicos que hasta allí penetraron a la zaga de las conquistas de Alejandro, y forzosamente han de verse atraídas a la esfera politicoeconómica de la India.

El gran designio de los reyes aqueménidas, continuado por Alejandro y los Seléucidas, de constituir un gran imperio continental orientado al mismo tiempo hacia el Mediterráneo y Extremo Oriente, se ha frustrado definitivamente. Impelidos al mar, los reyes de Antioquía ya no se podrán mantener sino reconstituyendo una potencia marítima; mas el poderío de Roma, por un lado, las tendencias centrífugas con que la economía mediterránea va ganando su imperio, por otro, condenan de antemano el gran esfuerzo que se disponen a realizar en tal sentido. Grecia se empobrece y se disuelve en luchas sociales. Solamente los grandes centros económicos de Rodas, Bizancio y Pérgamo representan fuerzas en pleno dinamismo. Pero su papel marítimo y económico las obliga al Mediterráneo; deberán, pues, asociarse a la hegemonía naval de Roma o soportarla.

Macedonia, profundamente helenizada, solo hubiera podido jugar un gran papel político unificando y asimilándose a Grecia. Pero el fracaso de su política helénica fue completo y ya no le era posible, por consiguiente, resistir al empuje de Roma, dueña y señora del mar.

En cuanto a Egipto, solo él entre todos los estados orientales ha conservado su unidad nacional. Mas la helenización de sus clases dirigentes causa un desgarrón profundo entre la selección intelectual, la burguesía mercantil y los sectores gubernamentales, por una parte, y la gran masa nacional por la otra. La extensión del Imperio egipcio, dueño de las Cícladas, de las costas del Asia Menor y de Siria durante la primera mitad del siglo III, había dado preponderancia a los elementos helenizados; pero el medro que de ella obtenían las grandes ciudades del Delta, los puertos del mar Rojo y la agricultura y la industria egipcias había establecido, entre el elemento griego y el nacional, un equilibrio sobre el cual pudo construir Egipto su hegemonía. Solo él, entre todas las monarquías orientales, hubiera podido convertirse en una gran potencia mediterránea, a la par marítima y territorial, por la unión que representaba entre el helenismo y la civilización del antiguo Oriente, entre la economía marítima y su sólida armazón industrial y agrícola.

Laocoonte. Grupo escultórico de Agesandro, Polidoro y Atenodoro.

La posición que ocupaba, entre el Mediterráneo y la India, y su balanza comercial favorable, habían hecho del estado egipcio, bajo los reinados de Ptolomeo I y de Ptolomeo II, la potencia más vigorosa de la época. Y así pudo plantearse la cuestión de saber cuál de las dos hegemonías marítimas, la de Egipto o la de Roma, prevalecería. La alianza entre Roma y Egipto

habría podido conducir a un equilibrio si ambos estados hubiesen dispuesto de fuerzas bélicas equivalentes, pero desde el reinado de Ptolomeo III (246-221) tal equivalencia había desaparecido y la potencia militar egipcia era demasiado exclusivamente naval. Después de las victorias logradas bajo Ptolomeo II, el Ejército había comenzado a perder la supremacía que venía ejerciendo, desde sesenta años atrás, en el Oriente.

La ruptura del equilibrio internacional, precipitada por el debilitamiento de Egipto, y luego del reino seléucida, trastornó las relaciones internacionales y también la evolución interna de los dos estados hasta entonces hegemónicos: Roma y Egipto. Roma, embriagada por las posibilidades que ante ella se abrían, lanzose a una política imperialista. Y Egipto, eliminado de la escena internacional, trató de conservar la riqueza adquirida replegándose sobre sí mismo en una política autárquica. Sobre el desequilibrio político iba a injertarse un desequilibrio económico, y el período de las grandes crisis internacionales quedaba abierto.

EL IMPERIALISMO ROMANO

Las guerras contra Cartago, Macedonia y el reino seléucida habían ejercido una profunda influencia en la estructura interna del estado romano. Por vez primera en la Historia, una república democrática se veía dueña de un imperio territorial. La anexión de Sicilia (241), de Córcega y Cerdeña (237) y de España (202) planteaba a Roma arduos problemas de derecho público.

En el curso de las guerras y obligados por la necesidad, los principios del poder se habían venido modificando, y después de la derrota de Cannas la democracia había abandonado la dirección de los asuntos públicos al Senado. Desde entonces, Roma, de hecho, se veía gobernada por una oligarquía.

Sin modificar la Constitución republicana, el Senado la había dotado de instituciones imperiales y había puesto en pie ejércitos permanentes, en los cuales, al lado de legiones de ciudadanos, figuraban contingentes proporcionados por los pueblos aliados o sometidos. El Ejército ya no era la nación en armas, y su mantenimiento exigía importantes recursos. A imitación de los Ptolomeos, Roma los había buscado, al principio, en la imposición de tarifas aduaneras y en el monopolio de la sal, mas pronto diose cuenta que la guerra —tras el triunfo sobre Cartago—, lejos de constituir un gasto, había llegado a ser fuente de beneficios enormes. Con las indemnizaciones de guerra impuestas a los estados vencidos, Roma se había proporcionado una considerable fuente de ingresos. Cartago estaba obligada al pago de un tributo anual de 200 talentos durante cincuenta años; Macedonia, vencida, se había visto gravada con una indemnización de 1000 talentos, y Antíoco III, por la paz de Apamea, había tenido que abonar la entonces enorme suma de 15 000 talentos en doce anualidades. Para regir las arcas imperiales, puestas al margen de la competencia de los magistrados elegidos, el Senado había instituido, según la pauta helénica, una administración financiera independiente de las instituciones

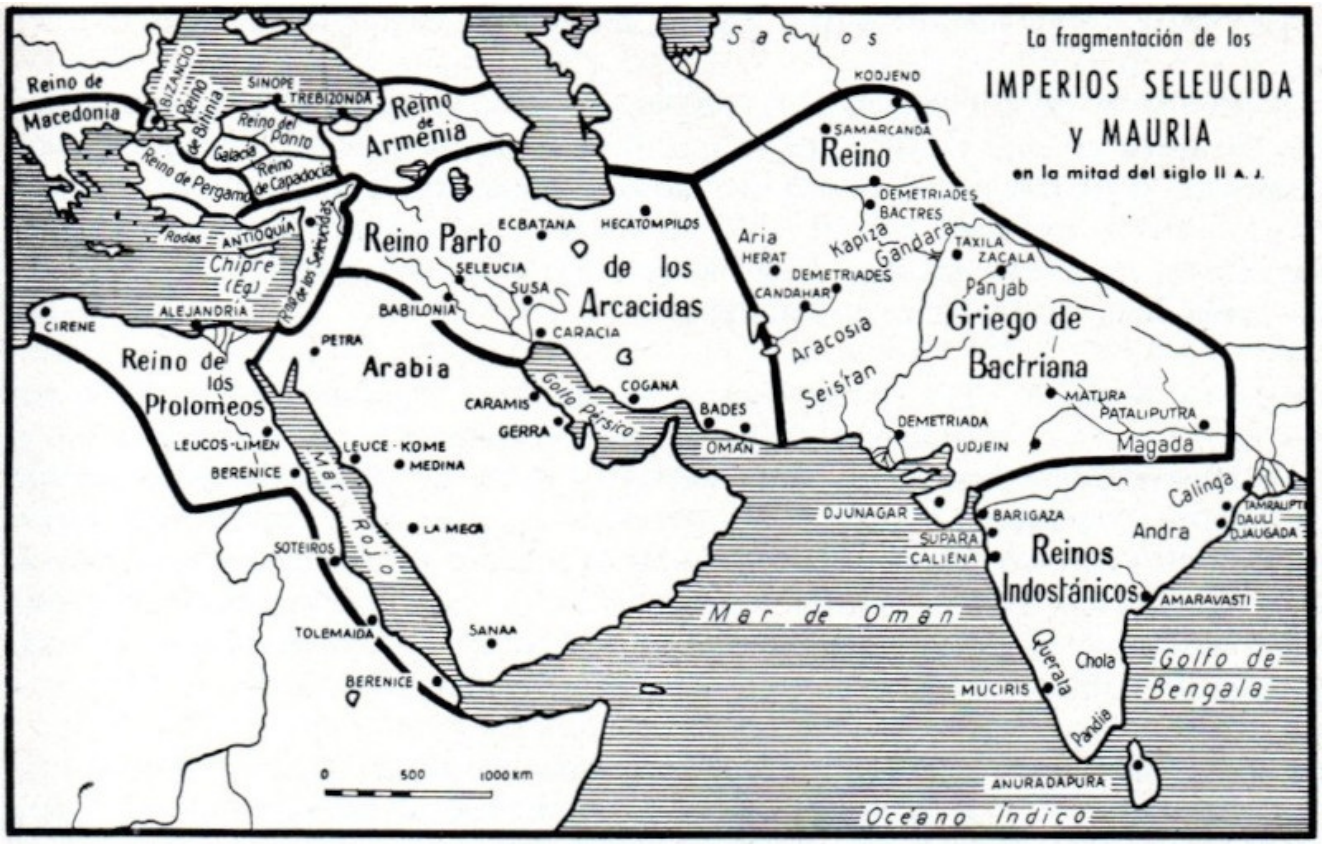
republicanas. De este modo, la acción de los ciudadanos sobre los destinos del Estado, quedaba considerablemente menguada.

ADVENIMIENTO DEL CAPITALISMO EN ROMA

En cambio, la de los financieros había logrado rápidamente una importancia predominante. No solo Roma disponía ya de cuantiosos recursos, sino que el gigantesco botín traído de las guerras orientales por los generales había puesto en manos de la oligarquía romana riquezas muebles que no podían encontrar aplicación en la misma Roma. Con el saqueo de los pueblos conquistados, Roma se convertía en el centro de máxima acumulación de capitales de la época, y para valorizarlos, el capitalismo romano, en la segunda centuria, iba a extenderse por todo el Oriente. Debía encontrar un gran terreno explotable en el arrendamiento del cobro de los impuestos provinciales, los abastecimientos al ejército y la flota, y de las grandes obras públicas. Para tomar estas empresas en adjudicación, los publicanos constituyeron sociedades por acciones, con tal éxito, que en 180 se abrió en Roma la primera bolsa de valores. Apoderose de los romanos la fiebre especulativa y hasta los pequeños terratenientes vendían sus heredades para jugar al alza.

En 179, se equipó el puerto de Roma según el modelo de Alejandría. En 178, salieron a adjudicación las minas argentíferas de España, provocando una atropellada emigración hacia aquel Eldorado de la Antigüedad. En 172, el sistema de arrendamiento quedó extendido a la explotación de los dominios del Estado. Roma, adoptando una política económica enteramente liberal, que incluso rompía con el principio del monopolio estatal sobre las minas, aplicado por las monarquías orientales, dejaba que el capitalismo se apoderase, sin intervención alguna, de la explotación de cuantas riquezas poseía el Estado. Su presión sobre la vida nacional había de hacerse, en breve plazo, omnipotente. La avidez feroz con que los publicanos se dieron a la explotación de los patrimonios de la República, provocó una terrible revuelta en Cerdeña y Córcega (170) que hubo de ser reprimida con espantosa crueldad. Los sardos, arrojados por millares a los mercados de esclavos, pudieron ser comprados a vil precio por los capitalistas, que los dedicaron a la explotación de tierras públicas arrendadas. La despiadada esclavitud de la población sarda preparó una gran crisis social en Italia, pues la explotación servil de la tierra había de reducir la pequeña propiedad a peligrosas proporciones.

Y el capitalismo, que vivía de la guerra, por los esclavos, el botín y las materias que ella le proporcionaba, había de lanzar a Roma contra el mundo civilizado. Casi inmediatamente después de la firma de la paz de Apamea, el bando de las gentes acaudaladas expuso ante el Senado el plan para una política imperialista, basada en la conquista y la expoliación. La guerra iba a convertirse para Roma, bajo la omnipotencia de unos centenares de familias, en una empresa financiera.



ANEXIÓN DE MACEDONIA

En busca de desquite a su derrota, la política emprendida por Filipo V propendía de nuevo hacia Grecia, con el afán de extender la dominación macedónica sobre el mar Egeo, donde la influencia de Egipto y de los reyes seléucidas había sido reemplazada, desde la paz de Apamea, por la de Pérgamo y Rodas.

En Grecia, la situación social era gravísima. En Esparta, en 195, Nabis había logrado el triunfo de una revolución popular de feroz carácter, y desde entonces fue centro de una especie de partido «comunista» que, a través de toda Grecia, provocaba conmociones subversivas. La liga aquea, al contrario, se había declarado por las clases pudientes, y los estoicos demócratas tomaron partido por el pueblo. Grecia, desgarrada por opuestas ideologías, yacía sumida en terrible guerra de clases.

Desde la fundación de su dinastía, los reyes macedónicos se habían mostrado adictos a las ideas estoicas, y Filipo V, al mezclarse en las querellas sociales de Grecia, cayó del lado del pueblo. Roma, que observaba también con suma atención los acontecimientos, se erigió, al contrario, en protectora de las clases acomodadas.

Cuando Antíoco III hubo de resignarse a firmar la paz de Apamea, Filipo V, temiendo la hegemonía de Pérgamo en el Egeo, ocupó una parte del Quersoneso de Tracia, para privarlo del señorío de los Estrechos. Pérgamo recurrió en seguida a Roma, y esta exigió de Filipo el abandono del Quersoneso (188), a lo que hubo de resignarse aquel. No renunció, sin embargo, a su política de intervención en Grecia, que bajo el reinado de su hijo Perseo condujo a una nueva guerra con Roma (171). Cuando fue atacado Filipo, Roma apeló a la alianza con Rodas, mas como el

imperialismo financiero romano, que penetraba por doquier como en país conquistando, inquietaba a Rodas, esta se negó a comprometerse a fondo. Por su parte, el rey de Antioquía, aliado de Perseo, antes que lanzarse en su socorro contra Roma, prefirió invadir Egipto, someterlo a terrible pillaje y anexionarse todos sus estados (170-168).

En 168, el ejército macedónico fue derrotado en Pidna. A esta victoria siguió una campaña cruenta en Iliria, en la que Roma resucitó los más bárbaros procedimientos ya abandonados por los estados orientales desde hacía mucho tiempo. Murió Perseo confinado en una villa del Lacio, y Macedonia, después de haber sufrido un espantoso saqueo, quedó anexionada por completo bajo el poder de los capitalistas que codiciaban sus minas.

DECADENCIA DE RODAS

Por lo que atañe a Rodas, cuya sumisión no había sido tan completa como se pretendía, perdió sus posesiones en el Asia Menor. Y las finanzas romanas, para arrebatarle su ventaja de gran mercado capitalista, le opusieron a Delos como puerto franco, donde se centralizó el tráfico de esclavos y se convirtió en centro de la banca romana. Pronto quedó Rodas arruinada. Trasladado todo el comercio romano a Delos, ya no le fue posible subvenir a los gastos de su flota militar, que dejó de custodiar el Mediterráneo oriental y permitió con ello a los piratas cilicios reanudar allí sus correrías.

HUNDIMIENTO DEL REINO SELÉUCIDA

Abrumada Macedonia, bastole a Roma indicar a Antíoco IV la conveniencia de evacuar todo el territorio egipcio, para que inmediatamente cumpliera tal intimidación (168).

No fue esto todo, sino que forzado a doblegarse ante la voluntad romana y sometido al pago del enorme tributo que sobre él pesaba desde las paces de Aramea, el reino seléucida se vino rápidamente a la ruina. La agobiante fiscalización que el impuesto de guerra exigía, contribuyó a apresurar su disgregación y la dinastía reinante, como la de los Ptolomeos en la misma sazón, terminó en la más sombría tragedia familiar. Los descendientes de Antíoco IV matáronse entre sí al disputarse el reino que ellos mismos despedazaban, surgiendo aventureros que constituyeron principados autónomos o intentaron usurpar el poder real. La monarquía dejó de existir porque las querellas dinásticas la habían despojado de toda autoridad, incapacitándola para resistir las fuerzas centrífugas que dislocaban el imperio. En el Este, donde los partos se apoderaron de Seleucia del Tigris, la urbe más grande del Asia continental, Antíoco IV intentó una vez más, en 129, poner pie en el Éufrates y fracasó. Mesopotamia, antes arteria vital del mundo antiguo, pasó a ser desde entonces mera frontera, y la vía caravanera del golfo Pérsico al mar Caspio dejó de gravitar sobre el área de la economía mediterránea para incorporarse a la del Asia Central.

En el Sur, la sublevación de los Macabeos producía en Palestina una conmoción de nacionalismo religioso contra el helenismo. Alentada por Roma, que veía con buenos ojos el desmembramiento del estado seléucida, esta sublevación dio por resultado, en 152, la independencia de Judea bajo la dinastía asmonea.

El gran imperio asiático iba disgregándose poco a poco hasta no ser más que un estado sirio sin poder militar alguno, pero cuya importancia económica, mercantil e industrial no cesaba de acrecentarse. La moneda de Antioquía mantenía su potencia, sostenida como estaba por la política de libre cambio de las grandes ciudades sirias, cuya prosperidad en nada dependía de la suerte de la monarquía. Estrechamente integradas en la economía mediterránea, procuraban romper los lazos que las unían a la corte, y así se las vio, en la centuria segunda, aceptar dócilmente el mando de caudillos que se les imponían como tiranos, dándoles, por ello mismo, la autonomía.

Los reyes seléucidas, aun expulsados de todas partes, continuaban eliminándose en horrendos dramas palaciegos y acabaron por no ser otra cosa sino pequeños señores de Antioquía, en tanto que la mitad oriental del viejo Imperio persa, bajo La dinastía parta de los Arsácidas, se emancipaba progresivamente del influjo griego El único entre los reinos helénicos que conservaba todavía la fachada de gran potencia era Egipto, pese a la pérdida de su Imperio y su gran decadencia política. Las vicisitudes de su historia le habían llevado a una política de estatismo autárquico que constituyó una de las experiencias económicas y sociales más singulares de la Antigüedad.

Escultura ecuestre romana.
Museo Nacional. Nápoles.

3. Crisis egipcia: Del estatismo autárquico al protectorado romano

CENTRALIZACIÓN ESTATISTA

Hasta la segunda mitad del siglo III, Egipto había dominado los mares gracias a su hegemonía naval. La sabia ordenación de su administración central y su sólido andamiaje fiscal le habían proporcionado, en el transcurso de las guerras de Siria, una considerable ventaja sobre sus adversarios. Mas, poco a poco, por la tentacular intromisión, que ejercía en todas las actividades nacionales la política centralizadora de los Ptolomeos, había terminado por constituir —como antes bajo los Imperios Antiguo y Nuevo— una traba para la marcha normal de los servicios, y

el exceso de burocracia ahogaba las iniciativas, suprimía las responsabilidades y paralizaba la autoridad. La maquinaria administrativa, en fin, se imponía al rey mismo.

Para legitimar su absolutismo, los Ptolomeos habían vuelto a la vetusta concepción del origen divino del poder, que los reyes saítas habían desechado. Ya Ptolomeo II (285-206) había reinstaurado la teoría teogámica, emparentando así su dinastía con la gran estirpe de los faraones-dioses, que había dado a Egipto, en el siglo XV antes de Jesucristo, la hegemonía universal. Mas, por ello mismo, el culto aparecía de nuevo como base del poder, y para esquivar la férula clerical, el rey había querido tomar firmemente en su mano la dirección de los ritos, y modificando la tradición, los había reunido en una verdadera «Iglesia de Estado», convocando todos los años, bajo su presidencia, a los altos jerarcas del clero del país en sínodo nacional. Pero este sínodo, creado para someter al clero y al mismo dogma bajo la autoridad real, se había transformado rápidamente en potencia política.

Retrato de un sacerdote egipcio de la época de los últimos Ptolomeos.
Gliptoteca de Munich.

En cuanto a la administración, se convertía en un estado dentro del Estado. Para asegurar la buena marcha de los asuntos, se había organizado una jurisdicción de lo contencioso, pero en vez de confiarla a jueces independientes, los Ptolomeos, para mejor dominarla, habían cometido el error de encomendarla a sus mismos funcionarios, con el resultado de que la administración había venido a ser un cuerpo privilegiado capaz de juzgar a sí mismo y al margen de la autoridad real. Entre el clero, cuyas propiedades, como en la época persa, eran administradas por el Estado, y la administración, surgían a menudo conflictos que el sínodo aprovechaba para reivindicar la restitución de los bienes sagrados a los templos. Preparábase, pues, una crisis de autoridad.

Esta se anunciaba tanto más grave cuanto que venía a emparejarse con una lenta pero inevitable disgregación del Ejército. Las fuerzas armadas, compuestas de mercenarios, griegos o galos[2] en su mayoría, y sin roce por consiguiente con la población, constituían también ellas un cuerpo privilegiado dotado de «beneficios» en tierras y derechos de alojamiento que gravitaban duramente sobre el pueblo. Cual toda milicia afincada, iban perdiendo paulatinamente su valor combativo, y en 254

padecieron su primer revés: Egipto perdió las Cicladas. Los Ptolomeos, entonces, decidieron reconstituir un ejército nacional, pero en vez de recurrir como en las grandes épocas al servicio obligatorio, lo formaron con soldados profesionales cuyo entretenimiento gravaba pesadamente el Erario. Este ejército salvó a Egipto, en 217, en la batalla de Rafia; mas no estuvo a la altura para sostener el esfuerzo que se le pedía.

PÉRDIDA DEL IMPERIO Y SUS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS

Bajo los reinados de Ptolomeo III (246-221) y Ptolomeo IV (221-203), Antíoco III había arrebatado a Egipto sus más preciadas provincias asiáticas, lo que constituía una irreparable pérdida para la Hacienda y la prosperidad del país, pues se le escapaba la hegemonía del comercio continental. En 202, Egipto perdía el Helesponto, y con él la supremacía en el mar Negro, y en 197, la isla de Samos. Pérgamo, su antiguo aliado, le había suplantado, mucho tiempo antes, como señor de las costas del Asia Menor, encontrándose así eliminado del mar Egeo. Desde luego, la amistad que le ligaba con Roma conservaba a Egipto una posición muy fuerte, pero el tratado de Apamea (188) dio a la República romana la hegemonía marítima perdida por Egipto, llegando entonces al fin de su papel hegemónico en la economía internacional. Rodas sucedió a Alejandría como centro financiero, dominando el comercio sirio. De ello resultó una crisis gravísima que, junto a las dificultades fiscales provocadas por la pérdida del Imperio, terminó por precipitar el conflicto que se venía incubando entre la autoridad civil, de expresión griega, y el clero, que seguía siendo representante de la tradición egipcia.

EL CLERO FORMA UNA NOBLEZA PRIVILEGIADA

El templo de Kom-Ombo, al Sur de Tebas.

Para recobrar el apoyo clerical, el Estado, debilitado por las derrotas, consintió a fines del siglo III en restituir a los templos la libre administración de sus patrimonios. El clero volvió al punto a las andadas y, en nombre de su sagrada misión, pretendió eludir la autoridad temporal del Estado. Las donaciones, que no cesaron de hacerle los reyes desde Ptolomeo V, no le bastaron y fue preciso

darle otra vez la inmunidad, la cual, exonerando de gravámenes las personas y tierras dependientes de los templos, privaba al rey de recursos muy importantes. El impuesto que los templos no pagaban, hubo de pagarlo el pueblo. Pero ya la crisis económica hacía reinar el pauperismo y la miseria reducía la natalidad, favoreciendo la exposición de criaturas en parajes públicos, costumbre que los egipcios habían tomado de los griegos. El aumento de las gabelas territoriales hizo que el Estado ya no encontrara arrendatarios y vastos terrenos permanecieran en barbecho, lo que obligó a alquilarlos a los templos a bajo precio, pues solo ellos, merced a la inmunidad fiscal de que gozaban, podían todavía encontrar renteros. Convertidos casi en estados autónomos por la exención, los templos se organizaron a base de un tipo señorial adaptado al sistema capitalista de la época y concertaron con los labriegos contratos vitalicios, más tarde hereditarios, y los antiguos arrendatarios quedaron sometidos a la gleba; pero al mismo tiempo, se fueron desarrollando los talleres de los dominios sagrados y, finalmente, los templos rebosantes de riquezas recobraron la función de banqueros.

La política económica de los templos en Egipto corresponde cronológicamente a la época en que los capitalistas romanos organizaban en Italia, mediante el empleo de la mano de obra servil, grandes explotaciones patrimoniales de tipo industrial.

La competencia hecha por el sacerdocio a la industria ciudadana reavivó el movimiento anticlerical en la burguesía urbana.

LA POLÍTICA FISCAL LLEVA A LA AUTARQUÍA ECONÓMICA

Sin embargo, el Estado reacciona, pues a toda costa necesita recursos. Las guerras desgraciadas habían agotado sus reservas de oro; la inmunidad de los templos menguaba el rendimiento de los impuestos; el impuesto directo había llegado al tope, y era inútil pensar en aumentarlo, y solo quedaba el recurso de las contribuciones indirectas. Se amplió la política fiscal del monopolio, inaugurada ya en el siglo III con el aceite y con la sal, transformando el proteccionismo aduanero, implantado como medida económica, en método fiscal. El sistema de derechos de entrada y contingentes fue generalizado, originando como consecuencia una disminución en las importaciones y, de rechazo, también en las exportaciones. Así, mientras los aranceles aumentaban el coste de la vida, los jornales bajaban y la balanza comercial de Egipto, que siempre había sido favorable, se hizo deficitaria. Y agotadas las reservas de metales preciosos, sobrevino una crisis monetaria. Desde las postrimerías del siglo III, en vísperas de las grandes guerras contra Antíoco III, la acuñación de moneda había sido abandonada, y el valor de las piezas de plata, escrupulosamente mantenido hasta entonces, había sufrido una ligera reducción. Franqueado el paso, la alteración del numerario había de acentuarse rápidamente y bajo Ptolomeo VI (180-145), después de la invasión de Egipto por Antíoco IV y en el curso de los conflictos dinásticos que la derrota provocó entre los pretendientes al

trono, la moneda sufrió una devaluación del 75 por 100, mientras que los derechos fiscales sobre la venta de bienes raíces subieron del 5 al 10 por 100 *ad valorem*.

Isis romana.

La mala moneda hace desaparecer la buena. Los precios subieron, aumentando la crisis económica y social. Promúlgase entonces una reforma radical, salvo para Alejandría, que económicamente separada del país iba a continuar usando la moneda de plata, y los tetradracmas fueron retirados de la circulación, siendo sustituidos por piezas de cobre cuyo valor efectivo era solo de una décima parte del nominal. Decretose su curso forzoso, reservando la moneda de plata exclusivamente para el comercio exterior. Egipto, iba a verse separado del mundo por una barrera arancelaria infranqueable, y toda la vida económica del país quedaría concentrada en Alejandría, zona aduanera autónoma. El país entero se convirtió en un vasto campo de explotación cuyas riquezas absorbía la metrópoli. Los Ptolomeos entraban resueltamente en la senda de la economía dirigida y la autarquía, internándose, en consecuencia, por la de una política social de imposición y absolutismo.

LA DINASTÍA SE DIVORCIA DE LA NACIÓN

Separada económicamente Alejandría de Egipto, el carácter de la monarquía iba a cambiar por completo. Desde Ptolomeo I se había asimilado rápidamente, y aunque conservaba el griego, lengua internacional, como idioma de gobierno, había asumido, con la arcaica teoría dinástica de los faraones, las concepciones de derecho público del Imperio Antiguo, que imponían como base del poder monárquico el ejercicio de una estricta justicia.

Pero al hacerse esencialmente reyes de Alejandría, con Ptolomeo IV (221-203), los faraones colocáronse al margen de sus pueblos. Y en seguida aparecieron los vicios de las dinastías que no representan a la nación, sino a una familia: las discordias íntimas y los crímenes palaciegos. Ptolomeo IV estranguló a su padre y asesinó a toda su familia (221); se introdujeron costumbres que Egipto nunca había conocido, y Ptolomeo V (203-180) mandó matar a cuantos le ofendían, desarrollando una autocracia paralela a la instauración de un estatismo opresor.

Nuevas teorías jurídicas adjudican al rey la propiedad de todos los predios del reino, y oponen la omnipotencia real a la población, a la que no se reconocen más derechos que los consentidos por el faraón. La monarquía se convierte en tiranía y la teoría del origen divino de los reyes es invocada en lo sucesivo para justificar un absolutismo desenfrenado. A la noción de justicia suple la de la fuerza, haciendo desaparecer la idea de la legitimidad del poder que garantizaba el respeto a la monarquía, al mismo tiempo que le imponía límites.

Y precisamente porque la legitimidad del poder se borra, es por lo que surgen las perturbaciones dinásticas. El trono, que reposa en la fuerza, es del que lo toma. Tamaña crisis se había manifestado ya a fines del Imperio Antiguo, cuando el estatismo había provocado las conspiraciones palatinas contra Pepi I, y a fines del Imperio Nuevo, cuando el estatismo hundió a la dinastía en las conjuras contra Ramsés III. Igual decadencia dinástica se repitió con los Ptolomeos. La repudiación de los principios morales en que hasta entonces había venido asentándose el poder, explica la política de opresión y menor esfuerzo a que se dejó arrastrar la burocracia prepotente para asegurar el rendimiento del sistema económico autárquico en que le había comprometido la crisis fiscal.

Gran Templo de Kom-Ombo. Siglo II A. J.

LA POLÍTICA DE OPRESIÓN SOCIAL

La depresión monetaria no podía proporcionar al fisco los beneficios que esperaba, a no ser que la producción agrícola e industrial del país aportase un excedente capaz de permitir una amplia exportación de géneros, vendidos contra moneda sana.

Ahora bien, la carga de los impuestos alejaba al campesino del terruño, empujándolo hacia las ciudades donde iba a engrosar las filas del proletariado. El impuesto territorial, pues, rendía poco. Y el Estado, sin acción directa contra la resistencia pasiva del pueblo, dotó a los empleados del fisco de poderes considerables, haciéndolos personalmente responsables de la recaudación. A las violencias que lógicamente siguieron, respondió la masa con igual violencia y el rey aplicó sanciones de extrema gravedad. La servidumbre por deudas, abolida desde el siglo VIII, quedó restablecida para los contribuyentes morosos en la forma más dura que jamás se conoció: la venta en público como esclavos. Simultáneamente, el rey sometió los renteros del patrimonio a la jurisdicción de los mismos funcionarios de que dependían. Como las heredades sagradas, las del Estado escapaban ya al derecho común, y las consecuencias no podían tardar en dejarse sentir: los labriegos libres ocupantes se transformaron en colonos semiserviles, y a fin de impedir a los renteros que abandonasen sus campos, el Estado sustituyó los arrendamientos a corto plazo por otros de hasta diez o veinte años de vigencia, que pronto se transformaron en vitalicios y luego en hereditarios. Prohibiose a los campesinos abandonar las aldeas y la población egipcia, amarrada a la gleba, pasó bajo la jurisdicción de los grandes terratenientes, de los templos o del fisco. Estallaron motines; surgieron huelgas. Y fue en aquel momento cuando Egipto se vio asaltado por Antíoco III. Incapaz de resistir a la invasión, quedó completamente ocupado por los ejércitos extranjeros, que lo sometieron a un sistemático saqueó (170-168). Antíoco, al mandato de Roma, evacuó Egipto. Pero al devolverle Roma la libertad, Egipto, en el plano de la política exterior, ya no era sino un protectorado romano.

LA ECONOMÍA DIRIGIDA DESTRUYE LA LIBERTAD INDIVIDUAL

La angustia de Egipto, llegó al máximo tras la evacuación de Antíoco. La moneda interior, representada por tejuelos de cobre, solo tenía valor ficticio y su curso forzoso quedaba fijado por ordenanzas reales, manteniéndose los precios con medidas rigurosamente autárquicas. Las fronteras estaban cerradas a toda transacción y el comercio solo se hacía por intermedio del Estado y en el puerto de Alejandría.

Esto implicaba la ruina de las ciudades mercantiles del Delta. Sin embargo, Alejandría, excluida del sistema económico egipcio, conserva su esplendor y a más de ser el emporio de la India, el rey exporta por su dársena, trigo, telas, cuero y lana que le proporciona la administración patrimonial, géneros obtenidos en pago de las contribuciones o adquiridos con moneda depreciada. Desprovistos de numerario líquido frente al capitalismo invasor de Roma, los Ptolomeos explotan, como capital,

el suelo de Egipto y las energías de su población. Pero para que el Estado obtenga de los productos nacionales —comprados con parpadas a precios impuestos y revendidos al extranjero contra moneda sonante— ganancias suficientes para el mantenimiento de la corte, la flota, el ejército y la administración, preciso es que reduzca la población al nivel de vida más bajo posible. El Estado se ve así llevado a dirigir toda la economía del país hacia los productos que más le interesan. El comercio entre los particulares queda, con ello, muy reducido; la industria privada resulta obstaculizada y la intervención social del Estado aumenta sin cesar. La invasión ha arruinado el país y gran número de predios, despoblados, quedan en barbecho. El Estado, que a toda costa quiere devolverlos al cultivo, tanto para hacerlos productivos como para cobrar impuestos, prescribe un edicto ordenando que, en cada lugarejo, se entreguen las tierras abandonadas a las gentes más acomodadas, a quienes corresponde el pago de gabelas, concediéndoles, en cambio, que recauden ellas mismas las contribuciones de los otros habitantes. Los ricos, por ende, se hacen tiranuelos locales que reducen al pueblo a la servidumbre. Y para que no puedan evadirse, la ley fija obligatoriamente a los contribuyentes a sus lugares de origen. Entre el pueblo y el monarca se interpone una clase de propietarios privilegiados, y la libertad y la igualdad jurídica quedan suprimidas. La población rural queda sometida a un régimen de servilismo hereditario. En las urbes, el proletariado —que labora cada vez en mayor número en las fábricas explotadas por el Estado o sometidas a su acción directa— ve su situación continuamente menguada por la baja de jornales que provoca la regresión social. La burguesía activa, que ya no encuentra empleo en el país, emigra a Alejandría y los clérigos y funcionarios constituyen una oligarquía noble que disfruta de jurisdicción especial, privilegios fiscales y un estatuto jurídico particular.

EL ESTATISMO DESTRUYE EL PODER MONÁRQUICO EN PROVECHO DE UNA OLIGARQUÍA

La oligarquía, al mismo tiempo que se transforma en nobleza, se adueña de los poderes de la monarquía y la concentración de autoridad impuesta por el estatismo, cada vez más autoritario, termina por poner, en el curso del siglo II, todos los poderes provinciales en manos de los gobernadores, y todas las prerrogativas del gobierno central en las de un epistratega, al mismo tiempo ministro del Interior, del Patrimonio, de Obras Públicas y de la Guerra; solo escapan a su férula las finanzas, cuya administración está centralizada bajo la autoridad del dioceta. De este modo, como en las postrimerías de los Imperios Antiguo y Nuevo, los gobernadores cobran privilegios de príncipe, mientras que el epistratega y el dioceta se convierten en alcaides del palacio. El estatismo autárquico, tras destruir la libertad y la prosperidad de los ciudadanos, acaba, a la postre, por arruinar al propio poder real en provecho de una oligarquía privilegiada.

CAPÍTULO NOVENO

Las grandes crisis romanas (Del siglo II al I A. J.)

1. Del capitalismo a la demagogia

EXPLOTACIÓN DEL ORIENTE POR EL CAPITALISMO ROMANO

La reducción de Macedonia a provincia romana marca el triunfo definitivo de Roma en el plano internacional y, al mismo tiempo, en el plano interior, el embargo por el capitalismo de la dirección del Estado. Roma va a imponer al mundo su protectorado, pero este lo será, en realidad, de las finanzas.

En Roma, el Senado se dio cuenta del peligro que corría la República al pasar bajo la tutela de la clase mercantil, y procuró oponerse con todos los medios a su alcance, como lo demuestra el que para poner a raya la prepotencia excesiva de los publicanos ordenó de momento el cierre de las minas macedónicas, cuya posesión había determinado la anexión del país, y para recobrar su prestigio en los comicios trató de captarse la clase media con la supresión del impuesto sobre la renta. En el futuro, Roma había de vivir de las inmensas riquezas que le habían deparado sus victorias.

Tamaña providencia demagógica fue el error capital de la oligarquía senatorial. Esto orientaba a Roma, por una parte, hacia una política de explotación mundial a la que ya no podría sustraerse, y carente de impuestos, no podía vivir más que exprimiendo a los demás pueblos, con lo que el Senado arrojaba así a la República precisamente a la vía de que había querido apartarla, ya que la política de explotación financiera daría la preponderancia dentro del Estado a la clase capitalista, sin cuyo sostén esta política era imposible. Y por otro lado, al suprimir el impuesto, el Senado eliminaba igualmente la fiscalización que los comicios habían venido ejerciendo hasta entonces en la política interior y exterior al votar los créditos, especialmente los militares. El Senado asestaba así el golpe de gracia a la democracia, abriendo de par en par las puertas a la demagogia, sobre la cual la clase capitalista, merced a sus riquezas inmensas, iba a apoyarse.

Ya no tuvo límites, desde entonces, la explotación descarada a que los gobernadores y publicanos sometieron las provincias y aun los países «protegidos», pues haciendo fructificar sobre el terreno mismo las inmensas riquezas que sacaban del arriendo de consumos e impuestos, las sociedades publicanas llegaron rápidamente a monopolizar la banca en todas las provincias, y las ciudades griegas,

arruinadas por las constantes requisas, no tuvieron otra solución, para sufragar sus cargas fiscales, que tomar dinero prestado de los banqueros romanos, y rendirse a su merced. Los gobernadores y publicanos operaban por descontado en plena libertad y sus abusos no podían sino quedar impunes, a despecho de la ley de 149, por la que se había creado una comisión de senadores para juzgarlos, ya que estos eran a la vez juez y parte.

La tutela de las finanzas romanas se extendió a los Seléucidas, quienes para pagar las anualidades a Roma se vieron obligados a suscribir empréstitos con los mismos banqueros romanos; e igualmente a los Ptolomeos, que degradados, como los Seléucidas, por las intrigas y los crímenes dinásticos, acudían a Roma en demanda de un amparo ruinoso.

CRISIS SOCIAL EN GRECIA

Las exacciones financieras de los capitalistas romanos tuvieron como secuela el precipitar la grave crisis social que se venía preparando en Grecia y unir en una misma ideología las reivindicaciones populares y el patriotismo griego, que ahora se erguían contra Roma, su enemiga en el plano político y en el social. El proletariado de la gran ciudad industrial de Corinto se adueñó del poder en el seno de la liga aquea, hasta entonces dominada por el bando de los propietarios, arrastrándola seguidamente a la sublevación contra el tutelaje romano y por la vía de las reformas radicales: abolición de deudas, manumisión de esclavos y grandes impuestos a las clases adineradas. Intervino Roma y sus ejércitos deshicieron las fuerzas aqueas, y para aterrorizar a los sublevados, el Senado ordenó que Corinto fuese arrasada (146), coyuntura que fue aprovechada por las tropas romanas para lanzarse al botín y al saqueo con brutalidad tal que provocó una conmoción de cólera en todos los países helenizados.

Cartago, que también se había sublevado, sufrió idéntica suerte. En el mismo año, las dos grandes metrópolis fueron totalmente destruidas, y la totalidad de sus poblaciones, que figuraban entre las más civilizadas del mundo, fueron pasadas a cuchillo o vendidas en subasta por generales codiciosos y sin escrúpulos. Casi todas las tierras de Beocia quedaron confiscadas en beneficio de Roma e impusiéronse a las ciudades griegas crecidos tributos, de los que solo lograron escapar Atenas, Esparta y Delfos, admitidas como aliadas.

Ante el horror de semejantes fechorías e inquieto por el odio universal que se manifestaba en todas partes contra Roma, considerada siempre como protectora de los griegos, el Senado emprendió leal y rápidamente una reforma del gobierno imperial tendente a limitar el poder discrecional de los gobernadores. Fijose, pues, una ley señalando la suma global de los impuestos que debían gravar a cada provincia y realizose un gran esfuerzo para darles un estatuto legal que las pusiese al abrigo de los abusos de los políticos y publicanos.

Pero el Senado vio en seguida cómo se enfrentaba contra él el partido de los «caballeros», es decir, de las gentes ricas, manejado por los publicanos y los traficantes. El imperialismo romano, acotado por la clase capitalista, había sido para esta manantial de fabulosos beneficios a los que no estaba dispuesta a renunciar.

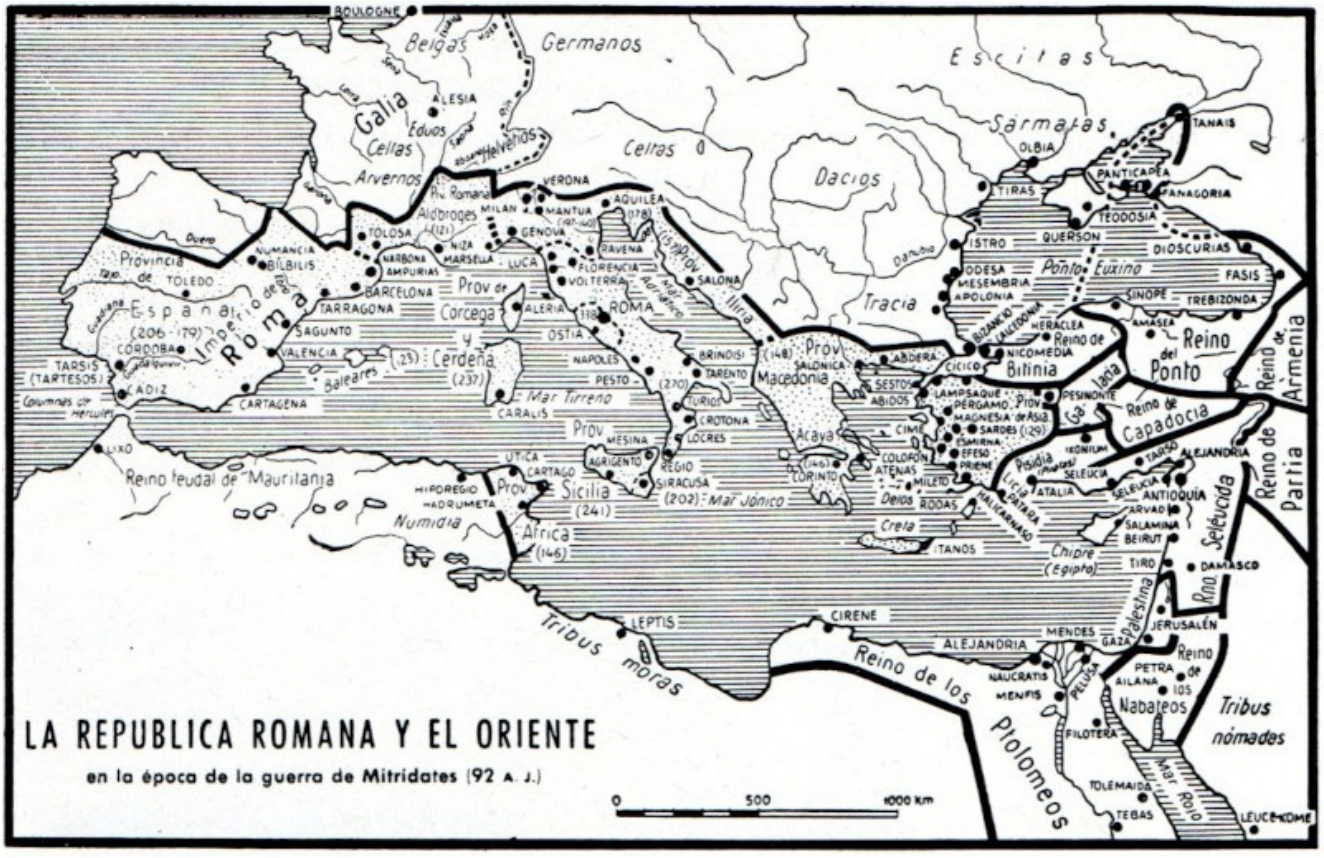
Roma estaba entonces dividida en tres bandos: La nobleza o partido de las familias senatoriales, que representaba la oligarquía gubernamental, acaparaba todos los cargos de gobernador para las provincias y disponía de inmensos bienes raíces; el partido de los «caballeros», es decir, de la alta banca y de los hombres de negocios, el cual poseía vastas disponibilidades muebles y tenía en sus manos la banca y las sociedades publicanas; y finalmente, el partido popular, constituido por el proletariado urbano y rural. En cuanto a la clase media, que formaban antaño los pequeños propietarios y los menestrales acomodados, había casi desaparecido por completo, arruinada por los grandes terratenientes de la nobleza y los contratistas industriales del bando de los caballeros.

LA CRISIS SOCIAL EN ROMA

Ruinas del templo de Hércules, en Cori.

asuntos.

Hasta el año 146 —el del saqueo de Corinto y de Cartago— Roma había sido gobernada por la nobleza apoyada en los caballeros, y tal coalición había sido lo bastante fuerte para oponerse con energía a la distribución de tierras reclamadas por la plebe campesina. Al mismo tiempo, negándose a hacer los sacrificios indispensables para reconstituir una burguesía media de pequeños propietarios, la nobleza había preferido captarse en los comicios los votos del partido popular, proporcionándose una clientela comprada con limosnas y con la corrupción electoral. Pero las reformas provinciales, encaminadas a limitar los beneficios ilícitos de los publicanos, sublevaron a la alta finanza contra el Senado, la coalición de propietarios se desbandó, y los caballeros volvieron la vista al proletariado para apoderarse, gracias a él, de la mayoría en los comicios. Con tal de conservar la libertad de explotar las provincias en su provecho, los financieros se hallaban prontos a sacrificar a favor del pueblo los grandes latifundios de la nobleza y los recursos del Estado.



Esta alianza de «izquierda» había de deshacerse pronto, ya que se estaba incubando un fermento revolucionario alimentado por la agitación que sacudía el mundo griego. La terrible insurrección de esclavos que estalló en Sicilia en 135, no sofocada sino al cabo de tres años de cruenta lucha, provocó, entre los extremistas del partido popular, graves movimientos que preconizaban la formación de un frente revolucionario con el proletariado y los esclavos en Roma. Todo el mundo sentía la necesidad de obrar, y bajo la influencia de los estoicos, algunos miembros de la

Esta alianza de «izquierda» había de deshacerse pronto, ya que se estaba incubando un fermento revolucionario alimentado por la agitación que sacudía el mundo griego. La terrible insurrección de esclavos que estalló en Sicilia en 135, no sofocada sino al cabo de tres años de cruenta lucha, provocó, entre los extremistas del partido popular, graves movimientos que preconizaban la formación de un frente revolucionario con el proletariado y los esclavos en Roma. Todo el mundo sentía la necesidad de obrar, y bajo la influencia de los estoicos, algunos miembros de la nobleza se erigían en defensores de las reivindicaciones populares, llegando incluso a elaborar planes que implicaban vastos repartos de tierras procedentes de los patrimonios senatoriales.

En aquella sazón, año 133, falleció el rey de Pérgamo, Atalo III, legando su reino a Roma. Ocupaba en esa época el cargo de tribuno el patricio Tiberio Graco, que por su educación estoica estaba persuadido de la urgencia de reformas sociales, y propuso confiar al pueblo la administración del tal legado, de un valor inmenso, presentando al mismo tiempo un proyecto de ley agraria en la que se disponía el reparto de tierras a la masa proletaria. No pudo poner, empero, en práctica su programa, pues a poco era asesinado por gente a sueldo de la nobleza.

Estatua que representa a un orador romano.
Museo Arqueológico. Florencia.

Mientras Roma se veía bruscamente lanzada al borde de la guerra civil, Aristónico, hijo natural de Atalo, negándose a reconocer como válido el testamento de su padre, entró en Pérgamo, llamó al pueblo y a los esclavos a las armas, y realizó la totalidad de las reformas sociales por que abogaba el partido revolucionario en toda Grecia. Abolió las deudas, manumitió los esclavos y concedió a extranjeros y libertos el derecho de ciudadanía. Tales reformas tuvieron una formidable repercusión incluso en Roma, pero el Senado, reclamando su legado, se lanzó a la lucha. Varios años le fueron precisos para entrar en posesión del reino de Pérgamo, y en 123, por fin, logró anexionárselo, constituyendo con él una provincia: la llamada provincia de Asia, que quedó en seguida sometida a una explotación desvergonzada por parte de los publicanos. Mientras, la efervescencia social en Roma, en medio de estos acaecimientos, había ido en aumento, y el pueblo reclamaba con violencia el reparto de tierras. Y los peregrinos, italianos especialmente, cuyo número crecía en Roma sin cesar, se agitaban exigiendo el

Roma se había lanzado por aquel entonces a nuevas aventuras bélicas, esta vez por Occidente. Protectora de Marsella, esta gran ciudad griega había apelado a ella, desde 154, para que la defendiese de los celtas de tierra adentro, y amenazada en 125 por el gran estado galo de Arvernes, de nuevo había recurrido a Roma en solicitud de socorro. No menos de cuatro años de campaña fueron necesarios (125-121) para rechazar a los galos.

Esta guerra llegaba a punto para dar ciertas satisfacciones a la plebe romana, pues a su término se establecieron colonias en Aix y Narbona, creándose una nueva provincia, circundante de Marsella y sus colonias, que se extendía por toda la Provenza y enlazaba Italia con las posesiones romanas de España. Pero en 112 surgió un nuevo conflicto, esta vez en África, y provocado por el hecho de que algunos mercaderes romanos habían sido degollados en los estados de Yugurta, rey de los númidas. El Senado propendía a la paz, pero los financieros, que para abrir nuevos horizontes a su actividad eran partidarios de la guerra, halagaron al pueblo con el señuelo de concederle tierras en África, y se acometió la empresa. El Senado, sin embargo, la condujo con poco entusiasmo. Fue la coyuntura para que los caballeros probaran sus fuerzas.

En 108, pese a la oposición senatorial, obtuvieron de los comicios que se confiase a Mario, un oscuro caballero de Arpino, el consulado y el mando de las milicias de África. La coalición de la banca y del partido popular arrancaba al Senado con ello su posición predominante en los comicios; pero ante el intento de una revolución violenta, el Senado hubo de inclinarse. Por primera vez, Mario, para reclutar las legiones, hizo un llamamiento a los ciudadanos que no pagaban censo, y el ejército fue formado así por gente pobre. Las legiones, en lo sucesivo, ya no serían la nación en armas, sino un ejército profesional, ávido de botín y a sueldo de sus generales.

Apenas triunfante de los guerreros númidas, Mario recibió el encargo de marchar contra los germanos.

Los cimbrios y teutones, procedentes de la península címbrica (Dinamarca), se habían detenido, después de atravesar Moravia, ante la resistencia de los celtas instalados en la cuenca del Danubio, pero en 109 habían aparecido en el Rin, que pudieron franquear, y descendiendo luego por el Sur habían alcanzado el valle del Ródano, tropezando en 105 con huestes romanas, a las cuales lograron deshacer completamente. Ya se había apoderado el pánico de Italia, cuya población se aprestaba a huir ante el invasor, cuando Mario aplastó a los teutones en una batalla que tuvo por escenario las tierras de Aix, en 102.

Retornó a Roma como salvador cuando acababan de estallar en Sicilia (103-101) nuevas insurrecciones de esclavos y la agitación del proletariado llegaba a su punto culminante. Los comicios ordenaron la distribución de tierras en África, en Córcega y en la cuenca del Po, y como el Senado opusiera resistencia, Mario, cónsul entonces por sexta vez, hizo que los comicios votaran, para forzarlo a ceder, una ley, *De majestate*, por la que se autorizaba la muerte de cuantos ciudadanos resultaran

Retornó a Roma como salvador cuando acababan de estallar en Sicilia (103-101) nuevas insurrecciones de esclavos y la agitación del proletariado llegaba a su punto culminante. Los comicios ordenaron la distribución de tierras en África, en Córcega y en la cuenca del Po, y como el Senado opusiera resistencia, Mario, cónsul entonces por sexta vez, hizo que los comicios votaran, para forzarlo a ceder, una ley, *De majestate*, por la que se autorizaba la muerte de cuantos ciudadanos resultaran culpables de crimen de «lesa majestad» contra el pueblo romano. Ello equivalía a entregar a Mario y al partido popular, al que debía su elección, la vida y los bienes de todos los ciudadanos. Efectuáronse terribles degollinas y, asustados, los caballeros se reconciliaron con la nobleza. La rebelión fue sofocada, y a la coalición de partidos de izquierda sucedió un gobierno de derechas que muy pronto había de hacer frente a la más desastrosa crisis social conocida en la Antigüedad.

La loba Capitolina, símbolo de Roma.

GUERRA DE MITRÍDATES Y CRISIS DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS

La desaparición del reino de Pérgamo había dejado el campo libre en el mar Negro al rey Ponto, y el activo y ambicioso Mitrídates VI había aprovechado tal coyuntura para incorporar a sus estados las ciudades griegas de la costa meridional del Ponto Euxino, haciendo del gran puerto de Sínope su capital. Amenazadas por los escitas, Olbia, Panticapea y las demás ciudades griegas de Crimea habían pedido su ayuda, lo que hizo que de pronto se viera convertido en jefe de un gran estado heleno. Pertenecíanle todas las riberas norte y sur del Ponto Euxino; por Trebizonda, dominaba las minas del Cáucaso; mientras que por su alianza con Armenia abríasele la ruta de Mesopotamia, que lo ponía directamente en contacto, por Seleucia, del Tigris y el reino de los partos, con el Asia Central y con la India.

Mitrídates evitaba el choque con Roma. También el Senado deseaba la paz, mas los publicanos acuciaban a la guerra y lograron del rey de Bitinia —vasallo de Roma desde las paces de Apamea— que cerrase los Estrechos, lo que forzó a Mitrídates a la guerra. Invadió, pues, Capadocia, amenazando los antiguos territorios de Pérgamo convertidos en la provincia de Asia. Roma le ordenó el abandono de sus conquistas (92), pero él, a guisa de respuesta, se internó más en el Asia Menor, llamó a las armas a los demócratas de todos los países griegos y ordenó la matanza de cuantos italianos residían en las comarcas ribereñas del Egeo. Las poblaciones griega y asiática, hartas del extorsionismo romano, respondieron con entusiasmo a su llamada y llegaron a 80 000 los italianos pasados a cuchillo. Poco después, Mitrídates desembarcó en Atenas y estableció allí su cuartel general; Beoda y el Peloponeso se pusieron a su lado, y para asegurarse el señorío del Egeo concertó una alianza, contra Roma, con los piratas de Creta y de Sicilia.

Tomó su guerra aires de cruzada democrática. Por doquier manumitía esclavos, anulaba deudas y concedía el derecho de ciudadanía a metecos y extranjeros. Tamaña marea revolucionaria, que anegaba el mundo griego agrupándolo en torno a Mitrídates, tuvo profundas repercusiones en Roma y en Italia toda. En 92, el año mismo en que el rey del Ponto desafiaba a Roma, Druso, haciendo suyo el plan de los Gracos, propuso en los comicios la concesión de ciudadanía a todos los italianos, propuesta que le valió el perecer también asesinado por orden de la nobleza. Toda Italia, al punto, uniéndose en estrecha solidaridad, se sublevó contra Roma, la

Mitrídates VI, rey del Ponto. Tetradracma ático.
Museo del Estado. Berlín.

cual, empeñada al mismo tiempo contra Mitrídates y contra los piratas, vivió entonces uno de los instantes más dramáticos de su historia.

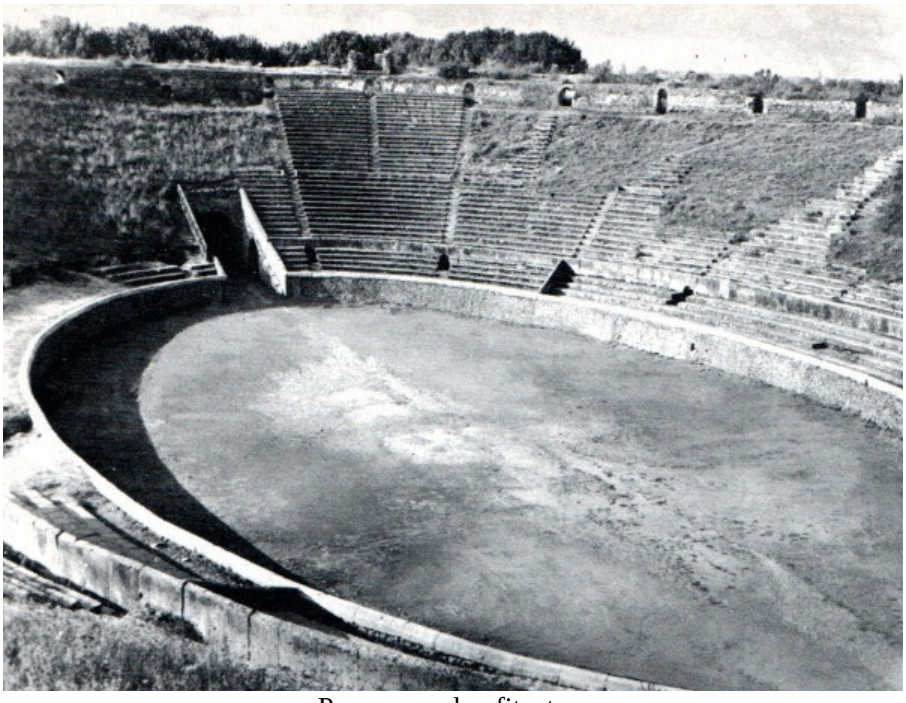
La rebelión de los países de Grecia y Asia Menor, donde las finanzas romanas habían invertido ingentes capitales, provocó en Roma una crisis financiera muy pronto seguida de otra fiscal. Además, la perturbación que a la navegación hacían los piratas y la guerra itálica causaron en la capital una penuria que en seguida provocó inquietantes tumultos populares. Para hallar recursos, el Senado, imitando la política de los Ptolomeos, secularizó los bienes eclesiásticos y desvalorizó la moneda en un 50 por 100, sin otro resultado que el provocar un gran pánico bursátil que hizo más precaria aún la situación de la Hacienda.

Lanzada a las más duras dificultades, debidas al odio que por todas partes había suscitado, Roma envió a Mario contra los italianos sublevados, y a Sila contra Mitrídates. Los primeros fueron vencidos, pero la derrota marcó su victoria, pues Roma hubo de ceder otorgándoles en masa la ciudadanía. Italia, en el futuro, formaría un solo estado democrático.

2. De la demagogia a la dictadura

MARIO Y SILA

El cese de la guerra itálica es también el hito que marca en Roma el triunfo del partido popular, el cual se adueñó del poder en 87, y con aquel, el estallido de la guerra civil. Mario, que regresaba vencedor de su campaña, se puso de nuevo en cabeza del partido democrático y entró en Roma con su ejército, desencadenando en seguida una espantosa matanza de aristócratas.



Pompeya: el anfiteatro.

Sin embargo, el partido popular hacía al propio tiempo obra constructiva. Restauraba una moneda sana, iniciaba la creación de una enseñanza latina superior y planeaba un gran parcelamiento de tierras en Campania. Entretanto, Sila vencía a Mitrídates e imponía a sus estados el enorme tributo de guerra de 20 000 talentos (85), mientras él y sus tropas practicaban en Grecia una

rapiña sistemática de cuanto había de valor. Con tan ilimitados recursos, Sila, al frente de sus legiones ahítas de botín, tomó el camino de Italia, y en 82, se presentó en Roma apoderándose del mando. El partido democrático prosiguió la brega en Italia y luego en España, en tanto que Sila, caudillo de los aristócratas, se hacía nombrar dictador en los comicios y se entregaba a su vez a horrendas carnicerías.

El plan político de Sila consistía en asentar definitivamente el predominio de la nobleza, restringiendo los derechos del pueblo y dotando a Italia de instituciones unificadas, y para cumplir este doble objetivo dio a los municipios una administración local confiada a cuatro magistrados elegidos, multiplicó los tribunales existentes y asoció el poder político al religioso, procurando hacer del cuerpo pontifical un clero independiente, reclutado por captación, que viniese a constituir la base de una oligarquía gobernante. En cuanto al ejercicio del gobierno, volviendo a las instituciones antiguas, se proponía confiarlo de nuevo al Senado. Pero este vacilaba y Sila abdicó (79).

La guerra civil brotó de nuevo y desencadenose una terrible rebelión de esclavos, acaudillada por el tracio Espartaco, contra la cual hubo que movilizar diez legiones al mando de Craso, el magnate más rico de Roma y jefe a la sazón del bando democrático, que no triunfó sino a costa de una verdadera hecatombe (73-71). Mitrídates, a su vez, apoyado en Grecia por el partido revolucionario y en el mar por los piratas, reanudaba la lucha. Lúculo, enviado contra él, quiso pacificar el país y comenzó por reprimir los abusos de los publicanos, que habían engendrado contra Roma un rencor implacable, pero aquellos respondieron fomentando en el ejército nuevos disturbios revolucionarios.

La anarquía levantaba cabeza por todas partes. En Roma, el partido de las finanzas se coaligó una vez más con el popular. El Senado, a quien Sila había devuelto momentáneamente su poder, fue de nuevo vencido, y los comicios llevaron al consulado a aquellos que conseguían, por los medios demagógicos más rastreros, captarse el favor de las masas. Craso, que representaba más típicamente que nadie las finanzas logreras, y Pompeyo, recién llegado a las lides políticas, fueron elegidos cónsules en el año 70.

La situación resultaba tanto más crítica cuanto que las clases adineradas se desacreditaban por la continuidad de sus escandalosos fraudes financieros, que desmoralizaban a la opinión pública del país. Comentábanse con apasionamiento los procesos que revelaban formidables estafas hechas por armadores en detrimento de las compañías de seguros marítimos, que habiendo cargado sus barcos con piedras los aseguraban como si transportasen cargamentos de trigo y los hacían hundir en el mar con sus tripulantes. En tanto, Roma, bloqueada por los corsarios, padecía hambre y la gravedad del trance social estimulaba la emigración de capitales.

En el año 67, los caballeros consiguieron persuadir a los comicios para que invistieran a Pompeyo con el supremo mando del Mediterráneo, y la unidad de

POMPEYO DOTADO DE PLENOS PODERES

dirección rindió inmediatamente sus frutos. Pompeyo derrotó por completo a Mitrídates; acabó con el maltrecho reino seléucida, que se disolvió en luchas entre cabecillas locales; hizo de él la provincia de Siria (64), y destruyó la flota pirata. Al propio tiempo, Cicerón, cónsul en 63, imponiendo en Roma el embargo sobre el oro, detuvo el éxodo de capitales provocado por el temor de la revolución social. Con sus victorias y conquistas, Pompeyo había levantado las rentas de la República de 8000 a 14 000 talentos.

Cabeza de Pompeyo Magno.
Gliptoteca de Copenhague.

Roma parecía salvada, pero los tributos impuestos a las provincias sometidas resultaban tan onerosos que solo era posible abonarlos ajustando empréstitos, a elevados intereses, con los mismos banqueros romanos.

Merced a este subterfugio, pudieron hacerse durante algunos años las entregas, pero pronto iba a estallar una formidable quiebra financiera que contribuiría a hundir la República en una crisis mortal.

Ya, por otra parte, estaba agonizando. El régimen de la competencia demagógica había conducido a la acumulación de todos los poderes en manos de Pompeyo, que habría podido, al parecer, proclamar la monarquía en provecho suyo, pero César, intrépido demagogo, entraba en liza y la guerra civil se presagiaba inminente. Los jefes de partido no obstante, más que combatirse prefirieron darse la mano, y en el año 60, César, caudillo de los populares, Craso, líder de los caballeros, y Pompeyo, que se apoyaba en su tropa, se entendieron secretamente para repartirse el poder so capa de «la soberanía del pueblo».

A pesar de los beneficios conseguidos con la explotación de los países subyugados, la República, después de las violentas conmociones padecidas, carecía de dinero, y para hallarlo y proporcionarse el considerable peculio que su política exigía, los triunviros miraron hacia Egipto. Craso y César querían la anexión, mas en esto fue a Roma Ptolomeo XIII Auletes para solicitar intervención en las desavenencias dinásticas que lo enfrentaban con otros miembros de la familia real (59). Para lograr el favor de los senadores influyentes, y especialmente de César —cosa que le costó 6000 talentos—, hubo el egipcio de suscribir empréstitos enormes con el sindicato bancario, captarse

la ayuda del gobernador romano de Siria —que exigió 10 000 talentos— y permitir al mismo tiempo que se tomara Chipre, la última base naval de Egipto fuera del continente africano, cuya anexión votaron simplemente los comicios (58), por sugestión de Catón, que se embolsó por ello 7000 talentos.

Gracias a estos sobornos fabulosos, César abandonó su proyecto de anexión de Egipto y arrancó al Senado una ley que convertía a Ptolomeo en «amigo y aliado del pueblo romano». Roma mantuvo así en el trono a Ptolomeo, a pesar de la violenta oposición del pueblo de Alejandría, aunque imponiéndole como ministro de Hacienda al banquero romano Rabirio Postumo, designado por una junta de acreedores; además, envió a Alejandría una guarnición romana para garantizar la entrega de los réditos usurarios de la deuda. Egipto pasó así del protectorado de la República al de los financieros —banqueros y prohombres políticos—, quienes, desde el advenimiento del triunvirato, disponían del mundo a su antojo con tan absoluta arbitrariedad como jamás la gozara antes ningún autócrata. Pero el poder, además de dinero, exigió el empleo de ejércitos, y para obtenerlos, basándose en un voto comicial, los triunviros se repartieron el imperio. A César se le atribuyó el gobierno de la Galia; a Craso, el de Siria, y a Pompeyo, el de España (59).

EL PRIMER TRIUNVIRATO: POMPEYO. CÉSAR Y CRASO

parlamento.

Fotografía de una calle de Pompeya, ciudad que también corrió la suerte de Herculano y se ha conservado bajo las lavas del Vesubio.

3. De la dictadura al Imperio. César intenta implantar la monarquía

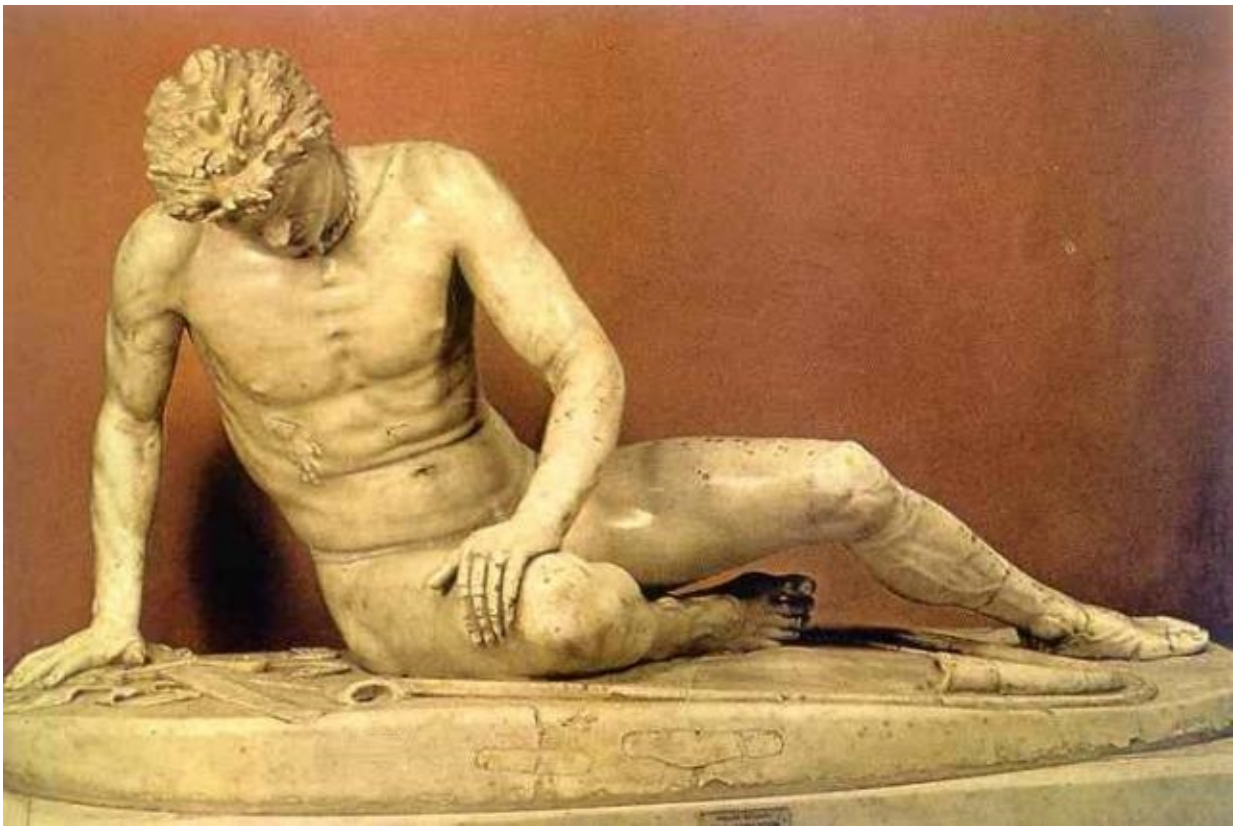
Estatua de Catón.

El reparto del Imperio entre los miembros del triunvirato es el jalón que marca, en la historia de Roma, el fin de las instituciones republicanas. Cada uno de los triunviros persigue una política propia. El poder personal se anuncia.

EL SENADO ROMANO CONTRA LA POLÍTICA DE LOS TRIUNVIROS

César, antes de partir para la Galia, erigiose en adalid de las ideas democráticas mediante el intento de promulgación de una serie de leyes que propendían, una de ellas, a la distribución de tierras en la Campania; otra, ordenaba la publicidad de las actas de las sesiones senatoriales en un diario oficial, y otra, fijaba una remuneración legal para los gobernadores de provincias y establecía un estricto procedimiento para los procesos por concusión. Su programa parecía resumirse en esto: política social, superintervención del Senado por la opinión pública e instituciones imperiales. El Senado, sin embargo, se opuso a la aprobación de tales leyes, y a cuantos problemas nuevos surgían respondía con aquel estrecho conservadurismo que ya había sumido a Roma en las crisis más cruentas. El destino todo del Imperio romano dependía de esas dos actitudes.

los procesos por concusión. Su programa parecía resumirse en esto: política social, superintervención del Senado por la opinión pública e instituciones imperiales. El Senado, sin embargo, se opuso a la aprobación de tales leyes, y a cuantos problemas nuevos surgían respondía con aquel estrecho conservadurismo que ya había sumido a Roma en las crisis más cruentas. El destino todo del Imperio romano dependía de esas dos actitudes.



Escultura que representa a un galo moribundo.
Museo Capitolino. Roma.

CÉSAR CONQUISTA LA GALIA

Adoptada su postura en los planos social e imperial, César partió para la Galia bien resuelto a encontrar allí la base de la potencia a que aspiraba. Padecían entonces los galos una crisis de evolución y, aunque unidos por el mismo culto druida que daba a su civilización una unidad cierta, hallábanse divididos en naciones en distinto grado de evolución. En el Sur y en el centro, los arvernos y los eduos, organizados sobre base aristocrática, estaban minados por movimientos democráticos; en el Norte, por el contrario, los belgas, menos adelantados, vivían todavía bajo un régimen de monarquía tribal. Pero sobre los diversos estados se había creado una federación de todos los pueblos celtas de la Galia, que estaba representada por un gran consejo que reunía a sus delegados y eventualmente tomaba decisiones relativas a la defensa común. Los estados celtas no solamente ocupaban la Galia y una parte de la isla de Bretaña, sino también el valle del Danubio, a través del cual establecían contacto con el mundo helénico. Algunas tribus gálicas, en el curso de la guerra de los diadocos, a

establecían contacto, por medio de simples barcas, con la isla de Bretaña, y Boulogne, más al Sur, adquiría prestancia de puerto comercial. La actividad económica existente en la Galia tenía ya suficiente importancia para permitir la acuñación de piezas de oro, al modo helénico. De esta forma, bajo el impulso de los galos, se había organizado en las cuencas del Danubio y del Ródano una potente economía continental europea firmemente entroncada con el comercio griego. Su frontera era el Rin.

Los germanos, que ocupaban toda la llanura entre el Rin y el Elba, vivían en un estado de civilización mucho más rudimentario. Casi nómadas, no conocían la propiedad privada de la tierra, permanecían completamente extraños a las transacciones comerciales, y se hallaban separados en tribus aisladas entre sí. Su religión, adaptada a las fuerzas de la Naturaleza, ignoraba aún toda significación moral. Siglos hacía que eran trashumantes, y después de haber cruzado Europa hasta el Danubio, habían sido rechazados hacia el Septentrión por los celtas. Se recordará que los cimbrios y teutones, refluyendo hacia Poniente, hablan tratado entonces de penetrar en la Galia por el valle del Ródano, pero Mario los había rechazado después de derrotarlos en Aix. Desde entonces venían ejerciendo una presión constante sobre el Rin, donde los belgas habían tenido que vivir en un incesante estado de guerra contra ellos.

Jarro con tapa, de estilo celta, del siglo V A. J.

El mundo céltico, entre la barbarie germánica y la cultura mediterránea, representaba en la época de César la civilización continental de una Europa en gestación, agrupada en torno a un culto de tendencia moral elevada y de grandes vías económicas que, del mar Negro al océano Atlántico, envolvían el Imperio romano. Desde el siglo IV antes de Jesucristo, los celtas habían intentado varias veces avanzar en dirección al Mediterráneo invadiendo Grecia, Italia y, finalmente, la costa de Provenza, donde Roma, al grito de Marsella, había establecido la «provincia» romana para contenerlos.

germanos se dejaba sentir al Este. Los helvecios, con el fin de librarse de ella, solicitaron autorización para cruzar la «provincia» y César se la negó, venciolos en el Morván y los rechazó hacia Suiza. Fue entonces cuando el Gran Consejo de la Galia, a propuesta de los eduos, pidió auxilio a César en su lucha contra los germanos, y las legiones romanas, avanzando rápidamente, frenaron a los invasores en el desfiladero de Belfort. La defensa de la Galia contra el peligro germánico condujo a César hasta el Norte, e instalado en el corazón de la Galia extendió su autoridad hasta las costas del Atlántico, erigiéndose en protector del partido de los propietarios. Con ello provocó un movimiento hostil a los romanos, pues si por un lado se aseguraba la colaboración de la casta aristocrática, por otro, la causa de la independencia venía a confundirse, en contra suya, con el movimiento democrático. En Bélgica, no obstante, donde una evolución social menos avanzada todavía no había levantado al pueblo contra la nobleza, y donde los reyes conservaban una autoridad indiscutida, el país hizo causa común contra la amenaza romana, y en 54, todas las tribus belgas se sublevaron atrayendo pronto a la rebelión a las masas populares del país (52).

Jarro con tapa, de estilo celta, del siglo V A. J.

Aparte de la aristocracia, que parece haberse mantenido al margen de la lucha, la Galia toda, bajo el mando único del cabecilla arverno Vercingetorix, formó un bloque muy compacto. Fue aquella una guerra despiadada. En el año 50, por fin, y después de haber sacrificado centenares de miles de galos en combate y de haber reducido a la esclavitud otros tantos, César se enseñoreó de todo el país.

La conquista de las Galias es un hecho fundamental en la historia de la Antigüedad, pues ella convirtió a Roma, cuya férula extendíase desde entonces por todo el occidente de Europa —Italia, Galia y España—, en el estado territorial más extenso de la cuenca mediterránea.

Botín de guerra cogido a los germanos por las huestes romanas.
Relieve de la Columna de Marco Aurelio. Roma.

CRASO ES VENCIDO POR LOS PARTOS

sobre el Tigris, su nueva capital, Tesifonte, echando los cimientos de una potencia que confirmaba la orientación de Mesopotamia hacia el Asia. La derrota de Craso se equipara en importancia histórica a la victoria de César, pues si una extendía la autoridad de Roma por todo el occidente del continente europeo, la otra vedaba su acceso al continente asiático. El Imperio romano quedaba obligado, desde entonces, a desplegar en Oriente una política de carácter marítimo y mercantil, y en Occidente, una de aspecto continental y terrestre. Sin embargo, al unir en un mismo estado todo el litoral del Mediterráneo, Roma iba a trasladar a las orillas del Tíber el centro y cerebro de toda la economía de la cuenca mediterránea.

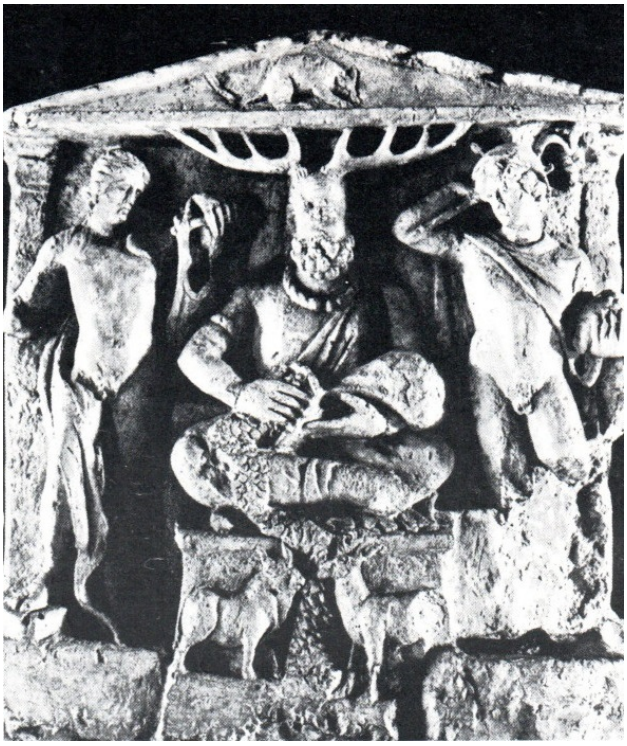
Cernuno, el dios cornudo galo. Relieve.
Museo de Reims.

habían de pesar sobre sus destinos.

El triunvirato no había conseguido acabar en Roma con los disturbios sociales. La muerte de Craso (53) y el alzamiento de la Galia (52) hacían que la situación pasase por un período crítico, y el Senado nombró a Pompeyo cónsul único, con plenos poderes para restablecer el orden. Mas los senadores, resentidos con el encumbramiento y popularidad alcanzados por Pompeyo, recelaban que pretendiera servirse de los ejércitos de España para instaurar la monarquía en provecho propio.

LA LUCHA ENTRE POMPEYO Y CÉSAR

No obstante, el Senado y Pompeyo, que no abrigaba el designio que se le suponía, terminaron por hacer causa común contra César, que era realmente quien constituía el verdadero peligro para la República nobiliaria. El Senado se aprestaba a llamar a César cuando este apareció con sus huestes en Italia. Quiso el Senado entonces volver al régimen legal, mas César, al contrario, aspiraba a conservar el gobierno de las Galias como Pompeyo guardaba el de España. Ante la negativa senatorial, cruzó el Rubicón (49) y pocos días después entraba en Roma al frente de sus tropas, dando comienzo de nuevo la guerra civil. Pompeyo, batido en Farsalia (48), huyó a Egipto, donde pereció asesinado, y César, que lo había perseguido, instalose en Alejandría. Al modo de Alejandro, se hizo consagrar allí hijo de Amón, y transformado de esta suerte en rey legítimo de Egipto se desposó en 48 con la joven reina Cleopatra, quien a la sazón disputaba el solio a su hermano Ptolomeo. Un hijo, Cesarión, fue el fruto de este matrimonio del conquistador romano y la reina egipcia. Perfilábase el plan de la fusión, bajo el mando personal de César, de los dos grandes estados mediterráneos aún subsistentes: la monarquía egipcia y la república imperial romana.

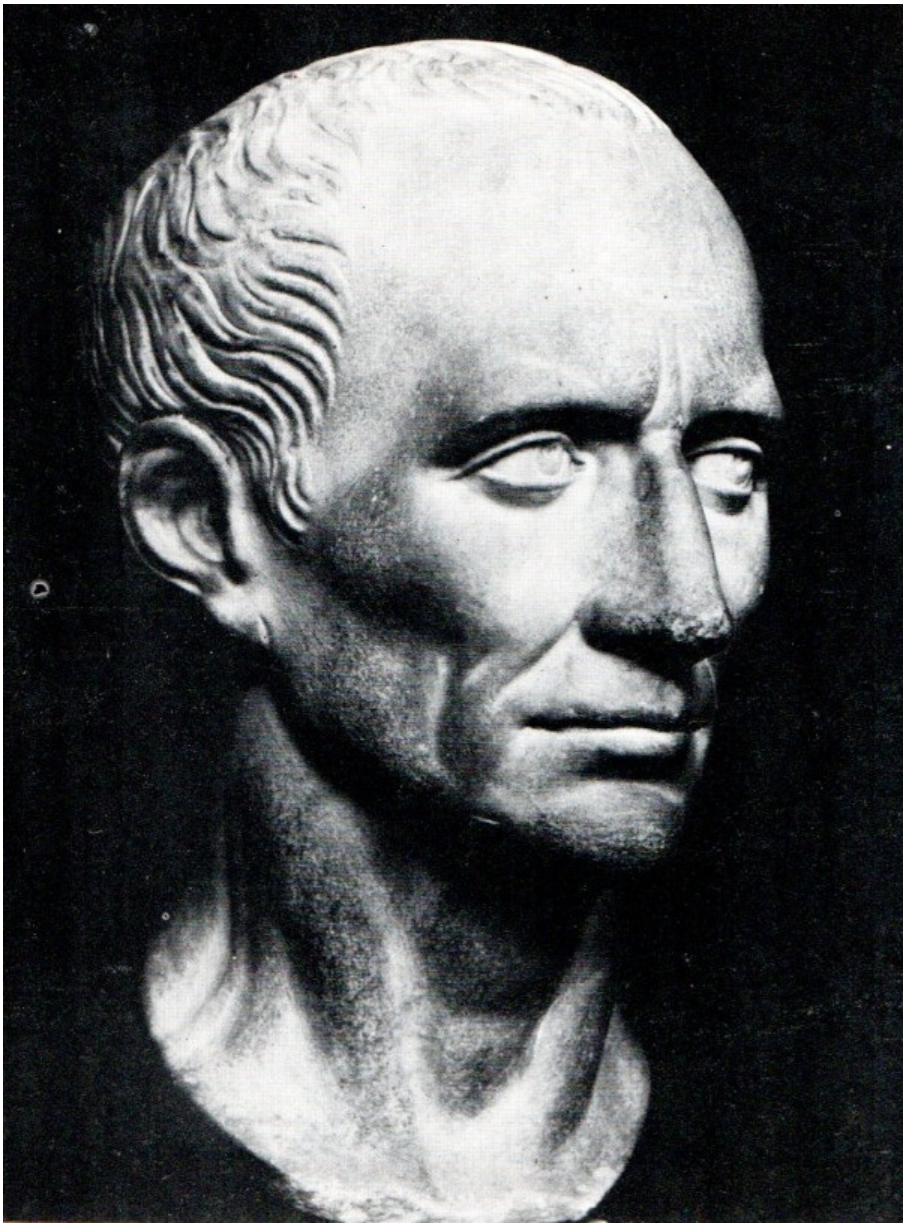


Cernuno, el dios cornudo galo. Relieve.
Museo de Reims.

Parece que, en efecto, César había concebido el designio de fundar, en favor de su hijo Cesarión, una monarquía hereditaria. El hecho de que César no llamase ya al Senado de Roma más que a occidentales —españoles y galos—, que no extendiese el derecho de ciudadanía al Oriente, la parte más rica y civilizada del Mediterráneo,

supremacía romana, los imperios de Roma y Egipto, y acaso el antiguo reino seléucida que César tenía la idea de reconstituir acometiendo para ello la conquista de la Patria.

Para realizar tan vasto proyecto, era menester convertir a Roma en un estado monárquico. César, al tiempo que combatía en África y en España, dedicose a aquello mediante una serie de reformas. Para restablecer el orden, intentó una verdadera refundición social y enfrentose con el angustioso problema de los parados y socorridos, que en número de 320 000 hacían gravitar sobre Roma una perpetua amenaza, expropió los grandes dominios vinculados a la nobleza y dotó de tierras a 20 000 familias, que formaron el núcleo de una nueva clase media; en Italia y las



C. Julio César.
Palacio del Conservatore. Roma.
Museo Británico, Londres.

CÉSAR ASPIRA A LA MONARQUÍA

provincias, se repartieron tierras a 80 000 proletarios. Con ello, el número de los socorridos descendió a 150 000, y por lo que atañe a la pequeña burguesía, endeudada en su mayor parte a consecuencia de la guerra civil o arruinada por el capitalismo, proclamó una moratoria que cancelaba las deudas por pequeños alquileres atrasados y anulaba los intereses no abonados. Quedaba, no obstante, la formidable potencia capitalista, que César dominó sometiendo las sociedades de publicanos y los bancos a una rigurosa superintendencia, y para impedir en lo sucesivo los abusos en la percepción de impuestos, encargó su administración a un servicio de nueva creación dependiente del Estado.

publicanos y los bancos a una rigurosa superintendencia, y para impedir en lo sucesivo los abusos en la percepción de impuestos, encargó su administración a un servicio de nueva creación dependiente del Estado.

Percatándose de que no sería posible contrarrestar la oposición de la nobleza, resolvió inutilizarla transformando el Senado en consejo consultivo del Imperio, compuesto en adelante de 900 miembros y mediante el ingreso de hombres nuevos, centuriones e hijos de libertos que le eran completamente adictos, oriundos de las Galias y de España. Los comicios, sobre los cuales pretendía César asentar su poder, perdieron de hecho toda su autoridad y ya no fueron convocados más que para votar leyes frumentarias destinadas a hacer una propaganda espectacular del flamante régimen. Al mismo tiempo, se aumentó el número de las antiguas magistraturas republicanas.

Mitrídates II, de Partia. Busto en un tetradracma.
Museo del Estado. Berlín.

Roma dejó de ser dueña de un Imperio para transformarse en residencia del dictador, dueño del Estado.

En efecto, fue en torno al dictador como se constituyó el nuevo gobierno central. Jefe del Ejército, es él quien extiende los nombramientos de oficiales. Jefe de la justicia, se reserva para sí el ejercicio de las funciones supremas. Encarga a funcionarios egipcios la tarea de organizar una administración financiera imperial y crea el presupuesto de Estado; los de provincias, se anuncian en Roma y en los países correspondientes; se unifica el impuesto y se obliga a efectuar el pago en moneda. Roma ya no será más, para el Imperio, el amo que explota, sino el soberano que gobierna.

Ruinas de la Basílica Julia, en Roma.

Para convertirla en verdadera capital, César la concibe como una urbe moderna, bien construida y mejor administrada, según un plan grandioso que no habrá de ser realizado hasta el primer siglo después de Jesucristo. Y para emular a las metrópolis helénicas, procura atraer a Roma a la más selecta intelectualidad helenizada con la fundación de bibliotecas.

Parece ser que, en esta concepción de César, Italia debía ser el núcleo al que progresivamente habrían de adjuntarse todas las provincias occidentales.

Con objeto de hacer de Italia un estado compacto y unificado, se uniformó el estatuto de todos los municipios y colonias; administrativamente autónomas, fueron estas gobernadas por dos magistrados escogidos, que eran a la vez jefes de la administración y de la justicia, y encargose la unificación de sus derechos locales, sobre la base del derecho civil romano, a comisarios dotados de plenos poderes.

Sicilia y la provincia Narbonense obtuvieron el derecho de ciudadanía, quedando integradas en el estado nacional romano. Inspirándose en sistemas egipcios, y para permitir a Italia un amplio desarrollo económico, César la dotó de protección aduanera, a la vez que para lograr una primacía financiera, reservó a Roma la acuñación del oro.

Así como Alejandro había querido hacer de los colonos macedonios la base de su imperio, César quiso afianzar el suyo con la expansión del proletariado romano, que envió a constituir colonias por todos los centros principales. En Oriente, estos

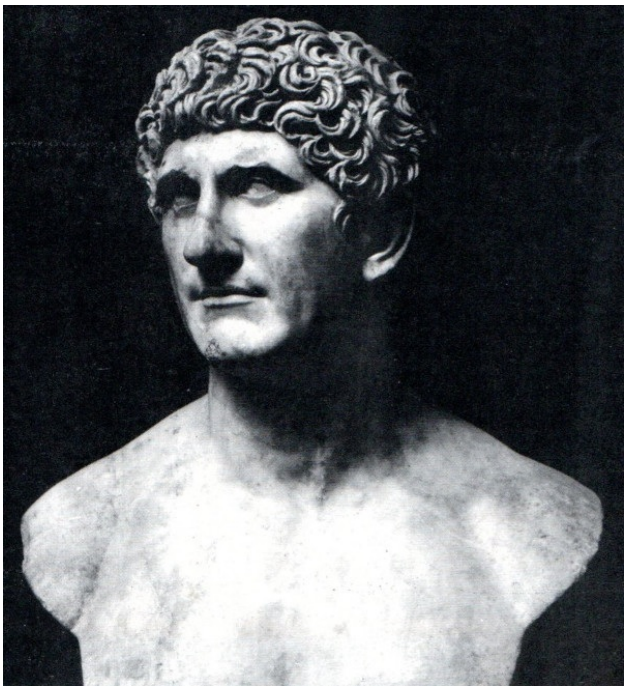
colonos fueron rápidamente absorbidos, pero en Occidente, donde las colonias marcaron el comienzo de una amplia política urbana, su lengua, por su carácter universal, se impuso espontáneamente a la de los indígenas. La obra inmensa realizada por César reclamaba ser coronada con la institución de la monarquía. Solo quedaba en pie una dinastía que, a pesar de su decadencia, seguía representando la noción de la monarquía divina, sobre cuya base habían vivido todos los imperios orientales, la de los Ptolomeos. Al enlazarse con ella, por su desposorio con Cleopatra, César se erigía en legítimo heredero de los faraones y de Alejandría, de quienes emanaba el poder de los Ptolomeos. Los egipcios consideraban la soberanía como directamente dependiente de la divinidad; las ideas panteístas y estoicas llevaban a los griegos a admitir que el espíritu divino se manifestaba más señeramente en los grandes hombres. Y he ahí por qué muchas ciudades griegas habían otorgado a César, para agradecerle la restauración de la paz, el epíteto de «divino». El Oriente estaba pronto, unánimemente, a aceptar la creación de una dinastía juliana[1], pero había que convencer a los romanos. César había instalado ya en Roma a Cleopatra rodeada de su corte y él vestía el ropaje de los reyes helénicos, hacíase erigir, como los faraones, un santuario bajo el nombre de Júpiter Julio, y estatuas en los templos, dedicando a Cleopatra, reina y diosa, un templo con la advocación de *Venus Genitrix*[2]. Propalando él mismo la leyenda de su origen divino, creó un clero especial para celebrar el culto de «César, dios vivo». Para implantar en Roma la monarquía faraónica no le quedaba, pues, sino asumir el título de rey, que el Senado parecía propicio a darle cuando sucumbió bajo los puñales de Bruto y sus cómplices (44). Bruto representaba la oligarquía y sus privilegios más aún que el ideal republicano, que el identificaba con el derecho de los senatoriales a explotar el mundo en provecho propio. ¿No había arruinado él mismo a la ciudad de Salamina, en Chipre, con sus préstamos usurarios?

Busto de Cicerón.
Galería de los Oficios. Florencia.

Con el asesinato de César, Roma se libraba de la monarquía que hubiera subordinado a sus propios intereses los del imperio, pero al rechazar la fórmula monárquica que César había propuesto, sin oponerle ningún otro régimen posible, recaía brutalmente en la guerra civil.

4. Antonio y Octavio: monarquía helénica contra dictadura romana

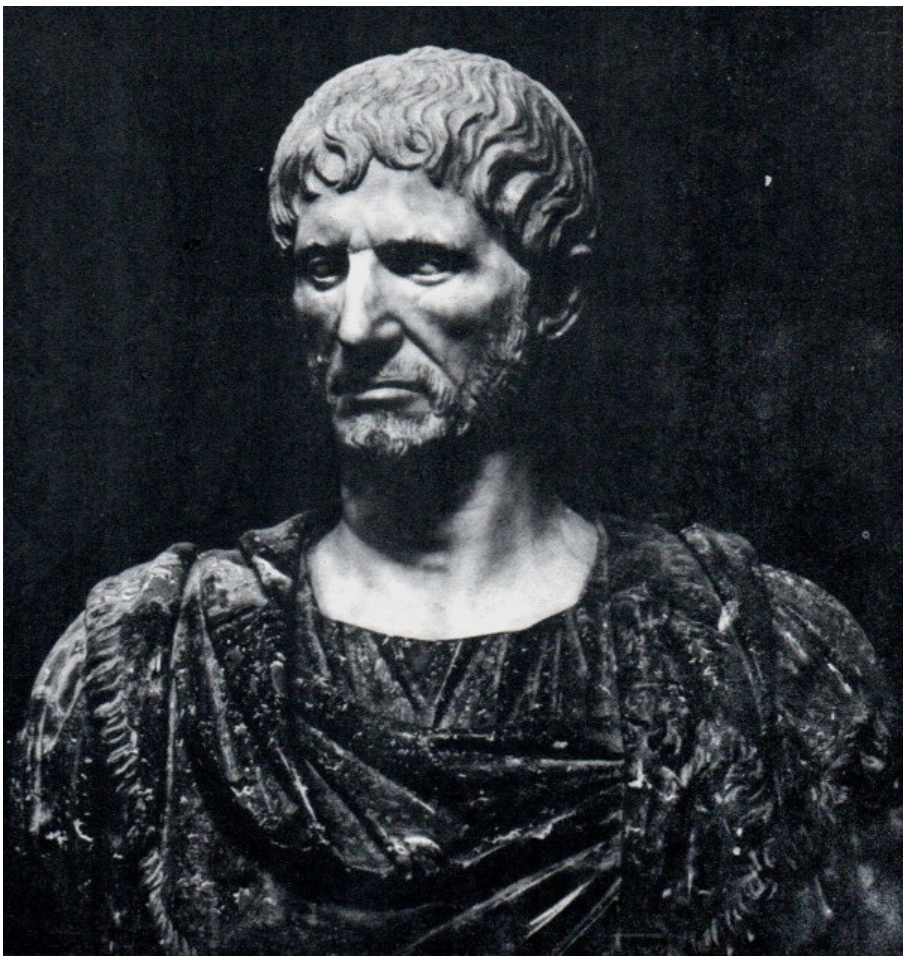
El asesinato de César volvía a colocar el mundo ante la misma crisis a que parecía haber escapado. ¿Habría una monarquía universal establecida sobre las ideas del derecho natural, desarrolladas en el mundo helénico, o un imperio sojuzgado por la aristocracia romana? En Roma, y mientras resucitaba el partido republicano, Cicerón hizo promulgar por el Senado una amplia amnistía general y la abolición de la dictadura, pero la solución republicana ya no era posible, pues válida para Roma y hasta para Italia, no respondía a las necesidades imperiales. Como antaño Demóstenes cuando pugnaba con Filipo, el partido republicano, al repudiar el ideal monárquico, no se daba cuenta de que abogaba por una fórmula caduca, y al reclamar con el Senado el retorno a las instituciones republicanas aspiraba quizá a restaurar la libertad en Roma, pero imponía la servidumbre al imperio todo. Ahora bien Roma, en lo sucesivo, resultaba inseparable del imperio. El pueblo romano, cosmopolita y formado a la vez por ciudadanos y peregrinos, no identificaba ya la República con la libertad; no veía en ella sino el triunfo de los privilegios de la clase senatorial y de la opresión capitalista. César le había aportado tierras y reformas democráticas; el partido popular —así como todo el Oriente helénico, que consideraba la monarquía como el fin de las arbitrariedades romanas— simpatizaba con César. Estalló la guerra civil y Cleopatra, llevando consigo a su hijo Cesarión, salió precipitadamente de Roma rumbo a Alejandría. En Roma, los magistrados, fuere cual fuere su partido, abalanzáronse, como antes lo hicieran ya, a la rapiña del imperio, disputándose los gobiernos provinciales. Octavio, hijo adoptivo de César, se apoderó de Roma y en octubre del 43 concertó un pacto con los otros dos portavoces del partido cesáreo, Lépido y Antonio, en virtud del cual se unían los tres en un triunvirato constituyente. Dueños del porvenir, se repartieron entre sí los ejércitos y las provincias y lanzáronse contra el partido republicano a fuer de continuas proscripciones, en el curso de las cuales pereció Cicerón entre los millares de senadores y caballeros que fueron pasados a cuchillo. El capital y todas las rentas de las clases adineradas quedaron sometidos a impuestos tales que eran casi expropiaciones. En el año 42, antes de Jesucristo, César era proclamado dios y con ello la política monárquica se afirmaba.



Herma del triunviro Marco Antonio.

EL TRIUNVIRATO CESÁREO

Octavio instalose en Roma, donde el Senado hubo de inclinarse ante su omnipotencia; Lépido marchó a la provincia de África, y Antonio fijó su residencia en Éfeso. Resuelto este, como sus otros dos colegas, a quedarse con todo el imperio, se preparó para la pugna decuplicando el tributo de las provincias de África para acumular de este modo un tesoro de guerra.

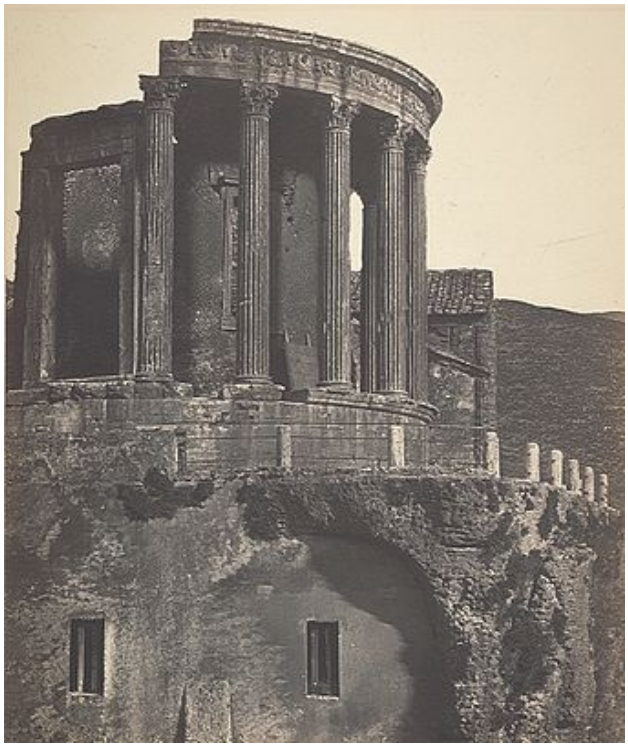

Lucio Junio Bruto, antepasado del asesino de César.

Pero Antonio, alejado de Roma, no tardó en ser conquistado por el Oriente. No quedaba allí más que una sola potencia: Egipto, que bajo el genial impulso de Cleopatra se disponía a entrar en el palenque para disputar a la poderosa Roma el señorío del mundo helénico.

EGIPTO VUELVE A ENTRAR EN ESCENA

Con asombrosa lucidez, comprendió Cleopatra que para devolver a su patria la posibilidad de jugar un papel internacional era preciso romper la autarquía en que agonizaba. Y no vaciló. Suprimió el monopolio de la banca real y los del aceite y la sal, devolvió la libertad a todo el comercio, incluso al de la plata, y en los dominios del Estado quedaron abolidos los arriendos a perpetuidad, sacándose las tierras a subasta pública. Tan radicales reformas, que reintegraban a Egipto en la economía internacional, no podían triunfar sino con la restauración de una moneda fuerte, y para ello era necesario proporcionar a la monarquía recursos que le permitieran reconstituirla, lo que Cleopatra logró con una sola providencia: aboliendo la inmunidad de los templos, poniendo otra vez las propiedades sacerdotales bajo la administración del Estado y restableciendo el presupuesto de cultos. En cuanto a la liquidación de los agobiadores empréstitos que Ptolomeo XIII Auletes había suscrito en otro tiempo con Roma, César ya había hecho posible su cancelación al rebajar el rédito usurario que él mismo, como gobernador de Siria, y el gremio de banqueros romanos le habían arrancado al rey acosado.

Tal vez no se hubiera realizado nunca una reforma económica, fiscal y social de tanta trascendencia, pero para hacerla posible era preciso que Cleopatra dispusiese de una potencia militar que Egipto no tenía. Resolvió pedírsela a Antonio y partió para Tarso, donde este a la sazón residía; en 41, regresó con él a Egipto, donde no tardaron en contraer nupcias. A partir de entonces, Antonio, quitándose la careta, iba a aspirar a la instauración monárquica ligándose directamente a la tradición helenística.


El llamado Templo de la Sibila, en Tívoli.

Mas su política hizo que de nuevo estallara la guerra civil en Roma. El Senado, dominado por Octavio, no vaciló, para debilitar a Antonio, en sacrificar las comarcas más feraces del imperio, incitando a Orodes, rey de los partos cuyas huestes habían batido a Craso, a atacarle. La coyuntura para reconstituir el Imperio persa era única, y Orodes la aprovechó y conquistó Antioquía Jerusalén y Siria, aprestándose a penetrar en Asia Menor cuando Antonio reaccionó. Para resistir al peligro asiático, lanzó una llamada de solidaridad a los pueblos marítimos y tras rechazar lejos de las costas a los ejércitos partos restauró, para tenerlos a distancia, una serie de monarquías a todo lo largo del Mediterráneo y del mar Negro. En 37, ocupó Herodes el trono de Jerusalén. El Ponto, Cilicia y Capadocia quedaron reconstituidos en reinos. Cesarión fue reconocido, a la vez, como heredero de César y, mancomunadamente con Cleopatra, como soberano de Egipto, nación a la que estaba unido el gran mercado de Damasco, en Siria.

Era ello el triunfo de la política de Cleopatra. Egipto recobraba en Oriente su acción hegemónica, y tornando a su política legendaria, propendía al señorío sobre Siria, que Herodes, apenas entronizado, pretendía arrebatarle.

Por encima de las monarquías orientales, reinstauradas por su sola voluntad, Antonio aparecía con las funciones de monarca de un imperio concebido como federación de estados.

Pero en aquel momento se dislocaba el triunvirato. Lépido, enzarzado en competencia contra Octavio, se vio privado del gobierno de África, y a partir de entonces, el mundo solo tenía dos amos: Octavio, que mandaba en Occidente, y Antonio, en Oriente.

Antonio aspiraba al señorío del mundo por la hegemonía de Oriente, y por eso, haciendo suyos los grandes proyectos políticos de Alejandro y de César, se lanzó a la conquista del reino de los partos, encrucijada donde se encontraba la ruta de la India, las de Armenia y del Cáucaso, y las importantes vías del tráfico que, atravesando el

Asia Central, alcanzaban la China. Pero este nuevo ensueño de imperio universal condujo otra vez a un desastre. Nuevamente la unión en un solo imperio del continente y del mar resultaba del todo imposible.

Relieve con el retrato de un personaje que se supone sea Horacio.

Vencido en el continente, Antonio se volvió hacia el mar, y acomodándose después de Cleopatra a la política ptolomeica, quiso constituir su poder a base de las hegemonías marítima y comercial de Egipto. En el año 34, se incorporó la Siria meridional, Fenicia y Chipre, al tiempo que a los vástagos que había tenido de Cleopatra adjudicábales Armenia, la Siria septentrional, Cirenaica y hasta la Media, cuya conquista continuaba siendo su anhelo más vivo.

Así, pues, en Oriente se gestaba un vasto imperio dinástico cuyo centro debía ser Egipto, mientras que a través de todos los países helénicos pasaba una magnífica ráfaga de renacimiento ético y cultural que había de dejar profundas huellas.

TRIUNFO DE OCTAVIO

Pero mientras Antonio unificaba el Oriente bajo su mando, Octavio se instalaba sólidamente en Occidente. Aquí ninguna tradición favorecía la instauración del poder monárquico, por lo que no tuvo más solución que aparecer como un dictador que hablaba en nombre de la potencia romana. Preparaba, no obstante, un poder personal, haciendo que le prestaran juramento Italia y las provincias que detentaba. Entre Octavio y Antonio, entre Occidente y Oriente, la lucha era inevitable, y en 32, Roma declaró la guerra a Cleopatra. Vencida en Accio la flota de Antonio (31), el imperio de Oriente, que no descansaba más que sobre las fuerzas romanas de su mando, se hundió y Octavio entró triunfante en Alejandría. Antonio y Cleopatra se suicidaron, y el prestigioso reino de los faraones quedó incorporado de nuevo al Imperio romano cuyo único dueño iba a ser Octavio, con el título de Augusto.

5. Roma, capital intelectual

APOGEO CULTURAL DE ROMA

Durante la gran crisis en cuyo transcurso construyó su imperio y perdió sus instituciones democráticas, anegadas por la demagogia, Roma alcanzó un desarrollo intelectual en el que se reflejan todas las tendencias de su dramática historia. En él, el Teatro ocupa un lugar de primer plano, pero se trata de un teatro fundamentalmente espectacular, para el pueblo; el circo se convierte en un medio de propaganda política explotado por los jefes de partido, que ofrecen a la muchedumbre deslumbrantes fantasías: pintorescas y suntuosas cabalgatas de camellos, fieras y animales salvajes, tropas multicolores, así como aquellos atroces combates de gladiadores que los dictadores pusieron de moda para satisfacer el sadismo de la población romana. La comedia burguesa introducida por Plauto, a imitación de los alejandrinos, da paso a la burda farsa, a las atelanas o entremeses que buscan inspiración en la mofa de las costumbres públicas, y a las pantomimas que sacan a escena los sucesos cotidianos y hasta las aventuras galantes del mismo César.

La sátira se emplea con amenidad en el comentario de los manejos de los prohombres políticos de la época.

Pero mientras la masa acude a los espectáculos y se apasiona por la política, la minoría selecta se heleniza volviéndose hacia la cultura griega. En los medios elegantes no se habla más que de literatura alejandrina. La elocuencia política y forense se ajusta a la escuela «asiática», florida y gárrula, o profesa el sobrio aticismo de Demóstenes. La ciencia jurídica recibe la influencia profunda del derecho natural, cuya base son las ideas helénicas. El más conservador de los romanos, el mismo Varrón, castizo y hostil al cosmopolitismo y a la economía internacional, no deja de ser por eso un espíritu enciclopédico empapado de filosofía griega. Como los soberanos orientales, los estadistas escriben memorias; los Comentarios de César constituyen el alegato político de un demócrata conquistador del mundo; la historia contemporánea se hace una ciencia, y Salustio estudia las causas de la revolución democrática que se está desarrollando ante sus ojos.

Templo de la Fortuna Virilis, en Roma. Siglo III A. J.

Entre el partido senatorial aristocrático y el demócrata, Cicerón, que trata de formar una tercera fuerza con tendencias moderadas, conservador y liberal al mismo tiempo, es el espíritu más preclaro de su época. Para él, Roma no debe dominar el orbe, sino protegerlo. Como Sócrates, Cicerón es un ciudadano del ancho mundo que ha podido ser comparado a Voltaire y a los enciclopedistas por la influencia ejercida sobre sus contemporáneos. Su tratado de Retórica es también un ensayo de filosofía del arte, y en *De Republica* y *De Legibus* intenta dar al derecho una base metafísica,

preconizando una reforma de la Constitución romana que aliase la monarquía con la aristocracia y la democracia. Pero las épocas de crisis no escuchaban a los selectos y Cicerón predicó en el desierto; el imperio, fuera cual fuese el influjo de Cicerón sobre la política de Augusto, buscó su apoyo en intereses inmediatos que lo empujaron a horrendos dramas, y no por perspectivas que habrían podido darle una base estable.

De ello se percataban, cada vez más, los espíritus cultos. A la desenfrenada sociedad romana se le embota el pensamiento y obra espoleada por fuerzas ciegas y estúpidas. Así, al margen de las turbas, se constituye un mundo de aficionados que se entrega al estudio desinteresado. El elegante y escéptico Ático, no menos usurero que letrado, se refugia en su copiosa biblioteca de refinado hombre de mundo y lo lee todo y nada escribe. Y el aristócrata cisalpino Cornelio Nepote hace compilaciones históricas frecuentando los salones.

En los círculos intelectuales, el pensamiento toca singulares cimas. El provincial Catulo, el más acabado prototipo del diletantismo, practica el arte por el arte, opone a las masas su individualismo integral, y mientras en la urbe resuenan las estridencias del motín, el poeta se exalta, como los alejandrinos, en alas del lirismo de una pasión amorosa salpicada de erudición y galantería.

Todo el pensamiento de la época se halla dominado por la gran figura de Lucrecio, quien, aislado en su altivo retiro, pretende ignorar a Roma por el universo. Instruido de cuanto ha producido la filosofía antigua, trata de comprender el sentido de la vida y, discípulo de Epicuro, desemboca en el positivismo antirreligioso. Frente al misticismo popular, hace la afirmación materialista y niega la existencia de Dios; atomista, desarrolla antes que Descartes la teoría del mecanismo universal y cree en la perennidad de la materia, en la infinidad de los mundos, en la natural evolución de los seres; desprendido de los intereses inmediatos, predica una moral de resignación y el culto de la sabiduría. En oposición a la especulación oriental, mística y religiosa, Lucrecio representa lo más noble del materialismo romano que, con él, alcanzó una orgullosa visión científica del orbe.

CAPÍTULO DÉCIMO

Dominio de la economía universal en Asia y hegemonía de la China (Del siglo III al II A. J.)

1. La India, centro de la economía mundial

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL IMPERIO MAURIA

En el siglo VI antes de Jesucristo, Asia había sido sacudida por un movimiento idealista, con Buda en la India y Lao-Tsé en la China. Sucedía aquel movimiento al mazdeísmo nacido en el siglo VII y paralelo al ímpetu místico que en la época saíta triunfaba en Egipto y ganaba Grecia, donde Platón coronaría con belleza el ciclo universal del soplo idealista. En el siglo IV, cuando la economía adquiría cada vez más un carácter internacional y enlazaba estrechamente la India al Occidente, Aristóteles reemplazaba el idealismo platónico con una concepción realista, contemporánea de las conquistas de Alejandro, y Mencio, en China, daba al sistema monárquico, en plena formación, una doctrina pragmática a la manera de Confucio.

Es la época en que la India y China adoptan la forma de grandes estados monárquicos, siguiendo una evolución análoga a la de los estados helénicos. Recordemos que, en 321, Chandragupta había fundado, en la cuenca del Ganges, la dinastía mauria, que rápidamente había extendido su autoridad por todo el norte de la India, englobando los valles del Ganges y del Indo. Instalose allí una monarquía de origen divino, probablemente inspirada en los principios helenistas que Chandragupta había recibido de Alejandro. Seleuco I había intentado reintegrar las provincias indias a su imperio, y fracasado en su designio, había concertado con el reino mauria un tratado de alianza que mantenía entre los dos reinos relaciones económicas amistosas y por cuyas cláusulas venía a ceder a Chandragupta la provincia de Gedrosia (Beluchistán).

En el siglo III, el Imperio mauria no cesó de acrecentar su potencia, y bajo el reinado de Azoca (274-237), que marcó su apogeo, se extendió por la costa de Malabar, cuyas abras cobraron considerable importancia, anexionándose toda la India Central. Solo se le escaparon las comarcas meridionales de la India, donde los estados marítimos dravidianos de Kerala, Pandia y Chola conocían una gran prosperidad merced a su posición intermedia entre Arabia y Egipto, por una parte, y la India del Norte y la Insulindia por la otra.

Después de las conquistas de Azoca, la India pasó a ser el imperio más populoso y más rico de la Tierra, pero formaba, tanto desde el punto de vista político, como

étnico o social, un conglomerado sumamente heterogéneo. Azoca, aunque unificando en lo posible el poder, respetó las divergencias culturales y sociales de sus estados y dividiolos en cuatro virreinatos: Panjab, Malva, Kalinga y Dekán. El principio gubernamental, como antaño en el Imperio persa, fue un absoluto respeto a la autonomía local, cuya unidad administrativa era la ciudad o la aldea.

EL BUDISMO CONQUISTA ASIA

Azoca trataría, en desquite, de dar a sus estados una unidad moral. Después de las cuantiosas pérdidas humanas que sus conquistas habían exigido, habíase convertido al budismo, estando inspirado desde entonces todo su reinado en un fondo de ideas místicas y caritativas. Una gran corriente de misticismo y solidaridad social iba a atravesar la India en el instante mismo en que se desenvolvía, en Egipto, el culto isíaco, y en que el estoicismo hacía surgir en todo el ámbito helénico las teorías del derecho natural, posteriormente base de la legislación social de las urbes griegas. En la India, mezcláronse las dos tendencias. Fue Azoca un rey-monje que traspuso el misticismo al plano político. En Grecia, las reformas realizadas bajo la presión de reivindicaciones proletarias cobraban hálitos revolucionarios; en la India, inauguradas por el rey como beneficio, se integraron en el plano de la moral y del amor universal. Quería Azoca que el gobierno diese el ejemplo de la virtud, practicando una política de ayuda social. Hizo abrir pozos para abastecer de agua potable a la población, plantar árboles frutales a lo largo de los caminos frecuentados, fundó hospicios y hasta hospitales para animales enfermos, estimuló el cultivo de plantas medicinales, redactó providencias para invitar al pueblo a la práctica de las virtudes éticas, dio absoluta tolerancia en materia religiosa, e inspiró más humanidad en el trato a los esclavos. Al mismo tiempo, organizaba una jurisdicción real, confiada a altos magistrados, basada no en la preocupación de garantizar el orden, sino, como en Egipto, en la moral y la equidad, y dio instrucciones casi similares a las que los ptolomeos daban en la misma época a sus funcionarios, recordando a los agentes del rey que su misión consistía en amparar a sus administrados y que debían mostrarse educados y justos aun con los condenados y los pueblos bárbaros.

Tales edictos de Azoca, que aún hoy figuran entre los más nobles afanes de la humanidad para lograr el triunfo de la caridad universal, asentábanse a su vez en las concepciones brahmánicas y budistas, pudiéndose aplicar por consiguiente a todos los indios, fuere cual fuere el credo religioso que practicasen.

Fue, por tanto, en torno al culto budista como Azoca trató de agrupar a sus pueblos. En 253 —cuando en Egipto los ptolomeos reunían los primeros concilios de altos sacerdotes de todos los ritos para asociarlos en una Iglesia nacional—, convocó en su esplendorosa capital de Pataliputra un concilio budista presidido por su propio hermano, que había ingresado en las órdenes monásticas para acometer la evangelización del mundo. Al empeño de universalismo religioso, realizado exactamente en la misma época en Alejandría por la teología grecoegipcia, que al

unir las devociones solares y agrarias en el culto único de Sarapis intentaba dar a todo el Oriente una misma religión, correspondía en la India la política de evangelización emprendida por Azoca para propagar el budismo por el universo entero.

Sarnath: la «Estupa». Se levanta donde Buda predicó por primera vez.

«Estupa» de Sanchi. Siglo III A. J.

Partieron misioneros a Ceilán, Cachemira, Gándara, al Asia Central, y hasta una providencia real elaboró un plan de predicaciones para los estados helenísticos donde reinaban entonces: en Siria, Antíoco II; en Egipto, Ptolomeo II, y en Macedonia, Antígono Gonatas.

La India entera, Birmania y la isla de Ceilán quedaron convertidas al budismo. Pero en Egipto, Siria y Macedonia, los misioneros budistas fracasaron porque los cultos misteriosos habían ya aportado allí a las almas devotas la religión de salvación que ansiaban, y porque el sincretismo solar respondía al anhelo de universalismo que entonces hacía vibrar al mundo civilizado.

Así, aunque nacido del genio indoeuropeo, el budismo no encontró eco alguno entre los pueblos —en gran parte indoeuropeos también— del ámbito grecoriental; en cambio, llegaría a conquistar toda el Asia.

LA ECONOMÍA DE LA INDIA SE ORIENTA HACIA EL MAR Y EL OCCIDENTE

La India, en la centuria tercera, es el gran foco religioso del mundo, y también el centro económico más poderoso. Su acción sobre la política occidental, como antes se dijo, fue decisiva. La posesión de la ruta de la India, tanto por tierra como por mar, fue el objetivo de las guerras en que acabaron por arruinarse los reinos de los seléucidas y de los ptolomeos, y por eso las misiones diplomáticas convergieron hacia Pataliputra. El rey seléucida era aliado de Azoca; los ptolomeos enviaron a la India misiones científicas y económicas, embajadores y sabios. Y en el siglo II, los navegantes egipcios, dejando de recurrir al intermedio de los árabes, arribaron con sus propios barcos hasta los puertos.

La corriente económica que ligaba la India con Egipto y que hizo de Alejandría el emporio de los productos indios, integró aquel país al ámbito marítimo y, por consiguiente, a la economía mediterránea, de la que parecía inseparable.

A despecho de su riqueza, la dinastía mauria no conoció sino una existencia efímera, y se extinguió en 185 a falta de descendientes. Y lo mismo que el de Alejandro, el imperio de Azoca se desmoronó en el momento mismo en que la paz de Apamea (188) confirmaba la decadencia del Imperio seléucida. Su simultánea caída determinó un desequilibrio en el Asia Central en provecho de los dos estados que allí se habían constituido en el curso de las guerras que siguieron a la muerte de Alejandro: el reino iraniano de los partos y el griego de Bactriana.

2. El reino parto y los reinos helénicos del Asia Central[*]

EL REINO PARTO DE LOS ARSÁCIDAS

Alejandro Magno había conquistado todo el antiguo Imperio persa, y en el transcurso de la guerra de los diadocos la mayor parte del Asia Anterior había caído en manos de Seleuco. La política helénica practicada por Alejandro y sus sucesores había encontrado en los iranianos, por motivos religiosos, una oposición muy tenaz. El mazdeísmo, imbuido de concepciones místicas y morales del zoroastrismo, ejercía un influjo cada vez más profundo en la vetusta Media, su centro anterior, y ya bajo los aqueménidas había manifestado ciertas tendencias a un nacionalismo religioso, paralelas a las que sentía el pueblo judío.

Estas tendencias habían dado por resultado la constitución, en la Media septentrional, de un estado nacional persa: el reino de Atropatena, agrupado en torno a la religión de Zoroastro. De la Media, el movimiento se había propagado a Pérsida. Allá por 250, aprovechando la guerra en que Antíoco II estaba comprometido contra Egipto, Arsacés había fundado, al sudeste del mar Caspio, el reino independiente de la Partia, constituido por una población mezclada de iranianos y escitas, estos últimos rama de la raza iraniana. Asentando al comienzo su capital en Zadracarta, a orillas del Caspio, Arsacés, se aseguró el dominio de los puertos de este mar, que lo ponían en relación directa con las regiones del Cáucaso.

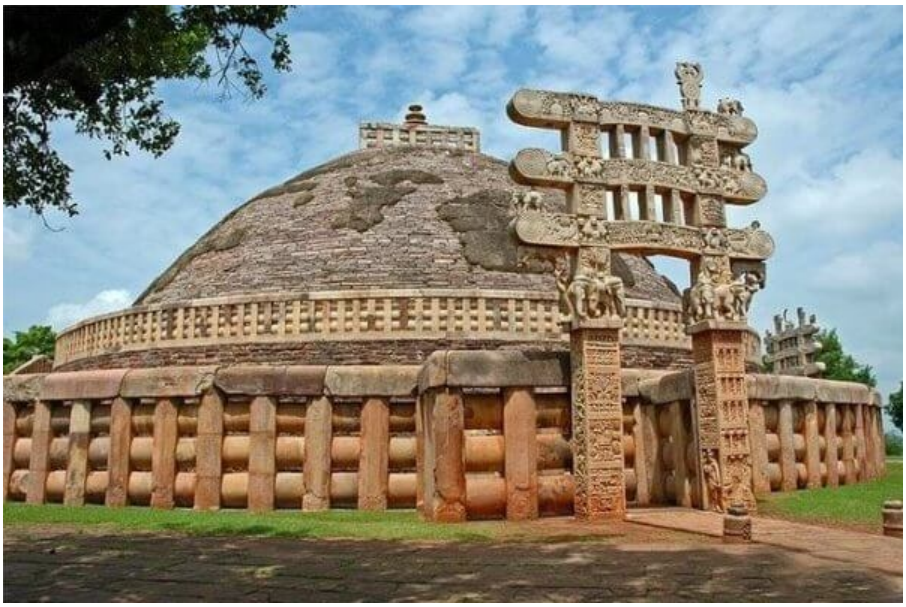
Hacia 200, los arsácidas se apoderaron de Ecbatana, dominando con eso las vías marítimas y terrestres que enlazaban el Cáucaso a la India, así como la ruta caravanera de Mesopotamia a la China. Estas dos grandes calzadas se encontraban en Hecatómpilos. Los arsácidas trasladaron allí sin demora su capital, que bajo Mitrídates I (174-136) alcanzó notable esplendor.

Cuando se hundió la potencia seléucida bajo Antíoco IV, las huestes arsácidas se adueñaron de la gran metrópoli mesopotámica, Seleucia del Tigris, que había sustituido a Babilonia como centro económico del Asia Anterior, y tal conquista —que no había de ser definitiva hasta 129— les hizo árbitros de todas las relaciones continentales del Occidente con las Indias y el Lejano Oriente. Desde entonces, Parda quedó integrada, por el Tigris, a las economías helénica y mediterránea; por Hecatómpilos, a la del Asia Central, y por las aguas del Caspio, a la del Cáucaso y la

llanura rusa. Dominaba, como puede verse, toda la economía continental, del mismo modo que Egipto se había enseñoreado, a su vez, de la totalidad de la economía marítima.

He aquí la explicación del carácter mixto de la civilización parta. Iraniana por su religión, experimentaba la atracción de la economía helénica que entonces se

CARÁCTER CONTINENTAL DE LA CIVILIZACIÓN PARTA



Portada oriental de la «Gran Estupa» de Sanchi.

extendía hasta la India, como queda demostrado por el hecho de que las monedas de oro acuñadas por los arsácidas eran de tipo helenístico.

La Partia, sin embargo, por el hecho mismo de no poseer las costas mediterráneas, no continúa la civilización cosmopolita del Imperio persa de los aqueménidas, ya que su cultura se entronca directamente con la terrestre de los medos y, desde el punto de vista social, se distingue también de los estados helénicos. Esencialmente continental, no conoció aquella gran evolución urbana que entonces transformó tan profundamente a todos los estados marítimos del Asia Anterior, pues a pesar de sus grandes centros urbanos continúa siendo en conjunto un estado terrestre y feudal. La corriente económica se concentra en las rutas internacionales del comercio, en las grandes ciudades que conservan cierto cosmopolitismo y en los lugares donde se usa el griego como lengua de negocios. Pero fue el arameo, idioma de la economía continental, entonces extendido del Tigris al Mediterráneo, y no el griego, lengua de la economía marítima, el que —con el iraniano— fue adoptado como idioma oficial por los arsácidas. Fuera de estas rutas, fuertemente helenizadas, el pueblo permanece agrupado bajo un régimen señorial a cuyo mantenimiento contribuye la influencia de los magos.

Hay en esto un curioso fenómeno que recuerda el de Palestina en la época en que la regía Salomón, cuando aparte de Jerusalén, centro económico internacional, el pueblo quedó apegado a la gleba y permaneció fiel a su religión nacional, representada por un numeroso grupo de profetas hostiles a todo influjo forastero.

No fue, pues, como ocurriera en los pueblos mediterráneos, el cosmopolitismo de las grandes ciudades lo que determinó la civilización del reino parto, sino el profundo sentimiento nacional y religioso de los habitantes de la tierra baja.

Copa aqueménida de oro en forma de león alado.

Durante casi cinco siglos —desde 250 años antes de Jesucristo hasta 226 después—, todo el reino parto, bajo la férula de sus reyes sacerdotales, reaccionó contra el helenismo, tornando cada vez más al mazdeísmo, sobre cuya tradición había de elaborarse definitivamente la religión cuya doctrina reunirían los sasánidas, a partir de la tercera centuria de nuestra era, en el libro *Avesta*, expresión de una moral tan elevada como la moral cristiana.

Merced a sus poderosas huestes feudales, el reino de los «reyes magos» resistirá al poderío romano, y con las derrotas que habrá de infligir a Craso y Antonio, impedirá que Roma enseñoree de la vía terrestre del tráfico occidental hacia el Oriente, y ejercerá de este modo, sobre los destinos políticos del Imperio romano, una influencia decisiva.

EL REINO GRIEGO DE LA BACTRIANA

La creación del reino parto había separado al Imperio seléucida de sus provincias orientales de Bactriana y Sogdiana. Y el gobernador griego de Bactriana, Dioto I, aprovechó la coyuntura para arrogarse el título real (250). Los seléucidas no renunciaban, sin embargo, a la dominación de la ruta caravanera, una de cuyas posiciones clave era Bactres. Seleuco II, y después Antíoco III, intentaron abrirse paso hacia el Asia Central. La Partia fue momentáneamente conquistada por Antíoco III, que llevó sus ejércitos hasta el Panjab, mas estos éxitos fueron efímeros

y los seléucidas hubieron de contentarse con una política de alianza con la dinastía india de los maurias y con una soberanía teórica sobre la Bactriana.

La decadencia del reino seléucida después de la paz de Apamea (188) y el derrumbamiento del Imperio mauria que se disgregó al extinguirse la dinastía (185), dieron de consuno al reino parto y a la Bactriana posibilidades de engrandecimiento, que el primero aprovechó para anexionarse Mesopotamia, y la segunda para imponer su autoridad en el valle del Indo. Aunque políticamente dividida, la India seguía siendo una potencia económica de capital importancia. Y así, la vetusta capital de Pataliputra, en la cuenca del Ganges, y la ciudad de Udjein, que dominaba la ruta del mismo río hacia los puertos de la costa occidental, eran centros económicos e intelectuales de extraordinaria irradiación, y su riqueza debía naturalmente tentar a aquellos reyes griegos de la Bactriana, dueños de la vía que enlazaba la India con China. Bajo Demetrio II, el reino de la Bactriana se había convertido en un inmenso estado que, extendiéndose del mar de Aral al de la India, englobaba el Afganistán y toda la cuenca del Indo.

CIVILIZACIÓN GRECOBUDISTA DE LOS REINOS GRIEGOS DEL ASIA

Aquel imperio griego, asentado en plena Asia Central, perdió rápidamente su unidad. Desgarrado por el atractivo del mar al Sur y del continente al Norte, se desmoronó rápidamente. Desde 175, usurpadores griegos organizaron reinos donde la influencia griega solo se mantuvo por las dinastías reinantes, rodeadas de algunos centenares de funcionarios helenizados. Estos reyezuelos no tardaron en ser conquistados por la alta cultura india, hasta el extremo que uno de ellos, Menandro, instalado en Pataliputra, convirtiose en ferviente budista y sus escritos, conocidos bajo el nombre de *Coloquios de Melinda*, ocupan un lugar en la literatura clásica de la India[1]. Durante su reinado, la bahía situada en la desembocadura del Indo y que por aquel entonces ostentaba el nombre griego de Demetriada, gozó de una asombrosa prosperidad a causa de sus relaciones con Alejandría. El mar mantuvo al reino griego de la India en continuo contacto con el helenismo.

Desarrollose así en los estados helénicos de la India y de la Bactriana una civilización grecobudista. Las monedas de oro allí acuñadas eran bilingües. Y el arte de aquella época muestra la huella de esta doble inspiración.

Fragmento del Rollo de los Retratos de Trece Emperadores.
Museo de Bellas Artes, Boston.

En el complejo económico que forman durante toda la centuria segunda los reinos griegos de la India y del Asia Central, es el mar el que desempeña el principal papel, pues la influencia lueñe de Alejandría atrae hacia la India las caravanas procedentes del interior de Asia. Los reinos griegos prevalecieron, pues, como bastiones avanzados de la influencia occidental en el corazón del Asia, porque Alejandría seguía siendo factor decisivo de la prosperidad de las ciudades caravaneras antaño fundadas por Alejandro, en Bactriana y Sogdiana.

Después de haber sido detenida en tierra firme por los partos, la influencia griega retornaba por el mar y extendía su influjo por el interior asiático remontando el Indo. Mas allí tropezó pronto con la formidable competencia de la China, que en el apogeo de su potencia expansiva inspirada por su unidad monárquica y su afán industrial, arremetía entonces con una política de imperialismo económico. Una nueva pugna iba a entablarse entre el influjo del mar y el del continente, que por esta vez había de triunfar.

3. El advenimiento del Imperio chino[*]

COMERCIO INTERNACIONAL

Debiose la importancia de los reinos de la Partia y la Bactriana a su posición medianera entre el Occidente, la India y China. Ahora bien, el desenvolvimiento del Occidente y de la China fueron simultáneos. Lo cual explica la vitalidad que entonces conocieron las grandes rutas económicas que establecían contacto entre el Mediterráneo y el Extremo Oriente.

LOS CHIN ORGANIZAN LA MONARQUÍA

La monarquía china se había formado en el siglo IV sobre las ruinas del gran Imperio feudal de los Cheu, a beneficio del reino de los Chin, en territorios situados al oeste de la China,

La monarquía china se había formado en el siglo IV sobre las ruinas del gran Imperio feudal de los Cheu, a beneficio del reino de los Chin, en territorios situados al oeste de la China, en el paraje donde se juntaban las rutas caravaneras.

Al cabo de más de un siglo de grandes guerras, los Chin habían rechazado definitivamente la soberanía, ficticia ya desde luego, de los Cheu, afianzándose como dueños de toda la China del Norte y acometiendo al punto la lucha contra el reino meridional de los Chu, cuya conquista se llevó a cabo de la manera más atroz. En el año 221, el rey Chin-Che-Huang terminó de unificar China, tomando el título de emperador.

Practicó en seguida una política de centralización monárquica, y desaparecieron los antiguos señores feudales, que fueron reemplazados por agentes reales. El Imperio quedó dividido en treinta y seis gobiernos, administrados cada uno de ellos por un gobernador civil, un comandante militar y un superintendente de Hacienda. Se organizó un gobierno central bajo la autoridad de un primer ministro, que presidía la administración confiada a un cuerpo de funcionarios, y se uniformaron las escrituras y los sistemas de medidas. Por la despiadada represión de las guerras feudales quedó asentada la tranquilidad interior, y para impedir nuevas luchas se mandaron destruir todas las fortalezas de los príncipes locales.

En cambio, se emprendió la construcción de la Gran Muralla, en 215 A. J., ingente construcción destinada a proteger a la China contra los hunos nómada que ya comenzaban, por el Norte, a ponerse en marcha hacia el Sur y el Oeste.

El reino meridional de los Chu, habitado por gente emparentada con los annamitas, fue dividido en cuatro gobiernos y se acometió la revalorización del país, muy atrasado todavía, mediante la supresión del sistema señorial, la irrigación de la cuenca del Ching, afluente del Yang-Tsé, que permitió convertir en tierras de regadío 250 000 hectáreas, y una colonización agrícola sistemática.

Hien-Yang, capital del imperio Chin y mercado caravanero que ponía a la China en contacto con la India y el Occidente, se transformó en una gran urbe.

Pero la China, unificada bajo una sola dinastía, no ofrecía unidad alguna, ni racial o lingüística, ni económica o social. La civilización estaba mucho más adelantada en el Norte que en el Sur, y la unión de las diversas comarcas del vasto Imperio exigió una política absolutista implacable, que no tardó en provocar levantamientos de los que intentaron beneficiarse los feudales desposeídos.

Al fallecer el emperador Chin-Che-Huang (210), estalló una rebelión general que desgarró el país. Los generales pelearon entre sí para adueñarse del poder, y de estas luchas surgió, en 202, la supremacía de la familia de los Han.

LA MONARQUÍA LIBERAL BAJO LOS HAN

antiguos privilegios jurídicos y sociales.

Se generalizó el impuesto en forma de diezmo territorial y de una gabela por cabeza, abonada por todos los hombres de quince a cincuenta y seis años de edad. Para el sostenimiento del Ejército se creó una contribución especial, y a fin de atender a la gobernación de su imperio, los Han lo repartieron en infantados entre los príncipes reales y en feudos entre los señores hereditarios, quienes, aunque no poseían la soberanía, tenían estatuto de funcionarios jerarquizados y remunerados por el rey. El sueldo de estos príncipes-gobernadores, pagado mitad en especie y mitad en dinero, variaba entre 3000 y 120 000 medidas de trigo, y de 800 a 9000 monedas al año. Era, en cierto modo, un compromiso para facilitar la transición del sistema feudal a la monarquía centralizada. Tal sistema evolucionó hacia un franco funcionarismo que terminó por eliminar la herencia de gobernadores y altos magnates e introducir un régimen muy cercano al que había conocido Egipto bajo las monarquías centralistas de los Imperios Antiguo y Nuevo, y que entonces tenía bajo la dinastía de los ptolomeos. La aristocracia de sangre quedó reemplazada por una nobleza administrativa no hereditaria.

La estabilidad del poder hizo desaparecer, de modo natural, el régimen de fuerza en que habían venido apoyándose los Chin, y se formó una nueva concepción del Estado, basado en el derecho, que fue borrando poco a poco, a través del imperio, toda diferencia entre vencedores y vencidos.

Corolario de ello fue que la administración civil se sobrepuso a la administración militar, y las provincias imperiales quedaron exclusivamente confiadas al mando de gobernadores civiles.

El gobierno central, bajo la autoridad del primer ministro, fue dividido en departamentos administrativos: Justicia, Instrucción y Cultos, Guerra —del que a la vez dependían el Ejército y la Policía—, de lo Contencioso —encargado de velar sobre la buena conducta de los funcionarios respecto al pueblo y al Estado—, Agricultura y Obras Públicas. La paz, con la facilidad de contactos entre las diferentes partes del imperio, desarrolló el comercio interior y, con él, la vida urbana. Y apareció en las ciudades, junto a una clase mercantil, un proletariado bastante pobre. La acción del comercio ejerció una influencia paralela a la centralización monárquica: la movilidad de bienes hizo desaparecer las tenencias hereditarias, al mismo tiempo que el Estado suprimía los postreros vestigios del régimen señorial. El campesino, hasta entonces sujeto a la gleba, quedó emancipado, y de ello resultó, a pesar del esfuerzo realizado por el monarca para mejorar la agricultura, un creciente éxodo hacia las ciudades. El proletariado se acumuló en los centros urbanos planteando bien pronto el problema social, que quedó resuelto, como en Roma hacia las mismas fechas, con el establecimiento de colonias agrícolas constituidas por parados y, también como en Grecia, mediante leyes sociales que otorgaban subsidios a los ancianos, enfermos, viudas y huérfanos. Las ideas humanitarias tuvieron cabida en el derecho y se suprimió del código penal el arcaico principio de la ley del talión.

planteando bien pronto el problema social, que quedó resuelto, como en Roma hacia las mismas fechas, con el establecimiento de colonias agrícolas constituidas por parados y, también como en Grecia, mediante leyes sociales que otorgaban subsidios a los ancianos, enfermos, viudas y huérfanos. Las ideas humanitarias tuvieron cabida en el derecho y se suprimió del código penal el arcaico principio de la ley del talión.

Los progresos económicos trajeron consigo, naturalmente, una reforma monetaria. Los Chin habían creado una moneda de cobre muy pesada. En 175, los Han introdujeron una nueva diez veces más ligera. Y para abastecer la acuñación se abrieron, en 130 antes de Jesucristo, minas de cobre reservadas al Estado.

Por una evolución normal, al necesitar el funcionarismo y las leyes sociales recursos cada vez más crecidos, el fisco fue aumentando en importancia, y para proporcionarse los fondos necesarios, el Estado recurrió, como en el Egipto de los ptolomeos, al monopolio fiscal de la sal.

Al tiempo que el Estado se centralizaba, el poder, para hacer frente a sus compromisos crecientes, no cesaba de reforzarse. La monarquía evolucionó, pues, rápidamente hacia el absolutismo y procuró, como en Egipto, justificar su omnipotencia arrogándose una base religiosa. El emperador se erigió en mandatario del cielo, asumiendo el título de «amo del Cielo» e «hijo del Cielo». En 165, se creó un clero real que ocupó en la corte el primer puesto. Como en Babilonia, trató de descubrir por la astrología las leyes que rigen los destinos humanos y, en consecuencia, los cánones de la política real; y por medio de la astrología, logró el clero apoderarse de la política.

Un sector de la Gran Muralla de China.

científico que reunía cincuenta sabios versados en idiomas extranjeros, Historia, Astrología y Ciencias naturales. El rey, los gobernadores de provincias y los antiguos señores, que seguían constituyendo una aristocracia voluptuosa, se rodeaban de sabios. Y lógicamente, al mismo tiempo que el Estado se centralizaba, el derecho privado propendía al individualismo. En 107, quedó abrogado el mayorazgo, reforma que ponía término a la aristocracia como casta social.

POLÍTICA DE EXPANSIÓN ECONÓMICA Y TERRITORIAL

El desarrollo económico de la China la acuciaba a una política de expansión. Se adelantaron las fronteras del imperio hasta el mar con la conquista (III) del reino de Cantón, y un camino defendido por puestos militares lo unía a la capital. Una flota navegó por el mar de la China. El imperio asumía de este modo un carácter marítimo.

Se apresuró a adueñarse del mar y en 108 antes de Jesucristo instalábase en Corea, cuyas costas occidentales fueron organizadas en cuatro provincias. Su capital administrativa se estableció en Ping-Yang, junto al río Tao-Tong, y se emprendió la colonización sistemática del territorio con el envío de 60 000 familias representando más de 400 000 habitantes. Corea quedaba adherida a la civilización china.

Hacia el Sur, el imperio se extendía lo mismo por las costas de Annam, que desde el siglo II sufría profundamente la influencia civilizadora de la China, de donde le había venido el budismo.

En el año 57, China entró en relaciones con el Japón, donde la civilización estaba todavía en sus comienzos.

Las islas del archipiélago hallábanse divididas en aquel entonces en un centenar de pequeños reinos tribales, en cuyo seno se iba formando una sociedad terrateniente y aristocrática, y China impuso a la isla de Kiu-Siu una especie de soberanía que acabó con el aislamiento del Japón.

Al mismo tiempo que se instalaba en todas las costas, de Annam a Corea, China se esforzaba por dominar todas las rutas caravaneras que la comunicaban con Occidente. Para ello, envió misiones al Asia Central, que le revelaron el gran emporio de tejidos de algodón que era el Indo.

Los misioneros chinos llegaron también hasta Bactres, Tesifonte del Tigris, la región del Ural y la del Indo, entablándose un intenso tráfico entre la China, productora de seda, y el reino de la Bactriana, gran abastecedora de caballos.

Y fue en aquella época cuando definitivamente se fijaron los itinerarios de las dos rutas caravaneras: la del Sur, por Kotán y Bactres, y la del Norte, por Carachar hacia Samarcanda, Merv y el mar Caspio.

Por estas dos rutas, China se puso en contacto con el Occidente. De allí importó la vid; los artesanos y artistas occidentales afluyeron a Hien-Yang, y la cultura china

Y fue en aquella época cuando definitivamente se fijaron los itinerarios de las dos rutas caravaneras: la del Sur, por Kotán y Bactres, y la del Norte, por Carachar hacia Samarcanda, Merv y el mar Caspio.

Por estas dos rutas, China se puso en contacto con el Occidente. De allí importó la vid; los artesanos y artistas occidentales afluyeron a Hien-Yang, y la cultura china recibió un magnífico ímpetu que se tradujo en notable florecimiento de su arte y su literatura.

El dominio de las rutas caravaneras determinó, desde entonces, la política exterior de la China. Para asegurarlas, debía ponerlas al amparo del bandidaje de los hunos, por el Norte, y por el Oeste rechazar a los reyes griegos de la Bactriana, que también aspiraban a dominarlas.

Los hunos, nómadas bárbaros que acampaban en la Mogolia septentrional, habían comenzado, allá por el año 165, a desplazarse hacia Occidente. Los emperadores chinos intentaron en un principio contenerlos iniciándolos en nuevas necesidades, para civilizarlos y abrir al mismo tiempo vastos mercados a sus productos nacionales. Pero la política amistosa se frustró y no hubo más remedio que emprender contra ellos expediciones militares, que los empujaron hacia el Norte. Se instaló en la Gran Muralla una guarnición de 60 000 guerreros, y se crearon plazas fuertes en el contorno de Mogolia.

Contra el reino helénico de la Bactriana, Wu-Ti hizo alianza con las poblaciones escitosármatas del Ural. China se hallaba en aquella época en las garras de una crisis de superpoblación urbana. El emperador reclutó huestes con los sin trabajo, y organizando una expedición, secundada por los escitas, se adelantó hasta el Indo. Todas las ciudades del Turquestán actual quedaron ocupadas, en Carachar se edificó una ciudadela y la China extendió su protectorado por el Asia Central hasta el mar de Aral.

Mientras China se apoderaba del Turquestán, los hunos, en su emigración hacia Occidente, chocaban con las poblaciones arias de los tocarianos, instaladas al norte del mar de Aral. Empujadas hacia el Oeste, a su vez repelieron a los escitas hacia el Yaxartes, que hubieron de franquear, irrumpiendo en la Bactriana. La invasión de los escitas en 135, y la tocariana que sucedió al empuje de los hunos, pusieron fin al reino de la Bactriana. Los escitas se asentaron en el Irán oriental, donde se cruzaron con los partos, y los griegos fueron rechazados hacia Kabul y el Panjab, que se fraccionaron en varios pequeños estados.

Hacia el año 80, los escitopartos o sacios comenzaron a penetrar en el valle del Indo, extendiéndose progresivamente a todo lo largo del golfo Pérsico y por la cuenca del Bajo Indo. Entre 80 y 30 antes de Jesucristo, conquistaron lentamente el Panjab entero y anexionáronse, uno tras otro, los pequeños reinos que todavía subsistían allí. Su desaparición marca el fin de la influencia griega en el Asia Central. A partir de entonces, en aquellas regiones iba a predominar la influencia china.

Hacia el año 80, los escitopartos o sacios comenzaron a penetrar en el valle del Indo, extendiéndose progresivamente a todo lo largo del golfo Pérsico y por la cuenca del Bajo Indo. Entre 80 y 30 antes de Jesucristo, conquistaron lentamente el Panjab entero y anexionáronse, uno tras otro, los pequeños reinos que todavía subsistían allí. Su desaparición marca el fin de la influencia griega en el Asia Central. A partir de entonces, en aquellas regiones iba a predominar la influencia china.

EL IMPERIO EVOLUCIONA HACIA EL ESTATISMO

La expansión de China en la segunda mitad del siglo II le aseguró, a un mismo tiempo, el señorío del mar desde Corea hasta Annam y el de las rutas caravaneras hasta la región del mar de Aral y los confines de la India.

Resultó de ello una intensificación del comercio y de la industria. La fabricación de la seda alcanzó una amplitud enorme, convirtiéndose su explotación en considerable fuente de ingresos. La capital del imperio, centro mercantil y término de las caravanas de Occidente, de la ruta de Cantón y del río Huang-Ho, se hizo mercado internacional de la seda, producto que en aquella época diose a conocer y tuvo gran aceptación en Occidente.

El desarrollo de la actividad marítima y fluvial transformó el río Yang-Tsé en gran arteria económica del país; las bahías del Kuang-Tung, Fu-Kien y Che-Kiang prosperaron grandemente, y a todo lo largo de los ríos Yang-Tsé y Huang-Ho, hubo un rápido desarrollo de la civilización urbana.

La actividad comercial exigió la acuñación de monedas de estaño y plata, al lado de las antiguas de cobre.

La economía monetaria y liberal dio origen a grandes fortunas mobiliarias. Las guerras hechas por la China en Asia Central y por el mar, y la construcción de navíos y carreteras, dieron nacimiento, como en Roma, a una clase de contratistas que se enriquecieron con los encargos del Estado. Apareció la especulación financiera y los capitalistas, para invertir su peculio, acaparaban las tierras, deshaciendo la pequeña propiedad. En las ciudades, los artesanos resultaban impotentes para luchar con las empresas capitalistas y la ruina de la clase media trajo consigo una baja en el rendimiento de los impuestos. A despecho de la riqueza inmensa de las clases dominantes, el Estado careció de recursos y el fisco, empobrecido, hubo de inaugurar métodos opresivos y confiscar los terrenos de los contribuyentes endeudados. De todo ello resultó una agravación de la crisis y un éxodo de labriegos despojados hacia las ciudades, donde la aglomeración de una masa de rurales arruinados y artesanos sin ocupación llegó a adquirir alarmantes proporciones.

El Estado, que hasta entonces solo había venido percibiendo un pecho territorial, intentó el saneamiento de su Hacienda amillarando los bienes muebles. Se creó el impuesto sobre el capital y a los capitalistas y negociantes se les obligó a declarar anualmente su fortuna, la cual fue gravada con una gabela del 5 por 100. Este canon, sumamente fuerte para la época, provocó tal evasión de capitales que hubo de

El Estado, que hasta entonces solo había venido percibiendo un pecho territorial, intentó el saneamiento de su Hacienda amillarando los bienes muebles. Se creó el impuesto sobre el capital y a los capitalistas y negociantes se les obligó a declarar anualmente su fortuna, la cual fue gravada con una gabela del 5 por 100. Este canon, sumamente fuerte para la época, provocó tal evasión de capitales que hubo de imponerse la pena de muerte contra los defraudadores, y de creer a las fuentes chinas, en 115 antes de Jesucristo, varias decenas de millares de personas fueron ejecutadas por violación de las leyes fiscales.

El imperio, entretanto, se lanzaba resueltamente por la vía del estatismo económico. Siguiendo idéntica evolución que Egipto cincuenta años antes, China; apremiada por exigencias fiscales, creó uno tras otro una serie de monopolios de Estado: los estancos del alcohol, de bebidas fermentadas y de la fundición del hierro, vinieron a sumarse al de la sal, ya establecido desde 130 antes de Jesucristo.

Cabeza de caballo. Pieza de jade verde de la época de los Han. Siglos III al II A. J.
Museo Victoria y Alberto. Londres.

Acuciada por las crisis presupuestarias, la administración acabó por implantar el tráfico de títulos honoríficos, tolerando al mismo tiempo la cancelación de penas mediante pago de cantidades. En un principio, solamente los castigos leves podían ser rescatados, pero pronto también incluso la pena de muerte; la clase adinerada se sobrepuso a la ley y el dinero desmoralizó con gran celeridad no solamente los organismos del Estado, sino a la sociedad entera.

CRISIS DEL ESTATISMO

Como era natural, al desarrollar la teoría estatista la monarquía propendió a la autocracia. Y mientras la venalidad introducida por el fisco, siempre escaso de dinero, destruía las bases éticas del orden social, el estatismo, librando al poder del cuadro moral que él mismo se había dado, privaba a la monarquía de la base legítima de su edificio, entregando el trono a rivalidades que degeneraron en dramas palaciegos, como en el Egipto ptolomeico. La fuerza, peana única del absolutismo autocrático, sustituyó al derecho. Y Sinan-Ti (73-49) anunció un nuevo orden que marcaba su advenimiento. «Ya no vivimos en los tiempos —declaró— del gobierno por la virtud y la educación. Los letrados nada comprenden de las necesidades de nuestra época».

Así, pues, en la misma época en que César, trasponiendo el Rubicón, marchaba sobre Roma, en China se abría una crisis política y social que iba a arrojarla a un período de guerras exteriores, de pugnas civiles y de profundos trastornos sociales.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

El Imperio romano hasta la crisis del siglo III D. J.

1. La reacción nacionalista y aristocrática bajo Augusto (27 A. J. - 14 D. J.)

AUGUSTO FUNDA EL IMPERIO

César quiso reinar sobre un imperio cosmopolita, integrando Roma en la tradición milenaria de las monarquías helenísticas, pero Augusto, reaccionando contra estas ideas, pronto iba a aparecer como representante de una política esencialmente romana. Apoyado por las provincias occidentales, mas obligado a transigir con el Senado, trataría de transformar su dictadura militar en poder legal.

Como era el único que había conservado los poderes de triunviro, aparecía cual jefe legítimo del nuevo estado. Reconstituyó el Senado, diezmado por las proscripciones, ordenó la confección de un censo de ciudadanos, cuyo número sobrepasaba entonces los cuatro millones, y proclamó la abolición de deudas al Estado, después de lo cual declaró que la república quedaba restablecida en sus instituciones antiguas, renunciando a sus poderes (27 A. J.). Pero el Senado volvió a concedérselos inmediatamente por diez años, y más tarde se los renovó (14 D. J.). De esta manera nació el imperio. Jurídicamente, la república subsistía. Augusto, investido de todos los poderes por una decisión legal de los comicios y de la corporación senatorial, no era, legalmente, más que su mandatario.

Pero en realidad, la república había dejado de existir, toda vez que los comicios, que constituían en otro tiempo la base del poder, no tenían ya autoridad alguna. Cierto es que una ley confirmaba siempre los poderes del emperador a su advenimiento, pero votada por los comicios curiales —que desde hacía mucho tiempo no ejercían más función que la de validar los testamentos— no era más que una simple ficción sin trascendencia alguna.

Bajo Augusto y por pura fórmula, fueron todavía requeridos para confirmar en sus funciones a los magistrados que fueron propuestos por el emperador. Pero a partir del reinado de Tiberio, hasta esa apariencia de poder que aún le quedaba al pueblo fue transferida al Senado. La soberanía popular había sucumbido en la gran crisis demagógica de las dictaduras.

En cuanto al Senado, compuesto hasta poco antes por antiguos magistrados elegidos por el pueblo, se convertía en simple asamblea de nobles, designados o

admitidos por el emperador entre los ciudadanos de la primera clase del censo. Ya no es el antiguo consejo emanado de la soberanía popular, sino una oligarquía de plutócratas nombrados por el emperador, el cual los confirmaba en el poder supremo en nombre del pueblo al cual no les unían ningún vínculo.

En rigor, la legitimidad que el emperador solicita de unos comicios ficticios y de un senado designado por él mismo, no es sino una transacción entre la dictadura militar, dueña del poder por la fuerza, y la oligarquía senatorial, que pretende igualmente imponerse al imperio.

En la república, la soberanía pertenecía al pueblo; bajo el imperio, la detenta el emperador en calidad de representante suyo y confirmado por una oligarquía de potentados en la que aparece como el primero de sus miembros —princeps—. El Senado no representa ni a Roma ni al imperio; no es, en realidad, más que el guardián de los intereses de la clase aristocrática.

Los antiguos magistrados republicanos, nombrados por el Senado a propuesta del emperador, se hallarán en lo sucesivo completamente libres de toda intervención del pueblo que antes los elegía; solo son mandatarios del emperador y de la oligarquía con la cual comparte este el poder.

POLÍTICA DE REACCIÓN ARISTOCRÁTICA Y NACIONALISTA

La gran crisis democrática tuvo por resultado la destrucción de la democracia romana en provecho de un sistema aristocrático y autoritario, al cual quedó adaptado el nuevo régimen social. En adelante, la sociedad se dividió en clases jerarquizadas y con estatutos jurídicos diferentes. En primer lugar, figuraron los senadores y sus familias que poseyeran un millón de sestercios, que eran los únicos con derecho a ser nombrados gobernadores de provincia y generales —exceptuando el general en jefe, prefecto del pretorio, que era nombrado directamente por el emperador entre los caballeros— y poseían el privilegio de no poder ser juzgados más que por sus pares. Venían después los caballeros, es decir, todos los ciudadanos poseedores de una fortuna de 400 000 sestercios; estos podían alcanzar en el Ejército el grado de oficiales superiores. Los simples ciudadanos estaban divididos en dos categorías: los italianos, que podían desempeñar funciones de oficiales subalternos en las legiones, y los demás, que solo podían servir en la tropa; mas en lo sucesivo, todos quedaban privados de derechos políticos y volvían a ser plebe. Y aun la misma plebe, en el imperio, era como una aristocracia en comparación con los peregrinos, ya que estos fueron también jerarquizados por Augusto. Los occidentales, incluso los africanos de quienes él se había valido durante la guerra civil, ocuparon un puesto privilegiado, les fue generosamente concedido el derecho de ciudadanía y con frecuencia eran elegidos para senadores. Los orientales, apartados del Senado, fueron mirados con manifiesto desprecio por Augusto. Los griegos y los sirios podían, sin embargo, obtener la ciudadanía individualmente por concesión imperial. Pero no así los egipcios, que por

haber disputado a Roma el dominio del mundo quedaron relegados a la clase de los *deditici*, juntamente con los esclavos manumitidos, sin observancia de las formas tradicionales e incapacitados para alcanzar el derecho de ciudadanía. Egipto, feudo imperial sobre el cual reinaría el emperador como legítimo faraón, iba a ser para él tierra de explotación.

Los esclavos, en fin, quedaron reducidos a condiciones de mayor dureza, ya que privados de todo derecho, fueron además sometidos a crueles sanciones penales tomadas del más arcaico derecho romano. El asesinato del señor por un esclavo, acarreaba la muerte de todos los demás, y la liberación, cuando era posible, implicaba condiciones rigurosísimas. El derecho romano, primitivo y brutal, reaccionaba contra las concepciones humanitarias del derecho helénico, y el antiguo concepto griego que consideraba al esclavo como «herramienta animada» se impuso en lo sucesivo a todo el mundo mediterráneo. En muchos aspectos, el imperio, tal como lo concibió Augusto, significaba una reacción aristocrática y nacionalista contra las tendencias democráticas y cosmopolitas triunfantes en Oriente.

Hasta 241, la república, a medida que aumentaba sus conquistas, iba extendiendo también el derecho de ciudadanía. Después de la guerra social, lo reconoció en toda Italia. César lo había concedido a Sicilia y Provenza. Con Augusto, por el contrario, la reacción triunfa. Frente a las teorías democráticas que consideran a todos los hombres iguales, Augusto mantiene la superioridad indiscutible de los romanos, raza dominante. Para mantener esta supremacía, les prohíbe ciertas uniones desiguales, y para lograr dominar el mundo, aplica una política de incremento de la natalidad, negando a las mujeres con menos de tres hijos la plena capacidad civil, prohibiendo a los solteros heredar, restaurando el tribunal de potestad paterna, y arrojando del cuerpo social a los bastardos.

Estatua de Augusto.

APOGEO DE LA CULTURA ROMANA

La reacción de Augusto no provocó ningún movimiento hostil en el imperio, ya que la restauración de la paz después de los terribles excesos de la guerra civil aparecía como el bien supremo. Una llamarada de orgullo patriótico inflamó a cuantos, en calidad de ciudadanos, habían participado en el triunfo de Roma, y Augusto fue aclamado en las provincias como el restaurador del orden y de la prosperidad.

Desde el siglo II, todas las monarquías helenísticas se habían desmoronado tras violentos desórdenes y el mundo intelectual helénico había aceptado la primacía de Roma, que por otra parte era ahora su discípula. Y reuniendo Roma en torno suyo todas las fuerzas espirituales del imperio, la «civilización romana» alcanzó su apogeo. Bajo el reinado de Augusto, pudo creerse que Roma sustituiría a Alejandría como centro intelectual, pues para lograrlo Augusto se erigió en protector de los escritores, actitud que fue imitada por la corte y la alta sociedad. Mecenas venía a ser un ministro de Bellas Artes; Horacio, hijo de un liberto probablemente oriental, y

Virgilio, hijo de un campesino de Mantua, son tratados por el emperador de igual a igual.

El poeta latino Virgilio.

Es magnífica la aportación de los italianos romanizados. Como Cornelio Nepote y Catulo, Virgilio y Tito Livio son galos cisalpinos enardecidos por el patriotismo romano que caracteriza la literatura del siglo de Augusto.

Sin embargo, esta llama de patriotismo, de orgullo nacional, que se confunde por otra parte con el afecto hacia el emperador, no es signo de ruptura intelectual con la tradición helenística. Tito Livio procede de Polibio, como Virgilio, de Teócrito. El mismo Horacio, tan representativo de la mediocridad moral de los romanos, es, sin embargo, un perfecto cosmopolita. Sus estudios hechos en Atenas lo pusieron en contacto con la cultura helénica, y la moderación que predica en Roma, apenas salida de los horrores de la guerra civil, recuerda —siquiera sea depreciándola— aquella otra que los moralistas egipcios de la época saíta y helenística hicieron el gran principio de la vida social y moral. El tono intelectual y mundano de la sociedad romana recuerda cada vez más el de Alejandría, cuyo refinamiento trata de igualar. El elegante Tibulo, el preciosista y apasionado Propercio, el galante y grácil Ovidio, son, en latín, verdaderos poetas alejandrinos. Por su cosmopolitismo, Roma ejerce sobre los intelectuales helenizados una atracción irresistible. Los escritores griegos si no se establecen todos en Roma, allí brillan, pasan temporadas y dan conferencias. Diodoro de Sicilia publica su historia universal; Dionisio de Halicarnaso escribe en lengua griega los anales de la Roma primitiva; Cecilius, nacido de padres judíos esclavos, llega a ser uno de los principales críticos literarios griegos de la época; Estrabón, natural del Ponto, después de haber cursado estudios en la Caria, Roma y Alejandría, reúne todos los conocimientos geográficos e históricos de su tiempo.

La reacción nacionalista, si bien aspira a que Roma ejerza una indiscutible primacía, no la cierra, sin embargo, a la influencia del exterior. Roma, desde el punto de vista intelectual, recibe del imperio más de lo que ella da. Aparece así no como conquistadora, sino como capital del antiguo mundo helenístico.

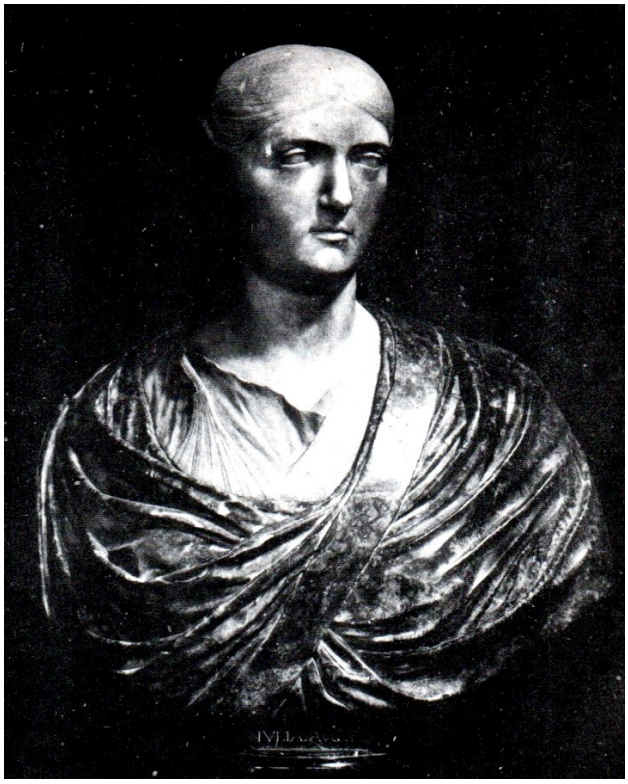
Apenas tuvo asegurado el poder, César se esforzó en reducir la influencia del gran capitalismo, organizando para ello la intervención bancaria y suprimiendo la adjudicación del cobro de impuestos a las sociedades publicanas, las cuales solo

conservaron el arriendo de los derechos arancelarios, muy bajos además (5 por 100), que se percibían como cargas fiscales en las fronteras y entre determinadas zonas del imperio.

Augusto siguió la misma tendencia, encaminada a liberar al Estado de la influencia del gran capitalismo que, al correr del último siglo, había predominado sobre la política.

Las medidas adoptadas por César fueron realmente eficaces. La restauración de un orden público y el establecimiento de presupuestos provinciales contribuyen grandemente a sustraer la vida pública de las especulaciones financieras, pero la oligarquía capitalista conservaba, sin embargo, un poder enorme, gracias sobre todo a la explotación de las minas.

FIN DEL CAPITALISMO FINANCIERO Y DUALIDAD ECONÓMICA DEL IMPERIO



Busto de Julia, la hija de Augusto.

Las minas representaron en la Antigüedad el mismo papel que desempeña la gran industria en nuestros días. Las antiguas monarquías orientales se habían guardado bien de desinteresarse de las riquezas mineras, ya que estas constituyeron siempre, en Egipto, Lidia y Macedonia, monopolios estatales. Pero estimulada por el liberalismo griego, Roma había entregado los yacimientos de España y más tarde los de Macedonia y Asia a la explotación privada, haciendo que el mercado de metales, base de la economía antigua, pasase a manos de los financieros romanos. Augusto, que no quería dejar subsistir frente al poder imperial la fuerza oculta de los grandes capitalistas, capaces de oponérsele, volvió a la tradicional política de las monarquías orientales y restableció el monopolio minero.

La supresión por César del arriendo de las recaudaciones y la reimplantación por Augusto del monopolio de las minas pusieron fin al desorden económico que había sumido al orbe en las terribles crisis de los siglos II y I A. J. A partir del reinado de Augusto, la oligarquía capitalista cesa de formar un estado dentro del Estado; la especulación financiera, no apoyada ya por los títulos de las sociedades de publicanos, dejó de apasionar a la población, y los procesos financieros no revelaron grandes escándalos como en la época de las guerras civiles. La unión de los estados mediterráneos en un solo imperio contribuyó también en gran parte a sanear la

situación financiera, haciendo desaparecer los abusos a que habían dado lugar los empréstitos suscritos en los bancos romanos por los reyes de Antioquía y Alejandría, como tampoco se repitieron quiebras bancarias como las que Roma había conocido en tiempos de la guerra de Mitrídates.

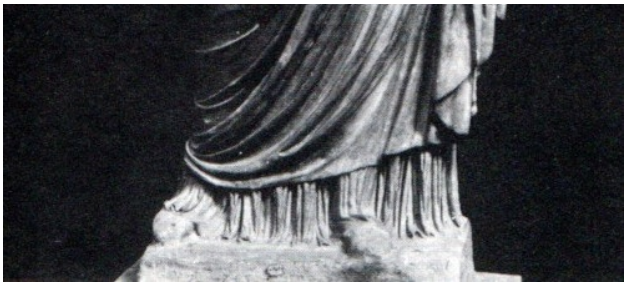
La nacionalización de las minas —es decir, de la industria pesada— no llevó a Augusto, sin embargo, a practicar una política de economía dirigida. Después de sustraer a la finanza privada la explotación de las minas, practicó un amplio liberalismo evitando intervenir en la organización económica del imperio.

El fin del gran capitalismo financiero, jamás practicado en Oriente, no modificó profundamente la vida económica de las provincias orientales. Tuvo, por el contrario, sus mayores consecuencias en la evolución mercantil de Roma. Las finanzas propiamente dichas perdieron la gran influencia de que habían gozado durante más de un siglo en los asuntos internacionales. Ahora bien, Roma no era ni un centro industrial ni una gran plaza de tráfico, sino un foco bancario. Las reformas de Augusto la habían privado de la función que venía ejerciendo como distribuidora de capitales, los cuales, no pudiendo ser empleados en productivas adjudicaciones del Estado ni en sociedades arrendatarias de contribuciones, volvieron a encaminarse a los centros económicos del Oriente y, sobre todo, en Egipto, con tanta mayor espontaneidad cuanto que la desaparición del régimen autárquico de los ptolomeos y la restauración de la paz proporcionaban al comercio internacional y a la ruta de la India una actividad que recordaba los mejores tiempos del siglo II A. J.

Augusto se esforzó, por otra parte, en fomentar la expansión económica del imperio hacia la India. El canal de Suez, cegado por la arena, fue dragado de nuevo y

Moneda romana con la efigie del emperador Augusto.
Museo del Estado. Berlín.

puesto en condiciones de ser utilizado, y una flota romana se dirigió al mar Rojo para


Estatua de Livia, la esposa de Augusto.

recobrar la ruta marítima hacia la India y China, de la que se habían enseñoreado los árabes. Pero Aden dominaba la navegación y Roma no pudo vencer la hostilidad de los árabes nabateos, quienes entorpecían el tráfico al norte del mar Rojo, desde Petra. Incapaz de vencer por la violencia, Roma intentó llevar a cabo una guerra de tarifas aduaneras contra la competencia árabe, entrando más tarde en alianza con Abisinia[1], que establecida en las costas de los Somalíes venía adquiriendo una rápida expansión marítima. El sistema más eficaz fue el del libre cambio que, bajo los sucesores de Augusto, había de crear una prosperidad sin precedentes al comercio mediterráneo con India y China.

Si la desaparición de la gran finanza romana suponía para el Oriente la vuelta a su vida económica normal, dejaba libres, en cambio, a grandes capitales que los senadores y caballeros invirtieron en inmuebles o en equipar a las provincias occidentales, las cuales a partir del siglo I conocieron un extraordinario desarrollo por su integración en la vida económica internacional. Sin embargo, en su conjunto, la economía en Occidente había de seguir siendo principalmente agrícola. El florecimiento urbano en la Galia y España dio, es cierto, un gran impulso a los negocios, pero —salvo en las ciudades marítimas— no fue, como en Oriente, un comercio internacional. Como la principal riqueza era la propiedad territorial, la aristocracia terrateniente vino a desempeñar un papel preponderante, y los senadores, grandes propietarios, se sentían siempre mucho más afines de los hacendados de la Galia y de España que de los negociantes orientales.

Así se manifiesta, desde el comienzo, aquella dualidad económica entre el Occidente, donde domina la tierra, y el Oriente, donde predomina el comercio. Esta divergencia económica se superpone a diferencias políticas, sociales y lingüísticas muy marcadas. En el Occidente, que se latiniza bajo la influencia de Roma, las ideas del derecho natural esparcidas por todo el Oriente no ejercen influencia alguna. El Occidente constituirá, pues, para la orientación conservadora y aristocrática, una base estable contra el influjo de los países helenizados, de donde venían a Roma las ideas democráticas y monárquicas.

Las dos partes estaban, sin embargo, estrechamente unidas en un todo merced a la unidad creada por el Mediterráneo, que Augusto acabó por convertir en un lago romano, añadiendo al imperio, en África, la Mauritania; en Europa, la Tracia, y en Asia Menor, la Cilicia y la Capadocia.

LA INFLUENCIA HELENÍSTICA

A pesar de la política abiertamente obstruccionista del Senado, que representa la oligarquía financiera de Occidente, el imperio va a caer bajo la influencia de las provincias helenizadas.

El estatuto de los habitantes del imperio, según hemos visto, no es homogéneo, ya que los ciudadanos romanos dependen de las instituciones de origen republicano y de tribunales romanos, y los peregrinos, por el contrario, viven al amparo de sus respectivos derechos nacionales. Como en otro tiempo la Roma real, el imperio posee dos categorías de súbditos: los ciudadanos y los no ciudadanos, que forman jurídicamente en su seno una especie de plebe. Y se da el caso de que sea precisamente la plebe, formada en su mayor parte por griegos y orientales, la que se halle bajo una mayor dependencia del emperador.

El Nilo, escultura alegórica griega.

Teatro y anfiteatro de la Mérida romana.

En efecto, las provincias imperiales, que son las más recientemente anexionadas, cuentan con escaso número de ciudadanos. Las instituciones imperiales, que acabarán por extenderse a todo el imperio, son creadas en primer lugar para los peregrinos, y para fallar en los litigios entre estos, Augusto aplicará el sistema griego consistente en someterlos a jurados compuestos por jueces de nacionalidad distinta a la de las partes, estatuyendo para dichos tribunales un procedimiento único.

El derecho imperial introdujo por doquier elementos del derecho helenístico: gobernadores y funcionarios retribuidos, impuesto sobre la renta territorial y de capitación, y catastro. Para administrar las finanzas sustraídas a la intervención del Senado, el emperador adoptó los sistemas financieros de Egipto, renunció al arrendamiento de los impuestos y estableció el presupuesto anual de ingresos y gastos.

Estas utilísimas instituciones sustituyeron al sistema arcaico de la república en las antiguas provincias.

Ni siquiera en Roma puede pensar el emperador en conservar la rudimentaria administración del antiguo régimen. Para hacer de su capital y de Italia un estado moderno, crea órganos de gobierno tomados del derecho público helenístico, y al frente de la administración de Roma figura un prefecto de la ciudad, asistido por un prefecto de los vigilantes, para la policía de seguridad, y un prefecto de la anona, que es el encargado del aprovisionamiento. Los servicios de acueductos, vías urbanas y edificios públicos de Italia estaban confiados a comisiones ejecutivas.

El derecho público grecoriental penetra por doquier en el imperio y lo propio ocurre con el derecho privado. La noción de propiedad se transforma; del derecho griego, se adoptan el usufructo y la hipoteca; el derecho contractual pierde rigidez.

Hasta el carácter del poder imperial experimenta el influjo de las provincias orientales. Lo mismo que César, Augusto quiere que el imperio se asiente sobre una base religiosa, que desearía fuera estrictamente romana. Pero si bien es cierto que el paganismo romano había llegado a extenderse lentamente por el Occidente, no podía, sin embargo, constituir la base imperial, porque desprovisto de contenido místico y moral resultaba incapaz de suplantar los cultos orientales tan hondamente arraigados en el corazón y la conciencia de sus adeptos. En Oriente fue, pues, donde se creó espontáneamente el culto al emperador.

Figura popular romana. Estatua de un pescador.
Palacio del Conservador. Roma.

En efecto, para las provincias orientales el emperador no es el primer ciudadano —*princeps*—, es un soberano. Explotadas, humilladas por los senatoriales y los caballeros romanos, las provincias no sienten sino odio hacia la aristocracia romana. Pero el emperador ha traído la paz. César y Antonio trataron al Oriente con gran comprensión, y son ellos quienes, convertidos a la idea monárquica, representan para las provincias orientales el poder imperial. Augusto es desconocido en ellas. Ha pasado como conquistador militar, pero de la reacción que representa en relación con el sistema cesáreo parece se han dado cuenta los países helenísticos. Ven en él al señor, pero también al protector. Por eso, los mismo que César, Augusto fue declarado «divino» por las provincias helenísticas. En todas las ciudades se designó un sacerdote para celebrar el culto imperial, reuniéndose en cada provincia anualmente los delegados de las ciudades para proceder a la elección del sacerdote provincial del emperador. Estas asambleas se convirtieron más tarde en centros de legitimismo no romano, sino imperial. Generalizadas por todo el imperio, pronto adoptaron carácter político formulando aspiraciones que sus embajadores presentaban después en Roma. El Oriente imponía de este modo al imperio la noción del poder de derecho divino que debía ganar a Roma misma, dándole aquel culto de estado en el cual todas las monarquías antiguas

habían fundado el origen de su legitimidad. Al mismo tiempo, creaba espontáneamente, por medio de las asambleas de provincias, los primeros organismos políticos que habían de poner al emperador en contacto con la opinión pública.

Ignorando a Roma, que continuaba viviendo tras la fachada huera de las instituciones republicanas caducas y desmoralizadas, el imperio se agrupaba, ávido de unidad, en torno de la persona misma del emperador. Aunque este fuera un instrumento de la oligarquía senatorial y aun cuando considerase a las provincias como tierras de explotación por la raza superior de los romanos, el imperio se negaba a verlo bajo tal aspecto. El emperador, obligado a dotar de instituciones a sus extensos territorios, dejó que se impusiera el culto imperial, las asambleas provinciales y el derecho público helenístico.

Las provincias iban a aparecer rápidamente como el verdadero fundamento del poder casi monárquico del emperador, y en la lucha que fatalmente no había de tardar a enfrentarlo con la oligarquía senatorial, hallaría apoyo y sostén en las provincias. Esta política provincial —es decir, imperial— del emperador, le valió la hostilidad irreductible del Senado, que no estaba dispuesto a renunciar a sus privilegios de clase. Así, entre el poder imperial, atraído por la unidad del imperio que a él se impone, y el Senado, prisionero de sus privilegios y obstinado en su política reaccionaria y nacional, la escisión va a ser cada vez más completa.

Atraído por las provincias, fuertemente agrupadas en torno a él por un sentimiento de lealtad monárquica, el emperador se erigirá en vocero de la emancipación de los peregrinos y, ante el pueblo, aparecerá en lucha contra los privilegios de la aristocracia romana y protector de la libertad. Y, naturalmente, la política monárquica de los emperadores será liberal.

Estatua en mármol del emperador Tiberio.

2. Conflicto entre los principios monárquico y oligárquico, bajo los Césares y los Flavios (14-96 D. J.)

OPOSICIÓN DEL SENADO DURANTE EL REINADO DE TIBERIO

La ruptura entre el emperador y la oligarquía había de producirse a partir del reinado de Tiberio (14-37 D. J.). Lo mismo que Augusto, Tiberio era un gran aristócrata romano cuya familia, desde tiempos de Apio Claudio, había dado al partido democrático sus jefes más fogosos.

Grupo de senadores romanos.
Museo Nacional. Roma.

Sostenido por el Ejército, que había mandado brillantemente en sus campañas de Germania, Tiberio, militar hasta su ascensión al trono, se reveló como gran administrador, inició una política francamente centralista y el consejo de amigos, creado por Augusto, fue transformado en consejo imperial permanente. Los rudimentarios servicios públicos, al frente de los cuales figuraban libertos helenizados, se transformaron bajo su impulso en verdaderos ministerios dirigidos por el prefecto del pretorio, convertido en primer ministro y jefe de la justicia imperial. La política de apoyo a la clase media que había puesto a los senadores frente a César, fue aplicada de nuevo a fin de hacer frente a la gravedad de la situación social. Los potentados, para colocar sus capitales, no cesaban de acaparar tierras, y la necesidad de crédito en la clase media empobrecida hacía subir, con grave daño, el tipo de interés. La explotación capitalista que había provocado en la Galia una verdadera sublevación, amenazaba en Italia con destruir cuanto quedaba de la pequeña burguesía, y para salvarla Tiberio constituyó un fondo de 100 millones de sestercios destinado a proporcionarle créditos con intereses módicos. Los financieros, perjudicados en sus especulaciones, no tardaron en ponerse frente al emperador urdiendo conspiraciones, como antes lo habían hecho contra los Gracos. Pero Tiberio se retiró a su finca de Capri y emprendió una lucha a muerte contra la nobleza, apoyándose en las cohortes pretorianas que no dudó en acantonar a las mismas puertas de Roma. Las ejecuciones siguieron a las confiscaciones y senadores

españoles y galos vinieron a sustituir a los romanos que el emperador había sacrificado. Sin embargo, el conflicto, con un cariz más social que político, no se produjo entre Tiberio y la institución senatorial, sino entre el emperador y un sector de la oligarquía.

RUPTURA ENTRE EL SENADO Y EL EMPERADOR, BAJO CALÍGULA

La querella se hizo todavía más aguda durante el reinado de Calígula (37-41) y, esta vez, los principios mismos del poder quedaron impugnados.

Calígula había sido educado en casa de la hija de Antonio por consejeros egipcios, que le habían inculcado la idea de que el emperador era el «pastor de los pueblos», un «dios viviente». La influencia egipcia, tan importante en tiempos de César y de Antonio, reaparecía con Calígula, como lo demuestra el hecho de que edificara en Roma un templo a la gran diosa egipcia Isis, adorada en todo el Oriente helenístico, e imitando el ejemplo de los Ptolomeos se casase con su hermana. Manifiestamente seguía la política de César, aspirando a que todo el imperio aceptara su carácter de monarca de derecho divino como faraón de Egipto. El Senado reaccionó en contra y con ello quedó planteado un gran dilema: pretendía el Senado que Roma, representada por su aristocracia, conservara el señorío sobre un mundo sometido y subordinado; contrariamente, el emperador, apoyándose en el imperio, tendía a la monarquía. Tales principios eran irreconciliables, y así, mientras en las provincias la política imperial, laboral y benéfica volvía a crear seguridad y bienestar, en Roma se entablaba un duelo implacable entre el emperador y el Senado.

Cuando se disponía a trasladarse a Egipto, donde aspiraba sin duda a establecer la base de su poder monárquico, Calígula, ya en plena locura, fue asesinado, lo que aprovechó el Senado para declarar abolido el «principado» y anunciar su intención de volver a hacerse cargo del gobierno del imperio. Pero el pueblo de Roma, lejos de sostenerlo, alzose contra él y, al grito de libertad, los pretorianos elevaron al trono a Claudio (41-54), tío de Calígula. Inaugurando lo que más tarde habría de representar una funesta costumbre, el nuevo emperador hizo entrega de 15 000 sestercios a cada uno de los soldados de su guardia, como conmemoración del fausto acontecimiento.

El Senado, impotente, tuvo que inclinarse. El imperio carecía de base legítima y, además, acabada de surgir un nuevo elemento de desorden: los 10 000 pretorianos, que siendo los únicos capaces de imponer su voluntad por la fuerza, alzaban, frente al poder legal del Senado, ambiciones personales que en lo sucesivo todos los emperadores habrían de tener en cuenta.

El reinado de Claudio señala una fecha importante en la historia de Roma. El imperio se apoya cada vez más en instituciones monárquicas y se organiza el gobierno central con colaboradores escogidos por él fuera del medio romano. Claudio crea, con

arreglo al modelo de las administraciones egipcias, un gobierno centralizado y especializado. Después del ministro de Hacienda, aparece en su reinado el del Patrimonio Imperial; al frente del Ministerio de Comunicaciones, figura un director de vehículos que organiza la red de caminos imperiales, siguiendo la pauta antaño establecida por los reyes de Lidia y Persia, y se crea una cancillería con secciones de correspondencia, peticiones, causas judiciales y toda clase de estudios preparatorios.

Estatua ecuestre del emperador Calígula.
Museo Nacional. Nápoles.

POLÍTICA LIBERAL Y MONÁRQUICA DE CLAUDIO

Interior del Coliseo de Roma.

Los ministros, Polibio, Pallas, Narciso y Calixto, son libertos helenizados y, como sus subordinados, adictos todos a la monarquía y sin apego alguno a la tradición romana o republicana, apoyando con toda su influencia la erección de un poder hereditario y dinástico. Y uno de ellos, Pallas, el principal inspirador de su política, hace que Claudio contraiga nupcias con Agripina, como descendiente de Augusto.

Bajo la acción de los ministros provinciales, la política imperial cesa de aparecer como explotadora de las provincias en provecho de Roma para tender hacia la igualdad de todos los súbditos ante el emperador. «Había decidido, escribe Séneca, que vistieran la toga, es decir, que fueran ciudadanos, todos los helenos, galos, hispanos y bretones». Y en el año 48, Claudio, dando muestras —a pesar de sus flaquezas— de ser uno de los estadistas más clarividentes de la Antigüedad, afirmaba en un discurso al Senado que «la causa de la grandeza de Roma reside en su liberalismo». Durante su mandato, fueron nombrados senadores varios eduos y, por primera vez, un cónsul no italiano.

Al mismo tiempo que se emancipaba de la oligarquía, el poder imperial se hacía liberal y democrático. Como César, Claudio adoptó las teorías del derecho natural, triunfantes ya dos siglos antes en todo el Oriente, y varias leyes prohibieron la concesión de préstamos a menores, liberaron a la mujer de la tutela de su pariente más próximo, prohibiendo que se constituyera en fiadora de su marido, protegieron a los esclavos enfermos contra la crueldad de sus dueños, y ampliaron la libertad testamentaria.

Y cual si hallara en su liberalismo una legitimidad nueva, Claudio renunció al terror, concedió una amnistía general y abolió la terrible ley *de majestate*, bajo cuyas prerrogativas se habían decretado, desde los tiempos de los gobiernos de Mario, todas las proscripciones.

Todos los planes de sucesión monárquica que habían sido preparados por Pallas, quedaron malogrados por las terribles conspiraciones palatinas fomentadas por Agripina.

ABSOLUTISMO DE NERÓN

Después de envenenar a Claudio y alejar a Británico, que legítimamente hubiera debido sucederle, hizo que la guardia pretoriana elevase al trono a su propio hijo Nerón (54-68). Y el poder imperial estuvo a punto de hundirse con los asesinatos y confabulaciones palaciegas en el momento mismo en que Séneca preparaba el advenimiento de un imperio constitucional. Frente a la noción de la realeza personal, Séneca, sostenido por los funcionarios helenizados, y perteneciente a una familia de magistrados municipales de Córdoba[2], mantenía el concepto de una monarquía que repartiese el poder legislativo entre el emperador y un senado integrado por representantes de todas las provincias.

SITUACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

Las provincias orientales, en el apogeo entonces de su prosperidad, iban adquiriendo cada vez mayor importancia en el estado. La ruta de la India que llegaba a Alejandría, arteria vital del comercio exterior del imperio, estaba enteramente en poder de los egipcios y sirios. A través de Egipto, Roma establecía relaciones con la India, cuyos primeros embajadores enviados por el rey de Pandia llegaron a Roma el año 26 después de Jesucristo. Poco tiempo después, arribaba una embajada de Ceilán, que fue recibida por Claudio. Las relaciones marítimas entre Alejandría y la India hiciéronse constantes, y todos los años en el mes de julio, aprovechando los monzones, una flota de 120 naves tripuladas por arqueros que garantizaban su protección, salía de Berenice, en el mar Rojo, rumbo a los puertos de la desembocadura del Indo y del Malabar, con cargamento de vino, cobre, plomo, estaño y esclavos. Hacía escala en Egipto en noviembre, embarcando hacia los grandes mercados de Barigaza y Muciris preciosas cargas de pimienta, perlas, diamantes y cotonadas.

Del Indo y del Malabar, varias rutas conducían hacia la costa de Bengala, donde las corrientes comerciales del Mediterráneo se encontraban con las que procedían de la Malasia y la China.

Los súbditos del imperio se habían establecido en gran número en la India, donde constituían, sobre todo en Muciris, una importante colonia.

La seda llegaba a Roma por las rutas del Turquestán utilizadas por las caravanas, siendo allí enviada al Mediterráneo por el camino de la India o por el de Mesopotamia. El reinado de Nerón marca el apogeo del comercio mediterráneo con Asia, el cual no había de alcanzar una prosperidad semejante a la que conoció entonces hasta el siglo XIX.

Pero, cosa curiosa, este importante tráfico que, por otra parte, contribuía al gran déficit de la balanza comercial romana, no tenía repercusión en el desarrollo

económico del Occidente. Los grandes capitalistas romanos interesados en él, en lugar de hacer fructificar sus capitales, como los orientales, se apresuraban a comprar tierras en Italia, en las provincias occidentales y en África. De tal modo que, en Occidente, la gran expansión económica se caracteriza no por un incremento considerable de capitales móviles, sino por el de fortunas en tierras.

La consecuencia fue doble. Por una parte, al invertir sus fortunas en fincas rústicas los capitalistas romanos los sustraían a la economía comercial, limitando las posibilidades financieras de Roma, y, por otra, se abría un foso cada vez más profundo entre la estructura económica de Oriente y la de Occidente, donde el capitalismo territorial que no podía extenderse más que en detrimento de la pequeña propiedad no tardó en constituir un verdadero peligro social.

Estatua del emperador Claudio.
Vaticano. Roma.

El acaparamiento de tierras era tal en la época de Nerón, que solamente seis capitalistas romanos llegaron a adquirir la mitad de la provincia de África. Confiaron estos la gestión de sus propiedades a sociedades que establecieron una multitud de pequeños arrendatarios, transformados por contrato en colonos hereditarios. Semejante sistema suprimía, es cierto, los abusos escandalosos de la explotación servil, pero la omnipotencia de los propietarios de aquellos latifundios reducía a los arrendatarios a una espantosa miseria, siendo sus quejas constantes en instancias dirigidas al emperador.

Los magnates del capitalismo habían conseguido eludir la autoridad de los magistrados locales de las ciudades para no depender más que del procurador imperial de la provincia, lo cual equivalía prácticamente a reconocerles una autonomía señorial. La influencia capitalista manifestábase igualmente en Italia, donde los latifundios y los talleres explotados por los capitalistas, valiéndose de esclavos, sumían al país en una crisis económica y social cada vez más grave. Campesinos y artesanos libres, privados de medios, iban

engrosando el proletariado romano hasta constituir una amenaza para la paz pública. Además, la gran explotación agrícola planteaba problemas de avituallamiento al disminuir, con cultivos más lucrativos, la producción del trigo, que Roma se veía obligada entonces a importar. Para poner el abastecimiento de Roma a salvo de las especulaciones de los negociantes, los emperadores lo encomendaron al prefecto de la anona, y más tarde, Claudio centralizó el servicio en el puerto de Ostia. Pero la intervención del Estado falseaba el precio del trigo, desorganizaba el mercado y las consecuencias repercutían de nuevo en el pequeño productor.

El acueducto Claudio, en la Vía Apia.

Estos primeros síntomas de intervencionismo del Estado venían a complicarse con los problemas fiscales. Desde los tiempos de César, la moneda era estable y se había mantenido una relación constante entre las monedas romanas y egipcias, pero los gastos suntuarios hechos por Calígula y Nerón habían producido una primera crisis fiscal que el Estado resolvió apelando de nuevo a especulaciones del numerario, y la consecuencia fue un alza de precios que provocó la quiebra de muchos pequeños propietarios. El gobierno de Nerón, para ayudarlos, completó las instituciones de crédito a la pequeña burguesía con la organización de cajas hipotecarias, al mismo tiempo que emprendía la lucha contra la gran propiedad, no vacilando en complicar el conflicto político que separaba al emperador del Senado con otro económico y social. Nerón condenó a muerte, so pretextos arbitrarios, a los seis mayores latifundistas de África y confiscoles después sus enormes propiedades en provecho del Tesoro. A partir de entonces, la lucha se exasperó. El emperador tenía de su parte a las provincias y, en Italia, a las clases no privilegiadas; frente a él había un centenar de familias senatoriales.

La monarquía constitucional propuesta por Séneca no podía solucionar un conflicto que, de nuevo, se transformaba en cuestión de fuerza. Séneca fue condenado

a muerte, y Nerón, oponiendo al Senado una política absolutista y democrática, se dejó arrastrar a horrendas demostraciones demagógicas que culminaron no se sabe cómo en el incendio de Roma (64), que fue atribuido a los cristianos, cuya religión les hacía aparecer en efecto como enemigos del emperador que se pretendía de esencia divina. Consecuencia de este hecho fue la primera persecución romana desencadenada contra los cristianos, la cual costó la vida a un número aún relativamente escaso de víctimas, entre las cuales figuraron, según parece bien demostrado, los apóstoles Pedro y Pablo.

Roma. Vista exterior del Coliseo.

Las causas de esta persecución tienen estrecha relación, a un mismo tiempo, con la crisis moral y política por la que Roma atravesaba entonces. En los dos últimos siglos, las provincias orientales habían visto formar la única corriente mística que hallaba su expresión en los cultos de misterios. Desde el siglo II antes de Jesucristo, la creencia en la inmortalidad del alma y en el juicio del hombre en otra vida era casi general, por lo que Roma se había ido abriendo a los cultos orientales. A partir del año 204 habíanse erigido templos a Isis y Sarapis, las dos grandes divinidades egipcias; los misterios de Dionisos, confundidos con los de Osiris, gozaban de gran popularidad, y las masas de esclavos vendidos en Roma después de las guerras contra Mitrídates habían proclamado los misterios de Atis. Bajo Claudio, el culto de Isis, después de haber sido proscrito al final de la república, se vio favorecido por el emperador, confundiéndose cada vez más con el de Ceres, la antigua diosa Madre, en torno de la cual habíase agrupado la plebe romana. La fiesta primaveral de Atis, con sus exaltadas manifestaciones de duelo por la muerte del dios y de regocijo por su resurrección, había sido introducida en Roma oficialmente. Y Nerón se había hecho iniciar por el rey de Armenia en el culto de Mitra, el cual había de gozar en lo sucesivo de especial preeminencia en el palacio imperial.

El mitriacismo, aspecto nuevo del mazdeísmo, culto oficial de los reyes aqueménidas, se asemejaba mucho a los misterios helenos y orientales. Como los adeptos de Osiris, los iniciados en el culto de Mitra creían en la vida futura y predicaban una moral de solidaridad humana y de justicia, anunciando la resurrección de los cuerpos el día del juicio final. El mitriacismo había conquistado Capadocia y la Alta Mesopotamia, pero no había ejercido influencia alguna en los países helenizados ni en Egipto, fieles a sus misterios, por otra parte tan semejantes a los de Mitra. Por el contrario, se difundió por Roma y las provincias occidentales del imperio donde no había penetrado el misticismo helénico.

Esta oleada de mitriacismo con que los soldados y esclavos capturados en las guerras de los partos anegaron el Occidente en menos de un siglo, marca la victoria definitiva del misticismo oriental en toda la cuenca mediterránea.

Es un aspecto de la crisis que se fragua entonces, imposible de menospreciar. Como todos los cultos helénicos, el mitriacismo asigna al poder un origen directamente divino. Los adeptos de Mitra son monárquicos y creen que el rey es el elegido del gran dios creador, y sus misterios, como los de todos los restantes cultos orientales, favorecen la política absolutista de los emperadores. Ello ocurre en tiempos en que penetra en Roma la predicación cristiana. «Para creer en la inmortalidad, ¿qué sería preciso? —escribe Séneca—. ¡Que resucitara un hombre!». Y he aquí que, bajo el reinado de Calígula, aparecen los primeros cristianos anunciando el nacimiento de un hombre-Dios, el cual después de haber sufrido crucifixión, había resucitado e iba a volver para hallarse presente en el juicio final.

Busto del emperador Nerón.
Museo de los Oficios. Florencia.

MOVIMIENTO MÍSTICO. PERSECUCIÓN DE LOS CRISTIANOS Y ABOLICIÓN DEL PENSAMIENTO

Entre los fieles de los misterios, totalmente afectos a la idea de un Dios redentor, el anuncio de la llegada del Mesías, esperado en todo el Oriente desde el siglo I, había de ejercer una extraña atracción.

Ahora bien, de todos los cultos místicos, el único que no implicaba una necesaria metafísica monárquica era el cristianismo. Monoteístas como los judíos, y hostiles al panteísmo sobre el cual descansaba la idea de la divinidad del emperador, los

cristianos aparecían como peligrosos adversarios de la monarquía de derecho divino, aspiración del imperio. Su triunfo había de privar al emperador del apoyo del misticismo sobre el cual, en Roma, como antes en Egipto, la política dinástica ansiaba fundar la legitimidad del poder absoluto. Precisaba, pues, extirparlo como peligroso fermento de anarquía y desorden. La persecución no se ejercía solamente contra las ideas religiosas, sino contra cuantas pudiesen inspirar desconfianza en la política absolutista del emperador. Desde la época de Tiberio, quedó establecida en Roma la censura.

Ya bajo su reinado, Tiberio, al perseguir a los historiadores republicanos, había condenado a muerte a Cremucio Cordo y ordenado la destrucción de la obra de Labieno. Bajo Claudio, la censura fue suprimida. El emperador, partidario de las ideas liberales, tenía una marcada proclividad por los planes constitucionales elaborados por Séneca, a quien había nombrado preceptor de Nerón. Pero la condena a muerte de Séneca, seguida de la de Lucano, poeta que había celebrado a Pompeyo y la resistencia republicana contra Julio César, indican claramente el retorno a la censura más rigurosa. Los escritores políticos desaparecieron totalmente en aquella atmósfera. La ciencia, sin embargo, continuó cultivándose con cierta brillantez. La censura no impidió al cisalpino Plinio el Viejo continuar en Roma la tradición de la gran escuela científica helena, ni al español Quintiliano su intento de reforma de la enseñanza en un sentido profesional y práctico. Pero la ciencia propiamente dicha no puede vivir sin independencia.

Al suprimir la libertad de pensamiento, Roma había renunciado a ser la capital intelectual del imperio y la clase selecta griega se había apartado de ella desde las primeras persecuciones de Tiberio. Y mientras en Roma la vida intelectual iba a menos con una literatura de salón y poetas asalariados, en provincias, donde la administración de Claudio había instaurado un régimen liberal, se continuaba la tradición de la cultura helénica que, refugiada en las grandes escuelas, hubo de sufrir un eclipse de medio siglo.

CRISIS DEL PODER

En la política imperial todo se hallaba dominado por una sola intención: transformar el poder en una monarquía absoluta de derecho divino, y para convertir en realidad su designio, el emperador se apoyó en las, provincias orientales. Calígula, al intentar su golpe de estado, había querido buscar en Egipto, como Alejandro, la confirmación de su carácter divino, pero Nerón quiso conciliarse antes con los griegos. En el año 67, proclamaba solemnemente en los juegos ístmicos la libertad de los griegos y ordenaba que se abriera un canal a través del istmo de Corinto con objeto de favorecer el florecimiento económico de Grecia.

La ruptura entre el emperador y el Senado demuestra el fracaso del sistema ideado por Augusto, ya que si el emperador se había envilecido con sus crímenes, el Senado, por su parte, había perdido toda la confianza de los súbditos. Fuera de la

aristocracia de la que era símbolo, nadie lo consideraba como representante legítimo del poder. La aristocracia romana, sin embargo, no se daba cuenta de ello; creía en la posibilidad de volver al régimen republicano. En 68, los gobernadores de la Galia, España, Germania y África, que disponían de las legiones, se sublevaron en nombre del Senado, y este, envalentonado, proclamó a Nerón enemigo público. Al suicidarse el emperador, los senadores alzaron al poder a uno de los suyos, al gobernador de España, Galba, ya proclamado emperador por sus legiones. El Senado rompía así con la tradición que había creado una especie de estatuto dinástico en la familia de los césares. Al designar a Galba se erigía en dispensador del poder supremo y tornaba al principio oligárquico puro y simple, aunque confesando al mismo tiempo su impotencia, puesto que al ratificar el golpe de estado dado por las legiones españolas abría la puerta a los pronunciamientos militares.

Agripina, esposa de Claudio y madre de Nerón.

Galba debía aparecer inmediatamente como instrumento de la oligarquía. El primer acto de su reinado fue nombrar una comisión de encuesta para revisar las expropiaciones y donaciones llevadas a cabo por Nerón. El Senado solo veía la crisis desde el punto de vista de sus propios intereses.

La plebe romana no tardó en sublevarse y los pretorianos hicieron causa común con el pueblo. Galba fue asesinado, y Otán, antiguo amigo de Nerón, fue elevado al trono (69). Continuaba la era de los golpes de estado militares. En todas las provincias, las legiones imitando a las de España, nombraron emperadores a sus jefes: el ejército del Rin, a Vitelio; el de Oriente, a Vespasiano. La guerra civil se desencadenó por todo el imperio y el territorio de Italia fue invadido por las legiones de Vitelio, primero, y por las de Vespasiano, después. Este último se apoderó de Roma asaltándola, y el Senado, ante este hecho consumado, le consagró emperador cuando todo el Oriente lo había ya reconocido.

Dueño del poder, Vespasiano intentó una reforma constitucional inspirada, al parecer, en las ideas orientales y estoicas. El Senado quedó transformado en una especie de consejo imperial. Depurado primeramente por la expulsión de los indignos, fue reconstituido con el nombramiento de varios cientos de senadores oriundos de Italia,

LOS FLAVIOS INTENTAN INSTAURAR UNA MONARQUÍA DE DERECHO DIVINO

Galia, España y África, y unos pocos orientales. Vespasiano, de abolengo romano, consideraba que el imperio era, en esencia, el Occidente latinizado.

Al mismo tiempo que trataba de transformar la nobleza romana en imperial, ensanchaba el estado nacional extendiendo el derecho de ciudadanía a toda España. Pero, simultáneamente, tomaba de Egipto la tesis del origen divino del poder. A su advenimiento, nombró césares a sus hijos, considerándolos como sus herederos, y erigiose él en fundador de una dinastía. En la colaboración que estableció con el Senado, el emperador se arrogaba la mayor parte. Su tendencia era francamente hacia el absolutismo. Vespasiano había encontrado Roma en una situación financiera muy crítica, ya que el déficit del Tesoro ascendía a 40 000 millones de sestercios y el emperador asumió la tarea de restaurar las finanzas sin ayuda del Senado que, seguramente, hubiera puesto trabas; pero, al proceder así, suscitó su oposición. Sin detenerse ante ningún obstáculo, privó al Senado de la disposición de las tierras del común, anexionándolas a la Corona y valorizándolas sistemáticamente con arreglo al método helénico. Egipto quedó también sometido a una explotación fiscal implacable; pero el déficit del Tesoro pudo ser enjugado.

Peristilo de «La casa de los enamorados», en Pompeya.

Domiciano halló una situación financiera estable. Excelente administrador, derivó de ello una fuerza que le permitió poner de manifiesto, sin ambages, sus miras

absolutistas. Hízose llamar *dominus et deus* —señor y dios—, ostentó su jerarquía como pompa oriental y mandó edificar un palacio inmenso.

Para sostener su política monárquica, debía necesariamente conseguir el apoyo del Oriente. Así, por primera vez, fue nombrado cónsul un asiático, celebró él mismo el culto de Isis y mandó construir en Roma, siguiendo el ejemplo de las ciudades helénicas, un estadio y un odeón.

Al mismo tiempo, la burguesía comenzaba a tomar parte activa en la administración pública superior.

Mas para instaurar su omnipotencia, los Flavios tropezaban con los mismos obstáculos que antes impidieron a Nerón: la aristocracia romana, los cultos monoteístas y la libertad de pensamiento.

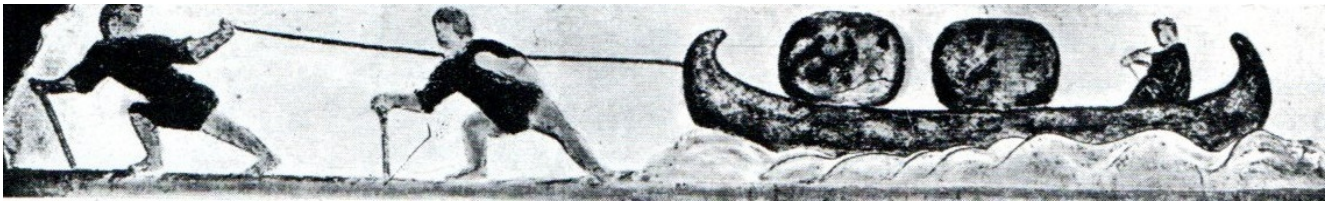
Busto del emperador Vespasiano.
Museo de los Oficios. Florencia.

Las proscripciones contra los senadores se reanudaron, recrudeciéndose las persecuciones contra cristianos y judíos. En 94, se expulsaba de Roma, por decreto imperial, a todos los filósofos, figurando entre ellos el antiguo esclavo frigio Epicteto. Refugiado este en El Epiro, donde vivía pobremente, había atraído a numerosos discípulos, entre ellos al bitinio Arriano, que iba a recoger enseñanzas en sus *Diálogos*. A la ira destructora del emperador romano respondía la moral estoica del esclavo griego, que tan grande influencia había de ejercer en los medios intelectuales del siglo II de nuestra era. Domiciano pereció asesinado en 96, y fracasada ya la tentativa de establecer el imperio sobre la monarquía absoluta, volvía el Senado a ser la única base legal del poder; pero había sufrido grandes transformaciones durante el reinado de los flavios (69-96). La oligarquía romana se había visto arrollada por las familias provincianas, para quienes Roma era, ante todo, la capital del imperio y residencia del emperador.

La tradición republicana no existía para aquellos galos, españoles y africanos que iban a ocupar en Roma los primeros puestos, dándole sus últimos escritores y sus más grandes emperadores.

La antigua aristocracia republicana había terminado su misión, y había sido sustituida por otra imperial, casi exclusivamente latina y occidental.

Roma se solidarizaba con sus provincias occidentales y hacía frente a la influencia monárquica y mística del Oriente. El dualismo entre las provincias latinas y las helénicas debía, por ende, acentuarse gravemente.



Mural que representa un barco romano en Germania.

3. Romanización de Occidente

LA ROMANIZACIÓN DE LA GALIA

Manifiestamente, Roma trató de basar su poder en el Occidente, y su obra civilizadora fue tan profunda que habría de dejar una huella indeleble en toda la historia de Europa.

La civilización mediterránea había penetrado en la Galia ya desde el siglo VI A. J., por la gran ciudad griega de Marsella. Incorporada a la «Provincia» por César, Marsella, aunque halló una rival en la colonia romana de Narbona, siguió siendo el gran centro económico e intelectual de la Galia y su célebre escuela griega atraía no solamente a los celtas, sino también a los italianos; Nimes, colonizada por los griegos de Egipto enviados por Augusto, adquirió rápidamente considerable importancia como centro de navegación fluvial; Arlés y Narbona llegaron a ser centros locales importantes, y de la mezcla de griegos, celtas y romanizados brotó la civilización provenzal; Orange, Aix y Vienne se convirtieron en prósperas ciudades agrícolas; Beziers, en mercado vitícola de nombradía; Tolosa, donde se crearon escuelas a imitación de las de Marsella, gozó de gran esplendor intelectual; en la confluencia del Ródano y del Saona, Lyon, que alcanzó la categoría de capital de las Galias, llegó a ser una gran urbe comercial donde se hacían importantes negocios internacionales, ya que afluían a ella griegos, sirios y otros orientales, y en el Alto Ródano se desarrolló Ginebra, término de la ruta alpina.

La ocupación de la isla de Bretaña (Inglaterra) por el emperador Claudio, dio al puerto de Burdeos considerable importancia. La economía romana se extiende, a partir de entonces, por las costas del Atlántico.

En el interior del continente y a lo largo de Jos caminos que unen el mar del Norte y el Rin al Ródano, formáronse ciudades secundarias a las que Roma aportó un núcleo de población internacional: Bourges, Clermont, Autun, Sens, Reims y Lutecia —el futuro París— con su famosa corporación de marineros del Sena; Boloña, antiguo puerto celta, fue habilitado como base naval militar.

En el Norte, Bavai, Arrás y Tournai no fueron sino etapas en las grandes vías; Tongres, importante nudo de comunicaciones hacia los campos legionarios de Xanten y de Nimega, pero sobre todo hacia los cuarteles generales de los ejércitos de Germania, Maguncia y Colonia, que figuraron entre las principales ciudades continentales del Occidente; en el camino de Lyon al Rin, surgió Arlón, ciudad de

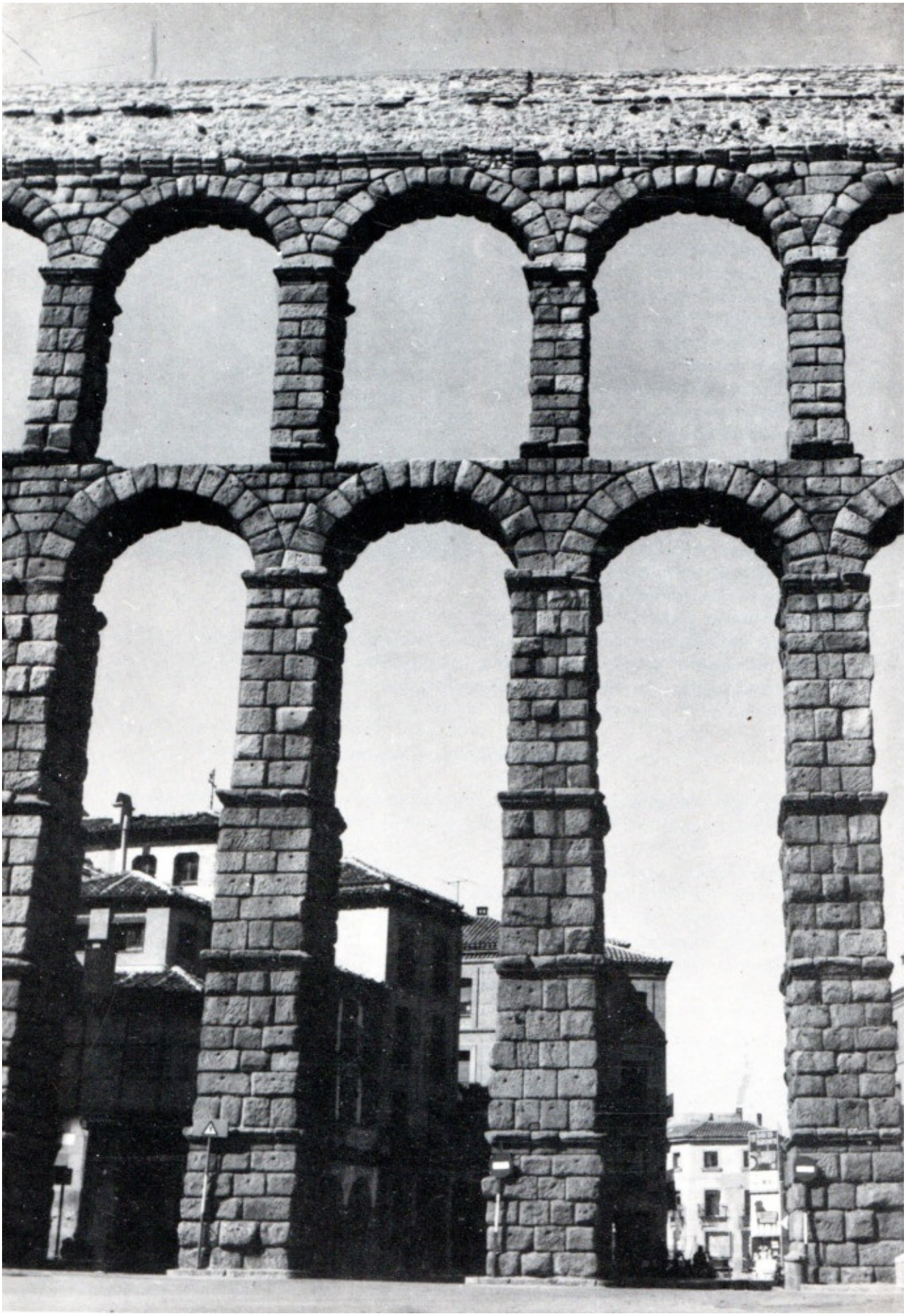
comerciantes que iban hasta Roma a vender los paños de Menapia y Tréveris. Esta última había de ser, en el siglo IV, la capital de las Galias.

En todas esas ciudades formábase una burguesía en que se mezclaban elementos romanos helenizados y celtas. El latín era la lengua del ejército, de la administración, del comercio y de la enseñanza. En Autun, Reims, Tréveris y Burdeos, se abrieron nuevas escuelas donde se enseñaban Humanidades, Gramática e incluso Derecho. Así penetraban, hasta en los parajes más alejados del imperio, la civilización romana y el pensamiento helénico. La antigua aristocracia, a su contacto, se latinizaba y hacía apta para desempeñar las magistraturas locales, iniciándose en los negocios. Los alumnos celtas se preparaban allí para desempeñar los cargos de la administración superior. De ellos saldría luego el emperador Antonino. Tomando como modelo las grandes ciudades helenísticas, Roma trazaba vastos planes de ciudades y las dotaba de teatros, templos, termas, acueductos y redes para distribución de aguas.

La industria prosperaba. Los negociantes romanos y orientales, primero, y más tarde celtas, recorrían el país importando animales y tejidos de lana, y exportando a Germania artículos baratos. La balanza comercial de la Galia llegó a ser favorable y el país se enriqueció. En el campo, los grandes propietarios romanos o celtas romanizados construían lujosas viviendas. En las ciudades, los sirios y otros orientales introducían el comercio del dinero. Muy pronto, circularon camellos por los caminos de la Galia transportando mercancías, y los árboles frutales importados de Asia se aclimataban en el país.

El emperador Domiciano.

Las antiguas chozas galas fueron sustituidas por granjas al estilo romano, y el uso de cristales para vidrieras, imitado de Siria y Egipto, y cuya fabricación se implantó en la Galia, llegó a ser corriente. Se instaló calefacción en las viviendas.



El acueducto romano de Segovia.

Las ciudades aumentaron rápidamente en importancia. En el sur de la Galia, predominaba el régimen urbano. En el Norte, en cambio, escaseaban las ciudades, por lo que numerosas aldeas ascendieron a categoría de burgos, pero el carácter de las villas siguió siendo rural.

Las antiguas querellas y fricciones entre pequeños estados rivales desaparecieron. El druidismo, perseguido por las autoridades de Roma, que veían en él un elemento hostil a su penetración, fue extinguiéndose poco a poco, salvo en la Armórica.

Un ángulo del templo de Baco, en Baalbek.
Construcción del siglo II de nuestra era.

Reinó la paz y con ella la prosperidad y el bienestar. Implantose en toda la Galia el régimen urbano. Sin embargo, fueron muy pocas las ciudades que conservaron el sistema de los comicios, pues en general se mantuvo el régimen aristocrático galo, siendo las ciudades gobernadas por curias. Roma, desde luego, pacificó la Galia apoyándose en la clase acomodada de los terratenientes, pero la burguesía mercantil, organizada en corporaciones libres, tuvo una trascendental importancia en el desarrollo que adquirió el país.

Anualmente, en el mes de abril, las tres provincias de la Galia enviaban sus delegados a Lyon, donde tenía efecto una asamblea general, a más de celebrar cada una de ellas sus asambleas provinciales, así como la de la «Provincia» ya anexionada medio siglo antes de César.

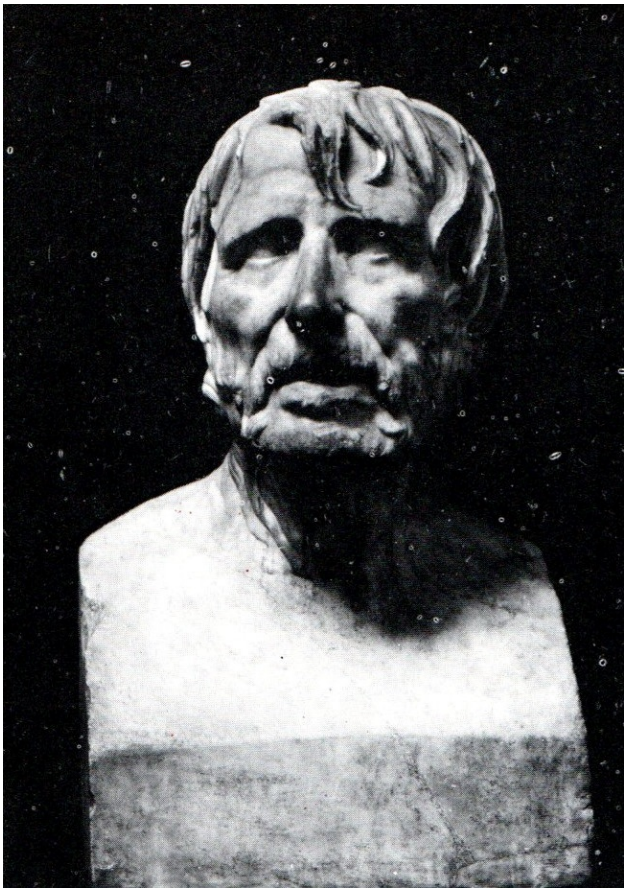
Paulatinamente, toda la sociedad iba evolucionando. La familia, patriarcal antaño, se limitaba ahora al grupo restringido de progenitores y prole bajo la autoridad del padre; la propiedad privada iba invadiendo las antiguas heredades comunales; la rancia nobleza política se transformaba en clase de terratenientes; los jefes locales cesaban de formar una oligarquía noble para convertirse en magistrados elegidos por la burguesía rica o designados por la autoridad superior. El culto galo, sin llegar a desaparecer, fue sumiéndose en el paganismo romano hasta ceder, a partir del siglo II, ante la catequesis cristiana.

España había sido influida por las civilizaciones oriental y helénica mucho antes que la Galia. En el siglo IX A. J., penetraron los fenicios, seguidos por los griegos en el

siglo VI A. J. El reino de Tartesos, a orillas del Guadalquivir, enriquecido por sus minas de plata, ofrecía ya en el siglo X A. J. un tipo muy adelantado de civilización. Desde entonces, nunca cesó de mantener un comercio activo y próspero con el Oriente.

La península carecía de unidad étnica. Sobre un fondo ligur, habíanse instalado en el Sur los iberos, procedentes de África, y en el Norte, los celtas. La población se hallaba repartida en numerosos y pequeños estados.

Durante la segunda guerra púnica y algún tiempo después, España fue domeñada por Roma, y su conquista se llevó a cabo despiadadamente. Dividida en dos provincias, la Tarraconense y la Bética —correspondiente esta última al antiguo reino de Tartesos—, fue abrumada de impuestos, arrojándose los capitalistas romanos sobre sus minas de plata, hierro, cobre y plomo.


Séneca. Escultura en bronce.

LA ROMANIZACIÓN DE ESPAÑA

El imperio, al implantar el monopolio de Estado en el laboreo de minas, expropió sin duda a los españoles, pero al mismo tiempo los libró de la alta finanza romana y el régimen político pudo normalizarse. Y la paz imperial dio a la península gran prosperidad, favoreciendo su integración en la cultura mediterránea que venía preparando, desde hacía muchos siglos, la explotación de sus minas y la actividad de sus puertos. Muchos comerciantes orientales acudieron a instalarse en el país y varias colonias romanas se transformaron en ciudades importantes o desarrollaron las ya existentes. Cómo Córdoba, en la antigua Tartesos, y el puerto de Cartagena, fundado por los fenicios, las bahías de Valencia, Tarragona, Barcelona, Ampurias, y, tierra adentro, Zaragoza y Segovia, llegaron a ser centros económicos e intelectuales donde se mezclaban griegos, ligures, iberos y romanos. El régimen urbano contribuyó a desarrollar las clases directoras, romanizándolas. Dos de los más preclaros emperadores, Trajano y Adriano[3], nacieron en España. Ya desde el siglo I después de Jesucristo, la penetración grecorromana, encontrando un ambiente propicio, hizo de aquella provincia uno de los principales focos de la cultura latina. El célebre estoico Séneca, el poeta Lucano, el pedagogo Quintiliano, el epigramático Marcial, el geógrafo Pomponio Mela y el

agrónomo Columela, son españoles. Se comprende, pues, que Vespasiano concediera a toda España, en bloque, el derecho de ciudadanía. La lengua latina se extendió por todo el país, como por la Galia; era el idioma de la intelectualidad, del comercio y de la administración.

Sin embargo, por el mar había ya venido a España, mucho antes del imperio romano, una cultura que se mantenía viva, y para conservar aquella tradición Vespasiano autorizó especialmente en España el uso oficial de las lenguas locales.

LA ROMANIZACIÓN DE LA ISLA DE BRETAÑA

Del continente, la dominación romana pasó a la gran isla de Bretaña (43 después de Jesucristo), complemento económico indispensable, por sus minas de estaño, de la Galia y de España. La población celta vivía allí como en la Galia, en tribus poco desarrolladas en el Norte, donde había subsistido el régimen monárquico, mientras que en el Sur ya existía la fase oligárquica. La Alta Escocia no fue nunca sometida.

Construyó Roma en Inglaterra una doble red de caminos que irradiaban de Londres, en donde ya antes de la conquista existía una aglomeración que, merced a la represión de la piratería frisona y a la presencia de una escuadra romana en la Mancha, llegó a ser un gran centro de tráfico ya de nombradía en el siglo I. Los puntos de apoyo creados por la flota en la costa dieron nacimiento a Dover, Lymne y Sandwich, que se comunicaban por medio de faros. Los numerosos puestos militares instalados en el litoral septentrional pusieron la isla al abrigo de golpes de mano de los frisios, y desde el siglo III también de los sajones. Las ciudades de Gloucester, York y Lincoln surgieron de colonias romanas, y el origen de Chester fue un campamento militar.

Explotadas desde hacía siglos, las minas de estaño pasaron a ser monopolio del Estado, y la agricultura tomó gran incremento permitiendo a los grandes terratenientes construirse elegantes casas de campo en las costas de la Mancha, al mismo tiempo que se extendía la pequeña propiedad. El ganado de la isla fue exportado al puerto de Boloña y las importaciones procedentes de la Galia introdujeron en el país costumbres refinadas. La romanización fue esencialmente obra de las guarniciones legionarias, de los comerciantes que mantenían con el continente un tráfico constante y de la flota de la Mancha, que era tripulada en su mayor parte por mercenarios de las costas flamencas.

Tréveris. La Puerta Negra. Siglo IV.

País esencialmente rural, la isla de Bretaña no se romanizó tan a fondo como las provincias de España y la Galia. Los celtas de Hibernia —Irlanda— y de Caledonia —Escocia—, a los cuales no se extendió la conquista, resultaron impermeables a la influencia cultural romana.

Representación de un barco romano en aguas germanas.

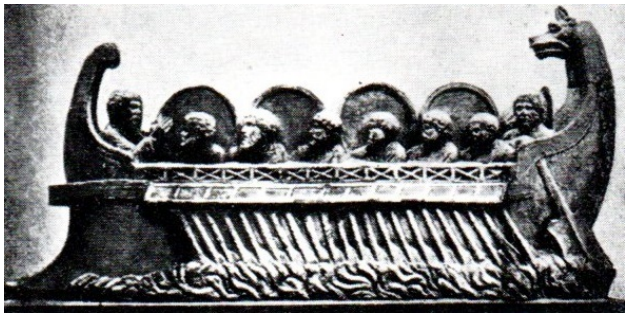
LA ROMANIZACIÓN EN EUROPA CENTRAL

La romanización de las provincias danubianas fue mucho menos intensa que la del Occidente. En Retia —la actual Baviera del Sur, la Suiza oriental y el Tirol— aparecieron tres municipios romanos, entre ellos Augsburgo, capital de la provincia; Coria conservó su organización romana hasta el tiempo de Carlomagno; pero estas siguieron siendo ciudades rurales gobernadas por la nobleza local. La ciudad de Como quedó unida por un lado al Rin y por otro a Salzburgo mediante grandes vías. Los soldados acantonados en el Danubio y la vida intensa creada a lo largo de las calzadas pusieron a la población en contacto con el imperio. El dialecto romanche, que aún subsiste en el Alto Rin, recuerda la ocupación romana.

En Nórica —Alta Austria, Carintia y Estiria—, desde la época de Augusto, se habían instalado colonos entre las poblaciones ilirias, mezcladas con celtas, que habían conocido ya influencias griegas llegadas por el Danubio y desde Ja Macedonia. Alrededor de los campos formáronse centros romanos, y en el cruce de rutas importantes, Salzburgo y Cilia —en Eslovenia— fueron ciudades mercantiles.

En la Panonia —Hungría cisdanubiana, Croacia y Eslovenia—, región donde la ruta del ámbar que unía el Adriático al mar Báltico franqueaba el Danubio, fueron

establecidos campos militares, naciendo Viena de uno de ellos; mas a pesar de las fábricas de armas fundadas en Sirmio —Mitrovitza—, sede de un palacio imperial construido a fines del siglo III, la romanización en aquellas comarcas fue siempre poco intensa. En Mesia —Servia—, donde algunos campamentos romanos jalonaban el Danubio, tampoco fue mucho más acentuada. Numerosos mesianos sirvieron, sin embargo, en el ejército; uno de ellos sería el emperador Aureliano. En la Mesia Inferior, Roma halló a lo largo del mar Negro la antigua colonización griega, que suplantó, y siguiendo sus huellas establecería momentáneamente su dominio hasta la Crimea, donde las ciudades griegas se mantuvieron autónomas bajo su soberanía. Dalmacia quedó en el ámbito de Roma; Salona y Zara —Spalato— llegaron a ser puertos importantes, y Diocleciano edificará allí un día el inmenso palacio del cual subsisten vestigios todavía. El Epiro, donde desde el siglo VI A. J. los griegos de Corinto y de Corfú habían fundado los puertos de Apolonia y Epidammio —Durazo—, se romanizó sin dificultad a causa de las estrechas relaciones que lo unían con Italia.


Navío romano en Germania.

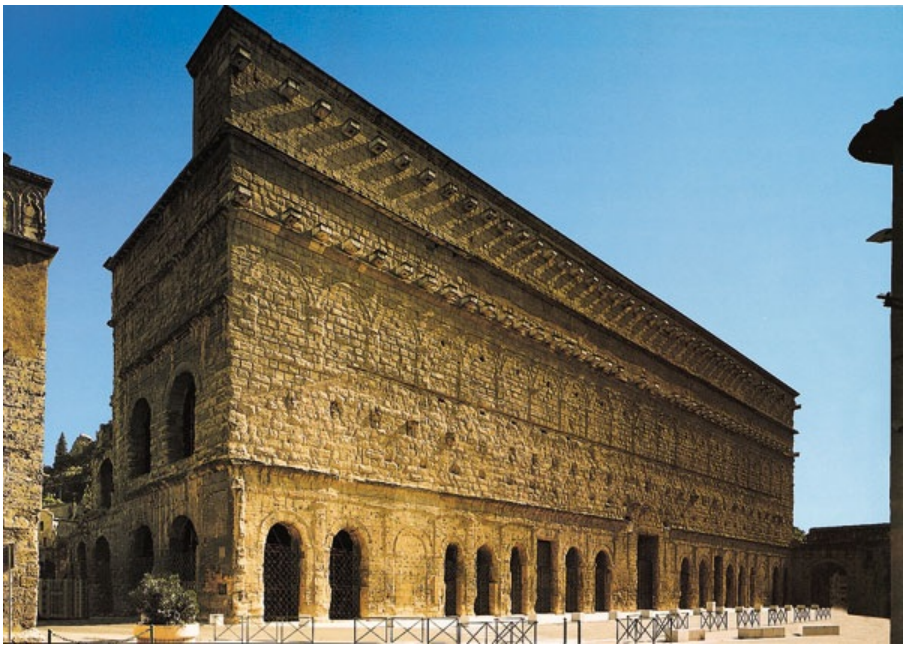
ROMANIZACIÓN DE ÁFRICA

Desde la caída de Cartago, la romanización abarcó las costas de África; su vida económica se orientaba hacia Roma.

La Cirenaica quedó sometida a la influencia grecoegipcia. Tripolitania y Túnez, por el contrario, sufrieron un fuerte influjo romano. En tiempos de su esplendor, Cartago había introducido allí el régimen municipal fenicio. Roma, después de destruir Cartago, lo había levantado de nuevo volviendo a ser, bajo César, un gran centro económico. Bizerta, Susa, Gabes y Leptis Magna se convirtieron en ciudades importantes.

En Numidia, los campamentos militares preparaban la formación de las ciudades que serían más tarde municipios romanos. A partir del siglo I surgen doce ciudades; al final del imperio, había cuarenta y cinco de cuyo esplendor dan testimonio las ruinas de Timgad.

Roma se instala en el país apoyándose en sus colonos y en las clases acomodadas que se latinizaron rápidamente. El suelo fue explotado de manera sistemática por ingenieros romanos que introdujeron la irrigación egipcia. Y África llegó a ser la gran abastecedora de trigo del imperio. Al lado de la clase selecta latinizada, el pueblo siguió hablando el dialecto púnico. Uno de los más célebres emperadores, Septimio Severo, salió de aquella modesta población africana, con la que continuó tan identificado, que su hermana hubo de escandalizar al mundo romanizado por su total ignorancia de la lengua latina.



Arquitectura romana provincial. Teatro de Orange.

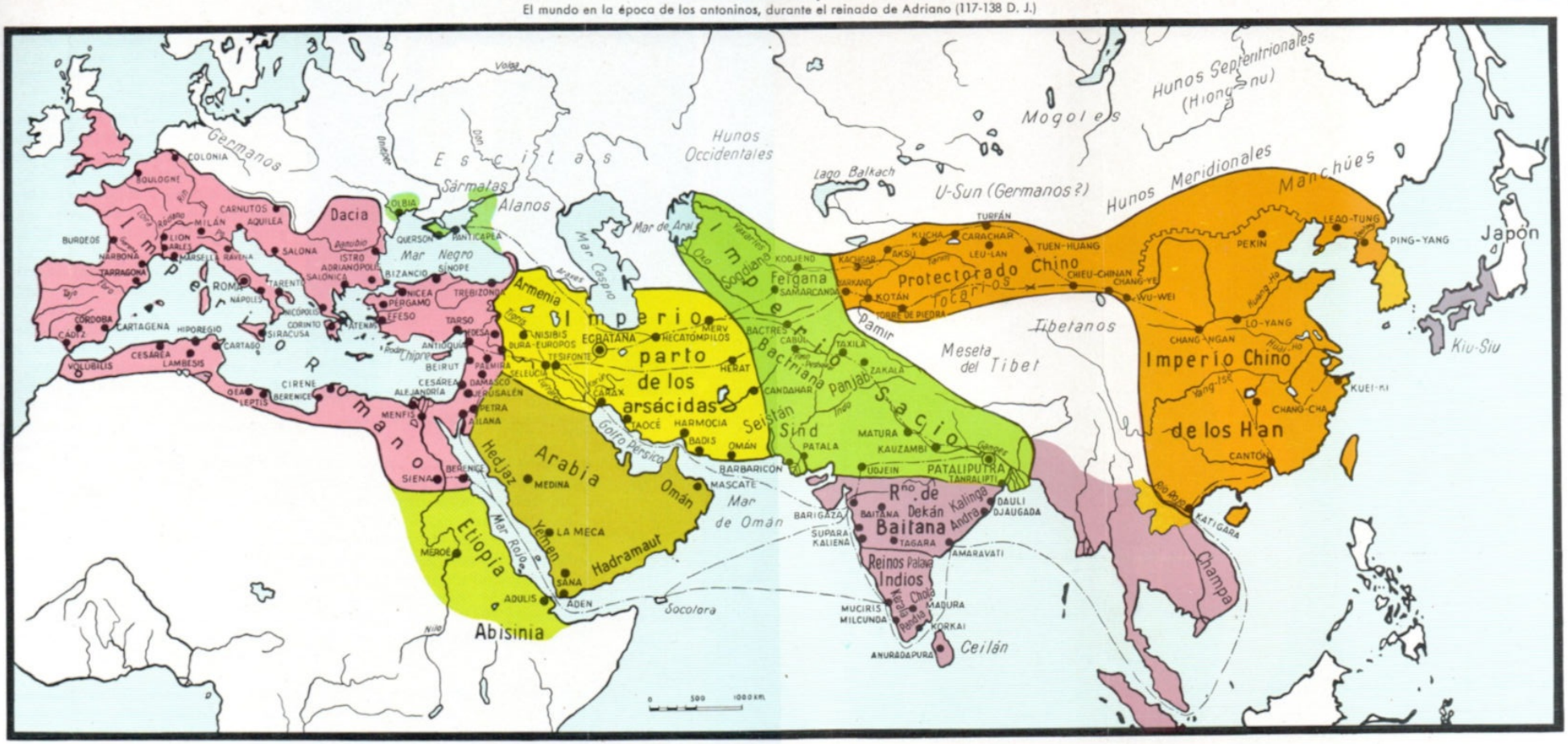
Más lejos, hacia Occidente, en Mauritania —Argelia occidental y Marruecos—, Roma se limitó a una ocupación puramente política. Algunas ciudades aparecieron en las costas y hasta en el interior del país, como Volúbilis. Pero subsistieron los caudillos locales, vasallos de un imperio, del cual habían de ser incluso en el siglo IV, no ya súbditos, sino confederados. De este modo, con asombrosa flexibilidad y adaptándolos al nivel de civilización de los pueblos incorporados al imperio, Roma los iba asimilando apoyándose en la burguesía acomodada y creando por todas partes una gran riqueza agrícola y comercial con la instauración del libre cambio. Cierto es que el imperio se hallaba dividido en zonas aduaneras, pero las tarifas creadas con finalidad fiscal no excedían del 2,5 por 100. Roma, por otra parte, dio término a los abusos escandalosos del capitalismo, restringiendo su esfera de influencia. La nacionalización de la gran industria minera, unida a una política de libre cambio comercial y de sana libertad económica en los demás órdenes, dio al imperio una prosperidad tal que sus beneficios se derramaron por todas las provincias. Aparecía patente el bienestar en el lujoso aspecto de las ciudades, construidas según los principios del urbanismo helenístico. En ninguna otra época, a no ser en el siglo XIX de nuestra era, se ha cubierto el mundo de ciudades como entonces, todas libremente administradas por su propia población de hacendados y hombres de negocios, entre los cuales los militares retirados constituían una clase de notables. Por doquier se alzaban columnas de templos y pórticos romanos, y la cultura, difundida por gran número de escuelas, aparecía floreciente. Nivelando el imperio, desde arriba, con un liberalismo tanto más extraordinario cuanto que sucedía a una época de guerras y rapiñas, Roma iba extendiendo por el espacio mediterráneo las dos grandes conquistas de la civilización oriental: la emancipación individual y el sentido de lo ecuménico.

Arco triunfal y columnas de Trajano, en Timgad.

Era de los Imperios

El mundo en la época de los antoninos, durante el reinado de Adriano (117-138 D. J.)

N.º 3



Imperio romano

Zona de influencia romana (por intermedio de Egipto)

Zonas dominadas por las ciudades griegas

Imperio parto de los arsácidas

Reinos y tribus árabes

Imperio sacio

Estados indios o de influencia indostánica

Imperio chino

Zona de influencia china

Estado feudal del Japón

Grandes rutas del comercio internacional

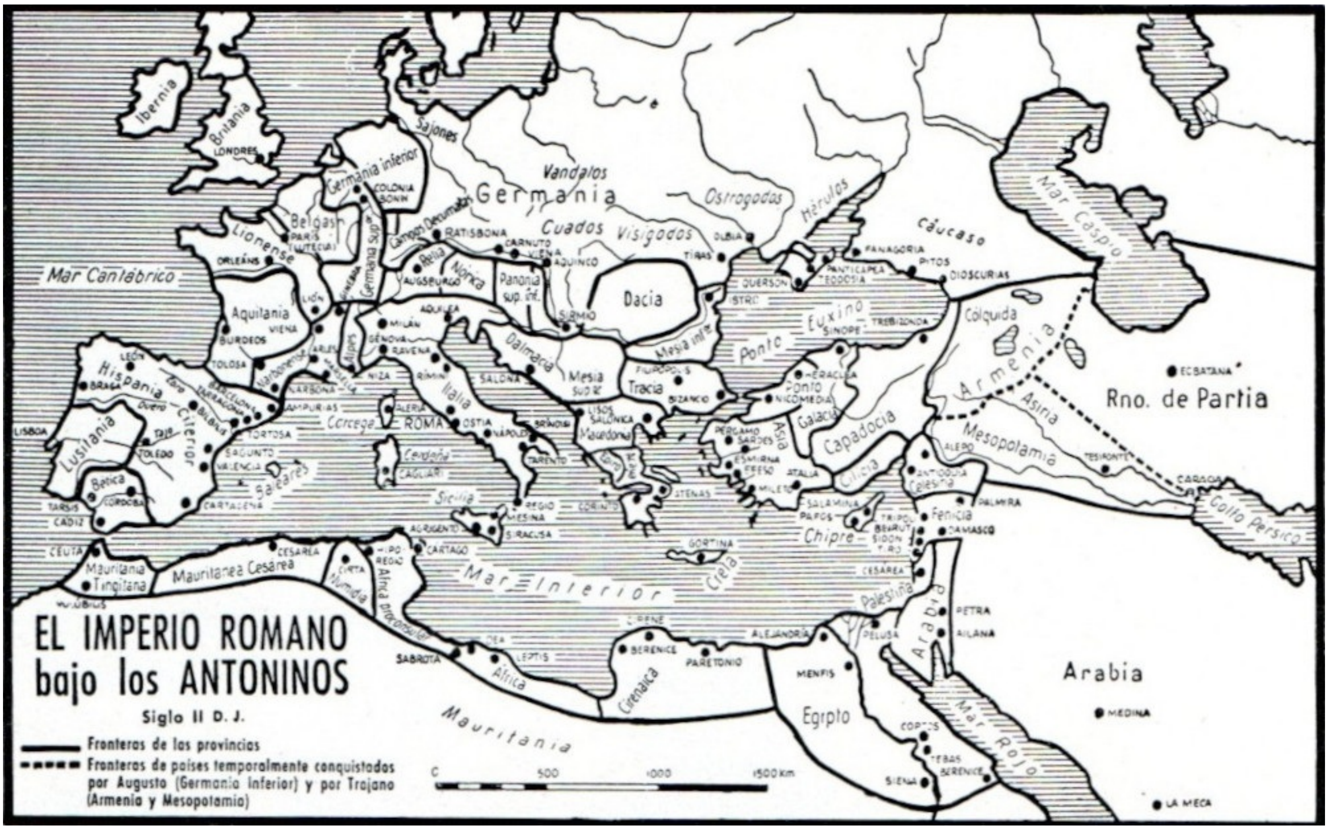
NOTA. El puerto de Katigara, que se supone haber estado en la desembocadura del río Rojo, debe de haber tenido su emplazamiento, según algunos autores, en una isla del archipiélago malayo.

4. El imperio universal y liberal bajo los Antoninos (96-192)[*]

TENTATIVA DE IMPERIO CONSTITUCIONAL POR NERVA

Después del asesinato de Domiciano y de la crisis a que puso fin, el régimen monárquico parece condenado. El Senado, compuesto por occidentales hostiles a las ideas monárquicas de Oriente, reacciona en el sentido constitucional antes preconizado por Séneca, y con el concurso de los pretorianos los senadores ponen al frente del imperio a uno de los suyos: al aristócrata romano Nerva (96-98). Sin embargo, una vez en el trono, Nerva no actuó como representante de la oligarquía romana. La transformación del Senado en asamblea imperial permitió al emperador, de pleno acuerdo con él, abandonar tanto el principio nacional romano como el aristocrático, y en lo interior pudo continuar la política democrática de Tiberio, Nerón y los flavios, o sea distribuir tierras a los ciudadanos pobres y esbozar un plan de socorro a los niños indigentes, sin chocar con la oposición de los senadores.

Desde los tiempos de Vespasiano, los italianos no servían en las legiones, ya que, con excepción de los pretorianos, el Ejército estaba compuesto por provinciales. A partir de entonces, bajo la amenaza de pronunciamientos militares, las provincias iban a arrebatar a Roma su autoridad, y el peligro era tanto más grave cuanto que la recluta de las huestes estaba a punto de ser completamente regional. Fieles a sus generales o al emperador, los ejércitos representaban un elemento a la vez democrático y provincial, que prescindía de la aristocracia. Condición previa de la persistencia del imperio era, pues, su convivencia con la institución armada.



EL IMPERIO ROMANO
bajo los ANTONINOS
Siglo II D. J.
Fronteras de las provincias
Fronteras de países temporalmente conquistados por Augusto (Germania Inferior) y por Trajano (Armenia y Mesopotamia)
0
500
1000
1500 Km
Ibernia
Britania
LONDRES
Sajones
Germania inferior
COLONIA
BONN
Vandalos
Germania
Ostrogodos
Hérulos
Belgas
PARIS (LUTECIA)
Lionense
ORLEANS
Mar Cantábrico
Aquitania
BURDEOS
VIENA
TOLOSA
Narbonense
ARLES
NARBONA
Cuados
Visigodos
RATISBONA
CARNUTO
VIENA
AQUINCO
Panonia sup. inf.
Nórica
Retia
AUGSBURGO
Dacia
SIRMIO
OLBIA
TIRAS
QUERSON
PANTICAPEA
TEODOSIA
FANAGORIA
Cáucaso
PITOS
DIOSCURIAS
Mar Caspio
Colquida
Armenia
Asiria
Mesopotamia
Rno. de Partia
ECBATANA
TESIFONTE
CARACE
Golfo Pérsico
MILAN
GENOVA
RAVENA
AQUILEA
Dalmacia
SALONA
Mesia sup.
Mesia inf.
Ponto Euxino
SINOPE
TREBISONDA
Tracia
FILIPOPOLIS
BIZANCIO
Hispania
LEON
BRAGA
Citerior
TARRAGONA
BARCELONA
AMPURIAS
Lusitania
LISBOA
TOLEDO
SAGUNTO
VALENCIA
TORTOSA
Baleares
Bética
CORDOBA
CARTAGENA
CADIZ
TARSIS
CEUTA
NIZA
Córcega
ALERIA
ROMA
Cerdeña
CAGLIARI
Italia
RIMINI
OSTIA
NAPOLES
BRINDISI
TARENTO
REGIO
MESINA
SIRACUSA
Sicilia
AGRIGENTO
Macedonia
SALONICA
LISOS
Epiro
Acaya
CORINTO
ATENAS
Asia
PERGAMO
SARDES
ESMIRNA
EFESO
MILETO
Ponto
HERACLEA
NICOMEDIA
Galacia
Capadocia
Cilicia
ATALIA
ANTIOQUIA
Celesiria
ALEPO
PALMIRA
Fenicia
DAMASCO
TRIPOLI
BERITO
SIDON
TIRO
SALAMINA
PAFOS
Chipre
Creta
GORTINA
Mar Interior
CESAREA
Palestina
Arabia
PETRA
AILANA
Arabia
MEDINA
LA MECA
Mauritania Tingitana
Mauritanea Cesárea
CESAREA
CIRTA
Numidia
HIPO REGIO
CARTAGO
Africa proconsular
SABRATA
LEPTIS
OEA
Africa
Mauritania
CIRENE
BERENICE
PARETONIO
Cirenaica
ALEJANDRIA
PELUSA
MENFIS
Egipto
COPTOS
TEBAS
BERENICE
SIENA
Mar Rojo

Estatua del emperador Trajano.

Busto del emperador Adriano.

Mientras que de Augusto a Nerón cada emperador había elegido sucesor en el seno de su propia familia, Nerva introdujo el principio de la adopción del más digno, que Antonino había de continuar. Y escogió a Trajano (98-117), general español, vástago de una familia gaditana de magistrados, urbanos.

La adopción de Trajano por Nerva, determinada por la preocupación de calmar la inquietud de las legiones que temían ver acaparado nuevamente el poder por la oligarquía romana, marca una etapa decisiva en la historia del imperio.

Con Trajano, el poder imperial queda definitivamente arrebatado a Roma, y el imperio deja de ser romano para convertirse en universal. Todos los emperadores, con muy raras y cortas excepciones, serán en adelante provinciales.

Trajano se orienta en la ruta constitucional preconizada por su compatriota Séneca y trata de repartir el poder entre el emperador y un cuerpo senatorial ampliado, representante de todo el imperio. Bajo los Antoninos, la mitad casi de los senadores procedían de las provincias, y —considerable innovación— entre ellos figuran numerosos griegos y africanos. No hay, sin embargo, que exagerar la participación del Senado en el ejercicio del poder. Su función en materia administrativa quedaba reducida a la de un consejo consultivo, ya que la soberanía estaba exclusivamente vinculada al emperador. Ello no obstante, al ratificar el nombramiento del presunto heredero elegido por el emperador, el Senado otorgaba al poder imperial la legitimidad indispensable a su estabilidad.

POLÍTICA MONÁRQUICA DE LOS ANTONINOS

Pero esta legitimidad solo resultaba válida para Roma. El Senado era casi inexistente respecto al imperio y, por tal razón, los Antoninos, como los Flavios, sintiéronse captados por la idea monárquica prevaleciente todavía en Egipto y Partia.

Egipto no había sido incorporado al imperio. Bajo la soberanía del emperador, constituía una monarquía de derecho divino apoyada en el culto del dios Sarapis. Esta milenaria teoría monárquica fue la que manifiestamente impulsó a los Antoninos a buscar, como apoyo de su poder, una legitimidad de derecho divino.

Ya Trajano se había hecho representar con los atributos de Hércules, el dios de Gades, a quien consideraba como patrono suyo, y sus monedas ostentaban como emblema el Sol. Adriano (117-138) adoptó el título de Olímpico, reservado a Júpiter, dios solar. Franqueando una etapa importante, erigió a Sarapis en deidad oficial del imperio, practicando al mismo tiempo una política de despotismo ilustrado. Como antes César y Calígula, al transformar el imperio en monarquía de derecho divino, Adriano actuaba influido por Egipto. Pero la oposición del Senado resurgía y Antonino (138-161) y Marco Aurelio (161-180), para evitar el conflicto, volvieron al principio constitucional.

El emperador Antonino Pío.

Antonino buscó el apoyo de las clases cultas de todas las provincias, desarrollando para ello en las grandes ciudades una enseñanza superior, subvencionada por el Estado, para aumentar la cultura de las clases pudientes provinciales, a quienes otorgó el derecho de ciudadanía con un criterio muy amplio.

Marco Aurelio, imbuido por las ideas estoicas, quiso hacer del imperio una monarquía igualitaria en la cual el emperador interpretase la voluntad suprema, ya que consideraba el imperio como una solidaridad representada por él. Pero esta encarnación personal del imperio debía llevarle, necesariamente, a la concepción monárquica hereditaria, y nombró como heredero a su hijo Cómodo (180-192).

A su advenimiento, Cómodo afirmó en proclama dirigida a sus tropas el carácter divino de la monarquía: «He nacido emperador —les dijo—, mi padre ha subido al cielo». Como en Egipto, el soberano quedaba divinizado, asentando al mismo tiempo el principio hereditario.

Esto no era simple consecuencia de la regla sucesoria, sino el triunfo de una teoría armónica del poder. Presentábase el emperador como mediador entre la divinidad y los hombres, y siendo estos iguales ante el gran dios creador, también debían serlo ante el absolutismo divino del emperador. El principio de la jerarquía social, fundamento del imperio de Augusto, quedaba repudiado, y para confirmar el nuevo orden Cómodo nombró para el cargo de prefecto del pretorio, convertido en el de primer ministro, a Cleandro, un antiguo esclavo frigio.

Se concibe que el Senado, amenazado a la vez en sus prerrogativas políticas y sociales, reaccionara violentamente. La lucha estalló abierta contra el emperador, que respondió con una sangrienta represión. Y la política de apaciguamiento practicada con tanta prudencia y durante tan largo tiempo por los Antoninos, se vino a bajo en la guerra civil que culminó con el asesinato de Cómodo.

El absolutismo de los Antoninos, fórmula en la cual el poder halla en sí mismo su origen, y justificación por la voluntad divina, se despliega acompañado —como en otro tiempo el despotismo egipcio— de una política de justicia y equidad. El poder central acaba de constituirse; las oficinas del emperador se transforman en servicios del Estado; el funcionarismo —en que los caballeros harán carrera en lo sucesivo— se organiza según las reglas del derecho público egipcio; las comisiones ejecutivas, compuestas hasta entonces de senadores, pasan a estar integradas por técnicos. La jerarquía funcional sustituye a la de clases y el mérito individual tiene mayor importancia que los privilegios derivados de la cuna.

Ruinas de lo que fue el Foro de Roma.

LA POLÍTICA LIBERAL Y DEMOCRÁTICA

A la organización del poder central sigue la unificación de instituciones. En todo el imperio, la jurisdicción criminal, hasta entonces en manos del Senado, es ordenada por el emperador con arreglo a principios uniformes, ora se trate de ciudadanos o de peregrinos; se implanta el recurso de alzada hasta el prefecto del pretorio, el cual llega a ser, como antaño lo fue el visir de los faraones, primer ministro y juez supremo, y se crea una jurisdicción contenciosa, imitada del modelo egipcio, para garantizar los derecho del pueblo contra abusos de los agentes del Estado.

Se unifica y humaniza el procedimiento. Trajano limita el tiempo de duración de las detenciones preventivas, otorgando a los condenados en rebeldía el derecho de apelar contra el fallo, y Antonino establece el principio de que la ley debe ser interpretada a favor del delincuente.

Se codifica el derecho romano por vez primera. La obra legislativa de Adriano en esta materia fue considerable. Bajo el nombre de *Edicto perpetuo* codificó los edictos pretoriales, es decir, los principios de derecho privado a que había reconocido fuerza obligatoria la jurisprudencia pretoriana. En lo sucesivo, el poder legislativo se hallará cada vez más en manos del emperador, quien desde fines del siglo II es de hecho el único que lo posee.

Al par que se unifica el derecho, se desarrolla también la política social. Bajo la influencia de las ideas estoicas, el imperio implanta el principio de la intervención social del Estado practicado por las ciudades griegas desde el siglo III antes de Jesucristo. Desde luego, en la misma Roma, la política social de los emperadores no pierde aquel tono bajamente demagógico que había sido preciso adoptar, al morir la república, para eliminar la participación del pueblo en el poder, y más tarde bajo la presión del motín y las amenazas de los pretorianos.

Trajano y el mismo Marco Aurelio no tuvieron escrúpulos en distribuir al pueblo, además de víveres, sumas enormes en forma de donativos gratuitos, en ofrecerle juegos de circo, combates de gladiadores y espectáculos a menudo cruelísimos para conquistar el favor de la opinión pública, que, desmoralizada por la ociosidad, clamaba por distraerse con las emociones más violentas y sádicas.

Pero en las provincias, donde la demagogia no había penetrado, la política imperial hizo un noble esfuerzo para aliviar la miseria y garantizar la seguridad individual. Las teorías del derecho natural que habían florecido en Egipto en el siglo XIV antes de Jesucristo, bajo el reinado de Horemheb, volvieron a aparecer. Respondían, por otra parte, al movimiento unánime de la opinión pública en las provincias helenizadas, tal como había de expresarlo Dión de Prusa en arenga dirigida a Trajano sobre los deberes de príncipe y su responsabilidad ante el género humano.

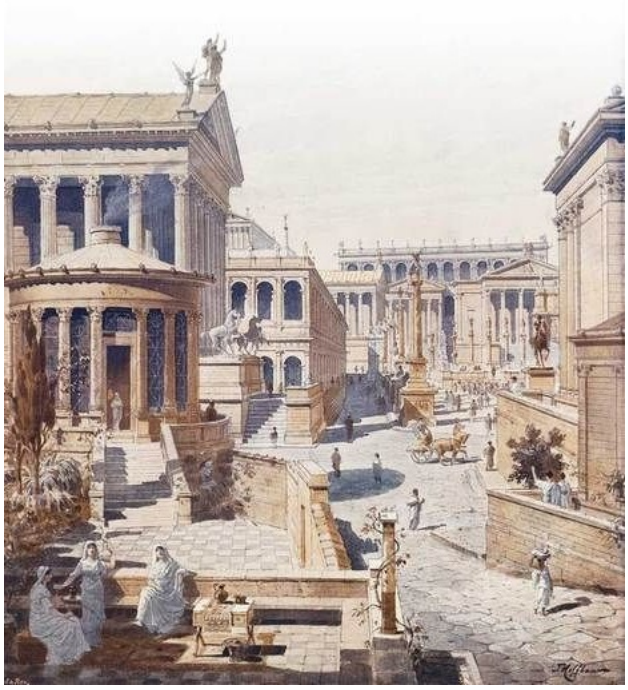
Bajo este emperador, las herencias de poca monta quedaron exentas de gravámenes; en Italia se crearon cajas para la manutención de niños pobres, se hicieron anticipos a los matrimonios jóvenes para facilitar su instalación, y en todos los municipios se encargó a los magistrados velasen por una eficiente educación de la juventud desvalida.

Marco Aurelio crearía después el cargo de pretor de tutelas, para asegurar la protección de menores.

También el Estado subvencionó la enseñanza creada por las ciudades e intervino para socorrer la miseria causada por grandes catástrofes. La situación del esclavo fue mejorada, prohibiéndose al señor castigar con la pena de muerte, y el que fuese maltratado podía exigir su venta.

Las leyes aplicables a todos los habitantes del imperio anulaban cada vez en mayor medida las diferencias existentes entre el estatuto jurídico de peregrinos y ciudadanos, y el derecho público seguía una evolución paralela a la del privado. Uniformáronse los principios gubernamentales urbanos; se implantó el nombramiento de magistrados por la burguesía acomodada; ampliose el régimen de ciudadanías, y en todas las provincias grupos de pueblos fueron convertidos en ciudades que se administraron libremente. En el Rin, en el Danubio y hasta en la Dacia —conquistada por Trajano—, el régimen municipal acabó de suprimir las últimas huellas del sistema señorial, llevando a la vida pública la burguesía, que constituía el verdadero cimiento del imperio. Las asambleas provinciales servían de intermediarias entre las poblaciones y el emperador, formulaban los sufragios e intervenían en la gestión de los gobernadores. El mundo mediterráneo, en su conjunto, no había vivido nunca bajo instituciones de carácter tan liberal.

El Imperio, de Trajano a Marco Aurelio (98-161), vino a ser así un mosaico de ciudades autónomas administradas por la burguesía, y el emperador, gracias a su legislación social, daba al pueblo una seguridad de vida cada vez mayor. Así, llegó a establecerse entre el emperador y las diferentes clases sociales del pueblo un equilibrio que garantizaba a un tiempo la unidad de poder, la libertad de los ciudadanos y la protección de los desheredados.



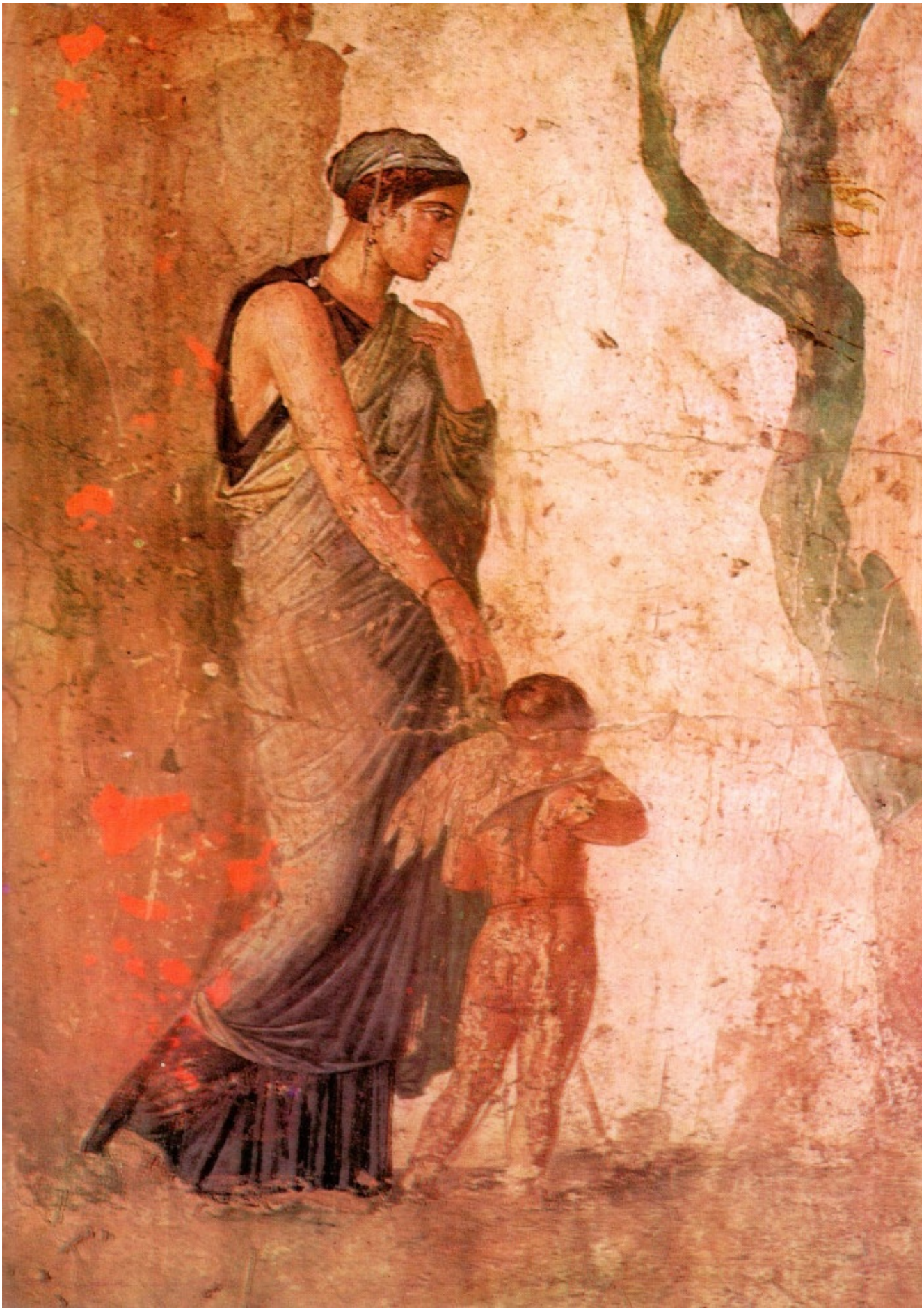
El Foro de Roma.
Reconstrucción según J. Hoffbauer.

EL RENACIMIENTO INTELECTUAL

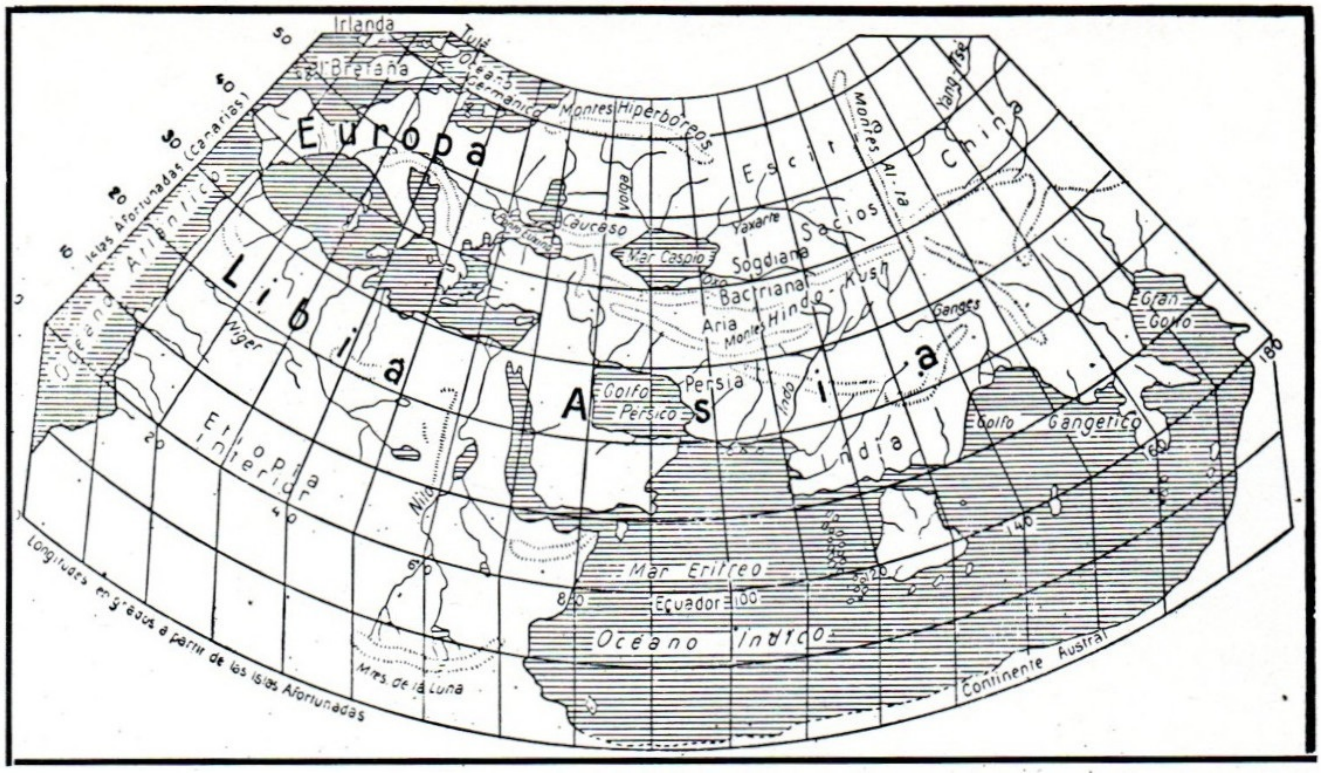
El advenimiento del régimen liberal con los Antoninos creó en Roma una vida espiritual de alto tono. La muerte de Domiciano había provocado un desbordamiento de la opinión en contra del despotismo, cuyo eco mordaz resuena en las sátiras de Juvenal fustigando a los parásitos, a los hipócritas, a los literatos a sueldo del poder y la fortuna, a la nobleza egoísta, a los haraganes y a las mujeres galantes. El imperio liberal —aquella época fecunda en que, según Tácito, «se puede pensar lo que se quiera y decir lo que se piensa»— devolvió a la clase selecta la dignidad humana y la pujanza intelectual, y la preocupación por el bien general y la libre discusión de la política imperial inspiran la literatura. «Nos ordenas ser libres —dice Plinio el Joven a Trajano— y con ello haces de nosotros hombres y ciudadanos».

Entre la sociedad envilecida por el despotismo, tal y como aparece en las *Sátiras* de Juvenal, y la descrita por Plinio el Joven bajo los Antoninos, media un mundo; algunos años de libertad habían bastado para devolver a los hombres el concepto de su responsabilidad y restituir a las costumbres un sentido de humanidad y honradez no conocidas desde tiempos de Augusto. El siglo de los Antoninos no se orienta tanto hacia la literatura como hacia la Historia y las ciencias. Tácito busca la explicación de su tiempo en el estudio del pasado; Plinio el Joven trata de explorar las bases de un gobierno mejor y las descubre en el liberalismo; Floro describe la época de Augusto, y Suetonio redacta la *Historia de los doce Césares* según los documentos que de los archivos imperiales le muestra Adriano.

La clase selecta griega expulsada de Roma por Domiciano reaparece, y tras un siglo de decadencia renace la literatura griega. Dión de Prusa vuelve a Roma en tiempos de Trajano y no vacila en recordar al emperador las responsabilidades del poder, publicando la negativa de los países helenizados a seguir acatando en lo sucesivo a un gobierno que concibiera el imperio como terreno de explotación en beneficio exclusivo de Roma. Plutarco, que en sus *Vidas paralelas* y sus escritos filosóficos hace el balance de la civilización antigua, acude a Roma a dar conferencias. De todas partes afluyen a la ciudad literatos y filósofos griegos. El alejandrino Apiano, nombrado en Roma abogado del fisco, escribe una *Historia romana*; el asiático Pausanias, en su *Descripción de Grecia*, especie de guía turística, asienta las bases de la arqueología; Arriano publica el *Manual de Epicteto*, cuyo más ilustre discípulo habrá de ser el emperador Marco Aurelio, y escribe una *Historia de Alejandro Magno*; Luciano, el último racionalista, fustiga en sus *Diálogos de los muertos* la ola mística que en todas las esferas va invadiendo a la sociedad.



VENUS Y EL AMOR, PINTURA MURAL DE POMPEYA.



El mapamundi, según Ptolomeo de Alejandría. (Hacia 140 D. J.) En él se emplea por vez primera el sistema de proyección, se consignaban 8000 nombres y se establecía la posición de 400 localidades calculando su longitud y latitud. Ptolomeo se imaginaba el Océano Índico como un mar interior limitado por un continente austral unido a China, noción que se relacionaba con la vaga noticia que tenía el autor de la existencia del Japón y de las islas de Oceanía.

Sin embargo, esta renovación intelectual llevaba en sí misma un germen de decadencia, ya que aspiraba más a la vulgarización que a la creación. El culto de la forma, de la retórica, encubren con frecuencia la falta de contenido en los autores de moda, como el latino Frontón o el griego Aristides; la razón se arredra, y con ella el mérito y la independencia del pensamiento.

A pesar de la irradiación de su cultura, Roma continuaba bajo la influencia del gran centro científico de Alejandría. Todos los matemáticos, geógrafos y médicos notables profesaban o estudiaban en aquella ciudad egipcia; Ptolomeo formulaba allí, en su Geografía, las teorías universalmente admitidas de Copérnico[4], y Galeno hacía el compendio de la antigua ciencia médica.

Pero Roma, inspirada en fuentes helenísticas, desempeña en el siglo II un papel civilizador decisivo, aportando a las provincias occidentales latinizadas el acervo de treinta y cinco siglos de cultura grecoriental.

Sala de baño en las termas de Pompeya.

LAS NECESIDADES FISCALES DAN NACIMIENTO AL CAPITALISMO DE ESTADO

Descansaba la política social del imperio sobre la burguesía media, esforzándose por ello en defenderla contra las usurpaciones del capitalismo. Después de las expropiaciones en masa hechas en África por Nerón, el Estado cede a sociedades arrendatarias la explotación de sus inmensos dominios, lo que hace que la situación de los terrazgueros en nada se beneficie con ello. Los Antoninos hicieron desaparecer estas sociedades para inaugurar un nuevo sistema de explotación directa, pero en lugar de transformar las propiedades del fisco en pequeñas explotaciones privadas, la administración conservó los métodos capitalistas, no tardando en poner de manifiesto que el capitalismo de Estado engendraba los mismos males que el privado, pues su tendencia a la industrialización de la agricultura daba como resultado la desaparición de la pequeña propiedad.

La explotación del patrimonio fiscal por el propio Estado introdujo en las provincias del África latina un sistema muy parecido al existente entonces en Egipto. Cleopatra había vuelto a colocar los bienes de los templos bajo la gestión del Estado, pero los sistemas de explotación no habían variado. En el siglo II, en las tierras administradas por el fisco, los arrendamientos tomaron pronto la forma hereditaria, conservándose los métodos fiscales introducidos en el siglo II A. J.: los arrendatarios de un mismo pueblo eran solidarios del pago de las rentas, y cuando existían tierras libres, el Estado designaba, por sorteo, a los colonos del pueblo que obligatoriamente debían tomarlas en arriendo y abonar los alquileres y gabelas. Y los emperadores continuaron estos procedimientos que, a la postre, conducían a la esclavitud del campesino, aunque proporcionasen a las arcas del Estado grandes ingresos. La

administración creada por las autoridades para aumentar la renta tendió, con preferencia, a extender el sistema egipcio a las grandes propiedades del fisco situadas en África y en otras partes.

Las necesidades administrativas produjeron un trágico conflicto entre la tendencia liberal de la política imperial, que trataba de proteger a la clase media, y la intervención cada vez más tiránica del fisco. El capitalismo estatal fue de este modo la causa de la ruina del imperio a fines del siglo III.

A partir del siglo II comenzaron a notarse sus resultados en Egipto, donde estallaron violentas revueltas de campesinos que culminaron en un levantamiento nacional. Antonino, para sofocarlo, dio a Egipto un código fiscal menos opresivo; gesto inútil, pues el mal radicaba en los métodos y no en el mayor o menor rigor de su aplicación. Las medidas ideadas en beneficio de la clase rural, entorpecidas por el capitalismo de Estado, resultaron completamente ineficaces. Adriano permitió a todo el mundo la ocupación de terrenos en barbecho en las propiedades africanas del Estado; favoreció las asociaciones agrícolas constituidas para el arriendo de tierras y fomentó la celebración de contratos a largo plazo a fin de asegurar al agricultor los beneficios de las mejoras. Pero los arrendamientos a largo plazo estimularon la colonización y las asociaciones facilitaron la institución de la solidaridad obligatoria de los campesinos frente al fisco, que siguiendo los precedentes de Egipto había de ser introducida en todo el imperio a fines del siglo III.

El Panteón de Agripa, en Roma.

Interior del Panteón romano.

Resultaba imposible detener el desarrollo de la gran propiedad privada, ya que el propio Estado practicaba el sistema de explotación capitalista. El empobrecimiento de la clase media rural es un síntoma característico del siglo II. En el antagonismo existente entre el fisco, con sus métodos estatales, y las teorías políticas, que preconizaban el mantenimiento de la clase media, triunfó el primero porque las necesidades fiscales del imperio le impulsaban a seguir, pese a la voluntad de los emperadores y la opinión pública, el mismo camino fatal que en el siglo II antes de Jesucristo había llevado a Egipto a la ruina.

ROMA PIERDE LA DIRECCIÓN DE LA ECONOMÍA IMPERIAL

A la crisis rural que se anunciaba vino a sumarse, en el siglo II, la crisis industrial. La constitución del imperio en el siglo I, el desarrollo de las provincias occidentales y el impulso dado a los negocios por la paz y el libre cambio a través de todo el Mediterráneo, habían creado una gran prosperidad industrial seguida luego de una superproducción tanto más aguda cuanto que al empobrecerse la clase media rural el poder adquisitivo de esta disminuía. La crisis fue grave, sobre todo en Italia, a causa de la competencia desplegada en los principales mercados por las florecientes industrias del Asia Menor y Siria.

El gran capitalismo había multiplicado en Italia ciertos cultivos, principalmente la vid, y a consecuencia de ello se produjo una crisis de superproducción vinícola agravada por el hecho de que el libre cambio permitía a los vinos orientales suplantar

al italiano incluso en sus propios mercados. En el año 92, y para remediar la crisis, Domiciano promulgó el intervencionismo, primer paso hacia la economía dirigida, y ordenó que se arrancasen la mitad de los viñedos en todas las provincias. Tales medidas debían ser completadas por un régimen de autarquía o estaban llamadas al fracaso, como así sucedió. En el siglo II, Italia, anegada por el trabajo servil, se adormece en una decadencia económica cada vez más tributaria de las provincias conquistadas, contra cuya superioridad no puede luchar a causa del libre cambio. Roma, capital imperial, llega a ser la ciudad más poblada del imperio, pero su crecimiento no se debe, como el de Alejandría o Antioquía, a su actividad económica. Bajo el peso de un inmenso proletariado, en parte servil y en parte formado por agricultores arruinados, víctimas del capitalismo agrario, no se halla en condiciones de ofrecer trabajo porque no es centro de producción fabril. Consumidora estéril, habitada por rentistas ociosos y con un proletariado sostenido por la munificencia del Estado, Roma cesa de gobernar y se entrega a la molicie.

TRAJANO INAUGURA UNA POLÍTICA DE EQUILIBRIO ECONÓMICO

En realidad, toda la vida económica del imperio se hallaba en manos de las provincias orientales, y el comercio de Alejandría hacia la India y China aumentaba sin cesar. En el siglo II, las embarcaciones romanas, es decir, egipcias, fondean directamente en Ceilán, dirigiéndose de allí a la desembocadura del Ganges. Los mercaderes egipcios y sirios van hasta China. Hacia el año 100, Marino de Tiro describe la ruta de la seda que desde Antioquía, por Ecbatana, Merv y Bactres, llega a la «Torre de Piedra», en la vertiente china del Pamir, lugar donde los comerciantes sirios recogen los fardos de seda del Extremo Oriente.

Pero aquel gran comercio asiático es principalmente de importación. En la época de Plinio, la India del Norte por sí sola priva al imperio de más de 100 millones de sestercios al año. Por otra parte, las transacciones con China se saldan con déficit, ya que Roma no puede enviar por la ruta de la seda los pesados productos de sus minas de hierro, plomo y cobre, que constituyen sus principales recursos. El déficit de la balanza comercial de Roma proviene, por una parte, de la decadencia industrial padecida por Egipto durante los dos primeros siglos antes de Jesucristo, que la explotación del país por el fisco romano agrava aún más —Egipto no produce bastantes fletes de retorno—, y por otra parte, del hecho de que Roma y las provincias occidentales, grandes consumidoras de artículos preciosos, especias y seda, produzcan muy poco para la exportación. El déficit de la balanza comercial ha de ser compensado en oro y el imperio apenas lo produce, toda vez que se perdieron las minas de Nubia, y las del Asia Menor y la Tracia se estaban agotando. A estas causas que ponen en peligro el equilibrio económico del imperio, conviene añadir el grave perjuicio que representa para Roma su dependencia de las grandes rutas

continentales. El beneficio del tráfico de China y del Asia Central hacia Roma afluye a las ciudades que atraviesan las caravanas y al reino de los partos. Tales son las causas que motivaron la escasez de oro en Roma.

Transporte fluvial de toneles de vino por el Mosela. Relieve tomado de un sarcófago de Neumagen. Hacia 200 D. J.

Mosaico de la Ísola Sacra, en Roma.

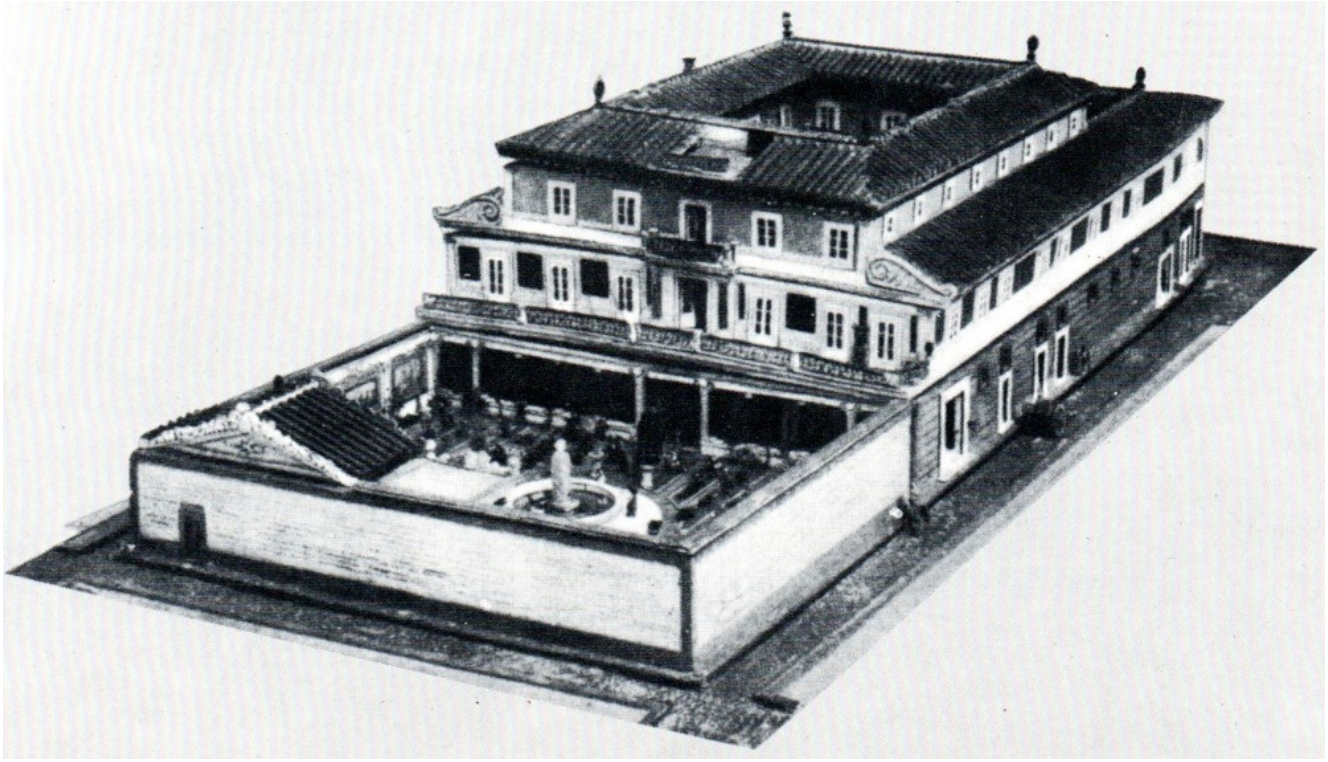
La insuficiencia de metal amarillo había originado ya la crisis fiscal en tiempos de Nerón. Trajano parecía haberse dado perfecta cuenta de ello y su política exterior, como anteriormente la de los estados helenísticos, se hallaba determinada por la necesidad de dar al imperio un equilibrio económico estable.

Ante todo era necesario suministrar al imperio el oro necesario. La Dacia —Rumania— poseía yacimientos auríferos de importancia y Trajano emprendió su conquista. Esta empresa significaba dominar una vasta provincia que le hacía dueño de la desembocadura del Danubio; el tráfico de la Dada aumentó la importancia económica de la gran vía que comunicaba los puertos griegos del mar Negro con sus provincias septentrionales. Atraídos por la explotación minera, numerosos colonos romanos se instalaban en Dacia, donde Trajano, renunciando a la política de monopolios que venía practicando el imperio desde la época de Augusto, inauguró el sistema de la pequeña explotación minera. Más tarde, Adriano estableció el mismo arbitrio en Portugal. Gracias a los yacimientos auríferos de la Dacia, Roma gozó hasta la época de Cómodo de cierta estabilidad monetaria. Pero no bastaba, para mantenerla, con poner a disposición del Estado reservas de metales preciosos; era necesario conservarla por medio de una balanza comercial equilibrada, y Roma

solamente podía lograrlo dominando las vías del tráfico —no solo marítimo, sino también terrestre— hacia la India y China.

Para adueñarse de la ruta caravanera, Trajano tomó Edesa, que con Palmira y Damasco era entonces uno de los grandes mercados continentales, y para dominar el mar Rojo incorporó al imperio el reino de los árabes nabateos.

Finalmente, para dar cima a su plan emprendió una gran campaña militar que culminó en la conquista de Mesopotamia y Armenia. En el Sur, las fronteras del imperio llegaban hasta el golfo Pérsico y en el Norte, hasta el mar Caspio. Cuantas rutas desembocaban en el Mediterráneo, el mar Negro y el Cáucaso dependían de Roma, y toda el Asia Anterior quedaba vinculada a la economía mediterránea. Resultaba factible, pues, realizar una gran política mercantil con Asia, y para iniciarla Trajano envió una embajada a la India.



Maqueta a escala de una quinta romana del siglo I D. J.

Las conquistas de Trajano, favorables a la economía imperial, no debían, sin embargo, contribuir a mejorar la situación financiera de la capital. La ocupación de Dacia inyectó, en efecto nueva vida a la ruta continental formada por el Danubio, el Rin y el Ródano. Italia dejaba de ser el punto de unión indispensable del tráfico de Oriente con Occidente. La comunicación directa establecida por el mar Negro y por los ríos con todas las provincias continentales de Europa dieron al Asia Menor y a los Estrechos una importancia creciente. Esparciéronse los comerciantes sirios por toda la Europa occidental y sustituyeron a los mercaderes italianos, lo que hizo posible que la industria siria ganara nuevos e importantes mercados. Y las provincias del Asia Menor, con sus florecientes puertos de Sínope y Trebizonda en el mar Negro, y de Éfeso y Esmirna, en el Egeo, abiertos a un tiempo al Occidente por el Mediterráneo y

el Danubio, y al Oriente por Mesopotamia y las rutas del Asia Central, adquirieron una prosperidad tan elevada que las hizo casi rivales de las ciudades sirias.

La política económica de Trajano en Oriente hubiera requerido un gran esfuerzo militar. El Imperio parto alcanzó en el siglo III gran florecimiento con los sasánidas, pero no podía prosperar sin poseer con Mesopotamia la vía del golfo Pérsico al Cáucaso. La lucha por el dominio de la cuenca de los dos ríos se anunciaba muy dura. El eterno conflicto entre la economía continental y la marítima por la posesión de las rutas del Asia Anterior surgía de nuevo.

ADRIANO ADOPTA UNA POLÍTICA PACIFISTA

El imperio se orienta en aquel momento hacia una civilización esencialmente pacifista. La guerra, lejos de ser como en la república fuente de ingresos, origina enormes gastos. La recluta del ejército es cada vez más difícil en las poblaciones prósperas, que han perdido la costumbre del servicio militar, y para completar los efectivos poco elevados de la hueste romana, que no exceden de 350 000 hombres, comienza la leva de bárbaros. Por otra parte, las legiones de guarnición en las comarcas donde han sido reclutadas adquieren un carácter cada vez más sedentario, no pudiendo alejarse de sus bases. Por ello, Adriano, renunciando a la gran política mercantil de Trajano, prefiere abandonar Mesopotamia y llevar su frontera al Alto Éufrates. Y la opinión aprobó con unanimidad esta política pacifista que consideraba definitiva. El imperio quedó así rodeado de un muro fronterizo detrás del cual instaló, formando un tenue cordón, la totalidad de las tropas. En lo sucesivo, su acción se limitaría a mantener el *statu quo*.

El gran designio económico de Trajano, su aspiración al dominio del tráfico en las rutas continentales del Asia Anterior, fue abandonado. Después de Adriano, Marco Aurelio, dándose cuenta de la importancia de aquel proyecto, quiso recuperar Mesopotamia, y no pudiendo lograrlo trató de hallar una solución favorable en las relaciones marítimas directas entre el imperio y la China. En 166, envió con tal objeto una embajada de negociantes romanos a la lejana corte de los Han. Pero la terrible crisis por que hubo de atravesar el imperio impidió que aquella política llegara a dar los frutos previstos.

En la última mitad del siglo II, los gastos de urbanización, las leyes sociales y la enseñanza pública constituían onerosas cargas para los presupuestos municipales. El déficit se hacía endémico y el emperador se vio obligado a intervenir. Para vigilar la gestión financiera de las urbes, Marco Aurelio adjuntó a los magistrados municipales curadores imperiales.

Resultó este el primer paso hacia el estatismo y las consecuencias hiciéronse sentir inmediatamente. La jurisdicción en las ciudades era ejercida por magistrados locales: los *duoviri* —dos hombres—, elegidos por los burgueses propietarios. A

partir de Marco Aurelio, el sistema de nombramiento por las propias curias emancipó a los *duoviri* de la intervención de la opinión pública, y en lugar de jueces mandatarios de la burguesía se convirtieron, en realidad, en representantes de una oligarquía curial. Su poder no tardó en hacerse arbitrario, y a pesar de las humanitarias leyes vigentes empezaron a infligir penas de mutilación, en particular a las gentes más humildes. Los notables a quienes Marco Aurelio confió el gobierno de las ciudades se transformaron inmediatamente en una especie de nobleza que pretendió colocarse por encima de la ley, presentándose frente a la masa de los *humiliores* —gentes modestas— como *honestiores* —gentes distinguidas—.

Y así, las dificultades fiscales llevaron al emperador estoico Marco Aurelio a renunciar al liberalismo de sus antecesores, y el igualitarismo por él preconizado tuvo por resultado la constitución de una clase administrativa que, arrogándose privilegios, se afirmó como nobleza.

REGRESIÓN DEL LIBERALISMO DURANTE EL REINADO DE MARCO AURELIO

Busto del emperador Marco Aurelio.

LA CRISIS FISCAL EN TIEMPOS DE CÓMODO

beneficios de la desvalorización y la catástrofe resultó inevitable.

Tras un siglo de paz y prosperidad, el imperio hallose hundido de repente en una crisis política, económica y fiscal sin solución aparente. Y en 192, al ser asesinado Cómodo, ya demente, estalló una nueva guerra dinástica.

5. Del imperio liberal a la anarquía (193-235)

EL ABSOLUTISMO AUTORITARIO DURANTE EL REINADO DE LOS SEVEROS

El asesinato de Cómodo planteaba nuevamente la cuestión del poder, y el Senado, volviendo siempre a la misma teoría consistente en arrogarse la representación legítima del imperio, a falta de un principio legal de sucesión, elevó al trono a Pertinax (193). No se trataba esta vez de un aristócrata romano, sino del hijo de un liberto a quien el Senado esperaba convertir en su instrumento; pero Pertinax fue asesinado en su palacio por los pretorianos, quienes, por decirlo así, sacaron a subasta el imperio e hicieron que los ejércitos acantonados en la isla de Bretaña, en Siria y en Iliria respondieran proclamando emperadores a sus respectivos generales.

El emperador Septimio Severo.

la carga suplementaria que ello aportó al fisco no pudo ser ya compensada por los beneficios de la desvalorización y la catástrofe resultó inevitable.

Tras un siglo de paz y prosperidad, el imperio hallose hundido de repente en una crisis política, económica y fiscal sin solución aparente. Y en 192, al ser asesinado Cómodo, ya demente, estalló una nueva guerra dinástica.

5. Del imperio liberal a la anarquía (193-235)

EL ABSOLUTISMO AUTORITARIO DURANTE EL REINADO DE LOS SEVEROS

El asesinato de Cómodo planteaba nuevamente la cuestión del poder, y el Senado, volviendo siempre a la misma teoría consistente en arrogarse la representación legítima del imperio, a falta de un principio legal de sucesión, elevó al trono a Pertinax (193). No se trataba esta vez de un aristócrata romano, sino del hijo de un liberto a quien el Senado esperaba convertir en su instrumento; pero Pertinax fue asesinado en su palacio por los pretorianos, quienes, por decirlo así, sacaron a subasta el imperio e hicieron que los ejércitos acantonados en la isla de Bretaña, en Siria y en Iliria respondieran proclamando emperadores a sus respectivos generales.

El emperador Septimio Severo.

Al cabo de cuatro años de guerras civiles, el general de origen púnico Septimio Severo, al frente del ejército de Iliria, marchó sobre Roma (193), que hastiada de convulsiones y ávida de orden le brindó triunfal acogida. Septimio Severo (193-211) emprendió al punto una política autoritaria. El Senado, único obstáculo a su poder absoluto, volvió a colocarse en actitud hostil y el conflicto estalló de nuevo, degenerando pronto en una terrible lucha social durante la cual Septimio Severo, y después de él Caracalla (211-217), se ensañaron en la destrucción de la aristocracia plutocrática. Centenares de senadores y millares de caballeros fueron condenados a muerte y confiscáronseles los bienes. Las proscripciones decretadas por ambos emperadores tuvieron como resultado el aniquilamiento de la nobleza y de las clases altas, así como la nacionalización de sus bienes patrimoniales, siendo aquella una de las más sangrientas revoluciones de la

ABOLICIÓN DEL PRINCIPIO DEMOCRÁTICO

La unificación radical de las instituciones fue lograda por una profunda reforma de carácter municipal, que introdujo en todo el imperio las mismas modalidades de gobierno local; incluso Alejandría y las ciudades egipcias, que habían conservado hasta entonces las instituciones ptolomeicas, fueron dotadas de senados municipales, quedando así la nueva organización más cerca del tipo ptolomeico que del grecorromano. Los comicios en que los ciudadanos elegían anteriormente a los magistrados ya habían sido suprimidos por Marco Aurelio, y las curias o senados se habían convertido, desde entonces, con intervención del curador nombrado por el emperador; en consejos autoelectos de notables que designaban entre sus miembros a los magistrados. Pero por encima de estas oligarquías municipales, Septimio Severo creó comisiones de diez miembros encargados de la percepción de impuestos, con lo que el imperio abandonaba así la fórmula de la democracia censataria que había asociado los contribuyentes al ejercicio del poder para adoptar el sistema oligárquico vigente en Egipto cuando las grandes reformas de los Ptolomeos.

Las atribuciones de las curias así transformadas, sufrieron grandes mermas y su competencia administrativa y judicial quedó prácticamente anulada en provecho del curador de la ciudad.

Aquella amplia reforma que uniformaba el estatuto de los habitantes del imperio, desde las costas del mar del Norte y las márgenes del Danubio hasta el Éufrates y Asuán, fue completa por la Constitución antonina de Caracalla (212) que extendía a todos los súbditos del imperio, con pocas excepciones, la condición de ciudadano romano. En lo sucesivo, en todas las provincias habría de aplicarse un solo derecho, y sobre los antiguos gravámenes locales subsistentes el mismo impuesto del 5 por 100 sobre las herencias sería percibido en todo el ámbito imperial. La condición de ciudadano no representaba, por otra parte, ningún derecho nuevo para los provincianos, puesto que la población se hallaba privada de toda participación en la vida política del Estado. En el fondo, ello no suponía otra cosa que el sometimiento de los que solo eran «súbditos» del emperador a unas mismas cargas fiscales.

Completando la obra de su padre, Caracalla quiso obligar a todos sus súbditos a practicar el único culto del gran dios solar de Alejandría, Sarapis. La sombra de Egipto proyectábase cada día más sobre el imperio. Pero Roma, sin la unidad moral del antiguo Egipto, no podía imponer una religión imperial sin antes extirpar por la fuerza el monoteísmo cristiano que iba captando voluntades y extendiéndose cada vez más en las provincias orientales.

los magistrados. Pero por encima de estas oligarquías municipales, Septimio Severo creó comisiones de diez miembros encargados de la percepción de impuestos, con lo que el imperio abandonaba así la fórmula de la democracia censataria que había asociado los contribuyentes al ejercicio del poder para adoptar el sistema oligárquico vigente en Egipto cuando las grandes reformas de los Ptolomeos.

Las atribuciones de las curias así transformadas, sufrieron grandes mermas y su competencia administrativa y judicial quedó prácticamente anulada en provecho del curador de la ciudad.

Soldados de la guardia pretoriana.
Museo del Louvre. Paris.

Aquella amplia reforma que uniformaba el estatuto de los habitantes del imperio, desde las costas del mar del Norte y las márgenes del Danubio hasta el Éufrates y Asuán, fue completa por la Constitución antonina de Caracalla (212) que extendía a todos los súbditos del imperio, con pocas excepciones, la condición de ciudadano romano. En lo sucesivo, en todas las provincias habría de aplicarse un solo derecho, y sobre los antiguos gravámenes locales subsistentes el mismo impuesto del 5 por 100 sobre las herencias sería percibido en todo el ámbito imperial. La condición de ciudadano no representaba, por otra parte, ningún derecho nuevo para los provincianos, puesto que la población se hallaba privada de toda participación en la vida política del Estado. En el fondo, ello no suponía otra cosa que el sometimiento de los que solo eran «súbditos» del emperador a unas mismas cargas fiscales.

Completando la obra de su padre, Caracalla quiso obligar a todos sus súbditos a practicar el único culto del gran dios solar de Alejandría, Sarapis. La sombra de Egipto proyectábase cada día más sobre el imperio. Pero Roma, sin la unidad moral del antiguo Egipto, no podía imponer una religión imperial sin antes extirpar por la

Soldados de la guardia pretoriana.
Museo del Louvre. Paris.

que a partir del siglo II había vuelto a ser preponderante tanto en la vida económica como en el mundo intelectual del imperio. Vista económicamente, esta influencia manifestose a partir del reinado de Marco Aurelio por el retorno a la política de acción directa sobre Mesopotamia, que en fin de cuentas fue un fracaso total y de consecuencias graves, ya que la ofensiva del imperio en Asia desencadenó una serie de guerras ininterrumpidas y agotadoras contra la monarquía parta.

A pesar de la posesión de las minas auríferas de la Dacia, la crisis fiscal se mantuvo latente durante el reinado de los Severos, y para lograr una estabilidad monetaria relativa, Septimio Severo se vio obligado a revalorizar las existencias de oro, lo que se tradujo en una nueva depreciación de más del 25 por 100. Ello, como siempre, no podía ser más que un paliativo, pues el lastre irremediable de las finanzas romanas —su balanza comercial deficitaria— subsistía.

En materia social, la política absolutista de los Severos se caracterizó por su tendencia humanitaria y señaló el triunfo del derecho natural (*jus gentium*), elaborado durante el período helenístico que bajo la acción de Papiniano y de su sucesor Ulpiano, semitas ambos, dominó sobre el derecho imperial.

Papiniano, en sus célebres *Responsa*, estableció la doctrina clásica del derecho romano sobre la base del individualismo grecoriental, y Ulpiano la completaría, bajo el reinado de Severo Alejandro, con una reforma del derecho penal que suprimiría la confiscación de bienes para evitar que el castigo recayera sobre las familias de los delincuentes.

El individualismo triunfante en el derecho privado corresponde en el derecho público a la tendencia igualitaria de que procedían, a la vez, la política destructora de las clases privilegiadas y la reforma radical del funcionarismo, para permitir el acceso de todos a los cargos públicos. Había de verse a soldados provincianos ocupar los más altos puestos, tanto civiles como militares, y desde ellos ascender hasta ocupar el trono. Después de la dinastía de los Severos, los emperadores son con frecuencia de baja condición, tales Aureliano y Diocleciano, en el siglo III.

Semejante ascenso de hombres sin prestigio por su nacimiento a las más altas funciones aportó una nueva jerarquía de títulos honoríficos que comenzó a instaurarse bajo Marco Aurelio, y sobre los escombros de la antigua aristocracia senatorial surgió una flamante nobleza que, poco a poco, había de convertirse en oligarquía gubernamental.

ya que la ofensiva del imperio en Asia desencadenó una serie de guerras ininterrumpidas y agotadoras contra la monarquía parta.

A pesar de la posesión de las minas auríferas de la Dacia, la crisis fiscal se mantuvo latente durante el reinado de los Severos, y para lograr una estabilidad monetaria relativa, Septimio Severo se vio obligado a revalorizar las existencias de oro, lo que se tradujo en una nueva depreciación de más del 25 por 100. Ello, como siempre, no podía ser más que un paliativo, pues el lastre irremediable de las finanzas romanas —su balanza comercial deficitaria— subsistía.

Pintura de estilo grecoegipcio de mediados del siglo II D. J.

En materia social, la política absolutista de los Severos se caracterizó por su tendencia humanitaria y señaló el triunfo del derecho natural (*jus gentium*), elaborado durante el período helenístico que bajo la acción de Papiniano y de su sucesor Ulpiano, semitas ambos, dominó sobre el derecho imperial.

Papiniano, en sus célebres *Responsa*, estableció la doctrina clásica del derecho romano sobre la base del individualismo grecoriental, y Ulpiano la completaría, bajo el reinado de Severo Alejandro, con una reforma del derecho penal que suprimiría la confiscación de bienes para evitar que el castigo recayera sobre las familias de los delincuentes.

El individualismo triunfante en el derecho privado corresponde en el derecho público a la tendencia igualitaria de que procedían, a la vez, la política destructora de las clases privilegiadas y la reforma radical del funcionarismo, para permitir el acceso de todos

Pintura de estilo grecoegipcio de mediados del siglo II D. J.

económicas y sociales a la autoridad del Estado, Septimio Severo inicia una política social por la que la democracia fue sustituida por el corporativismo económico. El valor del individuo para el Estado depende de su función, siendo pues el oficio lo que constituye la actividad esencial de cada hombre y debiendo ser la corporación el marco de la sociedad. Las corporaciones hasta entonces autónomas quedaron sometidas a la tutela imperial y se las dotó de reglamentos uniformes en todo el imperio. Comenzaba la economía dirigida.

Cabeza del dios solar Sarapis.

Considerando, por otra parte, el derecho de propiedad como ejercicio de una función pública, el emperador erigió en sistema la obligación de los poseyentes de aportar al Estado los recursos necesarios para el cumplimiento de su misión social, llegando de este modo a implantar el sistema ptolomeico y obligando a los decuriones al pago de los impuestos correspondientes a la ciudad; aunque hubieran de abonarlos con su fortuna personal. Mandatarios en otro tiempo de sus conciudadanos, los decuriones quedaron reducidos a funcionarios del Estado, lo que hizo de ellos una especie de aristocracia fiscal, pues esta responsabilidad que el emperador les imponía fue compensada con privilegios que poniéndolos en condiciones de ejercer útilmente sus funciones los convirtió, con respecto a los simples contribuyentes, en una clase superior. Las tendencias igualitarias de la política social, combinadas con el absolutismo estatal, vinieron a transformar así a los ciudadanos más pudientes en oligarquía privilegiada[5].

que la democracia fue sustituida por el corporativismo económico. El valor del individuo para el Estado depende de su función, siendo pues el oficio lo que constituye la actividad esencial de cada hombre y debiendo ser la corporación el marco de la sociedad. Las corporaciones hasta entonces autónomas quedaron sometidas a la tutela imperial y se las dotó de reglamentos uniformes en todo el imperio. Comenzaba la economía dirigida.

Considerando, por otra parte, el derecho de propiedad como ejercicio de una función pública, el emperador erigió en sistema la obligación de los poseyentes de aportar al Estado los recursos necesarios para el cumplimiento de su misión social, llegando de este modo a implantar el sistema ptolomeico y obligando a los decuriones al pago de los impuestos correspondientes a la ciudad; aunque hubieran de abonarlos con su fortuna personal. Mandatarios en otro tiempo de sus conciudadanos, los decuriones quedaron reducidos a funcionarios del Estado, lo que hizo de ellos una especie de aristocracia fiscal, pues esta responsabilidad que el emperador les imponía fue compensada con privilegios que poniéndolos en condiciones de ejercer útilmente sus funciones los convirtió, con respecto a los simples contribuyentes, en una clase superior. Las tendencias igualitarias de la política social, combinadas con el absolutismo estatal, vinieron a transformar así a los ciudadanos más pudientes en oligarquía privilegiada[5].

Cabeza del dios solar Sarapis.

La muerte de Caracalla, asesinado al comienzo de una campaña contra los partos (217), dio origen a una nueva crisis dinástica. Macrino, prefecto del pretorio, fue elegido emperador por una parte del Ejército, pero a su vez no tardó en ser asesinado. Prevaleció el principio hereditario y un sobrino de Caracalla, sacerdote solar de Edesa, al cual se dio por mofa el nombre de su dios Heliogábalo, de catorce años de edad, fue elevado al trono (218-222). Rodeado de princesas que reinaban en su nombre, instauró una desaforada autocracia y las funciones más elevadas pasaron a manos de sus servidores palaciegos. Asesinado a los dieciocho años por sus milites, su primo Severo Alejandro (222-235), casi un niño, le sucedió.

Tras el terror ejercido por Septimio Severo y Caracalla, y las locuras de Heliogábalo, el absolutismo parecía condenado. Bajo la dirección del prefecto Ulpiano, partidario del estoicismo, realizose una nueva tentativa para instaurar el

cada vez más, y los poderes públicos fomentaron el maquinismo: se crearon almacenes públicos para favorecer el comercio; el Estado subvencionó a las ciudades para la construcción de edificios grandiosos, y en Roma, donde los emperadores habían levantado gran número de suntuosas edificaciones, se dotó de alumbrado a las termas, que permanecían abiertas al público hasta por la noche.

La vida social alcanzó un nivel de bienestar desconocido hasta entonces, al que las masas populares, con ansia creciente, pretendían participar.

Mosaico de las termas de Caracalla, en Roma.

FIN DE LA SOCIEDAD INDIVIDUALISTA

Lo mismo que la riqueza, la cultura también iba difundiéndose, ya que el Estado se esforzaba, por su parte, que esta fuera asequible a todas las clases sociales, creando becas para los estudiantes necesitados, abonando sueldos a los maestros y concediendo subsidios a los médicos. Cabría decir, no obstante, que la vulgarización del pensamiento le restaba profundidad. El período de grandes decubrimientos había pasado y la cultura adquiría un tono de gran mediocridad; parecía estereotipada. Las particularidades locales desaparecían y en todas partes dominaba el mismo gusto, se leían los mismos libros, se llevaban los mismos trajes y se practicaba el mismo arte. El mundo se uniformaba. Era ello, indudablemente, el resultado de aquel magnífico internacionalismo de la civilización romana que permitía a todos los súbditos del emperador viajar libremente de las costas de Bretaña a los confines asiáticos, pudiendo hacerse entender por todas partes en una de las dos lenguas universales: el latín, en Occidente, y el griego, en Oriente, ambas conocidas por todos los hombres cultos. El libre cambio de mercancías, igual moneda y un derecho semejante hacían de todo el mundo mediterráneo un mismo estado, donde el ciudadano romano se encontraba como en la propia Roma. Será acaso esta facilidad del vivir lo que agota las fuerzas espirituales. De todos modos, la filosofía se repite; las escuelas de Atenas, Pérgamo, Esmirna y Éfeso gozan, sin duda, de un inmenso favor internacional. Las ciudades de la Galia costean espléndidamente los viajes de profesores griegos y un magnífico barniz cultural recubre a todo el imperio, pero, en el fondo, el espíritu se va extinguiendo.

del pensamiento le restaba profundidad. El período de grandes decubrimientos había pasado y la cultura adquiría un tono de gran mediocridad; parecía estereotipada. Las particularidades locales desaparecían y en todas partes dominaba el mismo gusto, se leían los mismos libros, se llevaban los mismos trajes y se practicaba el mismo arte. El mundo se uniformaba. Era ello, indudablemente, el resultado de aquel magnífico internacionalismo de la civilización romana que permitía a todos los súbditos del emperador viajar libremente de las costas de Bretaña a los confines asiáticos, pudiendo hacerse entender por todas partes en una de las dos lenguas universales: el latín, en Occidente, y el griego, en Oriente, ambas conocidas por todos los hombres cultos. El libre cambio de mercancías, igual moneda y un derecho semejante hacían de todo el mundo mediterráneo un mismo estado, donde el ciudadano romano se encontraba como en la propia Roma. Será acaso esta facilidad del vivir lo que agota las fuerzas espirituales. De todos modos, la filosofía se repite; las escuelas de Atenas, Pérgamo, Esmirna y Éfeso gozan, sin duda, de un inmenso favor internacional. Las ciudades de la Galia costean espléndidamente los viajes de profesores griegos y un magnífico barniz cultural recubre a todo el imperio, pero, en el fondo, el espíritu se va extinguiendo.

FIN DE LA SOCIEDAD INDIVIDUALISTA

Mosaico de las termas de Caracalla, en Roma.

ciudades, la tierra carece de brazos y la propiedad territorial se concentra cada vez más en unas mismas manos, haciendo ello posible la creación de grandes patrimonios donde, a partir de Marco Aurelio, se establecen como terrazgueros los bárbaros transplantados al imperio.

También la industria se concentra contribuyendo a que el artesanado disminuya, principalmente en la metalurgia y la alfarería.

Panorama de la ciudad romana de Pompeya con el foro civil. Al fondo aparecen las ruinas del templo de Júpiter.

ciudades, la tierra carece de brazos y la propiedad territorial se concentra cada vez más en unas mismas manos, haciendo ello posible la creación de grandes patrimonios donde, a partir de Marco Aurelio, se establecen como terrazgueros los bárbaros transplantados al imperio.

También la industria se concentra contribuyendo a que el artesanado disminuya, principalmente en la metalurgia y la alfarería.

Panorama de la ciudad romana de Pompeya con el foro civil. Al fondo aparecen las ruinas del templo de Júpiter.

inflexible establecida en condiciones tales que la constitución de Ulpiano no podía resultar más que una mera fachada. El deseo de asentar la legitimidad constitucional en un senado oligárquico solo podía aparecer ante el pueblo cual intento de restauración aristocrática, y con ello no se vino a conseguir otra cosa que el descrédito total de la monarquía hereditaria que se quería implantar.

Así, planteada la situación política interior, la muerte de Severo Alejandro dejó al imperio en las garras de una absoluta confusión en la que iniciábase un horrendo período de anarquía, que había de prolongarse unos diez lustros.

Busto del emperador Severo Alejandro.

6. De la anarquía al imperio autoritario (235-305)

LA ANARQUÍA

Del año 235 al 268, el imperio pasó por una crisis terrible que lo sumió bruscamente en un estado de anarquía. El Senado no era más que el defensor de un régimen aristocrático caduco, la monarquía constitucional se hizo imposible al ser suprimida toda vida política en las provincias, y la hereditaria no llegó a implantarse a causa de la oposición del Senado. No existía más que la fuerza y, allí donde podía, intentaba adueñarse del poder para explotarlo o para restaurarlo. En treinta y tres años, el Senado y los ejércitos eligieron no menos de veintitrés emperadores.

El imperio, desgarrado, se desmembró, y la guerra civil al desguarnecer las fronteras abrió el país a las invasiones. Ahora bien, en el mundo se producía entonces un gran movimiento de pueblos. A comienzos del siglo III, los hunos volvían a ejercer una fuerte presión sobre la frontera del Imperio chino, mas este resistió con firmeza y la presión se desvió hacia el Oeste. Los hunos orientales, instalados en el norte de la China, rechazaron a los occidentales que llevaban una vida nómada en la región del Altai, produciéndose una gran convulsión en toda la zona del mar Caspio y más tarde en la del mar Negro.

Al mismo tiempo, los germanos del norte de Europa descendían hacia el Sur en busca de tierras. Rechazados por los escitas que empujan a los hunos, los godos franquean el Danubio, invaden Tracia y Grecia, ocupan Corinto, lanzan embarcaciones en el mar Negro, penetran en Asia Menor y saquean Éfeso; los vándalos entran en la Tracia persiguiendo a los godos; los alemanes atraviesan el Rin, llegando hasta Auvernia e Italia; los francos irrumpen en la Galia y en sus correrías,

inflexible establecida en condiciones tales que la constitución de Ulpiano no podía resultar más que una mera fachada. El deseo de asentar la legitimidad constitucional en un senado oligárquico solo podía aparecer ante el pueblo cual intento de restauración aristocrática, y con ello no se vino a conseguir otra cosa que el descrédito total de la monarquía hereditaria que se quería implantar.

Así, planteada la situación política interior, la muerte de Severo Alejandro dejó al imperio en las garras de una absoluta confusión en la que iniciábase un horrendo período de anarquía, que había de prolongarse unos diez lustros.

Busto del emperador Severo Alejandro.

6. De la anarquía al imperio autoritario (235-305)

LA ANARQUÍA

Del año 235 al 268, el imperio pasó por una crisis terrible que lo sumió bruscamente en un estado de anarquía. El Senado no era más que el defensor de un régimen aristocrático caduco, la monarquía constitucional se hizo imposible al ser suprimida toda vida política en las provincias, y la hereditaria no llegó a implantarse a causa de la oposición del Senado. No existía más que la fuerza y, allí donde podía, intentaba adueñarse del poder para explotarlo o para restaurarlo. En treinta y tres años, el Senado y los ejércitos eligieron no menos de veintitrés emperadores.

El imperio, desgarrado, se desmembró, y la guerra civil al desguarnecer las fronteras abrió el país a las invasiones. Ahora bien, en el mundo se producía entonces un gran movimiento de pueblos. A comienzos del siglo III, los hunos volvían a ejercer una fuerte presión sobre la frontera del Imperio chino, mas este resistió con firmeza y la presión se desvió hacia el Oeste. Los hunos orientales, instalados en el norte de la China, rechazaron a los occidentales que llevaban una vida nómada en la región del Altai, produciéndose una gran convulsión en toda la zona del mar Caspio y más tarde en la del mar Negro.

Al mismo tiempo, los germanos del norte de Europa descendían hacia el Sur en busca de tierras. Rechazados por los escitas que empujan a los hunos, los godos franquean el Danubio, invaden Tracia y Grecia, ocupan Corinto, lanzan embarcaciones en el mar Negro, penetran en Asia Menor y saquean Éfeso; los vándalos entran en la Tracia persiguiendo a los godos; los alemanes atraviesan el Rin, llegando hasta Auvernia e Italia; los francos irrumpen en la Galia y en sus correrías,

inmensas reservas de oro.

La crisis no solo resquebrajó la estructura política del imperio, sino que la transformó profundamente. Como el ejército de soldados campesinos resultaba una milicia inútil, los emperadores obligaron a los grandes propietarios a que les proporcionasen efectivos reclutados entre sus colonos, haciendo de esta manera que los propietarios quedaran investidos de una autoridad que había de contribuir a transformarlos en señores. Las ciudades amenazadas se rodeaban de murallas, y no pudiendo mantener relaciones con otros países lejanos, se limitaban a ejercer una actividad exclusivamente local; los esclavos, aprovechando las revueltas, se emancipaban por su cuenta; la miseria favorecía al bandidismo y, para defenderse de él, los terratenientes organizaban en sus fincas grupos de milicias particulares.

El foro de Trajano, en Roma.

Semejante perturbación en la vida económica y política del país tuvo como consecuencia una anarquía fiscal y monetaria. A partir del año 256, las monedas de plata tenían una aleación del 95 por 100 —eran de cobre recubierto por una tenue película de plata— y como los emperadores fueron incapaces de imponer su curso forzoso, la vida llegó a encarecerse entre los años 256-280, en un 1000 por 100.

inmensas reservas de oro.

La crisis no solo resquebrajó la estructura política del imperio, sino que la transformó profundamente. Como el ejército de soldados campesinos resultaba una milicia inútil, los emperadores obligaron a los grandes propietarios a que les proporcionasen efectivos reclutados entre sus colonos, haciendo de esta manera que los propietarios quedaran investidos de una autoridad que había de contribuir a transformarlos en señores. Las ciudades amenazadas se rodeaban de murallas, y no pudiendo mantener relaciones con otros países lejanos, se limitaban a ejercer una actividad exclusivamente local; los esclavos, aprovechando las revueltas, se emancipaban por su cuenta; la miseria favorecía al bandidismo y, para defenderse de él, los terratenientes organizaban en sus fincas grupos de milicias particulares.

El foro de Trajano, en Roma.

Semejante perturbación en la vida económica y política del país tuvo como consecuencia una anarquía fiscal y monetaria. A partir del año 256, las monedas de plata tenían una aleación del 95 por 100 —eran de cobre recubierto por una tenue película de plata— y como los emperadores fueron incapaces de imponer su curso forzoso, la vida llegó a encarecerse entre los años 256-280, en un 1000 por 100.

sus hijos como co-emperadores y Galiano sucedió a su padre, Valeriano. La necesidad de combatir en todos los frentes creó la costumbre de nombrar dos emperadores, uno encargado de las provincias occidentales, y otro de las orientales.

Treinta años de régimen militar habían dado por resultado el triunfo del absolutismo, y los senadores excluidos por Galiano de los altos mandos del Ejército ya no se sentían con fuerza para oponerse a ello.

Moneda con el busto de la emperatriz Zenobia de Palmira. Museo de Numismática. Berlín.

Aureliano reconstituyó el imperio, restableció el orden y saneó la moneda, pero la restauración fue más aparente que real, pues la gran corriente comercial hacia Asia, fuente de prosperidad de las provincias orientales, había cesado. Las agudas crisis que durante treinta años habían acabado con la seguridad, también arruinaron el tráfico con la India y China, y el saqueo de Alejandría y la ruina de Antioquía, tomada y destruida en el año 261 por el rey sasánida Sapor I, dificultaban su resurgimiento. En el interior, no bastaba con haber restablecido el orden por medio de medidas autoritarias; era preciso volver a un equilibrio normal sustituyendo la dictadura militar por un gobierno regular, e igualmente imprescindible era también que el absolutismo de hecho se legitimara hallando una base moral y jurídica.

Y Aureliano quiso crearla proclamando la monarquía de derecho divino asentada en el culto solar, estableciendo un nuevo colegio sacerdotal, construyéndose un templo a la gloria del Sol y del emperador, y haciéndose llamar dios. Alejado del pueblo, rodeose de un fastuoso ceremonial imitando a la corte persa, y para poner realmente en práctica el absolutismo, trató de asumir la dirección de todas las actividades, no solo políticas, económicas y sociales, sino también religiosas.

De este modo, y aunque profesaba el paganismo, Aureliano intervino en los conflictos doctrinales que ya dividían a los cristianos para imponerles una ortodoxia.

sus hijos como co-emperadores y Galiano sucedió a su padre, Valeriano. La necesidad de combatir en todos los frentes creó la costumbre de nombrar dos emperadores, uno encargado de las provincias occidentales, y otro de las orientales.

Treinta años de régimen militar habían dado por resultado el triunfo del absolutismo, y los senadores excluidos por Galiano de los altos mandos del Ejército ya no se sentían con fuerza para oponerse a ello.

Moneda con el busto de la emperatriz Zenobia de Palmira. Museo de Numismática. Berlín.

Aureliano reconstituyó el imperio, restableció el orden y saneó la moneda, pero la restauración fue más aparente que real, pues la gran corriente comercial hacia Asia, fuente de prosperidad de las provincias orientales, había cesado. Las agudas crisis que durante treinta años habían acabado con la seguridad, también arruinaron el tráfico con la India y China, y el saqueo de Alejandría y la ruina de Antioquía, tomada y destruida en el año 261 por el rey sasánida Sapor I, dificultaban su resurgimiento. En el interior, no bastaba con haber restablecido el orden por medio de medidas autoritarias; era preciso volver a un equilibrio normal sustituyendo la dictadura militar por un gobierno regular, e igualmente imprescindible era también que el absolutismo de hecho se legitimara hallando una base moral y jurídica.

Y Aureliano quiso crearla proclamando la monarquía de derecho divino asentada en el culto solar, estableciendo un nuevo colegio sacerdotal, construyéndose un templo a la gloria del Sol y del emperador, y haciéndose llamar dios. Alejado del pueblo, rodeose de un fastuoso ceremonial imitando a la corte persa, y para poner realmente en práctica el absolutismo, trató de asumir la dirección de todas las actividades, no solo políticas, económicas y sociales, sino también religiosas.

De este modo, y aunque profesaba el paganismo, Aureliano intervino en los conflictos doctrinales que ya dividían a los cristianos para imponerles una ortodoxia.

de este modo, la muerte de uno de ellos no dejara vacante el poder ejecutivo. Hecho característico: el principio hereditario, que ya había comenzado a implantarse, fue abandonado por la adopción del más digno. Así, Maximiano alejó a su propio hijo para adoptar a Constancio Cloro. Presidido en lo sucesivo por un colegio de emperadores, cada uno de los cuales poseía servicios absolutamente paralelos, el imperio iba a ser administrado de manera más directa y con mayor firmeza, reforzado además con una estructura provincial. Cada uno de los dos gobiernos fue dividido en dos prefecturas: en el imperio oriental se denominaron, de Oriente la una —Tracia, Asia Menor, Siria, Egipto—, y de Iliria la otra —Grecia y Servia actuales[6]—, y en el imperio de Occidente una se llamó de las Italias —Italia, países danubianos, África latina—, y otra de las Galias —Galia, España, isla de Bretaña—.

Objetos romanocristianos de vidrio, del siglo II D. J., hallados en Tarragona.

Las prefecturas se subdividieron a su vez en seis diócesis, colocadas bajo la autoridad de vicarios, y las diócesis en provincias de reducida extensión, que dependían de gobernadores civiles —praesides—, cuyo número, en la totalidad del imperio, llegó a ser de noventa y seis. Las antiguas unidades nacionales quedaron deshechas; en Egipto se formaron tres provincias, y en Italia, doce.

Con el fin de que la administración gozase de una autoridad más directa y estuviese más estrechamente vinculada al emperador, las prefecturas fueron dotadas de verdaderos gobiernos, estableciose una separación absoluta entre las funciones civiles y las militares y al frente de cada una de ellas se puso un prefecto del pretorio[7], de quien dependían directamente los vicarios de las diócesis y los

de este modo, la muerte de uno de ellos no dejara vacante el poder ejecutivo. Hecho característico: el principio hereditario, que ya había comenzado a implantarse, fue abandonado por la adopción del más digno. Así, Maximiano alejó a su propio hijo para adoptar a Constancio Cloro. Presidido en lo sucesivo por un colegio de emperadores, cada uno de los cuales poseía servicios absolutamente paralelos, el imperio iba a ser administrado de manera más directa y con mayor firmeza, reforzado además con una estructura provincial. Cada uno de los dos gobiernos fue dividido en dos prefecturas: en el imperio oriental se denominaron, de Oriente la una —Tracia, Asia Menor, Siria, Egipto—, y de Iliria la otra —Grecia y Servia actuales[6]—, y en el imperio de Occidente una se llamó de las Italias —Italia, países danubianos, África latina—, y otra de las Galias —Galia, España, isla de Bretaña—.

Objetos romanocristianos de vidrio, del siglo II D. J., hallados en Tarragona.

Las prefecturas se subdividieron a su vez en seis diócesis, colocadas bajo la autoridad de vicarios, y las diócesis en provincias de reducida extensión, que dependían de gobernadores civiles —praesides—, cuyo número, en la totalidad del imperio, llegó a ser de noventa y seis. Las antiguas unidades nacionales quedaron deshechas; en Egipto se formaron tres provincias, y en Italia, doce.

El gobierno central, ejercido con firmeza por el emperador en cada uno de los dos imperios, se reservaba la gobernación de la capital, el mando militar, la cancillería, los asuntos exteriores, la gestación de los bienes de la Corona y las manufacturas del Estado, la acuñación de moneda y el nombramiento de funcionarios superiores y de oficiales del Ejército.

La descentralización administrativa del imperio no perjudicaba su cohesión, ya que el emperador ejercía, por otra parte, una estrecha vigilancia sobre los prefectos, vicarios y gobernadores, adscribiendo a cada uno de ellos un secretario general que estaba constantemente bajo la dependencia directa de la cancillería imperial, a la cual debía mantener informada.

El Ejercito fue considerablemente reforzado. De las fronteras fueron retiradas las mejores tropas, que pasaron a guarnecer el interior del imperio para mantener el orden y poder ser enviadas rápidamente a donde fueran necesarias.

La unidad entre los dos imperios, completamente separados, había de ser mantenida merced a la unidad legislativa confiada al emperador de más edad.

El poder ejecutivo se hallaba así estrechamente vinculado a los emperadores. Entre estos y el pueblo no existía colaboración alguna. En lo sucesivo, el poder emanaría de la jerarquía superior y las últimas huellas de la democracia política en que se había apoyado antaño el imperio en las ciudades y provincias, quedaron borradas. En las ciudades, los decuriones fueron mantenidos únicamente para vigilar la administración municipal y asegurar el ingreso normal de los impuestos. Verdad es que las asambleas provinciales subsistieron pero así como antes se hallaban compuestas por delegados de las ciudades que se administraban libremente, en adelante ya no fueron sino reuniones de funcionarios o representantes de la oligarquía burocratizada de los curiales —decuriones—.

El poder que las curias municipales habían perdido en materia administrativa, judicial y fiscal, quedó totalmente vinculado al Estado. Y como consecuencia de ello se llevó a cabo una profunda reforma de la jurisdicción y del fisco.

La justicia se hallaba enteramente en manos del emperador o de los funcionarios en quienes este delegaba. Administrada por los gobernadores, quedó sometida a jerarquización y el recurso de apelación llegaba hasta el prefecto del pretorio y el emperador. El procedimiento, que fue unificado, se hizo más flexible y se simplificó bajo la influencia de las escuelas de derecho orientales. Pero la administración fiscal, al generalizar el registro de las piezas de procedimiento, acumuló de tal manera los gastos y los plazos, que la justicia, burocratizada, resultó lenta y onerosa.

Las finanzas sufrieron una honda transformación; hasta entonces, el presupuesto se formaba fijando, en principio, los gastos a base de los ingresos, pero de hecho el déficit era endémico y había provocado graves y frecuentes crisis financieras motivadas por la depreciación constante de la moneda, que desequilibraba el sistema fiscal. Aparte los impuestos que pesaban sobre los ciudadanos —5 por 100 sobre las herencias, 5 por 100 sobre la manumisión de esclavos, tributo de capitación a que

Cada prefectura disfrutaba de una autonomía administrativa que garantizaba el buen funcionamiento de los servicios del Estado, cada vez más numerosos.

El gobierno central, ejercido con firmeza por el emperador en cada uno de los dos imperios, se reservaba la gobernación de la capital, el mando militar, la cancillería, los asuntos exteriores, la gestación de los bienes de la Corona y las manufacturas del Estado, la acuñación de moneda y el nombramiento de funcionarios superiores y de oficiales del Ejército.

La descentralización administrativa del imperio no perjudicaba su cohesión, ya que el emperador ejercía, por otra parte, una estrecha vigilancia sobre los prefectos, vicarios y gobernadores, adscribiendo a cada uno de ellos un secretario general que estaba constantemente bajo la dependencia directa de la cancillería imperial, a la cual debía mantener informada.

El Ejercito fue considerablemente reforzado. De las fronteras fueron retiradas las mejores tropas, que pasaron a guarnecer el interior del imperio para mantener el orden y poder ser enviadas rápidamente a donde fueran necesarias.

La unidad entre los dos imperios, completamente separados, había de ser mantenida merced a la unidad legislativa confiada al emperador de más edad.

El poder ejecutivo se hallaba así estrechamente vinculado a los emperadores. Entre estos y el pueblo no existía colaboración alguna. En lo sucesivo, el poder emanaría de la jerarquía superior y las últimas huellas de la democracia política en que se había apoyado antaño el imperio en las ciudades y provincias, quedaron borradas. En las ciudades, los decuriones fueron mantenidos únicamente para vigilar la administración municipal y asegurar el ingreso normal de los impuestos. Verdad es que las asambleas provinciales subsistieron pero así como antes se hallaban compuestas por delegados de las ciudades que se administraban libremente, en adelante ya no fueron sino reuniones de funcionarios o representantes de la oligarquía burocratizada de los curiales —decuriones—.

El poder que las curias municipales habían perdido en materia administrativa, judicial y fiscal, quedó totalmente vinculado al Estado. Y como consecuencia de ello se llevó a cabo una profunda reforma de la jurisdicción y del fisco.

La justicia se hallaba enteramente en manos del emperador o de los funcionarios en quienes este delegaba. Administrada por los gobernadores, quedó sometida a jerarquización y el recurso de apelación llegaba hasta el prefecto del pretorio y el emperador. El procedimiento, que fue unificado, se hizo más flexible y se simplificó bajo la influencia de las escuelas de derecho orientales. Pero la administración fiscal, al generalizar el registro de las piezas de procedimiento, acumuló de tal manera los gastos y los plazos, que la justicia, burocratizada, resultó lenta y onerosa.

Las finanzas sufrieron una honda transformación; hasta entonces, el presupuesto se formaba fijando, en principio, los gastos a base de los ingresos, pero de hecho el déficit era endémico y había provocado graves y frecuentes crisis financieras motivadas por la depreciación constante de la moneda, que desequilibraba el sistema

Sarcófago de estilo romano, de Palmira.

El sistema monetario, hasta entonces monometálico, fue reformado, y para hacer frente a la penuria de oro quedó establecido aquel sobre la base de una relación constante entre el oro y la plata.

El imperio, reconstituido sobre estas nuevas bases uniformes y simplificadas, rompía de tal modo con el pasado que incluso abandono la ciudad de Roma como capitalidad.

Demasiado alejada de las fronteras del Norte, cada día más expuestas a la amenaza de los bárbaros de la Europa Central, Roma fue sustituida por Milán.

El Senado, al cual los emperadores de Occidente del siglo IV, para mantener la tradición, seguirán sometiendo a efectos de registro sus constituciones, quedó reducido a una especie de consejo municipal limitado a administrar la ciudad y su universidad. Arrastrada por la decadencia gradual de Italia, Roma había dejado de ser centro del imperio, y sus habitantes, desmoralizados por las medidas demagógicas a cambio de las cuales compraban los emperadores su fidelidad, hecho que ofrecía al mundo el espectáculo abyecto de su pasión por las exhibiciones sádicas y sanguinarias del circo, no era más que una plebe parasitaria del fisco imperial. El orden senatorial, después de haber ejercido durante tres siglos una estéril y nefasta oposición, no representaba ya ninguna fuerza activa, constituyendo, en cambio, un peligro para el poder establecido sobre el absolutismo monárquico. Al abandonar Roma, el emperador se desprendió a la vez del proletariado y de los senadores romanos, al mismo tiempo que eludía la tutela que la guardia pretoriana había

Sarcófago de estilo romano, de Palmira.

El sistema monetario, hasta entonces monometálico, fue reformado, y para hacer frente a la penuria de oro quedó establecido aquel sobre la base de una relación constante entre el oro y la plata.

El imperio, reconstituido sobre estas nuevas bases uniformes y simplificadas, rompía de tal modo con el pasado que incluso abandono la ciudad de Roma como capitalidad.

Demasiado alejada de las fronteras del Norte, cada día más expuestas a la amenaza de los bárbaros de la Europa Central, Roma fue sustituida por Milán.

El Senado, al cual los emperadores de Occidente del siglo IV, para mantener la tradición, seguirán sometiendo a efectos de registro sus constituciones, quedó reducido a una especie de consejo municipal limitado a administrar la ciudad y su universidad. Arrastrada por la decadencia gradual de Italia, Roma había dejado de ser centro del imperio, y sus habitantes, desmoralizados por las medidas demagógicas a cambio de las cuales compraban los emperadores su fidelidad, hecho que ofrecía al mundo el espectáculo abyecto de su pasión por las exhibiciones sádicas y sanguinarias del circo, no era más que una plebe parasitaria del fisco imperial. El orden senatorial, después de haber ejercido durante tres siglos una estéril y nefasta oposición, no representaba ya ninguna fuerza activa, constituyendo, en cambio, un peligro para el poder establecido sobre el absolutismo monárquico. Al abandonar Roma, el emperador se desprendió a la vez del proletariado y de los senadores romanos, al mismo tiempo que eludía la tutela que la guardia pretoriana había

Los emperadores Diocleciano y Maximiano.
Relieve en pórfido.

Los emperadores Diocleciano y Maximiano.
Relieve en pórfido.

Maximiano, de Hércules, dioses solares los dos—, es decir, el poder divinizaba a los césares, así como el hecho de disfrutar de su adopción daba igualmente a los designados por ellos carácter divino.

Constancio Cloro, padre de Constantino el Grande.

El absolutismo debía, pues, ir seguido necesariamente de la unidad religiosa del imperio, y para lograr este objetivo, en el año 303, Diocleciano ordenó que se clausurara la totalidad de las iglesias cristianas y se confiscaran sus libros sagrados. Con ello daba comienzo la persecución más sangrienta que conoció el imperio.

Considerando su obra terminada, Diocleciano abdicó en 305 e influyó sobremanera para que también lo hiciera Maximiano. Sus sucesores debían haber sido los dos césares por ellos adoptados: Galerio, general de origen dacio, para los territorios de Oriente, y Constancio Cloro, antiguo prefecto del pretorio, de origen ilirio, para los de Occidente. Pero el hijo de Maximiano se mostró en seguida en disconformidad con los designios de su padre y se dispuso a hacer valer sus pretendidos derechos a ocupar el trono, con lo que una vez más quedó probado que la adopción de los más dignos no podía constituir la base del sistema sucesorio del imperio.

Maximiano, de Hércules, dioses solares los dos—, es decir, el poder divinizaba a los césares, así como el hecho de disfrutar de su adopción daba igualmente a los designados por ellos carácter divino.

Constancio Cloro, padre de Constantino el Grande.

El absolutismo debía, pues, ir seguido necesariamente de la unidad religiosa del imperio, y para lograr este objetivo, en el año 303, Diocleciano ordenó que se clausurara la totalidad de las iglesias cristianas y se confiscaran sus libros sagrados. Con ello daba comienzo la persecución más sangrienta que conoció el imperio.

Considerando su obra terminada, Diocleciano abdicó en 305 e influyó sobremanera para que también lo hiciera Maximiano. Sus sucesores debían haber sido los dos césares por ellos adoptados: Galerio, general de origen dacio, para los territorios de Oriente, y Constancio Cloro, antiguo prefecto del pretorio, de origen ilirio, para los de Occidente. Pero el hijo de Maximiano se mostró en seguida en disconformidad con los designios de su padre y se dispuso a hacer valer sus pretendidos derechos a ocupar el trono, con lo que una vez más quedó probado que la adopción de los más dignos no podía constituir la base del sistema sucesorio del imperio.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

El imperio cristiano y las invasiones germánicas (Siglos IV y V)

1. Jesús y los orígenes del cristianismo

ORÍGENES JUDAICOS

De todos los pueblos de la Antigüedad, los judíos son los únicos que se orientaron hacia una religión cada vez más estrictamente monoteísta. En el curso de su larga estancia en Egipto fue, según parece, cuando el monoteísmo adquirió entre ellos ese tono puramente espiritual y despojado de todo simbolismo que desde Moisés posee. Acaso el influjo de las ideas amarnianas no haya sido a ello del todo ajeno, como tampoco parece imposible negar la acción directa y profunda del pensamiento egipcio sobre los Mandamientos de Dios que, desde el Sinaí, han constituido el fundamento de la moral judía. Sin renunciar al culto celebrado «en los altos lugares», el pueblo hebreo, después de su instalación en tierras de Palestina, había ya realizado paulatinamente su unidad en torno al gran Dios nacional Jahvé o Jehová.

Su carácter de Dios único no cesó de afianzarse bajo la influencia de los profetas. Los reyes, desde Salomón, aunque considerando a Jehová como Dios real y judío por excelencia, propendían por motivos de política exterior a admitir incluso en el templo los cultos de los pueblos con quienes trataban de entablar relaciones económicas o políticas. La historia toda de los judíos se halla impregnada de la lucha entre los soberanos, que procuran integrar a Palestina en la gran corriente de la vida internacional, y los profetas, que temiendo la contaminación de ideas religiosas extrañas, siempre pretendieron cerrarla a todo influjo del exterior y vida mercantil, para mantener al pueblo hebreo aislado cual comunidad de campesinos en torno a su Dios exclusivo, Jehová.

La religión monoteísta de los judíos no representaba, sin embargo, una forma religiosa superior en sus comienzos, ya que concebía al Ser Supremo como un amo, relacionaba su culto con una moral muy elevada, concretada en las Tablas de la Ley, pero reservada a los fieles de Jehová, y no creía en la vida de ultratumba.

Al hacer de Jerusalén un gran centro del tráfico internacional e introducir las primeras instituciones monárquicas, cuyos modelos naturalmente tomó de Egipto, Salomón hizo penetrar en Judea ciertas nociones elementales de la corriente moral egipcia, tal como las enseñaban los moralistas Pta-Hetep, Ani y Amenemope, y los profetas, aunque combatieron con tesón la política real, no se cerraron a la influencia

de los éticos egipcios, si bien negáronse a aceptar la concepción del más allá. Los infortunios que se abatieron sobre Palestina en la época asiria y neobabilónica y que desembocaron en la toma de Samaria por Sargón (722) y de Jerusalén por Nabucodonosor (586), orientaron el pensamiento profético por nuevos derroteros. Decaído políticamente el pueblo judío, elegido de Dios, no podía concebir el triunfo de Jehová más que en un plano puramente espiritual. Isaías, por vez primera, rompió el marco nacional de la religión de Israel elevándose a la concepción de un culto universal, al mismo tiempo que los profetas, buscando explicación a la desdicha de su pueblo, la encontraban, con Amos y Oseas, en la bastardía moral de las clases superiores, y con Jeremías, en su deslealtad a Jehová y en el materialismo religioso. La religión judía, desde entonces, quedaba ampliamente abierta a la más alta de las éticas.

El exilio debía acercar aún más al pueblo a las ideas religiosas de los babilonios, poniéndolo en contacto con las influencias mazdeístas que por entonces difundían las ideas místicas y morales de Zoroastro, basadas en el antagonismo existente entre el bien y el mal.

Restaurada por Ciro, rey de Persia (538), la ciudad de Jerusalén, ahora distrito de la satrapía de Damasco, debía transformarse según la constitución imaginada por Ezequiel en un pequeño estado teocrático, feudo de un gran sacerdote hereditario y de una aristocracia religiosa. El culto de Jehová, único oficial, hizose exclusivo y forzoso so pena de muerte, y Judea quedó gobernada por una casta clerical petrificada en un estrecho conformismo nacionalista.

Durante dos siglos, Jerusalén vivió voluntariamente aislada del mundo bajo la autoridad de la ley, que se apoyaba en la férula de Moisés tal como figura en el *Pentateuco*, conjunto de documentos redactados en los siglos IX y VIII antes de Jesucristo, completado por el *Deuteronomio*, en 621, y por el código sacerdotal escrito hacia el año 400.

La conquista de Palestina por Alejandro (331) acabó con el aislamiento de Jerusalén, objetivo de las guerras helénicas, quedando unida al Egipto de los Ptolomeos (320) y experimentando su influencia. Más tarde, en 200, anexionada al Imperio seléucida por Antíoco III, Jerusalén quedó reducida a un islote hebreo en medio de un país cada vez más helenizado. En ella se encontraron, desde entonces, las influencias egipcia y helénica que, sin duda, se compenetraban íntimamente y que fueron tanto más activas cuanto que si bien Jerusalén era centro de la religión judía no representaba, sin embargo, todo el pensamiento de Israel. Desde la toma de Samaria y Jerusalén, los judíos se habían dispersado por el mundo. El destierro los había instalado en Mesopotamia, donde se había quedado la mayoría al ser restaurado el estado hebreo por Ciro; otros, emigraron a Egipto con el profeta Jeremías, y bajo la dinastía saíta instalose en Elefantina una comunidad judía; en el curso de las guerras helénicas, la constante emigración, favorecida por una natalidad muy elevada, había empujado a los judíos a través de todo el Mediterráneo oriental, donde de labradores

que eran en Palestina se habían transformado en hombres de negocios. Tanto los Ptolomeos como los seléucidas favorecieron su asentamiento en Alejandría y Antioquía a causa de su inteligencia.

Estos judíos de la diáspora[1] se helenizaron, participando en el gran movimiento cultural internacional, y bien pronto ya no fue Jerusalén, sino Alejandría, el foco del pensamiento israelita. Desde comienzos del siglo III, se emprendió allí la traducción de la Biblia al griego —versión de los Setenta—. Los judíos recorrieron todo el orbe conocido. Tras un largo viaje, Ben Sirah escribió, hacia 170 antes de Jesucristo, el *Eclesiástico*, impregnado de las ideas morales egipcias. Era aquella la época en que, a través de todo el mundo marítimo grecoriental, triunfaban las concepciones egipcias en los cultos de los misterios, diseminando las ideas del más allá y del juicio de las almas por los dioses, mientras que la doctrina de Zoroastro, por el norte del Asia Menor, extendía análogas creencias.

Díptico cristiano de marfil.

El río Jordán en su salida del lago Tiberíades.

Jerusalén se vio afectada por ellas al mismo tiempo que por la civilización helenística, y el pueblo judío quedó fraccionado en dos bandos: el partido nacional, conservador y acérrimo jehovista, y el partido helénico, que alentado por el rey de Antioquía se abría a las corrientes del pensamiento universal. Y así se produjo una terrible guerra civil, transformada bajo la dirección de los macabeos en guerra de independencia (166), cuyo resultado fue el reconocimiento por el rey de Antioquía de un reino de Jerusalén en 142. Lo mismo que en la época de Salomón, la política real sacó en seguida a Judea del aislamiento, dejando entrar las ideas de fuera. Mas de nuevo se encendió el eterno conflicto entre los partidarios del rey —entonces, sin embargo, gran sacerdote—, movidos por el cosmopolitismo, y los puritanos sostenidos por los escribas, que insistían en mantener a Palestina lejos del mundo exterior. Dicha guerra de independencia hizo entrar el pensamiento hebreo-palestiniano en un período asombrosamente creador. El libro de Daniel, el primer *Apocalipsis* y toda la literatura afín —la parábola, las visiones de Enoc, etc.— que devanan el tema de los destinos mesiánicos de Israel, datan de aquella época.

Aunque defendiendo con intransigencia su monoteísmo, el pueblo judío se dejó penetrar por las ideas de la época. Se han puesto de relieve los plagios considerables de los escritores bíblicos, a veces textuales, respecto al pensamiento, la moral y el sentimiento religiosos de Egipto. La creencia en una vida eterna, en el juicio de las almas —representado por el símbolo egipcio del peso del corazón—, en el paraíso y el infierno, en los ángeles, la concepción dualista del bien y el mal, la idea del juicio final y de la resurrección de los muertos, tomada del mazdeísmo, y el augurio de la venida del Mesías, fueron entonces admitidos por el pensamiento hebreo y

convertidos en sus temas esenciales. Todas las ideas místicas orientales, egipcias y griegas se centraban en aquella encrucijada que era Palestina, haciendo de ella, en la primera centuria antes de Cristo, el principal foco de sincretismo religioso del mundo oriental.

La pugna entre el partido real y el partido piadoso fue tan enconada que este último, en 64, apeló a Pompeyo, recientemente vencedor de Mitrídates, para que acabase con la monarquía. Accedió el romano y Jerusalén, incorporada a la provincia de Siria, volvió a ser con sus pontífices una simple ciudad sacerdotal, con lo que el partido religioso sacrificaba así la prosperidad y la influencia exterior del país a su política conservadora.

La monarquía abatida por Pompeyo reapareció con Antonio. En 37, confiriose a Herodes, con el título de aliado romano, el trono de Palestina. Bajo su cetro, Jerusalén iba a recobrar el papel de gran capital. Herodes resucitó el esplendor salomónico; construyó un templo suntuoso; rodeose de una corte cosmopolita y su reino se extendió hasta el Mediterráneo y el mar Rojo. El puerto de Cesarea, por él fundado, se convirtió rápidamente en uno de los principales centros económicos, intelectuales y jurídicos del Imperio romano, y aspiró a reanimar, en provecho suyo, la prosperidad de que Tiro había disfrutado en otro tiempo como escala de tránsito hacia el Asia Central y la India. El renacimiento mercantil de Palestina proporcionó a Herodes considerables recursos. Rival de Cleopatra, practicó en Siria una política imperialista, erigiéndose en protector de Atenas. Su corte, junto con la de Alejandría, fue uno de los focos del pensamiento internacional, y su influencia se extendió muy ampliamente porque todas las colonias de la diáspora se mantenían en contacto con Jerusalén, le abonaban diezmos y acataban su autoridad.

Parte oriental de Jerusalén. Al fondo, el monte de los Olivos.

Herodes, aunque fiel al culto de Jehová, no era, sin embargo, personaje grato para los seguidores del partido devoto, obstinadamente apegado a la fórmula teocrática. Y por eso, a su muerte (4 después de Jesucristo), su espléndido reino quedó desmembrado como antaño ocurriera con el de Salomón.

Judea quedó reducida a la condición de provincia romana gobernada por un procurador que designaba al gran sacerdote. Pero Roma reconoció a Jerusalén, y a todas las colonias de la diáspora, una completa autonomía religiosa y concedió al culto judaico privilegios especiales.

En Jerusalén, la lucha entre las facciones políticas fue en aquel momento más intensa que nunca. Las clases sacerdotal y aristocrática, que formaban el partido sadduceo, representaban el espíritu conservador en toda su pureza y negábanse a admitir las creencias importadas sobre la inmortalidad del alma, la vida futura y el dualismo entre el bien y el mal, aunque aceptaban la tutela de Roma de la cual esperaban el estricto mantenimiento del *statu quo* social y doctrinal. Los escribas o fariseos, que constituían la intelectualidad, adoptaron las ideas introducidas en la segunda centuria: ángeles y demonios, resurrección de los muertos y advenimiento del reino de Dios; mas eran nacionalistas y su ala extrema, constituida por el partido de los celotas, predicaba sin ambages la rebelión contra Roma. Pero en lo que atañe a la moral se hallaban divididos, ya que mientras unos profesaban ideas anticuadas y permanecían adictos al derecho del marido a repudiar a su mujer, otros, impelidos por

la corriente individualista, adoptaron la tesis egipcia de la monogamia y la fidelidad recíproca de los cónyuges.

El pueblo, por su parte, se dejó seducir por las ideas místicas esencialmente representadas, desde los albores del siglo I, por la secta de los esenios, caracterizados por sus miras ascéticas. Desde la época de los Jueces había ya ascetas entre los hebreos, lo que demuestra que la secta esenia se constituyó sobre un viejo fondo judío.

Pero se hallaba totalmente contaminada de influjos iranianos quizá venidos de Éfeso, de nociones pitagóricas, muy en boga entonces en todos los países helénicos, así como de las ideas morales, místicas y de piedad interna que triunfaron en Egipto. Aunque continuaban adheridos a la ley judía, los esenios rechazaban el formalismo del culto y aspiraban a alcanzar la vida eterna mediante la práctica de las virtudes y el renunciamiento. En Palestina, representan exactamente la misma tendencia que los misterios isíacos y dionisíacos en los cultos paganos, aunque su absoluto monoteísmo los libra de todo el fárrago que recarga el misticismo de los gentiles, que estaban impregnados de una especie de magia; su espiritualismo, desprovisto de símbolos, les ponía en contacto directo con la idea misma de la divinidad; su pureza, su ascetismo, les permitía elevarse a una altura moral que rebasa la de todos los misterios, incluso los isíacos. Desprendidos de los bienes mundanales, renunciaban a la propiedad privada en beneficio del grupo de que forman parte; hacían sus comidas en común después de los rezos; predicaban la sobriedad, la castidad, la pureza de costumbres y la dulzura; consideraban el celibato como un estado superior al matrimonio y, en el plano social, profesaban la igualdad de todos los hombres y condenaban la esclavitud.

El culto a Dionisos. Escena báquica representada en una pintura mural de Pompeya.
Museo Nacional de Nápoles.

Su religión admite el dualismo entre el bien, representado por Dios, y el mal, inherente a la materia; creen en los ángeles y en la vida futura, y hacen de la salvación del alma el objetivo de su existencia. Finalmente, anuncian la próxima venida del Mesías, idea que parece haber sido formulada con anterioridad por Zoroastro y que se hallaba entonces extendida por todo el Oriente. En el siglo I, los asiriobabilonios, incorporados al Imperio parto y ganados por la influencia mazdeísta, presagiaban al Mesías como un dios-hombre nacido de manera sobrenatural y que habiendo venido al mundo para salvarlo resucitaría después de su muerte. En Jerusalén, excepto en la clase sacerdotal que permanecía refractaria, hacía mucho tiempo que la idea mesiánica era ya admitida y difundida por los profetas, habiéndosele consagrado gran cantidad de literatura extrabíblica. Daniel había anunciado la llegada del Mesías sobre nubes. En el siglo I, los fariseos se lo imaginaban como un rey y enseñaban, unos, que su reino duraría mil años y terminaría con el juicio final, y otros, que su aparición señalaría el fin del mundo y el advenimiento del reino de Dios.

Pero el pueblo lo esperaba bajo el aspecto de un santo varón que predicase y practicase el bien, como Juan Bautista, quien purificaba e iniciaba a los fieles con la ceremonia del bautismo —semejante a los ritos de los misterios isíacos y helénicos— y les exhortaba a hacer penitencia.

Los esenios, fervorosos creyentes de la idea mesiánica, la elevaban, a diferencia de los fariseos, del plano nacional al universal. Y con ellos, bajo la acción combinada

de todas las ideas místicas de la época, el pensamiento hebreo liberado, espiritualizado, se aprestaba a conquistar el mundo.

JESÚS

En un modesto hogar de artesanos, según parece oriundos de Nazaret, en el antiguo reino de Israel, en aquella Galilea considerada por Jerusalén como perdida para la ortodoxia, y en la insignificante aldehuela de Belén, fue donde en las postrimerías del reinado de Herodes nació el Mesías tan esperado.

Tras una estancia en Egipto, provocada según la tradición por una persecución del bando antimesiánico —la matanza de inocentes— y donde nada permite seguirle, Jesús pasó su juventud oscuramente en Nazaret, lejos de la lucha de partidos y fuera de las escuelas. Después, guiado como los profetas por el espíritu de Dios, se hizo bautizar en las aguas del Jordán por Juan Bautista, que loaba la penitencia y pronosticaba la próxima venida del reino de los Cielos. Jesús, se retiró al desierto donde sufrió las tentaciones del espíritu maligno. Después del encarcelamiento de San Juan, volvió a Galilea, a lo largo del lago de Genezaret y a Cafarnaúm, y predicó como Juan: «Arrepentíos, pues el reino de los Cielos se acerca». Seguido por algunos pescadores, discípulos de Juan, recorrió Galilea enseñando su doctrina en las sinagogas, anunciando el reino de Dios y, lo mismo que los antiguos profetas, sanando a los enfermos.

Después del sermón de la montaña, su moral queda precisada: bienaventurados los pobres dé espíritu, los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, y los que padecen hambre y sed de justicia, porque de ellos será el reino de los Cielos. La inmortalidad del alma se gana no con sacrificios y prácticas del culto, sino con el renunciamiento, la devoción a Dios y la caridad; tales son los fundamentos de la moral cristiana.

Sin duda, Jesús no pretende colocarse fuera de la ley, recomienda, al contrario, la observancia de todos sus preceptos. Pero aunque admite la ofrenda en el templo, se aparta de los sacrificios y da a toda su enseñanza una base moral.

Y esta ya no es específicamente judía, sino universal. El Nazareno no distingue nacionalidades ni siquiera diferentes religiones entre los hombres, declarando que Dios acogerá con más benevolencia al buen samaritano que al judío duro de corazón. Individualista, no solo considera a los hombres como criaturas iguales ante Dios, sino que también profesa la igualdad de sexos, exige la estricta monogamia y la fidelidad conyugal, afirma la indisolubilidad del matrimonio y no admite el repudio de la mujer más que en caso de adulterio.

Su ética no propende a imponerse a las instituciones humanas —las cuales acepta como expresión de la justicia de los hombres—, rebasa el derecho, recomienda pagar el mal con el bien y amar a los enemigos.

Resulta extraño que la moral de Jesús apenas se preocupe del problema social, tan discutido entonces en el mundo helenístico. Para Él, la moral, lo mismo que la

religión, es fundamentalmente individual y puede resumirse en dos preceptos en los cuales están contenidos todos los demás: amaos los unos a los otros, y no hagas al prójimo lo que no quisieras que te hiciesen a ti. La virtud, para Jesús, no es una cuestión social sino de conciencia, y lo mismo que la oración, es tanto más eximia cuanto más callada.

Y es que Jesús menosprecia las contingencias materiales y no es suya la preocupación por el mañana. En medio de la civilización mercantil de su tiempo, retrae al hombre aislándolo a la primacía de lo espiritual. Como en plena lucha de partidos y guerras civiles, lo reintegra al orden haciéndole escuchar no la voz de la autoridad, sino la de Dios, que oye en el fondo de su propio ser.

A las violencias del mundo opone la caridad; al desencadenamiento de las pasiones, la pureza y la castidad. Pero se mantiene fuera de la ascética, evitando así el pesimismo.

Sus ideas son como un bálsamo; poseen un indefinible encanto que les viene de un profundo ensimismamiento y que las va conduciendo, con sencillez evangélica, al amor. Lo que más caracteriza la moral de Jesús es que, yendo hasta sus últimas consecuencias, aléjase totalmente del rencor y del formulismo. Aísla la noción de lo divino decantándola de cuanto los hombres han aportado con fórmulas y reglas para encubrir el vacío de las conciencias.

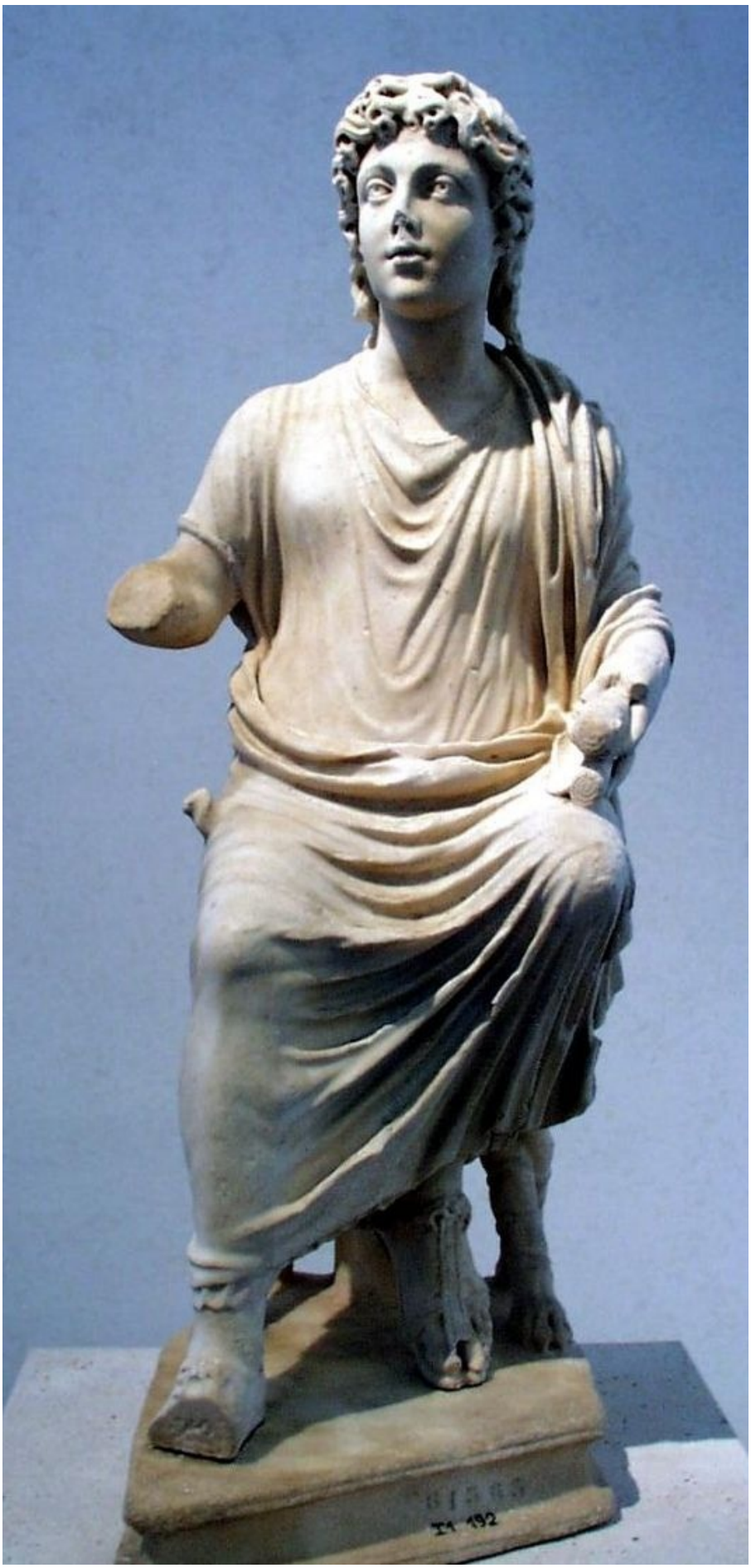
Por eso rechaza Jesús todo dogmatismo. De ahí que no observe el sábado, por que este día no es observado por el sacerdote en el templo y la Naturaleza es el más grande de los templos. El de Jerusalén no es otra cosa para él que la mansión de las preces, y la autoridad del clero, por muy respetable que sea, no puede sobreponerse a la de la conciencia; es la práctica del bien, y no el dogma, lo que constituye la religión. La voz de Jesús, que solo unos pocos hombres oyeron, iba a encontrar por todo lo ancho del mundo un eco inmenso.

Y es que aportaba la conclusión de aquel incansable esfuerzo moral realizado por los hombres desde que se manifestó en Egipto, tres mil años antes, con las obras de misericordia. Esta conclusión aparecía en su infinita dulzura, con potencia irresistible, porque se presentaba bajo un aspecto verdaderamente humano, porque se dirigía con universal acento a las conciencias individuales. No pertenecía en verdad a culto alguno, no se apoyaba en ninguna creencia anterior. Despojada de todo simbolismo y hasta de toda metafísica, su visión de Dios no iba acompañada de ritos, ni de iniciaciones secretas, ni de dogmas eruditos, sino únicamente de amor. Se ofrecía a todos los hombres de buena voluntad llamándolos a la fe, a la esperanza y a la caridad.

La ley judaica, empero, imponía el respeto al dogma. Y la actitud de Jesús apareció como sacrilegio al clero dominador y soberano de aquella pequeña teocracia que era Jerusalén. El sanedrín, ajustándose a la ley, lo condenó a la pena de muerte. El consejo de Pilatos, gobernador romano que en materia religiosa no disponía de autoridad alguna en Jerusalén, fue inútil al dirigirse a los ancianos para que indultaran

a Jesús con motivo de la festividad de la Pascua; la ley fue aplicada en todo su rigor y el condenado pereció en la cruz.

Su martirio, después de una vida enteramente dedicada a la paz y el amor, había de asegurar su triunfo al revelar a los hombres su naturaleza mesiánica y, por consiguiente, divina. La idea del dios redentor que informaba todos los misterios paganos iba a enfocar hacia el Mesías y su doctrina de amor el gran ímpetu místico que venía agitando al mundo. Con el imponente drama del Gólgota se anunciaba una era completamente nueva.



Una de las primeras esculturas del Divino Maestro. Jesús enseñando. Estatua en mármol del siglo IV.

En tanto que la predicación de Jesús coronaba la honda evolución religiosa manifestada en las capas populares de Palestina, los judíos de la diáspora se daban a una gran labor de proselitismo. Filón de Alejandría, alrededor del año 30 después de Jesucristo, empleando los métodos del simbolismo egipcio intentó armonizar las ideas hebreas con la filosofía griega. La

propaganda judía ejerció

Museo de las Termas. Roma.

El apóstol San Pablo. De un relieve en mármol del siglo IV.
Museo del Camposanto. Roma.

LA PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO Y EL SINCRETISMO CRISTIANO

un indiscutible atractivo, el descanso del sábado fue aceptado por casi todos los cultos y algunos misterios fusionaron a Jehová con Dionisos; mas, por otra parte, promovió una reacción hostil en las poblaciones helénicas, que acusaban a los judíos de ateísmo por negarse a admitir la existencia de los dioses gentiles.

El monoteísmo de los hebreos que los llevaba a habitar en comunidades cerradas les hada ser acusados de enemigos del género humano, y su intransigencia, resultante lógica de su creencia en un Dios único, les granjeaba el odio de los paganos, entre los cuales la tolerancia religiosa había venido a ser norma general.

No obstante, la influencia de los hebreos en Roma era considerable. En el año 37, Calígula constituyó de nuevo el reino de Judea para el nieto de Herodes el Grande —Agripa—, y en el año 44, Claudio devolvió a este reino sus primitivas fronteras. Reducido Egipto a la categoría de potencia secundaria bajo la soberanía de los emperadores, Palestina habría podido verse llamada a jugar un papel del primer plano como reino vasallo y aliado de Roma, pero a la muerte de Agripa (44) Roma envió a Cesarea un procurador romano, si bien se dejó al gran sacerdote al frente del gobierno de Jerusalén.

La primera manifestación del régimen sacerdotal restaurado fue la persecución de los cristianos, que en Jerusalén habían constituido una secta aunque sin separarse de la Iglesia israelita. Los cristianos, entonces, abandonaron las tierras de Jerusalén e inauguraron una activa labor de propaganda por todo el mundo culto.

también el apelativo de «cristiano».

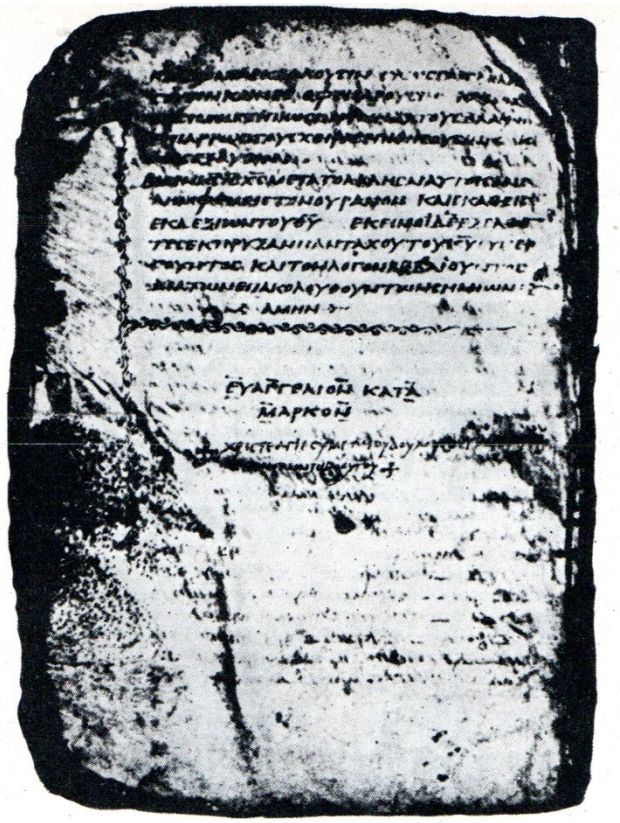
Otros núcleos se organizaron en Chipre, Asia Menor y Salónica, pero Atenas, que continuaba siendo el centro de la filosofía griega, se mantuvo refractaria, aunque recibió a Pablo con respeto. En Corinto, ciudad tan profundamente influida por los misterios egipciorientales, surgió por el contrario una iglesia, y en Éfeso se creó una importante comunidad en medio de aquel ambiente místico y cosmopolita donde, después de la instalación de los magos iranianos por Darío, existía un movimiento ascético que probablemente había sido el origen de la secta esenia de Palestina.

Fue, pues, en las grandes urbes cosmopolitas y comerciales del Oriente helenizado, tan profundamente influidas por el misticismo isíaco, donde el cristianismo halló desde un principio entusiastas adeptos entre los paganos, ya preparados desde luego por la propaganda hebrea de la diáspora. De Antioquía y Éfeso expandiose con celeridad a Frigia, donde los misterios de Atis —o Men— habían preparado a las gentes para aceptar la idea de un Dios redentor; progresó asimismo hacia Edesa, cuyo rey fue el primer soberano convertido, y hacia Mesopotamia, donde el zoroastrismo le había creado una atmósfera propicia. Quiere la tradición que el apóstol Tomás, siguiendo la ruta de los mercaderes, llegase hasta el reino de los partos y tal vez hasta la India, donde convirtiera, en el Alto Ganges, al príncipe Matura, sátrapa de los reyes sacios que en aquel momento fundaban en Asia Central y la India, un poderoso imperio. Las prédicas cristianas, merced a la diáspora israelita, se extendieron en pocos años por todo el oriente y centro del Mediterráneo. Los cristianos, en efecto, no habían roto con la sinagoga a pesar de las persecuciones de que habían sido objeto en Palestina, y el proselitismo judío apareció al principio confundido con la predicación cristiana.

Estatuilla en bronce que representa a San Pedro con la cruz.
Museo del Emperador Federico. Berlín.

En Roma, donde se había fundado una comunidad, se perfiló, lo mismo que en Alejandría, un fuerte movimiento antisemita que abarcaba a la vez a judíos y cristianos, igualmente considerados como ateos y enemigos del género humano.

la India, donde convirtiera, en el Alto Ganges, al príncipe Matura, sátrapa de los reyes sacios que en aquel momento fundaban en Asia Central y la India, un poderoso imperio. Las prédicas cristianas, merced a la diáspora israelita, se extendieron en pocos años por todo el oriente y centro del Mediterráneo. Los cristianos, en efecto, no habían roto con la sinagoga a pesar de las persecuciones de que habían sido objeto en Palestina, y el proselitismo judío apareció al principio confundido con la predicación cristiana.



Final del Evangelio de S. Marcos. Pergamino del siglo V.
Museo del Estado. Berlín.

En Roma, donde se había fundado una comunidad, se perfiló, lo mismo que en Alejandría, un fuerte movimiento antisemita que abarcaba a la vez a judíos y cristianos, igualmente considerados como ateos y enemigos del género humano.

Como secuela de un incendio que devastó a Roma en el año 64, estalló allí bajo el reinado de Nerón la primera gran persecución, en cuya ocasión sucumbieron los dos apóstoles Pedro y Pablo. La misma inquina entre judíos y griegos provocó en el año 66, en Cesarea, un motín que bajo el impulso del bando extremista de los celotas degeneró en un levantamiento general contra los romanos; por toda la Palestina fueron despiadadamente pasados a cuchillo griegos y romanos, iniciándose con ello una nueva guerra de independencia. Los judíos mesopotámicos acudieron en socorro de Jerusalén, pronto cercada por un ejército romano, mientras que en intramuros se trababa horripilante lucha civil entre el pueblo nacionalista y los aristócratas romanófilos. En el año 70, la ciudad fue tomada e incendiada y sus habitantes asesinados, sometidos a trabajos forzados en Egipto o vendidos como esclavos en el imperio. Las colonias hebreas perdieron su situación privilegiada y todos los judíos se vieron asimilados al grado más bajo de los libertos.

La horrenda represión del alzamiento, primer gran ataque del paganismo contra el monoteísmo judeocristiano, marcó el fin de la propaganda hebrea. Las comunidades de la diáspora, después de haber comprado por todas partes a los judíos vendidos como esclavos para devolverles la libertad, se replegaron en sí mismas, conservando devotamente el monoteísmo al que su pueblo lo había sacrificado todo.

Destruida Jerusalén, la diáspora continuó siendo un gran foco del pensamiento judío. Con magnífico denuedo, Flavio Josefo se propuso explicar a los griegos la actitud de su pueblo en su *Historia de la guerra de los judíos*, escrita en griego, y su

salvar a los hombres, había rescatado al género humano de la mancha original provocada por culpa de Adán. La infinitud de la flaqueza humana quedaba proclamada frente a la omnipotencia de Dios.

Hacia el año 70, se escribían en lengua griega los Evangelios de Mateo y de Marcos, y Lucas, médico helenizado de Antioquía, componía el tercer Evangelio y los *Hechos de los apóstoles*, que son su continuación. Y hacia el año 100, se publicaba el Evangelio según San Juan, también en el idioma de los anteriores y tal vez de acuerdo con una versión más antigua.

Los utensilios sagrados del templo de Jerusalén.
Relieve del Arco de Tito, en Roma.

La doctrina de la Trinidad, base del cristianismo, comenzaba a tomar forma al aparecer Jesús en ella como hijo de Dios añadiéndose su divinidad a la de Jehová y a la del divino Espíritu —el «Aliento de Dios» que ya conoce el Antiguo Testamento —, desprendiéndose así la noción de un Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero esta afirmación tan rotunda no iba todavía acompañada de ninguna explicación filosófica. Al paso que la doctrina se perfilaba, las comunidades se iban organizando. En su *Epístola a los corintios*, Pablo comienza a reemplazar los misioneros ambulantes por un personal sedentario, colegiado, y ordena a los cristianos que resuelvan sus litigios entre sí, como lo hacían los judíos de la diáspora, y coloca en cabeza a los ancianos, *episcopoi* o *presbyteroi*, asistidos por diáconos, diaconisas y viudas. Bajo el poder de Domiciano, y a pesar de las persecuciones (93-95), los cristianos poseían ya por encima de las comunidades locales una

—, desprendiéndose así la noción de un Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero esta afirmación tan rotunda no iba todavía acompañada de ninguna explicación filosófica. Al paso que la doctrina se perfilaba, las comunidades se iban organizando. En su *Epístola a los corintios*, Pablo comienza a reemplazar los misioneros ambulantes por un personal sedentario, colegiado, y ordena a los cristianos que resuelvan sus litigios entre sí, como lo hacían los judíos de la diáspora, y coloca en cabeza a los ancianos, *episcopoi* o *presbyteroi*, asistidos por diáconos, diaconisas y viudas. Bajo el poder de Domiciano, y a pesar de las persecuciones (93-95), los cristianos poseían ya por encima de las comunidades locales una organización de conjunto, pues Clemente, en nombre de la de Roma, intervino en un conflicto interno que dividió a la Iglesia de Corinto.

EVOLUCIÓN DEL PAGANISMO

Paralelamente a la expansión del cristianismo, el paganismo va evolucionando y se aproxima cada vez más a aquel. La moral estoica de Epicteto y Marco Aurelio no se distingue de los principios fundamentales de la moral cristiana a no ser porque carece de la humildad que reviste a esta. Las ideas democráticas, derivadas del derecho natural, correspondían a las profesadas por los cristianos sobre la igualdad de todos los hombres.

La conquista de las provincias occidentales por el misticismo divulgó por ellas la idea de la redención de los hombres gracias al Dios salvador.

Todo el mundo creía, en Oriente, en la vida eterna, en el reino de Dios. La noción de una divinidad concebida cual Ser abstracto y todopoderoso, a la vez creador y salvador, formaba la base del culto solar de Sarapis, convertido en culto oficial del imperio. La divinidad, de la que hacían los egipcios un trío formado por el espíritu divino esparcido por el mundo, la conciencia creadora y el salvador, había quedado implantada en todas partes donde penetraban los misterios isíacos. El culto de Isis, «señora del perpetuo socorro» y madre del dios niño Horo u Horus —llamado por los griegos Harpócrates—, vencedor de Seth, espíritu del mal, inflamaba a las masas. Las procesiones de la «navegación de Isis» (5 de marzo) en busca del cadáver de Osiris, de la «invención de la diosa» (en otoño) al encontrar a su esposo muerto y descuartizado por Seth, los autos representando la muerte y resurrección de Osiris, celebrados según la liturgia egipcia, y los *attidea* (días 22-24 de marzo) con que el pueblo romano festejaba gozosamente la resurrección del dios sirio Atis, congregaban multitudes inmensas en una atmósfera de grandes manifestaciones de devoción colectiva.

Todos los cultos se confundían, como lo prueba el que Plutarco escribiera: «No creemos que los dioses sean diferentes en las diversas naciones». Entre los fieles de Sarapis y de Isis surgían polémicas sobre si Horus, hijo de Osiris, era inferior a su progenitor o si había existido, como él, por toda la eternidad.

encomiaba al pacifismo de que el imperio tanta sed tenía, respondía a todas las ansias coetáneas. Así quedaban satisfechas, en él, las aspiraciones del culto solar dedicado a Sarapis, dios creador y redentor; las del mazdeísmo, que agoraba el advenimiento del bien triunfante sobre el mal; y las de los innúmeros ritos misteriosos atentos al más allá. Los ángeles nutrían la fe panteísta que por todas partes escudriñaba la presencia de Dios, y la moral evangélica coronaba las ideas éticas venidas de Egipto y del Irán. El Mesías anunciado por Zoroastro, por las sibilas y por los profetas israelitas era al fin dado a los hombres. Y en medio de la crisis que trastornaba el mundo, el anuncio del reino de los Cielos ofrecía una suprema esperanza. Los esclavos, los humildes, hallaron en la igualdad cristiana su liberación moral y su rehabilitación, y con unas pocas ideas sencillas, humanas y cordiales, desprovistas de simbolismo arcaico, de doctrinas inextricables y oscuros ritos, henchidas todas de amor, el cristianismo aportaba la respuesta a las conciencias transidas por la crisis moral y social, devolviéndoles la esperanza después del siglo de sangre y hierro que la humanidad acababa de atravesar cuando nació Jesús. A esto se unía el hecho de que era la lengua griega el idioma en que se expresaba el cristianismo, y esto le hacía más asequible a todos.

Estatuilla en bronce de Atis.
Louvre. París.

Mas para conquistar al mundo debía imponer su monoteísmo irrevocablemente hostil al panteísmo y negarse en absoluto al culto del soberano. Los primeros césares habían ya dispensado a los judíos de este culto, pero la evolución del poder hacia el absolutismo de derecho divino, bajo los Flavios, hacía irreductible la oposición entre la tesis imperial y la doctrina cristiana. Refractarios los cristianos, aparecían como enemigos del imperio, como rebeldes, y la guerra judía terminada con la toma de Jerusalén incrementó la reacción oficial contra el cristianismo. Así, los edictos imperiales hicieron delito el solo nombre de cristiano.

El advenimiento de los Antoninos, empero, inauguró una política liberal; los edictos contra los cristianos no fueron derogados, sino que únicamente quedó vedada

Mas para conquistar al mundo debía imponer su monoteísmo irrevocablemente hostil al panteísmo y negarse en absoluto al culto del soberano. Los primeros césares habían ya dispensado a los judíos de este culto, pero la evolución del poder hacia el absolutismo de derecho divino, bajo los Flavios, hacía irreductible la oposición entre la tesis imperial y la doctrina cristiana. Refractarios los cristianos, aparecían como enemigos del imperio, como rebeldes, y la guerra judía terminada con la toma de Jerusalén incrementó la reacción oficial contra el cristianismo. Así, los edictos imperiales hicieron delito el solo nombre de cristiano.

El advenimiento de los Antoninos, empero, inauguró una política liberal; los edictos contra los cristianos no fueron derogados, sino que únicamente quedó vedada la profesión de la fe en público.

Sin embargo, los cristianos se defendían y apelaban al emperador para justificarse. En 180, se fundó en Alejandría una escuela cristiana que iba a afirmarse como émula del Museo, y desde entonces la atracción del cristianismo no había de ejercerse solo sobre las masas, sino también sobre los sectores intelectuales, viéndose converger hacia estos los dos movimientos filosóficos más potentes de la época: el estoicismo y el platonismo.

Continuaba el cristianismo, por otro lado, su tarea de organización interna. La *Doctrina de los doce apóstoles*, redactada en griego hacia el año 80, dispuso el culto y reglamentó el bautismo, la eucaristía, el ayuno y las oraciones. Moldeábase la Teología. Justino, natural de Samaria, comienza a especular sobre la Trinidad, y el asirio Taciano, los atenienses Arístides y Atenágoras, Teófilo de Antioquía e Ireneo de Esmirna, que llegaría a ser obispo de Lyon, edifican frente a la filosofía antigua la doctrina cristiana ortodoxa. Se forma esta como reacción contra las herejías que tratan de explicar el dogma por la filosofía. Fue en Egipto, en Asia Menor y en Roma donde aparecieron, al comienzo, las herejías en los medios sincretistas. El gnosticismo quiere encontrar en el Evangelio y el Antiguo Testamento la comprobación de las ideas filosóficas de la época; el pesimismo que se manifiesta en los gnósticos por la dualidad entre el espíritu y la materia, parece inspirado en reminiscencias budistas probablemente oriundas de la India, región con la que Alejandría mantenía entonces constantes relaciones mercantiles. Surgió en Cartago la primera gran voz latina en defensa de la nueva fe, la del númida Tertuliano (150-230) , formado en el estoicismo romanizado, que predicó en forma exaltada una moral inflexible que le condujo a la herejía. Mas no por ello dejó de ejercer en la Iglesia una influencia decisiva.

Estoico con Tertuliano, el cristianismo permanece judío en la literatura apocalíptica provocada por las persecuciones de Domiciano. El *Apocalipsis* de San Juan, pensado en hebreo bajo la inspiración de los profetas Ezequiel y Zacarías, pero escrito en griego, inaugura un género en el que se expresan, a la vez, el terror y la esperanza que suscitan las persecuciones, presagios del fin del mundo en que se realizará el triunfo de Cristo. En contraposición a tales excesos místicos, San.

la espantosa represión del último alzamiento hebreo (132-136), provocado según se cree por la construcción de un templo pagano en Jerusalén por mandato de Adriano. Prohibiose a los judíos, bajo pena de muerte, la residencia en Jerusalén, y el pueblo hebreo, mártir de su monoteísmo puramente espiritual, incomprendido por los místicos a quienes atraía el monoteísmo humanizado de los cristianos, tildado de ateo por los gentiles y de rebelde por los césares, comenzaba su doloroso extrañamiento.

Loculi o nichos excavados en las galerías del cementerio de Priscila, en Roma.

El cristianismo, al contrario, pese a las persecuciones del siglo II caminaba hacia su rápido triunfo. Pero este triunfo, por la diversidad de los espíritus que congregaba, lo dividía muy a pesar suyo en sectas que bajo la influencia de ideas religiosas anteriores se enfrentaban unas con otras, haciendo que naciera una verdadera literatura de combate que fulmina contra las herejías. Mas sobre estas facciones, los *Hechos de los mártires* que las iglesias se comunicaban entre sí ejercían un irresistible atractivo sobre los fieles, a quienes inflamaba el ejemplo. Ciertamente, fueron aquellos escritos uno de los principales factores que permitieron a la Iglesia, durante su período heroico, conservar la unidad.

PERÍODO DE LA ORGANIZACIÓN ECLESIÁSTICA

El advenimiento de los Severos señala una fuerte centralización, tanto en materia religiosa como política. Volviendo a la concepción de la monarquía de origen divino, Septimio Severo apoya la restauración del orden en una mística antiliberal y autoritaria; todo antes que el desorden. La autoridad, en todos los terrenos, ha de ser indiscutida y todas las disidencias aplastadas. Consecuencia lógica de ello fue la reanudación de las persecuciones contra los cristianos. Caracalla, en su Constitución que generaliza el derecho de ciudadanía (212), apunta su voluntad de

fueron aquellos escritos uno de los principales factores que permitieron a la Iglesia, durante su período heroico, conservar la unidad.

PERÍODO DE LA ORGANIZACIÓN ECLESIÁSTICA

El advenimiento de los Severos señala una fuerte centralización, tanto en materia religiosa como política. Volviendo a la concepción de la monarquía de origen divino, Septimio Severo apoya la restauración del orden en una mística antiliberal y autoritaria; todo antes que el desorden. La autoridad, en todos los terrenos, ha de ser indiscutida y todas las disidencias aplastadas. Consecuencia lógica de ello fue la reanudación de las persecuciones contra los cristianos. Caracalla, en su Constitución que generaliza el derecho de ciudadanía (212), apunta su voluntad de ver a todos los hombres comulgar en una misma religión: la del gran dios Sarapis, en que se sincretizan Zeus, Júpiter, Apolo, Amón, Osiris, Baal y Mitra. Al monoteísmo cristiano se opone un paganismo en marcha hacia el panteísmo monoteísta.

La influencia oriental que penetra en Roma con las princesas sirias y el prefecto del pretorio Papiniano atenuó los rigores de las persecuciones, que llegaron a cesar completamente con la ascensión al trono del sacerdote solar sirio Heliogábalo. El panteísmo solar, imbuido de ideas morales enderezadas hacia la vida del más allá, no se oponía a ninguna mística. El cristianismo, como todas las religiones redentoristas, fue, pues, no solamente tolerado, sino liberalmente acogido por los emperadores sirios. Severo Alejandro reunió en la capilla imperial las imágenes de los grandes sabios entre los cuales figuraban Orfeo, Abraham, Apolonio de Tiana y Jesús.

Relieve en el que se representa la procesión de Isis.
Vaticano. Roma.

La libertad de que gozaron los cristianos desde fines del reinado de Caracalla (207) hasta la entronización de Decio (249), les permitió adquirir una sólida

sobre la población, de la cual era cada vez más una fiel emanación.

La democracia que iba desapareciendo en el plano político reconstituíase, en efecto, en el seno de la Iglesia. En las ciudades, el emperador suprime la elección de magistrados por los comicios, pero el obispo es elegido por los feligreses; los decuriones pierden el derecho a juzgar a sus conciudadanos, pero el obispo, auxiliado por notables, ejerce la justicia para los cristianos que legalmente lo eligen como árbitro; las asambleas provinciales al par religiosas y civiles, a las que las ciudades, hasta el gobierno de Diocleciano, habían venido enviando diputados para exponer sus aspiraciones al emperador, no son ya sino juntas de empleados, pero los obispos que aparecen en todas las urbes como elegidos por el pueblo se agrupan en sínodos cuya importancia en la vida del imperio va a ser predominante.

Descartado de la vida pública, el pueblo acaba por desinteresarse del Estado, que ya solo se le presenta bajo el aspecto de fisco despiadado y opresor, y se vuelve hacia la Iglesia. La elección del obispo se convierte, en las ciudades, en foco de la vida municipal, al punto de dar lugar muchas veces a verdaderos motines. En Roma, la comunidad cristiana lleva una vida tan ardiente que se fracciona en bandos con tendencias doctrinales diversas. Contra el obispo Calixto (217-222), los disidentes, tras violentas turbulencias, eligen como antiobispo a Hipólito, un teólogo que había traído a la capital imperial la enseñanza de los catequistas alejandrinos. Modelándose según el imperio liberal, la Iglesia adopta una armazón que la convierte en potencia temporal considerable.

Y mientras el Estado aplasta al individuo bajo teorías estatistas, la Iglesia, edificada por entero sobre la conciencia individual, se erige en adalid de la personalidad humana, del individualismo.

Al mismo tiempo que se transforma en un poder surgido del mismo pueblo, va elaborando su doctrina y se afirma como gran potencia intelectual que absorbe y renueva el pensamiento de la Antigüedad. El acercamiento ya esbozado en el lado hebreo por Pilón, y en el lado cristiano por Clemente, se hace mucho más neto entre los doctores de la centuria tercera. En Alejandría, se descubre un estrecho paralelismo entre las doctrinas gentiles y las cristianas. Orígenes, nacido de padres cristianos (185), discípulo y sucesor de Clemente, en cabeza de la escuela, da a su enseñanza un carácter enciclopédico que combina la doctrina cristiana con las filosofías helenísticas. Con él, la exégesis cobra tono científico y filológico, comenta los textos bíblicos dándoles, según tradición de la teología egipcia, un sentido a la vez material y alegórico, y para demostrar las verdades cristianas, recurre tanto a la razón como a la fe. Entrado por tal camino había de terminar por ser condenado como heresiarca (231), pero su influjo continúa en Alejandría con el obispo Dionisio el Grande, extendiéndose en Oriente con las lecciones que iba a dar en las ciudades de Cesarea y Tiro. Pero el método simbólico de Orígenes se vería desbaratado en Antioquía, donde se formó una escuela de exégesis literal que tampoco podría evitar su caída en la herejía.

(185), discípulo y sucesor de Clemente, en cabeza de la escuela, da a su enseñanza un carácter enciclopédico que combina la doctrina cristiana con las filosofías helenísticas. Con él, la exégesis cobra tono científico y filológico, comenta los textos bíblicos dándoles, según tradición de la teología egipcia, un sentido a la vez material y alegórico, y para demostrar las verdades cristianas, recurre tanto a la razón como a la fe. Entrado por tal camino había de terminar por ser condenado como heresiarca (231), pero su influjo continúa en Alejandría con el obispo Dionisio el Grande, extendiéndose en Oriente con las lecciones que iba a dar en las ciudades de Cesarea y Tiro. Pero el método simbólico de Orígenes se vería desbaratado en Antioquía, donde se formó una escuela de exégesis literal que tampoco podría evitar su caída en la herejía.

La diosa Cibeles en el carro de los leones.
Museo Metropolitano. Nueva York.

Ciertas proposiciones de Pablo de Samosata, obispo de aquella ciudad, habían de preparar el camino a la herejía de Arrio de Alejandría, la herejía trinitaria por excelencia. La creencia cristiana en el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo encontró, en los siglos II y III, con Teófilo de Antioquía, Orígenes y Tertuliano, su explicación teológica: Dios es uno porque la naturaleza divina es una. Dios Padre, pensándose a sí mismo, se define en Dios Hijo, es decir, que el Hijo es la conciencia, el *logos*, del Padre; y el Espíritu Santo, que procede del Padre, es «espíritu vivificador que habló a través de los profetas»[2].

circunstancia histórica que tendría las más grandes repercusiones en el curso de las invasiones bárbaras.

EL NEOPLATONISMO. PLOTINO

Frente a la gran conmoción espiritualista que se manifestaba en la Iglesia, el paganismo parecía incapaz de producir otra cosa que cuentos de amor —entre los cuales tan gran boga tuvo *Dafnis y Cloe*— u obras de erudición histórica como las de Dion Casio, Herodiano o Diógenes Laercio, el biógrafo de los antiguos filósofos.

Estaba reservado a un egipcio de Licópolis el dar al pensamiento pagano agonizante, una fuerza nueva, sacada de la herencia mística egipcia. Estudiante en Alejandría, Plotino (204-270) había sido alumno del platónico Sakas y del cristiano Orígenes. Su obra, cuyo nombre *Eneadas* está tomado de la antigua teología heliopolitana, es inmensa. Plotino estudia el mundo, la moral, el alma, la razón y la naturaleza del ser, y desprendido de las cosas terrenales, solo ve la realidad en la vida espiritual. Quiere, como Platón, liberar el alma del cuerpo; como la teología egipcia, trata de elevarse a Dios para vivir en él, y a fin de conseguirlo se abisma en el exclusivo amor de Dios y pide al éxtasis la revelación de la verdad. Al contacto del misticismo egipcio, el platonismo, con Plotino y aún más con su discípulo Porfirio, se transforma en religión.

El cristianismo tiene su libro santo: la Biblia. Porfirio halla la base de la revelación neoplatónica en los antiguos oráculos. Su hondo sentimiento religioso, su excelsa espiritualidad, su ética de caridad y renunciamiento, hacen de este renovador del paganismo un cristiano que se esfuerza en no serlo. El mundo antiguo, desde entonces, se ve impelido por una misma corriente mística. Cristianismo y paganismo no eran ya más que la expresión de un mismo ideal moral, y el advenimiento de la religión universal, ansiada por los emperadores, estaba cercano. Mas fue menester la terrible crisis del siglo III para hacer del cristianismo triunfante, grávido de todos los pensamientos religiosos y de todas las concepciones morales de la Antigüedad, la religión única del imperio.

2. Constantino y el triunfo de la Iglesia

LA MONARQUÍA HEREDITARIA

En el curso de la contienda que padeció el imperio tras la abdicación de Diocleciano, Constantino, apoyándose en la antipatía que por doquier suscitaban las persecuciones religiosas y percatándose del dinamismo que encerraba la religión nueva, volvió los ojos al cristianismo y en una ordenanza promulgada en Milán (313), proclamó la libertad del culto cristiano, al mismo tiempo que se erigía en protector de la Iglesia, presidía los concilios e intervenía para apaciguar los conflictos entre cristianos. Y al triunfar Constantino, en 324, prosiguió la política de Diocleciano y el cristianismo triunfó con él. Sin embargo, la sucesión de los más dignos la sustituyó por la monarquía hereditaria, que debía afirmarse con el advenimiento de sus hijos Constancio y Constante como emperadores de Oriente y Occidente.

Bajo el reinado de Constantino, el cristianismo se convirtió en el culto del emperador, aunque el paganismo no quedó proscrito. Al contrario, la paridad fue rigurosamente mantenida entre los cultos cristiano y pagano, y el emperador, amparo de la Iglesia, continuó ostentando el título de pontífice máximo y afianzándose como jefe del clero pagano, funciones que no abandonaría hasta fines del siglo IV, cuando en 380 el cristianismo fue elevado a religión oficial del imperio.

EL CRISTIANISMO, RELIGIÓN DEL ESTADO

La adopción del cristianismo no provocó ruptura alguna en la concepción del poder, ya que si bien el emperador dejó de ser considerado como dios, su autoridad continuó siendo calificada de divina, y no implantó ninguna modificación en la liturgia de la adoración en honor suyo. La noción del poder de origen divino penetró en el cristianismo y el imperio habría de añadirla a la doctrina cristiana, que hasta entonces se venía desenvolviendo al margen de la autoridad temporal. El hecho de haber sido adoptada por el imperio como religión oficial en el momento en que triunfaba la concepción monárquica del rey-dios, fue origen del derecho público cristiano, directamente tomado por consiguiente de la teoría del poder en otro tiempo establecida por la teología egipcia. De ello debía resultar, para el cristianismo, una fuerza nueva. Surgido del pueblo, habíase constituido fuera del poder secular e incluso en contra de él. Trasformado en religión oficial, había de aparecer como base y sanción de la potestad monárquica.

El paganismo, fraccionado en cultos y misterios independientes, no constituía una fuerza única, organizada. El cristianismo, contrariamente, era por definición una sola y única Iglesia. Su unidad debía facilitarle el acceso a los organismos del Estado. Como antiguamente en Egipto, en lo futuro habría en el imperio, junto a la administración civil, otra religiosa. Pero —y ello era una innovación considerable— la autoridad religiosa se mantendría enteramente distinta de la autoridad civil. El único lazo común entre ambas fue el emperador.

La Iglesia se convirtió, pues, en una administración estatal que penetró dentro de los cuadros del imperio, que acababan de ser organizados por Diocleciano.

En cada urbe tenía su sede un obispo; en cada provincia, un metropolitano. Pero mientras los gobernadores de provincias eran funcionarios nombrados por el emperador, los obispos y metropolitanos conservaban el carácter de prelados elegidos por los fieles que les había dado la formación espontánea de la Iglesia. A los gobernadores impuestos correspondían pastores elegidos por el pueblo, y antes que ciudadanos, los cristianos serían en lo sucesivo fieles de la Iglesia, la cual de este modo asumía el predominio sobre todos los poderes civiles.

El imperio adoptó como institución normal los sínodos provinciales de los obispos, precisamente en el momento en que las antiguas asambleas provinciales perdían todo contacto con la población. Los obispos transformábanse así en verdaderos representantes de las ciudades. Para mantener a la Iglesia bien sometida bajo su mano, el emperador instituyó, por encima de los sínodos provinciales, concilios ecuménicos que en un principio reunieron bajo su presidencia a todos los obispos del imperio. Aparecía un poder nuevo cuyos miembros, poseedores de un prestigio sagrado, no eran nombrados por el emperador, sino por la población entera, por la comunidad de fieles, sin distinción de censos ni de clases. Instrumentos del absolutismo[3], los concilios ecuménicos trasladaban al imperio el principio del poder representativo sobre el cual se había formado la Iglesia en las ciudades. Su nombre

mismo, *Ecclesia*, que designaba en Atenas la asamblea de ciudadanos, era una afirmación de su identidad con la asamblea de los fieles. Al introducir la Iglesia en el Estado en el preciso momento en que este adoptaba forma de monarquía estatista y totalitaria, el emperador mismo erigía frente al poder imperial un nuevo poder independiente de él, surgido del pueblo, al que iba a pedir la legitimidad que las instituciones romanas no habían logrado darle.

En efecto, por la unidad —teórica al menos— de su doctrina, así como por su monoteísmo, solo la Iglesia podía aparecer como legítimo fundamento de una monarquía hereditaria que, afirmando haber recibido de Dios su poder, justificaba su absolutismo en virtud de una mística universalmente acatada.

Pero el absolutismo, al apoyarse en la Iglesia, se daba a sí mismo una sanción. Vano era que el emperador se erigiese en dueño y señor de la Iglesia; esta debía imponérsele, pues si ella podía subsistir sin el imperio, el imperio, en adelante, no podría ser concebido fuera de la Iglesia.

A poco de ser erigida en servicio del Estado, la Iglesia se afianza como poder autónomo. El concilio ecuménico de Nicea, celebrado en 325 bajo la presidencia de Constantino, se atribuyó oficialmente la jurisdicción suprema en materia doctrinal, condenó la herejía de Arrio y se organizó un verdadero poder ejecutivo propio, confiriendo la primacía a los obispos de Roma, Alejandría y Antioquía, las vetustas y prestigiosas capitales de los imperios romano, egipcio y seléucida. En el año 381, el concilio de Constantinopla, al dar preeminencia al obispo de esta ciudad sobre los de Alejandría y Antioquía, reconoció la preponderancia del papa de Roma, con lo que la Iglesia adquiría así, dentro de los mismos cuadros del imperio absoluto, una constitución monárquica autónoma[4].

LA IGLESIA ELABORA UN NUEVO DERECHO PÚBLICO

María con el Niño Jesús. Pintura mural del siglo III hallada en la catacumba de Priscilla.

Constantino el Grande.

Es curioso observar, en efecto, que la Iglesia realizó perfectamente la organización potestativa preconizada, desde Séneca, por los estoicos. Democrática en

cuanto a la provisión del clero y especialmente de los obispos, aristocrática en la forma que asumía al conferirles el derecho de legislar y administrar, y monárquica en virtud de la jerarquía que atribuía preeminencia al obispo de Roma, esquivaba por otra parte, gracias al celibato de los obispos, la norma de la herencia. Realizaba en verdad una aristocracia que no había de transformarse en oligarquía, ya que surgida del pueblo se renovaría constantemente, siendo una monarquía que al eludir la necesidad dinástica evitaría el absolutismo autocrático. No cabe duda que los magnates de la Iglesia, aunque designados por el pueblo, ejercían el poder no en nombre de la masa que los elegía, sino del mismo Dios, y su poder estaba, al mismo tiempo, revestido de la majestad que le confería su caracter sagrado y sometido a la más alta de las responsabilidades: a la responsabilidad asumida ante Dios. Las reglas del poder confundíanse, para ellos, con las de la moral privada. Un nuevo elemento penetraba de este modo en el derecho público.

La Iglesia, en su estructura temporal, aparecía así como la gran unificadora en un conjunto perfectamente coherente del principio electivo y representativo, tal como lo habían concebido las ciudades griegas; del gobierno por la aristocracia moral que habían propuesto los pitagóricos; de la monarquía del más digno, propugnada por los estoicos, y del poder de derecho divino, que durante más de tres centurias había dado a los faraones de Egipto una indiscutible legitimidad.

Constantino con el lábaro.
Gabinete de Numismática. Berlín.

Lo mismo que la moral cristiana corona el pensamiento grecoriental, el derecho público sobre el cual se edifica la Iglesia, y de donde en el transcurso de los siglos debían salir todos los principios gubernamentales que informarán a los pueblos europeos, se revela como un sincretismo de todas las ideas sobre el poder elaboradas por el mundo antiguo.

LOS COMIENZOS DEL DERECHO CANÓNICO

El abandono de Roma por los emperadores de Occidente, quienes a menudo debían residir en Milán y, en el siglo V, en Rávena, entregó a los papas la capital del imperio y con ella todo el prestigio que continuaba adscrito a su nombre.

Una nueva capitalidad apareció así en el imperio: la de la Iglesia, Roma, sede del primer obispo de la Cristiandad. Investida de poderes que desbordaban las lindes del patrimonio estrictamente religioso, la Iglesia fue creando instituciones que la desligaban cada vez más de la autoridad del emperador. Y había de crearlas dentro el marco del imperio y utilizando los recursos que este ponía a su alcance, mas sin dejarse absorber por él.

Asimilando las funciones de obispo a las de gobernadores civiles, Constantino les reconoció el derecho de jurisdicción disciplinaria sobre los clérigos, y aceptando por otro lado la costumbre que se había implantado en las comunidades cristianas,

otorgoles una jurisdicción arbitral sobre los fieles. Dotado así de poderes jurisdiccionales, el clero pronto se transformó en una clase privilegiada.

Y al atribuir a los obispos los bienes confiscados a los templos paganos, el emperador iba a convertir a la Iglesia en la mayor potencia económica de la época.

Para poseer todos los atributos de gobierno autónomo no le faltaba más que lograr un poder legislativo independiente, y esto lo obtuvo en el siglo IV.

Desde 314, el concilio de Ancira había afirmado el poder que poseía la Iglesia de legislar para sí misma —como lo venía haciendo antes de esa época— fijando los efectos de la más grave de las sanciones religiosas: la excomunión. En 320, el concilio de Neocesarea reglamentaba las condiciones de ingreso en el diaconado, y en 341, el de Antioquía establecía el estatuto jurídico del episcopado y de los bienes de la Iglesia. Todas estas normas, admitidas por el emperador, habían de formar parte del derecho público imperial, y el clero, desde entonces, formó dentro de la sociedad una clase enteramente aparte, no solo por razón de su exclusiva consagración al culto, sino también por vivir a la sombra de un derecho privativo.

La Iglesia rompía, pues, la unidad jurídica del imperio. Entre las solidaridades nuevas que allí hemos visto constituirse, iba a llegar a ser hasta tal punto la más importante que rápidamente se impondría a todas las demás.

LOS SUCESORES DE CONSTANTINO Y LA REACCIÓN PAGANA DE JULIANO

La instauración de la monarquía no fue aceptada sin oposición, ya que lo tradicional no estaba suficientemente arraigado para impedir, al morir Constantino (337), que se entablase una pugna dinástica entre sus hijos y los demás miembros de la familia. Después de una matanza de casi todos estos últimos, se llegó a un acuerdo para el reparto del imperio entre Constante, que recibió el Occidente, y Constancio, a quien se atribuyó el Oriente.

La instauración del cristianismo como culto del Estado había de provocar también grandes perturbaciones y trasladar al plano político las querellas doctrinales que ya dividían apasionadamente a los fieles.

La herejía arriana, condenada en 325, renacía amenazando con romper la unidad cristiana. Bajo la influencia del racionalismo y del politeísmo de las arcaicas filosofías griegas, el arrianismo había encontrado un vasto auditorio en Oriente[5]. El mismo emperador Constancio se había pronunciado a su favor, mientras que Constante, con toda la Iglesia occidental, sostenía la tesis ortodoxa.

Entre los dos hermanos estuvo a punto de estallar una guerra religiosa que pudieron evitar uniendo a los cristianos en un odio común. En 346, la persecución organizada ahora contra los paganos cambió de campo. Una vez triunfante, la Iglesia, si bien luchó denodadamente contra los gentiles para arrancarles sus creencias, su culto no fue proscrito hasta el año 392, y la pena de muerte por el hecho de ser pagano no se implantó hasta los tiempos de Justiniano, en el año 529. La Iglesia,

unida al poder temporal, convertida a un mismo tiempo en potencia espiritual, política y económica, se vio sumergida en un torbellino de pasiones de toda clase, y el estado de inquietud y malestar siguió con toda su violencia. Los privilegios y riquezas que se hacia otorgar la entregaban a las pasiones humanas, e insensiblemente iba sumiéndose en la vieja tradición rebosante de sangre y lágrimas y se veía arrojada al torbellino de la política.

Basílica de Constantino, en el Foro de Roma.

La muerte de Constante volvió a prender la guerra civil. Constancio, no obstante, logró extender su autoridad por Occidente restableciendo así momentáneamente la unidad del imperio (353), y a fin de evitar el retorno de las guerras de sucesión adoptó, como antaño César, un heredero al trono en la persona de Juliano, primo suyo (355).

Juliano era un místico, y fascinado por la devoción pretendió en un principio ingresar en las órdenes religiosas. Pero las persecuciones desencadenadas contra paganos y heréticos y la intransigencia desplegada por la Iglesia le apartaron del cristianismo y se dio a la filosofía, haciéndose fervoroso neoplatónico en el seno de la disciplina de Plotino y Porfirio, cuya doctrina, bajo la influencia de Jamblico, adquiría cada vez más enjundia de misticismo religioso.

Después de la guerras victoriosas de la Galia, donde rechazó nuevas y destructoras invasiones de francos y alamanes, se quitó la careta, y haciéndose proclamar emperador por sus soldados (360) se erigió en restaurador del paganismo y de la tolerancia.

El cristianismo, abandonado como culto oficial, fue reemplazado por el rito solar y proclamose la libertad religiosa, recomendando a los obispos no persiguieran a los herejes, pues eran los cristianos los que ahora se perseguían mutuamente.

La oposición que forzosamente había de suscitar no tardó en empujar a Juliano a adoptar medidas contra los cristianos, los cuales quedaron expulsados de la enseñanza y de los cargos públicos. Pero aún luchando con la Iglesia, Juliano

experimentaba fuertemente su influjo. Esforzose por organizar un clero pagano ajustado al modelo de la clerecía cristiana, estableció un presupuesto del culto y fundó instituciones caritativas imitándolas de las comunidades cristianas. El paganismo no lograba reaccionar contra el cristianismo sino adaptándose a sus mismos métodos.

Juliano, que se había alzado contra la Iglesia porque quería verla exclusivamente dedicada a la moral de la caridad y el amor, se manifestó también contra el estatismo opresor. Tolerante en materia religiosa, procuró retornar al liberalismo político reaccionando contra la política autoritaria. Rebajó los impuestos, reintegró a los municipios los bienes que les habían quitado los precedentes emperadores y suavizó las obligaciones fiscales de los decuriones.

Pero sucumbió prematuramente en combate con los persas. Su muerte, en 363, puso fin a sus sueños de mística idealista y con él quedó extinguida, a la par, la dinastía constantiniana y la última llamarada del paganismo, que moría con belleza.

3. El imperio totalitario

LA DINASTÍA VALENTINIANA

La muerte de Juliano, último representante de la dinastía constantiniana, dejó al imperio sin herederos, por lo que el Ejército, sin que nadie le disputara el derecho —¿no representaba al pueblo según una ficción jurídica?—, fue quien elevó al trono al general panonio Valentiniano (364-375), que inauguraba una nueva dinastía (363-392).

Retornando a la división del poder imperial, Valentiniano conservó para sí el Occidente y entregó el Oriente a su hermano Valente (364-378). En Occidente tuvo como sucesores a sus dos hijos, Graciano (375-383) y Valentiniano II (383-392), sucesivamente. Y como Valente careciese de herederos, Graciano designó para reinar en Oriente al español Teodosio I (379-392). Muerto Valentiniano II también sin descendencia, reinaron los hijos de Teodosio: Arcadio, en Occidente, y Honorio, en Oriente. Con el reinado de estos, el principio de la monarquía hereditaria quedaba definitivamente implantado.

El Arco de Constantino, en Roma.

Mausoleo de las hijas de Constantino en la iglesia de Santa Constancia, en la Vía Nomentana, de Roma.

EL EJÉRCITO SE DESNACIONALIZA

Pero aunque esté garantizado un orden dinástico estable, el imperio se halla en peligro debido a los ataques de los bárbaros, que no cesan de hacer incursiones cruzando el Rin y el Danubio, sin que los escasos y deficientes ejércitos romanos puedan contenerlos.

Después de la grave crisis del siglo III, el ejército había sido reorganizado por Diocleciano. Pero la disminución de la natalidad, las terribles epidemias y medio siglo de guerras civiles, habían mermado considerablemente la población[6]. Unido ello a la psicosis de paz, el voluntariado se extinguió, siendo necesario decidirse a incorporar a los bárbaros e introducir, como medio normal de reclutamiento, la obligación de que los grandes propietarios levantasen tropas entre sus terrazgueros. Con este nuevo sistema, el ejército llegó rápidamente a estar compuesto por la hez social, ya que los propietarios enviaban a él los peores elementos. A pesar d sus privilegios, el oficio de las armas vino a ser infamante. Después de la crisis del siglo III, el imperio, para organizar su defensa, decidió establecer sus fronteras en el Rin y el Danubio, abandonando el antiguo *limes* que cubría con un amplio baluarte las grandes vías económicas y militares constituidas por los dos ríos.

Pero ni aun con este acortamiento del frente pudo el imperio resistir, y ello no precisamente porque la presión exterior aumentara, sino porque la fuerza de

resistencia interior no cesaba de menguar. Las guerras civiles que se produjeron al abdicar Diocleciano y después de la muerte de Constantino permitieron a francos y alamanes atravesar nuevamente el Rin, y a las huestes godas pasar el Danubio. Juliano restableció la situación en la Galia y, tras él, Valentiniano y Valente hicieron también verdaderos esfuerzos militares para salvar al imperio.

Sarcófago, en pórfido, de Constancia, hija de Constantino, que se hallaba en la iglesia de Santa Constancia.
Museo Vaticano.

Pero el ejército resultaba insuficiente, y en 376 el imperio sufrió de nuevo las consecuencias de uno de aquellos grandes movimientos de pueblos procedentes de los confines asiáticos. Los hunos, reanudando su marcha hacia el Oeste, cruzaron el Volga y arrollaron a los ostrogodos y después a los visigodos, que desde hacía un siglo se hallaban instalados en las riberas septentrionales del mar Negro. Valente, falto de tropas, no pudo defender el Danubio y permitió a los visigodos que franquearan el río, concediéndoles tierras en el norte de los Balcanes. Pero los godos, atraídos por las ricas provincias marítimas, se dirigieron hacia el Sur. No eran muy numerosos, apenas cien mil, pero el ejército romano, desorganizado y formado por una infantería mal preparada y carente de un cerebro que le infundiese movilidad, no pudo cortarles el paso. Y así invadieron la Tracia, vencieron en Andrinópolis a las tropas mandadas por el emperador Valente, que quedó sobre el campo de batalla, y llegaron hasta las murallas de Constantinopla (378).

Teodosio autorizó a los visigodos para que se instalaran en los Balcanes, utilizándolos como mercenarios en lugar de combatirlos, y todos ellos pasaron a formar parte del ejército romano bajo el mando de sus jefes respectivos con la categoría de «aliados» o «federados». Falto de un ejército nacional suficiente, el imperio se barbarizaba.

El alistamiento individual de los bárbaros en el Ejército constituía ya de por sí un peligro, pero su agrupación en unidades especiales al amparo de sus leyes nacionales dio lugar a que reapareciera el sistema de la personalidad del derecho, completamente abolido desde la Constitución de Caracalla (212). Los matrimonios de bárbaros con mujeres romanas iban asimilándoles, es cierto, bastante rápidamente; pero Valente prohibió los casamientos mixtos (370) y desde entonces los bárbaros formaron islotes inasimilables, situación muy peligrosa puesto que era a ellos a quienes estaba confiada la defensa del imperio. Tras la incorporación de los visigodos como federados, la situación se hizo más grave todavía. Los bárbaros ya no solo formaban islotes jurídicos, sino verdaderos pueblos que conservaban su nacionalidad y sus propios jefes unidos además únicamente al imperio por los pactos concertados por sus reyes. Y aquellos pueblos eran ejércitos romanos.

Las tropas romanas de soldados labradores se hallaban acantonadas en campamentos fortificados escalonados a lo largo de la frontera, que el imperio renunciaba a defender por un sistema de frente continuo. La teoría de la defensa elástica en profundidad requería la instalación de tropas en provincias, a veces bastante alejadas de la frontera, y esta misión de fuerzas móviles fue confiada a los bárbaros federados. Y el Estado, para garantizar su sostenimiento, obligó a los grandes propietarios a que les entregaran una tercera parte de sus fincas, lo que permitió a los bárbaros que no solo fueran invadiendo pacíficamente de este modo las provincias europeas donde estaban acantonadas las unidades de francos, alamanes, alanos y godos, sino que si infiltraran incluso en los grados más elevados del Ejército. Los soldados, después de la reforma democrática llevada a cabo por los Severos, podían alcanzar los mandos superiores, que pronto fueron ocupados por bárbaros, muchas veces apenas romanizados.

El Ejército se fue así desnacionalizando y perdiendo su cohesión; no había de tardar en convertirse en factor aún más peligroso para el imperio que los propios bárbaros del exterior, contra quienes era su misión custodiarlos.

EL ESTATISMO BUROCRÁTICO

Para reconstituir el poder después de las grandes crisis del siglo III, Diocleciano lo había organizado con arreglo a una fórmula estatista, aunque descentralizadora. El funcionarismo, rigurosamente jerarquizado, fue concebido como gran instrumento del absolutismo.

La influencia de la Iglesia, así como la de los grandes terratenientes sobre el pueblo, debían determinar a Valentiniano I a reforzar todavía más el estatuto rigurosamente jerárquico de las funciones civiles y militares. Anquilosada en reglamentos inmutables, la máquina administrativa se enseñorea del país y lo llega a dominar de manera absoluta.

La consecuencia de este sistema —que recuerda los períodos estatistas de Egipto — fue doble: por una parte, los servicios perdieron todo contacto con la población, que solo era considerada como materia fiscal y administrativa; y por otra, el

emperador, incapaz de manifestar su autoridad por conducto que no fuera el de los servicios burocráticos, quedó integrado en la administración como una pieza más de la máquina creada para su servicio. Cual cinco siglos antes en el Egipto estatista de los Ptolomeos, la burocracia mató la iniciativa, y la jerarquía, demasiado rígida, suprimió las responsabilidades individuales impidiendo la eficaz acción del emperador y sus ministros e incluso la de los prefectos del pretorio. La administración se convirtió en un cuerpo sin alma, en una máquina pesada y ruinosa que funcionaba incluso en el vacío y organizada exclusivamente para garantizar el estricto cumplimiento de los reglamentos, aunque estos resultaran arcaicos y aun contrarios a la finalidad para que habían sido dictados.

Estatua del emperador Juliano.

El funcionarismo, complicado por innumerables órganos de transmisión y comprobación sin rendimiento directo, creció desmesuradamente, y los emolumentos de los funcionarios eran una carga cada vez más onerosa para el Tesoro. Toda la administración acabó por hallarse dominada únicamente por la preocupación fiscal, y aquel organismo rígido formado por los funcionarios se fue transformando, poco a poco, en una verdadera casta social.

La teoría absolutista había ya supeditado a la autoridad del Estado todas las funciones; incluso las económicas. Esta evolución, que se esboza a partir de la dinastía de los Severos, se precipita de una manera brusca después de la gran crisis del siglo III.

A partir de Aureliano, los emperadores introducen un régimen de economía dirigida que se traduce, en el plano social, en un corporativismo intransigente y una organización económica establecida según los principios del funcionarismo. Cada individuo considerado como funcionario obtiene en la sociedad un puesto definitivo, y la herencia de funciones se impone a fin de conservar los cuadros tan laboriosamente creados.

El derecho a heredar los cargos conduce a que los funcionarios se provean cada vez más en una misma clase, transformándose de este modo, fatalmente, en una oligarquía hereditaria rigurosa.

Cierto es que numerosos curiales, artesanos y campesinos libres lograron introducirse todavía en los cuadros subalternos de la administración, abandonando así, gracias a una prescripción más o menos larga, su grupo hereditario; pero una vez convertidos en funcionarios, estos recién llegados dejaron los cargos y se situaron en

el orden senatorial, que era ya asequible a todos los empleados del Estado. Esta elevada dignidad, que se extiende en lo sucesivo a millares de familias, no les da derecho, desde luego, a tomar parte en las sesiones del senado, pero por muy humilde que sea su origen, sus descendientes tendrán abierto de par en par el acceso a las carreras administrativas, lo que les permitirá lleguen a ocupar los más altos cargos, transformándose de este modo los funcionarios en una clase distinta que aleja, en su provecho, a los representantes de las familias más ilustres y ricas de las primeras funciones del Estado. En Oriente, son abogados de renombre o funcionarios eminentes los que empuñan las riendas del poder.

En cambio, en Occidente, donde la propiedad territorial predominaba, el sistema del funcionarismo chocó con el poder de la aristocracia de nacimiento, que conservó el privilegio de ocupar los cargos más elevados. Pero, democrática en Oriente, aristocrática en Occidente, la administración superior se transformó en una oligarquía dominante, y en el ámbito del imperio los funcionarios de todas las categorías formaron una clase privilegiada.

La transformación de los funcionarios en oligarquía, viciaba el principio mismo sobre el cual descansaba el gobierno imperial.

El mecanismo administrativo había sido montado para asegurar el absolutismo imperial y para suprimir, frente al suyo, todo poder que pudiera hacerle competencia. Ahora bien, en Occidente, unas treinta familias de grandes terratenientes acapararon los altos cargos. Y en todo el imperio, las funciones subalternas, sin llegar a ser por derecho hereditarias, pasaron a las familias de funcionarios. El principio del ascenso por antigüedad subsistía, así como la obligación de proveer los empleos superiores entre los alumnos de las escuelas de derecho, pero los miembros del orden senatorial eran admitidos con preferencia a todos los demás ciudadanos. En muchos servicios, las funciones acabaron por adquirir marcado carácter patrimonial que permitía a los titulares transmitirlas a sus parientes e incluso venderlas.

Convertidos en oligarquía, los funcionarios transformaron la jurisdicción contenciosa creada para asegurar el respeto a los derechos del emperador y dé los administrados, en una justicia de clase, y esta, establecida sobre el principio del enjuiciamiento de los subalternos por sus jefes jerárquicos, acabó por sustraerlos total y efectivamente a la autoridad imperial. En lo sucesivo, los funcionarios constituyeron una especie de nobleza conocida por los diversos títulos y apelativos honoríficos a que su categoría les daba derecho. Los prefectos del pretorio ostentaban el título de «eminencia»; los ministros y generales del Ejército eran «ilustres» y «poderosos»; venían después los «magníficos» —*spectabiles*— vicarios, profesores de universidad y generales secundarios; por último, los gobernadores, altos funcionarios, y los retirados después de cuarenta años de servicios eran «clarísimos». Y lo mismo que los funcionarios del Estado formaban en lo sucesivo el orden senatorial, los magistrados municipales —decuriones— y los presidentes de

corporaciones, constituyeron la categoría de los caballeros, que antes correspondía a la burguesía rica y desahogada.

Fortificaciones en la frontera del Danubio.

La sociedad entera fue objeto de una reorganización según el principio estatista, o sea que el individuo figuraba en ella solo en función del puesto que ocupaba en el mecanismo administrativo.

Creada bajo la influencia del principio igualitario y democrático, la administración daba nacimiento a una aristocracia nueva que, después del reinado de Teodosio I, había de paralizar y dominar el poder del emperador.

A partir de Diocleciano, el personal de la administración civil superior se provee únicamente de los cuadros por ella creados.

El Ejército, por el contrario, va siendo sometido cada vez más a la autoridad de los bárbaros, que podían alcanzar hasta el grado de general. Teodosio nombró jefe de todas las fuerzas militares romanas y personaje principal del imperio al vándalo Estilicón, comandante del ejército de África y al moro Gidón.

El funcionario superior representaba, en los siglos IV y V, la sociedad elegante y culta del imperio, y una imagen de lo que esta era nos la dan los informes y la correspondencia de Simaco, prefecto de Roma el año 384. Era Simaco un hombre de mundo, amable y refinado, orador culto, pero incapaz de comprender el alcance de los acontecimientos trágicos que se preparaban. Mimado por la fortuna y los honores, como todos los seres de su clase no se da cuenta de que el imperio se halla amenazado por todos lados, tanto del exterior como del interior, y que era necesario un esfuerzo enorme para hacer frente a la guerra contra los bárbaros. No percibe las inmensas transformaciones de su tiempo; solo piensa en conservar lo que posee. Por otra parte, su espíritu de conservación no es un simple interés egoísta, sino la expresión de un ideal ya caduco. Simaco, volviendo la mirada al pasado, sigue siendo pagano como muchos hombres de su clase. Y como el emperador Graciano suprimió, en el año 382, los subsidios concedidos hasta entonces por el Estado al culto pagano, esos hombres se hacen cargo de los gastos, siendo sacerdotes de Mitra o de Isis, como lo eran antes las personas devotas. El cristianismo no les satisface por ser, para ellos, la expresión de tendencias sociales que reprueban, y continúan fiel y sinceramente adictos a los principios liberales, a los derechos del hombre que el estatismo, en el cual son grandes dignatarios, vulnera. El gran historiador Amiano Marcelino era uno de ellos. Sienten interés por las cosas espirituales contribuyendo a la publicación de buenas ediciones de autores clásicos, pero no son ya de su tiempo, respecto al cual, desde muchos puntos de vista, son muy superiores. Su arcaísmo les hace vivir al margen de sus contemporáneos, en cuya sociedad no pueden ya actuar, y constituyen el símbolo de clases ya caducas, agonizantes en un conservadurismo que las aísla antes de condenarlas a desaparecer.

LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS, DOCTRINA MANTENIDA POR LOS PADRES DE LA IGLESIA.

LA IGLESIA EN EL ESTADO

Al mismo tiempo que el funcionarismo paraliza el poder del emperador, la autoridad de la Iglesia va en aumento. Después de la gran crisis religiosa originada por la restauración pagana

de Juliano, Valentino y Valente proclaman la libertad de conciencia en un intento para restablecer la paz. Pero la Iglesia, en plena evolución desde su triunfo, va a imponer al imperio una política de intolerancia religiosa.

El pensamiento pagano, a pesar de su florecimiento momentáneo después de Juliano, pierde todo dinamismo. La única fuerza intelectual activa es el cristianismo, que se impone en todas las esferas y obliga a que todos los valores sean objeto de revisión desde su punto de vista.

A partir del reinado de Constantino, Eusebio escribe en Cesarea una *Historia de la Iglesia*, en griego, y Lactancio, en Nicomedia, publica en latín un ensayo de filosofía de la historia que presenta los hechos históricos como inspirados por la Providencia. Los acontecimientos políticos adquieren un sentido moral y religioso, implican una enseñanza, significan una advertencia divina; la literatura cristiana se inspira así directamente en los profetas judíos.

Pintura romano-egipcia del siglo IV.

Este movimiento corre parejas con la reacción mística surgida en el seno de la cristiandad contra la riqueza de la Iglesia, los privilegios del clero y el lujo con que se rodean los prelados. La corriente ascética aparecida en Egipto en el siglo III, y que ahora atrae al desierto a los eremitas en busca de pureza y renunciamiento, ejerce una acción cada vez más profunda, que a comienzos del siglo IV se traduce en el cenobismo.

Mientras la Iglesia, que ha llegado a ser uno de los principales poderes del Estado, se hace adjudicar los bienes confiscados a los templos paganos y obtiene para el clero privilegios fiscales, el dálmata San Jerónimo y los asiáticos San Basilio y San Juan Crisóstomo se erigen en moralistas, en jueces que ven en las invasiones un castigo de Dios por las costumbres frívolas y corrompidas de la sociedad romana. Con violencia que recuerda la del profeta Oseas, San Juan Crisóstomo se lanza a una predicación casi revolucionaria contra el fausto envilecedor, al cual opone el ideal ascético de los monjes de la Tebaida; San Braulio funda comunidades de monjes en el Ponto; San Jerónimo, abatido por sus luchas contra la tentación y las crisis de misticismo, engloba en un mismo odio la liviandad de costumbres y el pensamiento antiguo, que considera responsables de las mismas, y con él, el ascetismo lo mismo ataca a la aristocracia del intelecto —todavía muy próxima a la filosofía helénica— que a la aristocracia social. «La Iglesia —exclama — no nació de la Academia ni del Liceo, sino de la plebe más vil.» Sin embargo, San

Jerónimo, hombre culto, publica la *Vulgata*[7] y crea las bases de la escuela exegética que habrán de seguir los monjes de la Edad Media. Quiere que el pensamiento se despoje de cuanto no sea Dios, y por eso pretende que la Biblia sustituya a Homero y a Virgilio, y David a Píndaro.

Con él, el cenobitismo penetra en Occidente, donde por iniciativa de los anacoretas Pablo e Hilarión muchos monjes recorren el país predicando el renunciamiento a la vida social y haciendo que numerosos espíritus religiosos, anonadados por los infortunios en que las invasiones sumen al mundo y por el hecho de ver a la sociedad cristiana perseverar en iguales errores que los paganos, busquen refugio en la contemplación y la plegaria.

Celdas monásticas troglodíticas, en Urgub. Turquía.

En medio de aquella fiebre mística, la filosofía helénica se extingue, y con ella la ciencia. Inútil es que Lactancio, influido aún por la cultura antigua, aspire a presentar a Cristo como coronamiento de la obra esbozada por grandes pensadores como Sócrates, Platón, Lucrecio, Cicerón y Séneca, en sus esfuerzos en pos de la verdad; inútil que quiera adaptar la ciencia a la fe nueva. Para mantenerse fiel a las doctrinas de la Biblia, considerada como libro santo de la Iglesia, se ve obligado a rechazar las teorías del evolucionismo y del atomismo. Los dogmas en formación paralizan el pensamiento y van a ahogar durante diez siglos el libre examen, en plena decadencia desde mediados del siglo II. Pero las filosofías antiguas habían penetrado tan profundamente en la sociedad, que aun abandonadas debían continuar ejerciendo en el seno mismo de la Iglesia considerable influjo.

La flamante doctrina, formada por una amalgama de conceptos bíblicos y teorías platónicas, da lugar a discusiones apasionadas que tienen su origen en las ideas filosóficas y religiosas de la Antigüedad y hacen brotar nuevas herejías: el maniqueísmo (296), que se inspira en las ideas de Zoroastro; el donatismo (311), que mina la unidad de la Iglesia de África; el arrianismo, que nacido del racionalismo ataca lo sobrenatural, y el pelagianismo (411), que niega la necesidad de la divina gracia.

Contra tales tendencias centrífugas la Iglesia se defiende, y transformada en religión de Estado adopta los métodos totalitarios. Atanasio, obispo de Alejandría, proclama contra el arrianismo el principio de la autoridad religiosa y llega incluso a

erigirla frente a la autoridad imperial, negándose a admitir la libertad de cultos que Tertuliano había reclamado tan apasionadamente en favor de los cristianos en el siglo anterior.

Solemne colocación de reliquias en la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla. Relieve en marfil.
Tesoro de la catedral de Tréveris.

Sobre esta grave cuestión de la tolerancia religiosa, la Iglesia se divide. San Hilario, obispo de Poitiers, para combatir el arrianismo no apela ni a la pasión ni a la fuerza, sino a la escolástica. Adapta la lógica aristotélica a los artículos de la fe y a los textos sagrados, iniciando así el método de la Summa y demás tratados medievales. Es, como los estoicos, el apóstol de la conciencia humana; en su nombre rechaza el empleo de la fuerza, negándose a aceptar la confusión entre religión y política; «Dios, dueño de todo —escribe—, no necesita ni obediencia forzada ni adoración impuesta». Pero la magnífica tolerancia, legado del pensamiento antiguo que profesa Hilario, es difícilmente aplicable en una época en que las teorías estatistas y autoritarias están en pleno auge, después de fuertes luchas para imponerse. Vencedor el cristianismo, no está dispuesto a tolerar en los paganos y heréticos —puesto que posee la Verdad— una actuación contraria a sus más elevados principios. Por otra parte, los bárbaros convertidos al cristianismo aportan a este su falta de cultura y su brutalidad de primitivos, incapaces de concebir lo que puede ser libertad de conciencia. Comodiano lanza contra judíos y paganos el más horrendo grito de odio que jamás resonó en la Antigüedad, y que hubiera hecho estremecerse a Jesús, venido al mundo para enseñar a los hombres que se amasen los unos a los otros.

El africano San Agustín, el espíritu más esclarecido de su tiempo, aunque autodidacta, había de adaptar la doctrina de la Iglesia a las teorías totalitarias y autoritarias, pronunciándose a favor de la religión de Estado, en contra de la libertad

de conciencia, y apelando al brazo secular para la represión de herejías. Al reivindicar para la Iglesia una autoridad absoluta e indiscutida, afirma su preeminencia sobre el Estado, y para colocarla fuera y por encima del poder temporal, en *La Ciudad de Dios* separa la Iglesia del imperio. Así la salvaría de la ruina a que había de verse arrastrado el imperio, poniéndola en condiciones de continuar en la esfera espiritual la obra del universalismo que constituye el título más glorioso del Imperio romano. El emperador no podía hacer otra cosa sino adaptar su política a las arraigadas convicciones de la opinión cristiana. Valente, después de haber proclamado la libertad de conciencia, manda quemar los libros sospechosos y desencadena una abierta lucha contra los falsos filósofos. También entonces los heréticos son perseguidos por sus falsas creencias si se niegan a aceptar la nueva doctrina.

Estatua de un funcionario con traje oficial. Siglo IV. Museo de Constantinopla.

Sin embargo, Teodosio trató todavía de salvar el espíritu de tolerancia encomendando a paganos funciones administrativas elevadas y haciendo cesar las persecuciones contra los herejes; pero Ambrosio, obispo de Milán, para protestar de una matanza acaecida en Salónica a consecuencia de una alteración del orden, excomulgó al emperador. Id poder espiritual se imponía al imperio. Y tan grande fue su influencia, que Teodosio hubo de someterse, no atreviéndose a oponerse a las razones que aducía Ambrosio. Ello motivó una mayor dureza de los edictos contra el paganismo y todas sus manifestaciones. Todo lo cual llevó a que el culto pagano fuera, a partir de entonces, cortado de raíz, y en el año 391 fue destruido el templo de Sarapis, en Alejandría.

4. Ruptura del imperio entre el Occidente continental y el Oriente marítimo

LA ECONOMÍA ESTATAL

La seguridad del imperio no descansaba únicamente en la defensa de sus fronteras, sino que dependía, sobre todo, de dos condiciones internas: la estabilidad del poder y el equilibrio económico.

Diocleciano y Constantino se habían dado perfecta cuenta de ello, como lo demuestra el que la reforma profunda del poder fue acompañada de una política encaminada a dar al imperio el equilibrio económico, tantas veces comprometido por su balanza comercial deficitaria y las crisis monetarias constantes.

Fotografía de una casa patricia, en el Palatino. Roma.

Trajano y Aureliano resolvieron momentáneamente las graves crisis monetarias de su tiempo mediante una aportación de oro procedente de las minas de la Dada y, más tarde, del tesoro de la reina de Palmira. Esta solución no era ya posible en la época de Diocleciano. Se hacía preciso orientar el imperio hacia una política mercantil capaz de crear un equilibrio económico adaptado al libre cambio con el exterior o acabar con la hemorragia de oro, organizando la economía imperial únicamente a base de los propios recursos, es decir, practicando una política de autarquía. Considerando el problema solamente en su aspecto fiscal, Diocleciano hubo de inclinarse, por fuerza, hacia la segunda de estas soluciones, que por otra

parte había venido ya preparando la política estatal seguida por los emperadores desde la época de los severos. Para sostener la moneda, Diocleciano constituyó considerables reservas de oro, y para conservarlas, generalizó el sistema introducido por Aureliano —y utilizado antaño por los faraones egipcios— de pagar a los funcionarios y militares no en moneda, sino principalmente en especie. A tal fin, utilizaba el trigo, el aceite y otros productos alimenticios procedentes de las propiedades del fisco, evitando grandes gastos en numerario. Se formó entonces una economía doble: una, natural, practicada por el Estado, y otra, monetaria, reservada casi exclusivamente al comercio. La economía natural impulsó al Estado para satisfacer sus necesidades sin desprenderse de las reservas de oro, a crear fábricas de armas y tejidos, a organizar para el abastecimiento de los grandes centros de población enormes hornos de pan y a construir graneros, entre los cuales los almacenes de Ostia eran de los más importantes. Utilizando cada vez más las cosechas de sus propias fincas, el Estado restringió considerablemente por repercusión el mercado de productos agrícolas, y la intendencia militar, así como los funcionarios, suministrados por el Estado, cesaron de abastecerse en los mercados locales. La capacidad adquisitiva de las poblaciones rurales pronto sufrió las consecuencias y la agricultura privada, que producía cada vez menos para la venta, se orientó hacia la economía cerrada, sobre todo en donde las aglomeraciones urbanas no mantenían un mercado permanente para los productos agrícolas. La gran propiedad, que desde fines del siglo II no cesaba de aumentar, prestándose mejor que las pequeñas fincas al sistema de economía cerrada, se extendió cada vez más y el fenómeno de la concentración de propiedades se desarrolló rápidamente. El comercio quedó relegado a las ciudades.

Para lograr el rendimiento de los impuestos y dirigir la producción en el sentido de un equilibrio económico autárquico, el Estado, como hemos visto, se vio obligado a desarrollar el corporativismo instaurado por los Severos. Los cargos y funciones fueron considerados, cada vez más, desde el punto de vista de su rendimiento social y agrupados en corporaciones. El Estado asumió la dirección de todas las asociaciones de intereses —tan numerosas, sobre todo en las provincias helenizadas— formadas por propietarios, artesanos, obreros y soldados, que fueron transformadas todas ellas en organismos oficiales encargados de los diferentes servicios públicos, declaradas obligatorias y hereditarias, y sus miembros considerados como solidariamente responsables de la misión que se les asignaba.

La sociedad se inmovilizaba en grupos cerrados con grave daño para la libertad individual. Los miembros de las corporaciones se hallaban, en efecto, tan estrechamente vinculados a ellas, que la ley les prohibía enajenar sus inmuebles y esclavos a otras personas que no fueran sus colegas, con objeto de que la garantía de la responsabilidad solidaria impuesta por el Estado no disminuyera; y la corporación, dotada de personalidad civil, adquirió con respecto a sus miembros tales derechos

Cabeza de Constantino y alegoría de una provincia imperial.

LA ECONOMÍA DIRIGIDA ENGENDRA LA COACCIÓN SOCIAL

sucesorios que, a falta de herederos, los bienes iban a parar a ella.

En el campo se produce la misma evolución, pero allí la célula no era la corporación, sino la heredad o la aldea.

La heredad formó una solidaridad representada por su propietario, responsable frente al Estado de los impuestos que debían satisfacer los terrazgueros; y para garantizar al dueño la mano de obra necesaria, todos los ocupantes de sus tierras fueron adscritos hereditariamente a sus funciones. El agricultor, ya fuera arrendatario en virtud de contrato, ya un bárbaro instalado en la propiedad o esclavo, quedó sujeto al predio que cultivaba. Igualmente, los artesanos y peones de la heredad quedaron hereditariamente vinculados a su oficio.

El teatro de Palmira.

En los pueblos, se declaró a los propietarios[8] obligatoriamente responsables de la percepción de todos los impuestos, y para asegurar el rendimiento fijo de estos y de los cultivos, todos los habitantes, terratenientes, arrendatarios, artesanos, jornaleros y esclavos, fueron obligados hereditariamente a permanecer en su condición y en su pueblo, siguiendo el sistema establecido en Egipto a fines del período ptolomeico.

Este régimen, conocido bajo el nombre de colonato, no fue creado por ley alguna, mas aparece como establecido casi en todas partes a partir del año 332, y aunque inmovilizó a la sociedad en un molde invariable, no modificó teóricamente ni el estatuto político ni el derecho privado de los ciudadanos romanos. Sin embargo, no

pudiendo el colono abandonar la tierra, ni contraer matrimonio fuera de la finca o del pueblo, ni enajenar sus bienes sin la autorización del propietario de quien dependía, se encontraba de hecho bajo su autoridad civil, formándose así un régimen señorial que, dando al derecho un carácter patriarcal y solidario, venía a sustituir la igualdad jurídica, establecida por el derecho civil, por un régimen social jerarquizado y fijo en la herencia de las profesiones, es decir, en clases jurídicas distintas. El vínculo perpetuo de este modo creado entre el hombre y la tierra transformaba profundamente la noción del derecho de propiedad y el derecho contractual. La movilidad de bienes, que había sido la característica del sistema individualista, era sustituida por la inmovilización y la inalienabilidad; la libertad testamentaria quedaba restringida; la tierra, en lugar de ser un bien, del que disponía libremente su dueño, imponía en lo sucesivo, a quien la ocupaba, según fuera o no propietario, una situación jurídica diferente.

EL IMPERIO DE OCCIDENTE EVOLUCIONA HACIA EL RÉGIMEN SEÑORIAL

Las consecuencias de tan profunda transformación no fueron menos graves en la esfera política que en la social. Entre el Estado y el pueblo se interpuso la clase de los grandes propietarios responsables y privilegiados. Y como el fisco, tanto más brutal cuanto más difícilmente percibía el impuesto, era para los contribuyentes el enemigo principal, los pequeños hacendados, incapaces de resistir frente a la omnipotencia y arbitrariedad de los funcionarios, apelaron a la protección de los grandes señores terratenientes vendiéndoles sus tierras para volver a tomarlas como colonos. La libertad desaparecía ante la necesidad de garantizar la seguridad.

En Occidente, donde predominaba la agricultura, los latifundistas llegaron a ser tan poderosos que se negaron a pagar el impuesto a los decuriones de las ciudades de que dependían. A partir del año 338, Constantino, accediendo a sus pretensiones, comenzó a hacer depender directamente de los gobernadores de provincias a ciertos grandes propietarios. Este sistema se extendería poco a poco y llegaría a generalizarse en el siglo v. Junto a las ciudades, los grandes patrimonios llegaron a ser, de este modo, unidades administrativas distintas. Los señores, por el hecho mismo de hallarse sustraídos al derecho común, transformáronse en clase privilegiada y, al punto, abusando de su fuerza, impusieron su patronato a los pequeños propietarios y a pueblos enteros que incorporaron a sus dominios, a pesar de haberles sido expresamente prohibido.

Las reformas autárquicas puestas en práctica sobre todo después de Diocleciano, tuvieron como consecuencia la destrucción de la clase media, base primera del imperio, y el falseamiento del sistema administrativo establecido por el estatismo, creando así una aristocracia terrateniente que había de minar la autoridad imperial, la cual, conforme a los designios de la política estatista, debía ser absoluta.

RESISTENCIA DE ORIENTE A LA INFLUENCIA DEL ESTADO

En Oriente, las reformas de Diocleciano y sus sucesores no tuvieron, ni mucho menos, una influencia tan profunda. Y es que en Occidente dominaba la propiedad agraria, mientras que la economía de Oriente tenía una base fundamentalmente mercantil. El imperio de Occidente formaba un bloque continental; el de Oriente, por el contrario, estaba condicionado por su carácter marítimo y la clase, numerosa y rica, de negociantes. En todo el imperio eran los griegos, sirios, egipcios, ilirios y judíos quienes monopolizaban el comercio y la navegación. En Occidente, las ciudades de formación reciente, salvo las de las costas del Mediterráneo, no habían podido rehacerse después de la terrible crisis económica y política del siglo III. Muchas de ellas, que acababan de iniciar su recuperación, habían quedado reducidas a la condición de burgos militares y administrativos, y solo subsistían, a lo largo del mar y de los ríos, algunos centros económicos. Las ciudades italianas estaban en plena decadencia, y Roma misma no era más que una ciudad estéril y parasitaria. En Oriente, por el contrario, todas eran mercados más o menos importantes, y la industria, en Asia Menor y Siria, enriquecía a una burguesía activa. Algunas metrópolis comerciales —Alejandría, aunque en decadencia desde el siglo III, Antioquía, Constantinopla y Éfeso— mantenían en todas las provincias orientales un movimiento importante de transacciones entre el interior y el exterior, favorecido por la corriente económica hacia la India y China.

El acueducto de Aspendo. Turquía.

La economía monetaria y comercial irradia en torno a las ciudades. Comprando en sus cercanías los productos necesarios a su subsistencia, impiden estas que se desarrolle la economía de los dominios y obtienen mercados para los pequeños cultivadores, ayudándoles de este modo a eludir la tutela de los grandes propietarios, no bastante poderosos, por otra parte, para sustraerse a la autoridad de las ciudades a menudo prósperas de que dependían. La poderosa influencia ejercida por el régimen señorial, solo manifestada en las zonas rurales, como asimismo la de la economía natural practicada por el Estado, influyeron mucho menos profundamente en Oriente que en Occidente.

De este modo, la unidad del imperio se escindía tanto económica como políticamente. En las provincias orientales de lengua griega se mantenían el régimen urbano, la burguesía mercantil, la economía monetaria y, a pesar de su decadencia, la pequeña propiedad rural. El movimiento comercial frenaba al estatismo en su expansión y salvaguardaba la libertad individual a pesar de las trabas que le ponía el Estado.

En el Occidente, de lengua latina, y donde dominaba el agro, el régimen señorial se implantaba rápidamente, la pequeña propiedad desaparecía y la economía natural ganaba cada vez más terreno en detrimento de la economía monetaria, que se mantenía, sin embargo, bajo la acción de la burguesía mercantil en las costas y ciudades de la Galia, España y África.

La navegación, al unir Constantinopla, Antioquía y Alejandría con Marsella, Cartagena y Cartago, conservaba en torno al Mediterráneo una actividad económica que impedía la total ruptura de la unidad imperial. Los mercaderes de Oriente penetraban por los puertos en todas las provincias, remontaban los ríos y se instalaban en las ciudades donde formaban corporaciones libres, ya que el comercio pudo eludir siempre la tutela imperial. De este modo, los mercaderes aceleraron también la difusión del cristianismo, que a partir del siglo II comenzó a conquistar ciudades y a penetrar lentamente tierra adentro, donde los campesinos, aislados, se mostraban más refractarios[9].

EL FLORECIMIENTO COMERCIAL RESTABLECE LA ECONOMÍA MONETARIA

La economía natural había sido implantada por Diocleciano únicamente por causa de la falta de numerario del imperio. Pero en el curso del siglo IV, la paz y la seguridad reanimaron poco a poco las transacciones comerciales y con ellas la economía monetaria, bajo el impulso de los grandes mercados de las provincias orientales. El comercio ofrece a la fortuna mobiliaria, y principalmente a la moneda, grandes posibilidades de lucro. Se ve, pues, reaparecer el oro, que durante los períodos turbulentos había estado oculto.

La prosperidad económica consiste sobre todo en la circulación de la riqueza. En los períodos anárquicos y revueltos, el oro, como única riqueza segura, desaparece de

la circulación; pero el retorno a un régimen normal de intercambio vuelve a ponerlo en movimiento, puesto que es indispensable para las transacciones mercantiles. Así, el imperio, que en la época de Diocleciano no disponía de moneda, volvió a conocer, a mediados del siglo IV, una abundante circulación de oro y plata y la prosperidad de los negocios permitió al Estado aumentar los derechos de aduanas al 12,5 por 100. A partir de entonces, afluyeron a sus arcas enormes cantidades de numerario y la economía natural fue abandonada progresivamente. El año 360, el Estado empezó a restablecer los pagos en dinero a los funcionarios y militares, y a mediados del siglo V todos los sueldos se pagaban en numerario.

La riqueza del Estado estaba estrechamente vinculada a la vida económica del imperio y fecundada por las grandes ciudades mercantiles de las provincias helenizadas.

REGRESIÓN DEL INDIVIDUALISMO

La nueva tendencia que orientaba el derecho hacia las preocupaciones sociales, debía necesariamente paralizar los progresos del individualismo. Esta crisis en la evolución jurídica se manifiesta en la época de Constantino. El derecho romano se ve entonces atraído por una doble corriente. Por una parte, se observa que el individuo se libera definitivamente de cuanto subsistía de la solidaridad familiar: la patria potestad desaparece; para el matrimonio no es necesario más que el consentimiento de los esposos, con exclusión del paterno; el hijo dispone libremente de su patrimonio, y la mujer se emancipa de toda clase de tutela. Mas, por otra parte, la deshecha solidaridad familiar es sustituida por la solidaridad social bajo la forma de corporación, que absorbe al individuo, y por la solidaridad del Estado, que en nombre del interés general hace prevalecer su voluntad sobre la de los ciudadanos.

Detalle del obelisco bizantino de Teodosio I.

La noción de la propiedad se transforma, y lejos de aparecer todavía como un derecho ilimitado y exclusivo, solo se considera como legítimo en cuanto sirve a la comunidad, es decir, al Estado.

El Estado, la corporación, el fundo y la aldea se arrogan derechos sobre la propiedad privada, y los miembros de una solidaridad no pueden ya disponer de sus bienes fuera del propio grupo. En los pueblos, las tierras mostrencas pasan, de oficio, a los propietarios vecinos mediante pago del impuesto. Curiosa regresión del derecho: la fijación de los hombres a la tierra por lazos perpetuos reconstituye, junto a la propiedad individual, una propiedad solidaria que se superpone a ella, le impone limitaciones y servidumbres, y crea numerosas relaciones sucesorias.

Así, el individuo va fundiéndose más y más en el grupo que ahoga su personalidad independiente, y lo reduce al papel de unidad integrada en el sistema de la sociedad sometida al Estado. Por otra parte, desde la adopción del cristianismo como religión de Estado, la sociedad del imperio no está solo formada por ciudadanos, sino también por fieles. Estas dos nociones tienden a confundirse, y la intolerancia de la Iglesia lleva al Estado a no considerar como ciudadano completo sino al cristiano. Paganos, herejes, apóstatas y judíos son expulsados de la comunidad cívica, y el derecho les impone incapacidades que, en el siglo VI, llegarán incluso a prohibirles la aceptación de legados. Como en las épocas de solidaridad primitiva, el

culto vuelve a ser condición y sanción del derecho, y la civilización del imperio perderá, al mismo tiempo que su carácter individualista, su universalidad.

5. Las invasiones germánicas

RUPTURA ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

A la muerte de Teodosio I (395), el imperio pasó a ser gobernado por sus dos hijos: Honorio (395-423), designado para reinar en Occidente, y Arcadio (395-408), en Oriente. Aquel soberano había puesto a Honorio, menor de edad, bajo la tutela de Estilicón, general en jefe de los ejércitos de Occidente, quien aprovechándose del cargo había logrado ser, como todos los altos funcionarios de su época, uno de los mayores terratenientes del imperio.

La ruptura entre Occidente y Oriente, después del fallecimiento de Teodosio, iba a ser profunda.

La separación de las cargas imperiales en dos presupuestos distintos, uno para Occidente y otro para Oriente, puso de relieve hasta qué punto poseía este último todos los recursos fiscales del imperio.

Cuando a la muerte de Teodosio la mayor parte de Iliria, con las minas de plata de Macedonia, quedó unida al Oriente, el presupuesto del imperio de Occidente descendió a dos millones de sueldos oro[10], es decir, un tercio apenas del presupuesto del imperio de Oriente.

Ya vimos en el capítulo anterior la formación de las propiedades señoriales desde el reinado de Constantino. Encargados por el emperador de recaudar el impuesto, los terratenientes, entre los cuales figuraban todos los altos funcionarios, trataron de eludirlo declarando que sus colonos no lo podían pagar, y para resarcirse de los recursos perdidos por este hecho, el fisco apremiaba tanto más a los pequeños propietarios cuanto que, para burlarlo, se ponían bajo el amparo de los grandes propietarios convirtiéndose en sus colonos. El régimen señorial adquiría, de este modo, cada vez mayor extensión, y el impuesto sobre la propiedad rústica, que Diocleciano y sus sucesores habían querido estabilizar confiando su percepción a los propietarios, disminuía sin cesar entre sus manos haciendo que los ingresos del Tesoro menguaran peligrosamente.

Para proporcionar al fisco nuevos recursos, Valentiniano I, perseverando en la política de centralización estatista, confiscó dos tercios de los ingresos municipales, con lo que la situación financiera de las ciudades se vio gravemente comprometida y su pobreza favoreció todavía más el ascendiente público que la aristocracia agraria no cesaba de adquirir. El Estado, por otra parte, no pudo aprovechar esta enorme aportación de riquezas porque los altos funcionarios no cesaban de someter las tierras del fisco al pillaje y crear en ellas extensas propiedades —tal fue el caso del mismo Estilicón— que cada vez más cobraban el carácter de señoríos autónomos. La

resistencia intentada por la administración no produjo otro efecto que el de impulsar a los propietarios a hacer causa común con los bárbaros contra el imperio. En las provincias de Occidente fue imposible impedir que se apropiaran de los recursos más importantes del Estado, el cual recibió con ello un golpe mortal.

La política de absolutismo estatal practicada desde Diocleciano dio así por resultado, al cabo de un siglo, el desmembramiento del imperio en provecho de la administración superior, sobre la cual había querido reconstruir el poder y que se transformaba en una aristocracia terrateniente. En las provincias occidentales, pulverizadas en señoríos separados de las ciudades, no subsistían más que dos fuerzas: los ejércitos de los bárbaros federados y la Iglesia.

Retrato familiar, en esmalte y oro sobre vidrio, de Gala Placidia. Alrededor de 420 D. J.
Museo del Estado. Brescia.

Los ejércitos federados constituían la base de la armazón militar del imperio. Valentiniano III, carente de recursos y no pudiendo sostener más de treinta mil hombres de tropa[11], se vio obligado a apelar a los jefes bárbaros para contratarlos con sus guerreros, que no habían de tardar mucho en convertirse en verdaderos condottieri. En cuanto a la Iglesia, su poderío crecía a medida que se debilitaba el del Imperio.

Desde el siglo I, el obispo de Roma venía ocupando el primer puesto en la jerarquía eclesiástica; así, pues, en cierto modo, Roma era, la capital del mundo cristiano, con un prestigio muy superior al de la residencia imperial trasladada a grandes ciudades provinciales.

En 378, el emperador, al confirmar la decisión de un sínodo (348) que confería al papa la jurisdicción de apelación en los litigios canónicos juzgados por los metropolitanos, cesó de ser considerado en Occidente como jefe de la Iglesia.

La Iglesia se liberaba de la tutela del poder temporal y se organizaba con independencia de él.

La situación de Oriente era muy distinta. La riqueza de las ciudades industriales y comerciales, y los recursos fiscales que le proporcionaban, daban al imperio una sólida base sobre la cual no dejó de apoyarse Arcadio para resistir a las fuerzas que tendían a acaparar el poder: los grandes terratenientes, la oligarquía administrativa y la Iglesia.

Gracias al rendimiento de los impuestos, debido en gran parte a la actividad económica de las grandes ciudades de Oriente, Arcadio pudo tener dominada la administración interior y dar a su ejército, menos barbarizado que el de Occidente[12],

la movilidad de que carecía desde la crisis del siglo III, reconstituyendo la flota encargada de asegurar su abastecimiento y sus comunicaciones. De este modo, mientras el Occidente continental y agrario se desmembraba, el Oriente, marítimo y mercantil, conservaba una sólida estructura imperial.

La presión de los germanos, perseguidos por los hunos, se hacía cada vez mayor en las fronteras del imperio, desde el Danubio al mar del Norte. Era, pues, natural que desbordaran sus fronteras allí donde la resistencia fuese menor, es decir, por Occidente.

LOS BÁRBAROS, EN EL IMPERIO

Después de la muerte de Teodosio, la tutela ejercida de hecho por Estilicón, general en jefe de Occidente, sobre ambos emperadores, no impidió que las dos partes del imperio tuvieran su política propia. En Oriente la dirigía el galo Rufino, prefecto del pretorio que entabló con Estilicón una lucha por la hegemonía, ya que este pretendía que el imperio de Occidente conservara la parte oriental de la provincia de Iliria, así como sus minas de plata, que Rufino reivindicaba para el Oriente. Tratábase sin duda de un pretexto, pues asesinado Rufino por orden de Arcadio, Estilicón acabó por ceder. A pesar de ello, y temiendo su omnipotencia en el imperio, los ministros de Arcadio enviaron contra él a Alarico, jefe de las milicias de Iliria y a la vez caudillo de los visigodos y general romano.

Alarico penetró en Italia, y después de una sangrienta batalla, Estilicón, mediante 4000 libras de oro, lo tomó a su servicio. Pero el asesinato de Estilicón por sus propios soldados dio de nuevo la libertad a Alarico, que entonces ya no actuó como general romano, sino como jefe godo, y reclamó del emperador el derecho de instalar a los suyos en la Panonia. Honorio se negó a ello y surgió el conflicto. Alarico declaró a Honorio desposeído de la dignidad imperial y puso frente a él, como emperador, a un alto funcionario, Atalo (409), que le nombró generalísimo. Sin embargo, Alarico no se dejó engañar por su propia superchería y pronto, para acercarse al verdadero emperador, traicionó a Atalo, sin conseguir con ello vencer la voluntad de Honorio. Entonces, furioso, saqueó a Roma (410) y dirigiose al sur de Italia para reforzar el paso a la rica provincia de África, pero sucumbió en el camino.

Sucediole su cuñado Ataúlfo, que carente de embarcaciones para cruzar el mar se dirigió hacia el Norte con su ejército y su pueblo, pasó a la Galia y se instaló en Narbona, donde contrajo matrimonio con Gala Placidia, hermana de Honorio, y proclamó su designio de restaurar la grandeza de Roma con la fuerza de los godos. Pero Honorio se negó a tratar con un rey godo instalado en la costa provenzal, desde donde podía hacerse dueño del mar, y Ataúlfo volvió a nombrar emperador a Atalo para obtener así de él la confirmación de su mando; pero incapaz de aprovisionar a su ejército por falta de flota, fue arrojado de Provenza por el hambre y pasó a España, donde murió recomendando a su futuro sucesor Walia, después de una breve reacción antirromana, que sirviera con lealtad al imperio.

En aquel entonces, el Occidente se halla en plena anarquía. Bajo la presión de los hunos llegados hasta el Danubio, los vándalos, alanos, suevos y burgundios irrumpen en la Galia destruyendo Tréveris, Estrasburgo, Reims y Amiens, y en la Galia, España y África surgen usurpadores.

Honorio, que solo disponía en la Galia de muy escasas fuerzas, tuvo que solicitar la ayuda de Walia, al cual le autorizó a establecerse en Aquitania, entre el Loira y el Garona, donde no amenazaba las costas del Mediterráneo, encargándole que rechazara la invasión de los bárbaros oponiendo a las tropas germánicas el ejército gótico federado del Imperio romano.

Alarico. Medallón de un díptico consular.
Museo Victoria y Alberto. Londres.

Pero el imperio se descomponía y el poder imperial solo se mantenía por su prestigio, todavía inmenso. Frente a él, no cesaba de aumentar el poderío del papa. Por encima del emperador, de los usurpadores y los jefes bárbaros, el poder del papa, indiscutido, se mantenía inconmovible frente a la tormenta y la Iglesia se adaptaba al mundo nuevo en formación en Occidente. En 417, en plena crisis, el sacerdote Pablo Orosio publicaba una Historia Universal en la cual presentaba la toma de Roma por Alarico como castigo por sus vicios, y presagiaba, con magnífica clarividencia, el advenimiento de una nueva forma imperial realizada bajo la autoridad del pontífice, como confederación de estados semi-independientes integrada por bárbaros y romanos. La Iglesia se aprestaba así a mantener en Occidente la unidad que el poder imperial no era ya capaz de salvar.

Gala Placidia y Aecio.

AFIANZAMIENTO DEL PODER EN ORIENTE

Frente al Occidente que se hunde, el imperio de Oriente, por el contrario, cada vez más separado de las provincias occidentales, vuelve a hallar su equilibrio y bajo el reinado de Teodosio II (408-450) conoce un período de florecimiento.

La decadencia occidental hace de Constantinopla el centro indiscutido del mundo mediterráneo. En 425, Teodosio reforma la universidad creada por Constantino y ordena que la enseñanza se dé no solamente en latín sino también en griego, lo que lleva a la capital del imperio el helenismo alejandrino. El griego penetra en la administración, dominando completamente al latín como lengua culta en las provincias orientales. Amiano Marcelino (hacia 390), continuador de Tácito y

originario de Antioquía, escribe todavía en latín, pero después de él, Olimpiodoro, Zósimo, el tracio Prisco y el palestiniano Malco escribirán ya en griego la historia de su tiempo. El prefecto de pretorio más importante del reino fue el poeta griego Ciro, oriundo de Panópolis, en Egipto.

Sin embargo, Constantinopla no es la capital de un imperio griego; se presenta como centro del imperio universal y vuelve a desempeñar el papel que Roma asumió durante los grandes siglos. El latín sigue siendo, al lado del griego, lengua oficial. En 438, y cuando el imperio de Occidente se halla desbordado por los vándalos, Teodosio II publica en latín, en Constantinopla, el primer código oficial del derecho romano, el cual, a pesar de sus imperfecciones, prueba hasta qué extremo conservaba el imperio la confianza en su destino.

En Oriente, cuna desde entonces del derecho helenístico y patria de los más grandes juristas romanos, el derecho va a conservar su carácter doctrinal y científico. Beirut, la ciudad siria donde se continúa la gran tradición de los prefectos del pretorio Papiniano y Ulpiano, es la primera escuela del derecho romano y en ella se depositan los edictos imperiales.

La obra jurídica llevada a cabo por Teodosio mientras el Occidente se hallaba en trance de ser barbarizado, es el más claro exponente de superioridad cultural que se conservaba en tierras de Oriente, gracias tanto a su estructura social como a su equilibrio económico.

Teodosio II, aplicando una política proporcionada a sus medios, trató de poner fin a las interminables luchas con los bárbaros aunque fuera a costa de un tributo como el ofrecido a Atila, que había aparecido entonces al frente de sus hordas de hunos en las fronteras del imperio.

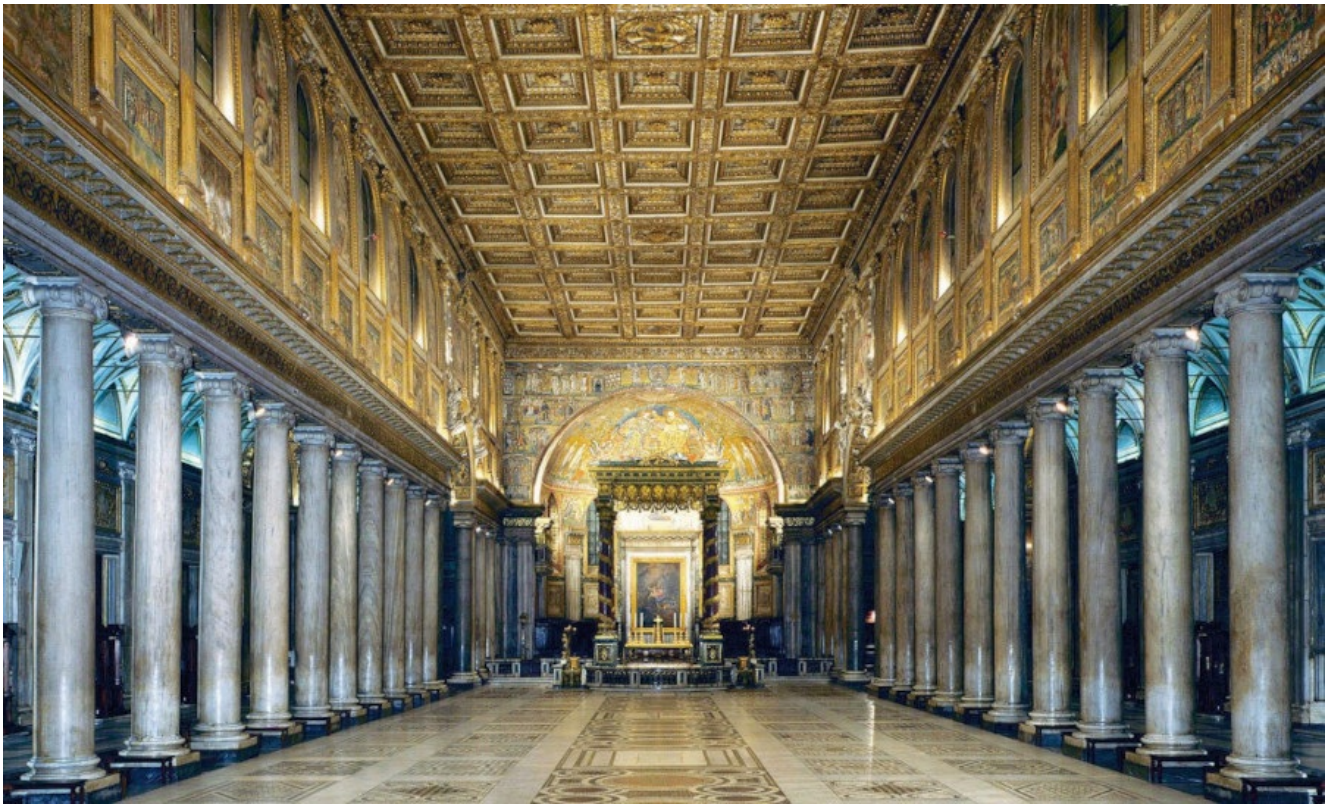
En el Este, Teodosio hubo de hacer frente al ataque de los reyes sasánidas, quienes aprovechándose de los golpes que los bárbaros asestaban al imperio, trataban de conquistar Siria e instalarse en el Mediterráneo. Abandonando a los sasánidas el reino de Armenia, cuya posesión les daba acceso al mar Negro, Teodosio, con la paz de 442, volvió a los pactos concertados después de la muerte de Juliano (363). La paz concedía a los cristianos la libertad de culto en todo el reino persa y volvía a abrir al comercio bizantino las rutas del tráfico que unían Constantinopla a la India y China, a través de Mesopotamia y de la región del mar Caspio.

EL IMPERIO PIERDE EL DOMINIO DEL MAR

Durante los primeros veinte años de su reinado, Teodosio se había abstenido de intervenir en las guerras que asolaban el Occidente, ya que mientras no amenazasen la seguridad del mar no comprometían los intereses vitales del Oriente. Pero, en 427, los vándalos, después de pasar de la Galia a España, ocuparon, bajo el rey Genserico, el importante puerto de Cartagena, desde donde gracias a la numerosa flota que allí encontraron pasaron al continente africano, apoderándose en el año 439 de la gran base naval de Cartago. A partir de entonces,

los vándalos fueron dueños del Mediterráneo central, y las islas de Cerdeña, Córcega y Baleares cayeron sucesivamente bajo su dominio (455).

El imperio quedaba así directamente amenazado en sus comunicaciones marítimas, es decir, en su misma vida económica, y Teodosio II no tenía ya más remedio que intervenir. La flota de Constantinopla fue enviada contra los vándalos; sin embargo, no osó afrontar la lucha contra las escuadras de Genserico (441). Al mismo tiempo, Atila, violando los tratados, franqueaba el Danubio y obligaba a utilizar todas las fuerzas del imperio para oponerse a la terrible invasión de los hunos. Los bizantinos sufrieron graves derrotas, pero gracias a sus recursos financieros el emperador pudo comprar su retirada el año 447[13].



Interior de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma.

Interior de la basílica de San Pablo Extramuros. Roma. Foto Alinari.

Instalado en la Panonia, Atila, único rey de los hunos desde 445, se rodeó de una corte de ilustres romanos que pasaron a su servicio; poco después, pretendió casarse con una princesa imperial y pidió, habiendo fracasado en sus empresas contra el Oriente, que le fuera entregada la Galia en concepto de dote. Al no lograr su deseo, la invadió. Ecio mandaba entonces los restos de los ejércitos romanos, y contra las hordas hunas y sus numerosos aliados germánicos pidió ayuda a los federados, que se hallaban tan amenazados como el imperio mismo. Los visigodos, los burgundios y los francos se agruparon en torno suyo, y Atila, vencido en los Campos Cataláunicos, cerca de Troyes (451), se replegó hacia Italia, que consideraba incapaz de defenderse. El papa León el Grande salió a su encuentro. Entre los hunos se declaró una epidemia y, por otra parte, el emperador de Oriente acababa de entrar en guerra contra ellos. Atila abandonó Italia. En 453, su muerte libró al imperio del mayor peligro que jamás había corrido. Del alud huno solamente quedaron algunos restos instalados en la Rusia meridional, que reforzados por individuos de la misma raza reaparecieron más tarde con el nombre de búlgaros.

Oriente y Occidente, de consuno, se prepararon entonces para la lucha suprema contra Genserico, con el fin de reconquistar el dominio del mar.

Pero en tierras de Occidente la anarquía iba en aumento. Valentiniano III (425-455), que luchaba no sin valor contra los grandes señores coaligados con Ecio, quiso antes de atacar a Genserico desembarazarse del generalísimo matándole con sus propias manos, pero él mismo pereció asesinado poco después (455) en una conspiración de nobles contra los cuales había tratado de defender al Estado. Genserico se aprovechó de la situación apoderándose y saqueando a Roma aunque sin cometer asesinatos. La partida estaba perdida. Mayoriano (457-461) trató inútilmente de liberar el imperio de Occidente de la funesta dominación de los grandes propietarios y de su aliado el bárbaro suero Ricimero, a la sazón generalísimo del ejército romano. Asesinado Mayoriano por orden de Ricimero, fue reemplazado en el trono por un gran terrateniente, Severo (451), bajo cuyo reinado el imperio quedó anegado por los bárbaros. Los visigodos abandonaron Aquitania para ocupar las costas y puestos que apetecían en España; los burgundios, que Ecio había instalado en Saboya, se apoderaron de Lyon; los francos y alamanes avanzaron por el norte y el este de la Galia; Armórica —Bretaña— se transformó en reino prácticamente independiente, mientras que la isla de Bretaña, evacuada por las tropas romanas desde 442, pasaba definitivamente bajo la férula de los anglosajones.

San Lucas. Fresco de la iglesia sepulcral de los Santos Félix y Adaucto, en la catacumba de Comodilla, en Roma.

Culminaba el desorden. Casi todas las costas del África y de España habían sido conquistadas y las grandes ciudades marítimas de Cartago y Cartagena estaban en manos de los bárbaros. El Occidente había perdido sus provincias más bellas y Constantinopla se hallaba directamente herida en su prosperidad económica.

La muerte de Teodosio II (450) sin heredero inició una era de perturbaciones en Constantinopla. El jefe de las milicias, Aspar, cabecilla bárbaro alano, ejercía allí el poder, como en la misma época de Ecio y Bonifacio en la Galia e Italia. Disponiendo de la Corona y sin dar siquiera cuenta al emperador de Occidente Valentiniano III, Aspar se la confirió a Marciano (450-457), un mílite de Tracia.

Sin embargo, la idea de legitimidad del poder se hallaba tan arraigado en Constantinopla que, para hacer aceptable el golpe de estado que le había alzado al

trono, Marciano consideró precisa su coronación por el patriarca de Constantinopla, después de haber contraído matrimonio con Pulqueria, la hermana de Teodosio.

En la historia institucional de Europa, es esta una fecha de gran importancia. La legitimidad monárquica de derecho divino se establece sobre un doble principio: por una parte, la herencia, y por otra, la confirmación de la Iglesia. De igual modo que antes en Egipto el gran sacerdote de Amón consagraba un nuevo rey a falta de heredero, también ahora se reconoció a la Iglesia el derecho, ejercido en Roma primero por el Senado y por el Ejército después, de conferir el poder imperial.

El emperador León (457-474), otro militar de Tracia que sucedió a Marciano, hizo legitimar su advenimiento en la misma forma; el acto tradicional de la consagración se implantaba, suprimiendo las guerras internas que tan a menudo había provocado la falta de sucesión dinástica.

La derrota naval que le había infligido Genserico, y más tarde la guerra contra los hunos, alejaron a Constantinopla de toda intervención en Occidente desde 441. Entonces, la situación quedó estabilizada. León intentó un gran esfuerzo para restablecer la autoridad imperial en Occidente. Lo más importante era restaurar el poder del que se habían adueñado los jefes de las milicias, y para ello León envió a Roma para asumir la púrpura imperial al yerno del emperador Marciano, Antemio (467-472), al mismo tiempo que dedicaba todos los recursos del imperio a la reconstrucción de la armada. En 468, mil cien navíos salían de Constantinopla para desposeer a los vándalos del dominio del mar y devolvérselo al imperio. Pero la flota, mal mandada, sufrió un tremendo desastre.

HUNDIMIENTO DEL IMPERIO DE OCCIDENTE

A partir de entonces, el imperio de Occidente estaba perdido. Privada de su dominio sobre el Mediterráneo central, Constantinopla ya nada podía hacer en favor de Roma. El poder volvió a mano de los grandes terratenientes y desencadenose una guerra civil. Ricimero mandó asesinar al emperador Antemio y llamó al estrafalario aristócrata Olibrio para que ocupara el trono (472). Pero Ricimero fue asesinado a su vez; Olibrio murió poco después, y el burgundio Gondebaldo, muy pronto rey de su pueblo y a quien Olibrio había nombrado generalísimo, puso en el trono a un personaje oscuro, Glicerio (473), que había de ser un simple juguete en sus manos.

Templo sepulcral de los Santos Félix y Adaucto, en la catacumba de Comodilla. Roma.

Constantinopla reaccionó erigiendo frente a él a un romano jefe de las milicias dálmatas, Julio Nepote. Pero la personalidad del emperador carecía de importancia, ya que el poder imperial había dejado de existir y aquel nada pudo hacer para volverlo a imponer. El generalísimo Oreste, un panonio ex secretario de Atila, hizo proclamar emperador a su hijo Rómulo Augústulo (475).

Las consecuencias de la victoria naval lograda por los vándalos comenzaban a dejarse sentir duramente. El ejército bárbaro acantonado en Italia se hallaba mal abastecido, puesto que Roma no disponía ya de libertad en sus comunicaciones marítimas, y en tales circunstancias se sublevó y elevó al trono a su jefe Odoacro (476), un bárbaro apenas romanizado[14].

Bárbaro y adepto de la herejía arriana, Odoacro no podía pensar en revestir la púrpura imperial, y de acuerdo con el senado de Roma, proclamó que un solo emperador bastaba para el imperio, devolvió a Constantinopla las insignias imperiales y se contentó con el título de rey que le habían otorgado sus soldados. El emperador Zenón, reinante a la sazón en Constantinopla, le reconoció el derecho de administrar Italia confiriéndole la dignidad áulica de patricio. La unidad del imperio quedaba así jurídicamente restablecida en provecho único del emperador de Oriente. En Occidente iba a tomar la forma de una federación de reinos bajo reyes bárbaros, vasallos de Constantinopla[15].

RUPTURA POLÍTICA DEL IMPERIO Y CISMAS RELIGIOSOS

Mientras la unión de las provincias occidentales y orientales del imperio se rompía, la Iglesia, víctima de las repercusiones de la oposición política, social e intelectual que las separaba cada vez más, viose a su vez arrastrada a luchas internas.

En Roma, frente al poder imperial en descomposición, el papa había venido manteniendo sólidamente la unidad de la Iglesia. Solo la herejía momentánea del pelagianismo —que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia— había perturbado su ortodoxia.

En Constantinopla, por el contrario, donde el emperador conservaba con mano firme sus ricos y prósperos estados, la Iglesia se lanzaba a enconadas controversias de índole doctrinal.

A la manera de las discusiones entabladas en Egipto sobre la naturaleza de Horus, se suscitaron polémicas ardientes entre las escuelas de Alejandría y Antioquía a propósito de la encarnación y de las dos naturalezas de Cristo. Los alejandrinos, que seguían bajo la influencia del misticismo egipcio, tendían a dar mucha menos importancia a la naturaleza humana en provecho de la naturaleza divina. Esta doctrina, el monofisismo, tropezaba con fuerte oposición en toda Antioquía. El patriarca Nestorio de Constantinopla, adicto a la escuela de Antioquía, proclamó que la Virgen María no era madre de Dios, sino únicamente madre de Jesús como hombre, y sus partidarios, atraídos por el racionalismo griego de la escuela de Antioquía, llegaron a no ver en Cristo más que un hombre singularmente inspirado por Dios. La Iglesia, frente a tales teorías, se dividió. En el año 431, el concilio de Éfeso condenaba el nestorianismo, y a fines del reinado de Teodosio II también era condenado el monofisismo, que sostenido por el emperador y muy difundido en Egipto y Siria parecía en vías de triunfo.

Pero la voz del papa León elevose en Roma, entonces en plena anarquía (449), para restablecer la unidad espiritual de la Iglesia y fijar la doctrina de la Encarnación. Las dos naturalezas, afirmaba, se unen sin mezcla en la persona de Cristo, a un mismo tiempo «Dios perfecto y Hombre perfecto». Y en 451, el mismo año en que León el Grande hacía retroceder a Atila, el concilio de Calcedonia confirmaba la

doctrina pontifical y condenaba el monofisismo, sin conseguir desde luego poner término a la controversia.

En cuanto al nestorianismo, siguió triunfando entre los cristianos que en Asia llevaban la evangelización más allá de las fronteras del imperio; por eso fue bajo la forma nestoriana como hubo de propagarse el cristianismo en el Asia Central y hasta en China, acontecimiento de capital importancia para sus futuros destinos.

En el Oriente romano, contrariamente, el monofisismo conservaba una influencia preponderante. Y en el momento en que los bárbaros destruían la unidad política del imperio, la Iglesia también parecía estar próxima a dividirse.

Su unidad, formada dentro del marco del imperio, ¿podría resistir al desmembramiento imperial?

Desde luego, la Iglesia no era hija del imperio. Había desbordado sus fronteras, conquistado Armenia y Caldea, ganado para su causa a los godos, evangelizados en el siglo IV por el monje Ulfila, y por conducto de estos el cristianismo había sido transmitido a los alamanes, a los burgundios y a los vándalos con anterioridad a las invasiones. Pero en los países independientes del imperio, la Iglesia se había dividido en distintas sectas. Los cristianos de Armenia, a partir de 384, formaron una comunidad autónoma, y los de Caldea se había separado en 424. En cuanto a los bárbaros, convertidos cuando triunfaba en Oriente la herejía del arrianismo, habían permanecido fieles a esta secta, sin que fuera posible ni convertirlos a la ortodoxia ni, con mayor motivo, someterlos a la obediencia del papa.

Como antaño en las evoluciones históricas de Egipto, la centralización política en el Imperio romano había ido seguida de la unidad religiosa. La dislocación del imperio parece, pues, que ha de producir, según los mismos precedentes, una disociación paralela de la Iglesia.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El Imperio, después de las invasiones

1. Los germanos en el Imperio (Siglos V al VII)[*]

ADAPTACIÓN DE LOS GERMANOS A LAS INSTITUCIONES ROMANAS

Al devolver Odoacro a Zenón las insignias imperiales, restableció de derecho la unidad del imperio. De hecho, sin embargo, si bien las provincias orientales e Italia conservaban la organización que en otro tiempo habían creado los emperadores Diocleciano y Constantino, el Occidente, dominado por los bárbaros, se escindió en una serie de estados bajo dinastías hereditarias.

La Panonia estaba ocupada por los ostrogodos; Italia, con Dalmacia, una parte de la Nórica y la Retia formaban el reino de Odoacro; los burgundios poseían el valle del Ródano hasta el Durance, la Saboya y el Franco-Condado; un reino visigodo se extendía sobre España, la Provenza y la Galia occidental, hasta el Loira; Galicia y el norte de Portugal estaban en manos de los suevos; el África latina, Cerdeña, Córcega y Baleares formaban un reino vándalo; en el norte de Galia, entre el Loira y el Somme, se había mantenido un general romano, Siagrio, que también se erigió en rey; más al Norte, los francos salios y los francos ripuarios; al Este, los alamanes ocupaban el resto de la Galia y, finalmente, en la isla de Bretaña, la invasión de los anglos y de los sajones empujaba a los celtas hacia el Oeste o los hacía emigrar hacia la península de Bretaña.

Los años siguientes trajeron una serie de guerras entre los reyes bárbaros que aportaron a la geografía política importantes cambios. De 486 a 487, el reino de Siagrio fue conquistado por Clodoveo, rey de los francos salios. El emperador Zenón, aun cuando había concedido el título de patricio a Odoacro, le temía, y habiendo nombrado al rey de los ostrogodos, Teodorico, comisario imperial en Italia, lo envió contra Odoacro, alejándolo así de Constantinopla. Muerto Odoacro en 493, Teodorico se instaló en la antigua capital de Rávena. El Occidente conservaría esta organización política hasta el reinado de Justiniano.

No se debe creer que la instauración de las dinastías bárbaras en las antiguas provincias del imperio puso fin a la existencia de este en Occidente.

Ciertamente que se habían perdido algunas regiones. En las islas de Bretaña los anglos y los sajones, en África los vándalos, y en España los visigodos, no reconocían ya la autoridad del emperador, pero los demás reyes, aun considerándose como tales respecto a sus pueblos, se vanagloriaban de ser generales y comisarios del emperador, del cual solicitaban títulos de patricio o de cónsul.

Los bárbaros vasallos del imperio estaban considerados como súbditos del emperador y formaban parte de los ejércitos a su servicio.

Palacio de Teodorico, en Rávena.

Hay que darse cuenta, por otra parte, de lo relativamente escaso que era el contingente de los bárbaros: unos 100 000 ostrogodos, entre ellos 20 000 guerreros, se habían establecido en una región de Italia poblada por cuatro o cinco millones de habitantes; los visigodos, en España, no eran mucho más numerosos. En la rica provincia de África, poblada por cinco o seis millones de almas, no había más de 80 000 vándalos; los burgundios, en el valle del Ródano, no pasaban de 25 000 y, entre ellos, solo había 5000 guerreros. En la población total del imperio, aún formada por unos cincuenta millones de habitantes, los germanos no excedían del millón, y en las provincias que ocupaban, con excepción de aquellas situadas en la periferia extrema, representaban, probablemente, menos del 5 por 100.

Ello explica que su asentamiento en el imperio no implicara cambio alguno en las instituciones romanas. El sistema de la personalidad del derecho, reaparecido cuando los bárbaros fueron admitidos en el ejército como federados, permitía que los ciudadanos romanos y los bárbaros conviviesen y conservaran sus propias costumbres. Era esta una institución romana que se practicaba usualmente desde Valentiniano I y Valente.

Todas las costumbres bárbaras habían recibido, más o menos, la influencia del derecho romano. Los ostrogodos, federados del imperio desde el año 454, se habían cristianizado y romanizado hasta tal punto que, cuando Teodorico trasladó su capitalidad a la ciudad de Rávena, sus costumbres habían desaparecido en gran parte influidas por el derecho romano.

Respecto a los visigodos y burgundios, los usos germánicos, al entrar en contacto con el imperio, se habían transformado en derecho escrito. En Tolosa, Eurico (466-484) hizo redactar en latín la costumbre visigótica, y Gondebaldo, a fines del siglo V, promulgaba también en latín la ley de los burgundios. Ambas se habían romanizado profundamente. Instaladas en tierras del imperio como tropas aliadas, las tribus germanas, repartidas entre los romanos, habían adquirido la noción de la propiedad territorial y adoptado el latín como lengua oficial.

Los ostrogodos y los burgundios, e incluso los visigodos y los vándalos, no constituían en la población más que el elemento militar. De acuerdo con el sistema romano de la *tertia*, que obligaba a todo propietario a dejar a las tropas la tercera parte de su heredad, los germanos, al instalarse en el imperio, recibieron tierras en proporción a su categoría social. Cuando vándalos y visigodos formaron soberanías independientes, disfrutaron del beneficio de la exención de impuestos, pero los burgundios y ostrogodos, cuyos reinos formaban parte del imperio, no gozaban de privilegio alguno a causa de su raza. A partir del siglo VI, los visigodos y burgundios comenzaron a confundirse con los ciudadanos romanos, mientras que los vándalos y ostrogodos desaparecerían con su estado.

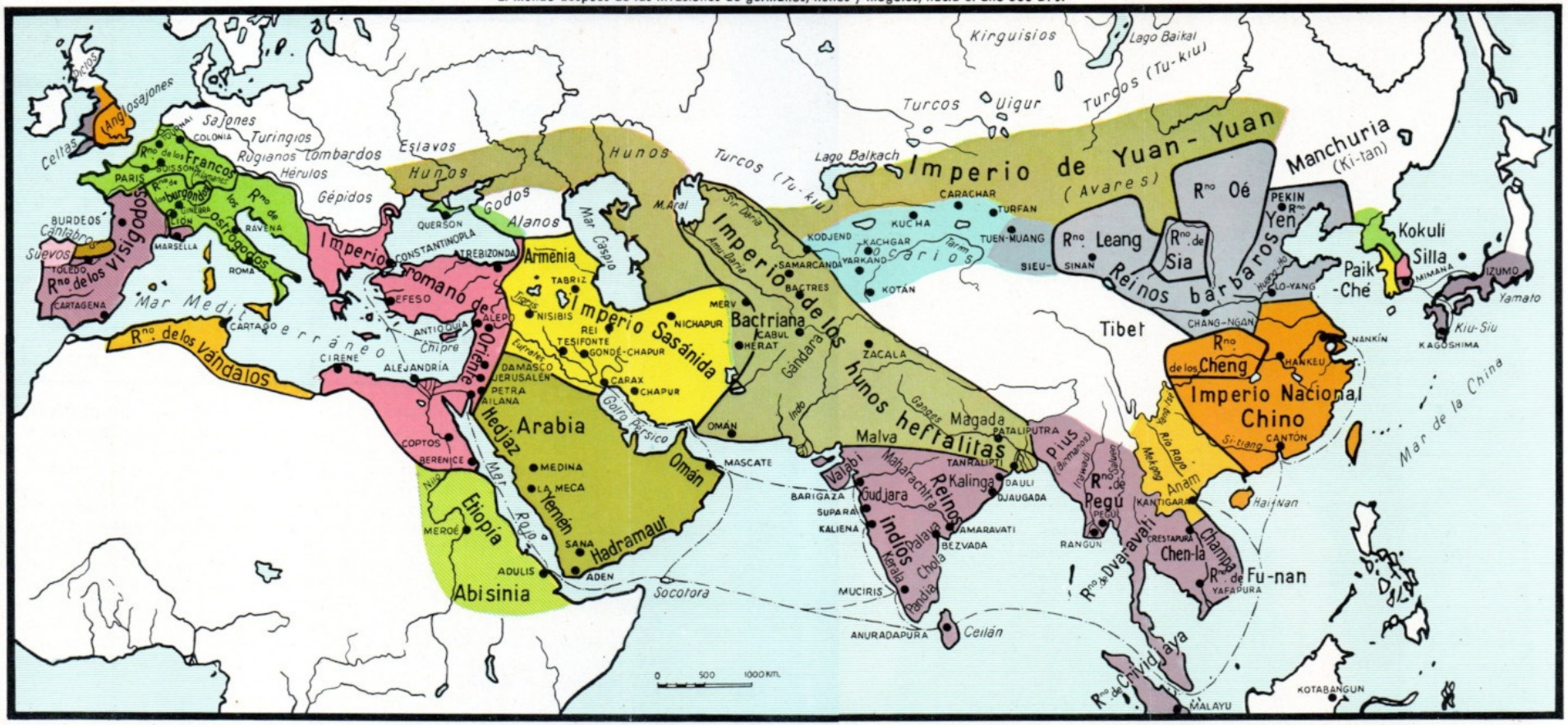
Los reyes germanos gobernaban rodeados de funcionarios romanos. En Tolosa, Lyon y Autún, las escuelas de derecho seguían funcionando y los reyes bárbaros apelaron a jurisconsultos romanos para llevar a cabo la codificación de sus costumbres. Los jefes germánicos habían suplantado a las autoridades romanas o se habían superpuesto a ellas, pero gobernaban con las instituciones que habían encontrado. Los godos, únicos germanos que usaron la escritura[1] antes de abandonar su lengua nacional, poseían una traducción de la Biblia escrita en gótico en el siglo IV, pero no tuvieron después literatura alguna.

Sepulcro de Teodorico, en Rávena.

La desmembración de los Imperios

El mundo después de las invasiones de germanos, hunos y mogoles, hacia el año 500 D. J.

N.º 4



- Imperio romano de Oriente
- Zona de influencia romana (por intermedio de Egipto)
- Reinos de ostrogodos, francos y burgundios que acataban la soberanía imperial romana
- Zonas dominadas por ciudades griegas
- Imperio persa de los sasánidas
- Reinos y tribus árabes
- Reino de los visigodos
- Suevos
- Cántabros
- Reino de los vándalos
- Sajones
- Celtas

Estados germánicos asentados en el territorio del Imperio de Occidente, sin acatar la autoridad del emperador

- Anam y zona de influencia china
- Imperio chino

  El reino de Cheng, creado cuando las grandes invasiones, fué reintegrado al imperio a partir del siglo V; Ceilán estuvo temporalmente sometido al protectorado chino (515).
- Reino de Wei

  formado a fines del siglo V por la reunión de los reinos de Oé, Sia y Leang, creados por los invasores hunos y el reino de Yen, creado por los invasores mogoles.
- Zonas dominadas por los hunos

  Imperio semifeudal, seminómada de los hunos heftalitas; Imperio seminómada de Yuan-Yuan; restos del Imperio de Atila en las estepas rusas.

Estados coreanos independientes

- Reino de Kokuli
- » » Paik-Ché
- » » Silla

- Imperio feudoseñorial del Japón
- Colonia japonesa de Mimana en Corea
- Grandes rutas del comercio internacional
- Estados indios o de influencia indostánica
- Reinos tocarios

Tan íntegramente captado por la cultura romana había sido Teodorico en Italia, que su corte, donde trabajaban los intelectuales más ilustres de su tiempo —Bocio, Casiodoro y Ennodo—, aportó a la literatura latina un postrer resplandor de gloria.

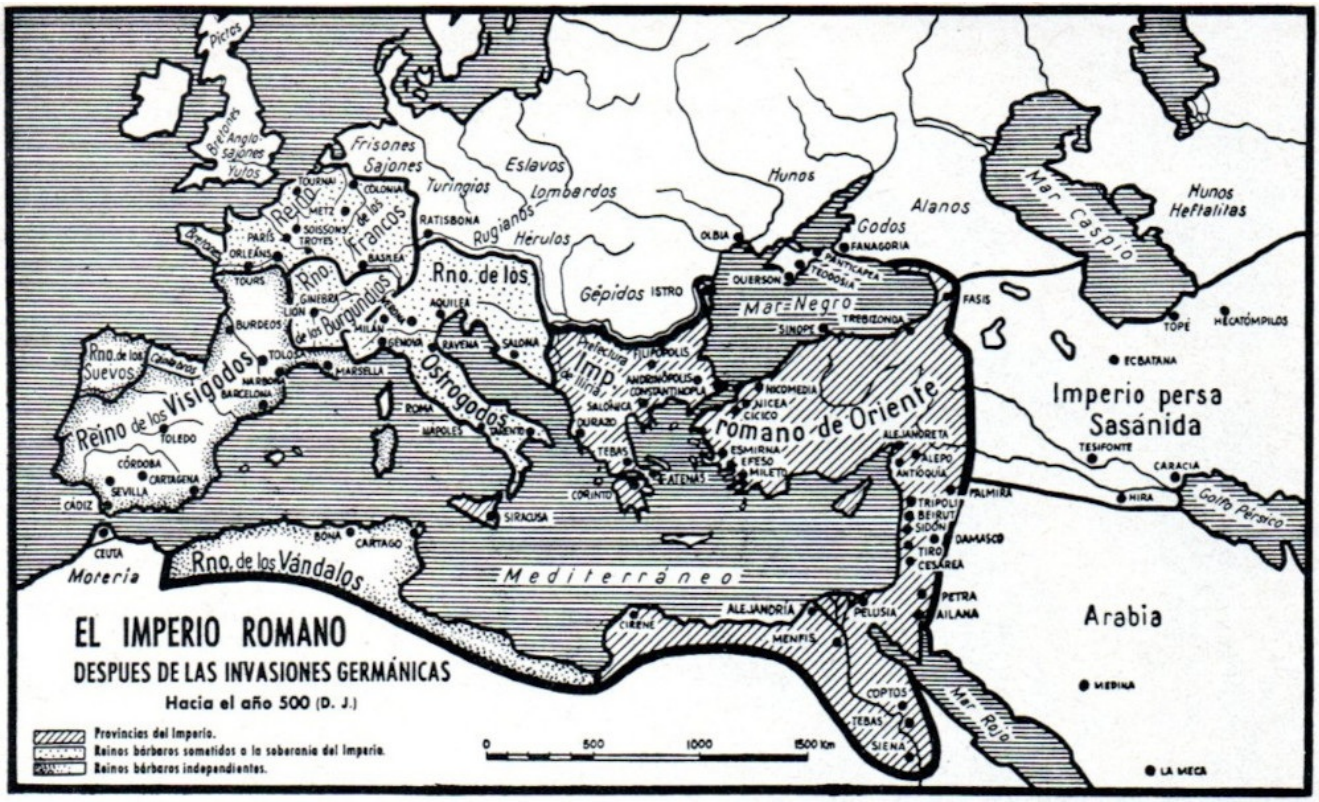
Sin embargo, con tanta ruina como habían acumulado, con la desorganización de la vida económica provocada por las invasiones, y como consecuencia de la tosquedad que sus costumbres iban propagando incluso en el seno de la aristocracia en la que habían ingresado a título de grandes terratenientes, los bárbaros provocaron una rápida decadencia de las instituciones y de la sociedad de Roma.

Los germanos no trajeron consigo nada específicamente nuevo, pero barbarizaron el imperio. En 417, Orosio, que los había tratado, los describía así: «Los godos son pérfidos, pero castos; los alanos son más viciosos, pero menos pérfidos; los francos, embusteros, pero hospitalarios; los sajones son de una crueldad espantosa, pero de una pureza de costumbres admirable». Eran, en toda la acepción de la palabra, primitivos. No eran, desde luego, los únicos responsables de la decadencia social, ya que esta se debía también a la evolución hacia el régimen señorial a que estaba sometido el Occidente desde la época constantina. La inseguridad creciente durante el período de las invasiones había contribuido a precipitarla. Los grandes terratenientes imponían su voluntad a pueblos enteros, transformaban en colonos a los pequeños propietarios que solicitaban su ayuda, y se arrogaban el derecho de jurisdicción sobre los ocupantes de sus tierras.

El individualismo del derecho romano no había podido resistir esa transformación social; los colonos, sujetos a las tierras del señor, no podían contraer matrimonio fuera de la heredad sin su consentimiento y sin pagar un tributo. El código teodosiano no podía evidentemente aplicarse a una población que se encaminaba de tal modo hacia semejante régimen de jerarquía hereditaria.

Además, el fraccionamiento del imperio entre reyes autónomos había dado al traste con la administración; solo subsistían las instituciones provinciales, más o menos desorganizadas, y los grandes servicios centrales habían desaparecido.

Pasado el período de anarquía fue, pues, necesario proceder a una refundición general del derecho romano. Jurisconsultos galorromanos prepararon compilaciones para uso de los jueces, que adaptaron el derecho a las nuevas necesidades. En 506, se dicta la «ley romana de los visigodos», conocida con el nombre de *Breviario de Alarico*, y hacia la misma época, «la ley romana de los burgundios». El derecho romano, tal como la Edad Media había de conocerlo hasta finales del siglo XI, quedaba fijado, y el *Breviario de Alarico* debía constituir la base del «derecho escrito» en el mediodía de Francia. Al mismo tiempo, las costumbres bárbaras se romanizaban tan rápidamente que, en el curso del siglo VII, el rey visigodo Recesvinto (649-672) publicó como «ley visigoda» un verdadero código romano suprimiendo la personalidad del derecho entre germanos y romanos. No quedaba, pues, de las instituciones germánicas más que el arcaico *wehrgeld*[2], que iba a ocupar un puesto en el régimen señorial en formación.



Claro es que la situación resultaba completamente diferente en las regiones fronterizas del imperio, donde los bárbaros, por una constante infiltración o verdadera inmigración de pueblos, se habían establecido en masa, anegando o destruyendo las poblaciones romanizadas cuyas tierras ocupaban. En la isla de Bretaña y en Flandes, lo mismo que en los países del Rin y del Danubio, predominó su influencia hasta tal punto que su lengua hizo desaparecer todos los dialectos latinos, y las instituciones romanas quedaron casi enteramente borradas ante las costumbres primitivas importadas.

ESTADO SOCIAL DE LOS GERMANOS NO ROMANIZADOS

Los germanos, antes de entrar en contacto con el imperio, no conocían ni la escritura ni la moneda, ni siquiera las transacciones comerciales. No tenían clero, y su religión, rudimentaria y consagrada como la de todos los pueblos primitivos a las fuerzas naturales, carecía de toda preocupación moral.

Ciertos germanos, sin embargo, habían estado sometidos a influencias civilizadoras. Varios siglos de relaciones con los griegos y los iranianos habían dado a los escitas un arte y una primera cultura que los godos recogieron; pero los germanos del Norte no habían conocido la civilización, ni siquiera a través de otros pueblos. Vivían en tribus, unidos por una estrecha solidaridad del culto y de la sangre, en la que solo contaba el grupo. Ni el derecho ni la moral trasponían su esfera, y el individuo no existía como concepto jurídico. Si estallaba un conflicto entre grupos, no podía ser resuelto más que por la guerra. Cada grupo estaba compuesto por

familias o *sippes* que reunían a todos los deudos descendientes de un mismo antepasado próximo. En la familia monogámica, creada por la compra de la esposa, la autoridad del padre o del abuelo era omnímoda.

Germano luchando ante su choza contra un soldado romano. Fragmento de un bajo relieve del Foro de Trajano, en Roma.

Desde este punto de vista, la evolución germánica estaba mucho más avanzada que la de los eslavos, que en la misma época ocupaban las llanuras de Rusia septentrional. La patria potestad, considerada como noción de autoridad jurídica, les era aún desconocida y solo la fuerza dominaba. A fines de invierno, abandonaban a los ancianos sobre los témpanos de hielo arrastrados por las corrientes de los ríos, para desembarazarse de ellos. Todavía en el siglo VIII, los wendas sacrificaban las mujeres a la muerte del marido, y ciertas tribus germánicas, sobre todo las escandinavas, no habían alcanzado el régimen de la familia patriarcal. Los ancianos quedaban excluidos de la comunidad, pero en vez de matarlos, como hacían los wendas, los reunían en chozas donde eran alimentados. A medida que se remontaba hacia el Norte, el grado de barbarie era más acentuado.

En la época de César, los germanos habitantes del Rin no conocían todavía la propiedad privada de la tierra. El suelo ocupado por la tribu se repartía entre las familias y periódicamente era objeto de nueva distribución. En tiempos de Tácito, las mismas tribus, obligadas a estabilizarse ante las fronteras romanas que les cerraban el paso, se iban civilizando lentamente. Las chozas, primeras propiedades privadas, fueron sustituidas por casas rudimentarias. El ganado comenzaba también a ser propiedad de las familias, entre quienes se repartía el usufructo de las tierras comunes de la tribu teniendo en cuenta el número de animales de tiro que poseían. Este sistema, introducido en Inglaterra por los anglos y los sajones, había de mantenerse en ciertas partes del país hasta el siglo XIII. La célula social de la sociedad germánica era la *sippe*, compuesta por una minoría de hombres libres que constituían una aristocracia, por numerosos clientes —gentes sin familia o restos de poblaciones vencidas—, y también por esclavos traídos como botín de guerra. Los nobles y sus clientes formaban el ejército. La tribu estaba representada por los guerreros en armas, que se reunían en asambleas para designar a sus jefes o sentenciar los litigios que las familias sometían al arbitraje popular.

Cuando los francos se establecieron en el imperio, el sistema puramente familiar comenzaba a estar dominado por una organización de tipo militar; «centenas», o grupos de cien familias, formaban el cuadro del ejército, y por consiguiente del

pueblo. En el seno de estas «centenas» apareció la primera organización judicial —siempre de carácter arbitral— destinada, no a lograr el respeto de la equidad, sino la seguridad del grupo. La justicia, rudimentaria y formalista como ocurre siempre en todos los pueblos primitivos, se limitaba a una «conjuración» de los miembros de los dos grupos litigantes, los cuales prestaban juramento conjuntamente para afirmar su legítimo derecho, y el triunfo correspondía al grupo más numeroso. Tal era la voluntad divina.

Después de penetrar en el imperio, los francos salios se habían fijado entre el Escalda y el Lis; los francos ripuarios, a lo largo del Bajo Rin, y los alamanes en Alsacia y en la antigua Retia. Después de haber hecho retroceder ante sí a la población romana, ocuparon las tierras abandonadas y crearon pueblos. Los jefes habíanse instalado en los grandes patrimonios. Clodoveo nació en Tournai, en una propiedad del fisco imperial. Pero como, desde el siglo III, el país se había visto arrasado muchas veces por los francos, antes de que estos se instalasen allí definitivamente muchas ciudades pequeñas y fincas romanas no eran más que ruinas.

La formación de aldeas había dado origen, junto a la antigua solidaridad de la *sippe*, basada en la sangre, a una solidaridad nueva creada por la vecindad.

En un principio, la tierra fue repartida entre las «centenas», las cuales, a partir de entonces, formaron divisiones territoriales; en el seno de las «centenas», había sido distribuida también entre las *sippes*, y más adelante, entre unas pocas familias que ya anteriormente se la habían apropiado, transformándose de este modo la antigua nobleza en aristocracia terrateniente.

Diosas Madres en el trono. Relieve.
Museo Provincial. Bonn.

La tierra constituía un acervo común, era inalienable y no podía pertenecer más que a los hombres, pues las mujeres, al contraer matrimonio, hubieran hecho salir de la familia el derecho de propiedad.

A falta de legatario consanguíneo, la solidaridad del pueblo hacía del vecino el heredero natural. Esta sucesión, basada en la vecindad, fue suprimida hacia 575 por un edicto de Chilperico. En cuanto a la solidaridad de la propiedad familiar, aún existía en el siglo VII entre los francos y alemanes[3].

LA MONARQUÍA FRANCA

Estabilizadas sobre las tierras, las tribus francas se organizaron militarmente, y la designación de un jefe permanente del ejército, escogido en la *sippe* más poderosa, hizo aparecer la realeza en el siglo V. Era esta una monarquía electiva, aristocrática y militar. Un rey de los francos salios, de la estirpe de los merovingios, tomó parte en la batalla de los Campos Cataláunicos como federado del imperio. A partir de entonces, los reyes salios no cejarían en su empeño de extenderse hacia el Sur, y otro merovingio, Childerico, aparecería en el Loira, siendo rechazado en Tournai por Siagrio. Mas a partir de 480, Clodoveo se apoderó, ciudad tras ciudad, de todo el territorio romano de Siagrio, y veinte años más tarde, el reyezuelo de Tournai había conquistado casi toda Francia a los alamanes, burgundios y visigodos.

Si pudo lograrlo, ello se debió al apoyo de los obispos. Clodoveo era pagano; los burgundios y los visigodos, heréticos. La Iglesia lanzó contra estos a Clodoveo, casado con una princesa burgundia católica, haciéndole su adalid. Convertido en 506, sería más tarde el servidor de la ortodoxia que le había dado la victoria.

La gran pugna que divide en aquel momento al Occidente no es, en efecto, un conflicto entre romanos y bárbaros, sino entre la ortodoxia y el arrianismo. La Iglesia prefería un gentil francamente bárbaro, a quien podría convertir al catolicismo, a los reyes burgundios y visigodos, romanizados y cristianos, pero arrianos. Además, entre los germanos no existía solidaridad de raza, y Clodoveo, germano, detuvo la oleada de alamanes que amenazaban germanizar profundamente la Galia. Pagano recientemente convertido, restauró la unidad cristiana y estableció en París la monarquía franca a base de una estrecha alianza entre el rey y la Iglesia.

En 507, la batalla de Vouillé, que rechazó al rey visigodo Alarico II a España, entregó casi toda la Galia a Clodoveo, con excepción de la Bretaña y la costa mediterránea, divididas entre los reinos visigodo y ostrogodo.

La Provenza y la Septimania fueron incorporadas al reino franco veinticinco años más tarde. De este modo, logró Clodoveo la posesión del gran puerto de Marsella y de las ciudades provenzales que desempeñarían papel tan preponderante en la evolución económica y política del reino hasta la invasión del Islam.

Los estados de Clodoveo presentaban un carácter híbrido. En el Norte, los francos ocupaban las provincias todavía flamencas en la Bélgica actual, viviendo en ellas según sus costumbres nacionales. Desde Tournai al Loira, Clodoveo instaló, en las ciudades del fisco romano, a jefes o soldados francos que fueron rápidamente absorbidos por la población latina. Al sur del Loira, la Galia siguió siendo enteramente galorromana.

Las costumbres germánicas se mantuvieron más arraigadas al norte del reino franco. Compiladas tal vez en lengua germánica con anterioridad a Clodoveo, fueron redactadas en lengua latina, al parecer durante su reinado, para formar la Ley sálica. Se trata únicamente de un código penal, de una relación de avenencias —*wehrgeld*— que sustituía a las guerras privadas, hallándose totalmente ausente en la misma la influencia romana. Las conquistas de Clodoveo no dieron a los francos una posición dominante en el reino. Los reyes merovingios se desinteresaron del pueblo, cuya masa se había fijado en Flandes, hasta el punto de no obligarle siguiera a evangelizarse. Solo en el siglo VII, los misioneros aquitanos San Remado y San Amando lograron cristianizar a los francos. La Ley sálica ejerció en la Galia muy poca influencia, ya que aplicada íntegramente en el Norte y conjuntamente con el derecho romano en el centro de Francia, fue del todo desconocida al sur del Loira.

En cambio, las instituciones romanas se impusieron a los germanos. Aparece su huella profunda en la ley de los francorripuarios, redactada en los siglos VI y VII, y asimismo en la ley de los alamanes codificada por Clotario II (584-628).

Para comprender la historia social y política de la Galia, bajo los merovingios y carolingios, es muy importante darse cuenta de su dualidad, germánica en el Norte y galorromana en el Sur. En ambas regiones, tan profundamente semejantes y sometidas a regímenes jurídicos diametralmente opuestos, se desarrolla una doble evolución jurídica. En el Norte, el régimen germánico de la posesión solidaria se orienta hacia la propiedad familiar, siguiendo un proceso que disloca cada vez más el grupo primitivo. En el Sur, el régimen romano de la propiedad individual desaparece para fundirse en un sistema señorial en cuyo seno se reconstituye la solidaridad de parentesco. Estas dos evoluciones en sentido contrario —progresiva en los germanos, que pasan de la solidaridad de tribu a la propiedad privada, y decadente en los galorromanos, cuya sociedad individualista desaparece absorbida por la organización patrimonial— se encuentran en la época carolingia para fusionarse en un mismo sistema que será el del feudalismo señorial.

Mientras germanos y galorromanos tuvieron organización social diferente, se mantuvo el sistema de la personalidad del derecho, es decir, vivieron unos y otros bajo su derecho nacional, y cuando las evoluciones a que estaban sometidos se fundieron, uniéndolos en una misma organización social, el sistema de la personalidad desapareció ante el de la territorialidad del derecho, o dicho de manera más explícita, que era el territorio y no la nacionalidad de los ocupantes lo que determinaba sus estatuto jurídico.

Nereidas bailando. Relieve copto.

Los reyes francos perdieron rápidamente su carácter germánico. Enriquecidos por la confiscación de tierras del fisco romano y rodeados de funcionarios también romanos, cesaron de ser reyes electivos para transformarse, según la teoría imperial del poder, en soberanos absolutos.

Las riquezas de la Provenza, sus ciudades, su actividad comercial, el rendimiento de los impuestos y los derechos de peaje, acabaron de orientar a la monarquía merovingia hacia el Sur. La población franca, olvidada en el Norte, continuó su evolución hacia la gran propiedad señorial, sin desempeñar el más ínfimo papel en los destinos de *Francia*.

En adelante, el rey reside en París, Soissons, Metz, Reims u Orleáns, y su política está dirigida por la Galia romana y por la Iglesia, a la cual domina como el emperador domina a aquella en Constantinopla. Y se adapta a la gobernación romana, cuyos funcionarios continúan administrando las finanzas, los impuestos y los derechos de peaje. Del mismo modo que bajo el imperio, la administración sigue siendo laica y seglar.

En conjunto, las instituciones romanas, aunque muy decadentes[4], sobrevivieron a la invasión. Las ciudades conservan sus gobernadores con el nombre honorífico de condes[5], y su jurisdicción y sus corporaciones subsisten. El Estado sigue asentado sobre la base fiscal sobre la que depende la retribución de sus funcionarios. La economía monetaria se mantiene, así como el comercio, en gran parte en manos de sirios y judíos.

Las ciudades, a pesar de la decadencia que atraviesan desde el siglo III y que ha reducido a las del norte y centro de la Galia a unos cuantos millares de habitantes, siguen constituyendo, en el Sur, el marco de la economía. En las costas, a lo largo de los ríos y en las grandes rutas del tráfico, Marsella, Frejus, Arlés, Orange, Lyon y Tolosa —Toulouse— concentran el comercio internacional y marítimo.

La Galia, por Marsella, sigue en relación con Cartago, Cartagena, Alejandría, Constantinopla, Antioquía y Éfeso, centros esenciales que mantienen la unidad de la vida económica del Mediterráneo, completamente dependiente del Oriente. La moneda de todos los reinos bárbaros tiene como patrón las piezas de oro bizantinas, siendo solo los anglosajones, independientes de la economía imperial, los que emplean el patrón plata.

La seda, las especias, el papiro, el cristal y los productos de lujo son importados de Oriente, y como flete de retorno Marsella embarca madera, tejidos, paños, vestidos y también esclavos, tomados a los sajones, a los turingios e incluso a los wendas, y cuyos principales mercados son Verdún y Marsella. Pero la cristalería gala, tan célebre en el siglo IV, ha desaparecido, signo característico de la decadencia económica después de las invasiones.

Junto a la unidad religiosa, un intenso tráfico marítimo mantiene entre todos los países mediterráneos, y por encima de los reinos bárbaros, una solidaridad económica que guarda la noción del imperio y coopera a que la civilización romana pueda absorber a la de los invasores.

Incluso en África, donde Genserico fundó un reino independiente que rechazó en absoluto la autoridad del emperador, los vándalos fueron absorbidos. Llegados como conquistadores, confiscaron las tierras de los propietarios romanos para entregarlas a los primates bárbaros, instalándose en el país como nobleza militar privilegiada. Y sin embargo, la cultura romana pronto los invadió a su vez. A partir de 442, Genserico, que reconoce al emperador como rey independiente, aplasta una insurrección de la nobleza vándala, obstinada en mantener una organización aristocrática de moldes germánicos. Si aspira aquel a sustituir al emperador, también pretende ser soberano absoluto, a la romana. Declara el latín lengua oficial del reino y se rodea, en Cartago, de una corte que imita a la de Constantinopla. Lo mismo que el emperador, los reyes vándalos quisieron asentar su poder sobre la Iglesia, cuya unidad procuraron mantener dentro del reino, y lanzáronse, como hicieron los arrianos, a furiosas persecuciones contra los católicos, actitud que debía contribuir a su rápida caída.

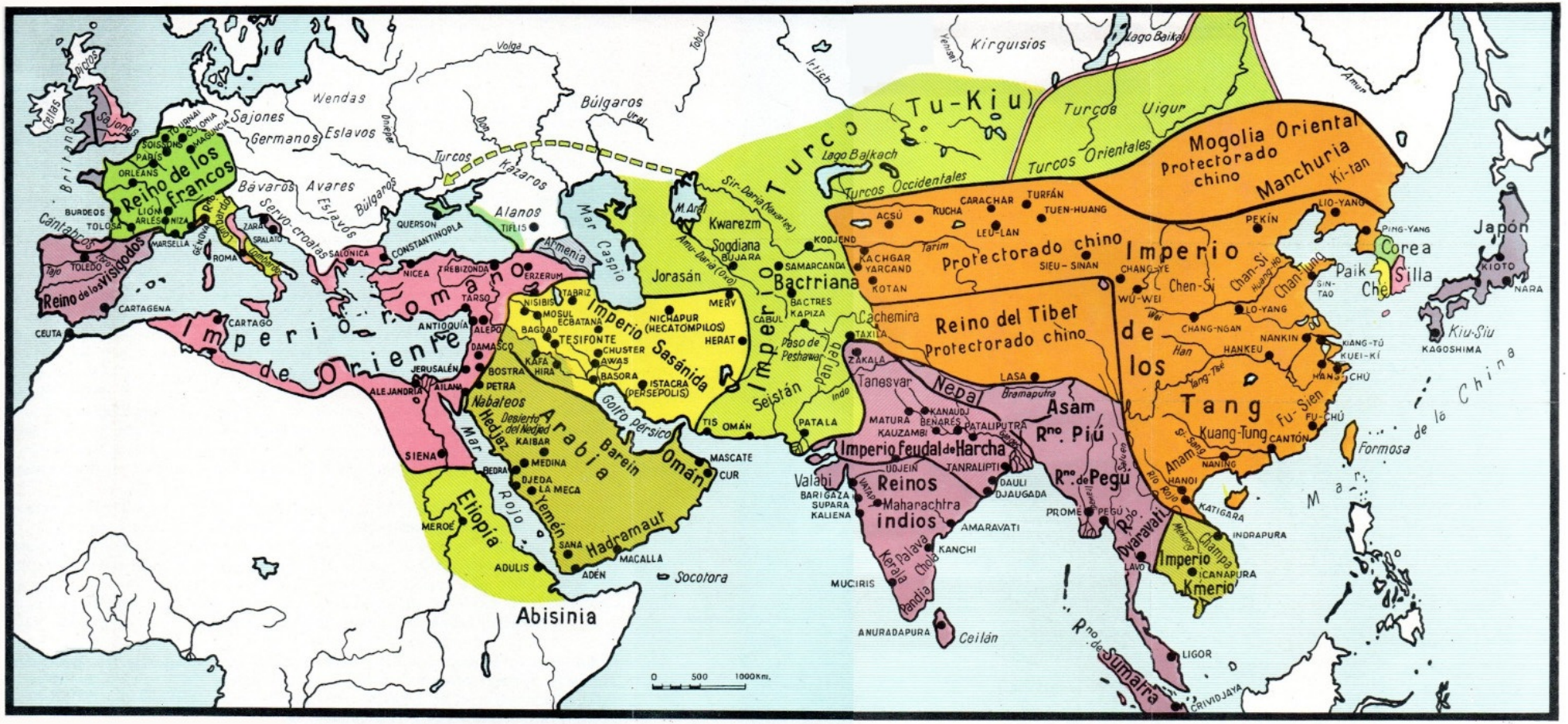
EL ÁFRICA VÁNDALA

Sucede en el Imperio romano de Occidente lo mismo que había ocurrido en el reino de los seléucidas en los siglos II y I antes de Jesucristo. Las provincias, al transformarse en estados casi independientes, arrebatan a la monarquía la exclusiva de la soberanía y la feudalizan. Un movimiento centrífugo disloca el imperio antes de destruirlo y ciertas provincias llegan hasta a separarse completamente. Pero así como el helenismo sobrevivió al fraccionamiento del Asia seléucida, la *Romania* subsiste incluso en aquellos países que, como África, rompen con la autoridad imperial, porque la unidad económica creada por el mar agrupa, en un mismo todo, tanto a los estados surgidos de entre las ruinas del imperio de Occidente, como al de Bizancio, cuya tradición cesárea perdura intacta.

El mundo en vísperas de la expansión del Islam

630 D. J.

N.º 5



- Imperio romano de Oriente
- Abisinia y zona de influencia romana (por intermedio de Egipto)
- Reino de los francos
- » » » lombardos
- » » » visigodos
- Reinos sajones
- Celtas
- Zonas dominadas por ciudades griegas
- Imperio persa de los sasánidas
- Armenia
- Imperio feudal indio de Harcha
- Estados indios o de influencia indostánica
- Imperio kmerio
- » chino
- » del Japón
- Reino de Kokuli
- » » Paik-Ché
- » » Silla

Estados coreanos independientes

- Kanato de los turcos orientales, vasallo del Imperio chino
- Migración turca hacia las estepas rusas
- Cántabros
- Reinos y tribus árabes
- Imperio nómada feudal de los turcos

2. Justiniano reconquista el Mediterráneo[*]

SITUACIÓN DEL ORIENTE EN EL SIGLO V Y DECADENCIA DE EGIPTO

Frente al Occidente, que se divide en reinos bárbaros romanizados, el imperio de Oriente atraviesa en el siglo V una crisis social de las más graves. La expansión del régimen patrimonial y del colonato da como resultado, en Egipto principalmente, el sometimiento de la masa del pueblo a una pequeña minoría de grandes propietarios agrícolas, y la evolución social comenzada por la política autárquica de los Ptolomeos llega a su fin. Se recordará que, en el siglo II antes de Jesucristo, el estatismo autárquico había impuesto a Egipto una política de economía dirigida, cuyo resultado había sido aislar al país del resto del mundo. Únicamente Alejandría continuaba en contacto directo con el comercio internacional. La consecuencia fue una rápida decadencia de todas las ciudades egipcias del Delta, en otro tiempo tan ricas y pobladas, y el éxodo de toda la burguesía activa hacia Alejandría. En el país mismo, no habían quedado más que campesinos, sacerdotes, funcionarios y grandes terratenientes. La clase selecta helenizada se había separado totalmente de la masa del pueblo, vinculada hereditariamente a las grandes propiedades. Cleopatra había roto el marco autárquico de Egipto, pero, desde Augusto, los emperadores habían reanudado por su cuenta los métodos fiscales de los Ptolomeos y la población egipcia se vio cada vez más explotada por el fisco y los grandes propietarios helenizados, que por otra parte se apoderaban paulatinamente de las altas funciones administrativas.

La reforma de Cleopatra había llegado demasiado tarde para reanimar la actividad que antaño disfrutaron las ciudades egipcias, ya que la civilización urbana estaba demasiado decadente para lograr su resurgimiento. Egipto había sido, desde hacía treinta siglos, un país esencialmente urbano, en el sentido de que su actividad económica, artística, moral y política estaba dominada por la influencia de las ciudades, y el fin de su era urbana —extinguida durante el Imperio romano— tuvo como consecuencia una enorme disminución demográfica. De ocho o diez millones de almas en la época ptolomeica, no era, en el momento de la aparición del Islam, más que de unos seis millones, entre los cuales se contaban 200 000 habitantes helenizados. La grandeza y prosperidad de Alejandría disimulaban la ruina profunda de Egipto, que no había ya de curar de los males de la política estatal de los Ptolomeos, siguiendo en forma de explotación fiscal por los emperadores.

La consecuencia fue doble: social y económica. Desde el punto de vista social, el pueblo esclavizado, que conservaba sus antiguas aspiraciones individualistas, se alzó contra los terratenientes y se produjo un verdadero antagonismo de clase entre colonos y señores. Los colonos hablaban un idioma egipcio —copto— y su devoción, traducida entonces por sentimientos cristianos como anteriormente se había

manifestado en el misticismo osiríaco, los agrupaba en torno al clero. Por el contrario, los propietarios hablaban la lengua griega y ocupaban los altos puestos administrativos. De este modo, la oposición social adoptaba el carácter de una reacción nacional egipcia contra la aristocracia helénica. Por otra parte, apoyándose en el pueblo, el clero trataba de conquistar el poder que le era disputado por la aristocracia terrateniente y administrativa sostenida por el gobierno de Constantinopla. El régimen señorial provocaba así en Egipto dos corrientes opuestas que tendían a la feudalización del país: una, sacerdotal, y otra, nobiliaria, que al neutralizarse una con otra permitían al emperador conservar intacto su poder. A la oposición social y nacional siguió una oposición religiosa. El pueblo —no solo del campo, sino también el proletariado de Alejandría— se adhirió con entusiasmo al monofisismo, tan enteramente influido, en el siglo V, de aquel misticismo neo-platónico estrechamente emparentado con los sentimientos religiosos del antiguo Egipto; los aristócratas griegos, por el contrario, siguieron, en general, fieles a la ortodoxia católica. Por esta causa, la crisis monofisista del siglo V revistió una gravedad extraordinaria, explicando su carácter social los disturbios y asesinatos a que dio lugar constantemente el conflicto religioso.

Ruinas de la basílica cristiana de Dchemila. Siglo V.

Teatro romano de Efeso.

Basílica de San Simón, en Qalaat Selman. Ruinas de lo que fue gran patio del convento.

El monofisismo convirtiose así en Egipto en foco del movimiento popular y nacional. El pueblo rechazó la influencia griega. Pero había perdido sus mejores elementos y el renacimiento de la literatura egipcia, en lengua copta, fracasó lastimosamente. Su representante más eminente fue Chenudi, que llegaría a ser el santón de Egipto y era, a la vez, místico y revolucionario, quería degollar a los

propietarios, abogados y escritores griegos de Egipto, a quienes acusaba de paganos o herejes; el odio social se confundía, en él, con el sentimiento nacionalista y el fanatismo religioso.

El patriarca de Alejandría, que aspiraba a la dominación de Egipto, se hizo adalid del monofisismo, apoyado por el clero y el pueblo.

La degeneración social corría parejas con la decadencia económica, y la ruina de las ciudades había privado al país de su gran actividad industrial anterior. Alejandría sufría las repercusiones de este hecho. Sin embargo, continuó siendo el principal centro del tráfico internacional del imperio y mercado de los productos de la India. La ciudad de Coptos, en el Alto Egipto, en comunicación directa con el mar Rojo por el Uadi-Hammamat y el puerto de Leucos-Limen (la antigua Coseir), conservaba también su importancia como etapa en la ruta de Oriente. El comercio de la India continuaba en mano de los negociantes egipcios. Pero mientras que en el siglo II los nautas egipcios llegaban directamente al puerto de Muciris, en la India, y a la isla de Ceilán, y los mercaderes romanos se instalaban en Barigaza e incluso en Cantón, las embarcaciones egipcias, cuya base marítima era Ailana, en el mar Rojo, no llegaban en el siglo V más allá del puerto de Adulis, en Abisinia. La navegación había vuelto a ser lo que en el Imperio Antiguo, cuando no se aventuraba más lejos del país del Ponto. Abisinia, por el contrario, había conquistado eminente lugar en el tráfico internacional y sus navíos surcaban el mar hasta Ceilán, frecuentando los puertos de Arabia y del golfo Pérsico. La seda de China, que constituía la principal riqueza de las ciudades sirias, se importaba en el imperio por el puerto de Adulis, y en relación con este comercio se instaló una importante colonia de mercaderes egipcios en dicha ciudad, gracias a la cual penetró el cristianismo en Abisinia a partir del siglo IV.

LA REACCIÓN NACIONAL EN SIRIA

En Siria, la situación se presentaba de manera muy diferente. El Imperio seléucida se había dislocado, pero sin arrastrar en su ruina a las ricas ciudades de la costa siria. La civilización urbana había conservado, de manera mucho más vivaz que en Egipto, la influencia helénica. Los grandes negocios que hacían las ciudades fenicias, y las nuevas creadas por los seléucidas, mantenían la corriente cosmopolita, vehículo del helenismo. Beirut, sede de la ilustre escuela de derecho, era uno de los centros principales del pensamiento helénico. En el campo, sin embargo, al extenderse el régimen señorial había producido las mismas consecuencias que en Egipto: la población rural había sido progresivamente subyugada por los grandes terratenientes, contra los cuales buscó apoyo cerca del clero. Igual antagonismo existía entre los propietarios helenizados y los clérigos, que atraídos por el pueblo que reaccionaba contra la opresión social alzáronse también contra el helenismo. La literatura siríaca volvió a florecer y, lo mismo que sucedía en Egipto, el movimiento nacional de Siria se asociaba a la herejía monofisita.

PALESTINA

En Palestina, por el contrario, el monofisismo fracasó. El patriarca de Jerusalén permaneció fiel a la ortodoxia católica, pero es que en Palestina la población autóctona era rebelde al cristianismo. Solo la burguesía helenizada había ejercido influencia sobre la Iglesia, y allí, como en otras partes, los helenizados, en el siglo V, se habían mantenido afectos a la ortodoxia en su mayoría. Palestina llegó a ser en aquella época uno de los focos del helenismo; Gaza, sobre todo, adquirió el aspecto de una verdadera ciudad griega.

LA RECONSTITUCIÓN DEL PODER EN EL IMPERIO DE ORIENTE COMO REACCIÓN CONTRA EL ESTATISMO

La situación social y religiosa de las provincias orientales, las más ricas del imperio, ejerció influencia determinante en la historia de los siglos V y VI. Dos fuerzas se enfrentaban: la aristocracia patrimonial, contra la cual se alzaba la hostilidad cada vez más viva de las poblaciones esclavizadas, y la población urbana. Esta, representada frente al Estado por la pequeña aristocracia local de los curiales, terratenientes a quienes estaba vedado el acceso a las profesiones mercantiles, se hallaba dominada económicamente por los hombres de negocios, quienes, por sus intereses en el tráfico internacional, tenían en sus manos los destinos del imperio.

El imperio de Occidente se había visto arrastrado a una decadencia irremediable, provocada por el triunfo de la clase de propietarios de la tierra transformados en señores. En Oriente, la influencia de las ciudades dominaba. Constantinopla era un gran mercado internacional, centro de la banca y de una industria próspera, y Salónica, Corinto, las numerosas ciudades del Asia Menor, las de Siria, entre las cuales ocupaba Antioquía una situación preponderante, Gazza, en Palestina, y en Egipto, Alejandría, el puerto más frecuentado del Mediterráneo, constituían la verdadera armazón del imperio. Estas ciudades debían determinar necesariamente la política de los emperadores en su obra de reconstrucción durante el siglo V.

Mezquita del sultán Ahmed, en Constantinopla.

En el momento en que Odoacro derrocaba en Roma al emperador ficticio Rómulo Augústulo (476), el isaurio Zenón se adueñaba del trono en Constantinopla. Era, según parece, un antiguo pirata a quien el emperador León († 474) había utilizado en la lucha contra la influencia del excesivamente poderoso ministro Aspar, apoyado por las tropas federadas ostrogodas. El advenimiento de Zenón no provocó crisis dinástica alguna. Y era todavía tal el prestigio imperial, que Odoacro, dueño de Roma, le devolvió, como se recordará, las insignias imperiales y lo reconoció como jefe.

La unidad del imperio quedaba reconstituida jurídicamente en beneficio del emperador de Constantinopla. El período crítico de las invasiones había pasado y el Oriente salía intacto de ellas. La crisis que terminaba debió parecer a los contemporáneos igual a aquella que fraccionó el imperio en el siglo III. Los emperadores iban a emprender su reconstrucción con toda energía.

Como los ostrogodos devastaban las provincias balcánicas, Zenón envió al más poderoso de sus jefes, Teodorico, a Italia, el cual se instaló en Rávena. Completamente romanizado, en poco tiempo dio a su corte y a su gobierno un carácter perfectamente imperial y pronto reunió bajo su soberanía a todos los reyes bárbaros, lo que indicaba claramente que el imperio de Occidente parecía reconstituirse como federación de reinos.

Zenón, cruel y sanguinario, tuvo como sucesor a un funcionario palatino, el epirota Anastasio (491-518), a quien la viuda del primero llevó al trono casándose con él. El nuevo emperador se consagró a la reconstrucción metódica del imperio, y comprendiendo que su mayor peligro era el fraccionamiento señorial asumió la

defensa de la pequeña propiedad contra la influencia de los grandes terratenientes, dedicándose también a favorecer la actividad de las ciudades, gracias a las cuales el imperio de Occidente disponía de grandes recursos financieros. La existencia de importantes centros comerciales era, por otra parte, condición esencial para el mantenimiento de la pequeña propiedad rural, por la salida que ofrecían a los productos agrícolas.

Para dar vigor a las ciudades, Anastasio I rompió con los principios estatales que habían implantado Constantino y sus sucesores, y reduciendo los privilegios aplastantes del fisco, contribuyó a liberar la iniciativa individual de la mordaza autoritaria que la ahogaba. Una primera reforma suprimió la responsabilidad solidaria de los curiales en materia fiscal, confiando la percepción de los impuestos a funcionarios especiales. Si se recuerdan las consecuencias jurídicas y sociales que había, acumulado esta responsabilidad colectiva de los curiales, se comprenderá cuán importante era su desaparición, ya que les devolvía la libre disposición de bienes.

Más tarde, el emperador se esforzó en mejorar la administración de las ciudades devolviéndoles cierta independencia política. Los funcionarios municipales encargados de adquirir el trigo para el abastecimiento urbano fueron elegidos, por el obispo y los terratenientes, entre los funcionarios del gobierno provincial, y el «defensor» de la ciudad, hasta entonces nombrado por el emperador, fue en lo sucesivo elegido también por el obispo, los grandes propietarios y los curiales. Y para evitar abusos, se confió a los obispos la vigilancia de la intendencia militar. El obispo, elegido por la comunidad de los cristianos, asumía así una especie de tutela sobre la administración, cuyo saneamiento era el objetivo del emperador.

Valentiniano I había concedido al fisco los dos tercios de los ingresos municipales, y Anastasio hizo que estas recaudaciones se invirtieran íntegramente en beneficio de las ciudades mismas.

En cuanto a la economía patrimonial, organizada sobre la base del colonato, no había posibilidad de suprimirla por hallarse demasiado vinculada a la armazón fiscal del imperio. Pero con el fin de impedir que aumentara la servidumbre de los campesinos, una ley estableció que los colonos no serían considerados como siervos de la gleba más que en caso de haber ocupado durante treinta años la misma parcela. Además, en lugar de convertirse en colonos siervos, conservarían su libertad con capacidad para poseer y, por consiguiente, para disponer de sus bienes, sin ninguna intervención del señor. Era la aplicación del principio que había hecho suprimir la responsabilidad solidaria de los curiales frente al fisco. El emperador, tanto en las ciudades como en el campo, se esforzaba en dar a la clase media la libre disposición de sus bienes que la política estatista había suprimido.

Batalla marítima romana. Relieve.
Colección privada. Madrid.

San Apolinar el Nuevo, en Rávena.

La orientación fiscal de Anastasio se coordinó con su política social. A su advenimiento, condonó a los deudores los impuestos atrasados, y más tarde aligeró las cargas que pesaban sobre las clases pobres y se esforzó por reanimar, mediante subsidios, las regiones devastadas por la guerra o en situación difícil debida a las malas cosechas.

Si Anastasio pudo ir contra la corriente estatista y señorial, ello fue porque el Oriente había conservado una actividad económica internacional cuya prosperidad aumentó considerablemente después de las grandes invasiones.

Los reyes sasánidas eran dueños de las rutas terrestres y marítimas que, por el Asia Central y el golfo Pérsico, alcanzaban la India y China, y se reservaban rigurosamente el monopolio, percibiendo derechos onerosos sobre el comercio de la seda, de las especias y de las piedras preciosas importadas de Oriente, lo que entorpecía gravemente las exportaciones romanas hacia el Asia. Para eludir esa tutela, el comercio romano disponía aún, sin embargo, de la ruta del mar Rojo.

Por intermedio de Abisinia, el imperio estaba en contacto con la India, a pesar de la decadencia de su marina mercante. La paz y la buena administración de la hacienda, bajo Anastasio, favorecieron el tráfico con Oriente.

La debilidad de Roma la ocasionaba siempre su balanza comercial deficitaria. El imperio de Oriente supo evitar este peligro favoreciendo el desarrollo de las industrias de lujo en Antioquía, Beirut, Tiro y, en general, en todas las ciudades del Asia Menor y de Siria, las cuales por sus exportaciones y su papel de mercados internacionales vinícolas, de púrpura, cueros repujados y orfebrería, hacían afluir al imperio los metales preciosos que garantizaban su estabilidad monetaria. Su prosperidad animaba el puerto de Alejandría, mercado de especias y papiros, y la banca de Constantinopla, que como organizadora del crédito necesario para los negocios obtenía grandes beneficios.

Interior del templo de Santa Sofía, en Constantinopla.

A su advenimiento, Anastasio había encontrado el Tesoro cargado de deudas originadas por la ruinosa guerra de 458 contra los vándalos. Después de veintisiete años de reinado, sus arcas poseían una reserva de veintitrés millones de sueldos oro. Sin lugar a dudas, contribuyó grandemente a este resultado su hábil administración

financiera, pero si se piensa que el presupuesto de ingresos anuales no excedía de siete millones de sueldos oro, se admitirá que la prosperidad del fisco no pudo tener otro origen que la prosperidad económica del imperio. La hacienda imperial, por medio de sus amplias operaciones de crédito, realizó ganancias considerables prestando a los negociantes fondos del Estado a un 6 por 100 de interés, y las aduanas no solo percibían derechos de importación y exportación, sino que Anastasio, al adscribir a la administración de aduanas a hombres de negocios encargados de las operaciones mercantiles del Estado, trató probablemente de obtener rendimientos directos de las cantidades recaudadas.

La emperatriz Teodora de Bizancio. Mosaico.
Iglesia de San Vital, en Rávena.

La abundancia de numerario prueba que durante su reinado la balanza comercial debió de ser muy favorable. La repercusión de este fenómeno se dejó sentir en todo el Mediterráneo, ya que el incremento de la economía monetaria que se observa en Occidente a fines del siglo V no puede provenir más que del resurgimiento del comercio de las ciudades de Oriente con Occidente.

La restauración de la hacienda permitió a Anastasio reorganizar el ejército. En el siglo IV, los bárbaros habían sido excluidos de su seno, mas como el voluntariado no proporcionaba efectivos suficientes, en el siglo V se recurrió de nuevo a los bárbaros, pero no para que se alistaran con sus propios jefes como partidas armadas al servicio del imperio, sino para ser incorporados en regimientos de caballería al mando de oficiales romanos.

LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS

La reconstitución del poder imperial tropezaba, sin embargo, con un obstáculo de suma gravedad: la unidad del imperio se resquebrajaba. En Egipto y en Siria, los conflictos sociales y los movimientos nacionales rompían la homogeneidad de cultura que se había formado desde la época helenística en el Mediterráneo oriental. El griego cedía ante el copto y el sirio, y el sentimiento de unidad imperial se debilitaba. La arbitrariedad que el estatismo autoritario había tolerado a la oligarquía administrativa, desde el siglo IV, acarreó una profunda decadencia en las costumbres. En las provincias de Asia, la tortura, aun cuando no estaba admitida por el derecho vigente, se difundía cada vez más en la práctica penal, y la crueldad, pese al triunfo

del cristianismo, estaba a la orden del día. Sin duda, la sociedad se hallaba dividida por corrientes contradictorias. Anastasio, por ejemplo, prohibió los combates de gladiadores en los circos; pero, en conjunto, el retroceso de la moral resultaba manifiesto, y tanto la instrucción como el pensamiento atravesaban un período de franca regresión.

La dislocación del imperio iba acompañada de conflictos cada vez más graves. El monofisismo, que aparecía como religión nacional en Egipto, hizo con Anastasio la conquista de Antioquía, mientras que los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén —por otra parte en lucha con el papa— continuaban siendo católicos. Al mismo tiempo, la escuela de Edesa se pronunciaba por la herejía nestoriana implantada en Persia, y en Occidente, el arrianismo triunfaba con Teodorico, soberano de todas las cortes germánicas.

Clodoveo fue el único, entre todos los reyes bárbaros, que se convirtió al catolicismo. Se concebirá la enorme importancia de esta conversión para Roma en momentos en que la Iglesia se desgarraba en disensiones intestinas tan graves que en todas partes provocaban revueltas, asesinatos y, a veces, incluso horribles matanzas.

El propio emperador Anastasio era monofisita por convicción y, también, por política, puesto que Egipto y Siria, provincias sobre las cuales descansaba toda la vida económica del imperio, habían abrazado tal secta. Para no romper con los patriarcas de Alejandría y Antioquía se puso frente al papa, y Simaco († 514) le declaró hereje. La ruptura entre el pontífice y el emperador provocó la defección de Teodorico, único vínculo entre la autoridad imperial y los reinos bárbaros de Occidente. En la misma ciudad de Constantinopla, el pueblo tomó partido violentamente por el patriarca católico contra el emperador herético, quien, por otra parte y solo a duras penas, logró sofocar un alzamiento del ejército y la armada.

JUSTINIANO RECONQUISTA EL IMPERIO

A la muerte de Anastasio (518) se produjo una reacción contra el monofisismo y la influencia de las provincias orientales. Las dos terceras partes del imperio de Oriente —sobre todo las comarcas helenizadas— eran católicas. Un rudo soldado ilirio, Justino I, de lengua latina, acuciado por su sobrino Justiniano, que intrigaba para adueñarse del poder, fue elegido emperador.

Entronizado en 527, Justiniano se dispone a emprender, por la fuerza de las armas, la reconquista del imperio al que concibe como un estado mediterráneo, con el mar como eje y condicionado por sus intereses económicos.

Para mayor facilidad, se encontró que el gobierno de Anastasio había dotado al imperio de un enorme poder financiero y militar, la moneda se había estabilizado y la prosperidad económica era grande.

Justiniano concibió la restauración imperial sobre una doble base: marítima y económica por una parte, y religiosa, por otra. De este modo, el imperio volvería a

ejercer su dominio en la totalidad de los países mediterráneos, y el imán de su unidad sería la ortodoxia religiosa.

Interior de la Iglesia de San Vital, en Rávena. Alrededor de 547.

Esto explica que Justiniano fijara su atención en la Galia, único país católico entre todos los estados bárbaros, para buscar en él un punto de apoyo. Cierto es que la Galia resultaba menos importante para Constantinopla que España o África, así como también que la corte merovingia estaba bastante menos civilizada que la de los reyes vándalos, visigodos u ostrogodos; mas por el hecho de ser católicos, los reyes merovingios se hallaban sostenidos por Roma y contaban con la simpatía de las poblaciones romanas. Por el contrario, los demás reyes germanos, que se habían mantenido fieles al arrianismo, merecían el desprecio de sus súbditos romanos, no por bárbaros, sino por profesar la herejía de Arrio. Ahora bien, Justiniano, para rehacer el imperio, debía ser acatado por las poblaciones romanas, lo que hubiera hecho imposible todo conflicto con el papa.

La guerra que iba a emprender tendría, pues, un carácter político y religioso. Su finalidad era, a la vez, reconstituir la unidad del imperio y la de la Iglesia.

Antes de lanzarse a la lucha, Justiniano restableció la paz en sus fronteras orientales (532), poniendo término a la guerra en que el imperio se había visto empeñado infructuosamente con los persas, durante seis años. Después atacó a Cartago, llave del Mediterráneo central. Una flota de quinientas unidades desembarcó en África al ejército de invasión. El reino vándalo, que había perdido su originaria fuerza militar, se derrumbó, y la posesión de Cartago devolvía el Mediterráneo a Constantinopla. Sus escuadras ocuparon Córcega, Cerdeña y las islas Baleares. Atacada al mismo tiempo por Sicilia y Dalmacia, Italia fue reconquistada a los ostrogodos (535-540). Aprovechándose de una guerra civil que desgarraba el reino visigodo, los bizantinos ocuparon en las costas de España los puertos de Málaga y Cartagena y la gran ciudad de Córdoba. El resto del país continuó en manos de los reyes visigodos bajo el protectorado de Bizancio.

Sin embargo, Totila, rey de los ostrogodos, volvió a la ofensiva en 541, y habiendo sufrido su pueblo enormes pérdidas durante la guerra, tuvo la idea de reconstituir su ejército apelando a la población italiana. Para proporcionarse tropas, libertó en masa a los esclavos de los latifundios, y a fin de atraerse a los colonos los

liberó de los trabajos y prestaciones a que les obligaban los grandes terratenientes, creando de este modo una comunidad de intereses entre los godos y las clases rurales italianas, hecho que explica el considerable esfuerzo militar que hubo de realizar Bizancio para reconquistar el país por segunda vez (552).

Contra los godos, Justiniano apeló, en primer término, a los francos, y para atraérselos les reconoció, en 538, la posesión de la Provenza, la cual ya les había sido cedida por los ostrogodos, quienes como él también trataban de obtener su alianza. Pero, aprovechándose de la guerra, el rey de los francos, Teodoberto, practicando una política autónoma, se apoderó, en perjuicio de ambos beligerantes, de una parte considerable del Piamonte y de Venecia, haciéndose dueño del Nórico. Soñaba ya con la conquista de Constantinopla al frente de una poderosa coalición germánica (545), y con la reconstitución del imperio en su provecho, cuando Justiniano le detuvo en el Danubio central lanzando contra sus aliados gépidas al pueblo lombardo.

Veinte años de guerra reintegraron a Justiniano casi todas la provincias marítimas del antiguo imperio de Occidente. Solo la Provenza quedaba en manos de los francos, que volvían a practicar una política de amistad con el emperador. Otra vez se convertía el Mediterráneo en mar romano.

JUSTINIANO INTENTA RECONSTITUIR LA UNIDAD RELIGIOSA DEL IMPERIO

Una vez reedificado el imperio en sus partes esenciales, resultaba necesario asegurar su cohesión devolviéndole la unidad religiosa. Mas entonces surgió un nuevo conflicto que vino a poner en peligro toda la obra de Justiniano. Verdad es que el arrianismo había sido destruido, pero en el seno de la Iglesia ortodoxa la terrible cuestión del monofisismo, que había provocado una ruptura entre el Oriente y el Occidente (484-518), continuaba siendo una grave amenaza para la unidad del imperio.

Esta secta reinaba, como soberana, en Egipto y en Siria. La emperatriz Teodora, monofisita, había conseguido que ocupara el trono pontificio de Roma una persona incondicional suya: el papa Vigilio, y Justiniano se aprovechó de ello para tratar de reconciliar a católicos y monofisitas proponiendo una fórmula cristológica que diera satisfacción a todos. Obtuvo la adhesión de los católicos, pero los monofisitas no transigieron, ya que para ellos el conflicto rebasaba los límites religiosos y no se separaban de Roma únicamente por divergencias de dogma, sino que se alzaban también, frente al centralismo imperial que representaba Constantinopla, en una irreductible resistencia social y nacional.

Y Justiniano, no pudiendo atraerlos por la persuasión lanzó contra ellos, sobre todo en Egipto, una durísima persecución que no hizo sino agravar el conflicto.

Por su parte, Vigilio, obligado a tener en cuenta la susceptibilidad religiosa de los occidentales y los intereses de los grandes terratenientes de Italia, los cuales exigían la abolición íntegra de las reformas sociales de Totila, adoptó a su vez una actitud hostil frente a los esfuerzos conciliadores hechos por Justiniano, negándole el

derecho a intervenir en materia dogmática. El emperador no vaciló: Vigilio fue apresado y conducido a Constantinopla, donde hubo de inclinarse ante la voluntad del césar (553). Pero si el monofisismo se solidarizaba con los intereses del proletariado, el catolicismo ortodoxo coincidía con los grandes propietarios. No bastaba, pues, que el papa cediera sobre fórmulas dogmáticas, era también preciso volver a ganar la confianza de la aristocracia terrateniente. Por esta razón, en 554, Justiniano envió a Vigilio a Roma como portador de una pragmática sanción que restablecía las prestaciones de los colonos, suprimidas por Totila, y devolvía los libertos a los grandes propietarios.

Cristo montado en un burro. Relieve copto.

Los esfuerzos de Anastasio para impedir que las poblaciones rurales fueran esclavizadas, así como las revueltas de la época justiniana, tuvieron una profunda influencia en la evolución social de Italia. Los campesinos cesaron de estar sometidos a la gleba y, en el curso de los siglos siguientes, el colonato se transformó en un sistema de arrendamientos por contrato, pactados por menos de treinta años, que no permitían al propietario reducir a la condición de colonos, es decir, de siervos, a los ocupantes de su propiedad, como había ocurrido anteriormente en todas las provincias occidentales del imperio.

La reacción de los emperadores contra la influencia señorial aparece de este modo, pues, como una de las causas esenciales del escaso desarrollo que el vasallaje

había de tener en Italia.

Las concesiones hechas a los magnates permitieron a Justiniano consagrar como sucesor de Vigilio a un papa elegido por él, Pelagio, que fue dócil instrumento de su política imperial y colaboró útilmente con la administración bizantina en la reconstrucción de Italia, devastada por veinte años de conflagraciones.

No es por ello menos cierto que la irreductible oposición del monofisismo había impedido la reconstrucción de la unidad religiosa. Todas las conquistas de Justiniano peligraban, y el imperio era solo una reunión de provincias bajo la autoridad imperial, no el bloque cimentado en una ideología con que aquel había soñado.

EL CÓDIGO CIVIL

Al mismo tiempo que reconquistaba el imperio, Justiniano, como gran estadista, readaptaba sus instituciones a las necesidades nuevas. Su inmensa obra legislativa fue coronada, en 529, por la promulgación del llamado *Código* de Justiniano[6], elaborado por una comisión de jurisconsultos bajo la presidencia del profesor Triboniano. Una segunda junta reunió (533) todos los textos jurídicos, de doctrina o jurisprudencia, en la recopilación del *Digesto* —o *Pandectas*—, y publicose con el nombre de *Instituta* un manual destinado a los estudiantes. La obra legislativa realizada por Justiniano desde 534 quedó reunida bajo el título de *Novelae*. A partir de entonces, el derecho romano, despojado de los arcaísmos que lo embarazaban, convirtiose en un cuerpo racional de doctrinas donde se reflejaba la profunda huella de la evolución de las ideas sociales coetáneas. El individualismo del derecho clásico quedó derrotado por las teorías humanitarias, en cuyo nombre la voluntad de las partes era, en muchos casos, modificada de oficio por la ley; las medidas adoptadas para limitar el coste de los alquileres o reducir los réditos de los préstamos, independientemente de los convenios entre las partes directamente interesadas, son buenos síntomas indicadores del profundo cambio habido entonces en la usual noción legal, y sin que en el código de Justiniano conste expresamente, puede adivinarse en sus disposiciones la doctrina conocida en nuestros días bajo el nombre de «abuso de derecho».

El *Código* y el *Digesto* constituyen la obra jurídica de mayor importancia jamás realizada. La enorme cantidad de trabajo que representa, la perfección técnica que en ella adquiere la lengua latina[7], la ciencia que atestigua, son elocuentes ejemplos del vigor intelectual de Constantinopla en aquella época.

ABANDONO DE LA FÓRMULA AUTORITARIA

Justiniano no se propuso solamente codificar el derecho; aspiraba también a vivificarlo, y para ello quiso que la población reanudara la vida cívica de la que había sido apartada por la política estatista. Su inspirador fue el gran prefecto del pretorio Juan de Capadocia, y preocupación dominante en las reformas fue suprimir la influencia creciente de los grandes terratenientes, cuyas tendencias

feudales constituían un verdadero peligro para el imperio. Juan de Capadocia cayó en 541, ante la oposición de la aristocracia, y su obra pronto quedó deshecha.

Lo que aún subsistía de su política social fue condensado por Justiniano en la pragmática sanción de 554. Obligado a hacer concesiones, devolvió a los propietarios de los latifundios italianos toda su potencia social. Mas, frente a ellos, trató de mantener dos fuerzas: la de las ciudades, a las cuales restituía una vida política autónoma, que desde Septimio Severo habían perdido, y la de los obispos. Las curias volvieron a encargarse de la administración, pero el cuerpo de ciudadanos activos no fue restablecido, como en otro tiempo, únicamente sobre la base del censo. La vida pública en las ciudades, desde hacía dos siglos, había cristalizado en torno a la elección del obispo, y para devolver a los ciudadanos el sentido del imperio que su apartamiento de la vida pública les había hecho perder, solo había un medio: dar al obispo, elegido por todos los fieles, un puesto preeminente en la sociedad civil. En todas las ciudades, el curador, hasta entonces nombrado por el emperador, sería en el futuro elegido por el obispo y los notables. Además, con el fin de poner freno al desarrollo de la oligarquía administrativa, Justiniano confió al obispo la inspección de los funcionarios imperiales. Esta medida, de gran alcance, contribuiría a hacer del papa de Roma una especie de árbitro y juez de toda la administración de Italia. Yendo aún más lejos, en el camino de la participación de los ciudadanos en el gobierno, lo que jamás habían intentado los propios antoninos, Justiniano, renunciando al nombramiento de los gobernadores de provincias, lo confió también a la elección de los obispos y notables, y decretó que su gestión quedara sometida a las asambleas provinciales. Ahora bien, desde el momento en que las ciudades podían contar de nuevo con un cuerpo electoral de notables, las asambleas venían a transformarse, como en los comienzos del imperio, en organismos representativos suyos. Finalmente, para vitalizar a Roma, en profunda decadencia y despoblada, la antigua tradición imperial asignó al senado, que ya no era, desde luego, otra cosa que un instrumento de la aristocracia territorial, una función política.

El estatismo instaurado por los Severos y desarrollado por Diocleciano y Constantino iba menguando, y en la vida política del imperio volvía a aparecer, siquiera estuviese limitada al ámbito de los notables y los obispos, una opinión pública. No hay que perder de vista, a mayor abundamiento, que los obispos eran elegidos por las feligresías. De este modo, la política imperial, de Anastasio a Justiniano, rompiendo con las teorías autoritarias, facilitaba al imperio la relación con los pueblos, único modo de reanimar el sentimiento, antaño tan vigoroso, de la comunidad romana.

Sarcófago decorado con relieves que representan escenas de la vida de Cristo.
Museo de las Termas. Roma.

Mosaico de la iglesia de San Apolinar el Nuevo. Rávena.

EL MERCANTILISMO ECONÓMICO

La obra política de Justiniano pudo realizarse a pesar de la amenaza que se cernía sobre todas las fronteras del imperio. En el Norte, los gépidos, los lombardos y los eslavos realizaban, sin cesar, incursiones en los Balcanes, mientras en el Este, Cosroes, que no renunciaba a la conquista de Siria, violaba la paz firmada en 532 y reanudaba la guerra en 540.

La lucha en las fronteras de Persia era tanto más grave cuanto que desorganizaba la vida económica del imperio. La seda tejida en las ciudades sirias llegaba, en efecto, por las rutas de caravanas del Asia Central, cuyo acceso dominaba Persia, pero la reanudación de la guerra contra este país dio por resultado tan grave crisis en la citada industria, que obligó a Justiniano, para impedir su ruina, a transformarlas en

monopolio de Estado. El liberalismo financiero cedía una vez más ante la economía dirigida. No se trataba más que de una política circunstancial, sin embargo. A partir de 552, habiéndose logrado introducir y aclimatar en el imperio el gusano de seda, el gobierno abandonó la fórmula del monopolio y fomentó de nuevo la industria privada. Al producir seda dentro del ámbito nacional, en lugar de estar obligado a comprarla en China, el imperio mejoró considerablemente su balanza comercial, consolidando así el equilibrio económico.

FLORECIMIENTO INTELECTUAL Y ARTÍSTICO

Con Justiniano, Constantinopla alcanzó el apogeo de su grandeza. Políticamente dueña del Mediterráneo y gran potencia económica, conoció además un nuevo florecimiento intelectual que no se manifestó únicamente con la publicación del código, sino también por la creación de un arte peculiar que quedó patente en el templo de Santa Sofía, tal vez la obra más audaz de la arquitectura medieval y una de las más bellas de todos los tiempos. El abandono del autoritarismo reanimó una actividad literaria que recordaba la de las grandes épocas del Imperio romano, aunque sin continuarla, ya que el renacimiento justiniano tuvo efecto bajo el signo exclusivo del cristianismo. En 529, la clausura de las escuelas de Atenas, donde se había conservado hasta entonces la enseñanza de la filosofía neoplatónica, provocó una ruptura definitiva con el pensamiento pagano. En lo sucesivo, toda la vida intelectual había de concebirse únicamente dentro del marco del dogma cristiano.

Con Procopio de Cesarea, la Historia ensancha su horizonte y se interesa por los problemas sociales y financieros; Juan el Lidio publica un tratado sobre la administración del imperio; Juan de Éfeso escribe una historia de la Iglesia, y una pléyade de epigramáticos continúa —con sentido cristiano— la tradición helénica. Con el egipcio Dióscoro, la poesía griega se extingue en la tierra de los faraones, y Malalas emplea por vez primera el griego vulgar en la lengua escrita. Parece como si el imperio estuviera al comienzo de una nueva era de grandeza.

LA CRISIS POSTERIOR A JUSTINIANO

Sin embargo, a la muerte de Justiniano (565) estalla la guerra en todas las fronteras. Los persas vuelven a la carga, en Oriente para lograr su invariable designio de apoderarse de la costa siria, y Justino II, para contrarrestar la amenaza, pacta con los turcos que acaban de instalarse en la Sogdiana (569) y provoca un levantamiento en Armenia. En el Norte, eslavos y ávaros[8], anunciando una nueva oleada de invasiones, irrumpen en la Panonia, desde donde los lombardos, los más bárbaros de todos los germanos invasores del imperio, se lanzan contra Italia. Y, seguidamente, en la Galia y España, los francos y los visigodos se emancipan de la autoridad imperial.

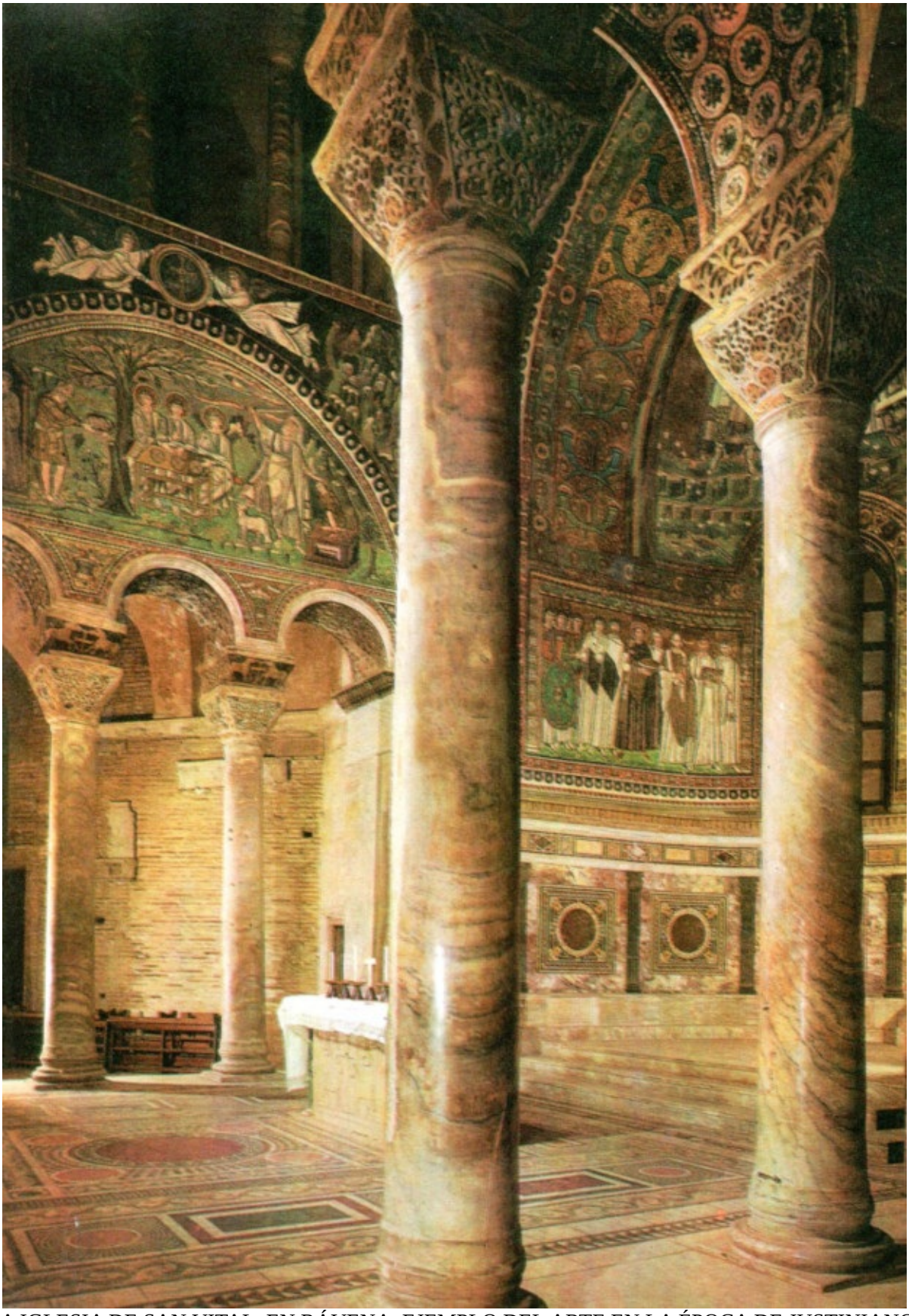
En embarazosa situación por la encarnizada guerra que debe sostener en Oriente contra la potencia militar de los sasánidas, el emperador confía al papa la

conservación de Italia para el imperio, mientras la diplomacia bizantina trata de oponer los francos a los lombardos.

En 577, Tiberio-Constantino, imposibilitado de alistar tropas para socorrer a Roma, aconseja al Senado que llame a los reyes merovingios en su ayuda; y en 583, el emperador Mauricio, primer griego que ocupa el trono, hace donación de cincuenta mil sueldos de oro a la reina Brunequilda para obtener su apoyo contra los invasores lombardos. Al mismo tiempo, y para hacer frente al peligro, nombra exarcas dotados de amplísimos poderes en Italia y África.

Los esfuerzos combinados de Bizancio y los francos no lograron librar a Italia de los lombardos, quienes se mantuvieron dueños de la mayor parte de la península y, a partir del siglo VII, pasaron del arrianismo al catolicismo y comenzaron a romanizarse.

Durante el curso de las guerras posteriores al reinado de Justiniano, el imperio ofrece graves síntomas de disgregación. Resurgen los grandes terratenientes, y las ciudades de las provincias amenazadas tratan de defenderse con levas de milicias locales. En Crimea, los turcos apodéranse (576) de Panticapea —Kertch—, mientras Querson —Sebastopol— y las demás ciudades griegas que conservaron siempre, incluso bajo la soberanía del emperador, sus antiguos regímenes municipales, adquieren carácter de pequeñas repúblicas autónomas, que mantienen hasta el siglo IX.



LA IGLESIA DE SAN VITAL, EN RÁVENA, EJEMPLO DEL ARTE EN LA ÉPOCA DE JUSTINIANO.

Representación de Cristo y los apóstoles en un mosaico del siglo V. Iglesia de Santa Pudenziana. Roma.

A las crisis exteriores se suman agitaciones internas. En 602, una sublevación militar lleva al trono a Focas, que manda ejecutar a Mauricio y establece un régimen terrorista. El pueblo se levanta. Heraclio, hijo del exarca de África, surge ante Constantinopla con una flota importante. Focas es condenado a muerte y Heraclio reviste la púrpura imperial (610-641).

Entretanto, los persas, aprovechándose de los desórdenes interiores del imperio, reanudan la guerra y, después de derrotar a los ejércitos imperiales, se apoderan de Antioquía, Damasco y Jerusalén (614), donde incendian el Santo Sepulcro.

Seguidamente, se presentan ante Crisópolis —Escutari—, frente a la capital, y otro ejército persa, aprovechando la hostilidad de la población monofisita contra el emperador y los griegos, ocupa Egipto. El imperio parece perdido.

REINSTAURACIÓN DEL IMPERIO POR HERACLIO

visigoda ha recobrado su independencia—, se halla en todo su esplendor.

Representación de Cristo en un mosaico cristiano primitivo.
Iglesia de Santa Sofía. Constantinopla.

Pero, en realidad, está minado por el profundo mal de las luchas religiosas que, como nunca, encubren una pugna social y nacional entre griegos y orientales. El odio religioso, social y nacional es, en los dos campos, implacable y mucho más violento que el que antaño separaba a cristianos y gentiles.

Para intentar el restablecimiento de la paz, Heraclio recurrió a una política doble, a la vez social y religiosa.

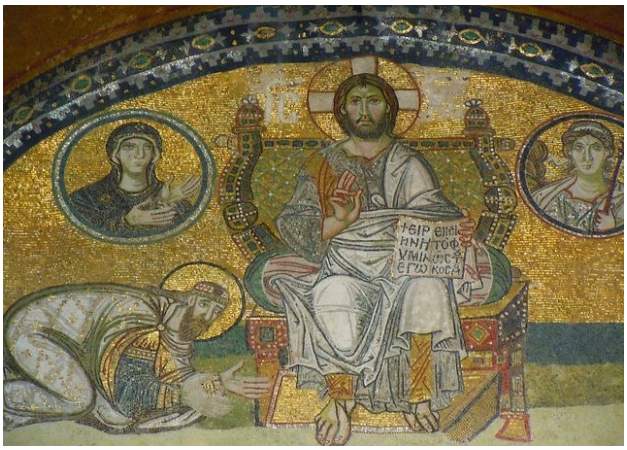
Durante la invasión persa, en Asia Menor se habían realizado confiscaciones y asesinatos. La clase de los grandes propietarios, que amenazaba al imperio y suscitaba la oposición violenta de la población campesina, estaba casi arruinada, y Heraclio no consintió su reconstitución. Se apoderó de las tierras e instaló en ellas, como campesinos libres, a los mejores elementos de su ejército. De este modo, Asia Menor se cubrió de pequeñas propiedades, obligadas cada una de ellas a proporcionar perpetuamente un soldado al imperio. En el año 679, Constantino IV había de establecer el mismo sistema en la Tracia, después de imponer la confiscación de las grandes propiedades señoriales.

Esta verdadera refundición social fue acompañada de una reforma administrativa. Las diferentes regiones donde se establecían los soldados campesinos formaron *temas*[9], que sirvieron de marco a la administración provincial, y el gobierno central fue reorganizado y dividido en ministerios. El departamento de Hacienda comprendía los servicios de moneda, tesoro, impuestos, aduanas y gastos militares, bajo la vigilancia de un inspector general de finanzas. La cancillería, los asuntos exteriores, los correos y la corte, constituían servicios ministeriales estrictamente centralizados. El emperador, jefe directo del ejército, era el vínculo entre los diversos departamentos del Estado.

El imperio aparecía regenerado social y administrativamente. Las provincias más ricas tuvieron de nuevo una sólida estructura social, basada en la pequeña propiedad libre; el estatismo burocrático, que había anulado el poder imperial al mismo tiempo que lo fraccionaba en prefecturas, había sido derrocado y sustituido por un gobierno central dirigido por el propio soberano. Era el triunfo de los emperadores en la lucha contra la aristocracia terrateniente.

La cuestión social y, al mismo tiempo, el conflicto religioso, quedaban resueltos en Asia Menor. Pero el monofisismo continuaba siendo poderoso en Siria y Egipto, donde subsistían también, frente a frente, la clase privilegiada de los propietarios griegos y el pueblo hostil de los colonos sirios y coptos.

apresura a rendirle homenaje. El imperio, reconstituido —solamente la España visigoda ha recobrado su independencia—, se halla en todo su esplendor.



Representación de Cristo en un mosaico cristiano primitivo.
Iglesia de Santa Sofía. Constantinopla.

Pero, en realidad, está minado por el profundo mal de las luchas religiosas que, como nunca, encubren una pugna social y nacional entre griegos y orientales. El odio religioso, social y nacional es, en los dos campos, implacable y mucho más violento que el que antaño separaba a cristianos y gentiles.

Para intentar el restablecimiento de la paz, Heraclio recurrió a una política doble, a la vez social y religiosa.

Durante la invasión persa, en Asia Menor se habían realizado confiscaciones y asesinatos. La clase de los grandes propietarios, que amenazaba al imperio y suscitaba la oposición violenta de la población campesina, estaba casi arruinada, y Heraclio no consintió su reconstitución. Se apoderó de las tierras e instaló en ellas, como campesinos libres, a los mejores elementos de su ejército. De este modo, Asia Menor se cubrió de pequeñas propiedades, obligadas cada una de ellas a proporcionar perpetuamente un soldado al imperio. En el año 679, Constantino IV había de establecer el mismo sistema en la Tracia, después de imponer la confiscación de las grandes propiedades señoriales.

Esta verdadera refundición social fue acompañada de una reforma administrativa. Las diferentes regiones donde se establecían los soldados campesinos formaron *temas*[9], que sirvieron de marco a la administración provincial, y el gobierno central fue reorganizado y dividido en ministerios. El departamento de Hacienda comprendía los servicios de moneda, tesoro, impuestos, aduanas y gastos militares, bajo la vigilancia de un inspector general de finanzas. La cancillería, los asuntos exteriores, los correos y la corte, constituían servicios ministeriales estrictamente centralizados. El emperador, jefe directo del ejército, era el vínculo entre los diversos departamentos del Estado.

El imperio aparecía regenerado social y administrativamente. Las provincias más ricas tuvieron de nuevo una sólida estructura social, basada en la pequeña propiedad libre; el estatismo burocrático, que había anulado el poder imperial al mismo tiempo que lo fraccionaba en prefecturas, había sido derrocado y sustituido por un gobierno central dirigido por el propio soberano. Era el triunfo de los emperadores en la lucha contra la aristocracia terrateniente.

La cuestión social y, al mismo tiempo, el conflicto religioso, quedaban resueltos en Asia Menor. Pero el monofisismo continuaba siendo poderoso en Siria y Egipto,

repente, en el año 634, la noticia de la toma por los árabes del reducto de Bostra, que defendía el valle del Jordán y, por lo tanto, el acceso a Siria.

Iba a ponerse en juego la suerte del imperio y, con ella, la del mundo entero.

3. En Occidente, la Iglesia sucede al Imperio

LA IGLESIA EXTIENDE SU AUTORIDAD TEMPORAL

En pleno período de invasiones, la Iglesia de Roma no cesó de luchar, con sostenida energía, para salvar su unidad e imponer el cristianismo ortodoxo a las masas de bárbaros que irrumpían en el imperio. Al sostener al pagano Clodoveo contra los reyes burgundios y visigodos, de religión cristiana pero heréticos, los obispos aseguraron el triunfo de la ortodoxia romana en toda la Galia y sellaron la unión de la Iglesia con la monarquía merovingia.

En Italia, la autoridad del papa llegó incluso a invadir la esfera temporal. En el año 554, la *novela* de Justiniano, que sometía los funcionarios a la vigilancia de los obispos, le permitió extender su tutela sobre el poder temporal, y en la crisis posterior al reinado de Justiniano, los propios emperadores, al lograr que la Iglesia —poseedora de inmensas riquezas en Sicilia— se encargara de los gastos de la administración imperial en Italia, transfiriéronle en cierto modo el gobierno. En cuanto al clero, la legislación de Justiniano lo había subordinado estrictamente a la jurisdicción episcopal (546).

Gregorio el Magno, entronizado en 590, al asumir a petición del emperador la defensa de Roma contra los lombardos, apareció como genuino depositario del poder, y al mismo tiempo, imponiéndose como jefe directo de todos los obispos de Occidente, introdujo en la Iglesia una autoridad que le daba el aspecto de una verdadera monarquía.

Así, frente al Oriente que se divide entre adeptos y adversarios del monofisismo, el papa conserva en Occidente la estricta unidad doctrinal de la Iglesia y vela por mantenerla independiente de los poderes públicos.

Más aún, la Iglesia no cesa de aumentar sus prerrogativas judiciales en la Galia. En 506, el concilio de Agda prohíbe a los clérigos que se demanden entre sí ante los tribunales civiles, y organiza jurisdicciones mixtas confiadas a un conde y a un clérigo para los litigios entre sacerdotes y laicos. En 614, el concilio de París, interviniendo en cuestiones de derecho público, veda a los jueces civiles que conozcan en todas cuantas causas se refieren a sacerdotes. Y en el mismo año, Clotario II, sometiéndose dócilmente, confirma esta decisión llegando incluso a abandonar a los tribunales episcopales la justicia menor en todos cuantos asuntos se susciten entre el clero y los seglares.

De este modo, el poder de la Iglesia se extiende sobre la sociedad.

imperio puestos importantes, buscaron refugio en Arabia, donde Mahoma predicaba en aquel tiempo una mística nueva.

Así, aunque el imperio había logrado en Asia Menor una fuerte cohesión, hubo de verse sacudido por una borrascosa ráfaga de rencor religioso al ser conocida de repente, en el año 634, la noticia de la toma por los árabes del reducto de Bostra, que defendía el valle del Jordán y, por lo tanto, el acceso a Siria.

Iba a ponerse en juego la suerte del imperio y, con ella, la del mundo entero.

3. En Occidente, la Iglesia sucede al Imperio

LA IGLESIA EXTIENDE SU AUTORIDAD TEMPORAL

En pleno período de invasiones, la Iglesia de Roma no cesó de luchar, con sostenida energía, para salvar su unidad e imponer el cristianismo ortodoxo a las masas de bárbaros que irrumpían en el imperio. Al sostener al pagano Clodoveo contra los reyes burgundios y visigodos, de religión cristiana pero heréticos, los obispos aseguraron el triunfo de la ortodoxia romana en toda la Galia y sellaron la unión de la Iglesia con la monarquía merovingia.

En Italia, la autoridad del papa llegó incluso a invadir la esfera temporal. En el año 554, la *novela* de Justiniano, que sometía los funcionarios a la vigilancia de los obispos, le permitió extender su tutela sobre el poder temporal, y en la crisis posterior al reinado de Justiniano, los propios emperadores, al lograr que la Iglesia —poseedora de inmensas riquezas en Sicilia— se encargara de los gastos de la administración imperial en Italia, transfiriéronle en cierto modo el gobierno. En cuanto al clero, la legislación de Justiniano lo había subordinado estrictamente a la jurisdicción episcopal (546).

Gregorio el Magno, entronizado en 590, al asumir a petición del emperador la defensa de Roma contra los lombardos, apareció como genuino depositario del poder, y al mismo tiempo, imponiéndose como jefe directo de todos los obispos de Occidente, introdujo en la Iglesia una autoridad que le daba el aspecto de una verdadera monarquía.

Así, frente al Oriente que se divide entre adeptos y adversarios del monofisismo, el papa conserva en Occidente la estricta unidad doctrinal de la Iglesia y vela por mantenerla independiente de los poderes públicos.

Más aún, la Iglesia no cesa de aumentar sus prerrogativas judiciales en la Galia. En 506, el concilio de Agda prohíbe a los clérigos que se demanden entre sí ante los tribunales civiles, y organiza jurisdicciones mixtas confiadas a un conde y a un clérigo para los litigios entre sacerdotes y laicos. En 614, el concilio de París, interviniendo en cuestiones de derecho público, veda a los jueces civiles que conozcan en todas cuantas causas se refieren a sacerdotes. Y en el mismo año, Clotario II, sometiéndose dócilmente, confirma esta decisión llegando incluso a

imperio por las armas, la Roma cristiana echaba también los cimientos de un imperio, pero por medio de la propagación pacífica de la fe.

Con el cristianismo penetraban en Inglaterra el latín, y aun el griego, el derecho romano, base del derecho canónico, y las escuelas episcopales donde los escritos de los Padres de la Iglesia, enteramente saturados de cultura clásica, constituían los cimientos de la enseñanza. El cristianismo venía a representar el continuador del imperio, el propagador de la civilización romana, que no era sino la forma occidental de la cultura grecoriental.

Detalle de la puerta de Santa Sabina. Siglo VI. Roma.

Al cristianizarse, los bárbaros se vinculaban así a la tradición clásica.

La evangelización de Inglaterra ofrece todavía otro aspecto. Si en la esfera de la cultura marca la conquista de los pueblos nuevos por el pensamiento clásico y romano, en la de la política, por el contrario, constituye una ruptura de Roma con el orden antiguo.

Hasta entonces, la cristiandad había estado identificada con el imperio; las Iglesias formadas fuera de sus fronteras, en Armenia y en la Mesopotamia persa, se habían separado de Roma. Por el contrario, al instalarse obispados y abadías en Inglaterra, el papa extendía fuera de los antiguos límites del imperio una autoridad que, al disociarse completamente de la del emperador, le hacía aparecer como una especie de soberano teocrático. El poder espiritual, libre de consideraciones políticas, ponía en práctica la tesis de San Agustín sobre la primacía del poder espiritual. Inglaterra constituía un verdadero feudo de Roma, que iba a ser, para ella, tierra de predilección.

En 668, el papa italiano enviaba como arzobispo de Canterbury a Teodoro de Tarso, monje griego famoso por su erudición; su colaborador, Adriano, era un africano versado en letras latinas y helenas.

Las abadías fundadas en Inglaterra iban a convertirse, a partir de entonces, en los únicos focos de cultura grecolatina que habrían de conservarse en la Iglesia de Occidente después del siglo VI.

La evangelización de Inglaterra es, en la historia del papado, una etapa de singular importancia. Si en otro tiempo la Roma imperial había conquistado su imperio por las armas, la Roma cristiana echaba también los cimientos de un imperio, pero por medio de la propagación pacífica de la fe.

Con el cristianismo penetraban en Inglaterra el latín, y aun el griego, el derecho romano, base del derecho canónico, y las escuelas episcopales donde los escritos de los Padres de la Iglesia, enteramente saturados de cultura clásica, constituían los cimientos de la enseñanza. El cristianismo venía a representar el continuador del imperio, el propagador de la civilización romana, que no era sino la forma occidental de la cultura grecoriental.

Detalle de la puerta de Santa Sabina. Siglo VI. Roma.

Al cristianizarse, los bárbaros se vinculaban así a la tradición clásica.

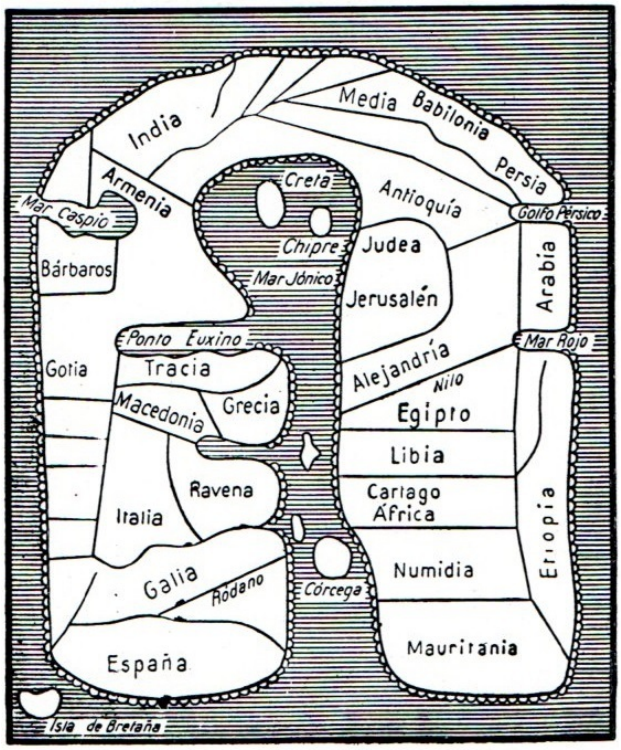
La evangelización de Inglaterra ofrece todavía otro aspecto. Si en la esfera de la cultura marca la conquista de los pueblos nuevos por el pensamiento clásico y romano, en la de la política, por el contrario, constituye una ruptura de Roma con el orden antiguo.

Hasta entonces, la cristiandad había estado identificada con el imperio; las Iglesias formadas fuera de sus fronteras, en Armenia y en la Mesopotamia persa, se habían separado de Roma. Por el contrario, al instalarse obispados y abadías en Inglaterra, el papa extendía fuera de los antiguos límites del imperio una autoridad que, al disociarse completamente de la del emperador, le hacía aparecer como una especie de soberano teocrático. El poder espiritual, libre de consideraciones políticas, ponía en práctica la tesis de San Agustín sobre la primacía del poder espiritual. Inglaterra constituía un verdadero feudo de Roma, que iba a ser, para ella, tierra de predilección.

En 668, el papa italiano enviaba como arzobispo de Canterbury a Teodoro de Tarso, monje griego famoso por su erudición; su colaborador, Adriano, era un africano versado en letras latinas y helenas.

Las abadías fundadas en Inglaterra iban a convertirse, a partir de entonces, en los únicos focos de cultura grecolatina que habrían de conservarse en la Iglesia de

eclesiásticos como representantes de la cultura intelectual. El poeta Paulino de Nola, cuya obra en verso anuncia la de La Fontaine († 431); el cronista y teólogo Próspero de Aquitania; el moralista Salvanio de Marsella, que considera a la Historia como el gobierno de Dios; Casiodoro, antiguo ministro de Teodorico, fundador de la tradición de las abadías consagradas al estudio y conservación de las letras clásicas; en el siglo VI, el historiador de los francos Gregorio de Tours; el africano Coripo, autor de una epopeya sobre la reconquista de África por Justiniano; San Avito, metropolitano de Viena, que compuso otra epopeya a la creación del Mundo; Fortunato, el último de los poetas latinos, y San Isidoro de Sevilla, eminente figura de la Iglesia visigoda española vinculada al Estado, cuya actividad intelectual y política se puso de manifiesto no solo en los concilios toledanos que presidió, sino en su obra literaria. Era un espíritu enciclopédico a la manera de Plinio y escribió además de una famosa obra titulada *Etimologías* u *Orígenes*, un *Chronicon*, última historia universal de la Antigüedad para uso de las gentes del pueblo y una *Historia de regibus gothorum, vandalorum et suevorum*. Todos estos autores eran hombres destacados de la Iglesia y, por regla general, ostentaban en ella la dignidad de obispos.



Mapa llamado de San Albano. Siglo VIII. Muestra la decadencia intelectual de la Galia después de las invasiones. Los conocimientos científicos de la Antigüedad se habían perdido.

Al mismo tiempo que el papa se apresta a asumir el puesto que antaño ocupaba el emperador, a causa de su prestigio y su influencia en todo el Occidente, la Iglesia se arroga la dirección espiritual y cultural de los estados nacionales nacidos en el marco del imperio. La separación entre el Occidente y el Oriente es cada vez más absoluta, y en Occidente, la autoridad pasa de la esfera temporal a la espiritual, y se hace teocrática.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Los imperios asiáticos (Del siglo I al VII)

1. Asia, hasta la crisis del siglo III. El Imperio de los Han y el Imperio sacio[*].

REPERCUSIONES DE LA ECONOMÍA UNIVERSAL

El paralelismo existente entre la historia de los países mediterráneos y los grandes estados civilizados del Asia —India y China—, en el curso de los tres primeros siglos de nuestra era, no es resultado de puro azar. En el fondo, los factores determinantes de su historia son iguales: por un lado, los movimientos de los pueblos nómadas que dominan la inmensa vastedad del mar de la China al océano Atlántico, y que provocan las grandes oleadas invasoras; por el otro, las rutas del comercio internacional, cuya importancia no ha cesado de aumentar desde el siglo VI antes de Jesucristo, y que establecen constantes intercambios entre los pueblos, de las cuales depende la estructura social de cada uno de ellos.

La evolución de China se halla en patente relación con la de Occidente. La política de expansión económica de Persia hacia Levante, bajo Darío, coincide con las reformas que implican la desaparición del reino de los Chin, punto de llegada de las vías caravaneras del Asia Central y postreras huellas de la economía cerrada. Y el período de desarrollo del comercio internacional en la época helenística corresponde al advenimiento, en China, del Imperio liberal de los Han.

A fines del siglo II y en el I antes de Jesucristo, los estados helénicos degeneran, y el Cercano Oriente se desgarra atraído al Oeste por el Mediterráneo, dominado por Roma, y al Este por el continente asiático, sobre el cual extiende China su hegemonía.

Conquistado que fue el reino de Cantón (III A. J.), China se abre hacia el mar; la navegación se desenvuelve a lo largo de sus costas y, una centuria después, zarpando de Alejandría, los mercaderes egipcios llegan a sus bahías. En el continente domina las vías caravaneras del Asia Central, establece en Kachgar un residente con el título de «Protector general de las comarcas occidentales» (60 A. J.) y entabla relaciones directas con la India y las regiones del mar Caspio y del Ural.

A causa del carácter universal que adquiere la economía en el siglo I antes de Jesucristo, en Roma y China se plantean problemas semejantes. En ambas, el capitalismo aporta un desequilibrio económico que provoca las más graves perturbaciones sociales. La dinastía de los Han trató de hacerles frente mediante una

política de absolutismo autocrático, del mismo modo que Roma con la dictadura. La proclamación del nuevo orden por Siuan-Ti (73-49 A. J), que reemplaza el gobierno de «la educación y la virtud» por el régimen de la fuerza, coincide con los extrañamientos de la agonizante República romana. Y cuando Augusto construye los marcos del Imperio romano, después de haberse adueñado del poder merced a una victoriosa guerra civil, el usurpador Wuang-Mang (9-23 D. J.) intenta en China una profunda reforma social.

Lo mismo que en Roma, los disturbios provocados en China por el capitalismo y la demagogia originan una aguda crisis política, juntamente con una gran decadencia moral de las clases dirigentes.

Roma, imperio marítimo, procuró el retorno al equilibrio por medio de una política de libre cambio y democracia templada; China, imperio continental, aunque afirmando principios de derecho natural análogos a los triunfantes en Roma, trató de instaurar el orden y la paz social mediante un nuevo reparto de tierras.

REFORMAS SOCIALES DE WUANG-MANG EN CHINA

La gran reforma acometida por Wuang-Mang fue una verdadera revolución, a la par ideológica y social, fundamentada en ideas éticas. «La naturaleza del Cielo y de la Tierra —dice Wuang-Mang— hace que el hombre sea digno de gran estimación». En virtud de la igualdad natural de los hombres, el emperador, en el año 9 de nuestra era, decreta la abolición de la servidumbre y la libertad de los esclavos. Además, percatándose de que la propiedad territorial ha venido a acumularse en manos de las familias opulentas, procede a una vasta expropiación de los grandes patrimonios, y a cuantas familias poseen más de 600 hectáreas se les confisca el remanente si no tienen al menos ocho varones. Los predios así recuperados son distribuidos al pueblo, declarándolos inalienables a fin de que no les puedan ser arrebatados.

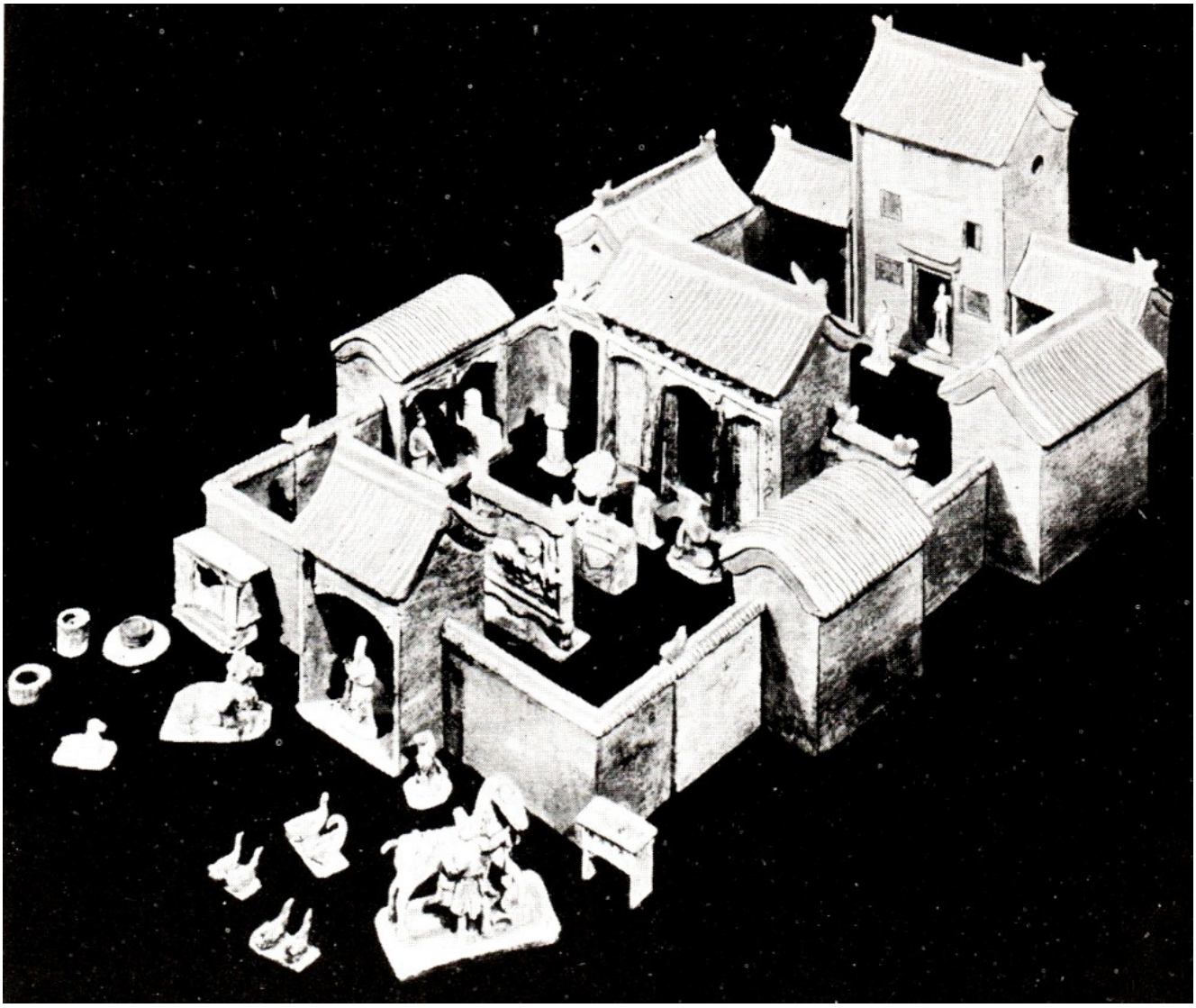
Empréndese el abaratamiento de la vida, fijándose por decreto los precios topes. Y para unificar el valor del trigo, el Estado lo adquiere en las provincias donde abunda, revendiéndolo donde escasea.

Queda reorganizada la contribución sobre bases nuevas. En lo sucesivo, ya no gravará solamente las rentas rústicas, sino también las derivadas de las profesiones liberales y del comercio, con un impuesto del 10 por 100. Los contribuyentes han de hacer una declaración anual de sus fondos, y el fraude puede acarrear la confiscación de bienes y la pena de un año de trabajos forzados.

Procédese a la revisión del estatuto de los funcionarios, cuya gestión queda sometida a una superintendencia con atribuciones para embargar las fortunas en caso de prevaricación en el ejercicio de los cargos.

Igualmente se reorganiza el ejército sobre la base del alistamiento de un mozo por cada treinta.

Frente al capitalismo, Wuang-Mang adopta una actitud semejante a la de Augusto. El emperador romano, como se recordará, había hecho de las minas un monopolio del Estado. También Wuang-Mang, para poner a raya la codicia de los especuladores, convierte en estanco estatal el comercio de metales. Por lo demás, la industria y el comercio privados son, al contrario, favorecidos, y así como Tiberio organizará el crédito para apoyar a la pequeña burguesía, Wuang-Mang, algunos años antes que él, echa las bases del crédito popular, al tipo del 3 por 100 mensual (36 por 100 al año), muy elevado con relación al practicado en los países mediterráneos. César había instaurado la superintendencia de bancos; Wuang-Mang suaviza el régimen de libre cambio con una rigurosa reglamentación del mercado de las materias primas y del dinero.



Modelo de una casa china del siglo II. Trabajo de alfarería.
Museo Real de Ontario. Toronto.

Los empleos públicos, finalmente, son reorganizados según los principios de Confucio. Pero la administración, cuyas reformas exigían un gran desarrollo, se hizo pletórica y las necesidades fiscales acrecieron, por lo que el Estado no tuvo otra solución que aumentar los impuestos.

La destrucción de la gran propiedad había suscitado contra Wuang-Mang una ardiente oposición. La inalienabilidad de la tierra, por otra parte, se reveló como impracticable en un régimen económico que descansaba en las transacciones privadas, y desde el año 12 fue menester autorizar de nuevo la enajenación de tierras. Pero pronto se vio que la transformación de todas las bases políticas, sociales y económicas del imperio engendraba una crisis tanto más honda cuanto que el poder de Wuang-Mang, debido a la usurpación, era considerado como ilegítimo por sus adversarios.

CRISIS DEL IMPERIO Y RESTAURACIÓN DE LOS HAN

El debilitamiento del imperio que de ello resultó hízole incapaz de resistir el empuje de los hunos que no cejaban en las fronteras nórdicas. La invasión holló las provincias septentrionales, haciendo refluir la población hacia el centro del país, y quedaron cortadas las rutas caravaneras. La crisis económica vino así a agravar las consecuencias sociales del éxodo de fugitivos. La población se sublevó, y la usurpación del poder por los caudillos en las provincias invadidas y amenazadas sumió al país en la anarquía. La miseria hizo que se provocara una sangrienta insurrección popular, y que los campesinos marcharan sobre la capital, tomándola y asaltando el palacio. El emperador, que con sus reformas pretendió hacer la felicidad de sus súbditos, sucumbió a manos del pueblo.

En medio de tales perturbaciones, la dinastía de los Han, destronada por Wuang-Mang, asumió de nuevo el poder (23). Kuang-U-Ti, enfrentándose con la crisis, se esforzó en rebajar los impuestos y disminuir los gastos del Estado. Por medio de sucesivas órdenes las nueve décimas partes de los funcionarios, entre los cuales se encontraban cuatrocientos subprefectos, fueron declarados cesantes; abolió el impuesto sobre la renta; la contribución territorial, única que quedó vigente, fue reducida a la treintava parte del valor de la propiedad, y se disolvieron las fuerzas militares locales.

Por fin, al cabo de una treintena de años de esfuerzos, se restableció el orden. Pero la crisis había sido tan profunda que la población, de 50 millones de almas en el año 2 después de Jesucristo, había descendido a 21 millones. Además, los desórdenes internos habían costado a China su imperio, ya que todas las posesiones del exterior, en Asia Central y a lo largo de las costas, las había perdido.

La restauración del poder debía devolverle, con la paz y el orden, su prosperidad y su potencia. En el año 42, y conquistando el Tonkín, China recobró el señorío del mar en todas las costas, y en 70, luego que las invasiones mogólicas quedaron detenidas con el establecimiento de los hunos, como aliados, en los confines septentrionales del imperio, fue restablecido el protectorado sobre las rutas caravaneras del Asia Central, apareciendo de nuevo el residente chino en Kachgar, a pesar de la oposición del Imperio sacio que, en aquel momento, tenía sólidamente la Bactriana y todo el norte de la India.

El Imperio chino se extendía, otra vez, desde el mar de la China hasta el Yaxartes, y de Corea hasta el Tonkín. Una generación más tarde, a los 70 millones de habitantes del Imperio romano ya podía oponer sus 60 millones de súbditos, y la «paz china» respondía, en Asia, a la *pax romana* que Trajano hacía reinar desde el océano Atlántico hasta el golfo Pérsico.

Entre estos dos grandes imperios pacíficos y liberales circulaba una constante corriente de tráfico que aseguraba su mutua prosperidad. Pero no se estableció ningún contacto espiritual entre la cuenca mediterránea y el vasto espacio chino.

La célebre ruta de la seda, que desde Antioquía, por Ecbatana, Merv, Bactres y la altiplanicie del Pamir, desembocaba en la Torre de Piedra, ponía a los negociantes sirios en relación con los mercaderes chinos vendedores de seda, establecidos en Lo-Yang, la nueva capital de los Han. Pero el intercambio de ideas no acompañó al de mercancías, pues entre Roma y China se interponía la influencia de la India, y este influjo, desde el punto de vista intelectual y religioso, debía ser decisivo para el pensamiento chino.

PRIMERAS INVASIONES DE LOS HUNOS

En tanto que en el siglo I antes de Jesucristo se constituían los dos grandes imperios de Roma y China, vastas oleadas desplazaban las movedizas masas de nómadas, en el norte de Asia y Europa. Atraídos por la riqueza de los países civilizados, los germanos, en Europa, y los hunos, en Asia, trataban de penetrar, aquellos, en las regiones mediterráneas, y estos en el valle del Huang-Ho.

En Europa, los cimbrios y teutones bajaron de la península címbrica —Dinamarca —, por Bohemia y Moravia, hacia la cuenca del Danubio, chocaron con los celtas que les obligaron a deslizarse hacia Occidente en busca de una vía de menor resistencia, y traspusieron el Rin en 109; los teutones, descendiendo por el valle del Ródano en busca de tierras, fueron aplastados por Mario en la Provenza, y los cimbrios, que habían penetrado en Italia por el puerto del Brenero, quedaron detenidos en Verceil en el año 101.

En la misma época, a diez mil kilómetros de allí, los hunos se agitaban en la raya septentrional de China. Los Han habían conseguido estabilizar a los hunos orientales, permitiéndoles establecerse al norte de la Gran Muralla; pero los hunos occidentales, empujados hacia el Oeste, habían traído consigo a los alanos, provocando dos grandes corrientes migratorias: una, al norte del mar Caspio, y la otra, camino de la Bactriana.

La marea de alanos y hunos, orientada hacia el Ural y el Volga, tropezó con los escitas. Repelidos hacia el mar Negro, estos últimos habían amenazado las ciudades griegas, contribuyendo a empujar hacia el Oeste a los cimbrios y teutones, quienes, en el mismo instante, se enfrentaban con los celtas del valle danubiano. En el año 109 antes de Jesucristo, cuando las tribus germánicas pasaban el Rin, varios príncipes

escitas acudieron a Roma en súplica, inútil desde luego, de que se les admitiera en el imperio.

En cuanto a la emigración de hunos que se dirigía hacia el Sur, esta encontró a su paso, en la región del mar de Aral, al pueblo de los U-Sun[1], con el cual se apresuraron los chinos a pactar alianza. Los esfuerzos conjugados de las huestes chinas y u-sunitas destrozaron a los hunos que se habían aventurado entre las dos alas de su tenaza, infligiéndoles, allá por el año 60 antes de Jesucristo, tan terribles desastres que la acometida de aquel pueblo, totalmente paralizada hacia el Sur, se fue también debilitando progresivamente por Occidente.

Pero cuando la invasión huna hacia el Asia Central pudo ser contenida, la repercusión provocada había tenido ya consecuencias de considerable alcance. Cuando, en el transcurso del siglo II antes de Jesucristo, había comenzado a dejarse sentir, los sacios establecidos al este del mar de Aral fueron rechazados progresivamente hacia el Yaxartes.

Eran estos sacios un pueblo ario que formaba, según parece, un lazo de unión entre los escitas asentados en la región del Caspio y los tocarios del Turquestán. Una parte de ellos había sido ya incorporada a la decimoquinta satrapía del Imperio persa. La villa de Alejandría Echaté —Kodjend—, fundada por Alejandro en la gran curva del Oxo, así como la vecindad inmediata del reino griego de la Bactriana, los ponía en contacto directo con las civilizaciones helénica y parta; el tráfico de las caravanas que de Kodjend, por Carachar y Turfán, avanzaba hacia China, los sometía a la influencia china, y por los pasos del Hindu-Kush podían comunicar con los territorios de la cuenca del Alto Indo.

Empujados por los hunos, los sacios habían invadido el rico reino de la Bactriana hacia 130 antes de Jesucristo, rechazando a los griegos hacia Cabul y el Panjab, y en el año 80 se apoderaron también de Cabul, trasponiendo el puerto de Peshawar y tomando Taxila, capital del Alto Indo, muy cercana a la ciudad de Nicea, fundada por Alejandro.

El último reino griego en el Panjab oriental sucumbió en el año 30 antes de Jesucristo. Cuando fue conquistada la Bactriana, los sacios continuaron, al oeste del Hindu-Kush, su deslizamiento hacia el mar, penetrando en el Imperio parto e instalándose en la provincia del Seistán —Beluchistán— donde, emparentados como estaban con los partos, se identificaron con las costumbres de este pueblo. Del Seistán, los sacios se dirigieron hacia el Sur, y de allí, remontando el río, se unieron a otros elementos afines que bajaban del Panjab. La India era incapaz de resistir a esta invasión. El Imperio de los maurias, que hasta 189 había juntado todo el norte del continente indio, habíase fraccionado en pequeños estados sumamente prósperos y civilizados, pero políticamente sometidos a la influencia del Imperio parto y del reino helénico de la Bactriana. Los sacios, que habiendo desalojado a los monarcas griegos e instalados en la provincia parta del Seistán se habían hecho dueños de la cuenca del

Indo, era natural que extendiesen su influjo sobre el valle del Ganges. Desde comienzos de la primera centuria encontramos, pues, un sátrapa sacio en el Alto Ganges: es el príncipe parto Matura, a quien la tradición presenta como convertido al cristianismo por Santo Tomás.

A medida que extendían su autoridad por los países profundamente civilizados de la Bactriana, la Partia y la India, los sacios, debido a influencias recibidas por doquier, quedaban absorbidos por el progreso de los países conquistados.

En Cabul se había instalado una dinastía sacia, la de los Kuchana, que debía presidir dos siglos de esplendor del Imperio sacio, y que profesaba el budismo.

Aquella dinastía reinó, desde los albores del siglo I de nuestra era, sobre un vastísimo estado que abarcaba las cuencas del Indo y del Ganges, el Seistán y el antiguo reino griego de la Bactriana, hasta el mar de Aral, con las ciudades caravaneras de Bactres, Samarcanda, Kodjend y Kachgar.

En el mosaico de este imperio, del que durante algún tiempo había de formar parte la costa india de Malabar, floreció una elevada cultura constituida por elementos indios, griegos y partos, bajo la influencia predominante del budismo.

INVASIÓN DE LOS SACIOS EN BACTRIANA Y LA INDIA

EL IMPERIO SACIO

El Imperio sacio resultó, entre los siglos I y II de nuestra era, factor esencial en las relaciones económicas internacionales. El puerto de Barigaza, en Malabar, jugó un papel de primer orden en las comunicaciones marítimas de la India con Roma, así como el de Muciris, emplazado más al Mediodía, en el estado dravidiano de Kerala. La influencia occidental fue allí predominante. Hacia el año 60, las monedas del Imperio sacio ostentaban inscripciones bilingües, en griego y parto, con la efigie de los emperadores Augusto y Claudio. La exportación al Imperio romano de perlas, especias, medicamentos, índigo y tejidos de algodón, era tan importante que de Alejandría zarpaban verdaderas flotas para la India, aprovechando los monzones. La

Estatua del bodhisattva Maitreya. Siglos I-II D. J.

balanza del comercio indio era ampliamente beneficiosa; Plinio la evaluó en cien millones de sestercios por año.

ARTE HINDÚ: EL TEMPLO GOMAPURAM, EN MYSORE.

La India resultaba etapa necesaria del tráfico entre Roma y China, no solamente por mar, sino también por las vías caravaneras cuyos accesos tenían los sacios. El período de tranquilidad universal que constituyeron los dos primeros siglos —paz romana en Occidente, paz china en Oriente—, dio a la India un poderoso impulso económico. El valle del Indo se hizo uno de los principales centros industriales del mundo, así como el emporio de las telas de algodón, al igual que China lo era de las sederías. Fue porque el Imperio romano desarrolló más débilmente que China y la India su industria, por lo que su balanza mercantil resultaba tan peligrosamente deficitaria y sus reservas de oro, acumuladas en otro tiempo por los estados helénicos, acabaron por pasar enteras al Asia. En el siglo II, el comercio marítimo sobrepasó netamente al tráfico continental. Los pequeños estados dravidianos del sur de la India: Kerala, con la gran bahía de Muciris, orientada hacia Roma; Pandia, con el puerto de Korkai; y Chola y Ceilán, transformáronse en grandes potencias económicas. Hacia Malabar y el Indo, Alejandría enviaba sus propias naves, asegurándose con ello el provecho del flete, pero la navegación romana, si bien a veces tocaba en las bocas del Ganges, no rebasaba en general el puerto de Muciris. Fueron los dravidianos quienes, de la India a China, se hicieron, como en otros tiempos los fenicios y luego los griegos entre Oriente y Occidente, los grandes navegantes hacia el Lejano Oriente. Embajadas procedentes de Pandia y Ceilán iban a Roma, y los mercaderes egipcios frecuentaban los muelles del Ganges para pasar luego a China.

El movimiento económico del Occidente hacia el Extremo Oriente favoreció también, aunque en grado menor, la vía del tráfago caravanero. Y como consecuencia natural, China, en el apogeo de su potencia a mediados del siglo I, estableció su protectorado sobre los pequeños reinos tocarios, escalonados por la frontera china hasta el Imperio sació, a lo largo de las dos grandes rutas de caravanas. Cuando en el año 70 después de Jesucristo, el gobernador chino, que no existía desde la gran crisis del imperio después del reinado de Wuang-Mang, volvió a aparecer en Kachgar, se produjo un choque entre los dos grandes estados asiáticos. China, en plena expansión, trataba de extenderse hacia Occidente e instalarse en las fronteras del Imperio parto para evadir la presión que los sacios imponían a sus exportaciones. Un ejército chino de unos 70 000 hombres avanzó hasta la cuenca del Indo, pero no pudo mantenerse allí y China se vio obligada a compartir con los sacios el dominio de los caminos del Asia Central.

El señorío ejercido por partos y sacios sobre las vías continentales del tráfico internacional provocaron, en la segunda centuria, negociaciones diplomáticas entre los emperadores Marco Aurelio y Yen-Si (166) para el establecimiento de relaciones mutuas entre Roma y China. Culminaron estas negociaciones en la creación de una vía comercial de Alejandría a Katigara —puerto que se supone haber tenido su asiento en la desembocadura del río Rojo—, de donde conducía una ruta, establecida a lo largo del mar, por Cantón, hasta el norte de China.

Si Roma ejerció sobre la India una influencia económica preponderante por ser su principal cliente, no logró, sin embargo, hacer penetrar el cristianismo ni sus concepciones intelectuales o artísticas.

El nacimiento de Buda, relieve indio antiguo.

En este terreno, como sin duda en el de los intercambios mercantiles, la India dio mucho más, en el curso de los dos primeros siglos, de lo que recibía. Acaso fuera entonces el mayor de los centros intelectuales del mundo. El griego y el iraniano jugaron, en el siglo I, un papel importante, pero fue el sánscrito el idioma del pensamiento, de la literatura y de la ciencia. En las dos primeras centurias, el desarrollo intelectual de la India igualó al conocido por el mundo helénico en los siglos III y II antes de Jesucristo. Sin plagiar a los griegos, la ciencia india encontró el teorema de Pitágoras, ideó una teoría de los números, desarrolló la ciencia aritmética —el cubo, la raíz cuadrada— y el álgebra superior. Y alcanzó tan alta cumbre en el dominio de la filosofía como en el de la literatura y las artes, y la poesía amorosa, la música y la danza florecieron junto a la literatura épica, la cual, con el *Mahabarata* y el *Ramayana*, cuya tradición se remonta a diez siglos antes de Jesucristo, había dado a la India, desde el siglo IV A. J., sus grandes epopeyas nacionales, comparables a la *Ilíada* y la *Odisea*.

Al mismo tiempo que la India se unificaba intelectualmente en un sincretismo religioso formado de budismo, brahmanismo y djainismo, los biógrafos de Buda fijaban definitivamente su carácter, y un concilio convocado especialmente por el rey Kanichka (78-110) estableció la ortodoxia del budismo bajo la influencia de las ideas mazdeístas, que eran las que triunfaban en la época sacia.

En la centuria segunda, el Imperio sacio, cada vez más dominado por la cultura india aun en el terreno económico, fue alejándose progresivamente de los influjos occidentales. Las monedas, a partir de 190, ya no ostentaban más que leyendas indias y emblemas recordatorios del culto del dios Siva, y los sátrapas sacios de Malabar, donde desembocaba el comercio alejandrino, solo se servían del sánscrito. Sin

Bodisatva. Detalle de los frescos de Ajanta.

embargo, la crisis sufrida por Roma a fines del siglo II, al aflojar los lazos entre la India y el Occidente, debilitó por repercusión al Imperio sacio. Pero lo que determinó el fin de su potencia fue el advenimiento de la dinastía sasánida en el reino iraniano (226); al emprender una política expansionista, aquel linaje debía arrancarle la Bactriana, privándole con ello del monopolio del tránsito continental que hasta entonces había venido disfrutando.

2. Crisis del Imperio chino, en el siglo III, e invasión de los hunos[*]

LA CRISIS INTERIOR

El Imperio chino, restaurado por los Han después de la gran crisis social del reinado de Wuang-Mang (23), conoció durante las dos primeras centurias de nuestra era una espléndida prosperidad. El régimen liberal, entonces en vigor, dio un gran desarrollo a su vida económica, datando especialmente de aquella época la invención del papel y la vasta difusión de sus métodos de fabricación. China debió pasar el invento a Samarcanda, donde los árabes lo encontraron en el siglo VIII.

Mas cuando en el Imperio romano, lo mismo que antaño en el Antiguo y Nuevo Imperio egipcios, la centralización evolucionó hacia la burocracia y la administración se desprendió de la nación, formose una oligarquía de altos empleados, principalmente entre el personal cortesano, cuya amplitud y ceremonial no cesaron de acrecer, y los eunucos de palacio, que constituían el séquito más inmediato al emperador, cobraron considerable influencia en el estado, haciéndose atribuir los cargos más honoríficos y lucrativos.

La decadencia de la administración, debida al pletórico desarrollo de los servicios, implicaba un aumento constante de los gastos. El fisco se hizo la única base del Estado, los impuestos hubieron de ser continuamente aumentados, y la oligarquía transformó las funciones en verdaderos feudos patrimoniales, engendrando una franca venalidad en los cargos.

Lo mismo que sucede en todos los imperios centralizados, el poder acaparado por una oligarquía lleva rápidamente a China a una crisis de régimen. Formose un bando de oposición, a la par político, social y místico, que enfrentaba el idealismo de

Lao-Tsé al afán desenfrenado de placeres que mostraban las clases dirigentes. Y lo mismo que el cristianismo se estaba organizando a la sazón en Iglesia, al margen de las instituciones romanas, en China el taoísmo fundaba también un clero jerarquizado que se estructuraba fuera de los marcos oficiales del Estado.

En el año 184, estalló una revolución para quitar el poder a las autoridades civiles y entregárselo al clero taoísta. Los adeptos del taoísmo negaron su obediencia a los gobernantes, constituyéndose en Iglesia bajo la autoridad espiritual de un jefe religioso. Esta fue la señal de una sangrienta guerra civil, que el gobierno respondió con extrañamientos y decapitaciones en masa de taoístas. Pero en el año 189, el juez supremo, haciendo causa común con los insurrectos, mandó degollar a dos mil eunucos de palacio.

El emperador era, a la sazón, un niño, y los generales se adueñaron del poder y sumieron el país en la más completa anarquía.

Por aquel mismo tiempo, y a la muerte de Cómodo (192), se desencadenó en Roma una grave crisis de anarquía militar. El general Septimio Severo acababa de instaurar un régimen castrense (193). Y en 196 el general Sao-Sao se proclamó protector de China, haciendo del emperador un simple instrumento de su política.

Los Severos dieron a Roma una cuarentena de años de tranquilidad y orden, pero a la muerte de Severo Alejandro (235) quedó abierta una gran conmoción en cuyo curso se fraccionó el imperio en varios estados. Las provincias asiáticas, bajo los reyes de Palmira, la Galia y la Bretaña, con emperadores separatistas, se erigieron en estados independientes, al mismo tiempo que comenzaban las invasiones germánicas; los godos pasaban el Danubio, y los alamanes y los francos trasponían el Rin. La situación ya no había de quedar restablecida hasta 270 con la instauración del régimen autoritario de Aureliano y después de Diocleciano (283).

Mientras tanto, la historia de China experimentaba, etapa por etapa, fase tras fase, idéntica evolución a la operada en Roma.

La anarquía militar, al cabo de algunos años, produjo la disgregación del imperio en tres reinos (221): al Noroeste, el reino de Wei, con las capitales caravaneras de Chang-Ngan y Lo-Yang, que ejercía el protectorado del Asia Central; al Sudeste, el reino de Wu, que abarcaba todas las costas de Nankín hasta los confines de Anam, y por último, en el Sudoeste, el de Chú, más aislado.

Durante sesenta años, China fue presa de una guerra civil tan horrenda que la población descendió a 29 millones de almas.

Finalmente, los alcaides palaciegos del reino de Wei reconstituyeron la unidad china, fundando la dinastía de los Chin (280-419).

La restauración lograda por este linaje, puramente militar como lo había sido en Roma el de Aureliano, no interrumpió la evolución estatista y oligárquica del imperio manifestada ya antes de la crisis. El absolutismo engendró la autocracia, y esta, siguiendo el proceso normal, al sustituir el derecho por la fuerza privó a la monarquía de su base legítima. Abismose entonces la dinastía —como en su tiempo la de los

Ptolomeos y la de los Seléucidas— en crímenes de familia e intrigas palaciegas. Convertida la alta administración en prebenda de la oligarquía, los cargos fueron vendidos al mejor postor, y los súbditos del emperador, estimados como simple materia contributiva, cayeron bajo las garras de la opresión fiscal. Cuarteado desde lo alto, el imperio acabó por deshacerse.

Y la ruina del poder trajo consigo, en China, idénticas secuelas que en el Imperio romano: impotente para resistir la presión de los bárbaros, China quedó desvalida frente a las invasiones de hunos y mogoles, como Roma lo había quedado ante las hordas germánicas.

CHINA, INVADIDA POR LOS HUNOS

Lo mismo que en Occidente, no fueron, pues, las invasiones la causa de la destrucción del imperio, sino la propia debilidad de este lo que incapacitó para contener el empuje de los bárbaros. Y así como en Roma la liquidación del imperio debía comenzar por el asentamiento de los godos confederados en las provincias danubianas, en China fueron los hunos, establecidos también como federados al norte de la Gran Muralla, los que asestaron al imperio el primer golpe.

El desmoronamiento de la potencia china, al hacer desaparecer el protectorado que venía ejerciendo en Asia Central, abrió el camino a los hunos occidentales. Reanudando estos su avance hacia el Sur y el Oeste, desbordaron a los U-Sun en las regiones del Caspio, cruzaron la Rusia meridional dominando a los alamanes, y empujaron a los godos que, habiendo franqueado el Danubio, fueron a instalarse en el Imperio romano para preparar su descalabro.

Así, el Imperio romano resultó profundamente perjudicado por la ruina de la potencia china, origen directo de la invasión gótica.

Ambos imperios, sin sospecharlo, desde luego, eran solidarios el uno del otro. La proclamación de un emperador huno en el norte de China, en 308, fue el primer acto de las grandes invasiones que iban a poner en marcha a todas las tribus germánicas y eslavas de la Europa oriental y central, antes de conducir a la formidable irrupción de los hunos de Atila. El emperador huno, relacionado por línea femenina con la estirpe de los Han, tras haberse arrogado el título imperial, anunció su designio de reconstituir el Imperio chino. En 311, sus huestes, después de espantosas hecatombes, se apoderaron de la capital de Lo-Yang. Y la dinastía de los Chin abandonó todo el Norte a los mogoles y se refugió en Nankín, ciudad que sería capital de lo que restaba del imperio desde el año 318 al 589.

Todas las provincias continentales quedaron sometidas a los hunos; solo las del Sur, que vivían del mar y cuya influencia urbana y comercial llevaba el gran río Yang-Tsé hasta los confines de la vasta China, pudieron escapar al dominio de los bárbaros.

Toda la parte continental del país, el Norte y el Oeste, subyugada por los nómadas que iban a establecerse allí, experimentó una terrible decadencia. Despoblada, sus

villas saqueadas y destruidas, y degollados sus habitantes, continuó, no obstante, viviendo bajo el régimen de las vetustas instituciones chinas. Mas estas solo servían, a fin de cuentas, para que los invasores impusieran al pueblo el doble flagelo del servicio forzoso y de arbitrarios gravámenes, lo cual, aumentando el hambre provocada por las invasiones y la paralización en las relaciones mercantiles, hundió al país en la miseria y en una anarquía perenne.

Mientras la familia imperial de los Chin extraía de las provincias costeras los recursos necesarios para reconstituir la potencia capaz de defenderla contra las invasiones del litoral, desde el Chantung hasta más abajo de Cantón, las comarcas continentales se fragmentaban en seis reinos hostiles en manos de dinastías turcomogólicas, que se organizaron sobre los escombros del Imperio chino, lo mismo que los reinos germánicos en el Imperio romano de Occidente. Empujados a guerras continentales unos contra otros, los reinos hunos asimilaron la cultura china tan rápidamente como los reinos creados por los germanos en la Galia y en España se latinizaron. Y lo mismo que el cristianismo se impuso allí a los germanos, también el budismo, desde 390, ya había catequizado por completo a los hunos en China.

DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO

Terracota funeraria del siglo VIII. Época Tang.

En medio de la absoluta decadencia política y económica que aquejaba a los reinos turcomogoles, el movimiento místico, surgido en el siglo II con la organización de la Iglesia taoísta, cobró una amplitud considerable. En las comarcas invadidas de China mezclose con una corriente filosófica directamente inspirada en Lao-Tsé, que preconizaba la inacción. La desesperanza frente a la destrucción de todos los valores quedó erigida en doctrina, abriendo así camino a la mística budista. Fundáronse por doquier monasterios taoístas y búdicos adonde se acogieron los espíritus más selectos. Y en el momento en que la Iglesia cristiana triunfaba en el ámbito del Imperio romano, un vasto proselitismo religioso surgía en China. Algunos apóstoles se remontaron hasta Corea para predicar la nueva religión, que aportaba al pueblo el consuelo del más allá.

Gracias al misticismo y al monaquismo, la civilización intelectual no naufragó bajo el impulso del sentimiento religioso, en medio de la decadencia política. Por el contrario, la cuarta centuria marca una verdadera floración de la escultura y la pintura chinas. Es imposible no sentirse asombrado ante la semejanza que ofrece la descomposición del Imperio chino con la del romano. En uno y otro ámbito, son las provincias terrestres, continentales, las conquistadas por la invasión, y son las zonas marítimas del imperio, donde predominan la cultura urbana y la actividad mercantil, las que se libran de la decadencia y del fraccionamiento. Lo mismo que Lo-Yang, la antigua capital, fue abandonada por el mayor puerto del imperio, Nankín, también Roma quedó suplantada por la gran plaza y activo puerto de Constantinopla.

Nada hay, en el alud del misticismo y monaquismo budistas que cubrió a China en el siglo IV, que no encuentre su paralelo en la gran oleada de misticismo y monaquismo cristianos que invadió el Imperio romano en el siglo V.

Aunque mantenida a lo largo de las costas, la civilización china perdió mucho de su irradiación. En Corea, se anuló el dominio de China. En vez de las provincias chinas apareció en el Norte un reino autónomo, Kokuli, cuya capital fue Ping-Yang, antiguo centro administrativo. La incorporación más que secular de toda la Corea septentrional y central al Imperio de los Han la había ganado definitivamente para la civilización china, y el reino de Kokuli sería un foco de cultura para los pequeños estados coreanos del Sur: Silla, que ocupaba todo el Sudoeste, y Paik-Ché, que se extendía por el litoral del Sudoeste.

LA REALEZA DE YAMATO EN EL JAPÓN

Igualmente desapareció el señorío impuesto por China al Japón en el siglo I antes de Jesucristo. En la primera centuria de nuestra era, comenzó a organizarse en el sur del Japón una monarquía tribal, de tipo bastante afín a la que había conocido China en los comienzos de la época de los Chu, hacia 1200 antes de Jesucristo. La monarquía patrimonial constituida en la isla de Kiu-Siu se extiende, por mar, hacia el Norte, y, probablemente, a fines del siglo I alcanza a Yamato, que se transforma en capital del primer gran estado japonés[2].

Habíase constituido la realeza de Yamato por la unión de los clanes aristocráticos, cada uno de ellos dominado por una familia, bajo la cual disponían de la tierra otros linajes señoriales; en sus dominios, la población semiservil estaba adscrita a la gleba o formaba corporaciones hereditarias y especializadas en ciertos menesteres: tejeduría, fabricación de armas, servicio militar o culto. Los esclavos parecen haber sido poco numerosos.

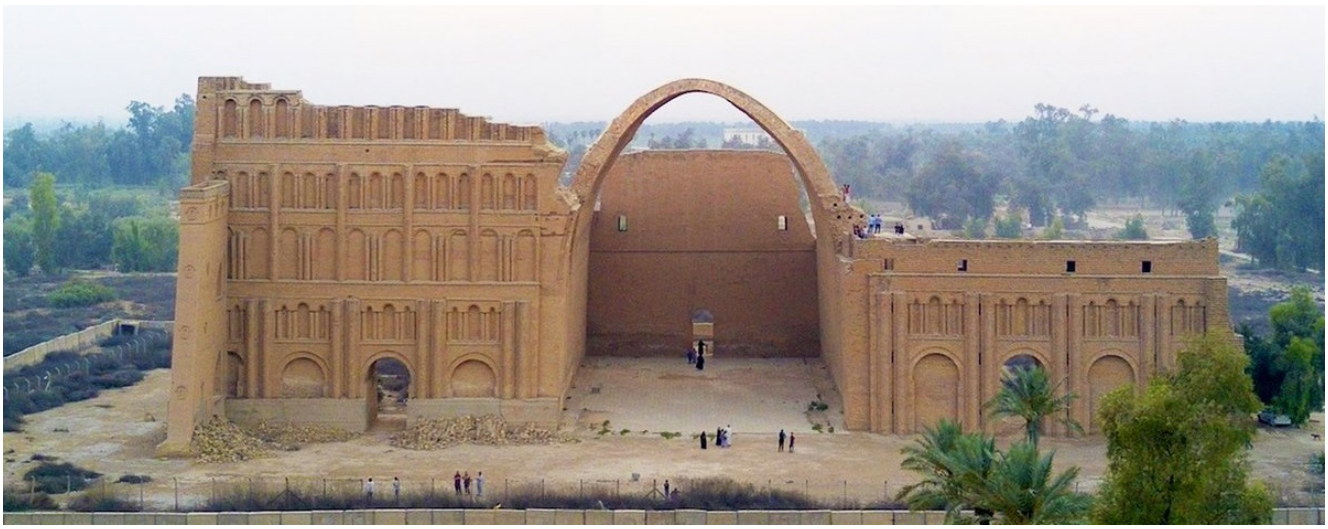
Los clanes señoriales estaban jerarquizados y agrupados bajo dinastías ducales, vasallas de la imperial. Esta sociedad patriarcal, patrimonial y feudal, cuya religión sintoísta se cifraba en las fuerzas naturales, en primer lugar el Sol, se había ido civilizando progresivamente al contacto con China y Corea. Desde el siglo I, se había

vuelto hacia el mar, y lo mismo que más tarde harían los normandos en Europa, los señores japoneses armaron expediciones de pillaje contra Corea, donde se instaló una factoría japonesa, el pequeño estado de Mimana, en la costa meridional, tan pronto como la decadente China no pudo garantizar la seguridad de sus navegantes. Las escuadras de piratas, zarpadas de Meniana, no cesaron de atacar las costas de la rica y civilizada Corea. Pero, a causa precisamente de estas expediciones, el Japón había de entrar en contacto con la civilización china, poniéndose en condiciones de recibirla.

3. El Imperio sasánida y la caída del Imperio sacio[*]

EL REINO PARTO

El Imperio parto, constituido en la época de los seléucidas, había alcanzado gran prosperidad gracias a su posición intermedia entre Roma y la India. Tras el fracaso de César y Antonio en Oriente, Augusto había renunciado a incorporar Mesopotamia al Imperio romano, habiéndose practicado una política amistosa, durante un siglo, entre Roma y Tesifonte. Solo el protectorado sobre Armenia, que dominaba las comunicaciones del mar Negro, por el Caspio, con el Asia Central, había venido a perturbar, hacia el año 50, la cordialidad de relaciones entre Roma y los partos. En fin de cuentas, Armenia había permanecido vasalla de los partos, conservando la dinastía de los arsácidas el señorío de toda el Asia Anterior, desde el mar Negro al Indo.



Ruinas del palacio de Shapur I, en Tesifonte. 2.ª mitad del siglo III.

Trajano, para impulsar la economía romana, concibió el gran proyecto de llevar las fronteras imperiales hasta allende el Tigris, alcanzando así el golfo Pérsico, pero su muerte, acaecida en 117, marcó el abandono de tal designio. Adriano renunció a las conquistas de Trajano, y en 123 hizo la paz con Cosroes, rey de los partos.

En el reinado de Marco Aurelio la guerra con Roma volvió a estallar a propósito de Armenia, y el ejército romano avanzó sobre Tesifonte y la incendió. Septimio

Severo, para hacer frente a los arsácidas, estableció en Nisibis un gran arsenal romano, y de nuevo, en 199, volvió a incendiar Tesifonte.

El Imperio romano y la dinastía de los arsácidas destruyeron así sus mejores contingentes militares en el duelo que los puso frente a frente.

ADVENIMIENTO DE LOS SASÁNIDAS

Ahora bien, mientras los arsácidas se debilitan en su lucha contra Roma, en la Pérsida se había fundado una dinastía principesca iniciada por un sacerdote de Persépolis, cuyo objetivo era devolver a Persia la grandeza de que gozara en tiempos de los aqueménidas. En 226, Ardachir I se sublevó contra su soberano Artabán V, se apoderó de Tesifonte y fundó la dinastía sasánida.

Frente al Imperio romano, que se deshace en la gran crisis anárquica del siglo III, los sasánidas procuran dar a sus estados una unidad mística que toman prestada de la antigua religión nacional persa: el mazdeísmo, en su forma zoroástrica. Tornándose hacia la Antigüedad persa, vuelven a poner en vigor las tradiciones aqueménidas, las cuales, por otra parte, no habían desaparecido jamás enteramente bajo la dinastía arsácida. La Persia sasánida se organiza sobre la doble base del absolutismo teocrático y de la aristocracia.

La monarquía, fiel a la tradición, se presenta como detentadora del poder por voluntad del gran dios Ahura Mazda, y el rey, rodeado de bran boato, se apoya en una verdadera Iglesia, siendo él quien designa al gran supremo pontífice, el cual nombra a todos los magos del clero jerarquizado. Los santuarios donde se venera el fuego, símbolo de Ahura Mazda, son grandes propiedades patrimoniales, y el clero constituye una clase privilegiada, exenta de impuestos sobre la propiedad y del servicio militar; constituye la primera clase del estado. Su ascendiente sobre la población es inmenso e interviene en todas las manifestaciones de la vida merced a la imposición de sacramentos en los nacimientos, matrimonios y funerales, así como por el ejercicio de la confesión y absolución; dispone del monopolio de la enseñanza, organizado por los nobles y burgueses de las ciudades, y provee los cargos de jueces reales. El mazdeísmo, religión de Estado, servido por un clero fanático, es obligatorio, en teoría al menos, pues no logra penetrar ni en Armenia ni en Irak, donde la herejía nestoriana continúa siendo la religión única.

Del mismo modo que el cristianismo, en aquella misma época el mazdeísmo conoce también herejías que enlazan con las antiguas filosofías. Contra sus adeptos, como también contra los fieles de otras religiones, la Iglesia, apoyada por el Estado, desencadena durísimas persecuciones.

La principal de las herejías mazdeístas fue el maniqueísmo (desde 242), que presentaba al bien y al mal como fuerzas independientes entre sí. Había de propagarse, en detrimento del cristianismo, hasta el Occidente, ejerciendo una inmensa influencia en el Asia Central, donde fue vehículo del pensamiento persa. Mani, su iniciador, pereció ejecutado por hereje.

El Imperio sasánida está dominado por una aristocracia terrateniente y, aunque absolutista, es feudal. Reyes, vasallos y gobernadores de marcas fronterizas forman, en él, una nobleza señorial. Lo mismo que en la Persia de otros tiempos, siete familias privilegiadas ocupan hereditariamente los altos cargos militares y civiles. Es una supervivencia del antiguo feudalismo persa.

Moneda sasánida con la efigie de Sapor I.

Cuatro nobles, denominados «reyes», constituyen el rango más elevado en la jerarquía nobiliaria coronada por el «rey de reyes». Después de ellos vienen los altos representantes de la administración, el visir y los ministros, el gran sacerdote, el custodio del fuego sagrado, el comandante del ejército, el canciller, el ministro de Finanzas, de Agricultura y Comercio, el del real patrimonio y, por último, los virreyes de los cuatro gobiernos del Imperio. En grado inferior a la nobleza gobernante figuran los grandes señores que viven en sus tierras y bajo cuya autoridad los propietarios terratenientes forman una caballería que aporta sus efectivos al ejército persa; son ellos quienes, en las aldeas, representan el poder recaudando los impuestos para el rey. Los jefes pedáneos salen de sus filas. Bajo la férula de los señores territoriales, los campesinos adscritos a la gleba hállanse en situación parecida a la servidumbre: prestan servicio en la infantería, constituyendo tropeles sin valor militar.

Esta semiservidumbre de la clase rústica proviene de una doble evolución. Por un lado, la que se manifiesta en los países poco avanzados, al este de Mesopotamia, y que transforma a los siervos feudales en semilibertos; por el otro, en las regiones donde los labriegos habían sido emancipados en la época helenística, la que ha convertido a los campesinos libres, bajo la acción del estatismo absolutista, en colonos adscritos al suelo bajo el dominio de propietarios privilegiados.

Al margen de la nobleza y la clase servil que forman la sociedad territorial, la población urbana disfruta de estatuto especial. Sin llegar a ser noble, es libre, y comprende artesanos y negociantes que pagan una gabela individual, se halla exenta de prestaciones corporales y servicios militares, y goza de derechos peculiares. La constitución social de la Persia sasánida es, en suma, muy semejante a la que existirá en Occidente por el siglo XII de nuestra era.

Las ciudades son centros manufactureros importantes. Tabriz, Chapur, Rei, Merv y Herat fabrican telas para la exportación, y el comercio juega también en ellas un gran papel. Reciben seda de China por las rutas caravaneras del Asia Central y, por el mar, de la India. El comercio sasánida, en cambio, exporta alcatifas babilónicas, joyeles de Siria, corales y perlas del mar Rojo, tejidos de sus propias ciudades, y telas de Egipto hacia China y la India.

Semejante actividad de las ciudades persas constituye el factor esencial de la prosperidad de los sasánidas. La hacienda se nutre del impuesto territorial, establecido según el catastro, y del tributo por capacitación.

La justicia le incumbe al rey. Las clases privilegiadas, no obstante el clero y la nobleza, son juzgadas por sus pares, y en la tierra baja son los sacerdotes quienes dictan las sentencias, siendo estas de un carácter bastante rudimentario, cruel y sumario, recurriendo frecuentemente a las ordalías y a la pena de muerte.

POLÍTICA IMPERIAL DE LOS SASÁNIDAS

La importancia del Imperio sasánida, del siglo III al VII, fue debida al derrumbamiento de los dos imperios de Roma y China, que hasta sus crisis simultáneas de la tercera centuria habían venido ejerciendo, el primero en Occidente y el segundo en Oriente, indiscutible hegemonía. Fue su debilitamiento lo que permitió a la dinastía sasánida emprender una vasta política tendente nada menos que a la reconstrucción del imperio de Darío, dándole, como este había hecho, una base económica.

Los sasánidas trataron continuamente de asegurarse el dominio de las vías de tráfico del Mediterráneo, hacia la India y el Lejano Oriente. Bien es verdad que intentaron inútilmente poner pie en la costa siria, mas aunque al parecer renunciaron con bastante facilidad a aquella región, no cesaron de bregar contra Roma para adquirir el protectorado sobre Armenia, con el fin de dominar el tráfico del mar Negro al Asia Central. Teodosio I acabó por ceder a los persas la casi totalidad de Armenia, inaugurando con esta acción una política de amistad entre las cortes de Constantinopla y Tesifonte. A fines del siglo IV, la posición de los sasánidas resultaba tan sólida en Occidente que el emperador Arcadio, al morir, puso a sus herederos bajo el amparo del rey Yezdeguerd I.

Inmovilizados en la parte del Mediterráneo, los sasánidas consiguieron, en cambio, internarse profundamente en Asia Central. Apenas dueño del poder Ardachir I, se revolvió contra el Imperio sacio que, como se recordará, extendíase por la India del Norte y el antiguo reino griego de la Bactriana, hasta el mar de Aral. Todo este último reino quedó dominado, y, privado de la supremacía en las rutas caravaneras, el Imperio sacio se desmoronó.

Relieve que representa al monarca sasánida Sapor I victorioso.
Dieulafoy: *L'art antique de la Perse*.

El dominio persa de dichas rutas, al que no podía oponerse China debido a la horrenda crisis anárquica que la azotaba, dio al traste con el equilibrio económico de las potencias.

Solo un papel secundario había podido jugar, en la vía del tráfico internacional, el Imperio parto. El sasánida, en cambio, gozó de una sólida hegemonía económica en Asia. Sin duda, la gravísima decadencia china menguaba considerablemente la importancia de las calzadas caravaneras que conducían al Extremo Oriente. La prosperidad sasánida no podía igualar, por tanto, ni a la del Imperio sacio ni a la que el imperio de Bagdad habría de lograr más tarde merced al renacimiento de la economía china. El Asia Central revestía, empero, capital trascendencia para las relaciones entre el Occidente y la India, y por otra parte, el comercio de la seda con China nunca había quedado interrumpido.

Desde Ardachir I, la dinastía sasánida esforzose, además, por desarrollar su poderío económico interno. Lo mismo que en tiempos de los seléucidas, Ardachir dio gran impulso a la fundación de ciudades, y su sucesor, Sapor I, revalorizó las tierras de Susiana con la construcción de un inmenso dique sobre el Karún, lo que permitió un metódico sistema de riegos.

Mas fueren cual fuesen las cuestiones económicas, en aquellos tiempos habían de combinarse con los problemas religiosos.

La hostilidad entre Persia y Roma se intensificó notablemente a causa de la adopción, por Constantinopla, del cristianismo como religión del Estado. La querella política vino a agravarse con la lucha religiosa.

Por todo el Imperio sasánida, los cristianos se mostraban favorables a Roma, organizándose contra ellos reiteradas y sangrientas persecuciones. Al contrario, para fortalecer su imperio, Sapor II dio acogida a los heréticos nestorianos fugitivos del Imperio romano, y este hecho tuvo una importancia primordial en la historia de la cristiandad. Fue, en efecto, bajo la forma nestoriana, cómo el cristianismo penetró en Asia por las rutas caravaneras, alcanzando la Mogolia y la China. La cristiandad asiática había de desenvolverse, así, en aquel continente, fuera de las normas dictadas por la Iglesia católica.

DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO SACIO

La expansión de la potencia sasánida, ayudada por el eclipse de China, había provocado la caída del Imperio sacio, que creado por los invasores escitas descansaba sobre la supremacía de las rutas económicas y las ciudades en ellas situadas, junto con las cuencas del Indo y del Ganges. Su derrumbamiento es el jalón que marca el fin de la hegemonía económica de la India en el Asia Central, aunque no la destrucción de su prosperidad ni de su cultura. La cuenca indogangética, liberada de la dominación sacia, se fraccionó en pequeños estados independientes orientados hacia la gran urbe de Pataliputra, antaño capital del imperio indostánico de los maurias.

Estatua sedente del Buda Vairochana, en Nara. Japón.

En torno a este estado gangético, que conservó un gran prestigio en todo el norte de la India, se reconstituyó una unidad nacional. Paulatinamente, los príncipes del Ganges fueron pasando bajo la férula de los soberanos de Pataliputra, y en 308, Chandragupta, soberano de Magada, emparentado quizás con la rancia e ilustre estirpe de los maurias, restauró la unidad política de la cuenca del Ganges mediante su matrimonio con la heredera del reino de Pataliputra, asumiendo el título de «rey de reyes» (320). Su hijo Sandragupta (339) acometió la empresa de constituir por medio de las armas un imperio indostánico, y en pocos años conquistó al Panjab y la India Central hasta el Dekán. La potencia económica que de este modo logró disponer atrajo inmediatamente hacia él a los soberanos de Cabul y a los príncipes tocarios del Asia Interior, que vivían principalmente del tráfico de la India hacia Europa y el Lejano Oriente, así como a los reyes de Ceilán, cuyos bajeles cubrían las rutas que unían las bahías de Malabar con la costa china.

RENACIMIENTO INDOSTÁNICO BAJO LA DINASTÍA GUPTA

Durante una centuria, la India iba a encontrar de nuevo la inmensa irradiación mercantil e intelectual que ya había conocido durante la época del Imperio mauria. La dinastía gupta marca el apogeo de la civilización indostánica. Los focos intelectuales del siglo IV son, indiscutiblemente, por un lado, las ciudades de Antioquía y Alejandría, y por el otro, Pataliputra del Ganges y la urbe de Udjein, próxima a la costa malabar.

Estatuilla de asperón gris correspondiente a la época primitiva de Kmerr. Siglos VI al VII.

Malabar, con su gran puerto de Barigaza, era, como se recordará, una de las claves esenciales del comercio de la India con Occidente.

La decadencia china lleva necesariamente a la economía indostánica hacia el Mediterráneo, lo cual explica que bajo la dinastía gupta se dejara sentir tan profundamente en Udjein, donde florecieron las matemáticas y la astronomía helenísticas, la influencia de Alejandría. El renacimiento indostánico en la época de los guptas corresponde al que se manifiesta en el Imperio romano desde el reinado de Constantino al de Teodosio I, siendo en gran medida solidario suyo.

La gran prosperidad económica de la India en el siglo IV fue acompañada por un gran desarrollo del individualismo, tanto en el terreno social como en el intelectual, y

las nociones del derecho natural y las cuestiones sociales que entonces preocupaban en el Imperio romano encontraron también eco en la India, manifestándose especialmente en la creación de hospitales gratuitos.

El arte floreció bajo el influjo de la riqueza y de la vida mundana. La pintura conoció uno de sus más bellos momentos. Y la literatura, con la poesía cortesana, erótica, elegante y erudita al mismo tiempo; el lirismo voluptuoso; el género didáctico; el teatro acompañado de coros, música y danzas; los apólogos y cuentos, así como las novelas, lograron por entonces en la India tal boga que recuerda la alcanzada en Alejandría, dos siglos antes, por la literatura amena agonizante.

Pero en Alejandría, desde el siglo III, las artes profanas se habían visto suplantadas por el pensamiento religioso. Al misticismo neoplatónico había sucedido la mística cristiana. De igual modo, en la India, si bien brilla la literatura frívola con vivo esplendor, es la religión, no obstante, la que constituye el fondo de la vida intelectual. De China, que busca su camino cuando las terribles invasiones mogólicas, los monjes budistas van a la India para iniciarse en la mística sagrada en sus célebres conventos, del mismo modo que los letrados frecuentan las escuelas de Udjein para adquirir los conocimientos científicos venidos de Alejandría, los cuales penetran, con ellos, hasta las costas del mar de la China.

4. Restauración del Imperio chino[*]

DESMEMBRACIÓN DE CHINA

Los anales asiáticos, después de la crisis del siglo III, están dominados por dos grandes hechos históricos. Es uno, de universal importancia, el eclipse de los dos imperios cuya hegemonía había dado al mundo dos centurias de tranquilidad y progreso, el otro está constituido por las invasiones de los hunos, seguidas de la de los turcos, en el Asia Central.

El Imperio romano, que acaba de desmembrarse en una anarquía provocada por la profunda decadencia interior del Occidente y las invasiones germánicas, se oscurece de la escena internacional hasta su restauración por Justiniano (527).

Lo mismo acontece con China, la cual, hasta el siglo VI, renuncia enteramente a la misión hegemónica por ella desempeñada en Asia antes de la gran crisis del siglo III. Vive entonces en sí misma. Al abrigo de las invasiones de los hunos que se abaten desde el siglo IV sobre el Asia Central y el norte de la India, encuentra un nuevo equilibrio. Repartida políticamente bajo la autoridad de las dinastías mogoles, absorbe a sus vencedores. Aquel lento trabajo de asimilación, condición principal de su renacimiento, se realizó de modo tan integral que, en el siglo VI, los soberanos de Oé, de origen manchú y reinantes en las antiguas capitales de Chang-Ngan y Lo-Yang

, impusieron en todo su vasto reino el uso exclusivo de la lengua y las vestiduras chinas.

Sin embargo, la chinización de los bárbaros no se cumplió sin ejercer una influencia disolvente sobre la propia civilización china. Las cortes mogólicas, en cuyo derredor se había agrupado la clase dirigente, conservaban costumbres de una barbarie desenfrenada, y todo eran asesinatos y conspiraciones. Resulta inevitable su comparación con las cortes establecidas en el Imperio romano por los reyes germánicos. Y la decadencia provocada por la barbarie emanada de arriba iba acompañada por una profunda regresión social. La anarquía, la destrucción de la población, casi total en ciertas comarcas —solo quedaban, después de las invasiones, dos centésimas partes de los habitantes en el valle de Oé—, habían paralizado la vida económica y suprimido toda seguridad. Igual fenómeno de agrupamiento social en torno a los señores locales del que había nacido en el Occidente europeo con el régimen feudal, se producía en la China continental, donde la pequeña propiedad iba desapareciendo ante el latifundio.

La vida intelectual y moral, tan sorprendentes todavía en el siglo IV, decaen progresivamente. Los monasterios, formados bajo el influjo del idealismo místico, íbanse transformando poco a poco en formidables señoríos terratenientes, más apegados a sus bienes temporales que a las actividades religiosas. Convertidos en aristocracia, los monjes se dejaban fascinar, lo mismo que en la Galia merovingia, por la corrupción de costumbres reinante en la corte y entre los magnates. La oleada mística del budismo cedía el puesto a una política clerical de explotación, por los monasterios, de las poblaciones de las tierras bajas. Y, sin embargo, fue en aquellos monasterios donde se concentraron los últimos residuos de la cultura que harían florecer en ellos, en el siglo V, una gran escuela de pintores y escultores.

Los reinos barbarizados del Norte y del Oeste evolucionaban hacia un régimen puramente agrario, dominado por la nobleza latifundista y los monasterios.

Por el contrario, en el Sur, donde los Chin habían mantenido una dinastía nacional, la actividad económica de las grandes ciudades costeras dominaba la evolución política y social. Pero el movimiento comercial seguía confinado a lo largo del mar y en los valles, donde los agricultores chinos, gracias al mercado siempre abierto a sus géneros, conservaban sus reducidos predios. En el interior de las provincias, donde el poder demasiado débil de los emperadores nanquineses no lograba hacerse sentir, los invasores nómadas desorganizaban el país. El poder central, socavado por su flaqueza, era presa de convulsiones internas que, en el año 420, provocaron el derrumbamiento de la dinastía de los Chin por un general que fundó una nueva dinastía: la de los Song (420-479).

La crisis interior, padecida por China desde el siglo IV al VI, fue a la vez causa y consecuencia de las invasiones de los hunos en el Asia Central; causa, porque el

INVASIONES DE LOS HUNOS EN EL ASIA CENTRAL

hundimiento del imperio permitió a los bárbaros cortar la ruta de la seda e instalarse en el Turquestán chino; consecuencia, porque una vez cortada aquella ruta, la China continental, aislada del mundo exterior por la falta de mercados para sus exportaciones, no podía hacer otra cosa sino propender a una economía puramente agrícola y cerrada, es decir, al régimen señorial.

En 425, los hunos heftalitas, asentados al este del mar Caspio, invadían la Bactriana, que pronto arrancaron a los sasánidas, y franqueando, hacia 490, los pasos del Hindu-Kush, se abalanzaban sobre la India, que gozaba entonces de uno de los más brillantes períodos de su historia con los monarcas guptas.

CAÍDA DE LA DINASTÍA GUPTA Y CRISIS PERSA

La invasión de la India por los hunos resultó horrenda, ya que fueron saqueadas todas las ciudades y destruidos los monasterios. Destruido el Imperio gupta, sobre sus escombros extendió su mando un *kan* huno, como antaño los príncipes sacios, desde las costas de Malabar hasta el mar de Aral.

El asentamiento de los hunos en la Bactriana solo había sido posible por la crisis social que entonces atravesaba Persia.

El rey Yezdeguerd II o Balasch acompañado de la reina, su esposa. Fuente sasánida de plata del siglo V.

El Imperio sasánida, edificado sobre los principios antinómicos de la monarquía absoluta y el feudalismo aristocrático, tenía que desembocar en aguda crisis. El mando real, totalmente orientado hacia la prosperidad económica del país, y por ende el desarrollo urbano, conducía indefectiblemente a la emancipación de las clases rurales. La valorización de las tierras, especialmente las de la Susiana, al favorecer el mercado de productos agrícolas, destruyó el régimen patrimonial de economía cerrada, clave del sistema señorial.

De este modo, la política económica de la monarquía estimuló la oposición de la aristocracia terrateniente y de los santuarios, que eran los máximos propietarios del país. Los reyes replicaron con un reforzamiento de sus métodos absolutistas.

La crisis estalló bajo el reinado de Yezdeguerd I (399-420). La política económica había llevado a los sasánidas, lógicamente, a mostrarse liberales con los negociantes

extranjeros. Yezdeguerd I, desde su ascensión, abandonando las persecuciones religiosas, adoptó una actitud tolerante que le valió, entre las poblaciones semita y cristiana del Irak y en el extranjero —singularmente en Constantinopla—, una gran popularidad, pero que pronto concitó el rencor del clero. Pereció víctima de una conspiración y su hijo Bahram V (420-438) repitió las persecuciones. Los cristianos refugiados en el Imperio romano sembraron allí un gran odio contra Persia, que el emperador Teodosio II aprovechó como pretexto para atacarla. No tuvo aquella nación más remedio que firmar, en 422, una paz reconociendo a los cristianos la libertad religiosa. Mas impuesta por el enemigo, esta les pareció aún más abominable a los nacionalistas persas, que en seguida reaccionaron. Bajo su influencia, Yezdeguerd II (438-457), volviendo a la política intolerante, pretendió imponer por la fuerza el mazdeísmo a los armenios cristianos. Los hunos, sin embargo, triunfaban en aquel momento en la Bactriana, y los obispos de Persia creyeron poder atacar abiertamente el zoroastrismo. Las invasiones germánicas impedían intervenir al emperador de Constantinopla, de lo que Yezdeguerd se aprovechó para proclamar obligatorio el culto de Zoroastro, estallando entonces una sublevación cristiana que extendiéndose a los campesinos esclavizados por los monasterios y los señores latifundistas sumió a Persia en una revolución social.

Ahora bien, en aquel momento el país se debatía en graves dificultades económicas a consecuencia de la ocupación de la Bactriana por los hunos, a los cuales los monarcas persas se habían visto obligados a pagar tributo (484), al mismo tiempo que la oposición de la nobleza había debilitado a la dinastía.

En el torbellino de tantas crisis externas e internas, la agitación de los campesinos que aspiraban a emanciparse de la servidumbre y pedían tierras, adoptando un carácter místico y religioso, no cesaba de agravarse, y los nestorianos, acosados en el imperio, buscaban asilo en Persia aumentando con ello la confusión.

Y en aquella revuelta época es cuando Mazdak, un utopista social que seguía las doctrinas de Mani, fundó una secta religiosa que pretendía establecer el comunismo integral de mujeres y bienes, la abolición de todos los privilegios y la prohibición absoluta de matar, ni siquiera animales para alimentarse.

REFORMA POLÍTICA EN PERSIA

El rey Kavad (488-531), inmovilizado por los manejos de la nobleza, favoreció en contra de ella el proselitismo de Mazdak y declarose adepto a sus doctrinas. La nobleza, empero, lo destronó y hubo de refugiarse momentáneamente entre los hunos (497). Kavad pudo, no obstante, recobrar el poder.

La revolución social había sumido a Persia en una anarquía inextricable. Después de una horripilante degollina de comunistas, Kavad restauró el orden interior reconstituyendo la familia y la propiedad, y como la aristocracia terrateniente había quedado muy debilitada por la revolución, aprovechó el rey la circunstancia para destruir su poderío. De las funciones de primer ministro se había apropiado el más

poderoso de los magnates latifundistas. Kavad redujo su influencia y, con objeto de liberar al país de la opresión señorial, lo dividió en cuatro grandes gobiernos civiles directamente dependientes del soberano. Además, los nobles quedaron obligados a un impuesto territorial, a cuyo fin se procedió al establecimiento de un nuevo catastro.

Cosroes (531-579) completó la obra de su padre al suprimir totalmente las prerrogativas de la alta nobleza. El cargo de generalísimo, todavía en manos de los antiguos señores feudales, quedó anulado; dividió el ejército en cuatro mandos, correspondientes a las circunscripciones administrativas creadas por Kavad, dejando subordinados a sus gobernadores los cuatro «reyes» hereditarios que aún subsistían como reliquia feudal. Una nueva nobleza suplantó a los antiguos magnates militares y terratenientes; la monarquía triunfaba sobre el régimen señorial. El ejército, que hasta entonces había venido conservando sus cuadros privilegiados, pasó a depender de la inmediata autoridad real, y en lo sucesivo habían de formar su base los bárbaros prisioneros de guerra, dotados de pequeños predios y obligados hereditariamente al servicio armado.

El Ganges. Relieve de Mavalipuram, cerca de Madrás.

Heraclio, en su gran reforma social realizada en Asia Menor después de la invasión persa, inspirose en el ejemplo de Kavad y Cosroes I, pero su obra fue muy superior a la lograda por estos en Persia, pues integró su ejército con nacionales, mientras que Cosroes confió la suerte de sus estados, como antaño la Roma decadente, a las huestes bárbaras.

Gracias a la solidez social y política que dio a Persia, Cosroes elevó su poderío en lo exterior hasta llevar al país al apogeo. En el año 540, volviéndose contra Justiniano, a la sazón entregado a la conquista del Mediterráneo, se apoderó de Antioquía y trasladó a Persia algunas decenas de millares de sirios que contribuyeron con su trabajo a dar al país, todavía debilitado a causa de las recientes y graves contiendas sociales, un florecimiento económico e intelectual.

Persia, en aquel entonces, veíase sacudida por una honda marejada de influencia helénica estimulada por Cosroes, quien, al mismo tiempo que tendía a instaurar un poder monárquico absoluto doblegando los privilegios políticos de la nobleza, abría ampliamente su reino a la cultura internacional. Hizo construir, frente a Tesifonte, una ciudad de tipo griego llamada Romana, donde eruditos griegos y sirios, fugitivos de

las persecuciones religiosas de Heraclio, tradujeron a la lengua persa las grandes enciclopedias griegas y, especialmente, la Geografía de Ptolomeo.

Como el creciente poder de Justiniano privaba a Cosroes de toda posibilidad de expansión hacia el Oeste, este concertó (561) con Constantinopla una paz de «cincuenta años»[3] y concentró todas sus fuerzas contra los hunos del Asia Central, a fin de reconquistar la rica provincia de la Bactriana ocupada por ellos.

PERSIA, ALIADA CON LOS TURCOS, DERROTA A LOS HUNOS HEFTALITAS

Los turcos de raza mogólica eran oriundos del Altai, donde explotaban minas de hierro y vivían bajo la autoridad de los ávaros —o Yuan-Yuan— que habían establecido, en las fronteras septentrionales de China, un vasto imperio desde el mar de Aral a la Manchuria. Hacia el año 545, los reyes manchúes de Oé, uno de los reinos bárbaros instalados en el antiguo Imperio chino, habían hecho alianza con sus súbditos turcos contra los ávaros, nómadas muy primitivos. Asaltados al Este por los manchúes y al Oeste por los turcos, los ávaros habían sido destrozados, refluyendo entonces los restos de sus tribus, a través del Asia, hacia Occidente, donde, poco después, debían cruzar el Volga y aparecer en el Danubio.

Los reyes de Oé se habían hecho así dueños de toda la Mogolia, mientras los turcos extendían su dominio desde el mar Caspio hasta el golfo de Petchili.

Cosroes, a su vez, aliose con los turcos contra los hunos heftalitas, quienes, atacados en la Bactriana por el Oeste y por el Norte al mismo tiempo, fueron derrotados (560). Y así acaban las grandes conquistas de los hunos; la destrucción del kanato huno de la Bactriana asestó a esta raza el golpe de gracia.

El monarca persa incorporó nuevamente la Bactriana a su imperio, a la vez que la Sogdiana pasó a poder de los turcos.

GUERRA POR LAS RUTAS ECONÓMICAS ENTRE PERSIA Y CONSTANTINOPLA

Cosroes, que había recobrado el señorío de las vías caravaneras, quiso completar su conquista apoderándose también de la ruta marítima de la India, que estaba en manos del Imperio romano, y lo logró mediante la conquista del Yemen. Desde entonces, el mar Rojo quedaba a merced suya y todo el tráfico del Imperio romano hacia la India y el Lejano Oriente había de llevar su marchamo. Justino II, que había sucedido a Justiniano en el año 565, no podía soportar semejante tutela y tendió su mano a los turcos —quienes, vecinos de los persas, no habían tardado en chocar con sus antiguos aliados a propósito de las rutas caravaneras cuya parte oriental poseían— para ofrecerles su alianza (572).

Y entre Constantinopla y Persia entablose una guerra a muerte por la posesión de las grandes rutas del tráfico internacional.

Para Constantinopla, ello constituyó un desastre. Cosroes II se apoderó sucesivamente de Edesa, Antioquía y Damasco, penetró en Asia Menor y, después de haber tomado Cesarea de Capadocia, ocupó Calcedonia, emplazada frente a Constantinopla. Si Cosroes hubiese dispuesto de una flota, la capital del Imperio romano habría sucumbido, pero el mar la salvó. Prosiguiendo su avance hacia el Sur, Cosroes, en 614, entraba en Jerusalén, de donde se llevó la Santa Cruz, y en 619 sometió a Egipto. Bizancio había perdido las regiones más ricas de su imperio.

Pero mientras él triunfaba sobre Constantinopla, los sasánidas iban cediendo a los ataques turcos, que hacia el año 597 se adueñaron de la Bactriana y sus opulentas ciudades mercantiles. Implicaba esto el derrumbamiento de su política económica, y la crisis resultante para Persia, privada de sus vías continentales hacia Asia, permitió al emperador Heraclio recuperar las provincias perdidas. Batida Persia se vio constreñida, en 629, a restituir a Bizancio todas sus conquistas y la Vera Cruz. Arrojada de las costas del Mediterráneo y carente del dominio de las rutas asiáticas centrales, ocupadas por sus enemigos, Persia perdió las fuentes de su poderío. No se hizo esperar mucho el resultado. La decadencia económica permitió a la aristocracia terrateniente levantar cabeza, y la anarquía resultante en el orden político arruinó las fuerzas que le quedaban al reino.

En 632, Yezdeguerd III ascendió al trono, y cuatro años más tarde, la invasión árabe se desencadenaba, a la par, sobre los imperios bizantino y persa, ya agotados ambos por las inútiles y cruentas guerras que acababan de librarse y por las discordias intestinas que los desgarraban.

FEUDALIZACIÓN DE LA INDIA

La destrucción del kanato heftalita de la Bactriana por persas y turcos (560) liberaba a la India, al mismo tiempo, de la dominación de los hunos, ya que hallándose dividida en una serie de pequeños estados, antaño vasallos de los hunos heftalitas, estos recobraron su independencia. Durante los ciento cincuenta años de sometimiento al yugo de los hunos, el desmembramiento señorial de la India del Norte se había precipitado y las ciudades, aisladas del mundo exterior, estaban caducas y despobladas. Pataliputra, la ilustre capital del Ganges, apenas si contaba un millar de habitantes, y por el país, devuelto a la economía cerrada, se había extendido un feudalismo señorial y la aristocracia latifundista predominaba. Así, libertada de los hunos, la India se agrupó no ya en torno a la vetusta metrópoli de Pataliputra, sino bajo la férula de los caudillos guerreros de Tanesvar, pequeño estado asentado en las montañas situadas entre las cuencas del Ganges y del Indo.

Formose un estado feudal, y en el año 606, el príncipe Harcha fundaba la dinastía indostánica de Vardana y unía bajo su cetro todo el norte y centro de la India hasta el Dekán. Pero la India del Norte no había de recobrar, sin embargo, su prosperidad de antaño.

Bajo Harcha, la India, no se parece más a la de los monarcas guptas de lo que la Galia carlovingia se parecía al Imperio romano. Desaparecida la administración central, todo el tráfico mercantil se había extinguido, y el Indo, antaño gran vía comercial, lo mismo que el valle del Ganges, se transformó en país de señores terratenientes y campesinos. Harcha ya no es más que un rey feudal elegido por sus pares, y no teniendo capital estable, va de patrimonio en patrimonio para vivir al día de las rentas de sus campos.

Toda la vida intelectual hállase concentrada en los monasterios, resumiéndose en el pensamiento místico. El mismo Harcha escribe himnos búdicos. Y la India ya no envía a lejanas tierras sus telas de algodón o sus especias, pero continúa apareciendo como gran centro religioso. A su contacto, los turcos, dueños de la Bactriana y de la Sogdiana, se convierten al budismo, y los monjes chinos vienen a ella como a tierra sagrada.

No obstante, subsistían algunos centros urbanos a los cuales conservaba una considerable prosperidad el comercio con el reino sasánida y el Imperio bizantino. Malabar, puerto de Barigaza, continuaba siendo, además de gran mercado internacional, centro de actividad intelectual; el pequeño reino de Valabi, en la península, vivía del comercio con Occidente, pero estos eran casos de excepción. Tierra adentro, aparte de Kanaudj con su importante feria, en el Alto Ganges las ciudades decaían y las más célebres ya no eran más que ciudades religiosas con conventos budistas y ascetas de los cultos brahamánico, sivaísta o djainico que, instalados entre ruinas, rivalizaban en austeridad y fanatismo.

El rey Harcha no encabezaba, en realidad, más que una federación feudal agrupada momentáneamente bajo su soberanía personal, a la que su muerte, acaecida en el año 647, puso fin.

La India iba a encontrarse desmembrada, feudalizada y carente de capacidad de resistencia cuando contra ella se alzara la amenaza del Islam (711).

RECONSTITUCIÓN DEL IMPERIO CHINO

Mientras el norte de China se fraccionaba en reinos feudales, el Sur propendía netamente hacia el mar, es decir, hacia la India. La navegación entre esta región y China dependía de la importante escala de Katigara, en el río Rojo, y los Song (420-479) se apoderaron de ella, sometieron Champa a su protectorado y dominaron desde entonces la vía marítima de China a Ceilán. La agricultura tomó incremento en los valles, los nómadas que asolaban el país fueron repelidos allende el Yang-Tsé, y las grandes urbes marítimas y fluviales recobraron gran actividad. Pero la dinastía usurpadora de los Song, que gobernaban como autócratas, se deshizo en dramas palaciegos, y en el año 479, un golpe de estado militar la destronó en beneficio de los Tsi (479-502), que también se hundieron en semejantes abusos y fueron suplantados por los Liang (502-549). La restauración humanitaria de estos y la vuelta a un gobierno probo no impidieron que, a su vez, sucumbieran en una revolución

Mientras el norte de China se fraccionaba en reinos feudales, el Sur propendía netamente hacia el mar, es decir, hacia la India. La navegación entre esta región y China dependía de la importante escala de Katigara, en el río Rojo, y los Song (420-479) se apoderaron de ella, sometieron Champa a su protectorado y dominaron desde entonces la vía marítima de China a Ceilán. La agricultura tomó incremento en los valles, los nómadas que asolaban el país fueron repelidos allende el Yang-Tsé, y las grandes urbes marítimas y fluviales recobraron gran actividad. Pero la dinastía usurpadora de los Song, que gobernaban como autócratas, se deshizo en dramas palaciegos, y en el año 479, un golpe de estado militar la destronó en beneficio de los Tsi (479-502), que también se hundieron en semejantes abusos y fueron suplantados por los Liang (502-549). La restauración humanitaria de estos y la vuelta a un

movimiento político y social hostil al dominio señorial. Los conventos, que habían esclavizado a las poblaciones en sus inmensos patrimonios, fueron asaltados por las turbas. Los reyes de Oé confiscaron las tierras sagradas y vedaron el ingreso en las órdenes a los chinos que no hubiesen rebasado la edad del servicio militar. Así, al mismo tiempo que se rompía el cuadro feudal y señorial, los reyes de Oé reconstituyeron un ejército real basado en el reclutamiento obligatorio.

El emperador Wu-Ti de la dinastía de los Suei (561-578) con todas las vestiduras de la coronación. Pintura en seda de la época primitiva de los Tang.
Museo de Bellas Artes. Boston.

Y pronto se sintieron lo suficientemente fuertes para acometer la conquista de los otros reinos mogoles del Norte, a todos los cuales sometieron a su autoridad en el curso del siglo VI.

Dueños de la China septentrional, los reyes de Oé, fascinados por los puertos nanquineses, emprendieron también su conquista. Y en el año 589, tras de algunos disturbios políticos en cuyos sucesos fue derribada la casa reinante por su primer ministro Suei, quedaría establecida con este nombre la nueva dinastía que devolvería al país su unidad.

REFORMAS DE LA DINASTÍA DE LOS SUEI

Rehecha la unidad política de China, los Suei (581-619) trataron, mediante profundas reformas, de devolver la paz, el orden y la prosperidad económica e intelectual. El emperador anunció el retorno a un régimen pacífico: «Que aquellos que han sabido ilustrarse por su audacia guerrera —promulgó— se apliquen al estudio de

El aumento de los intercambios fue borrando, poco a poco, en los reinos del Norte, la economía cerrada y el sistema feudal, y por todas partes se manifestó un movimiento político y social hostil al dominio señorial. Los conventos, que habían esclavizado a las poblaciones en sus inmensos patrimonios, fueron asaltados por las turbas. Los reyes de Oé confiscaron las tierras sagradas y vedaron el ingreso en las órdenes a los chinos que no hubiesen rebasado la edad del servicio militar. Así, al mismo tiempo que se rompía el cuadro feudal y señorial, los reyes de Oé reconstituyeron un ejército real basado en el reclutamiento obligatorio.

El emperador Wu-Ti de la dinastía de los Suei (561-578) con todas las vestiduras de la coronación. Pintura en seda de la época primitiva de los Tang.
Museo de Bellas Artes. Boston.

Y pronto se sintieron lo suficientemente fuertes para acometer la conquista de los otros reinos mogoles del Norte, a todos los cuales sometieron a su autoridad en el curso del siglo VI.

Dueños de la China septentrional, los reyes de Oé, fascinados por los puertos nanquineses, emprendieron también su conquista. Y en el año 589, tras de algunos disturbios políticos en cuyos sucesos fue derribada la casa reinante por su primer ministro Suei, quedaría establecida con este nombre la nueva dinastía que devolvería al país su unidad.

Rehecha la unidad política de China, los Suei (581-619) trataron, mediante profundas reformas, de devolver la paz, el orden y la prosperidad económica e intelectual. El

Hacia el año 630, el imperio extendíase desde el mar de la China hasta la cuenca del Tarim, desde donde su protectorado alcanzaba el mar Caspio, y del desierto de Gobi hasta Cachemira.

Su hegemonía económica se asentaba en el predominio político. Aquella y este eran tanto menos discutidos cuando que el hundimiento de la Persia sasánida, vencida al Oeste por Heraclio y al Este por los turcos, así como la decadencia económica de la India, aletargada en un riguroso régimen feudal, le conferían el señorío sobre los vastísimos espacios asiáticos.

Parecía que el mundo, como en las dos primeras centurias, iba de nuevo a repartirse entre dos potencias: Constantinopla, al Oeste, y el Imperio chino, al Este. Pero mientras antaño el poderoso Imperio romano era el mayor foco de irradiación, hogaño era China la potencia que se anunciaba como el máximo polo de atracción, superando a Bizancio.

La enorme presión ejercida sobre Asia por el Imperio chino iba acompañada por una profunda reforma interna en un sentido generosamente democrático, ya que intensificando la política de los Suei, que habían tratado de reconstituir la pequeña propiedad mediante la expropiación de grandes patrimonios, los Tang acometieron una verdadera redistribución de la tierra, renovando, sistematizando y ensanchando aún más la reforma social realizada en el pasado por Wuang-Mang (entre 9 y 23. D. J.)
.

Todas las tierras fueron declaradas patrimonio del Estado y expropiadas, siendo aquella ciertamente la reforma más radical y de mayores proporciones realizada antes de la revolución comunista rusa de 1917.

Pero el Estado no se propuso explotar por sí mismo la tierra según métodos estatales. Pretendía, por el contrario, repartirla entre todos los chinos. Estipulose, pues, que el emperador entregaría a cada labriego de veinte años de edad, seis hectáreas de tierra laborable, por las cuales habría de pagar no un impuesto sino una renta. Al rentero le estaba vedado enajenar sus predios, ya que estos eran del procomún, al cual debían retornar al fallecimiento del usufructuario.

Como compensación por el aprovechamiento de una parte del terreno estatal, los arrendatarios venían obligados a prestar el servicio militar.

mediados del siglo VI, quedó abierto en 631 a los menestrales, artífices y eruditos chinos que llevaron allí la moral de Confucio; Corea, conquistada al budismo desde 528, volvió a entrar en la esfera de influencia china, y el Tibet, cuyos reyes emparentaron por casamientos con los Tang, aceptó su soberanía.

Hacia el año 630, el imperio extendíase desde el mar de la China hasta la cuenca del Tarim, desde donde su protectorado alcanzaba el mar Caspio, y del desierto de Gobi hasta Cachemira.

Su hegemonía económica se asentaba en el predominio político. Aquella y este eran tanto menos discutidos cuando que el hundimiento de la Persia sasánida, vencida al Oeste por Heraclio y al Este por los turcos, así como la decadencia económica de la India, aletargada en un riguroso régimen feudal, le conferían el señorío sobre los vastísimos espacios asiáticos.

Parecía que el mundo, como en las dos primeras centurias, iba de nuevo a repartirse entre dos potencias: Constantinopla, al Oeste, y el Imperio chino, al Este. Pero mientras antaño el poderoso Imperio romano era el mayor foco de irradiación, hogaño era China la potencia que se anunciaba como el máximo polo de atracción, superando a Bizancio.

La enorme presión ejercida sobre Asia por el Imperio chino iba acompañada por una profunda reforma interna en un sentido generosamente democrático, ya que intensificando la política de los Suei, que habían tratado de reconstituir la pequeña propiedad mediante la expropiación de grandes patrimonios, los Tang acometieron una verdadera redistribución de la tierra, renovando, sistematizando y ensanchando aún más la reforma social realizada en el pasado por Wuang-Mang (entre 9 y 23. D. J.)
.

Todas las tierras fueron declaradas patrimonio del Estado y expropiadas, siendo aquella ciertamente la reforma más radical y de mayores proporciones realizada antes de la revolución comunista rusa de 1917.

Pero el Estado no se propuso explotar por sí mismo la tierra según métodos estatales. Pretendía, por el contrario, repartirla entre todos los chinos. Estipulose, pues, que el emperador entregaría a cada labriego de veinte años de edad, seis hectáreas de tierra laborable, por las cuales habría de pagar no un impuesto sino una renta. Al rentero le estaba vedado enajenar sus predios, ya que estos eran del procomún, al cual debían retornar al fallecimiento del usufructuario.

Como compensación por el aprovechamiento de una parte del terreno estatal, los arrendatarios venían obligados a prestar el servicio militar.

De semejante modo, a través de las reformas de Wuang-Mang, de los Suei y los Tang, íbase formando en China una noción de la propiedad basada en la idea de que la tierra es acervo común al que todos los hombres tienen igual derecho y que era completamente distinta de la concepción del derecho romano, para el cual la

Bodisatva. Escultura en mármol de la época de los Tang.
Colección Rockefeller. Nueva York.

El culto quedó sometido a profunda reforma. Una amplia investigación originó la supresión de numerosos conventos de hombres y mujeres, que hasta entonces se contaban por decenas de millares, y quedaron reducidos a tres monasterios budistas y dos taoístas, en la capital, y a un cenobio de cada culto por provincia. La magia quedó rigurosamente proscrita. Esto aparte, se proclamó una tolerancia absoluta en materia religiosa y todas las doctrinas pudieron ser predicadas y practicadas: el budismo, el taoísmo, el zoroastrismo —en 631 se edificó un templo mazdeísta— y el cristianismo bajo la forma herética nestoriana, que comenzaba a penetrar en China en aquella época (635).

Estableciose, sin embargo, un culto nacional que hasta entonces solamente había sido seguido por el soberano y los gobernantes, invitándose a participar en él al pueblo: el culto de la cosecha. Se trataba evidentemente de la supervivencia de algún remoto rito agrario.

Como moral oficial, el Estado adoptó la de Confucio; la equidad, la cortesía y la reciprocidad fueron reintroducidas como principios doctrinales básicos de la política gubernamental. «Arriba, decía el emperador, temo la vigilancia siempre próxima del Cielo augusto; abajo, me preocupan grandemente las miradas imitadoras del pueblo y los funcionarios».

También el derecho fue revisado, y un siglo después de la promulgación del Código de Justiniano, los Tang publicaron también un nuevo código establecido, como aquel, sobre principios humanitarios y de solidaridad (637). El derecho vino a consagrar, en el dominio jurídico, la igualdad que los Tang habían ya aplicado a la distribución de la tierra. Toda la nobleza de la sangre desapareció, siendo suplantada por una aristocracia administrativa no hereditaria muy semejante a la de los *ilustres*, *respetables* y *clarísimos* varones del Bajo Imperio romano. Los letrados pasaron a ocupar la primera categoría en el Estado, y para formarlos, China —como el pretérito Egipto— creó una escuela imperial de funcionarios que llegó a contar muy pronto con 12 000 alumnos de todas las procedencias, entre los que figuraban los vástagos de los soberanos vasallos. Las funciones administrativas se adjudicaban mediante concursos, accesibles a todos los estudiantes del país, y el campo de la riqueza y los honores quedaba así abierto a todos los chinos.

Bodisatva. Escultura en mármol de la época de los Tang.
Colección Rockefeller. Nueva York.

quedaron reducidos a tres monasterios budistas y dos taoístas, en la capital, y a un cenobio de cada culto por provincia. La magia quedó rigurosamente proscrita. Esto aparte, se proclamó una tolerancia absoluta en materia religiosa y todas las doctrinas pudieron ser predicadas y practicadas: el budismo, el taoísmo, el zoroastrismo —en 631 se edificó un templo mazdeísta— y el cristianismo bajo la forma herética nestoriana, que comenzaba a penetrar en China en aquella época (635).

Estableciose, sin embargo, un culto nacional que hasta entonces solamente había sido seguido por el soberano y los gobernantes, invitándose a participar en él al pueblo: el culto de la cosecha. Se trataba evidentemente de la supervivencia de algún remoto rito agrario.

Como moral oficial, el Estado adoptó la de Confucio; la equidad, la cortesía y la reciprocidad fueron reintroducidas como principios doctrinales básicos de la política gubernamental. «Arriba, decía el emperador, temo la vigilancia siempre próxima del Cielo augusto; abajo, me preocupan grandemente las miradas imitadoras del pueblo y los funcionarios».

También el derecho fue revisado, y un siglo después de la promulgación del Código de Justiniano, los Tang publicaron también un nuevo código establecido, como aquel, sobre principios humanitarios y de solidaridad (637). El derecho vino a consagrar, en el dominio jurídico, la igualdad que los Tang habían ya aplicado a la distribución de la tierra. Toda la nobleza de la sangre desapareció, siendo suplantada por una aristocracia administrativa no hereditaria muy semejante a la de los *ilustres*, *respetables* y *clarísimos* varones del Bajo Imperio romano. Los letrados pasaron a ocupar la primera categoría en el Estado, y para formarlos, China —como el pretérito Egipto— creó una escuela imperial de funcionarios que llegó a contar muy pronto con 12 000 alumnos de todas las procedencias, entre los que figuraban los vástagos de los soberanos vasallos. Las funciones administrativas se adjudicaban mediante concursos, accesibles a todos los estudiantes del país, y el campo de la riqueza y los honores quedaba así abierto a todos los chinos.

China, bajo los Tang, ejerció una vastísima influencia en derredor suyo, y especialmente en el Japón. El avance de la náutica en el siglo IV había asegurado al Japón una posición potentísima en Corea. Interviniendo en las querellas entre los estados coreanos, el emperador del Japón, aliado al estado de Paik-Ché, pretendió, en

China, bajo los Tang, ejerció una vastísima influencia en derredor suyo, y especialmente en el Japón. El avance de la náutica en el siglo IV había asegurado al Japón una posición potentísima en Corea. Interviniendo en las querellas entre los estados coreanos, el emperador del Japón, aliado al estado de Paik-Ché, pretendió, en la centuria quinta, imponer su soberanía a Silla.

Jarrón chino del período Wei. Copia japonesa.

Estas estrechas relaciones entre Paik-Ché y el Japón ejercieron una acción considerable en su desenvolvimiento. Desde el siglo III, el Japón trocaba con Corea esclavos por tejidos, armas y espejos de bronce. En las postrimerías del siglo IV, se organizó una verdadera emigración de escribas, artesanos, pintores y médicos de Paik-Ché al Japón, que introdujeron en la corte la lengua y la escrituras chinas, formaron una clase de letrados y entraron en tal número en la aristocracia que en el siglo VII un tercio de las familias nobles se vanagloriaban de su ascendencia coreana y china. Aldeas enteras de coreanos se instalaron en el país.

Buda sumido en éxtasis contemplativo. Escultura de piedra de la época de los Wei.
Museo del Louvre. París.

venían a constituir una reforma radical para todo el país. Despojaba a los señores de sus patrimonios, manumitía a todos los siervos, suprimía las corporaciones de artesanos y proclamaba la libertad profesional, reemplazaba los feudos hereditarios por gobiernos reales, introducía el estado civil y el registro, y las prestaciones corporales y los foros señoriales quedaban abolidos, reemplazándolos por un gravamen territorial pagadero en arroz, por prestación personal al Estado o por un impuesto sobre la producción, que se podía abonar en seda o en cualquier otro género. La tierra, confiscada a los nobles, debía ser repartida entre los antiguos siervos. Las mesnadas feudales fueron sustituidas por un ejército real sobre la base de leva obligatoria, a razón de un hombre por cada cuatro y un año de duración del servicio.

Jarrón chino del período Wei. Copia japonesa.

Semejante revolución, demasiado teórica y radical, no fue llevada desde luego a la práctica, pero contribuyó a apresurar la evolución monárquica. Los señores feudales no fueron suplantados por gobernadores reales, pero, perdiendo su soberanía, se convirtieron en mandatarios por herencia sometidos al rey. No se les quitaron sus patrimonios, pero se impuso a todas las tierras el derecho primordial del emperador, y no las conservaron en todos los grados de la jerarquía feudal, sino como feudos directos de la regalía.

Por otra parte, la reforma de la propiedad tuvo como resultado liberar a los renteros serviles, convirtiéndoles en arrendatarios libres directamente dependientes del emperador. La gran reforma comunista intentada en China conducía, en el Japón, a la difusión de la propiedad privada, en el sentido de que todas las tierras laborables de los dominios señoriales se suponían repartidas entre los siervos manumitidos, a prorrata del número de miembros de cada familia. De hecho, la situación de los antiguos renteros resultó muy poco modificada.

Por encima del país, tan hondamente transformado, la realeza feudal se convertía en auténtica monarquía. El emperador, divinizado, proclamábase descendiente de la diosa Sol, cuyo culto se erigía en religión estatal. En Nara se echaron los cimientos (710) de una capital permanente, con palacios, ministerios, arsenales del Estado, mansiones para la residencia de los altos mandatarios, templos y una universidad organizada a la manera china y confiada a profesores procedentes de las escuelas

prorrata del número de miembros de cada familia. De hecho, la situación de los antiguos renteros resultó muy poco modificada.

Por encima del país, tan hondamente transformado, la realeza feudal se convertía en auténtica monarquía. El emperador, divinizado, proclamábase descendiente de la diosa Sol, cuyo culto se erigía en religión estatal. En Nara se echaron los cimientos (710) de una capital permanente, con palacios, ministerios, arsenales del Estado, mansiones para la residencia de los altos mandatarios, templos y una universidad organizada a la manera china y confiada a profesores procedentes de las escuelas chinas. Componíase el gobierno central de tres cancilleres y de un consejo de tres ministros que se ocupaba de los grandes servicios del Estado: Asuntos interiores, Ceremonias, Cuestiones civiles, populares y de guerra, Justicia, Tesoro nacional y Casa real. Se creó un correo, y un código administrativo, publicado en el año 668, fijó el estatuto de los funcionarios.

Tamaña tentativa para adaptar la sociedad feudal nipona al régimen de monarquía centralizada, merced a una imitación integral de China, es una de las más curiosas experiencias políticas que jamás se hayan ensayado.

* * *

El nuevo régimen de los Tang tuvo plena aplicación en China, y el imperio disfrutaba el cenit de su potencia política, económica e intelectual cuando, en el año 638, se presentaron en la corte del emperador Tai-Song (629-651) embajadores enviados por el rey sasánida Yezdeguerd III para suplicarle la ayuda a Persia contra los árabes que acababan de invadirla.

El Islam hacía su entrada en el Mundo e iba a transformar definitivamente su equilibrio. En la historia de todos los pueblos alboreaba una nueva era.

5. Final de la era de los imperios

LA ERA DE LOS IMPERIOS

Si echamos una ojeada sobre el mapa del mundo en el siglo II de nuestra era[*], resulta impresionante ver cómo el universo conocido se halla agrupado en unos pocos grandes estados, y que todos ellos se encuentran estrechamente ligados entre sí por vías marítimas y terrestres y por grandes puertos y ciudades caravaneras cuya irradiación se extiende a lo lejos.

Dos imperios dominan el Mundo: uno, marítimo, el de Roma, al Oeste, y otro, continental, el de China, al Este. Entre ambos, en la ruta de los mares que enlaza Alejandría con China, la India representa el gran centro económico y un gran foco intelectual donde se mezclan las influencias procedentes de todos los puntos del globo. Por la ruta de la seda, que desde la capital china de Chang-Ngan llega hasta las

5. Final de la era de los imperios

LA ERA DE LOS IMPERIOS

Si echamos una ojeada sobre el mapa del mundo en el siglo II de nuestra era[*], resulta impresionante ver cómo el universo conocido se halla agrupado en unos pocos grandes estados, y que todos ellos se encuentran estrechamente ligados entre sí por vías marítimas y terrestres y por grandes puertos y ciudades caravaneras cuya irradiación se extiende a lo lejos.

Dos imperios dominan el Mundo: uno, marítimo, el de Roma, al Oeste, y otro, continental, el de China, al Este. Entre ambos, en la ruta de los mares que enlaza Alejandría con China, la India representa el gran centro económico y un gran foco intelectual donde se mezclan las influencias procedentes de todos los puntos del globo. Por la ruta de la seda, que desde la capital china de Chang-Ngan llega hasta las ciudades sirias, se desgrana un rosario de ciudades prósperas en Asia Central, en Persia y en Mesopotamia.

El Imperio romano y el Imperio chino han alcanzado el apogeo de su evolución; por eso se han transformado en imperios pacíficos. A la *pax romana* corresponde también una *paz china*, y la era de las grandes guerras que ensangrentaron al mundo, en plena crisis de crecimiento, de la tercera a la primera centuria antes de Jesucristo, ha terminado. En todo el universo se ha logrado un equilibrio internacional que permite a cada pueblo desenvolverse libremente y acrecentar sus riquezas con la perspectiva de un seguro porvenir. La población alcanza una densidad que jamás, hasta entonces, se había conocido. El Imperio romano cuenta, bajo los Antoninos, con setenta millones de habitantes, todos de una misma cultura grávida del esfuerzo de cuarenta siglos de civilización oriental, helénica y romana. Los antiguos patriotismos locales han venido a fundirse en la gran comunidad universal del imperio que inspiró al alejandrino Claudio aquellos espléndidos versos a la gloria de Roma: «Solo ella acogió en su regazo a los vencidos, y a la sombra de un mismo nombre, vela por todo el género humano. Madre, que no señora, llama ciudadanos a sus súbditos; con sagrados lazos unce las tierras más remotas. Merced a su dulzura, el extranjero puede en ella creerse en su propia patria; todos formamos un solo pueblo»[4].

Esta universalidad fue realizada merced a la afirmación de los derechos individuales; todos los ciudadanos del imperio eran jurídicamente iguales[5], y el respeto a la personalidad humana hizo triunfar la solidaridad predicada por los estoicos, la cual dicta al imperio su legislación social.

Para expresar esta misma civilización, todos los pueblos cobijados bajo el palio imperial abandonan sus lenguas nacionales y adoptan dos idiomas universales: el griego y el latín, patrimonio de todos los hombres cultos.

Roma, el sentimiento de la solidaridad de todos los hombres entre sí, lo que se traduce en el plano social por las primeras leyes humanitarias. Desde luego, el carácter continental del Imperio chino presta a sus concepciones sociales un tono diferente al que estas revisten en el imperio naval de Roma. La democracia romana es liberal, como lo es en todas las épocas en los estados marítimos; en el Imperio chino es social, característica que encontramos a través de toda la Historia en los movimientos democráticos continentales; la reforma de la propiedad, tendente al comunismo de tierras, es la base de la democracia china. Pero liberal en Roma e igualitaria en China, la política imperial, en ambos ámbitos, apunta a la emancipación del individuo bajo el influjo de ideas morales.

En la India, la civilización corre exactamente por igual cauce. Dominada por los grandes puertos de Malabar y Bengala, ofrece un aspecto cosmopolita e individualista, más brillante acaso que en Roma y en China. Su capital, Pataliputra, rivaliza en esplendor con las ciudades más grandes del mundo, sus escuelas superiores alcanzan un alto vuelo científico, y el arte y la literatura se agitan en plenitud creadora. Y también allí el universalismo y el individualismo, los dos grandes principios civilizadores de entonces, van acompañados por ideas humanitarias que, en la India, revisten preferentemente la forma de la caridad.

El Imperio sacio engloba a la vez la India septentrional y la Bactriana, donde prosperan las ciudades caravaneras en que se confunden las civilizaciones griega, persa, indostánica y china. La influencia grecorromana viene del mar, por las bahías de la India; las de China y Persia proceden de tierra adentro, con los mercaderes sirios, persas y chinos.

Entre el Imperio romano y el Imperio sacio, solo Persia brinda el aspecto de una civilización primordialmente continental. Por eso opone al cosmopolitismo de los grandes imperios, con quienes confina, una actitud puramente nacional cuya base es la religión tradicional: el mazdeísmo reformado por Zoroastro. Y aunque las ciudades persas tienen un tinte helenístico y la navegación del golfo Pérsico y de Siria las pone en contacto con el mar, a pesar de la riqueza que obtienen de su industria y del tránsito, este no ejerce en Persia más que una influencia secundaria. Persia es, ante todo, continental. Por esto, entre todos los estados contemporáneos, es el único donde la civilización no alcanza la emancipación individual que entonces triunfa en todo el resto del mundo. Persiste allí la nobleza latifundista, como en ciertas provincias aisladas del Imperio sacio; pero mientras que en estas dominan las ciudades, en Persia es la nobleza —bajo cuya autoridad viven los campesinos esclavizados— la que imprime su sello peculiar a la sociedad. El mar ha extendido por doquier la libertad, pero en Persia, donde la tierra continúa clavando su garra, la jerarquía social y el nacionalismo constituyen el verdadero marco estatal.

Fuera de los cuatro imperios que se extienden del océano Atlántico hasta el mar de China, el mundo se divide en dos zonas bien distintas. En todas las costas asiáticas que bordean la gran vía marítima de Alejandría, por la India hasta China, la

la religión tradicional: el mazdeísmo reformado por Zoroastro. Y aunque las ciudades persas tienen un tinte helenístico y la navegación del golfo Pérsico y de Siria las pone en contacto con el mar, a pesar de la riqueza que obtienen de su industria y del tránsito, este no ejerce en Persia más que una influencia secundaria. Persia es, ante todo, continental. Por esto, entre todos los estados contemporáneos, es el único donde la civilización no alcanza la emancipación individual que entonces triunfa en todo el resto del mundo. Persiste allí la nobleza latifundista, como en ciertas provincias aisladas del Imperio sacio; pero mientras que en estas dominan las ciudades, en Persia es la nobleza —bajo cuya autoridad viven los campesinos esclavizados— la que imprime su sello peculiar a la sociedad. El mar ha extendido por doquier la libertad, pero en Persia, donde la tierra continúa clavando su garra, la jerarquía social y el nacionalismo constituyen el verdadero marco estatal.

Fuera de los cuatro imperios que se extienden del océano Atlántico hasta el mar de China, el mundo se divide en dos zonas bien distintas. En todas las costas asiáticas que bordean la gran vía marítima de Alejandría, por la India hasta China, la civilización va penetrando por las ciudades surgidas del tráfico marítimo. Arabia ha visto abrir en sus costas puertos florecientes, y en las lindes de sus desiertos se han ido formando grandes mercados caravaneros bajo la influencia del tráfico que desde tiempo inmemorial liga Egipto, por mar y tierra, con Mesopotamia. El estado de Meroé, constituido en el corazón del Sudán en el siglo VI antes de Jesucristo por príncipes oriundos de Egipto, y Abisinia, que las costas del Ponto habían puesto en contacto siglos atrás con los egipcios llegados por el mar Rojo, se vuelve hacia el mar, los abisinios ocupan un lugar entre los pueblos navegantes y se abren a la civilización romana. Lo mismo sucede entre la India y China sobre todo desde que el Imperio chino se instaló en Cantón (III A. J.), la navegación practicada por los dravidianos del sur de la India lleva la civilización indostánica a Birmania, Indochina y las islas malasias, en tanto que la influencia china gana las costas de Anam. Del mar les viene la heterogénea cultura que tan magnífico florecimiento había de conocer en Camboya y en el Imperio khmer.

Pero al margen de los países marítimos, en los inmensos espacios continentales que se extienden por la Europa central y oriental, en todo el Norte asiático, a través de las altiplanicies del Tibet y por la vastísima África, la civilización no logra penetrar.

El África central, habitada por negros y pigmeos y cuya existencia fue revelada por las caravanas que iban en busca de marfil, se mantiene profundamente misteriosa. Las poblaciones del Este africano recibirán, sin embargo, por mediación de los etíopes, un vago resplandor de la cultura egipcia.

Por Asia y la Europa septentrional circulan pueblos nómadas contenidos en Asia, por la China, y en Europa, por el Imperio romano: hunos, mogoles, turcos y tibetanos en Asia; germanos y escitas en Europa. Son pueblos pastores y guerreros que hacen y deshacen fugaces imperios, formados por tribus coaligadas o sometidas por algún

día construyen los negros del África Ecuatorial. Sea cual sea su raza, todos se agrupan en tribus y familias estrechamente unidas dentro de las cuales el individuo solamente existe para el grupo; para ellos, la vida humana carece de valor, y todo aquel que no pertenezca a la horda, si entra en conflicto con ella, es degollado o reducido a la esclavitud. El grupo, unido por la sangre y reciamente jerarquizado, se afirma como enemigo de cuantos no son de su casta. Vive del sudor de cuantos imploran su protección o de los enemigos vencidos y subyugados. Pero su actividad genuina es la guerra, una guerra despiadada, pues el racismo desconoce la piedad y la guerra es la única base de su moral: la devoción total a la comunidad étnica.

Este mundo extraño y salvaje vive completamente al margen de la civilización existente, que separada de él por la gran muralla de China y por la limes romana, se cree definitivamente amparada.

CRISIS DE LOS IMPERIOS

Este equilibrio de los grandes imperios, que tan estable parecía, no duró más que las dos primeras centurias de nuestra era. Lo socavaron varias crisis. Crisis política por la evolución de las instituciones centralizadas, con miras a un estatismo cada vez más dominador y lleno de exigencias fiscales, que terminaron por imponerse tanto en China como en el Imperio romano hasta aplastar al individuo en provecho del Estado. Crisis económica porque el capitalismo, nacido del liberalismo, empuja a la acumulación de la riqueza en pocas manos y, por ende, a la constitución de vastos patrimonios que esclavizan a la población rural. Crisis social por el desarrollo de tendencias humanitarias que provocaron la intervención, cada vez más tiránica, del Estado en la ordenación económica. Combinadas con el estatismo, las teorías de solidaridad social arruinaron a la democracia en favor de un concepto igualitarista, y al mismo tiempo, por los poderes cada vez más absolutos que se arrogó el emperador que de hecho ejercía la administración, vino a constituirse una oligarquía que superponiéndose a la sociedad acabó por explotarla en su provecho. Crisis moral, en fin, surgida del conflicto entre las aspiraciones místicas, cristianas, en el Imperio romano; búdicas o taoístas en China, y el materialismo que difundían las riquezas y la facilidad de la vida.

Los resultados de todas estas crisis provocaron, en los dos imperios custodios de la paz, una debilitación interna que se manifestó, primero, en la gran ruptura del equilibrio del siglo III, luego, después de los ensayos de restauración intentados por el absolutismo autoritario, por la imposibilidad en que se hallaron de contener la presión de los bárbaros, los cuales entraron como un alud en todos los países civilizados. Los germanos invadieron el Imperio romano, y los hunos se esparcieron por el Imperio chino y el Asia Central, penetrando en la India, donde la horda devastadora hundió a su paso las grandes urbes del Indo y del Ganges.

Esta oleada humana desencadenada en Asia vino a morir en la Galia, con Atila. Mas las primeras inmigraciones, por las brechas abiertas, prepararon otras, ya que en Europa los eslavos se pusieron en marcha alcanzando el mar Adriático, mientras en

administración, vino a constituirse una oligarquía que superponiéndose a la sociedad acabó por explotarla en su provecho. Crisis moral, en fin, surgida del conflicto entre las aspiraciones místicas, cristianas, en el Imperio romano; búdicas o taoístas en China, y el materialismo que difundían las riquezas y la facilidad de la vida.

Los resultados de todas estas crisis provocaron, en los dos imperios custodios de la paz, una debilitación interna que se manifestó, primero, en la gran ruptura del equilibrio del siglo III, luego, después de los ensayos de restauración intentados por el absolutismo autoritario, por la imposibilidad en que se hallaron de contener la presión de los bárbaros, los cuales entraron como un alud en todos los países civilizados. Los germanos invadieron el Imperio romano, y los hunos se esparcieron por el Imperio chino y el Asia Central, penetrando en la India, donde la horda devastadora hundió a su paso las grandes urbes del Indo y del Ganges.

Esta oleada humana desencadenada en Asia vino a morir en la Galia, con Atila. Mas las primeras inmigraciones, por las brechas abiertas, prepararon otras, ya que en Europa los eslavos se pusieron en marcha alcanzando el mar Adriático, mientras en Asia avanzaba la marea turca que recubría la Bactriana para no detenerse hasta las orillas del mar de Omán y empujaba en Europa a las primeras hordas búlgaras hasta cerca de los mismos muros de Constantinopla.

La irrupción bárbara se extendió por casi todo el mundo civilizado. Sin embargo, en Europa, las provincias marítimas de Oriente y Constantinopla, fuertemente defendidas por las grandes urbes con contingentes de hombres libres, pudieron resistir. Lo mismo acaeció en China, donde la dinastía imperial, replegada sobre Nankín, salvó de la invasión a las provincias marítimas del Sur y las ciudades del Yang-Tsé. En la India, solo los pequeños reinos marítimos meridionales, detrás de la alta meseta del Dekán, quedaron al abrigo del flagelo. Y la Persia sasánida, protegida hacia el Mediterráneo por la fortaleza que para ella constituía el Imperio romano de Oriente, consiguió salvar sus provincias iranianas y mesopotámicas.

Desde el siglo VI, los reinos bárbaros asentados sobre los escombros de los imperios fueron absorbidos, en Occidente, por la civilización romana, y en Asia por la civilización china, emprendiéndose, en el Mediterráneo, el gran esfuerzo reconstructivo de Justiniano, quien recobrando la hegemonía marítima trató de rehacer el Imperio romano, mientras en China la dinastía de los Suei lograba devolver al Imperio todos sus antiguos territorios.

EL MUNDO SE FRACCIONA, DESLIZÁNDOSE HACIA UN RÉGIMEN SEÑORIAL

La era de los imperios, no obstante, quedaba cerrada. El mundo, deshecho y asolado moral y materialmente, ya no era lo que había sido durante la segunda centuria. Era algo así como un montón de escombros que tampoco puede recordarnos, aunque subsistan algunos lienzos de fachada, incluso un ala entera, al palacio derrumbado de donde

con los fardos de mercancías, un hálito de civilización. Mas aunque las costas continúan conservando las viejas tradiciones, las provincias continentales se amodorran y fraccionan en un régimen señorial que divide al mundo en territorios cada vez más estrechamente replegados dentro de sí mismos.

Ya no existe la unidad del Imperio; es la Iglesia quien la reemplaza. Bajo la tiara pontificia, la unidad religiosa tiende a sustituir el antiguo concepto de la comunidad imperial. La cultura intelectual deja paso libre al misticismo. Si las famosas escuelas vegetan y se vacían, las abadías, en continuo aumento, aparecen como focos, mejor dicho, relicarios de la civilización agonizante.

Bizancio, en verdad, ha conservado todo su esplendor como lo atestiguan Santa Sofía y el código de Justiniano, pero se trata de una fachada cuarteada. Las provincias del imperio de Oriente, preservadas de la invasión, se desgarran en cismas religiosos, y la rapiña señorial de los propietarios helenizados provoca en Egipto y Siria un ardiente rencor social entre las poblaciones explotadas, que viene a tomar la forma de reacción nacional contra los griegos, detestados desde entonces.

Desde luego, en Oriente, las ciudades mantienen su unidad imperial, mas su prosperidad depende de las relaciones internacionales, es decir, del mar. Ahora bien, la navegación romana, cuyos centros vitales eran Constantinopla, las ciudades sirias y Alejandría, ha mermado considerablemente al no rebasar el mar Rojo, donde los abisinios, asumiendo el papel de los antiguos nautas egipcios, entablan relaciones marítimas con la India. El contacto directo entre Alejandría y el Asia queda roto y el Mediterráneo, cuya atracción se dejaba sentir antaño tan poderosamente en la India, pierde su irradiación por la decadencia de los países de Occidente y también por la del Asia.

También Asia se ha transformado tan hondamente como Europa. Toda el Asia Central ya no forma sino un vasto imperio turco que abarca desde el lago Baikal hasta el golfo Pérsico, donde domina un feudalismo bélico que rodea las ciudades tocarianas y las urbes de la Bactriana, tan arruinadas como las de la Galia.

La inseguridad de ello resultante, al romperse las relaciones entre China y el Imperio persa de los sasánidas, precipita a este último en una crisis económica que, arruinando sus ciudades, entrega por completo el poder a la nobleza terrateniente, y Persia, fraccionada por el régimen señorial, se feudaliza.

Por lo que a la India atañe, no ha podido recuperarse de las devastaciones ocasionadas por los hunos, y sus más grandes urbes no son sino simples villorrios. Solo las de la costa han podido conservarse. Pero en el interior, el país liberado de los hunos después de su derrota por los turcos se reconstituye bajo la forma de un feudalismo de príncipes guerreros, y lo mismo que en Occidente, la miseria y el relajamiento de costumbres han lanzado a las gentes a una oleada de misticismo que las agrupa en torno a innúmeros monasterios budistas y brahmánicos, en cuyo seno se refugia lo que aún resta de la brillante cultura indostánica.

También Asia se ha transformado tan hondamente como Europa. Toda el Asia Central ya no forma sino un vasto imperio turco que abarca desde el lago Baikal hasta el golfo Pérsico, donde domina un feudalismo bélico que rodea las ciudades tocarianas y las urbes de la Bactriana, tan arruinadas como las de la Galia.

La inseguridad de ello resultante, al romperse las relaciones entre China y el Imperio persa de los sasánidas, precipita a este último en una crisis económica que, arruinando sus ciudades, entrega por completo el poder a la nobleza terrateniente, y Persia, fraccionada por el régimen señorial, se feudaliza.

Por lo que a la India atañe, no ha podido recuperarse de las devastaciones ocasionadas por los hunos, y sus más grandes urbes no son sino simples villorrios. Solo las de la costa han podido conservarse. Pero en el interior, el país liberado de los hunos después de su derrota por los turcos se reconstituye bajo la forma de un feudalismo de príncipes guerreros, y lo mismo que en Occidente, la miseria y el relajamiento de costumbres han lanzado a las gentes a una oleada de misticismo que las agrupa en torno a innúmeros monasterios budistas y brahmánicos, en cuyo seno se refugia lo que aún resta de la brillante cultura indostánica.

Sin embargo, como en Europa, por todo el ámbito donde extiende su influencia, el mar sostiene la vida y, con ella, la libertad individual y la cultura. En las ensenadas de Malabar y de Bengala fondean las naos procedentes de Abisinia y Arabia, y en el sur de la India, los estados dravidianos, salvados de la devastadora invasión, se hacen verdaderos representantes del indostanismo en todo el golfo de Bengala; pero allí también, como en el Mediterráneo, al perder la economía su carácter universal se confina en una cuenca restringida.

Así, desde España hasta China se manifiesta un mismo proceso que impele a la sociedad hacia la forma terrateniente y señorial, somete las poblaciones rurales al terruño en condición servil o semiservil, y cuadricula la civilización en grupos estancos, menguando la importancia de las ciudades. La vida urbana, el tráfico internacional y, con ellos, la cultura intelectual, no se conservan más que a lo largo de las costas. Los postreros estados no barbarizados son marítimos —el Imperio de Bizancio y los reinos dravidianos de la India septentrional—. La navegación, no obstante, experimenta una crisis considerable. Ya no domina la vida económica del mundo, cuyo carácter cosmopolita es arruinado por el régimen territorial; el mar cede ante la tierra, y el arte náutico solo juega un papel secundario, importante aún sin duda, puesto que es el que mantiene las relaciones internacionales, pero sus efectos no bastan ya, como en los primeros siglos de nuestra era, para imponer al universo una civilización de tono universal e individualista al mismo tiempo. El universalismo ha retrocedido ante el mosaico político y económico de los estados, y el individualismo ha quedado destrozado por el estatismo, primero, y por el triunfo del régimen señorial, después.

En pos de la gran civilización que se esfuma, ya no queda más que el elemento religioso: el cristianismo en Europa, y el budismo y el taoísmo en Asia. Y este

siembran en el Asia Central, la aísla y convierte en una civilización imperial en medio de un mundo que se disgrega. Extiende su autoridad desde Anam a Corea y somete a su protectorado las ciudades tocarianas del valle del Tarim. El inmenso imperio que así logra constituirse forma un conjunto económico autosuficiente. Y cuando el mundo se rinde al fraccionamiento feudal, organizándose sobre la base del régimen señorial, China prosigue su evolución democrática y busca un nuevo equilibrio en una forma colectivista de la propiedad territorial.

La era de los imperios ya no es más que un recuerdo. Solo un imperio queda en el vasto mundo: el de la China, que es el único país que ha logrado escapar a la decadencia universal para entrar en un período de ascensión política e intelectual, permaneciendo impávido ante cuanto sucede en el resto del planeta.

Jacques Pirenne (Gante, Bélgica, 26 de junio de 1891 - Hierges, Francia, 7 de septiembre de 1972) Conde Pirenne, fue un historiador y jurista belga. Se desempeñó como secretario honorario del rey Leopoldo III de Bélgica, profesor honorario de las Universidades de Bruselas y Ginebra, miembro de la Real Academia de Bélgica. Además fue uno de los fundadores de la Sociedad Jean Bodin y su presidente durante veinte años. Esta sociedad estaba destinada a favorecer el estudio comparativo de instituciones en un amplio marco geográfico y cronológico.

En 1964 fue candidato al Premio Nobel de Literatura.

Nació en Gante el 16 de junio de 1891, siendo el segundo hijo del historiador Henri Pirenne. Estudio simultanemente historia y derecho en la Universidad de Gante. En 1914, fue nombrado doctor en Filosofía y Letras y cuatro años después obtuvo su título en derecho en El Havre.

En 1915 se alistó como voluntario durante la Primera Guerra Mundial, publicando en 1917 su primer libro; *Los vencedores de Yser*, que dedicó a su hermano Pierre, muerto en la Batalla del Yser. Finalizada la guerra, se instaló en Bruselas donde ejerció como abogado interesándose principalmente a la causa de las víctimas del conflicto.

Entre 1921 y 1924, el Rey Alberto I de Bélgica le encargó enseñar historia al príncipe Leopoldo.

Tras la invasión de Bélgica por parte de la Alemania nazi en 1940, Pirenne se refugió en Beynac, Dordoña. De allí pasó a la Universidad de Grenoble y al año siguiente la Universidad de Ginebra. Es en esta ciudad donde sus dos hijos terminaron sus estudios: Pierre se tituló en arquitectura y Jacques-Henry en historia.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, Pirenne continuó la redacción de Grandes corrientes de la Historia Universal y durante cinco años tuvo una actividad intensa al servicio del Leopoldo III. Así, como secretario del rey, estuvo activo en la agitada política belga de ese periodo. Durante esos años dejó de lado su trabajo sobre Egipto antiguo para centrarse en la historia universal. Cuando el rey abdicó en 1950, Pirenne fue nombrado conde.

Jacques Pirenne murió el 7 de septiembre de 1972 en su castillo de Hierges ubicado en Ardenas, Francia.

Notas

[1] Historiador babilonio que escribió hacia 280 A. J. <<

[2] El Sumer es el país del delta del Éufrates y del Tigris. El diluvio sumerio data de 3000 años antes de Jesucristo, aproximadamente. <<

[3] Es imposible precisar nada sobre las razas de Egipto, cuya población se halla formada por una mezcla que recuerda la lengua, compuesta a la vez por elementos semíticos, bereberes y bantúes. El tipo negroide, del que se encuentran huellas muy netas de la época prehistórica en el Alto Egipto, no ha cesado de retroceder ante los no negroides del Egipto Medio. <<

[4] No se encuentran huellas en Egipto, ni tampoco en Oriente, de una civilización totémica; el clan y el tótem son allí totalmente desconocidos. <<

[5] Más tarde, en Egipto, el Cielo se convierte en la diosa Nut, y la Tierra, en el dios varón Geb, estando entonces simbolizado el gran dios creador Ra, por el Sol. <<

[6] Lo mismo sucedió en Siria, en Mesopotamia y en Grecia. <<

[7] El nomo egipcio es, en su origen, el equivalente de la ciudad griega. <<

[8] Apoyándose en esta misma idea de una ley universal, los sumerios establecieron el sistema duodecimal, el año de doce meses de 30 días y el círculo de 360 grados; las leyes del tiempo, de los números y de las medidas están regidas por igual principio, como hemos visto. <<

[9] Habrá de ser introducida por los atenienses en el siglo V antes de Jesucristo. <<

[10] Ciudad situada en la costa, al este del Delta. <<

[11] Set, convertido en principio del Mal en el mito osiríaco, continuaba siendo adorado en el Alto Egipto bajo su forma primitiva de gran dios. <<

[1] Igual sincretismo se efectuó en Babilonia, en la época de Hamurabi, entre el dios agrario Marduk y el dios creador Enlil. <<

[2] Los antiguos textos egipcios hablan frecuentemente de Dios, al que denominan «neter», sin darle otro apelativo. <<

[*] Este es el templo de Deir el-Bahari, no el de Kon-Ombo. *N. del ED.* <<

[*] Esta es la colosal cabeza de Amenofis III, no la de Tutmosis III. *N. del ED.* <<

[1] Asimilado a la serpiente, como el dios del Mal, Apofis, en Egipto. <<

[1] Al colegio de nueve arcontes agregose un secretario, para ponerlo así en relación con el número de tribus. <<

[2] El talento de Alejandro pesaba 26,196 kilogramos. <<

[3] El talento babilónico pesaba aproximadamente 30 kilogramos. <<

[4] Bocoris los fijó en Egipto (715) al 33 por 100. En la misma época estaban en Babilonia al 20 por 100. <<

[1] Tucídides II, 31. <<

[2] Demóstenes c. Aristag. 16. <<

[3] Después de la «anábasis» de los diez mil soldados enviados al Asia por Esparta, bajo la dirección de Jenofonte, para sostener las pretensiones de Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes II. <<

[4] La fecha clásica es 509. Pero antes del siglo VI A. J., la mayor parte de las fechas tradicionales de la historia romana no descansan más que en cálculos posteriores, la mayoría de los cuales son seguramente falsos. <<

[5] Tierras del común, conquistadas a los pueblos vecinos. <<

[6] Las siete clases censatarias comprendían en total 193 centurias. Los caballeros (dueños de un caballo) formaban 18 centurias; los propietarios ricos, 80; los medianos y pequeños hacendados, 90; los artesanos tan solo 4, y finalmente, los proletarios, es decir, los que no tenían otra fortuna que sus hijos, estaban todos reunidos en una sola centuria. <<

[7] El género de la comedia, creado por los griegos, se dio a conocer por primera vez en 488, en Siracusa, con Epicarmo. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, núm. 1. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, núm. 2. <<

[*] Véanse los mapas, fuera de texto, números 1 y 2. <<

[1] El error no es más que de 7 minutos y 16 segundos. <<

[1] Recuérdese que era vasallo de Roma desde 225. <<

[2] Eran reclutados en el reino de los gálatas (celtas), constituido hacia 275 en Asia Menor. <<

[1] César pertenecía a la *gens* Julia. <<

[2] *Venus Genitrix* es Venus, considerada como diosa Madre. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, número 2. <<

[1] Obra clásica de la literatura india en el siglo II D. J. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, número 2. <<

[2] Lo mismo que en Egipto y Babilonia, esto era, en suma, la justicia. <<

[1] Abisinia se enlazaba directamente con la civilización egipcia por el reino de Meroé, creado en el sur de Nubia por el último faraón de la dinastía etíope, después de la conquista de Egipto por Asiria (655). <<

[2] Córdoba se hallaba en el antiguo estado de Tartesos. <<

[3] Marco Aurelio, nacido en Roma, era también de origen español. <<

[*] Véase mapa, fuera de texto, núm 3. <<

[4] Volviendo al sistema geocéntrico, aparece en regresión respecto a Eratóstenes, cuya enseñanza era que la Tierra gira alrededor del Sol. <<

[5] Los curiales formaron una aristocracia hereditaria que no podía elegirse entre senadores, caballeros, militares o miembros de las corporaciones, sino que debían poseer un capital de 100.000 sestercios. Era una burguesía media. <<

[6] Hasta fines del siglo IV, la prefectura de Iliria solo existió de manera intermitente, ya que por lo general estuvo agregada a la prefectura de las Italias. <<

[7] Se recordará que antes solo había una prefectura del pretorio para todo el imperio. <<

[1] Palabra hebraica con que se designa el conjunto de los judíos dispersos (N. del T). <<

[2] San Agustín, precisando la Teología trinitaria, considerará que el Hijo procede del Padre por la inteligencia, y que el Espíritu Santo procede de la voluntad del Padre y del Hijo. <<

[3] Lo mismo que los sínodos creados en Egipto, por los Ptolomeos, en el siglo III antes de Jesucristo. <<

[4] La primacía del obispo de Roma — que como el de Alejandría ostenta el nombre de Papa — no era todavía más que nominal. Desde el concilio de Nicea (525), el papa de Roma debía aprobar las decisiones doctrinales de los concilios. En la segunda mitad del siglo V, los obispos de Constantinopla, Alejandría y Antioquía llevarán el título de Patriarcas. Los patriarcas, como el papa de Roma, consagran a los metropolitanos y obispos de su jurisdicción, disponiendo con respecto a ellos de un poder jurisdiccional. <<

[5] Se recordará que esta herejía trinitaria, al considerar al Hijo como inferior al Padre, daba personalidad distinta a las tres personas de la Trinidad, poniendo así en peligro el monoteísmo. <<

[6] De 70 millones en el siglo I, llegó a descender a 50 millones. <<

[7] Traducción latina de la Biblia. <<

[8] Los pueblos de campesinos libres persisten, especialmente en Egipto, durante todo el siglo IV. <<

[9] Sabido es que la palabra *paganus* «campesino» ha tomado el sentido de pagano. <<

[10] El sueldo oro pesaba 4,48 gramos. <<

[11] Su sostenimiento costaba un millón de sueldos oro, sobre un presupuesto total de dos millones. En 470, no existían ya en Italia más que 12 000 soldados. <<

[12] En 401, en Oriente, los bárbaros fueron expulsados del ejército, pero en el curso del siglo V hubo que recurrir de nuevo a ellos por falta de efectivos. <<

[13] En el año 387, Armenia había sido dividida entre Persia y el Imperio romano. El imperio había abandonado sus pretensiones políticas sobre los territorios de Armenia, más con Teodosio II se interesó por su desarrollo intelectual; fue entonces cuando se inventó en Constantinopla el alfabeto armenio y se publicó una traducción de la Biblia en dicha lengua, que fue el punto de partida de la literatura armenia. <<

[14] Odoacro era un germano de la tribu escita establecida aún en la llanura húngara. <<

[15] En el año 476, solamente Odoacro y el rey burgundio Gondebaldo reconocían la soberanía del emperador. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, número 4. <<

[1] Únicamente los sajones publicaron sus leyes, desde el siglo VII, en lengua sajona y en caracteres rúnicos. <<

[2] Todo crimen o delito se saldaba pagando una suma a la víctima o a su familia; es lo que se llama avenencia o *wehrgeld*. <<

[3] Esta evolución hacia la propiedad privada del suelo corresponde exactamente a la que conocieron los kasitas, después del siglo XX A. J., al establecerse en el Imperio babilónico. <<

[4] Los órganos centrales de la administración desaparecen. Así, la prefectura del pretorio de las Galias, que cuenta en su sede misma con un millar de funcionarios, ya no existe. A mediados del siglo VI, ninguna corte merovingia posee ya ministerios de tipo imperial. <<

[5] El título romano de conde —*comes*— significa compañero del emperador. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, número 5. <<

[6] Solo ha llegado hasta nosotros la segunda edición, aparecida en 534. <<

[7] Bajo la influencia de Juan de Capadocia, el griego, sin embargo, llegó a ser la lengua oficial del imperio de Oriente; casi todas las *Novelae* están redactadas en griego. <<

[8] Los ávaros eran una fracción de los hunos que, vencida por los turcos en Mogolia, penetró en la Europa oriental al final del reinado de Justiniano, donde, después de destruir a los gépidos, sometió a los eslavos de Rumania. <<

[9] La palabra *tema* significa zona de asentamientos. <<

[*] Véase el mapa, fuera de texto, número 3. <<

[1] Los U-Sun parecen haber sido de raza indoeuropea. <<

[*] Véanse los mapas, fuera de texto, números 3 y 4. <<

[2] La historia tradicional del Japón hace remontar la actual dinastía nipona a aquella estirpe de Yamato, cuyo origen se fija oficialmente en 660 A. J.; pero parece que históricamente data, en realidad, del primer siglo D. J. <<

[*] Véanse mapas, fuera de texto, números 3 y 4. <<

[*] Véanse los mapas, fuera de texto, números 4 y 5. <<

[3] Quedó rota en 572. <<

[*] Véase mapa, fuera de texto, número 3. <<

[4] Claudio fue un poeta de fines del siglo IV. También el galo Rutilio Namaciano escribía en 416: «Tú, Roma, diste a los pueblos todos una patria común. Ganaron los malvados al ser vencidos por ti; y al ofrecer a los caídos la participación en tus derechos, has convertido al mundo en una sola ciudad». <<

[5] La Constitución de 212 que extendía el derecho de ciudadanía a todo el imperio, no hizo sino consagrar lo que ya de hecho existía, aparte algunas diferencias fiscales. <<

JACQUES PIRENNE

HISTORIA UNIVERSAL

LAS GRANDES CORRIENTES DE LA HISTORIA

VOLUMEN I

Desde los orígenes al Islam